

CONACULTA
BIBLIOTECA DE MÉXICO
"JOSE VASCONCELOS"

MAESTRAS
* OBRAS MAESTRAS *
* OBRAS MAESTRAS *



E17A16/84/11

NC 25599

CB 1029020

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSÉ VÁSCELOS"

MAESTRAS *

O B R A S



* O B R A S

MAESTRAS *

DISCURSOS POLÍTICOS

DEMÓSTENES

DISCURSOS POLÍTICOS

Versión establecida a la vista de los
textos más autorizados, prólogo y notas por
MONTSERRAT COROMINAS
y ESTEBAN MOLIST POL



OBRAS MAESTRAS

Derechos literarios y artísticos reservados para todos los países

© by Editorial Iberia, S. A. — Muntaner, 180 — Barcelona, 1955

Talleres Gráficos AGUSTÍN NÚÑEZ - Paris, 108 - Barcelona

DEMÓSTENES: SU MUNDO, SU VIDA,
SU POLÍTICA, SU ORATORIA

DEMÓSTENES

El griego Demóstenes — cuya personalidad política y humana veremos desplegarse en las páginas sucesivas — es, para nosotros, modernos contempladores de su mundo, un signo vivo de contradicción; su historia es la crónica alucinante de una línea política sin los últimos laureles de la victoria, a la vez que imagen del hombre que pierde, lo único que en política no debe ocurrir. Pero, de todos modos, es también la etopeya de una hermosísima grandeza; tal, que mereció los versos de la inscripción famosa, que Atenas mandó esculpir en su estatua a poco de su muerte:

Si hubieses tenido, Demóstenes, poder
semejante a tu espíritu.
jamás dominara a los griegos Ares macedón.

Afirmamos más arriba que el griego Demóstenes es un signo vivo de contradicción. Su misma presencia en el paisaje político de la decadencia de Atenas es el mejor síntoma. Muchos, en particular todo el clasicismo tradicional, lo han considerado siempre como el último y más desdichado paladín de la libertad griega; mientras para otros, sobre todo el pensamiento histórico del siglo XIX, Demóstenes no es otra cosa que un pequeño obstáculo puesto en la andadura de un proceso histórico irreversible. Ambos conceptos tienen su verdad, pero también contienen su error. Lo cierto, lo contradictorio en la vida política de Demóstenes es su clara conciencia de que los pueblos griegos — por imperativo de una subyacente ley

de desenvolvimiento histórico que Demóstenes, gran lector de Tucídides, no podía ignorar — estaban en el centro de dos graves coyunturas: ser el punto de fricción entre Oriente y Occidente y en una ruta que le alejaba de la «Polis», del primitivo Estado-ciudad y que, tras el concepto de hegemonía, los iba a conducir al imperialismo de Filipo II, al universalismo de Alejandro y a la cultura universal del Helenismo. Demóstenes observaba lo primero y presentía lo segundo, encaramado en la atalaya de su «Polis», haciendo imperialismo inconsciente al pretender servir estrictamente los intereses de su ciudad.

EL MUNDO GRIEGO

Así, para comprender plenamente el valor y alcance de la postura demosténica — teniendo en cuenta lo dicho — convienen unas breves líneas: en la Grecia continental, península de Morea o del Peloponeso, existían los siguientes Estados principales: «Laconia», o sea Esparta, «Mesenia», «Elis» (Hélade), «Arcadia», «Acaya», «Cinura» y «Argólida» (o sea Argos). Al Norte hallábanse «Tesalia», «Epiro» y «Macedonia» lindantes con los países denominados «bárbaros», que eran «Iliria» y «Tracia». «Corinto» y «Megara» en el istmo de Corinto. «Ática» (Atenas), «Beocia» (Tebas), «Fócida», «Locris» y «Acarnania» en Grecia Central.

El «Egeo» constituía un mar griego, ya que todas sus costas estaban habitadas por helenos. En el litoral del Asia Menor (Jonia) florecieron las importantísimas ciudades de «Mitolene», «Fócida», «Éfeso», «Samos». «Mileto» y «Halicarnaso».

Los persas intentaron la dominación de los griegos europeos, mas en ocasión de las «guerras médicas» fracasaron. Jerjes emprendió diversas expediciones terrestres y navales, pero sufrió desastres en Salamina y Platea, a pesar de la heroica acción de las Termópilas. El triunfo sobre los persas le dió a Atenas la hegemonía sobre Grecia, fundándose seguidamente la «Liga de Delos», cuyo imperio basábase en el dominio del mar y tenía un sentido opuesto a Esparta. Esta rivalidad entre ambas fuer-

zas provocó la guerra del Peloponeso, cuyas más importantes acciones fueron las de Egospótamos, Anfípolis y Sfacteria.

Por otra parte, durante el siglo v nada fué decidido en Grecia; ni el triunfo final entre Oriente y Occidente, o sea entre los helenos y los persas, ni la supremacía helena entre los griegos. En la segunda centuria — como veremos luego —, los reyes de Macedonia dominaron a muchas ciudades de Grecia, uniéndolas en una estrecha Confederación: la de Corinto, contra el secular enemigo.

Si consideramos las vicisitudes sufridas por el pueblo griego en los años inmediatamente próximos al nacimiento de nuestro orador, nos daremos cuenta de cuán complejos y difíciles eran los supuestos históricos en cuyo ámbito iban a desarrollarse y madurar sus ideas políticas y su actividad pública. «La gran lucha — escribe Jaeger — por la supremacía entre la Confederación espartana y la ateniense había terminado.» Según Tucídides, el desarrollo entero del equilibrio de poder político, espiritual y económico en la Hélade había estado siempre tendiendo a esto, desde el sorprendente resurgir de Atenas durante las guerras persas. Es por razón de esta interna necesidad directriz por lo que Tucídides considera a la historia griega como una unidad, desde la batalla de Salamina (480) y la fundación de la primera Confederación ateniense hasta la capitulación de Atenas en 404.

LAS LUCHAS POR LA HEGEMONÍA

Conviene ver en detalle el desarrollo de las luchas por la hegemonía de Grecia, las rivalidades de Atenas con Esparta y Tebas, el conflicto de Atenas con Macedonia, las intervenciones de Demóstenes contra Filipo y, secundariamente, contra Esquines, y la subsiguiente derrota de Atenas y la hegemonía macedónica.

En primer lugar hay que consignar que hubiera sido posible unir a las ciudades si todas hubiesen aprobado una fórmula de gobierno autónomo común. Pero ni en la Grecia continental ni en la exterior existía semejante unidad. La monarquía perduraba en Esparta mucho

después que sus vecinas habían pasado por el gobierno de oligarcas, demócratas o tiranos. La distante Macedonia y el bárbaro Epiro, permanecían fieles a sus casas reinantes. En casi todas las ciudades griegas había generalmente, dos partidos en pugna. Los ciudadanos experimentaban un amor ardiente hacia los templos, mercados, palestras, teatros, santuarios y sepulcros de su ciudad nativa. Y todo ello lo perderían si su partido era derrotado y, como consecuencia, derrotados ellos. Tan hermosa devoción a su patria infundía en el griego un intenso odio a los que deseaban gobernar de manera que les disgustase. Los sentimientos partidistas crecieron en intensidad y acritud durante las guerras del Peloponeso.

La explosión de sentimientos semejantes hizo que las guerras civiles asolaran el territorio griego y fueran en gran número los actos de represalia y venganza perpetrados por ambas partes. Rivalizóse en crueldad, siendo necesario afirmar, no obstante, que en general los atenienses fueron más comedidos en este punto.

En lo tocante al exterior, Atenas nunca se había re-
puesto de una manera completa del golpe que sufrió a
fines del siglo anterior, si bien sus alianzas, con Te-
bas para combatir a Esparta, y con ésta contra Tebas,
hicieron posible que se reanudaran algunos lazos de la
antigua Confederación. Sin embargo, supo aprovechar
la lección que le ofrecía lo ocurrido y había organizado
mejor sus relaciones con los aliados antiguos y actuales,
repartiendo con mayor equidad los cargos públicos entre
los ciudadanos; de todas maneras el espíritu de con-
quista volvió muy pronto a mostrarse esplendoroso. Ti-
moteo, que de nuevo habiase congraciado con los atenienses,
expulsó a la guarnición persa de Samos en 365, apo-
deróse de Metone, Pidna y Potidea, además de otras
veinte ciudades de la Calcidia, sometiendo una parte
del Quersoneso en 364. Mediante estos acontecimientos
y victorias, Atenas extendió nuevamente su dominio so-
bre el Helesponto y a lo largo de las costas de Tracia;
las clases menesterosas helénicas volvieron a obtener tie-
rras en aquellos dominios de la República.

Tebas, después de Leuctra, inquieta ante la renacien-
te prosperidad de Atenas, puso una guardia en Oropos,
en la frontera del Ática enfrente de Eubea, lo que para

Atenas venía a representar una doble amenaza; luego, y mandada por Epaminondas, armó una flota, la cual obligó al ateniense Lachés a retirarse ante ella. Por este motivo, Quiío, Rodas, Bizancio y el Qersoneso viéronse obligados a una defección en el año 364.

Sin embargo, la muerte trágica de Epaminondas puso punto final a los triunfos que estaba obteniendo Tebas. En el año 362 se concluyó una alianza con los sátrapas insurrectos del Asia Menor, y dos años después, habiéndose propuesto explotar los lavados auríferos de aquella comarca, que, según afirma Victor Duruy, podría denominarse «Costa de Oro», mandó multitud de colonos a Crénides, ciudad de la cual se había apoderado Filipo. Además esperaba recobrar luego todo el Quersoneso de Tracia, mediante los triunfos conseguidos por Timoteo sobre Cotys; y, después del asesinato de este personaje (359), mediante un tratado con los jefes odrisos que disputábanse el reino. Finalmente, un vigoroso esfuerzo realizado por Cares puso en sus manos (357) aquella provincia, que iba a ser doblemente valiosa y necesaria, pues dominábase desde ella la gran vía comercial del trigo y podía percibirse también el derecho de aduana sobre las naves que surcaban el Euxino. En aquel lugar y tiempo el Bósforo cimerio era el granero del Pireo. Leucon, que allí reinaba, era muy amigo de los atenienses. Hábiales autorizado para que sus barcos hicieran los cargamentos de trigo antes que los demás, eximiéndoles también del pago de los derechos de salida; con lo que, llegando los primeros al mercado, podían vender sus cereales a mejor precio y forzar de este modo la competencia. Por otra parte, y como contrapartida, Atenas dejaba los productos de su industria, extendiendo su influencia por medio de las artes de Grecia hasta lugares reputados salvajes.

Por otra parte, Atenas había acabado por fatigar a sus aliados. El mercenarismo había dado al traste con la preponderancia marítima de la ciudad. Almirantes, soldados, marinos, pilotos e incluso constructores ofrecíanse al mejor postor. La gran tradición marinera de Atenas pasaba muchas veces al servicio de un Estado cualquiera. Así Alejandro de Feres pudo crear una escuadra ateniense, saquear la ciudad de Tenos y vencer a sus habi-

tantes, sitiar Paraperos, saquear las Cicladas y penetrar en el Pireo. De este modo el antiguo pirata Caridemo pudo apoderarse, en la costa de Asia, de Skepsis, Cebrén, e Ilión y reinar allí. Ello trajo como consecuencia que no habiendo seguridad, ¿para qué mantener una Confederación costosa e inútil?, máxime cuando el dinero aportado por los Estados federales distribuíase entre el pueblo, por manos de oradores mercenarios, en las Dionisiacas. Dichos Estados romperían abiertamente con Atenas en el año 357, principiando la «guerra social».

Intervinieron en ella Rodas, Quío, Cos y Bizancio, entre otras ciudades griegas. Al parecer de Demóstenes el instigador de la misma había sido Mausolo, quien soñaba con una dominación marítima y entendía que, para conseguirlo, lo mejor era, luego de haber atraído a su favor a los Estados poniéndoles ante los ojos el señuelo de no tener que pagar más contribución a Atenas, privar a ésta de su preponderancia. Esta Liga puso en el mar, con objeto de conseguir sus objetivos, unas cien naves.

La situación de Atenas en aquel momento era un poco complicada. El Pireo estaba vacío y en la ciudad quedaban pocos ciudadanos verdaderamente ricos. En otro tiempo, Atenas disponía de un número suficiente de ellos que pudieran armar galeras. Las cargas de la trierarquía fueron distribuídas, pues, entre los ciudadanos. Persandro aplicó en 357 a la flota el mismo sistema de las simmorias, que ya había sido establecido en 378 para el impuesto. Según la importancia del armamento, los mil doscientos ciudadanos inscritos en el censo como los más recargados por el impuesto, reuniéronse en grupos de cinco o seis y hasta de quince o dieciséis, para proporcionar, por turno, lo que el Estado tenía por costumbre pedir a los trierarcas desde los tiempos de Solón. El sistema dió buen resultado y pronto Atenas dispuso de dos flotas: una, de sesenta galeras a las órdenes de Cares y de Cabrias, que debía sitiar Quío, y otra, de igual composición y fuerza, que mandada por Ificrates y Timoteo marchó al Norte. Cabrias sufrió un grave descalabro en el puerto de Quío, encontrando allí la muerte. Tras la derrota de la armada de Cares, en el canal de Quío, y la amenaza de Atabaceo de mandar trescientas naves a

los aliados, hizo que los atenienses se decidieran a firmar la paz (355) al cabo de tres años de una guerra cuyos detalles se conocen imperfectamente y que de rechazo ocasionó la defección de Corcira. En virtud de ello, Atenas reconoció la independencia de los aliados.

Pero aún esperaban a Grecia días peores. Durante ese tiempo, Demóstenes encarnará el último espíritu de resistencia contra las ambiciones hegemónicas de Filipo.

NACIMIENTO E INFANCIA DE DEMÓSTENES

Los investigadores más dignos de crédito coinciden en situar bajo el arcontado de Dietrefes (384-3) en Atenas la fecha del nacimiento de Demóstenes, hijo del armero Demóstenes del demo Paiania de la tribu Pandiónida. Su madre era una escita, mitad griega, llamada Cleóbula.

Su padre murió cuando él había cumplido siete años y su hermana cinco. Sin pertenecer a las clases aristocráticas ni haber mostrado especial interés por los asuntos políticos, era hombre generalmente respetado y gozaba fama de estar bien acomodado. Poseía dos industrias: una de armas — muy importante a su muerte, pues la guerra de la segunda Confederación contra Esparta estaba entonces en su apogeo —, en la cual trabajaban treinta y dos esclavos, y otra de ebanistería, en la que trabajaban veinte. En el balance que Demóstenes presenta de la fortuna de su padre, cuando pronuncia el discurso *Contra Afobo*, hace ascender todas las propiedades de su progenitor a catorce talentos, cifra enorme para la época. Sus propios tutores, declara, habían estimado sus bienes y le habían registrado en la lista de contribuyentes en forma que le asimilaban a la misma clase que Timoteo y las gentes más pudientes de Atenas.

Su madre — que tanta influencia tendría en la modelación de su carácter —, Cleóbula, procedía del matrimonio de un tal Gilón — emigrado, según Esquines, a causa de una condena —, y de una escita del Quersoneso táurico, la actual Crimea. Gilón pertenecía al demo de Cerameo y, según parece, había tomado parte activísima en la política ateniense. Los adversarios de Demóstenes le acusarán más tarde de no ser enteramente

ático, se referirán a él como un escita, y Esquines le llamará incluso «bárbaro de habla griega»; todo ello a causa de que su abuela materna no era oriunda de Grecia, sino de Penticapeón o bien de la misma ciudad de Cepi, dada a Gilón por los dinastas del Bósforo.

En su testamento, el anciano Demóstenes, de acuerdo con los preceptos de las leyes griegas, preocupábase también del futuro de su esposa y de su hija. Había nombrado albaceas a sus dos sobrinos, Afobo y Demofonte, así como a su viejo amigo Teurípides, y parece que Demofonte debía casarse con la viuda y Teurípides con la hija.

Los albaceas citados, que a la vez eran los tutores de Demóstenes, no casaron ni a la madre ni a la hermana de éste. No sólo embolsáronse las cantidades destinadas a recompensarles por sus gestiones, sino también todo el dinero existente, administraron mal las fábricas y malvendieron las propiedades, hasta el punto de que la fortuna primitiva desapareció casi enteramente en sus bolsillos. Al llegar a los dieciocho años los tutores le dieron únicamente treinta minas de plata, además de la casa y catorce esclavos. Sumado todo ello, la herencia ascendía a unas setenta minas.

Es de suponer que Demóstenes habría presentado una queja contra sus tutores; pero precisamente cuando podía efectuarlo por haber llegado a la edad necesaria, llegaba también para él el tiempo de servir militarmente como «efebo»; sufrió, pues, el correspondiente retraso la presentación de su causa ante los jueces, pues no podía litigar durante este tiempo, por lo que no pudo sostener su causa ante los tribunales hasta haber cumplido los veinte años.

Parece correcto suponer que si las 16.000 dracmas —dote de Cleóbula y su hija— fueron robadas también por los tutores, las tres personas que componían la familia de Demóstenes estaban obligadas a partir de entonces a llevar una vida modestísima, pues la fortuna que le quedaba era insuficiente para llevar una vida lujosa. Las privaciones que experimentaba en su hogar familiar, el sentimiento de haber sido despojado de su fortuna, los disgustos y enervantes disputas con sus tutores, las invocaciones a la justicia no sólo de los hom-

bres, sino también de los dioses, las lamentaciones de su madre y sus hermanas, serían los principales ingredientes de una amargura profunda, una seriedad inquietante y un retraimiento casi hostil. El sentimiento de lo injusto, el deseo de venganza y el clima de violencia entenebreceían su alma, ofuscándole en ciertos momentos.

Ello hizo que la madre llevara más bien una vida desalentada durante la minoridad de sus hijos. Su atención celosa y vigilante les apartaba de los demás niños de su misma edad. Por ser Demóstenes de constitución delicada lo apartó de los gimnasios. Demóstenes se recluyó en el estudio, y le hallamos en su casa engolfado en sus libros. Vivió en la soledad, y como todos los solitarios hizose dogmático, obstinado, tenaz. Su carácter tornóse suave, es cierto, pero de una tenacidad diamantina. Jamás abdicaría de sus propósitos, por muchos obstáculos que pudieran acumularse en su camino. Tenacidad, firmeza y una fuerza de pasión madura y sostenida serán los principales rasgos que adornarán su carácter, férreamente deslindado ahora.

Bajo el arcontado de Cefisodoro, Demóstenes llega, pues, a su mayoría de edad (366-61). Había sido inscrito ya en los registros de su tribu. Observaremos ahora que, al tomar su vida e intereses entre sus manos y luchar por sus derechos, cuando los demás jóvenes se entregan a juegos y distracciones, o a frívolos pasatiempos, Demóstenes se produce con una fría y paciente tenacidad, fruto de una reflexión deliberada y de un propósito inflexible.

En aquel tiempo, entre la clase a la que pertenecía Demóstenes, se daba por descontada la formación retórica. Nuestro orador, a fin de proseguir su lucha contra los tutores infieles, se entregó de lleno a tales estudios, pues era completamente absurdo presentarse ante los tribunales sin dominar todos sus secretos.

La Ley ateniense señalaba al arconte la necesidad de velar por la educación de los huérfanos así como vigilar a sus tutores. Por otra parte, dado que en su organización jurídica no existía el Ministerio Público, podría entenderse como hipotética e inexistente tal protección, en el supuesto caso de que no hubiera nadie que

se cuidase de llamar la atención del magistrado competente sobre las ilegalidades cometidas. Hay que observar además que la Ley ateniense no permitía que el querellante recurriera a los buenos oficios de un abogado para encomendarle la defensa de sus intereses y causa; por el contrario, cualquier ateniense, fueran cuales fueren sus dotes oratorias, capacidad o experiencia judicial, debía introducir y defender personalmente su causa ante los jueces y, únicamente en el caso de manifiesta imposibilidad, podía delegar su representación en un pariente próximo o en un amigo íntimo. De todas maneras, aun cuando los querellantes no podían dejar de pronunciar su discurso ante el magistrado, les era posible utilizar el concurso de un amigo, llamado, en este caso, sinegoro, el cual hablaba una vez lo habían hecho aquéllos.

Era costumbre admitida también que quien tuviese recursos suficientes para ello pudiera utilizar los servicios de un logógrafo, individuo cuya profesión consistía en escribir el discurso que el interesado aprenderíase de memoria y, con mayor o menor acierto, pronunciaría después ante el tribunal. Ser logógrafo era para Isócrates un camino hacia la docencia; para Demóstenes, hacia la política.

Todas estas formas de eludir los efectos de la Ley eran toleradas y no mal vistas por los jueces, además de ser sancionadas por la costumbre; singularmente en el caso de adolescentes y jóvenes de quienes se presumía la inexperiencia.

Demóstenes sabía todo esto, pero dos motivos le indujeron, al parecer, a tomar por sí mismo la defensa de su causa: uno de ellos, el sentido de la propia estimación, que no le permitiría repetir las palabras de otro; luego, la pasión, el dolor que el despojo de sus tutores le había acarreado a lo largo de su adolescencia. Por último un secreto gusto por la cosa pública, un incipiente sentido de lo político, un innato instinto y tino para lo jurídico.

Así pues, Demóstenes recurrió a los buenos servicios del logógrafo Iseo, maestro en todas las artes, recursos, triquiñuelas de las salas y antesalas de los tribunales, y profesor de pocas ínfulas, pero cuyas enseñanzas especia-

lizadas y prácticas podían ayudar mejor a Demóstenes.

Una vez creyóse suficientemente preparado, hizo inscribir por el arconte una querrela en regla contra sus tutores, reclamando a cada uno de ellos 60.000 dracmas a título de restitución.

Primeramente atacó a Afobo, en un discurso que ha llegado hasta nosotros. Afobo habíase casado, en 367, con la esposa divorciada de Timócrates, el cual, tres años después, llegó a ser arconte. Era, además, hermana de Onetor, persona de la buena sociedad ateniense y por añadidura muy rica. Jaeger opina que Afobo se casó con ella evidentemente para nivelar sus finanzas. La fortuna de Onetor fué evaluada por Demóstenes en más de treinta talentos, y la de Timócrates en más de diez. Luego, dos años más tarde, Afobo obtuvo un segundo divorcio. Demóstenes pronunció contra él tres discursos, el último de los cuales frecuentemente ha sido considerado espurio. Litiga contra Afobo con toda la pasión de su precoz madurez.

A la vista del peligro que Afobo y los suyos atravesaban, les fué sugerido un plan maquiavélico, a fin de dar al traste con los proyectos de Demóstenes. Según era costumbre en Atenas, los principales gastos públicos corrían a cargo de los ciudadanos más ricos, los cuales, con su fortuna propia y bajo forma de liturgias, corrían con ellos; o sea que, por quedar responsable de un servicio público, del aparejamiento de un barco, o de una fiesta, el ciudadano, el contribuyente rico, debían sufragar todos sus gastos y vigilar los detalles de su ejecución. En el caso de la marina, el Estado fletaba, por ejemplo, el casco de la nave, pero incumbía a los más acaudalados ciudadanos sufragar los gastos que acarrearán la dotación y el mando de la misma. Esa obligación duraba un año.

De todos modos, para que la liturgia recayera realmente sobre los más ricos, la Ley ateniense permitía que el ciudadano designado para la liturgia pudiera a su vez designar a otro más rico que él y así descargar sus obligaciones sobre éste. Era, naturalmente, un proceder curiosísimo: bastaba dar el nombre de otro ciudadano a quien se considerase como dueño de mayores riquezas que las propias. Si el último negábase a encar-

garse de la liturgia, efectuábase entonces. por ministerio de la ley, una antídosis, o sea una permuta de bienes, entre los dos, cosa relativamente poco difícil en aquel lugar y época, en las que precisamente todos los bienes patrimoniales eran bienes fácilmente transferibles o evaluables.

Poco antes del proceso contra Afobo, un cierto Trasíloco había sido encargado de sufragar los gastos de equipamiento de una galera ateniense, en virtud de recaerle una liturgia. Instigado por Afobo, amigo suyo, amenazó a Demóstenes con un proceso por antídosis, y llevó la violencia hasta llegar acompañado de su hermano Midias, al que veremos luego como uno de los más encarnizados enemigos de Demóstenes, a la casa de este último, y allí, en presencia de su madre y hermana, los dos hombres promovieron un enorme escándalo. La situación era muy grave para Demóstenes. Amenazado por un proceso por antídosis, Demóstenes ya no era el propietario, sino, por así decirlo, el detentador de las migajas de su fortuna. Le era imposible entablar pleito contra los tutores infieles. Por otra parte, el hecho de rehusar una liturgia no podía disponerle bien con el pueblo y, por consiguiente, podía enemistarse con los jueces. Además, el hecho de aceptar la liturgia venía a significar que su fortuna era lo suficientemente grande. Ambas cosas eran peligrosísimas para Demóstenes.

Pese a todo, finalmente se celebró el juicio contra Afobo; éste fué condenado al pago de diez talentos como indemnización. Pero su antiguo tutor recurrió a mil argucias y echó mano de triquiñuelas para no pagar.

Y si bien Demóstenes vencía en cada ocasión a sus adversarios, Afobo conseguía también cuanto deseaba; esto es: no restituir la dote ni pagar la indemnización. Luego de un tercer pleito sostenido contra Afobo a propósito de la manumisión de un esclavo, hay que suponer que ya no se sintió con fuerzas para proseguir el interminable litigio. Hubo un arreglo amistoso entre Demóstenes y Afobo y tal vez lo hubo también entre aquél y Teurípides y Demofonte; sin embargo, parece seguro que fué poco, muy poco, lo obtenido por Demóstenes en este asunto.

El tema central de la lucha que Demóstenes sosten-

drá toda su vida — una vez iniciada su intervención en la cosa pública —, si por un lado se concreta a la recuperación de la hegemonía ateniense sobre los demás pueblos griegos, por otra parte se centra en la defensa de Grecia y, más concretamente, de Atenas contra las intenciones imperialistas de Macedonia, que encarna el padre de Alejandro el Magno, Filipo II, como veremos al analizar sus discursos.

LA ORATORIA DE DEMÓSTENES

No hay necesidad de insistir en la multitud de anécdotas que circulan a propósito de los defectos oratorios de Demóstenes, así como de la autodisciplina a que se sometió y el éxito que alcanzó en sus estudios y ejercicios. Algunas de estas anécdotas ya han sido recogidas por los comentaristas y por Plutarco, por lo que únicamente nos interesa aquí elaborar algunas opiniones sobre su personalidad oratoria y política. Pero antes debemos consignar algunos trazos humanos de su personalidad que nos ayudarán a comprender mejor su extraordinaria figura.

Hemos de creer primero que Demóstenes no era hombre de sensibilidad demasiado fina ni de sentimientos familiares muy profundos. Así, por ejemplo, el hecho de coronarse de flores al conocer la muerte de su enemigo Filipo, pocos días después de haber muerto su única hija, no puede convencernos de su finura de sentimientos.

Por otra parte, Demóstenes, si bien utilizaba abundantemente los elementos religiosos y las invocaciones a las divinidades griegas, no se ocupó en momento alguno en temas religiosos ni vivió preocupado por los problemas que obsesionaban a los grandes pensadores griegos. Refiérese siempre a cuestiones legales o bien de política práctica, o mejor dicho de estrategia política, sin conceder el menor espacio a ninguna idea reflexiva de la vida política. Sus construcciones no tienen por objeto el Estado ideal a la manera de Platón y otros, sino que son dictadas siempre por la necesidad de hacer algo determinado en un momento también determinado. No

le preocupan los cambios ni las transformaciones sociales de la época. Únicamente le preocupa la situación de facto, es decir, la situación hegemónica de Atenas en su tiempo. Es la voz de su patria resonando en toda Grecia, concitándola a rechazar al tirano extranjero. Por otra parte ninguna de sus profecías dejará de cumplirse. Habló a sus conciudadanos con ingenua rudeza. Jamás halagó las pasiones de la plebe, ni sus desenfrenos o su imprevisión.

Considerado desde un punto de vista estrictamente humano, nos es difícil imaginarlo fuera del ágora, fuera de la tribuna, sin estar preocupado por las cuestiones políticas. Su misma juventud, juiciosa y seria, nos impide formarnos idea cabal de cómo debió ser, en la intimidad, aquel grande orador. Tuvo muy pocos amigos y aun éstos ocasionales, unidos a él por razón de las circunstancias políticas, como es el caso de Eubulo, por ejemplo.

Pero lo verdaderamente interesante de Demóstenes es su clara visión de los acontecimientos y su juicio seguro sobre los hombres. Ya hemos dicho anteriormente que vió cumplidas todas sus profecías. Juzgaba con frío rigor todos los acontecimientos, así como los defectos de sus amigos y enemigos, y de ambas cosas extraía sus propios conceptos, que luego utilizaba para fundamentar sus resoluciones. Tenía en alta medida la serenidad clásica, griega, ática, por su gran incapacidad de impacientarse, de desesperarse en las adversidades y ante la inacción de su pueblo.

Juicio frío y ecuánime, fe en las convicciones propias y gran esperanza, juntamente con una voluntad durísima, tallada en la roca de la adversidad, son las pilas-tras donde descansa toda la tipología de nuestro orador. Esto nos explica su genio oratorio y en definitiva nos ofrece una base segura para juzgar todos sus actos.

LOS DISCURSOS POLITICOS DE DEMÓSTENES

Como sabemos, la primera vez que se presentó en la tribuna pública, sus largas frases, su estilo cortado, su voz débil y su escaso aliento excitaron primeramen-

te la hilaridad. Contemplemos a Demóstenes. Como dice un autor, jamás la tribuna ha sustentado estatua de orador como la suya. Jamás la Naturaleza opuso a la vocación más trabas y obstáculos. Anda y es desgarbado; acciona y es frío y encogido; alza la voz y no se le oye; va a conmover y provoca la risa; quiere irritar los ánimos y le acoge la indiferencia; habla y tartamudea; un cómico le da lecciones de oratoria, un marinero del Pireo se hace aplaudir en la misma tribuna en la que él acaba de ser silbado. Es vencido por los oradores más vulgares; desdeñado por el inmenso auditorio del Agora; de las facultades de tribuno únicamente tiene una: la ambición, poca cosa en sí. Incluso los esclavos se burlan del aprendiz.

Demóstenes escribe discursos que pronunciarán otros ante los tribunales. Pronto intervendrá en la cosa pública: la situación anterior ateniense es bastante compleja: a partir de la restauración democrática que había tenido efecto en el año 403, y particularmente desde la semirruina del segundo imperio marítimo, Atenas vivía reducida a sí misma y sus veinticinco mil habitantes eran, por lo menos en teoría, los amos y dueños del Estado. Las magistraturas, que generalmente eran anuales, lo mismo si eran conferidas por votos como si lo eran mediante sorteos entre los candidatos, habían perdido casi todo su prestigio y en todo caso el poder real. A tal punto que fueron establecidas magistraturas excepcionales que duraron bastante tiempo.

Con cierta perspectiva histórica. Atenas puede ofrecernos el ejemplo de una ciudad-Estado, de una "Polis", de organización prudente y llena de buen sentido. Observamos la existencia de Magistrados, Consejos, Asamblea del Pueblo, Tribunal Popular en la Hélade, además de honrados agentes ejecutivos y de grandes ciudadanos, enamorados de su ciudad. Pero observaremos que todo esto está en manos de profesionales de la política.

El triste desenlace de la guerra federal constituyó un golpe de muerte para la demagogia. Los territorios y ciudades disidentes vieron al fin reconocida su independencia, que Atenas aceptó (355). Sin flota ni dinero para armarla, sin colonias ni aliados, Atenas quedaba abandonada a sí misma, aislada, indefensa, con catastrófica

situación en la hacienda pública y en la de los principales ciudadanos.

He aquí el resultado de la política seguida por Aristofante. Sin línea de conducta determinada, vagamente imperialista, arriesgado y pronto a embarcarse en asuntos peligrosos o en un laberinto de acusaciones contra el régimen anterior, Aristofante había llevado a Atenas a una situación tristísima.

Esto dió origen a la formación de un gran partido de oposición encabezado por Eubulo. Sus componentes pertenecían a los círculos de gente burguesa, pudiente, pacifista, más bien escéptica y prudente, sin muchas ilusiones, los cuales temían enormemente toda clase de sueños imperialistas. En los primeros tiempos de su carrera política, Demóstenes figurará en las filas de este partido, e incluso alguno de sus discursos responderá a las directrices generales del mismo. De todas maneras la adscripción de nuestro orador a este partido de Eubulo, lo que sostiene Schwartz, ha sido negada: a) por Beloch, que no ve en Demóstenes la suficiente inteligencia para haber seguido nunca a Eubulo, y b) por Schaefer, que cree en una política invariable e integérrima de nuestro orador.

Incluso los discursos Contra Androción y Contra Lep- tines, que escribió como logógrafo, son ataques a dos partidarios del gobierno que está en el poder y al que la oposición de Eubulo quiere derrocar.

La ofensiva plutocrática-conservadora atacó fuertemente las posiciones del gobierno reinante. Parece ser que la época de transición entre el gobierno demagógico y el conservador fué en los años 354 y 352. Esta ofensiva la veremos si estudiamos detenidamente algunos de los discursos de Demóstenes, no sólo los escritos como logógrafo, sino los ya íntimamente vinculados a problema financieros y cuestiones políticas.

A los treinta años pronuncia Demóstenes su primer discurso público. Ya no es aquel orador de estilo cortado y voz débil. El comediante Sátiro — si hemos de creer a Ateneo (lib. XII, pág. 59), Sátiro había representado y hecho comedias — había reanimado su desalentado corazón, dándole inestimables lecciones para hablar convenientemente en público. Pronuncia por vez primera

una gran alocución dirigida personalmente a un auditorio popular. Como se dice en el capítulo pertinente, en ella se trasluce todo el programa del partido de Eubulo. Es el discurso En pro de las Simmorias.

Los discursos En pro de las Simmorias, En pro de los megalopolitas, En pro de la libertad de los rodios y Contra Aristócrates no constituyen — escribe Jaeger — un conglomerado fortuito; en conjunto nos ofrecen un examen de las cuatro principales zonas críticas con que Atenas tenía que entenderse. El discurso En pro de las Simmorias plantea el problema de Asia contra Europa. Como Dionisio de Halicarnaso observa, hubiera podido llevar más propiamente el título Sobre una política con respecto al Rey de Persia. El discurso En pro de los megalopolitas desenreda toda la complejidad de la cuestión del Peloponeso. El discurso En pro de la libertad de los rodios abre la cuestión de la política que debe seguir Atenas al tratar con los antiguos miembros de la Confederación. Por último, el discurso Contra Aristócrates ataca el problema de la Grecia septentrional, el más importante de todos ellos.

Un examen de estos primeros discursos de Demóstenes nos hace extremadamente difícil poder discernir hasta qué punto el orador representa la línea del pensamiento de Eubulo y hasta qué punto se lanza ya a la política, fiado únicamente en su propio pensamiento. Estos cuatro primeros discursos abarcan "todo el repertorio de problemas de la política exterior ateniense".

Pero el discurso En pro de los megalopolitas ya nos ofrece una base para pensar que Demóstenes siguió un camino personal. Si la no intervención era uno de los puntos fundamentales del programa de Eubulo, el solo planteamiento de la pregunta, por parte de Demóstenes, "¿Qué debe hacer Atenas?", "¿Qué es lo que requiere el interés de Atenas?" ya nos lo muestra completamente apartado de aquel partido. En el conflicto del Peloponeso entre arcadios, espartanos y mesenios, Demóstenes se expresa, no como persona que habla el idioma ático, sino también como alguien que justiprecia el aspecto ático de la cuestión. Plantea el axioma del interés de Atenas y, como dice Jaeger, no es ni la letra de los tratados, ni la "lealtad", ni la simpatía por los "hermanos

de armas", pues estas cosas no es tolerable que se conviertan en norma rígida para el hombre de Estado.

Plantea una proposición: no es la letra de los tratados, sino el peso muerto de los intereses lo que produce las alianzas políticas entre los Estados, principio incompatible con ningún sistema permanente de alianzas, a la vez que principio de la protección de los más débiles. Origen a su vez de otro: el del equilibrio del poder. Y que eran buenos los consejos de Demóstenes en favor de los arcadios lo prueba el que, el no ser atendidos por el pueblo ateniense, buscaron entonces aliado en el principal enemigo de Atenas, Filipo de Macedonia, al que le sirvieron en todo momento, ofreciéndole cuantas oportunidades quiso para interferirse en los asuntos de Grecia.

El discurso En pro de la libertad de los rodios, pronunciado el año 352, si bien algunos lo sitúan en 351 ó 350, es un nuevo desafío a la opinión predominante en Atenas. Muestra asimismo la inminente ruptura con el partido de Eubulo, pasando éste a ser uno de los peores enemigos de Demóstenes. Temporalmente, este discurso tiene ciertas relaciones y concomitancias con En pro de los megalopolitas y además, como éste, recomienda una superación del aislamiento de Atenas por medio de un juicioso y prudente ofrecimiento de ayuda a aquellos Estados que desean aliarse. El discurso se pronuncia con motivo de haber llegado a Atenas una comisión de exilados demócratas de Rodas. El pueblo ve en ellos a unos traidores y responsables de las desgracias de Atenas y de la ruptura de la Confederación; mas por otra parte observa el creciente poder de los bárbaros de Caria con cierta aprensión, sobre todo porque le amenazan los mercados áticos en el Mediterráneo oriental y en el sudeste del mar Egeo. El partido de Eubulo y los jefes más influyentes siguen defendiendo el principio de la no intervención; por otro lado se temen las complicaciones que un conflicto con Caria podría tener en relación con el Imperio persa. Demóstenes lucha en sentido contrario, pero nuevamente caen sus palabras en el vacío. Y es que Demóstenes comprendía que, ayudando a los demócratas exilados de Rodas, se le ofrecía a Atenas la oportunidad de recuperar los Estados isleños más impor-

tantes, a la vez que podría establecer los cimientos de una nueva Confederación.

Hemos visto ya cómo Demóstenes toma posición, primeramente, con respecto a la política que Atenas debe seguir frente a la política persa; luego, frente a los problemas del Peloponeso y de la Confederación. Veamos ahora qué otros discursos nos llevan ante los problemas de la Grecia septentrional, cuestiones ya abordadas en el discurso En pro de los rodios, si bien muy ligeramente. A partir de ahora, éste va a ser el problema fundamental de la política ateniense en tiempos de Demóstenes, problema que ocupará toda su vida y al que dedicará sus mejores afanes.

Ya el discurso Contra Aristócrates es un primer desarrollo del tema: discurso forense, destinado a un proceso político; con él se quiere desprestigiar, por parte de Demóstenes y sus amigos, toda la política exterior de quienes gobiernan en Atenas. Y en él se plantean, de una vez por todas, los principales aspectos del problema de la Grecia septentrional. Pero éste no es un discurso pronunciado por Demóstenes — por lo que no lo incluimos en la presente edición —, sino que es un discurso escrito por Demóstenes para que lo recitara otro. Donde Demóstenes aborda valientemente y de manera total el problema es en la Primera Filipica, pronunciada con motivo del asedio de Hierón Teijos, que finalmente cae en manos de Filipo. En este momento, Demóstenes denuncia los proyectores invasores del macedonio y excita a una reacción definitiva y efectiva a aquellos atenienses que aún siguen arrullando en forma suicida su desidia ante los rumores sobre la salud y la vida de Filipo.

Después de la desgraciada expedición ateniense a Eubea, que acabó con el desastre de Tamines, tuvo Demóstenes que luchar en el interior de Atenas contra un enemigo muy poderoso y al que apoyaban muchos de sus demás enemigos, entre ellos Eubulo. El caso es que siendo corego en las fiestas dionisiacas, a pesar del carácter sagrado que este cargo le confería, fué insultado y abofeteado por Midias, el mismo personaje que ya apareció en el asunto de la tutela. Después de un amplio proceso en el que pronunció el famoso discurso Contra Midias, llegó Demóstenes a una transacción con su agresor, tal

vez impulsado a terminar este asunto privado, por las nuevas complicaciones surgidas en el ámbito de la política exterior con el súbito ataque de Filipo a Olinto, recién aliada con Atenas. Filipo lanzó su ultimátum (350) reclamando la extradición de sus medio hermanos Menelao y Arridayo, refugiados en Olinto. La ciudad mandó una nueva embajada a Atenas. Demóstenes comprendió entonces que la gravedad de la situación era tal que los atenienses pronto iban a olvidar la anterior defección de los olintios y por ello pronuncia sus Olintíacas, mediante las cuales decide al pueblo a mandar socorros a aquella ciudad. Les convence de que es preciso aprovechar la ocasión decisiva y auxiliar eficazmente a Olinto contra el enemigo común, aprestándose a la cooperación y al sacrificio personales, no contentándose con enviar mercenarios, ni perdonando los fondos — considerados intangibles en Atenas — destinados a las fiestas del Estado, o sea el "teórico". Atenas concedió los auxilios solicitados, pero, a pesar de ello, Olinto sucumbió. Filipo tomó de ella una espantosa venganza.

Y luego, para Filipo, Olinto es el punto de partida de sus nuevas empresas bélicas. La paz entre Atenas y Macedonia es aprovechada por Filipo para aumentar sus conquistas en Tracia, franquear las Termópilas y arrasar a los focenses; y desiste de avanzar directamente hasta Atenas porque sabe que le conviene más el sistema de intrigas entre los Estados griegos, de los que ya se ha convertido en árbitro.

Demóstenes fué enviado en embajada junto con Esquines y Filócrates, a fin de tratar con Filipo sobre las condiciones de paz. De esa embajada vino la enemistad profunda entre Esquines y Demóstenes y entre éste y Filócrates. La segunda embajada, mandada para conseguir de Filipo la rectificación de lo pactado, estuvo sometida a una larga espera en tanto que — como ya se dice en otro lugar —, Filipo proseguía sus conquistas. El tratado de paz firmóse en Pella el año 346.

Volvió Filipo su atención hacia Grecia. Los tesalios firman la paz, y después de desembarazarse de los focenses, Filipo convoca el Consejo Anfictiónico. Esquines le ayuda con todas sus fuerzas para que consiga ser el dueño de Grecia. Esto da motivo a Demóstenes para otra

intervención pública: su acusación a Esquines de haber prevaricado en el asunto de la embajada. Defiende a la vez los proyectos de construcción de las atarazanas y la expedición ateniense al Quersoneso. La situación era crítica, pues los ánimos del pueblo estaban excitadísimos contra Filipo; la postura de nuestro orador fué valiente y peligrosísima, pues de un lado podía pasar — con sus palabras moderadoras de la indignación popular — como partidario de Macedonia, y por otro podía canalizar y dar origen a la destrucción de Atenas por medio de una expedición federal encabezada o capitaneada por Filipo. En este momento pronuncia su discurso Sobre la paz, una de las obras más bellas y más perfectas que nos ha dado su genio; en ella, a la vez que se esfuerza en separar su causa de la de los partidarios de Filipo, al recordar sus actuaciones pasadas, recomienda ser respetado el tratado acabado de firmar con Filipo. Estamos a finales de 346. Es también una exhortación a un cambio de actitud frente a Tebas, posible aliado eficaz el día en que se rompa el tratado, ya que según Demóstenes la paz no puede ser definitiva.

A fin de prevenirse de la acusación demostina, Esquines hizo condenar por inmoral a Timarco, uno de los firmantes de la acusación. En estos momentos es muy grande la popularidad de Demóstenes en Atenas. Obtiene, por ejemplo, que le sean concedidos cargos honoríficos, entre ellos el de pilágora. Con todo, el partido promacedónico logró que fueran iniciadas de nuevo conversaciones con Filipo, a la vez que salvaba a Esquines en el proceso sobre las prevaricaciones de la embajada; el discurso pronunciado por Demóstenes en esta ocasión Sobre las prevaricaciones de la embajada es ya una hermosa muestra del gran arte oratorio de Demóstenes, a la vez que nos lo enseña en una fase de mucho mayor seguridad en sí mismo y de mayor adhesión popular.

Más tarde Demóstenes es nombrado embajador en el Peloponeso y parte para Ambracia, ciudad situada a las puertas del Epiro y amenazada por Filipo. Nuestro orador regresa triunfalmente en junio de 342, habiendo conseguido alianzas o pactos de no agresión con Corcira, Acaya, Corinto, Acarnania, Arcadia, Argos y Mesenia. Con ello obtenía la victoria su antiguo punto de vista

sobre el Peloponeso, con la que Esparta había quedado aislada e incapaz de poder atacar a ninguno de sus vecinos.

Para congraciarse con los atenienses, Filipo cede a éstos el islote del Haloneso, cesión que el partido de Demóstenes se niega a aceptar, pronunciándose con este motivo un importante discurso: Sobre Haloneso, que muchos atribuyen al propio Demóstenes, cuando en realidad se debe a Hegesipo. Demóstenes pronuncia aquí la Segunda Filípica, en la que alza la voz contra los traidores vendidos a Filipo: esto es, contra Filócrates y Esquines.

Una nueva protesta de Filipo, redactada en términos moderados, a raíz del ataque de Cardia por el estratego ctenicense Diópites, da origen a un nuevo discurso de Demóstenes, Sobre el Quersoneso, en el que defiende al general, que Filipo pretendía fuera llamado de nuevo a Atenas, registrándose un nuevo triunfo de sus tesis antimacedónicas, ya que Diópites fué mantenido en su posición y le fueron enviados nuevos recursos. Año 341.

El continuo avance de Filipo por Tracia y su amenaza a Bizancio hacen que Demóstenes crea llegada la hora de plantear definitivamente la batalla a Filipo. Por esta razón no vacila en pronunciar — mayo de 341 — su famosísima Tercera Filípica, "la más grande de las oraciones demostinas", en opinión de los antiguos.

El discurso, patético y excitante, valiente y sincero, causó enorme sensación. Se despacharon embajadores a todos los pueblos. Se intervino militarmente en Eubea. Oficialmente quedó constituida una Liga en la que entraron Corinto, Caleis, Atica, Oreo, Eretria, Megara, Léucade, Ambracia, Acaya, Acarnania y Corcira. Bizancio y Abido en el Helesponto y tal vez con Rodas y Quio. Existían además los tratados con Arcadia, Argos y Mesenia. Esparta apenas contaba ya; Tebas era una incógnita, y Persia, a pesar de ciertas vacilaciones, ayudó con armas y dinero. Algunos historiadores han reprochado con este motivo — es decir, con motivo de unas luchas intestinas entre griegos —, el haber introducido en el país la antiguo invasor de las Guerras Médicas. Y han llegado a afirmar que Demóstenes — véase Kahrstedt — era el principal agente de Persia en Grecia. De todos

modos, la alianza tomó estado oficial en el año 340. El pueblo, reconocido a Demóstenes, le coronó aquel mismo año en pleno Teatro con motivo de las Dionisiacas.

Cuando está en juego, no solamente la suerte de Atenas, sino también la de Grecia entera, Demóstenes tiene en sus manos todo el poder, todos los honores y ha logrado unir a todos los griegos. El momento es solemne. Viene a la memoria el instante en que a una señal de Pericles, al comienzo de la guerra del Peloponeso, se puso en marcha la tremenda maquinaria financiera y militar de Atenas y sus aliados. Ahora las cosas son distintas: "¡Qué pobre resulta, por contraste — escribe Jaeger —, la Hélade unida de Demóstenes y cuán inapropiado su equipo material para la guerra! Y, sin embargo, ¡qué conmovedor es el momento en que, por última vez, ella se remonta por encima de su debilidad y de su vacilación, en una magnífica muestra de heroico valor; cuando la conciencia de su unidad política, que nunca fuera demasiado fuerte, alcanza finalmente su trágica culminación! El momento del despertar de los griegos es también el de su ruina nacional. Pero, ¿puede esto impedirnos reconocer que el hombre que fué enviado al pueblo en esa hora, y que lo condujo hacia su destino, llevó a cabo, con una rápida intuición de la absoluta necesidad de su acto, una hazaña casi sobrehumana, que en un periodo ascendente hubiera puesto a cualquier otro estadista por las nubes?"

Después de algunas escaramuzas, del ataque a Perinto, la invasión del Quersoneso, etc., Filippo decide marchar seriamente contra Bizancio. Filippo en el Bósforo significa hambre en Atenas. Ya Filippo ha interceptado una flota de barcos mercantes. La guerra es inevitable. En estos momentos, Demóstenes es el dictador de la ciudad; le son concedidos plenos poderes y reforma el sistema contributivo, en forma distinta a lo dicho en su discurso. En pro de las simmorias. Ahora las contribuciones las pagarán las clases acomodadas. Por otra parte realiza lo que tanto había sugerido en sus discursos: utilizar el fondo del teórico para los gastos de la guerra. Entre tanto una escuadra ateniense obliga en la primavera de 339 a que Filippo levante el sitio de Bizancio. Filippo opta por desaparecer de la escena y hace ver que los

asuntos de Grecia no le interesan ya. Sin embargo, va preparando habilidosamente el terreno. Para ello tendrá un instrumento diligente y fiel en un ateniense, el propio Esquines. En una reunión del Consejo Anfictiónico, celebrada en el otoño de 340, Esquines promovió una condena de los locrios de Anfisa por haber poblado el territorio de Cirra o de Crisa sobre el que de antiguo pendía una terrible maldición.

Esta noticia produjo gran estupefacción en Atenas. En medio de un gran dramatismo, cuando se estaba leyendo el informe de Esquines en la Asamblea, Demóstenes se levantó excitadísimo y exclamó: "¡Estás trayendo la guerra dentro del país, Esquines! ¡Una guerra anfictiónica!"

Atenas se negó a ratificar el decreto del Consejo Anfictiónico, pero ya era tarde. Lo único que pudo hacer, para contrarrestar la actitud de Demóstenes fué declararse neutral en la disputa. Ésta dió lugar a numerosos choques y batallas, y cuando Filipo regresaba de los países danubianos fué llamado por el Consejo de los Anfictiones para que se hiciera cargo del mando en la guerra sagrada contra los locrios de Anfisa. Podemos imaginar cuánto celebraría Filipo esta nueva oportunidad de poder intervenir en Grecia. Demóstenes, en su discurso Sobre la corona, explica su actitud: "En seguida concentró sus fuerzas, marchó con dirección a la Cirrea y deseando muy buenos días a los cirreos y locrios, ocupó Elatea." Atenas se enfrentaba entonces con la necesidad de dar la batalla en campo abierto y esto era contra lo que Demóstenes había prevenido en su Tercera Filípica. Elatea era una población de la Fócida, de cuya fidelidad dudaba Filipo, y estaba en la carretera de Tebas. Pronto arribó Filipo a las puertas de Atenas.

La noticia llegó por la noche a Atenas. Inmediatamente fueron encendidas hogueras. A primeras horas de la mañana siguiente se reunió la Asamblea en la Pryx y allí fueron nuevamente oídos los mensajeros. El heraldo solicitó varias veces que alguien hablara sobre lo que debía hacerse en aquella ocasión. Y como el silencio más absoluto le respondiera, Demóstenes tomó finalmente la palabra. Esto lo recordará después nuestro orador en el discurso Sobre la corona. Con gran serenidad

y sosiego explicó que había llegado el momento. Atenas estaba en menor peligro que Tebas; procedía, pues, una alianza con esta última ciudad, a fin de oponerse juntos al enemigo. Recomendó mandar a la frontera a todos los hombres aptos para las armas, a fin de que, además, ello impresionara favorablemente a los tebanos. Una vez aceptado esto marchó Demóstenes a Tebas, donde se encontraban ya los emisarios de Filippo. Fué tanta la habilidad y la pasión oratorias desplegadas por Demóstenes en esta ocasión, que consiguió que los tebanos rechazaran las pretensiones de los emisarios de Filippo — cuyas tropas, por lo demás, estaban acampadas como a unos sesenta kilómetros de la ciudad —, y concertaran una alianza defensiva con Atenas. Las condiciones de este tratado no eran ciertamente muy honorables para Atenas, pero con ello conseguía Demóstenes uno de sus permanentes objetivos: acabar con la tradicional enemistad de ambas ciudades-Estado.

Y empezó la guerra. Licurgo, que tenía a su cargo las finanzas, reorganizó la administración, en tanto que ejércitos ático-tebanos lograban algunos éxitos. Con ello la autoridad y la popularidad de Demóstenes subieron a grandes alturas. Pero en la primavera de 338, Filippo conquista Anfisa y seguidamente, el 1.º de septiembre de aquel mismo año (algunos autores ponen la fecha de 2 de agosto), inflige una espantosa derrota a los ejércitos ático-tebanos en Queronea. Aquel día moría para siempre la vieja democracia helénica, ante hombres como Filippo, Alejandro y Parmenión. Rindióse Tebas. Atenas estaba próxima a caer en manos de Filippo; mas éste, a quien por lo visto no le interesaba el título de destructor de la más importante ciudad helénica, se guardó de tomarla.

Demóstenes tomó parte como hoplita en esta batalla, pero, según Esquines y los suyos, huyó a la desbandada una vez conocida la derrota. Así lo recoge Plutarco: "Hasta entonces se portó como un hombre de bien; pero en el combate su comportamiento no fué hermoso ni estuvo de acuerdo con sus palabras, pues desertó abandonando su puesto, huyendo de la más bochornosa manera y arrojando las armas, sin darle vergüenza, como

dice Piteas, de la inscripción de su escudo, en que se leía con letras doradas: A la buena fortuna."

Atenas temió entonces verse sitiada. Apresuró la construcción de las fortificaciones, y a pesar de la derrota de Queronea y del poco airoso papel de Demóstenes en ella, no retiró la confianza a éste, sino que le encargó precisamente de la reconstrucción de las murallas: dirigida la ciudad por extremistas como Caridemo e Hipérides, aprestóse a defenderse apoyándose en la flota. Sin embargo, el pueblo juzgó conveniente formalizar la paz, y a tal efecto, aun a pesar de perder la última posibilidad de independencia, encargóse al ex marino Demades que ablandara a Filipo y consiguiera hacer la paz con él. Ésta se realizó al fin y, en virtud de la misma, Atenas perdía el Quersoneso, renunciaba al imperio marítimo y recibía en cambio Oropos.

Las tempestades políticas en Atenas eran muy borrascosas; Demóstenes y sus amigos sufrían la presión de sus antiguos enemigos, los afiliados al partido promacedónico, encargados temporalmente del poder. Pero el pueblo no abandonaba a quienes veía campeones de sus libertades. Así les absuelve una y otra vez y por último encarga a Demóstenes que pronuncie la Oración fúnebre por los muertos en Queronea en otoño de 338. Parece ser, sin embargo, que este discurso — frío y desmayado — no fué escrito por el propio Demóstenes. Con esta elección los atenienses vindicaban a su tribuno de todas las imputaciones de que había sido objeto. Demóstenes, además, auxilió a Licurgo en la restauración de las maltrechas finanzas de la ciudad. Dió una cantidad para la restauración de las murallas y uno de sus amigos, Ctesifonte, logró que el Consejo aprobase una resolución provisional mediante la cual concedíase a Demóstenes una corona de oro por sus servicios al Estado. Esto daría pretexto a Esquines para incoar un proceso contra Ctesifonte y por ende contra Demóstenes, al que contestaría el último con su famosísimo discurso Sobre la corona.

Sabemos que por aquel entonces Filipo tenía sus ojos puestos en Asia. Le tentaba la idea de invadir el Imperio persa. Isócrates, con su celebérrimo Panegírico, mostrábase partidario de una inteligencia entre Atenas y Esparta, a fin de que ambas utilizaran sus fuerzas en una

acción conjunta. Intentó ser oído por Dionisio de Siracusa. Finalmente dirigióse a Filipo. Pero Isócrates murió antes de que pudiera ver cómo la Liga helénica, a finales de 337, declaraba la guerra a Persia. La ocasión parecía buena, pues había muerto Artajerjes (Ocos) y el país estaba en pleno caos. Las tropas confederadas cruzaron el Helesponto en la primavera de 336. Pero cuando todo presagiaba un gran éxito de Filipo, éste cayó asesinado.

Los atenienses recibieron con grandes muestras de júbilo la noticia. El mismo Demóstenes, quien pocos días antes había perdido a una hija, se presentó vestido de fiesta en público. Se minusvaluó la importancia del sucesor de Filipo, Alejandro, a quien Demóstenes apodaba Margites (el héroe tonto). Mas éste lanzóse como un huracán sobre Grecia, presentóse en Tesalia, las Termópilas, Corinto y Beocia. Logró que fuera reconocido como sucesor de su padre. Destruyó Tebas, arrasándola y sembrándola de sal, sin respetar más que la casa de Pindaro. Volviéndose contra Atenas exigió que le fueran entregados los jefes del partido nacionalista y entre ellos Demóstenes. Demades y Foción intervinieron en favor de los culpables de haber incitado a la revuelta. Alejandro entonces desistió de su petición. Sin embargo. Cares, Caridemo y otros resolvieron poner tierra por medio y abandonaron Atenas.

Demóstenes había perdido casi toda su influencia en los asuntos públicos de Atenas. Pero Demades y Foción no quisieron prescindir de sus servicios. Así formóse una especie de Junta en la que también tuvo intervención Licurgo. En aquel entonces, Alejandro se puso en marcha hacia Asia, dejando a Antípatro tras sí con un fuerte ejército para vigilar la retaguardia.

En la primavera de 331 estalla la guerra entre Macedonia y Esparta. Gracias a los consejos de Demóstenes, Atenas se mantiene neutral. Vencida Esparta en Megalópolis, sigue en Atenas un largo período de paz que durará hasta la muerte de Alejandro.

Es entonces cuando Esquines remueve de nuevo el asunto de la corona. Tiene efecto el proceso, y pese a la enorme habilidad y fuerza oratoria de Esquines, éste — como ya se dice en lugar oportuno — se ve vencido por Demóstenes y emigra de Atenas.

Pero no acaban aquí los problemas y tribulaciones de Demóstenes. Sigamos a Jaeger: "Cuando Harpalo, tesorero mayor de Alejandro, escapó con el rico botín de Asia y buscó refugio en Atenas, pareció que había una oportunidad, la primera desde la muerte de Filipo, de organizar una insurrección por toda Grecia mientras el conquistador estaba ocupado en su campaña oriental. Después de las primeras negociaciones, Demóstenes vió que el proyecto era insensato y se peleó por causa de él con sus viejos camaradas. Como consecuencia, éstos lo atacaron con terribles difamaciones y lo procesaron. Fué encarcelado, pero escapó y vivió en Egina como exilado durante varios años. Luego, al morir repentinamente Alejandro, en la flor de su edad, y levantarse Grecia nuevamente por última vez, Demóstenes ofreció sus servicios y volvió a Atenas. Después de alcanzar algunas victorias brillantes, los griegos perdieron a su admirable comandante Leóstenes en el campo de batalla. Su sucesor fué vencido en Cranón, como quien dice en el aniversario de Queronea. Entonces los atenienses capitularon y bajo la presión de las amenazas macedónicas se resignaron a condenar a muerte a los caudillos de la "rebelión". Los viejos camaradas de Demóstenes, Hipérides e Himereo, fueron capturados por los macedonios y ejecutados en Cleonas."

Demóstenes había buscado no obstante asilo en el altar del templo de Poseidón, en la pequeña isla de Calauria. He aquí el relato de Plutarco: "De Demóstenes supo (Arquias) que se había sentado como suplicante en Calauria, en el templo de Poseidón; atravesó hasta allí en un barco auxiliar, desembarcó con lanceros tracios e intentó persuadirle de que se levantara y fuese con él a ver a Antípatro, asegurando que nada malo le ocurriría. Se dió la circunstancia de que aquella noche Demóstenes había tenido en sueños una visión extraña. Soñó que competía con Arquias en una representación trágica y que, aunque le salía bien y tenía ganado al público, resultaba vencido por falta de equipo y aparato escénico. Por lo cual, ante las muchas palabras humanitarias de Arquias, le miró y, sentado tal como estaba, díjole: "No me convencistes jamás, ¡oh Arquias!, como actor, ni me convences ahora con tus promesas." Y como

Arquias, enfurecido, comenzara a amenazarle, exclamó: "Ahora es cuando hablas en nombre del tripode macedónico, pues hace un momento estabas representando. Ahora es cuando te muestras con toda la soberbia propia de aquella gente que se cree en posesión de la verdad del oráculo. Espera, pues, un poco mientras escribo unas letras a los de casa." Después de estas palabras se retiró al interior del templo, cogió un rollo, como si fuera a escribir, se llevó la pluma a la boca, la mordió, como solía hacer cuando escribía y reflexionaba, y se estuvo así un rato. Los lanceros que estaban a la puerta se echaron a reír de su aparente cobardía y comenzaron a llamarle blando y poco hombre; Arquias se acercó, le invitó a ponerse en pie dando vueltas a los mismos razonamientos y prometiéndole reconciliarle con Antipatro. Demóstenes, que advirtió cómo el veneno se difundía por su cuerpo y causaba efecto, descubriose, y mirando a Arquias, dijo: "Ya puedes ahora representar el papel de Creonte de la tragedia y dejar sin sepultura este cuerpo." Con ello aludía a la famosa Antígona, de Sófocles. "Y, por mi parte, ¡oh, amado Poseidón!, salgo vivo aún del santuario; que en lo que toca a Antipatro y a los macedonios, ni tu templo han dejado sin manchilla." Así dijo, pidió que le sostuvieran, pues temblaba ya y desfallecía, y cuando, al salir, pasaba junto al ara, cayó y, con un suspiro, entregó su alma."

Hasta aquí el relato de Plutarco, autor no susceptible de simpatía por Demóstenes. De esta forma halló la muerte el último campeón de la libertad y la independencia griegas.

LOS MANUSCRITOS DE LOS DISCURSOS DE DEMÓSTENES

Calímaco, conservador de la Biblioteca de Alejandría, sesenta años después de la muerte de Demóstenes, es el colector de sus escritos y discursos. Clasifica las copias de las obras demostinas ordenándolas con los números que aún se conservan, en tanto que otro erudito, Cleócates, defiende y ensalza la superioridad de Demóstenes sobre Isócrates. Sin embargo, de lo conservado del tra-

bajo original de Calímaco faltan cosas que todavía pudieron consultar Plutarco y Dionisio de Halicarnaso. Los sucesivos trabajos de copias introdujeron algunas adulteraciones, habiéndose perdido cuatro o cinco discursos.

En las bibliotecas europeas consérvanse hoy numerosos manuscritos con tales discursos. Generalmente son clasificados en cuatro grandes grupos o familias, que son las siguientes:

Primer grupo: está representado por tres códices: el "Laurentianus", L; el "Vindibonensis", Vin, I; y en particular el "Parisinus Graecus 2934". Este último está reproducido en heliografía por Omont, conservador de la Biblioteca Nacional de París.

Segundo grupo: lo representa principalmente el "Augustinus, I".

Tercer grupo: un manuscrito de Venecia "S. Marc 416" F, y una copia B "Bavaricus Monacensis 85".

Cuarto grupo: el manuscrito de París 2935 "r", perteneciente al fondo Trichet Dufresne y procedente de Italia. Hasta hace poco estaba fechado como perteneciente al siglo x o al xi.

Para la edición presente nos hemos servido de los textos griegos establecidos en las ediciones francesas de la Asociación Guillermo Budé, basadas en general sobre los manuscritos de París S = cod. Parisinus 2934 y "r" = cod. Parisinus 2935.

ORDEN DE LOS DISCURSOS

Los discursos de Demóstenes han llegado hasta nosotros siguiendo el orden fijado por Calímaco. Sin embargo, esta ordenación no responde al concepto cronológico, o al orden en que fueron pronunciados por Demóstenes, sino tal vez al deseo de coleccionarlos de manera que figuraran en primer término los referentes a la lucha de Atenas contra Filipo II de Macedonia y acaso porque también, desde el punto de vista docente, ofrecen mejores posibilidades al que quiera estudiar la oratoria demostina. La situación de las Olintiacas en primer

lugar es explicada por algunos en razón de que constituyen un cuerpo temático homogéneo.

El orden fijado por Calímaco es el siguiente: Primera Olintiaca; Segunda Olintiaca; Tercera Olintiaca; Primera Filípica; Sobre la paz; Segunda Filípica; Sobre el Haloneso (apócrifo, debido en realidad a Hegesipo); Sobre el Quersoneso; Tercera Filípica; Cuarta Filípica (sospechoso de ser apócrifo ante la crítica moderna); Sobre la carta de Filipo (apócrifa, debida en realidad a Anaximenes); Carta de Filipo; Sobre la organización financiera (sospechoso a ojos de la crítica moderna); En pro de las Simmorias; En pro de la libertad de los rodios; En pro de los megalopolitas; Sobre el tratado con Alejandro (apócrifo).

El criterio seguido en la presente edición es puramente cronológico. Creemos que así puede comprenderse mejor el pensamiento político de Demóstenes y su evolución, no sólo política, sino también oratoria; el paulatino mejoramiento de sus recursos, su mayor elevación y su creciente influjo entre sus contemporáneos, sólo pueden explicarse certeramente si leemos sus discursos, siguiendo el orden en que fueron pronunciados.

Así, pues, nosotros damos el siguiente orden: En pro de las Simmorias (año 354); En pro de los megalopolitas (año 352); En pro de la libertad de los rodios (351); Primera Filípica (351); Primera Olintiaca (349); Segunda Olintiaca (349); Tercera Olintiaca (349); Sobre la paz (346); Segunda Filípica (343); Sobre las prevaricaciones de la embajada (342); Sobre la cuestión del Quersoneso (341); Tercera Filípica (341); Cuarta Filípica (340); Carta de Filipo (340-339); Respuesta a la carta de Filipo (340-339); Sobre la corona (330). Por su carácter, la Carta de Filipo y la Respuesta a la carta de Filipo, van en apéndice.

Observará el lector que hemos omitido el discurso Sobre el Haloneso, y ello en razón de ser apócrifo, deberse realmente a Hegesipo y versar sobre una cuestión secundaria como fué la negativa del partido nacionalista ateniense a aceptar de Filipo el islote de Haloneso, lo que tiene escasisima importancia en el curso del pensamiento político de Demóstenes. Omitimos asimismo la publicación del discurso Sobre el tratado con Alejandro

por su condición de apócrifo y pertenecer a una época en que Demóstenes tenía muy poca o escasa influencia sobre los asuntos atenienses y por tanto, ni aun a título ilustrativo es necesaria su inclusión en este libro. Sin embargo, publicamos la Cuarta Filípica, que si bien ha sido considerada como sospechosa de ser apócrifa por algunos, otros en cambio, como Walter Jaeger, no sólo afirman su autenticidad, sino que la toman como base documental para juzgar toda la política demostina. La inclusión en el apéndice de la Carta de Filipo y de la Respuesta a la carta de Filipo, si bien con las naturales reservas, la creemos necesaria, por cuanto corresponde a uno de los periodos más delicados de las relaciones entre Atenas y Filipo II de Macedonia y nos es necesaria para comprender determinados aspectos de la política de nuestro orador.

EDICIONES MODERNAS EXTRANJERAS

Bruni (Venecia, 1485); Reuchlin (Alemania, 1495); Aldo Manucio (1504, primera versión griega); Reuchlin (Hagenau, Alemania, 1522); Melanchton (1524); texto griego de Basilea con prefacio de Erasmo (1532); Le Roy (París, 1541); Venecia (1543); Wylson (Londres, 1570); Morel y Lamblin (París, 1570); Wolf (Basilea, 1572, 1604, 1607, 1642); Reiske (1770); Schaeffer (1823-26); Bekker (1823); Dindorf (1843); Dindorf-Blass (1885-6); Fuhr (1914); Weil (1873, 1881, 1887, 1889); Rehdantz (1865-74); Butcher (1903); Rehdantz-Blass (1885-1905); Ragon (1904); Rehdantz-Blass-Fuhr (1910); Weil-Dalmeyda (1912); Croiset (Budé, 1924-1945).

MANUSCRITOS Y EDICIONES EN ESPAÑA

Según el profesor M. Fernández Galiano, de cuyo interesante estudio hemos extraído muchos datos, tenemos en nuestras bibliotecas, al menos, un manuscrito del siglo XIV (L), Escorial 20, otro del siglo XIV o el XV (Salamanca, 224), cinco del XV (Salamanca, 231 y

243; Escorial, 73 y 115; Madrid, 4647) y dos del siglo XVI (Salamanca, 71; Escorial, 111). El manuscrito de Madrid está escrito de puño y letra por el humanista Constantino Lascaris. Se sabe también que figuraba un manuscrito de Demóstenes en la biblioteca del Príncipe de Viana.

El texto de las Olintíacas se imprimió en junio de 1524, en Valencia, por orden de Francisco de Vergara (A. Sanahuja, Valencia, 1554). Le citan Huarte de San Juan y Pedro Simón de Abril y le imita Ginés de Sepúlveda, así como Pedro de Valencia.

Fernández Galiano cita además las siguientes traducciones de discursos de Demóstenes: Arcadio de Roda (Madrid, 1872); J. F. V. J. D. M. (Madrid, 1820), Biblioteca Universal (Madrid, 1902); P. Julián Sautu, S. I. (s. l., s. a.); Josephus Juvenius (Villagarcía, 1759, en latín); R. Guastalla y J. Petit ("Bernat Metge", 1932); P. D. Mayor (Santander, 1943 y 1944); P. F. Aparicio (Cádiz, 1943); P. Manuel García Hughes (Madrid, 1945).

Además: J. Petit ("Bernat Metge", Barcelona, 1950 y 1951); M. Fernández Galiano (Barcelona, 1947) y la versión en español, publicada por el Fondo de Cultura Económica de Méjico, de la obra de Walter Jaeger, Demóstenes.

EN PRO DE LAS SIMMORIAS

Se carece de noticias ciertas sobre el desarrollo de la ofensiva plutocrática-conservadora del partido que encabezaba Eubulo, así como de la fecha en que se consiguió desplazar del poder a los demagogos. Algunos comentaristas fijan entre los años 354 y 352 la época de transición entre el gobierno demagógico y el conservador. Pero dicha ofensiva puede ser seguida a través de los discursos demostinos, que si bien compuestos con interés y finalidades procesales, están no obstante ligados de una manera íntima a cuestiones financieras o políticas.

El discurso En pro de las Simmorias es, en este sentido el más importante de ellos. Ya no es un discurso logográfico, sino que, contrariamente, su autor arrostra toda la responsabilidad de cuanto dice, pues dirige personalmente una gran alocución al pueblo. Y si bien se resiente todavía de las lecciones de Iseo, y tal vez esté demasiado construido, a la manera cerebral y geométrica de los discursos forenses, hizo gran mella en su auditorio. Estudiándolo atentamente, veremos un completo desarrollo del programa del partido de Eubulo: política de defensa de la Patria, sin pretensiones hegemónicas; saneamiento financiero; paz y orden; unidad y, soterradamente, una defensa firme de las posiciones de la clase adinerada.

Según los antiguos, este discurso tiene mucho del estilo de Tucídides. Es muy distinto de lo que caracterizó a las demás oraciones del gran político griego; más sobrio, pesado, macizo, conciso, con períodos más académicos y trabajados, con frases lapidarias y poco digeribles

para un público profano. Prodigio de diplomacia y de habilidad psicológica, revela un profundo conocimiento de la manera de ser de su pueblo y, sobre todo, es una magnífica lección del arte de salvar dificultades y capear las más difíciles tempestades políticas.

En cuanto a su argumento, hagamos un breve resumen del mismo: el Rey de Persia, Artajerjes III Ocos, había emprendido la reorganización de su poder, muy debilitado a consecuencia de las rebeliones egipcias y de las sublevaciones de los sátrapas. Obsesionados con el recuerdo de la Guerras Médicas, los griegos creyeron ver en los preparativos político-militares de Artajerjes una señal amenazadora contra su poderío, por lo que ciertos oradores consideraron prudente proponer al pueblo que le fuera declarada la guerra.

No fué éste el parecer de Demóstenes. Vió más lúcidamente la situación: comprendió que los preparativos del Rey de Persia no podían significar peligro alguno para su patria. Sabía además que las enemistades dividían a los pueblos de Grecia, lo que imposibilitaba una federación que pudiera hacer frente al poder persa. De ahí todo su interés en desaconsejar la declaración de guerra al Rey de los persas, si bien aprovechara la ocasión para explicar al pueblo la necesidad de que Atenas estuviera preparada contra cualquier evento, contra cualquier ataque.

Siendo Atenas un pueblo cuyo poderío descansaba en la potencialidad ofensiva y defensiva de su Marina, aconseja, a fin de evitar cualquier peligro, que sea acrecentada su potencia y reorganizada. Traza una exposición completa de un plan tributario para la flota, excelente como modelo de oratoria concisa y realista. Hace, pues, dos recomendaciones: una de ellas no declarar la guerra al Gran Rey; la otra, reorganizar y aumentar el poder de la flota. La primera es seguida por el pueblo; la segunda, no. Pero, indudablemente, la reforma de la Marina por él solicitada hubiese contribuído grandemente a aumentar la potencialidad política ateniense.

SUMARIO DE LIBANIO. — El rumor de que el Rey de los persas preparábase para atacar a los griegos conmovió al pueblo ateniense, el cual dispúsose a convocar a los demás pueblos griegos e iniciar la guerra. Pero Demóstenes les aconseja no tomar la iniciativa, sino esperar la ofensiva del Rey. «Ya que ahora — arguye — no convenceremos a los griegos de la necesidad que tienen de aliarse con nosotros, puesto que creen estar en seguridad; mientras que entonces, el mismo peligro les unirá a nosotros.» Les recomienda, pues, organizarse tranquilamente y prepararse para la guerra, e incluso les explica cómo concibe esta organización. Por dicho motivo este discurso se denomina *En Pro de las Simmorias*, porque entre los áticos, una simmoría es una *agrupación* de ciudadanos sujetos a liturgia.

«Quienes, ¡oh atenienses! — dice Demóstenes —, loan a vuestros antepasados, me parece que únicamente desean hacerlos discursos agradables..., sin prestar servicio alguno a los por ellos loados; ya que al proponerse hablar de hazañas que con la palabra nadie podría igualar, alcanzan el honor de ser tenidos por elocuentes; y en cambio hacen que el verdadero mérito de aquellos hombres aparezca inferior a la idea que de ellos tenía el auditorio. Considero que el tiempo es lo que más habla en favor de aquellos hombres, pues, a pesar de haber transcurrido mucho tiempo, nadie ha podido hacer algo más grande que lo que ellos hicieron. Me propongo decir de qué modo, en mi opinión, podríais prepararos mejor; porque aun cuando todos fuéramos hábiles oradores, estoy seguro de que con ello vuestros negocios no andarían mejor; en tanto que si surgiera solamente un orador cualquiera que os pudiese persuadir y explicaros

cuáles preparativos son necesarios, su importancia y de dónde debéis obtener recursos que sean útiles a la ciudad, desaparecería todo el temor actual. Eso es lo que yo intentaré hacer, si puedo; pero antes os diré brevemente cuál es mi opinión sobre lo que es conveniente hacer con el Rey (1).

»Considero que el enemigo común de todos los atenienses es el Rey; mas no por ello os aconsejaría que le declarásemos la guerra solos, sin el auxilio de los demás, pues no veo que los mismos griegos se entiendan bien entre ellos ni que sean amigos, sino al contrario; hay algunos que confían más en él que en algunos de sus compatriotas. Precisamente por esto considero que a vosotros os interesa procurar asimismo que el motivo de la guerra sea justo, si bien es fundamental que preparéis también lo necesario. En efecto, atenienses, si la actitud de los griegos fuese clara y manifiesta, estoy seguro de que ellos se aliarían y estarían muy agradecidos a los que con ellos y por ellos lo rechazasen; pero si nosotros nos adelantamos a declararle nuestra enemistad cuando su intención no es aún evidente, temo, atenienses, que tendréis que combatir, a la vez que con ellos, con aquellos de quienes defenderíamos los intereses; ya que el Rey dejará sin efecto lo que proyectaba, si es que tenía decidido atacar a los griegos, y a algunos les dará dinero (2) y a otros les ofrecerá su amistad; y éstos, deseosos de resucitar las luchas intestinas y con sólo esta idea, descuidarán la salvación de todos. Os conjuro para que no lancemos nuestra ciudad a esta confusión y ceguera.

»Pues no veo que entre vosotros y los otros griegos haya igualdad de pareceres, cuando se trata de la conducta a seguir con el Rey; ya que a muchos les conviene más preocuparse de sus intereses particulares y desentenderse de los demás griegos; mientras que, aunque os estén traicionando, vuestro honor os impide castigar a los ofensores, dejándoles en manos de los bárbaros. Y ya que las cosas son así, es necesario vigilar que ni nosotros vayamos a una guerra desigual ni aquel de quien sospechamos que prepara una guerra o un ataque contra los griegos pueda ganarse la confianza de éstos a base de pasar por amigo suyo. Mas, ¿cómo se conseguiría

esto? Mostrando a todo el mundo que las fuerzas de la ciudad están preparadas y a punto, pero evidenciando asimismo la rectitud de nuestra intención en esta empresa.

»A cuantos se enardecen y quisieran hacer la guerra en este mismo instante, he aquí lo que voy a decirles: no es difícil ganarse reputación de valeroso cuando es momento de deliberar ni cuando el peligro está próximo; lo que es difícil y oportuno es esto otro: en el peligro, dar pruebas de valor, y en la deliberación, saber decir cosas más inteligentes que los demás. Yo, ¡oh atenienses!, considero que la guerra contra el Rey es difícil para la ciudad, pero resultaría fácil la lucha que entraña toda guerra. ¿Por qué? Pues porque creo que todas las guerras exigen forzosamente dinero, galeras y posiciones, y de todo eso aquél posee mayor cantidad que nosotros; mientras que las batallas únicamente solicitan hombres valientes y considero que de éstos tenemos más nosotros y quienes con nosotros comparten nuestros peligros.

»Así, pues, por este motivo os aconsejo que en modo alguno toméis la iniciativa de la guerra; aunque sostengo que es necesario que estemos bien preparados para el combate. Si para defendernos de los bárbaros hiciera falta una clase de armamento y para defendernos de los griegos otro, es posible que sin duda alguna se viese que nos preparábamos contra el Rey. Pero como todos los preparativos son de la misma clase, y como el objeto de éstos ha de ser poder rechazar a los enemigos, socorrer a los aliados y conservar en seguridad los bienes que se poseen, ¿por qué razones, si ya tenemos enemigos declarados (3), debemos buscarnos otros? Al contrario: preparémonos contra éstos y de esta manera intentaremos también rechazar a los otros si nos atacan. Supongamos que ahora convocáis a los griegos: si no hacéis lo que os piden, cuando ya los hay que están mal dispuestos hacia vosotros, ¿cómo esperáis que os contesten? ¡Por Zeus!, tendríamos que decirles que el Rey, está preparándose para atacarlos. Mas, ¡por Zeus!, ¿creéis que ellos no prevén esto? Creo que sí. Pero por ahora este tema no es mayor que el de las diferencias que algunos tienen con vosotros o entre ellos mismos, de manera que nuestros embajadores no harían otra cosa que

andar de aquí para allá cantando rapsodias. En cambio, si alguna vez ocurre realmente lo que sospechamos ahora, sin duda no habrá en toda Grecia un solo pueblo tan confiado en sí mismo que, viendo que tenéis mil caballos y tantos hoplitas como se quiera, y trescientas naves, no os vengan a solicitar vuestra ayuda, convencidos de que con esta fuerza es muy segura su salvación. Así pues, he aquí el resultado de llamarles ahora: ser los solicitantes, no lograr lo que pedís y quedar mal; en cambio, de hacer preparativos y saber esperar, el resultado será salvar a los pueblos que os lo vengan a pedir y estar seguros de que todos vendrán.

»Así yo, ¡oh atenienses!, teniendo en cuenta todo eso y otras cosas parecidas, no he buscado hacer un discurso valiente y lleno de frases triviales; en cambio he reflexionado y me he tomado mucha molestia en lo que toca a los preparativos que debéis hacer y en cómo hacerlos más eficaces y rápidos cuanto sea posible. Por ello me parece que habréis de comprender este proyecto y votarlo, si os gusta.

»Como preparativos, ¡oh atenienses!, el primero y más importante es la necesidad de disponer vuestro ánimo y vuestros sentimientos de manera que cada uno de vosotros esté resuelto a efectuar de buen grado y con celo cuanto sea necesario. En efecto, fijaos, ¡oh atenienses!, en cómo cada vez que habéis querido una cosa y cada uno ha considerado después que tenía que ser él mismo quien actuara, jamás habéis dejado de obtener éxito; mas cada vez que lo habéis querido, y luego os habéis contemplado unos a otros, como si cada uno no tuviera que hacer nada, sino que quien tuviese que actuar fuere el vecino, ningún resultado habéis obtenido.

»Así pues, ya que vuestro estado de espíritu es éste y estáis tan animosos, os digo que es necesario aumentar hasta «dos mil» el número de los «mil doscientos» contribuyentes, añadiéndole «ochocientos». Porque, de llegar a ese número, opino que, una vez descontados los bienes de las epicleras, de los huérfanos, de los lotarios (colonos), de los herederos indivisos y de quienes no podrán pagar (4), os quedarán los «mil doscientos» contribuyentes.

»Considero ahora que hay que dividir a éstos en

veinte simmorias, de sesenta miembros cada una, y propongo que cada una de estas simmorias (5) se divida en cinco secciones de sesenta individuos, alternando siempre los más pobres con los más ricos. Éste es el sistema que propongo en cuanto a las personas; la razón de ello la sabréis en cuanto hayáis escuchado por entero mi plan de conjunto. Y de las galeras, ¿qué? Solicito que el número total sea fijado en unas trescientas (6), a dividir en veinte grupos de quince; y en cada uno de ellos pondréis cinco de la primera centena, cinco de la segunda y cinco de la tercera. Entonces, a cada simmoria de personas le será asignada a suerte la quincena de naves y la simmoria dará tres galeras a cada una de sus secciones. Una vez distribuido esto en la forma antedicha, y ya que el censo del país es de seis mil talentos (7), solicito asimismo, a fin de ordenaros las finanzas, que sea dividido en cien partes de sesenta talentos cada una. Luego, a cada una de las veinte grandes simmorias le atribuiréis cinco de estas partes de sesenta talentos y a su vez la simmoria entregará una a cada una de sus cinco secciones; de tal forma que, si necesitáis cien galeras, sesenta talentos subvendrán al gasto de cada una y los trierarcas serán doce; si hacen falta doscientas, treinta talentos subvendrán al gasto de cada una y los trierarcas serán seis; si hacen falta trescientas, veinte talentos pagarán los gastos de cada una y habrá cuatro trierarcas. Según el mismo procedimiento os pido, ¡oh atenienses!, que lo que quede debido por la Eijarquía sea valorado por completo, galera a galera, según inventario, y se formen veinte partes. Se atribuirá entonces, mediante sorteo, un mismo número de deudores a cada una de las grandes simmorias, la cual los repartirá por igual entre sus secciones, y los doce miembros de cada sección pagarán cuanto sea necesario y aparejarán las galeras que les hayan correspondido. En lo que se refiere a los gastos, o sea a los bucs de las naves, los trierarcas y la exención de la Eijarquía, éste es el medio que considero mejor para proveer a ello y prepararnos [*Ver el final del discurso el esquema de la propuesta demostina.*]

»Referente a la marinería, seguidamente os diré la manera más clara y sencilla de reclutarla. Propongo que los estrategos dividan las atarazanas en diez secciones,

procurando que cada una de ellas comprenda las treinta gradas más próximas entre sí. Una vez efectuado esto, que asignen a cada sección dos simmorias y treinta galeras y se sorteen las secciones entre las tribus (8). Luego, que cada taxiarco divida en tres partes el espacio que haya correspondido a su tribu e igual efectúen con las naves y las repartan a suertes entre las tribus, de manera que cada parte tenga una parte del total de las atarazanas y cada tritia un tercio de parte, y así sepáis vosotros, cuando lo necesitéis saber, primeramente, dónde está destinada tal tribu, y después, dónde está tal tritia e incluso quiénes son los triarcos y cuáles las galeras que tienen. Y cuando todo ello esté ya en marcha, si alguna cosa olvidamos — porque no es fácil preverlo todo —, nos daremos cuenta de ello inmediatamente por su misma marcha y tendremos una única organización para todas las naves y para cada parte de la Armada...

»En cuanto al dinero y ciertos recursos aparentes, sé que voy a deciros algo paradójico; lo diré a pesar de todo, pues confío en que, si os fijáis bien, veréis que expresaré la verdad de lo que va a ocurrir:

»Afirmando que, por ahora, no es necesario hablar de dinero; porque, si hacen falta recursos, hay manera honorable y justa de obtener muchos. Mas, si recurrimos en seguida a esto, nos hará el efecto de que cuando nos hagan falta no los tendremos, ¡estamos tan poco dispuestos a darlos hoy!...; en cambio si dejamos hacer, los habrá. Pero, ¿cuáles son estos dineros que ahora no existen y más adelante van a estar a nuestra disposición? Parece un enigma, pero me explicaré.

»Atenienses, contemplad esta ciudad. Me atrevo a afirmar que hay en ella tantas riquezas como en todas las demás ciudades juntas. Ahora bien, sus dueños tienen un espíritu tal que si todos los oradores les asustaran diciéndoles que vendrá el Rey, que ya está aquí, que no hay manera de evitarlo, y, juntamente con los oradores, lo profetizaran un número igual de adivinos, ellos no sólo no darían nada, sino que disimularían y no confesarían lo que tienen. En cambio, si se dieran cuenta de que pasaban a ser realidad los peligros que ahora anuncian los discursos, no hay nadie tan estúpido que no pudiera, incluso que no quisiera, ser el primero en contri-

buir. Porque, ¿quién preferirá perderse, él y sus bienes, antes que dar una parte de estos mismos bienes y salvar el resto? Así pues, os aseguro que entonces tendremos dinero si realmente hace falta; pero antes no. Por ello no os aconsejo que lo busquéis ahora, porque todo lo que hoy recogeríais, si quisierais pedirlo, sería ridículamente mínimo.

»En efecto, veamos: ¿qué ocurriría si ahora se propusiera el impuesto del centésimo? En total serían sesenta talentos. ¿Y si se proponía la cincuentena, que es el doble? Tendríamos ciento veinte Y ¿qué es esto en comparación con los mil doscientos camellos que, según esos oradores, portan el tesoro del Rey? Pero hay más: ¿queréis imponer la docena, es decir, quinientos talentos? Ni lo soportaríais ni, si pagabais, bastaría para los gastos de la guerra. Por consiguiente, lo que tenéis que hacer es preparar las demás cosas y dejar de momento que quienes tengan dinero lo guarden — al fin y al cabo la ciudad no lo tendría en lugar más seguro —, y si llega el momento os lo darán de buen grado; cuando llegue ese momento, tomadlo. Esto, ¡oh atenieneses!, es a la vez honorable y factible y conforme a nuestros intereses; como es bueno también que el Rey tenga noticia de ello, porque la noticia no dejará de causarle cierto temor.

«Sin duda alguna él recordará que doscientas galeras, de las cuales cien habían sido nutridas por nosotros, deshicieron mil de las de sus antepasados y oírás decir ahora que nosotros tenemos preparadas trescientas; por lo que, si no es del todo insensato, no considerará una insignificancia atraerse la enemiga de nuestra República. Y, en todo caso, si se deja enorgullecer por sus riquezas, tendrá ocasión de ver que su base es asimismo más débil que la nuestra. Dicen de él que amontona el oro en abundancia; pero si lo reparte, tendrá que buscar más. Porque es natural que incluso se sequen y agoten las fuentes y los pozos. caso de desaguarse con frecuencia. Y en lo que se refiere a nosotros, sabrá que nuestra base consiste en el censo de esta tierra, que es de seis mil talentos. Y si es invadida por su gente, sus antepasados que yacen en Maratón darán fe de qué forma sabemos defenderla nosotros. No, de ninguna manera puede ser, mientras sea nuestra, que nos falte dinero.

»Y en rigor tampoco creo que sea cierto que con sus riquezas reclute muchos mercenarios, como algunos temen. Porque opino que muchos griegos, caso de ir contra Egipto (9) o contra Orontes (10), sí que se avendrían a alistarse como mercenarios suyos, no para ayudarle a vencer a algún rebelde, sino a fin de procurarse de cada uno de ellos cierto bienestar y salir de la miseria en que se encuentra. Pero no creo que ningún griego marchara contra Grecia, pues. ¿hacia dónde iría después de ello? ¿Iría a Frigia para ser hecho esclavo? (11). Además, si la guerra contra el bárbaro se hace únicamente por la tierra natal, por la vida, por las costumbres, por la libertad, por todas esas cosas juntas. ¿quién habrá tan miserable que quiera traicionarse a sí mismo, a sus padres, a sus sepulcros, a su patria por una pequeña ganancia? Pienso que nadie. Ni el Rey mismo tiene interés en que gente extranjera venza a los griegos; porque quien sea superior a nosotros también lo será a él. Y lo que desea no es destruirnos para que caigamos en manos de otros, sino en ser dueño de todos o, al menos de los que acaece que ahora son sus esclavos...

»Por otra parte, si alguien opina que los tebanos (12) estarán a su lado, he aquí un punto difícil de discutir ante vosotros; porque, dado que les odiáis, ni aun cuando tuvieran razón os agradaría oír hablar de ellos ni con verdad ni con elogio. Pero incluso cuando se examinan intereses importantes, no hay que dejar de lado ninguna reflexión útil, bajo ningún pretexto. Así pues, creo que los tebanos están tan lejos de quererse unir al Rey contra los griegos, que si pudiesen pagarían mucho dinero para que se les presentara ocasión de borrar su antigua falta contra Grecia. Mas si a pesar de esto consideramos a los tebanos como ralea miserable, por lo menos sabed todos una cosa: que si los tebanos tomaran partido por el Rey, inmediatamente sus enemigos (13) tendrían que tomarlo por los griegos.

»Así pues, opino que la causa justa y quienes la mantienen serán más fuertes que los traidores y que el bárbaro, pase lo que pase; por tanto, afirmo que no hace falta temer en exceso ni adelantarse a tomar la ofensiva. En rigor no veo que ninguno de las demás griegos tenga motivos para temer esa guerra. Porque, ¿quién de ellos

ignora que mientras unos y otros estaban de acuerdo entre sí y consideraban al Rey como enemigo común, tenían muchas ventajas, y, en cambio, una vez que contaban con su amistad, dividíanse a causa de sus intereses contrarios y sufrían daños mayores que los que ningún enemigo habría hecho caer sobre ellos? Luego de esto el hombre al que la fortuna y la divinidad nos revelan como amigo peligroso, pero enemigo útil, ¿tenemos que temerle nosotros? En manera alguna; evitemos de todos modos hacerle daño, por consideración a nosotros mismos y a la confusión y desconfianza que reinan entre los demás griegos.

»Aún más: si acordáramos atacarle todos a una, a pesar de que no tuviésemos razón, no lo consideraría un delito; pero ya que no es así, estimo que tenemos que guardarnos de dar al Rey pretexto alguno para indagar cuáles otros derechos de los griegos podría defender. Porque si nosotros nos mantenemos tranquilos, sería sospechoso lo que hiciera en ese sentido; en cambio, si somos los primeros en declarar la guerra, le costará poco hacer creer a los demás, dado el odio que nos tienen, que desea ser su amigo. Guardaos, pues, de mostrar el mal estado de Grecia llamando a los demás griegos cuando sabéis que no van a acudir y emprendiendo la guerra cuando no podéis. Al contrario, manteneos en paz, no tengáis temor alguno, y preparaos; procurad que vuestras noticias lleguen al Rey, no sea, ¡por Zeus!, que piense que todos los griegos y atenienses están desconcertados, o tienen miedo, o no se entienden; lejos de ello: que sepa que, si la mentira y el perjurio no fuesen tan deshonorosos para los griegos como agradables son para el Rey, haría tiempo que marcharíais contra él; y si no lo podéis efectuar por vosotros mismos, implorad a todos los dioses que se apodere de él aquella misma locura que en otros tiempos se apoderó de sus antepasados. Y si se le ocurre reflexionar, verá que no deliberáis a la ligera. En todo caso él sabe que a consecuencia de las guerras con sus antepasados, nuestra ciudad pasó a ser próspera y grande, y en cambio, a base de la paz en que antes vivía, no hubiese destacado nunca entre las demás ciudades griegas como así ha ocurrido. Contempla asimismo como los griegos necesitan alguien que, a propósito o involunta-

riamente, les reconcilie y sabe que este involuntario conciliador sería él si llegase a promover la guerra; de manera que esas noticias vuestras serán cosa conocida de él, a la vez que digna de crédito.

»Mas no quiero, ¡oh atenienses!, cansaros con un discurso excesivamente largo; resumiré, pues, mis consejos y me retiraré. Os recomiendo que os preparéis contra vuestros enemigos actuales y os digo que, si el Rey o cualquier otro intentaran haceros daño, tenéis que defenderos con iguales fuerzas, pero no tenéis que tomar, ni con palabras ni con obras, ninguna iniciativa injusta. En fin, hemos de procurar hacernos dignos de nuestros antepasados mediante nuestros actos y no por nuestros discursos en el ágora. Y si así lo hacéis procederéis de acuerdo con vuestro propio interés y con el de quienes quieren persuadirnos de lo contrario, porque no tendréis que irritaros contra ellos más adelante por una falta que ahora cometeríais.»

ESQUEMA DE LA PROPUESTA REFORMA DEMOSTRATIVA DE LA MARINA

Para el caso de construir 300 naves:

- Una nave = una grada = 4 trierarcos = 20 talentos = 1/300 de la deuda = 1/10 de tercio.
- Tres naves = una sección (12 trierarcos) = 60 talentos (una parte) = 1/100 de la deuda.
- 10 naves = 10 gradas (una parte). Un tercio.
- 15 naves (una porción) = agrupación (60 trierarcos) = 300 talentos = 1/20 de la deuda.
- 30 naves = un sector = dos agrupaciones = una tribu.
- 300 naves = 10 sectores = 20 agrupaciones (1.200 trierarcos) = 6.000 talentos = Total de la deuda = 10 tribus.

Para el caso de construir 200 naves:

- Una nave = 6 trierarcos = 30 talentos = 1/200 de la deuda.
- Dos naves = una sección.
- 10 naves = una agrupación.
- 20 naves = una tribu y un sector.

Para el caso de construir 100 naves:

- Una nave = una sección = 60 talentos = 1/100 de la deuda.
- Cinco naves = una agrupación.
- 10 naves = una tribu y un sector.

DISCURSOS POLÍTICOS

15

NOTAS

- (1) El gran rey Artajerjes III Ocos.
- (2) Refiérese a la venalidad de algunos políticos griegos, al servicio de Persia o Macedonia.
- (3) La hegemonía políticomilitar de Tebas supone siempre un peligro para Atenas.
- (4) Alude a las excepciones previstas por la Ley.
- (5) Variante del moderno gremio de contribuyentes, por el impuesto sobre los bienes exigibles en tiempos de guerra, ya conocido del sistema fiscal ateniense.
- (6) Unos 60.000 hombres en total, a razón de 20 marineros, 10 individuos de infantería de marina y 174 remeros, por galera.
- (7) Aproximadamente equivale a 36 millones de pesetas oro.
- (8) Por el reparto corresponden dos simmorias a cada tribu, en el caso de considerar iguales en condiciones a las más pobres y a las más ricas.
- (9) En Egipto — conquistado por Cambises en 525 —, las rebeliones fueron numerosas: en 486, la de Inaros sostenida por Cimo en 456, la de Amirteo en 405, la de Neforites en 399...
- (10) Sátrapa de Misia, rebelde contra el Gran Rey. Mantuvo mercenarios griegos a su servicio.
- (11) Frigia suministraba esclavos a Grecia.
- (12) Esparta y Atenas estaban aliadas desde 356 contra la hegemonía tebana. Durante las guerras médicas, los tebanos combatieron al lado de los bárbaros. Su traición en las Termópilas fué una de las causas de la derrota de Leónidas.
- (13) Tras la fundación de Megalópolis y la pérdida de Meseña, Esparta se mantendrá enemiga irreconciliable de Tebas, al igual que los focenses.

100

100

EN PRO DE LOS MEGALOPOLITAS

Según Lord Brougham, este discurso es insuperable como exposición de la mejor doctrina sobre el equilibrio político. Por la energía de forma y la amplitud del tono, señala un progreso acentuado sobre el precedente. Su plan es muy simple, y casi podría afirmarse que se ciñe al desarrollo en la elaboración de En Pro de las Simmorias. Adviértese en él cierta fisura entre las respectivas posiciones de Demóstenes y de Eubulo y quienes le siguen: los últimos muéstranse partidarios decididos de la no intervención, mientras que Demóstenes apoya con todo entusiasmo y franqueza las solicitudes de los arcadios. He aquí la raíz íntima de su pensamiento: "Nuestro interés requiere que conservemos en todo momento y a todo precio el equilibrio de poderes entre las potencias griegas: como resultado de su guerra con los focenses, Tebas está ahora debilitada; sin embargo, parece que Esparta desea volver a sus antiguas pretensiones de hegemonía peloponésica. Atenas debe impedirlo, sin que nos ofusque ningún escrúpulo o consideración de orden extraparlamentario." Posiblemente lo que impidió que el pueblo siguiera el consejo de Demóstenes fué el temor de que la ayuda significara guerra al mismo tiempo contra Macedonia, Esparta y Tebas, lo que tal vez hubiese supuesto una virtual catástrofe para Atenas. Sin embargo, no es menos cierto que los arcadios, deseosos de encontrar un protector, echáronse luego, vista la indiferencia de Atenas, en brazos de Filipo, lo que dió lugar a nuevas y urgentes preocupaciones.

Todos los críticos están conformes en señalar como una de las principales causas del fracaso del discurso

presente la general animadversión que los atenienses experimentaban respecto a los tebanos. Mas precisamente en el pensamiento político de Demóstenes sobre la cuestión tebana, expuesto en el mentado discurso, se advierte cierta evolución. Una vez desaparecido el peligro de la hegemonía tebana, luego del fracaso de Mantinea, Demóstenes va encariñándose con la idea de que para la seguridad de Atenas es necesario aliarse con los beocios, renunciando así a la política de amistad con Esparta, muy cara a los atenienses, y de prevención frente a los Estados del Peloponeso antiespartanos. Ésta era también la antigua línea política de Eubulo y Aristofantes. Esquines y los suyos, al contrario, pretendían captarse las simpatías de Macedonia e indisponerla contra los beocios. Sabemos que en los meses que precedieron a la batalla de Queronea triunfó el pensamiento demostino.

La temática de este discurso es la siguiente: en el año 353, la ciudad de Megalópolis, recién fundada por los tebanos a fin de hacer de ella la capitalidad de una Confederación arcadia, sometida y amiga de Tebas, se halla amenazada por Filipo, que, ante la derrota que los beocios han sufrido, cree llegado el momento de afirmar y garantizar su posición política y hegemónica en el Peloponeso. Los habitantes de Megalópolis, los megalopolitas, envían embajadores a Atenas solicitando ser auxiliados, a pesar de saber que esta ciudad tiene concertado un Tratado de alianza con los lacedemonios. Demóstenes, al defender la petición, procura no defender a los tebanos ni tampoco mostrarse más lacedemonio que los espartanos. Únicamente mirará la conveniencia de Atenas, verdaderamente interesada en el equilibrio político de los pueblos griegos. Los atenienses, a los ojos de los cuales aparecía la posibilidad de reconquistar Oropos y restablecer en sus derechos a las antiguas ciudades beocias, como por ejemplo Platea, antigua aliada de Atenas, sin rechazar por completo las sugerencias de Demóstenes, tampoco aceptaron todas sus recomendaciones. Prometió a los mesenios que se opondrían a los intentos de atropello de Esparta. Entonces los megalopolitas recurrieron a los tebanos y pueblos vecinos. Atenas, por sus sentimientos antitebanos, perdía la ocasión de afirmar su poderío y de restablecer el equilibrio político.

SUMARIO DE LIBANIO. — Cuando los lacedemonios, vendidos por los tebanos en Leuctra, halláronse en gran peligro, a causa de la defección de los arcadios, que se habían pasado a esos últimos, se les unieron los atenienses y les salvaron. Una vez librados del peligro y recobradas sus fuerzas, los lacedemonios marchan sobre Megalópolis de Arcadía y, mediante emisarios, solicitan de los atenienses que les ayuden en esta guerra. Por otra parte los megalopolitas han enviado también una embajada a Atenas en petición de auxilio. Ahora bien, Demóstenes aconseja no dejar que Megalópolis sea destruída ni que los lacedemonios pasen a ser demasiado poderosos, alegando que es conveniente para los atenienses que Lacedemonia no sea temible.

«Me parece, atenienses, que se equivocan unos y otros; tanto los que han hablado en favor de los arcadios como quienes lo han hecho por los lacedemonios; además, podría suponerse que, — dada la forma en que mutuamente se acusan y atacan — vienen en nombre de cada uno de estos dos pueblos y no son, como vosotros, ciudadanos de la República a la que aquéllos envían embajada. Esto era más propio de quienes han venido (1); a los de aquí, que se creían en la necesidad de aconsejaros, les tocaba discutir estas cuestiones y examinar lo que más os conviene, sin espíritu de rivalidad. En lugar de ello, si prescindimos de que los conocemos y hablamos ático, creo que muchos tomarían por arcadios a los unos y por lacedemonios a los otros. En lo que a mí respecta, me doy cuenta de cuán difícil es aconsejaros lo mejor, ya que, engañados como estáis y queriendo unos una cosa y los demás otra, si alguien intenta proponeros una solución intermedia — y no tenéis paciencia para in-

tentar comprenderla —, ésta no gustará ni a unos ni a otros y tendrá en contra a todos. Si esto tiene que ocurrirme, prefiero que me tengáis por un charlatán sin sentido que abandonar lo que considero más conveniente para la República y permitir a unos cuantos que os engañen. Así, si me lo permitís, dejaré para después las demás reflexiones y empezaré insistiendo sobre aquello en que todo el mundo está de acuerdo y que yo considero esencial.

»Nadie me negará, evidentemente, lo conveniente que es para la ciudad que tanto los lacedemonios como los tebanos aquí presentes sean débiles. Pues las cosas, a juzgar por lo que a menudo se ha dicho ante vosotros, están así: que los tebanos, caso de que Orcomenes, Tesis y Platea se rehagan serán débiles y si someten a Arcadia y destruyen Megalópolis volverán a ser poderosos. Por tanto debemos impedir que éstos sean terribles y grandes otra vez, antes de que aquéllos se hayan debilitado del todo; y que, sin darnos cuenta, Lacedemonia se engrandezca más de lo que os conviene que se debilite Tebas.

»Porque no podemos afirmar que quisiéramos cambiar de adversarios escogiendo a los lacedemonios en lugar de a los tebanos; no es esto lo que pretendemos, sino que ni unos ni otros puedan causarnos daño alguno, ya que de esta manera estaremos en completa seguridad.

»Me argüiréis, ¡por Zeus! claro está, que debe ser así, pero será terrible el hecho de tomar por aliados precisamente a aquellos contra quienes combatimos en Mantinea y les auxiliemos luego contra quienes lucharon a nuestro lado (2). También me lo parece a mí; pero, de todas maneras, es necesario asimismo que los otros quieran proceder con lealtad. Si todos quieren seguir en paz, no auxiliaremos a los megalopolitas porque no habrá ninguna necesidad de ello, y así, nada habrá que nos enfrente contra quienes fueron nuestros compañeros de armas. Por otra parte éstos ya son aliados nuestros, según ellos mismos aseguran; los otros pasarán a serlo ahora: ¿qué más podríamos desear? Pero incluso en el caso de que, contra toda justicia, consideraran que es conveniente hacer la guerra y tengamos que deliberar sobre si nos es necesario abandonar Megalópolis a los

lacedemonios o no; a pesar de que no sea justo, admito que les dejemos hacer y no nos opongamos a quienes compartieron en otro tiempo nuestros peligros; pero como todos sabemos que, después de haber tomado Megalópolis, marcharán contra Mesena, que me digan algunos de los que actualmente se muestran tan duros con los megalopolitas, ¿qué cosa van a aconsejarnos que hagamos entonces? Pero nadie hablará. Y todos sabéis que lo mismo si éstos lo aprueban como sin no, tenemos que auxiliar realmente a los mesenios, tanto a causa de los juramentos que a ellos nos atan como porque nos interesa la existencia de su ciudad. Por lo tanto, reflexionad y preguntaos con qué motivo es más honroso y humano oponerse a los atropellos de los lacedemonios. ¿En favor de Megalópolis o en favor de Mesena? En el primer caso daremos la sensación de auxiliar a los arcadios y trabajar a fin de instaurar la paz, esa paz por la que os habéis expuesto a los peligros y arrostrado la batalla; en caso contrario, aparecerá evidente a los ojos de todo el mundo que si queréis que exista Mesena, no es tanto por vuestro amor a la justicia como a causa de vuestro temor a los lacedemonios. De momento hay que buscar y hacer siempre aquello que sea justo, pero al propio tiempo vigilar a fin de que esto sea también lo que más os convenga.

»Mis adversarios arguyen diciendo que tenemos que intentar recobrar Oropos (3) y que, si atraemos hacia nosotros la enemistad de quienes actualmente nos ayudarían contra ella, no tendremos aliado alguno. Pues bien, estoy de acuerdo en que también hay que intentar reconquistar Oropos; pero que actualmente los lacedemonios tengan que pasar a ser enemigos nuestro caso de que aceptemos por aliados a aquellos de los arcadios que deseen ser nuestros amigos, me parece que los únicos que no pueden afirmar esto son precisamente quienes, cuando los lacedemonios peligraban, exhortábannos a socorrerlos. No usaban, en efecto, estos argumentos cuando todos los peloponenses acudieron a vosotros reclamando vuestra ayuda a fin de marchar contra Lacedemonia y esos mismos oradores os persuadieron para que no los acogierais — a causa de lo cual se fueron con los tebanos, única solución que les quedaba — y para que dierais

dinero y expusierais vuestras vidas a fin de salvar a los lacedemonios. Vosotros, evidentemente, no debierais haber deseado salvarlos si os hubiesen advertido que, una vez salvados — si no les dejabais completa libertad para que por su cuenta pudieran desear y cometer injusticias —, no os mostrarían agradecimiento alguno por su salvación. Y además, aunque vaya contra los propósitos de los lacedemonios una alianza vuestra con los arcadios, sin duda alguna les iría mejor sentirse agradecidos hacia nosotros por haberlos salvado cuando se expusieron a los peores peligros, que indignarse en este momento porque les impiden que cometan daño alguno. Pues, ¿cómo no nos van a ayudar contra Oropos si no quieren pasar como los más ruines de los hombres? En lo que a mí atañe, ¡por los dioses!, no veo cómo.

»Quedo sorprendido además por quienes argumentan que si nos aliamos con los arcadios y seguimos esta política, la ciudad parecerá tornadiza y poco fiel. Pues a mí, ¡oh atenienses!, precisamente me parece lo contrario. ¿Por qué? Pues porque no creo que nadie del mundo pueda negarme que nuestra ciudad ha salvado a los lacedemonios y anteriormente a los tebanos y últimamente a los eubeos y que, después de esto, los ha tenido como aliados; todo ello a fin de mantenerse fieles siempre a un mismo principio. ¿Cuál es este principio? Salvar a los oprimidos. Así pues, si realmente es así, en manera alguna seríamos nosotros los inconstantes, sino aquellos que no quieren atenerse a la justicia; y resultará evidente que, por culpa de los envidiosos, las circunstancias siempre cambian, pero no la República.

»En cuanto a los lacedemonios, me parece que actúan como gente muy hábil; porque actualmente dicen que los eleos tienen que recobrar algo de Trufilia, los filiasios el Tricaranín, otros arcadios su propio territorio y nosotros Oropos. Esto no lo dicen ahora para ver a cada uno de nosotros en posesión de lo que es suyo, ni de buen trecho — ya que, efectivamente, se hubieran tornado generosos algo tarde —, sino para que todo el mundo piense que ayudan a cada cual a recobrar lo que reclama como suyo (4), y así, cuando ellos ataquen Mesena, entren en campaña con ellos y les presten ayuda, a menos de pasar por injustos si, después que han obtenido la ayuda

de los lacedemonios para sus reclamaciones, no se lo pagan con un favor semejante. En lo que a mí se refiere, opino primeramente que la ciudad recobrará Oropos, incluso sin sacrificar ninguno de los arcadios a los lacedemonios; con el concurso de éstos, si quieren obrar con rectitud, y con el de los otros que no crean necesario permitir que los tebanos retengan en sus manos lo que no es de ellos. Aparte eso, aunque no fuese manifiesto que, si no dejamos que los lacedemonios subyuguen al Peloponeso, no podremos tomar Oropos, considero preferible, si ello puede decirse así, dejar Oropos a abandonar Mesena y el Peloponeso a los lacedemonios. Ya que no creo que nuestras relaciones con ellos sean únicamente para esto...; pero dejaré lo que estaba a punto de decir; en este momento creo que peligrarían cosas en gran manera importantes.

»Mas, sin duda alguna, eso que afirman: que los megalopolitas, por culpa de los tebanos, han tomado partido contra nosotros, me parece fuera de lugar sacarlo a relucir ahora como un motivo de acusación; como cuando ellos quieren ser amigos nuestros y redimirse haciéndonos servicios, denigrarlos y buscar la manera de que no lleguen a serlo, sin reconocer que, cuanto más celosos nos los muestren hacia los tebanos, más justamente incurrirán en nuestra indignación por haber privado a la República de semejantes aliados cuando acudieron a nosotros antes que a Tebas (5).

»Pero me parece que ésta es la política de quienes desean que esos arcadios se unan por segunda vez con otros pueblos; actualmente sé, por todo lo que lógicamente puede preverse — y supongo que la mayoría de vosotros opinaréis igual que yo —, que si los lacedemonios toman Megalópolis peligrará Mesena, y si también toman Mesena, os digo que nosotros nos aliaremos con los tebanos. Sí, es mucho más honroso y útil acoger espontáneamente a los aliados de Tebas, sin ceder a los deseos de los lacedemonios, que dudar ahora si tenemos que salvar a un aliado de los tebanos, y, aun más, temer por nosotros. Por lo que a mí atañe, no concibo que sea cosa indiferente para la República que los lacedemonios tomen Megalópolis y vuelvan a ser poderosos; porque veo que, incluso ahora, han decidido ir a la guerra no

para ahorrarse daños, sino para recuperar su antiguo poderío. Ahora bien, que aquello era a lo que aspiraban cuando poseían este poderío, es cosa que tal vez vosotros sepáis mejor que yo y lógicamente debéis temerlo. Y de buena gana preguntaría a los oradores que declaran odiar a los tebanos o a los lacedemonios, si sus respectivos odios son por amor a vosotros y a vuestros intereses o bien si unos odian a los tebanos por amor a los lacedemonios y los otros a los lacedemonios por afecto a los tebanos. Porque si los motivos son éstos, debéis considerar a tales hombres como locos y no hacerles ningún caso; ahora bien, si me dicen que es en interés vuestro, ¿por qué causas quieren engrandecer inoportunamente a otros pueblos? Pues es posible humillar a los tebanos sin necesidad de hacer más fuerte a Lacedemonia y con suma facilidad. ¿Cómo?... Intentaré explicároslo: sabemos que todo el mundo, aunque no quiera, experimenta cierto sonrojo por no hacer las cosas consideradas justas y aparentemente se opone a las injusticias, sobre todo cuando éstas van en perjuicio suyo. Y hallaremos que lo que arruina a todos y el principal de los males es esto: sencillamente, no hacer las cosas consideradas como justas. Así pues, a fin de que ello no sea obstáculo para que se debiliten los tebanos, declaremos que Tespis, Orcomenes y Platea tienen que ser repobladas y ayudémoslas y solicitemos la ayuda de los demás — puesto que es hermoso y justo no dejar que antiguas ciudades griegas sigan ruinosas—, pero no abandonemos Megalópolis ni Mesena a gente injusta, ni permitamos que, bajo pretexto de Platea o Tespis, sean destruidas las ciudades que existen y están habitadas; y si esta política aparece claramente manifiesta, no habrá nadie que no quiera que los tebanos cesen en la posesión de lo que es de otro. Si ello no es así, nuestros planes encontrarán, primero, la oposición de éstos — y es natural, ya que estiman que la repoblación de aquellas ciudades tendría que traerles su propia ruina —, y luego, nosotros mismos tendremos un trabajo agotador. Porque, ¿qué resultado obtendríamos honradamente si dejamos destruir una tras otra las ciudades existentes y solicitamos en cambio la reconstrucción de las destruidas?

»Ahora bien, quienes parece que hablan con mayor

rectitud dicen que los megalopolitas deben destruir las estelas de alianza (6) si desean ser firmes aliados nuestros. Mas otros dicen que para ellos las estelas no forjan la amistad, sino el interés, y que consideran como aliados a quienes les prestan auxilio. Si realmente ellos son de esta opinión, he aquí cómo, por mi parte, opino en esta circunstancia: digo que, simultáneamente, es necesario que los megalopolitas consientan en destruir las estelas y que los lacedemonios se mantengan en estado pacífico; y si unos y otros nieganse a este arreglo, nosotros hemos de aliarnos seguidamente con quienes lo acepten. Porque, tan luego como tengan la paz, los megalopolitas mantendrán aún su alianza con Tebas, y a los ojos de todo el mundo aparecerá evidente que tomamos partido por las ambiciones de los tebanos y no por el derecho.

»Si tan luego como nosotros hayamos pactado lealmente una alianza con los megalopolitas los lacedemonios no quieren seguir en paz, para todos será evidente que no sólo se preocupan de que Tespis sea repoblada, sino porque, mientras los tebanos están rodeados de enemigos, se puedan apoderar del Peloponeso. Me causa admiración que algunos — si bien temen que los enemigos de los lacedemonios sean aliados de los tebanos — no adviertan ningún peligro en el hecho de que éstos sean subyugados por los lacedemonios, dado que, en la práctica — según nos ha probado el tiempo —, los tebanos han utilizado siempre estas alianzas contra los lacedemonios, y éstos, cuando las han tenido, contra nosotros.

»Creo además que tenemos que tener presente otra cosa: si no acogéis a los megalopolitas y éstos son destruidos y dispersados, los lacedemonios podrán tornar seguidamente a ser poderosos. Mas si por casualidad se salvan — otras veces han ocurrido también cosas imprevisibles —, tendrán sus razones para ser los más fieles aliados de los tebanos. En cambio, si los acogéis, de momento y gracias a vosotros, se salvarán; y, en cuanto al futuro, cambiemos de punto de vista y fijémonos en los peligros relativos a los tebanos y a los lacedemonios: si los tebanos son derrotados por completo, como parece que ha de ocurrir, los lacedemonios no crecerán más de lo debido, ya que tienen como enemigos a sus vecinos arcadios. Y si por casualidad los tebanos se rehacen y se

salvan, quedarán debilitados de todos modos, ya que nosotros tendremos a los arcadios por aliados; los cuales, gracias a nosotros, habránse salvado. Así pues, conviene de todas formas no abandonar a los arcadios; para que, si realmente se salvan, no les parezca que únicamente lo deben a sí mismos o a algún otro pueblo, sino a Atenas.

»En estas circunstancias, yo, ¡oh atenienses!, — lo juro por los dioses —, no he hablado por simpatía ni por odio personal a unos u otros: he dicho lo que creo que os interesa; y os aconsejo que no sacrificuéis a los megapolitas. Simplemente: no sacrificuéis los más débiles al más fuerte.»

N O T A S

(1) Este discurso se comprenderá mejor si se tiene en cuenta que los embajadores extranjeros asistían a las deliberaciones; el orador se dirige indistintamente a éstos y al pueblo ateniense.

(2) Política ateniense: Aliada de Tebas contra Esparta en el año 376. De Esparta contra Atenas, más tarde. Es una política arbitral y de balanceo.

(3) Lugar disputado a menudo entre Atenas y Tebas, por estar situado en zona fronteriza. Escapó a la soberanía de Atenas en 362.

(4) Promete Oropos a los atenienses.

(5) Luego de la derrota de Esparta en Leuctra, los mesenios y los arcadios solicitaron la ayuda de Atenas, que ésta les rehusó, aliándose seguidamente con Tebas.

(6) Piezas en las que se graban los términos de los tratados.

EN PRO DE LA LIBERTAD DE LOS RODIOS

El discurso en pro de la libertad de los rodios, pronunciado en el año 352, aunque algunos comentaristas lo sitúan en 350 ó 351, bajo el arcontado de Telos, sin ser en modo alguno pieza maestra de la oratoria demostina, si tiene su genial arranque, su viveza de espíritu y es digno de haber sido pronunciado por el orador de Sobre la Corona. Por la disposición de sus argumentos y su sencillísima estructura, este discurso — que muestra claramente la ruptura, inminente o ya realizada, de Demóstenes con el partido de Eubulo —, es más parecido al discurso en pro de los megalopolitas o de las simmorias que no a las olintiacas u otros que siguen.

La isla de Rodas había formado parte, hasta el momento de iniciarse la guerra social del segundo Imperio ateniense, y en Rodas, como en otros lugares, Atenas había cuidado de mantener la hegemonía del partido democrático.

Con motivo de la general sublevación de los aliados, el partido aristocrático y algunos otros demócratas, justamente cansados del predominio helénico, consiguieron apoderarse del poder en Rodas. Un príncipe helenizante que reinaba en el Halicarnaso, bajo la autoridad nominal del Gran Rey de los persas, el tirano de Caria, el cual además sucedió a su padre, aprovechó la ocasión de tales luchas internas para intervenir en Rodas; fruto de esta intervención fué la total dependencia de Rodas del Imperio cario, si bien guardábanse las formas so pretexto de unas pretendidas leyes municipales. Atenas, a instancias de los vencidos, envió dos embajadas al dinasta ca-

rio, una en 355 y otra en 351. Por último los demócratas rodios pidieron protección a Atenas.

Aquí se produce la intervención de Demóstenes: Éste ya no teme tanto al Rey de Persia, el cual tiene infinitos problemas de orden interno. Por el contrario, Demóstenes advierte cada día un mayor peligro en los planes y amenazas de Filipo II. Advierte asimismo que los del partido de Eubulo quieren aprovechar los sentimientos generales de odio y aversión hacia toda empresa más o menos imperialista; estos dos problemas quiere evitar, estos escollos quiere salvar, cuando solicita el apoyo a los rodios, pues ve en ello una posibilidad de restauración del Imperio colonial; y ya que, por otra parte, teme que los rodios, igual que sucedió con los arcadios, caso de que se vieran desairados en sus peticiones por Atenas, no vacilarían en echarse en brazos de Filipo II.

Una lectura atenta de este discurso prueba la mayor madurez intelectual y oratoria de Demóstenes. Hay ciertas expresiones de gran profundidad, que únicamente aparecían en la Primera Filípica y nos muestran cómo el grado de perfección lograda en este último discurso no ha sido cosa efímera. De ahora en adelante, los discursos de Demóstenes adquirirán un timbre de seguridad y grandeza in crescendo.

SUMARIO DE LIBANIO. — La guerra denominada de los aliados fué promovida por los quieses, los rodios y los bizantinos, los cuales primeramente habían estado sometidos a Atenas y en la actualidad habíanse coligado contra ella. En este momento los rodios, que eran vecinos de Caria, parecían tener relaciones muy íntimas con el dinasta de este país, Mausolo. Pero habiéndose ganado éste poco a poco su confianza, organizó una conspiración en contra del pueblo y, aboliendo la democracia de los rodios, subyugó la ciudad a una oligarquía de los más poderosos. Demóstenes aconseja no dejar pasar la oportunidad de este acontecimiento, sino, por el contrario, prestar socorro al pueblo rodio, declarando que importa a los atenienses que las ciudades estén gobernadas por las democracias. «Si los rodios nos han ultrajado», dice, «es honor y costumbre nuestra libertar incluso a aquellos griegos que nos han causado daños y no guardar rencor a quienes han faltado contra Atenas.»

«Me parece, ¡oh atenienses!, que al deliberar sobre cuestiones tan graves, debe permitirse que cada uno de los oradores hable con entera franqueza. Yo jamás he considerado difícil explicaros qué cosa os es más necesaria — ya que, hablando en términos generales, me parece que vosotros lo sabéis perfectamente —, sino únicamente el persuadiros a efectuarla. Ya que, una vez decidida y votada la medida, para ejecutarla y llevarla a cabo hace falta lo mismo que antes de decidirla. He aquí una de las cosas que creo tenéis que agradecer a los dioses, que quienes, en un exceso de insolencia, os han hecho hace poco la guerra, tengan únicamente en vosotros sus esperanzas de salvación en este momento. Merece la pena alegrarse por la presente oportunidad, ya que si sobre este punto decidí lo que es necesario, con

vuestros actos tendréis oportunidad de desbaratar las calumnias de quienes hablan mal de nuestra República, a la vez que ganaréis fama. En efecto, Quío, Bizancio y Rodas nos acusan de estratagemas en perjuicio suyo y a causa de esto han organizado contra nosotros esa guerra última; mas ahora se verá con claridad que quien les ha dirigido e instigado ha sido Mausolo, el cual se llamaba amigo de los rodios y les ha quitado la libertad; y que a Bizancio y Quío, ciudades que se habían declarado aliadas suyas, no les han prestado ayuda alguna en la desgracia. En cambio vosotros, a quienes temían, seréis entre todos, los únicos que les habréis procurado una posibilidad de salvarse. Y como todo el mundo habrá observado esto, obtendréis que en todas las ciudades, caso de que seáis amigos de los demócratas, éstos los consideren como una prenda de seguridad; no podíais esperar bien mayor que encontraros con esta simpatía unánime y limpia de toda sospecha.

»De todos modos me sorprende observar que quienes aconsejan a la República oponerse al Rey en favor de los egipcios, le teman en la cuestión del pueblo rodio. Sabe el mundo, a pesar de todo, que los rodios son griegos, en tanto que los otros forman parte de su Imperio. Y supongo que alguno de entre vosotros se acuerda de que, cuando deliberabais a propósito de las relaciones con el Rey, fui yo el primero en subir a la tribuna y deciros — incluso creo que fui solo o quizá únicamente con otro — que me parecía prudente no pusierais la enemistad con el Rey como justificante de vuestros preparativos, sino que os preparaseis contra los enemigos que entonces teníais; y que, empero, le resistierais caso de que intentase atacaros. Y no es que yo hablara así y vosotros no encontraseis acertadas mis razones: al contrario, vosotros las aprobasteis también. Ahora bien, mi actual propuesta es consecuencia de lo que entonces dije. Porque yo, caso de que el Rey me convocara y me pidiese consejo procuraría persuadirlo de lo mismo que a vosotros: que hiciera la guerra para defender cuanto es suyo, caso de que algún griego le hiciera oposición; pero que no reivindicara en manera alguna el dominio de nada que no le perteneciese. Por lo tanto, ¡oh atenienses!, si habéis tomado la decisión general de abandonar todo aquello

de lo cual se apodere el Rey, bien por sorpresa, bien engañando a alguno de los ciudadanos, no habéis tomado una decisión buena según mi parecer. Mas si, por defender el derecho, creéis conveniente llegar incluso a la guerra, caso de que sea necesario esto, y soportar cualesquier sufrimiento, tal cosa os será momentáneamente tanto menos necesaria cuanto más dispuestos a ello estéis.

»Y para que veáis que no es ninguna novedad el hecho de que os recomienda ahora libertad a los rodios, como tampoco lo sería que vosotros creyerais mis palabras, os haré memoria de algunos acontecimientos que os han sido provechosos. Cierta vez, ¡oh atenienses!, enviasteis a Timoteo en auxilio de Ariobarzanes, y en el decreto añadisteis: «sin romper las convenciones con el Rey». Pues Timoteo, al ver que Ariobarzanes estaba en abierta rebeldía contra el Rey y Samos defendida por Cirpotemis, colocado allí por Tigranes el lugarteniente del Rey, dejó de auxiliar a Ariobarzanes, pero puso sitio a Samos y con este socorro la libertó. Y hasta el día de hoy no habéis sufrido guerra alguna a causa de esto. Pues nadie va a combatir igual por ambición que en defensa propia, sino que, por el contrario, por aquello que les es quitado, todos los hombres combaten hasta donde les llegan las fuerzas; mas ya no ocurre igual cuando es por ambición, pues entonces luchan mientras les es permitido; pero si se les impide, no consideran que sus adversarios les hayan infligido ningún agravio.

»En cuanto a lo que creo, es decir, que ni Artemisa va a oponerse a nuestra acción en este momento, cuando Atenas está a la expectativa de los acontecimientos, escuchadme unos instantes y ved si mis cálculos son acertados o no. Pienso que si el Rey hubiese hecho en Egipto cuanto se proponía, seguramente Artemisa hubiese intentado someterle Rodas, no por motivos de amistad hacia el Rey, sino porque sabiéndole entonces vecino suyo, querría acreditarse a sus ojos con algún servicio importante a fin de que le acogiera con el máximo favor. Mas si la actuación del Rey es según se dice y ha fracasado en su empresa, Artemisa debe creer que esta isla, como así es en efecto, para nada le serviría al Rey en las actuales circunstancias, salvo únicamente como baluarte en sus propios dominios, a fin de impedirle

cualquier movimiento. De manera que me parece que le agradaría más que la poseyeráis vosotros, sin que él os la haya dado manifiestamente, que no que sea tomada por el Rey. Por tanto, me da la impresión de que no va a prestarle auxilio, o, caso de que lo haga, será éste muy débil y sin eficacia alguna. No me atrevería a decir, ¡por Zeus!, que conozco lo que va a hacer el Rey, pero sí que interesa a la República poner en claro si va a reivindicar Rodas o no; en esto sí me afirmo. Ya que si la reivindica, no sólo habrá necesidad de deliberar en interés de los rodios, sino también en el de vosotros mismos y en el de todos los griegos. Dado que si los rodios que están ahora en posesión de aquella ciudad (1) fuesen dueños de ella por sus propios medios, no os iba a aconsejar que los tomarais como aliados, aun cuando os hicieran toda suerte de promesas. Porque observo que, primeramente, a fin de destruir la democracia, atrajéronse a algunos ciudadanos (2) y una vez dado el golpe, entonces los expulsaron. Me parece, pues, que unos hombres que no se comportaron lealmente ni con unos ni con otros, tampoco iban a ser aliados seguros para Atenas. Y yo jamás hubiera hablado de eso si creyese que únicamente interesaba a la democracia rodia; ya que no soy su proxeno, ni particularmente ninguno de ellos es mi huésped (3). Y aún más, aunque fuera una cosa u otra, si no considerara que os interesa me habría abstenido de hablar; y en cuanto a los rodios, si el abogado que desea salvarles puede hablar así, me alegro tanto como vosotros de lo que les ha ocurrido. En efecto, a causa de haberles pesado el hecho de que vosotros recobrasteis lo que es vuestro, han perdido la libertad; y cuando les hubiese sido posible aliarse con un pie de igualdad con vosotros, un pueblo helénico superior a ellos, son esclavos de bárbaros y de otros esclavos a los que han dejado entrar en sus ciudadelas. Estoy por decir que si vosotros consentís en llevarles socorro, todo eso les habrá sido provechoso. En efecto, en la prosperidad, no sé si jamás hubieran querido reflexionar, dado que son rodios; pero cuando la experiencia de las cosas les enseña que la insensatez es causa de muchos males para las democracias, tal vez —¡ojalá! — tendrán en el futuro más juicio, cosa que presumo no les iba a ser inútil en absoluto. Por eso

afirmo que es necesario intentar la salvación de esa gente y no ser rencorosos en manera alguna teniendo en cuenta que muchas veces también habéis sido engañados por conspiradores y que vosotros mismos consideraríaís injusto no sufrir nada por esas equivocaciones.

»Fijaos todavía, ¡oh atenienses!, en otra cosa. Vosotros habéis hecho muchas guerras, ya con democracias, ya con oligarquías; eso lo sabéis por vosotros mismos. Aunque los motivos de esos conflictos con unas o con otras quizá ninguno de vosotros los sospecha. Pero, ¿cuáles son? En contra de las democracias, o bien reclamaciones privadas que no han podido ser resueltas por la vía del derecho, o bien por un pedazo de tierra, o por cuestión de fronteras, o por rivalidades, o por la supremacía. En cambio, contra las oligarquías, únicamente en defensa de la constitución o de la libertad. De tal forma que yo no vacilaría en afirmar que estimo más conveniente tener por enemigos nuestros a todos los griegos organizados en democracias, que tenerlos por amigos bajo un régimen oligárquico. Porque no creo que os fuera difícil concertar la paz con pueblos libres, tan pronto como quisierais; en tanto que no creo segura ni la amistad con pueblos dominados por la oligarquía. En efecto, no es posible que una oligarquía y un pueblo simpaticen, ni quienes quieren gobernar con aquellos que prefieren vivir dentro de la igualdad.

»Sin embargo, me sorprende que cuando Quío y Mitilene están gobernadas por oligarquías y actualmente Rodas y casi puede decirse que todas las ciudades están abocadas a esa servidumbre, ninguno de vosotros estime que nuestra constitución está también en peligro ni calcule que no puede ser que, casi de que se llegue a formar una coalición de oligarquías, toleren entre nosotros la democracia. Pues saben que únicamente nosotros restablecemos en todas partes el régimen de libertad, cuando prevean que aquí va a ser una fuente de daños para ellos lo destruirán. En principio, cuando algunos infieren un agravio a cualquier, tenemos que considerarlos únicamente enemigos de aquellos a quienes han causado daños; pero os prevengo que a quienes derogan las constituciones libres y las convierten en oligarquías, hay que considerarlos como enemigos comunes de todos aquellos

que aman la libertad. Entonces también, ¡oh atenienses!, es justo que vosotros, que formáis una democracia, manifestéis a la vista de los pueblos oprimidos los mismos sentimientos que desearíais hallar en los otros en lo que a vosotros respecta caso de que — y que esto no ocurra — os hallarais en el mismo caso. Por esto, si alguien alega que los rodios tienen cuanto merecen, no es la ocasión oportuna para alegrarse con ello; pues los que gozan de la felicidad han de mostrar siempre las intenciones mejores hacia los desgraciados, ya que, al fin y al cabo, el porvenir es incierto para todos los hombres.

»A menudo oigo aquí mismo a personas que dicen que, cuando nuestra democracia sufrió el infortunio, algunas ciudades decidieron salvarla. De estas ciudades únicamente haré mención, y aun breve, de Argos. Ya que no quisiera que vosotros, que tenéis reputación de socorrer siempre a los infortunados, os mostrarais en esta ocasión menos generosos que los argios, los cuales, habitando un territorio fronterizo con los lacedemonios y viéndoles dueños de tierra y mar, con todo, no vacilaron ni sintieron temor de manifestar sus buenos sentimientos hacia vosotros; antes por el contrario, habiéndoles llegado embajadores de Esparta, según aseguran, para reclamarles algunos de los vuestros allí refugiados, decretaron que si no se retiraban antes de la puesta del sol serían considerados como enemigos. Pues, ¿no iba a ser vergonzoso, ¡oh atenienses!, que si el pueblo de Argos no temió al Imperio de Lacedemonia en semejantes circunstancias, ni a su fuerza, vosotros, ¡oh atenienses!, tuvieseis miedo de un bárbaro, ¡y de qué bárbaro!, de una mujer? Y en rigor, los argios hubiesen podido alegar entonces que a menudo habían sido vencidos por los lacedemonios; en tanto que vosotros habíais vencido a menudo al Rey y ni una sola vez sucumbisteis a sus esclavos o a él mismo. Pues si en algún caso el Rey ha sido más fuerte que nuestra República, ha sido, o bien porque ha sobornado con dinero a los griegos más ruines, gente traidora a la Patria, o bien no ha sido en forma alguna. Y ningún provecho ha sacado de ello, antes al contrario, a la vez que debilita nuestra ciudad con ayuda de los lacedemonios, observáis que tiene que combatir

en su propio reino contra Clearco y Ciro. Ya que no ha vencido en guerra abierta, ni sus artimañas le han servido para algo. Me doy cuenta por otra parte de que algunos de entre vosotros desdeñan constantemente a Filipo, como si éste no mereciese ninguna atención (4), pero temen al Rey y le consideran como enemigo formidable de aquellos de quienes se declara rival. Entonces, si no nos defendemos de uno porque nos parece insignificante, y ante el otro porque es temible cedemos en todo, ¿contra quién ofreceremos batalla, oh atenienses?

»Hay también entre vosotros, ¡oh atenienses!, oradores habilísimos para defender los derechos de los otros; a éstos únicamente les aconsejaría una cosa: que buscaran la ocasión de defender vuestros derechos delante de los otros, y den así ellos mismos ejemplo de lo que es conveniente hacer; creo que es absurdo enseñaros en qué consiste la justicia cuando uno no es justo en su actuación. En efecto, no es justo que un conciudadano vuestro haya estudiado todos los argumentos en contra vuestra y ninguno de los que os son favorables. Veamos, ¡por los dioses!, explicadme por qué razón no hay nadie en Bizancio que les haga comprender que no tienen que apoderarse de Caldonia, que pertenece al Rey pero que había sido vuestra, y sobre la cual ningún derecho tienen; ni hacer de Selimbria, una ciudad que fué vuestra aliada, una tributaria suya y anexionar su territorio al de Bizancio contra los juramentos y los acuerdos (5) bajo los cuales se estipula la autonomía de las ciudades. Asimismo no existió nadie que dijera a Mausolo mientras vivió, ni después de su muerte a Artemisa, que no ocupara Cos ni Rodas ni otras ciudades griegas que el Rey, su señor, había cedido a los griegos en virtud de un tratado, y por las cuales los griegos de aquel tiempo habían hecho frente a numerosos peligros y sostenido gloriosos combates. O tal vez existe sin embargo alguien que les dice esto a unos y a otros; pero ellos, a lo que se ve, ningún caso le hacen.

»Por mi parte, considero que es justa la restauración de la democracia en Rodas; pero incluso si no lo fuera, cuando contemplo lo que esa gente hace, veo que es necesario aconsejarlos. ¿A causa de qué? Porque si todo el mundo, ¡oh atenienses!, desease la justicia sería una

vergüenza que nosotros fuéramos los únicos en no quererla; pero cuando todo el mundo se prepara para cometer injusticias, el hecho de que nosotros seamos los únicos en invocar razones de derecho, mas sin emprender actuación alguna, me parece que no es espíritu de justicia, sino cobardía. En efecto, observo que incluso el derecho lo determina todo el mundo de acuerdo con su poder actual. Os puedo citar un ejemplo que vosotros conocéis. Existen dos tratados entre los griegos y el Rey; el que concluyó nuestra ciudad, tratado que todo el mundo loa, y el que posteriormente concluyeron los lacedemonios (6) y que todo el mundo critica. Pues bien, en esos dos tratados no es la misma la definición del derecho; porque, en el orden privado, las leyes de las Repúblicas conceden iguales derechos a los humildes que a los poderosos; en tanto que en los derechos recíprocos de los griegos, los más fuertes son quienes imponen la definición a los más débiles.

»Y ya que os es dado el saber qué cosa es proceder con justicia, debéis buscar también la manera de ponerlo en práctica. Y podréis si sois considerados los campeones de la libertad de todo el mundo. De todos modos os será muy difícil, y con razón, hacer vuestro deber; porque los demás hombres únicamente tienen un conflicto: el conflicto con los enemigos declarados; si los vencen, nada les impide aprovecharse de las ventajas. En cambio, vosotros, ¡oh atenienses!, tenéis dos: aquel que os es común con los otros, y uno más, previo a aquél y más grave; porque cuando deliberáis, tenéis que imponeros a quienes en medio de vosotros trabajaban deliberadamente contra los intereses públicos. Y por lo tanto, si a causa de estos hombres no puede ser realizado sin lucha nada de lo conveniente, es lógico que os ocurra el equivocaros en muchas cosas. Ahora bien, del hecho de que muchos adopten temerariamente esta posición política, tal vez las causas principales están en los beneficios que obtienen quienes se hallan a sueldo; con todo, también existiría razón para imputároslo a vosotros. En efecto, ¡oh atenienses!, sería necesario que tuvierais el mismo criterio respecto a la actuación política que en cuanto a la actuación militar. Y ¿cuál es éste? Vosotros consideraréis que quien abandona el lugar que le ha sido señalado

por el estratega, tiene que perder los derechos de ciudadano y no tener parte alguna en la cosa pública. Pues bien, es necesario que a aquellos que en política abandonen los puestos que les confiaron nuestros antepasados y sigan la oligarquía se les declare despojados del derecho de aconsejarlos. En cambio, actualmente, resultando que de entre vuestros aliados consideráis más seguros a los que han jurado tener los mismos amigos y enemigos que vosotros, tenéis por más dignos de confianza entre cuantos actúan en política a aquellos de quienes sabéis que son partidarios de vuestros enemigos. Pero no es difícil hallar razones para acusarlos a todos, y en cambio hay trabajo para encontrar con qué discurso o por medio de qué actuación podría arreglarse cuanto ahora está torcido. En rigor, tal vez no sea ahora la ocasión de hablar de todas estas cosas; pero con que únicamente pudierais confirmar vuestras decisiones políticas con alguna acción provechosa, quizá lo otro mejoraría gradualmente. Por lo tanto, creo que tenéis que emprender la cosa con energía y actuar conforme al interés de la República, recordando con cuánta satisfacción sentís alabar a vuestros antepasados o recitar sus gestos o enumerar sus trofeos. Creed, pues, que nuestros antepasados no erigieron estos trofeos para que los contemplaseis con admiración, sino para que imitaseis las virtudes de quienes los erigieron.»

N O T A S

(1) El partido oligárquico, hostil a la democracia ateniense, el cual había dado pruebas de su hostilidad durante la guerra social.

(2) Pertenecientes al bando moderado.

(3) Demóstenes insistirá en un famoso principio de alta estrategia política: considerar a las ciudades y a los reyes como amigos o enemigos, según conviniera a los intereses atenienses.

(4) Referencia a la amenaza de Filipo, a pesar de ser esto un problema distinto por completo.

(5) Tratado de Cimón (año 449). Dudoso.

(6) Tratado de Antálcidas.

PRIMERA FILÍPICA

Filipo se aprovecha de la guerra social, para extender sus dominios en la costa tracia. A pesar de la derrota sufrida en la guerra contra sus aliados, Atenas intenta hacerle frente; mas su inferioridad, debida seguramente a la diferencia existente entre el valor y audacia de Filippo y la pusilaminidad de los generales atenienses — sin genio, aunque llenos de buena voluntad —, hacen de Atenas objeto de graves derrotas. Únicamente cuando el peligro se hizo excesivamente próximo a causa de una tentativa de Filippo contra las Termópilas, pudo Nausiclas, al frente de una escuadra ateniense, proteger a la propia Grecia contra el triunfador en Onomarco, que había conquistado recientemente Tesalia. El año 351 trae consigo una nueva y desagradable sorpresa para Atenas: Filippo ha penetrado en Tracia, ha impuesto condiciones a su rey, ha atravesado el país como un meteoro, y según noticias llegadas a fin de año, está sitiando la fortaleza de Hera (Heraion Teichos) a orillas de la Propóntide, hoy mar de Mármara, en plena ruta del trigo de Crimea que abastece a Atenas.

Cercada esta importante plaza en noviembre de 352, Atenas, alarmada, vota una expedición de cuarenta triremes tripuladas por atenienses; pero ante las noticias de haber enfermado Filippo o quizá muerto, se descuida la empresa. Cae Heraion Teichos y aun cuando, al parecer, Filippo sigue enfermo, su escuadra piratea en las costas de Eubea y aun del Atica. Ante tales insolencias, Demóstenes (que ya ha logrado imponerse en los Tribunales y en la Asamblea) denuncia en su Primera Filípica los proyectos del Macedonio, excitando a una reacción

efectiva a aquellos atenienses que aún siguen arrullando suicidamente su desidia con los rumores sobre la salud y la vida de Filipo. Demóstenes se da cuenta, y con él el pueblo ateniense, de cuán grave puede ser la amenaza de Filipo. A partir de ahora la vida y la actividad de Demóstenes estarán consagradas a la lucha contra el Rey de Macedonia.

Visto el estado de ánimo del pueblo — perplejo y excitado ante las noticias de la enfermedad y aún de la muerte de Filipo, y su deseo de abandonar la defensa de los territorios —, comprenderá Demóstenes que hace falta una arenga franca, incluso si es necesario desvergonzada, excitante, apta para electrizar los ánimos y moverlos a una acción decisiva. Utilizará su habilidad retórica para pronunciar ese gran monumento de la elocuencia popular denominado la Primera Filípica, pronunciada al parecer a fines del año 351 o a principios del 352.

Es la primera vez que Demóstenes interviene en los debates que en la Asamblea se sostienen a propósito de las relaciones que Atenas debe mantener con Filipo. Con su intervención, Demóstenes se propone provocar, primeramente, una actitud expectante entre sus oyentes, manifestando que si se ha decidido a hablar es porque siente que no va a decir las mismas hueras y eternas palabras de los demás oradores eternos charlatanes, sino que, al contrario, dirá algo nuevo y sensacionalmente definitivo. Combina la ironía con la humildad, las palabras de ánimo con las de repulsa, los reproches con los estímulos. Joven y casi desconocido, se revela como un orador de gran fuste. Recuerda a sus compatriotas los pasados tiempos de prosperidad, y después de poner de relieve su orgullo nacional, que despierta al recuerdo de las pasadas gestas, hace una serie de propuestas de carácter práctico: debe crearse un ejército de reserva capaz de atacar el país del Macedonio cuando éste emprenda una expedición o para impedirle cualquier movimiento reteniéndole en aquellos territorios. Este ejército debe estar nutrido por atenienses, y no por mercenarios. Propone asimismo la creación de un cuerpo de ejército muy ligero cuya misión será hostigar continuamente a Filipo mediante golpes de mano e incursiones.

Da instrucciones asimismo sobre la táctica a seguir por el ejército en el terreno de operaciones, e iniciando un tema — que desarrollará ampliamente en la Tercera Olinthiaca — hace una intencionadísima comparación entre las fiestas y espectáculos, de los que tan amante era aquel pueblo, y los problemas militares que Atenas tenía planteados y a los que tan poco caso hacía el pueblo. En otro pasaje de este discurso surge una comparación — ya famosa —, una comparación vivaz, pintoresca y sumamente ilustrativa entre la táctica bélica de los atenienses y las formas embarulladas y rudimentarias de los bárbaros, esencialmente distintas del cerebral pugilato griego.

Demóstenes cumple con su deber exponiendo ante su auditorio, el mismo pueblo ateniense, de una manera cruda y desapasionada, lo grave de la situación, sin descuidarse de mencionar los responsables de ello; y, volviendo magnánimamente la espalda al pasado, les incita a mirar y a afrontar el porvenir.

Resumiendo: podemos decir, con un comentarista, que contra la efectividad de Filipo, dictador por el régimen, se alza Demóstenes, dictador por la elocuencia, para imponer a los hombres libres (muy libres y muy poco hombres) la efectividad de las obras y del sacrificio: «Vosotros en persona, o mediante la prestación personal, vais a hacer efectivamente lo que hace falta.»

Notemos que el estilo del discurso se distingue de los que ya lleva pronunciados Demóstenes, por una vivacidad directa y un tono de autoridad no utilizados aún por él, lleno de plasticidad y hermosamente ennoblecido por la continua visión de los superiores problemas de su patria. Podríamos decir que éste es el discurso-programa de su vida.

SUMARIO DE LIBANIO. — Comprobanco que no logran llevar a buen término la guerra con Filipo, los atenienses reúnen descorazonados en la Asamblea. El orador intenta devolverles su anterior confianza, diciéndoles que no debe extrañarles haber sido vencidos por cuanto carecen de energía, y expone una manera mejor de conducir la guerra. Les exhorta a que armen dos cuerpos de ejército: el mayor, formado por ciudadanos, que se mantendrá en Ática preparado para remediar eventuales necesidades; el otro ejército, más pequeño, estará integrado por ciudadanos y mercenarios mezclados. Solicita que este último cuerpo de ejército no permanezca en Atenas ni salga en expediciones de socorro, sino que esté en Macedonia y haga una guerra continua. De esta manera Filipo no podrá esperar los vientos etesios (1) e incluso el invierno, durante el cual la navegación desde Atenas a Macedonia es imposible, a fin de emprender sus ataques y salir victoriosos en ausencia de las tropas atenienses, ya que siempre tendrá muy cerca de él un ejército dispuesto en contra suya.

«Si algo nuevo fuera sometido a discusión, atenienses, hubiese esperado que la mayoría de los oradores habituales hubieran dado su opinión, y si alguna de sus propuestas me hubiese complacido, habría guardado silencio; en caso contrario hubiera intentado decir cuanto opino. Pero ya que se hace necesario volver a estudiar asuntos de los cuales ellos han hablado muchas veces, considero que tal vez encontraré benevolencia por haberme levantado a hablar el primero. Ya que si tiempos atrás os hubiesen aconsejado lo que era necesario, nada tendríamos que discutir ahora.

»En primer lugar, atenienses, no os descorazonéis ante la situación actual, por desesperada que os parezca. Pues aquello que en tiempos pasados era lo peor, resulta

lo mejor en el futuro. ¿Y esto por qué? Porque como no habéis hecho, atenienses, nada de lo que era necesario, os han ido mal las cosas; mas si anduvieran así, no habiendo hecho vosotros todo lo necesario, no habría esperanza de mejora. Luego debéis tener presente, quienes lo recordéis, ya sea por referencias de otro o por haberlo visto personalmente, cuán grande era el poderío de Lacedemonia no hace mucho tiempo, cuán brillante y oportuna fué vuestra actuación, oportuna y nada indigna de la República, y cómo en defensa del derecho sostuvisteis la guerra contra ellos (2). ¿Por qué afirmo esto? Para que lo sepáis, atenienses, y os deis cuenta de que ni cuando ponéis atención tenéis nada que temer, ni si todo lo descuidáis, nada sucede como querriais. Como ejemplo tenéis el poderío que entonces detentaba Lacedemonia, al que vencisteis vosotros; ello fué debido a que pusisteis atención y a la insolencia de nuestro actual enemigo que nos inquieta para que no nos preocupemos de lo que es conveniente. Si alguien entre vosotros, atenienses, piensa que Filippo es enemigo difícil — dada la magnitud de sus fuerzas y el hecho de que la República haya perdido todas sus plazas —, tenga en cuenta asimismo que en otro tiempo, atenienses, poseíamos Pidna, Potídea y Metone con toda la región que las rodea, y que muchos de los pueblos que actualmente están de parte de Filippo eran autónomos y libres y se inclinaban más pronto a ser amigos nuestros que de él. Ya que si Filippo hubiese tenido entonces la impresión de que era difícil combatir a los atenienses, porque poseían tantas fortalezas en su propio territorio, en tanto él no contaba con aliados, no habría hecho nada de lo que ha hecho ni habría adquirido una fuerza tan grande. Pero él, atenienses, ha comprendido muy bien una cosa: que todas esas plazas son premios de guerra, indistintamente propuestos a todo el mundo, y que por ley de naturaleza los bienes de los ausentes corresponden a quienes van en su busca, y los de los negligentes a quienes se deciden a arrostrar penas y peligros. Y he aquí cómo, siguiendo este principio, lo ha sometido y lo posee todo; ciertos países, porque los ha conquistado, y otros, porque ha hecho de ellos unos aliados y amigos. En efecto, todo el mundo desea aliarse y adherirse a los que observa bien

preparados y decididos a hacer lo más conveniente. Pues bien, atenienses, si ahora queréis adoptar este principio ya que no lo habéis hecho antes, y cada uno de vosotros, en lo que atañe a su deber y en lo que podría ser útil a la República, está dispuesto a dejar todo subterfugio y actuar, contribuyendo quien tenga dinero, sirviendo en el ejército quien esté en edad de ello; en una palabra, si queréis depender de vosotros mismos y cada uno deja de esperar que él no tendrá que hacer nada y que el vecino lo hará todo por él, entonces, si el cielo lo permite, volveréis a tomar cuanto era vuestro, recobraréis lo que ha perdido vuestra negligencia y os vengaréis de Filipo.

»Porque no creáis que la presente fortuna le perdure, sólida e inmortal, como si fuera un dios; no, también hay, atenienses, quien le odia, teme y envidia, incluso entre aquellos que actualmente parece que le son más fieles; y todo aquello que se encuentra entre los demás hombres, hay que pensar que también se halla entre los que le rodean. Es cierto que todo esto está de momento oculto, por no saber hacia dónde volverse a causa de vuestra lentitud y vuestra debilidad, la cual, os digo, ya es hora que os la quitéis de encima. Atenienses, fijaos en la situación: Ese hombre ha llegado hasta tal punto de insolencia que no os deja ni escoger entre actuar o manteneros en paz; os amenaza, pronuncia discursos — según dicen, llenos de jactancia — y no tiene bastante con conservar lo que ha subyugado, sino que extiende continuamente sus dominios y nos rodea de cerca por todas partes, mientras nosotros vacilamos y nada hacemos.

»¿Cuándo, pues, atenienses, haréis lo que hace falta? ¿A qué esperáis? ¡Por Zeus!, que se imponga alguna fuerza. Mas lo que pasa ahora, ¿qué debemos suponer que es? Yo considero que, para los hombres libres, la fuerza más grande es la vergüenza por lo que pueda ocurrir. O bien respondedme: ¿qué cosa más nueva podría existir que esto: que un macedonio ataque a los atenienses y dirija la política de los griegos? «¿Ha muerto Filipo?» «¡Por Zeus!, no, pero está enfermo (3).» ¿Qué diferencia hay en ello para vosotros? Porque si le sucede algo, rápidamente daréis origen a un nuevo

Filipo, caso de que sigáis prestando igual atención a las cosas, ya que éste se ha hecho poderoso no tanto a causa de su propia fuerza como a causa de vuestros descuidos. Aún más: si le pasara algo y la Fortuna, que siempre tiene más cuidado de nosotros que nosotros mismos, os hiciera también ese servicio, sabed que si os encontraseis allí y vigilaseis la confusión general arreglaríais las cosas como quisieseis (4). Pero tal como sois, aunque las circunstancias os diesen Anfípolis, no podríais tomarla porque os falta preparación y voluntad.

»Ahora, pues, no insistiré más sobre la obligación de estar todos decididos a hacer con rapidez lo conveniente, porque os quiero suponer decididos y convencidos. En cuanto a la clase de preparativos que según mi opinión deben sacaros de la situación actual, la importancia del contingente, los medios de obtener dinero y las demás cosas para que os preparéis mejor y más rápidamente, también intentaré deciroslo; mas os pido una cosa: juzgar cuando lo hayáis escuchado todo, pero no os pronunciéis antes; ni si desde el principio alguien cree que os propongo un nuevo plan, que no me acuse de retrasar las cosas. Porque no son ciertamente los que dicen «en seguida» y «hoy» quienes hablan más a propósito — ya que no podríais impedir lo ocurrido enviando ahora auxilios —, sino aquel que os indique la fuerza que es necesario aparejar, su importancia numérica y cómo podrá sostenerse hasta que nos hayamos puesto de acuerdo para acabar la guerra o hayamos dominado al enemigo, porque de esta manera no sufriríamos nunca más; ahora bien, creo podérselo decir, no me opondré si otro presenta otra proposición. He aquí, pues, la importancia de lo que os prometo; los hechos pronto lo probarán y vosotros los juzgaréis.

»Primeramente afirmo, atenienses, que es necesario armar cincuenta galeras (5), y que vosotros estéis en disposición de embarcar y navegar en ellas si fuera necesario. Además, reclamo que tengáis a punto galeras especiales para la mitad de la caballería, y los buques de transporte que sean necesarios. Esto es lo que estimo conveniente contra las súbitas incursiones de Filipo desde su país a las Termópilas, al Quersoneso, a Olinto y a dondequiera que sea. Tenemos que hacerle compren-

der que quizá vosotros saldréis de esta negligencia excesiva, como lo habéis hecho con vuestra expedición a Eubea, y antes, dicen, marchando sobre Haliart y finalmente, no hace mucho, hacia las Termópilas. Y de ninguna manera, aunque no hicieseis lo que os he dicho, puede tomarse a la ligera esta consideración: así, o bien le entrará temor al sabernos prontos — ya que lo sabrá perfectamente, pues hay gente que le cuenta todo lo que hacemos e incluso más de lo conveniente — y se estará quieto; y si no lo hace lo cogemos desprevenido, ya que nada nos impide atacar por mar su territorio si a ello nos da ocasión.

»He aquí las resoluciones que debéis tomar y los preparativos que creo convenientes. Pero antes de eso afirmo, atenienses, la necesidad de tener a mano una fuerza que continuamente ataque y sujete. No me habléis de 10.000 ni de 20.000 mercenarios, ni de esos ejércitos que sólo están en el papel; tiene que ser el de la República. Quiero un ejército que obedezca y siga a cualquiera, uno o muchos, este o aquel otro que elijáis como estratego. Y pido asimismo que se le dé lo necesario para subsistir.

»Ahora bien, cómo va a ser este ejército y de qué importancia numérica, de qué se mantendrá y cómo se conformará a hacer lo que os he dicho, os lo diré y explicaré punto por punto. Hablemos de los mercenarios; y no hagáis lo que tan a menudo os ha perjudicado: creer que todo era menos de lo que hacía falta y decretar grandes cosas y a la hora de actuar no llevar a término ni las más pequeñas; al contrario, haced poco y gastad poco, y si resulta insuficiente, añadid. Pido que el contingente total sea de dos mil soldados, de los cuales pretendo que quinientos sean atenienses de la edad que os parezca bien y que sirvan un tiempo determinado, no largo, sino el que juzguéis más conveniente y sucesivamente. A más de éstos, doscientos soldados a caballo, de los cuales cincuenta por lo menos deben ser atenienses como los de infantería y que sirvan en las mismas condiciones. Después transportes para los caballos. Bien y ¿qué más aún? Dos galeras rápidas, porque es necesario, teniendo él marina, que también nosotros poseamos galeras rápidas, a fin de asegurar el transporte de las

fuerzas. Y ¿cómo las sostendremos? Os lo diré y explicaré cuando haya demostrado asimismo por qué considero suficientes esas fuerzas y por qué pido que sirvan los ciudadanos.

»Las fuerzas deben tener ese número, atenienses, porque de momento no estamos en condiciones de constituir un ejército que pueda enfrentarse en batalla con él, sino que para empezar la guerra tenemos que hacer saqueos y valernos de ellos. Por lo tanto, nuestro ejército no debe ser demasiado grande, porque ni lo podríamos pagar ni mantener, ni tampoco por completo insignificante. En cuanto a los ciudadanos, solicito que en el ejército haya cierto número de ellos, porque he oído decir que antes la República mantenía mercenarios en Corinto bajo el mando de Polistrato, Ifícrates, Cabrias y otros (6), y que vosotros mismos hacíais campañas con ellos; y me han dicho que esos mercenarios, encuadrados a vuestro lado, vencieron a los lacedemonios igual como hicisteis vosotros junto con ellos. En cambio, desde que esas tropas extranjeras combaten sólo para vosotros, obtienen victorias sobre nuestros amigos y aliados mientras que nuestros enemigos han pasado a ser más poderosos de lo que sería conveniente; y se hurtan a las guerras de la República para hacerse a la mar contra Artabazes (7) o a donde sea y el estratego les sigue. Es natural: quien no paga no puede mandar.

»Así pues, ¿qué solicito? Que se quiten al estratego y a los soldados los pretextos de que se valen: pagadlos y poned a su lado soldados de casa que vigilen las operaciones. Ya que en la actualidad es ridícula nuestra manera de tomarnos las cosas: si alguien os preguntara: «¿Estáis en paz, atenienses?», tendríais que responder: «¡Por Zeus!, no, estamos en guerra contra Filippo.» En efecto, ¿no habéis elegido entre vuestros conciudadanos a diez taxiarcas, diez estrategos, diez filarcas y dos hiparcas? Pues, ¿qué hacen estos hombres? Aparte uno, que habéis enviado a la guerra, los otros, junto con los hiropeos, presiden las procesiones. Porque, igual que los fabricantes de figurillas, elegís a los taxiarcas y filarcas para el mercado y no para la guerra. Veamos, ¿no sería conveniente, atenienses, que los taxiarcas fueran elegidos de entre vosotros, y también el hiparca, y que

los jefes fuesen de aquí, a fin de que el ejército fuera realmente de la República? Y en cambio, ¿os parece bien que el hiparca elegido entre nosotros navegue hacia Lemnos, en tanto que la caballería que combate por la República está bajo las órdenes de Menelao? Y no lo digo por injuriar al hombre, sino porque en aquel lugar debería estar alguien elegido por vosotros, fuera quien fuese.

»Quizá, a pesar de considerar acertadas mis propuestas, tendréis impaciencia para que sobre todo os hable del dinero y de su cantidad y de la manera de obtenerlo. Pues ahora lo precisaré: primero está el alimento: sólo en trigo para esas fuerzas se necesitan noventa talentos y algo más. Luego, para las galeras rápidas, cuarenta talentos y veinte minas mensuales, por nave: otro tanto para los dos mil soldados, contando con que cada uno cobre diez dracmas mensuales para gastos de manutención; luego, para los doscientos soldados de a caballo, contando a treinta dracmas cada uno, doce talentos. Y quien me diga que estas sumas le parecen pequeñas para mantener el ejército en campaña no tiene razón, porque yo sé muy bien que si se concede esto, el mismo ejército se procurará en la guerra, sin necesidad de inferir daño a ningún griego ni a ningún aliado, lo que le falte para completar el sueldo. Estoy dispuesto a embarcarme como voluntario con ellos, y sufrir lo que sea, si las cosas no van como he dicho. Seguidamente os diré de dónde saldrá el dinero que os pido:

LECTURA DEL PROYECTO

»Esto es, atenienses, lo que hemos podido combinar: cuando hayáis aprobado los principios, votad lo que os guste y ponedlo en práctica, a fin de no hacer contra Filipo una guerra sólo a base de decretos y cartas, sino también con obras.

»Me hace el efecto, atenienses, de que vuestras decisiones a propósito de la guerra y del conjunto de los preparativos serían mucho mejores si tuvierais en cuenta la situación del país contra el cual debéis combatir y os fijarais en que Filipo gana la mayoría de las ve-

ces porque se aprovecha de los vientos y de las estaciones del año y da sus golpes esperando los estesios del invierno, cuando nosotros no podríamos llegar hasta allí. Por lo tanto, teniendo en cuenta esto, es necesario que no hagamos la guerra a base de expediciones de socorro, con las cuales siempre llegamos tarde, sino a base de un armamento y de unas fuerzas permanentes. Como lugar para invernar tenemos Lemnos, Tasos, Escíatos y las islas cercanas, donde hay puertos, trigo y todo lo que unas tropas necesitan. Y durante la época del año en que es fácil mantenerse cerca de tierra firme y los vientos no son peligrosos, no habrá inconveniente en acercarse a Macedonia y a los puertos comerciales.

»De qué modo y cuándo serán utilizadas esas fuerzas lo decidirá según la ocasión el jefe que vosotros les hayáis designado. Aquello a lo que vosotros toca proveer ya está anotado en mi proyecto. Si recogéis, atenienses, todo el dinero en primer lugar y prepararéis después lo restante, los soldados, las galeras, la caballería, en resumen, toda una fuerza bien organizada, y la obligáis por ley a permanecer en el escenario de la guerra, y si vosotros mismos sois los administradores del dinero y quienes lo recogéis y pedís cuentas de su actuación al estratega, acabará ese continuo discutir siempre los mismos problemas sin hacer nada más. Y, por otra parte, atenienses, quitaréis a Filipo la mayor parte de sus ingresos. ¿Cuál es? Hace pagar la guerra a vuestros aliados, ya que captura y roba a todos los que navegan por el mar. Y ¿qué más? Se acabará el tener que sufrir, porque no hará como en tiempos anteriores, cuando lanzóse contra Lemnos o Imbros y se llevó cautivos a vuestros ciudadanos o capturó nuestros bastimentos cerca del Gerest y recogió un incalculable botín, o desembarcó finalmente en Maratón y se volvió llevándose del país la galera sagrada sin que vosotros lo pudieseis impedir ni enviar socorros en el momento en que os lo hubierais propuesto.

»Veamos, atenienses: ¿por qué creéis que las fiestas de las panaceas y de las dionisiacas se celebran siempre en fecha fija, tanto si los que se encargan de ellas mediante sorteo entienden o no; estas fiestas para las cuales se gasta más dinero que para ninguna expedición,

y que comportan un trabajo y unos preparativos que no creo haya otra cosa en el mundo que exija más; y en cambio, todas vuestras expediciones llegan tarde: la de Metone, la de Pagases, la de Potidea? Porque para los festivales está todo reglamentado por ley y cada uno de vosotros sabe con anticipación quién será corego o gimnasiarco de la tribu (8), la fecha, quién ha de pagar, lo que hay que recaudar y lo que se debe hacer y nada se ha dejado por examinar ni por precisar. En cambio, en materia de preparativos militares, todo es desorden, falta de inspección e imprecisión. Por esto, tan pronto nos llega una noticia, instituimos los trierarcas, juzgamos los cambios de bienes (9) y decidimos luego que embarquen los metecos y los libertos; después nosotros, y luego los substitutos otra vez. Entonces, mientras se vacila así, se pierde lo que constituía el objetivo de la expedición, ya que perdemos en preparativos el tiempo que debíamos consagrar a la actuación; y las oportunidades no esperan nuestros retrasos ni nuestras evasivas y, por otra parte, las fuerzas con que creíamos contar durante este tiempo, comprobamos que no valen gran cosa en el momento de necesitarlas. Aquel hombre ha llegado no obstante a un grado de insolencia tal que ya escribe a los eubeos cartas (10) como ésta:

LECTURA DE LA CARTA

»Lo que os he leído, atenienses, es casi todo verdad, más verdad de la necesaria, aunque tal vez no os plazca escucharla. Ahora bien, si todo lo que uno suprimiera en los discursos a fin de no entristeceros, fuera suprimido también en la realidad, haría falta hablar sólo para complaceros; pero si la amabilidad de las palabras, cuando están fuera de lugar, de hecho trae consigo su propio castigo, es vergonzoso engañarse uno mismo y, aplazando todo lo que es desagradable, entrar en acción demasiado tarde siempre; y no poder comprender ni esto: que los que conducen bien una guerra no han de seguir a los acontecimientos, sino adelantarlos y que, de la misma manera que se exige del general que dirija a sus hombres, los que deliberan han de dirigir a los

acontecimientos, a fin de que se realicen sus decisiones y no se vean reducidos a correr tras los hechos consumados. Pero vosotros, atenienses, que poseéis la fuerza más importante del mundo, galeras, hoplitas, caballería y medios económicos, no habéis sacado hasta la hora actual ningún provecho en momento oportuno, ya que no os falta mucho para que hagáis la guerra a Filipo de la misma manera que los bárbaros dan puñetazos. En efecto, los bárbaros, cuando han sido pegados, se cogen siempre la parte dolorida, y si les pegan en otro lado, allí van rápidamente sus manos; en cambio, no saben ni piensan parar los golpes y ponerse en guardia; y vosotros igual: si sabéis que Filipo está en el Quersoneso, mandáis socorros allí; si en las Termópilas, allá vais, y si está en otro lado, andáis arriba y abajo; y os dejáis manejar por él sin tomar ninguna iniciativa propia, ninguna decisión que interese para el curso de la guerra ni prever nada antes de los acontecimientos, antes de saber que la cosa ya está ocurriendo o que ya ha pasado. Y bien, eso tal vez os era permitido hasta aquí; pero llegamos al momento culminante y ya no es posible.

»A mi entender, atenienses, me parece que algún dios, avergonzado por lo que ocurre en Atenas, ha lanzado a Filipo a esa actividad. Porque si él, una vez en posesión de lo que ha conquistado, acercándose a nosotros, hubiera querido permanecer tranquilo y no hubiese intentado nada más, creo que algunos de vosotros se habrían contentado con una situación de resultados de la cual nuestro pueblo sería tildado de infamia, cobardía y las afrentas peores. En cambio, ahora que emprende como siempre alguna cosa y aspira a más, si no cedéis definitivamente, tal vez os provocará. Me admira ver cómo ninguno de vosotros, atenienses, reflexiona y se indigna de ver que esta guerra fué comenzada para castigar a Filipo y al final resulta que es para que Filipo no nos destruya. En efecto, es evidente que no se detendrá si alguien no le cierra el paso. ¿Lo iremos consintiendo? ¿Os parece que si enviáis galeras vacías irá bien con las esperanzas que os han dado? ¿No nos embarcaremos? ¿No nos pondremos, ahora, nosotros mismos en campaña, o por lo menos un contingente de soldados nuestros, ya que antes no lo hemos hecho? ¿No iremos con las naves

contra su país? «Pero, ¿dónde atracaremos?», preguntará alguien. Atenienses, la misma guerra, si la emprendemos, nos descubrirá los puntos débiles del enemigo. En cambio, de quedarnos en casa, escuchando cómo se insultan mutuamente los oradores acusándose unos a otros, jamás tendremos nada de lo que necesitamos. Porque me parece que el favor de los dioses y de la Fortuna combaten con nosotros allí donde se manda una parte de la ciudad cuando no la ciudad entera: pero allí donde mandáis un estratega con un decreto vacío y las esperanzas de la tribuna, no se hace nada de lo necesario: los enemigos riñen entonces de esta clase de envíos y los aliados tiemblan de miedo. Ya que es imposible, sí, imposible que pueda un solo hombre hacer nunca todo cuanto vosotros deseáis. Prometer y afirmar, acusar a éste y al otro, es posible; mas todo se ha perdido a consecuencia de esto. Pues cuando el estratega manda a unos miserables mercenarios que no cobran y aquí hay gente que tranquilamente miente sobre lo que hace, y vosotros, tomando como base lo que os reportan, decretáis lo que se os ocurre buenamente, ¿qué es lo que nosotros podemos esperar?

»Y bien, ¿cómo acabará esto? Cuando vosotros, atenienses, tengáis soldados que al mismo tiempo sean testigos de las operaciones y, una vez vueltos a casa, jueces de la rendición de cuentas, de manera que no os limitéis a escuchar lo que os expliquen sobre vuestros intereses, sino que estéis allí para comprobarlo. En estos momentos llega a ser tan vergonzosa la situación, que cada estratega sufre dos o tres acusaciones capitales ante vosotros; pero frente al enemigo no hay uno solo que se atreva siquiera una vez a exponerse a la muerte en la lucha; prefieren la muerte de los cazadores de esclavos (11), de los ladrones de mantos, a la que les honraria; porque un malhechor ha de morir sentenciado, pero un estratega ha de hacerlo en combate con el enemigo. Entre nosotros, unos van diciendo que Filipo, con la ayuda de los lacedemonios, prepara la ruina de Tebas y la disolución de la Beocia; otros, que ha mandado embajadores al Rey; otros, que fortifica las ciudades de Iliria, y todos vamos de aquí para allá dando pie cada uno a sus noticias. Pienso, atenienses, que Filipo se siente em-

brigado por la magnitud de sus éxitos y que en su imaginación sueña proyectos semejantes a éstos porque observa que no hay nadie que le pueda cerrar el paso y siéntese exaltado por lo que realizó hasta ahora; pero, ¡por Zeus!, no creo que haya decidido actuar en forma que la gente más insensata de nuestro pueblo sepa lo que se propone realizar. Ya que precisamente los más insensatos son quienes inventan las noticias.

»Mas si, aparte eso, tenemos presente que ese hombre es el enemigo y se apodera de todo lo que es nuestro y nos ha ultrajado por espacio de mucho tiempo, y que continuamente — cuando hemos supuesto que alguien actuaría por nuestra cuenta — ha terminado todo contra nosotros, que el porvenir depende de nosotros mismos y que, si actualmente no queremos combatir a este hombre allí, tal vez después nos veremos obligados a realizarlo aquí, si tenemos presente todo esto, tal vez nos decidamos a hacer cuanto convenga y nos dejaremos de inútiles discursos. Porque no se trata de indagar lo que ocurrirá, sino de saber qué es lo que va a sernos funesto caso de que no tomemos en cuenta la actual situación y no os esforcéis en hacer lo que es vuestro deber.

»En cuanto a mí, nunca, ni en ningún momento, hubiese deseado hacerme agradable diciéndoos nada de lo que no estuviera convencido que era conforme con vuestros intereses; de momento os he dicho con toda franqueza lo que pienso, sin disimular nada. Y de la misma manera que es conforme a vuestro interés escuchar los mejores consejos, también quisiera saber qué cosa gana con ellos quien los da, ya que me sentiría mucho más contento. En este momento, aun cuando desconozco qué resultados tendrá para mí mismo mi propuesta, convencido de todos modos de que serviré a vuestros intereses en cuanto la adoptéis, me he decidido a hacerlos. Y que gane la opinión de quien mejor haya de servir a los intereses de todos.»

N O T A S

(1) Vientos del N. E. que a mediados de verano soplan en el archipiélago.

(2) Atenas venció a Esparta, poco después de acabada la guerra del Peloponeso, en una batalla naval.

(3) Era corriente el rumor de que Filipo estaba enfermo.

(4) En diversas ocasiones, lo mismo en la guerra del Peloponeso que en los disturbios que precedieron a la llegada de Filipo al trono, Atenas había intervenido en las discusiones concernientes a la sucesión de los reyes de Macedonia.

(5) Unos 10.000 hombres.

(6) Generales célebres en la lucha contra Esparta posteriores a 394. Cabrias venció a Agesilao en 378.

(7) General persa, sátrapa de Misia.

(8) Igual que la trierarquía, el cargo de corego y de gimnasiarca era una prestación impuesta a los ricos.

(9) Los tribunales populares decidían sobre el cambio de bienes provenientes del hecho de que un ateniense a quien le hubiera sido impuesta una liturgia, designara en lugar suyo a otro más rico.

(10) Filipo intrigó continuamente a fin de dominar en Eubea y acabar con el protectorado de Atenas sobre la isla. En la carta anunciada aconseja a los eubeos no confiar en la alianza con los atenienses, que juzga incapaces de defenderse a sí mismos.

(11) Los estrategos, abandonados por el Estado al frente de tropas cuya paga no era satisfecha, resultaban obligados a efectuar la guerra por su propia cuenta.

PRIMERA OLINTÍACA

Si damos una ojeada al mapa de la Grecia de entonces, nos daremos cuenta rápidamente de cómo el punto de fricción entre Atenas y Filipo tenía que ser forzosamente la Calcidia. Durante cierta parte de la guerra del Peloponeso, esta región — vital para la talasocracia ateniense — había sido ya el campo de batalla entre Atenas y Esparta. Por otra parte, la región marítima, salida natural del territorio de Filipo, le era absolutamente necesaria a éste. Aprovechando, pues, la guerra social, procuró desde los primeros momentos de su reinado asegurarse la amistad y alianza de Olinto, la principal ciudad griega de aquella región, entregándole la colonia ateniense de Potidea. A consecuencia de ello, en el año 356 se concluyó una alianza entre ambas potencias, dirigida directamente contra los atenienses, alianza que acarrearía luego la guerra.

Pero tras una alianza de seis años, los olintios sintieronse amenazados por el poderío creciente de Filipo. Así, en el año 351, concluyeron a espaldas de Filipo un tratado de paz con Atenas. A consecuencia de esto tuvo efecto primeramente un ataque de Filipo a Olinto, sin consecuencias. Pero tras algunos años de tranquilidad aparente, durante los cuales Filipo no se atrevió a mostrarse hostil con Olinto ni ésta a aliarse definitivamente con Atenas, libre el primero de sus preocupaciones en Tracia y Tesalia, en el año 349, recién terminado el armisticio impuesto por su enfermedad, Filipo se revolvió contra Olinto, invadiendo su territorio y poniendo sitio a su capital.

Inmediatamente, los olintios enviaron embajadas a

Atenas proponiendo una alianza defensivo-ofensiva. ¿Qué actitud debían adoptar los atenienses? Reconocieron todos, incluso los más apasionados partidarios del pacifismo de Eubulo, la terrible amenaza de Filipo. Efectivamente, fué firmado un tratado de alianza y fueron mandados socorros a Olinto.

Dionisio de Halicarnaso, tomando como base los fragmentos de la Atida de Filiocoro, nos habla de tres expediciones: la primera, de mercenarios, a las órdenes de Cares, sin ningún resultado positivo; la segunda, igualmente integrada por mercenarios, a las órdenes de Caridemo, marchó en socorro de la ciudad; intentó distraer a las huestes de Filipo que la asediaban, pero no consiguió que éste abandonara su intento aun cuando obtuviera algún éxito al saquear el territorio macedónico. La llegada de la tercera expedición, en el año 346, al mando de Cares, compuesta de mercenarios y atenienses, llegó tarde: la ciudad ya había sido tomada.

¿Cuál fué la participación de Demóstenes? Para el gran orador político había llegado la hora de poder vanagloriarse y enorgullecerse del acierto de sus predicciones. Sin embargo, su innata elegancia le prohibió hacer esto. Pronunció tres grandes discursos, tres oraciones políticas, en defensa de la necesidad de socorrer a Olinto, discursos en los cuales resplandece su talento expositivo y su gran capacidad persuasiva.

Si bien son interminables las discusiones a propósito de la fecha exacta en que fueron pronunciados esos discursos, podemos afirmar, apoyados por la autoridad de Libanio, el siguiente cuadro cronológico: año 349, asedio de Olinto por las fuerzas de Filipo y embajada de los olintios a Atenas solicitando ayuda. Primera Olintiaca: la Asamblea acepta la alianza con Olinto, pero es necesario conocer lo que efectivamente puede hacerse para ayudar a los olintios. Segunda Olintiaca: primera expedición de Cares. Fracaso de la misma. Expedición de Caridemo y éxitos relativos de la misma. Tercera Olintiaca: segunda expedición de Cares, salida de Atenas y toma de la ciudad de Olinto por Filipo.

En la fase inicial de esta Primera Olintiaca — dice un crítico — irá cargando la voluntad en una serie progresiva de estímulos y juicios de valor; en una segunda

fase propondrá el sacrificio que hay que arrostrar y aplicará inmediata y rápidamente otra andanada de juicios de valor; en la tercera fase empieza aflojando y dando un respiro y ánimos a la voluntad, para terminar con un imperativo y último impulso: renovación y pleno desarrollo del principal juicio de valor: "Mucho más costoso será lo que os evitaría."

La Primera Olintiaca es, pues, pronunciada en el año 349, ante la petición de socorro de los olintios y subsiguiente deliberación ateniense sobre ella. El pueblo parece estar dispuesto a ayudar a Olinto. Los acontecimientos dan la razón a Demóstenes. Con ello su autoridad moral queda ampliamente reforzada. El hecho tan deseado por los atenienses de tener a su lado a los olintios se ha producido. La cosa ha sorprendido totalmente a estos últimos, siempre tan descuidados. El pensamiento central de Demóstenes consiste en la idea de que hay que aprovechar la ocasión, algo que los dioses ofrecen, pero que requiere el hecho de alargar la mano para recogerla. Y por ello formula sus propuestas prácticas: crear dos ejércitos: uno que defienda el territorio olintiaco y otro dispuesto a hostilizar y amenazar continuamente el territorio macedónico. Existen asimismo insinuaciones levisimas sobre el fondo de espectáculos: levisimas, porque un ataque directo en esa dirección atraería sobre quien lo hiciera una pérdida de crédito entre las masas demagógicas. Libanio afirma — cosa que parece falsa — la existencia de una ley que decretaba la pena de muerte para quien propusiera que dichos fondos fueran destinados a otros fines.

SUMARIO DE LIBANIO. — Olinto era una ciudad de la Tracia, mas el pueblo que la habitaba era griego, de Calcis de Eubea; y Calcis era una colonia de Atenas. Las guerras que Olinto sostuvo fueron violentas y célebres; porque antiguamente luchó contra los atenienses, y después contra los lacedemonios. Con el tiempo llegó a tener gran fuerza y sobrepasó a las ciudades de su mismo linaje, porque en Tracia abundaban calcídicas. Los olintios se habían aliado con Filipo, Rey de Macedonia, y luchado al principio junto a él contra Atenas, recibiendo del macedonio, por un lado, Antemunt, ciudad que reinvincieron a la vez Macedonia y Olinto, y por otra parte Potidea, que Filipo otorgó a los olintios después de tomada a sus dueños los atenienses. Más tarde los olintios empezaron a sospechar del Rey, al comprobar de qué modo tan rápido se engrandecía y que sus sentimientos no eran de fidelidad. Y enterados de que estaba fuera, enviaron embajadores a Atenas e interrumpieron los hostilidades con ella, contrariamente a lo acordado con Filipo; porque habían convenido hacer juntos la guerra a los atenienses y, en caso de cambiar de idea, pactar conjuntamente la paz. Entonces Filipo, que hacia tiempo buscaba una excusa contra ellos, se valió de ésta: habían roto el convenio y pactado alianza con sus enemigos, y les declaró la guerra. Ellos han mandado embajadores a Atenas, pidiendo auxilio, y a éstos presta su apoyo Demóstenes recomendando se auxilie a los olintios. Y afirma que en la salvación de Olinto está la seguridad de Atenas; porque si los olintios se salvan, Filipo jamás entrará en el Ática, sino que, por el contrario, los atenienses tendrán libertad para navegar hasta Macedonia y llevar la guerra allí. En cambio si esta ciudad cayera en manos de Filipo, el Rey se abriría el camino de Atenas. Por otra parte asegura que Filipo no es tan difícil de combatir como dicen, y contra él anima a los atenienses.

Habla también de las finanzas y aconseja que se convierta en fondo de guerra el de los espectáculos. Y como los atenienses no tenían costumbre de ello, conviene explicárselo. Primitivamente, cuando no había en Atenas teatro de piedra, sino que las graderías eran de madera,

al apretujarse todos para poder sentarse, surgían golpes y a veces heridas. Deseosos de impedir esto, los jefes del Gobierno ateniense decidieron que los puestos se vendiesen y que cada cual tendría que dar dos óbolos para asistir al espectáculo. Y a fin de que no pareciera que este dispendio era una carga para los pobres, cada uno de éstos recibiría estos óbolos del Tesoro. Así pues, se originó esta costumbre y llegó hasta tal punto que no sólo se cobraba por los lugares, sino que sencillamente se distribuían los fondos públicos. De aquí provino que también se convirtieran en refractarios al servicio militar; porque antes, cuando servían, cobraban un sueldo del Estado; mas a partir de entonces, con ocasión de espectáculos y de ferias, aunque se quedaran en casa, igual recibían el dinero. De este modo ya no querían salir a campaña y exponerse; hicieron una ley sobre estos fondos de espectáculos que condenaba a muerte al que propusiera el retorno de las cosas a la situación anterior y la atribución de este fondo a las necesidades de la guerra. Por esta razón, Demóstenes expone con cautela su consejo sobre este punto, y al preguntarse a sí mismo: «¿Tú propones que este fondo sea para la guerra?», replica: «¡Por Zeus!, no, yo no.» Todo esto referente al fondo de los espectáculos.

El orador habla también de un ejército de ciudadanos y solicita que éstos sirvan y que no sean las tropas extranjeras, como era costumbre, las que salgan en auxilio. Porque, declara, esto es lo que les hace perder.

«Creo, atenienses, que daríais mucho dinero para ver claro cuál es la política que mejor ha de servir los intereses de la República en la cuestión que ahora examináis. Si es así, debéis estar dispuestos a escuchar a los que quieren aconsejaros. Porque si alguien viene aquí habiendo meditado una buena solución, no sólo la tenéis que escuchar y aceptarla, sino que sospecho que tenéis la suerte de que muchas ideas útiles acuden improvisadamente a algunos, de manera que entre todas es fácil escoger la más ventajosa.

»El presente estado de cosas, atenienses, pide a grandes voces, por decirlo así, que os encarguéis personalmente de estos asuntos si os preocupáis de vuestra salvación. De todos modos, no sé cuál parece ser vuestra actitud ante eso, pero, en todo caso, mi opinión es que ahora mismo votemos el auxilio y nos preparemos para hacerlo salir de aquí lo más rápidamente que podamos — sin tolerar que ocurra lo que otras veces — y mandemos una embajada que se lo diga y asista a los acontecimientos. Porque lo más terrible es que ese hombre

— astuto y hábil como es para aprovecharse de todo haciendo concesiones si es necesario o bien amenazando, y es comprensible que le hagan caso calumniándonos —, alegando contra nosotros nuestra ausencia, tergiversar y haga desviar alguna de las cosas más esenciales. Con todo, atenienses, casi puede afirmarse que lo que hace más difícil combatir a Filippo es también lo mejor para vosotros; porque el hecho de que sólo sea uno quien lo domine todo, cuanto es secreto y cuanto no lo es, y que a la vez sea estratego, dueño y tesorero y vaya a todas partes con su ejército, todo ello es una gran ventaja en cuanto a la ejecución rápida u oportuna de las operaciones militares; pero en lo referente a los pactos que quisiera concluir con los olintios que actualmente no hacen la guerra con miras a la gloria ni a una porción de territorios, sino a fin de prevenir la ruina y la esclavitud de la Patria; y conocen lo que el Rey hizo con los anfipolitas que le entregaron la ciudad y con los pignosos que le acogieron, y en general opino que la tiranía no merece ninguna confianza de las Repúblicas, sobre todo si ocupan territorios fronterizos. Una vez concedores de esto, atenienses, y teniendo presentes las demás reflexiones del caso, declaro que tenéis que formular un acto de voluntad e indignaros y lanzaros a la guerra con mayor decisión que nunca, otorgando el dinero de buen grado y poniéndoos vosotros mismos en campaña sin descuidar nada, ya que no os queda ningún argumento o excusa de clase alguna para dejar de cumplir con vuestro deber. En efecto, todo aquello que ibais repitiendo, es decir, que era necesario inducir a los olintios a la guerra con Filippo, ha ocurrido por sí solo en la actualidad y de la manera que mejor pudiera servir a vuestros intereses. Dado que si hubieran declarado la guerra instados por vosotros, hubiesen sido unos aliados no muy seguros y tal vez decididos únicamente hasta cierto punto; mas siendo en este momento las ofensas personales la razón de su odio a ese hombre, hay que creer sólida esa enemistad, nutrida con lo que temen y con lo que han tenido que sufrir.

»No, atenienses; ya que nos ha correspondido una ocasión semejante, en manera alguna tenemos que dejarla escapar ni soportar lo que muchas otras veces ha-

béis soportado. Porque si, cuando regresábamos de prestar auxilio a Eubea (1) y los anfípolitas Hiera y Esteátocles, desde esta tribuna, nos compelián a hacernos a la mar y apoderarnos de su ciudad hubiéramos puesto el mismo celo en nuestros intereses que en la salvación de Eubea, tendríais ahora a Anfípolis (2) en vuestro poder y os habríais ahorrado todo lo que después ha ocurrido. Y más tarde, cuando llegaron noticias de que Pidna, Potidea, Metone, Págases y las demás plazas, por no entretenerme en citarlas una por una, eran sitiadas, si nos hubiéramos apresurado a auxiliar rápidamente a una de ellas, por ejemplo, la primera, yendo nosotros mismos allí como era nuestro deber, encontraríamos a Filipo ahora más tratable y mucho más humilde. Pero descuidando siempre el presente y esperando que el porvenir se arregle solo, somos nosotros, atenienses, quienes hemos dado fuerzas a Filipo y le hemos hecho más grande de lo que jamás rey alguno había sido en Macedonia.

»Pues bien, en los momentos presentes se le ofrece a la República una ocasión, esta de los olintios, que en nada desmerece de las precedentes. Por lo menos me parece, atenienses, que si alguien se colocara como justipreciador de los favores que nos han hecho los dioses a pesar de que muchas cosas no vayan como es debido, con todo, experimentaría mucha gratitud hacia ellos y con razón. Porque el hecho de haber perdido tantas cosas durante la guerra tendría que atribuirse con justicia a nuestro descuido; mas el hecho de que anteriormente no hayáis sufrido tanto y surja ahora, para compensarnos, nuestra alianza con este pueblo, en caso de que la queramos aprovechar, por lo menos lo tendría yo como favor debido a la benevolencia divina. Pero esto me parece que es casi lo mismo que ocurre con la posesión de las riquezas; porque si un hombre conserva todo cuanto recibe, grande es su agradecimiento a la Fortuna; en tanto que si lo gasta sin darse cuenta, pierde hasta el recuerdo de la Fortuna. En política ocurre también lo mismo, pues quienes no aprovechan las ocasiones, caso de haber recibido de los dioses alguna ventaja, no guardan recuerdo alguno de éstos; pues cada uno juzga de los acontecimientos anteriores según el resultado final. Sí, atenienses, de ahora en adelante tenemos que pre-

ocuparnos por restablecer la situación y borrar el descrédito debido al pasado.

»En cambio, atenienses, si abandonáis también a esos hombres y luego él subyuga a Olinto, que me expliquen cuál será después el obstáculo que le impedirá ir a donde quiera. ¿Hay alguien entre vosotros que reflexione, atenienses, y estudie cómo ha llegado a poderoso cuando tan débil era al principio? Primeramente tomó Anfípolis, después Pidna, entonces Potidea, luego Metone y finalmente puso el pie en Tesalia, Más tarde, cuando hubo obtenido todo cuanto deseaba de Feres, Pagases y Magnesia, marchó hacia Tracia; allí, luego de haber destronado a algunos reyes y haber puesto en su lugar a otros, enfermó. Un vez restablecido no se descuidó un punto: atacó inmediatamente a Olinto. Y aún omito sus expediciones a Iliria, a Peonia contra Aribas y otros lugares (3).

»«Y bien», exclamará alguien, «¿por qué ahora nos echas en cara esto?» Para que comprendáis, atenienses, y sintáis dos cosas: una, cuán perjudicial es descuidar siempre, una tras otra, las ocasiones; otra, cuál es la actividad que Filipo necesita para vivir que no le permite permanecer tranquilo ni contentarse con lo realizado; ya que si su norma es que debe hacerse siempre una cosa más grande que la que se tiene, a la par que la nuestra es que no nos es necesario emprender nada en forma enérgica, fijaos dónde hemos de esperar que acaben las cosas. ¡Por los dioses!, ¿quién de vosotros sería tan estúpido que no viese que la guerra pasará de allá aquí caso que nos descuidemos? Pero si esto ocurre, me temo, atenienses, que de la misma forma que los que alocadamente solicitan dinero a gran interés viven bien por espacio de poco tiempo y, por último, pierden cuanto antes tenían, nosotros nos daremos cuenta asimismo de que hemos pagado caro nuestro descuido en pos de cuanto nos proporcione placer y nos encontraremos al final en la necesidad de hacer muchas cosas desagradables que no queríamos, y pondremos en peligro los intereses de nuestra propia patria.

»«Criticar» — dirá tal vez alguno — «es de todas maneras cosa fácil y está al alcance de todo el mundo, mientras que exponer la conducta a seguir en las actua-

las circunstancias es propio del consejero.» No desconozco, atenienses, que a menudo enloquecéis no con los culpables, sino con los últimos que os han hablado, en el caso de que alguna vez las cosas no anden como pensabais; con todo, no creo que, en vista de la propia inseguridad, tenga que arriar velas en nada de lo que considero afecta a vuestro interés. Afirmo, pues, que, frente a esta situación, ha de ser doble vuestra defensa: por una parte, salvar las ciudades de los olintios, es decir, mandar tropas para que lo consigan; y por otra parte, con galeras y otro cuerpo de ejército, devastar el territorio de aquel hombre. Y si descuidáis una cualquiera de estas dos medidas, me temo que sea inútil la campaña. Pues si en tanto devastáis su territorio él os permite hacer y se apodera de su Olintia, cuando regrese a su país le será fácil rechazaros; y si os limitáis a negaros a los olintios, al ver que no es peligrosa la situación de su país establecerá su campamento, persistirá en el asedio y con el tiempo reducirá a los asediados. Por ello es necesario que vuestra expedición de auxilio sea doble y numerosa.

»He aquí lo que opino sobre la manera de prestar el auxilio; en cuanto a los medios de procurarse dinero, vosotros, atenienses, tenéis dinero, tenéis como ningún otro pueblo un fondo de guerra; mas vosotros lo gastáis como os parece. Así pues, no os faltarán recursos caso que los dediquéis a los dispendios de la campaña; en caso contrario os faltan, mejor dicho, entonces no los tenéis en absoluto. «Entonces», me dirá alguno, «¿propones que ese dinero sea destinado al fondo de guerra?» ¡No, por Zeus, yo no! Considero que es necesario organizar un ejército y ha de haber un sistema único, a fin de que cada uno cobre y cumpla con su deber; mas vosotros preferís cobrar, con ocasión de vuestras fiestas, sin hacer nada. Considero, pues, que a partir de entonces el único recurso es que todos paguéis una contribución (4); si es necesario mucho, mucho; y si poco, poco. Actualmente es necesario tener dinero, y sin ello nada de lo que hace falta puede hacerse. Os propongo también otros medios; escoged aquel que juzguéis conveniente, y mientras estéis a tiempo, poned manos a la obra.

»Vale la pena reflexionar en estos momentos sobre

La situación presente de Filipo y hacerse una idea cabal de ella. Contrariamente a las apariencias y a lo que se podría afirmar a simple vista, sus cosas ni están en orden ni andan bien. Más aún: no hubiera emprendido esa guerra si hubiese creído que tendría que luchar, pues esperaba que, con sólo presentarse, se lo llevaría todo y de esto actualmente ya está desengañado. Esto es, pues, la primera cosa que le desconcierta al resultarle al revés de lo esperado, y le produce un gran descorazonamiento; luego está el problema de los tesalios; porque no hay duda alguna que esta gente es inconstante por naturaleza y por costumbre, y con todos los hombres. Y exactamente como eran se han portado con él, porque han decretado reclamarle Pagases y le han impedido que fortificara Magnesia. Aún más: he oído contar que no van a dejarle percibir los derechos sobre puentes y mercados, ya que el producto de esto tiene que nutrir el fondo público de Tesalia en lugar de cobrarlo Filipo (5). Y si le quitan estos recursos, el dinero para el sueldo de sus mercenarios disminuirá notablemente. Y en cuanto a los peonios y libios y todos esos pueblos en general, fácil es creer que preferirían ser autónomos y libres que esclavos, pues son reacios a obedecer a nadie. Y por lo que se dice, ese hombre es violento; cosa que, ¡por Zeus!, no me parece increíble. En efecto, los éxitos inmerecidos son, para hombres insensatos, origen de malos pensamientos. Y por eso a menudo parece más difícil conservar una fortuna que adquirirla. Es necesario, pues, atenienses, que, convencidos de que lo que es inoportuno para él es oportuno para vosotros, os aprovechéis resueltamente de la ocasión y enviéis emisarios para lo que sea necesario, y que sirváis vosotros mismos en campaña y excitéis a todos los demás. Suponed que Filipo aprovechase contra nosotros una ocasión parecida, como el hecho de estallar una guerra en la proximidad de nuestro país. ¿No os imagináis con cuánta audacia se lanzaría contra nosotros? Y todavía más. ¿No experimentaríais vergüenza por no osar, cuando de ello tenéis ocasión, causarle el daño que sufriríais vosotros caso de que él pudiera hacérselo?

»Aún más, atenienses; no tenéis que perder de vista que ahora podéis escoger si habréis de ser vosotros quie-

nes lleven la guerra allí o si tiene que traerla él a vuestros hogares. Porque si los de Olintia resisten, vosotros haréis la guerra allí y le devastaréis el territorio, sin dejar de explotar con plena seguridad este de aquí que es vuestro; mas si Filipo se apodera de Olinto, ¿quién le impedirá llegar hasta aquí? ¿Los tebanos? Aunque sea amargo decirlo, en seguida se unirán a la invasión (6). ¿O los focenses? Éstos no son capaces ni de guardar su propio territorio si no los socorréis vosotros o algún otro pueblo (7). «Pero, amigo», me diréis, «Filipo no lo querrá.» Sería lo más absurdo que quien ahora habla en todas partes, con peligro de pasar por loco, pudiendo hacer esto no lo hiciera. En fin, como la diferencia entre hacer la guerra aquí o hacerla allá es grande, no creo que sea necesario insistir sobre ello (8). Porque si tenéis que estar sobre las armas únicamente durante treinta días fuera de aquí, tomando del país todo lo necesario para la campaña, suponiendo que no hubiera enemigo alguno en nuestra casa, estimo que quienes de vosotros sois campesinos perderíais con ello más de lo que habéis gastado en toda la guerra. Mas si nos traía la guerra hasta aquí, ¿suponéis que no iba a perderse? Además existe la ventaja y la vergüenza de la cosa en sí, ésta no menor para la gente de recto juicio que pérdida material alguna.

»Por lo tanto debéis pensar todos en esto y mandar auxilios y mantener lejos la guerra: los ricos en defensa de las grandes fortunas que poseen, con arreglo al buen derecho, a fin de que un pequeño gasto les permita disfrutar pacíficamente del resto; quienes están en edad de servir, a fin de adquirir experiencia de la guerra en territorio de Filipo y así llegar a ser terribles guardianes de su propia tierra inviolada; por último los oradores, a fin de poder dar fácilmente cuenta de su política, puesto que, según como os hayan ido las cosas juzgaréis vosotros de ellos. Y que en vuestro propio interés vaya bien todo.»

N O T A S

(1) En el año 357, cuando Timoteo expulsó a los tebanos de Eubea.

(2) Diversas veces miembro de la Liga ateniense.

(3) Demóstenes se percató de que conviene atacar a Filipo en el momento en que éste se prepara una base de futuras operaciones.

(4) Impuesto sobre el capital al que en casos excepcionales acudía el Estado.

(5) Según los historiadores, a lo largo de la historia del pueblo griego nos encontramos con una suerte de Confederaciones surgidas alrededor de un Estado eje, cuya disolución se produce cuando este Estado se asigna las contribuciones federales destinadas a la defensa común.

(6) Eran continuas las disensiones entre Tebas y Atenas.

(7) En guerra con Tebas, los focenses estaban a punto de ser derrotados.

(8) Esta es una enseñanza obtenida de la guerra del Peloponeso, que Demóstenes halla recogida por Tucídides.

SEGUNDA OLINTÍACA

Si la Primera Olintíaca había conseguido que el pueblo votara la alianza con Olinto, nadie podía dudar que esta alianza significaría la guerra con Filipo. Pero el pueblo ateniense, fiel a su manera de ser, constantemente reprochada por Demóstenes, seguía sin adoptar — luego de haberse pronunciado en favor de Olinto — ninguna de las medidas que la guerra inevitable exigía. Los atenienses pensaban que el escaso ejército expedicionario que acampaba, desde mucho tiempo antes, en las colonias atenienses del Helesponto a las órdenes de Caridemo, sería suficiente para defender el honor ateniense ante Olinto. Demóstenes insiste en la necesidad de actuar rápidamente. Intenta vencer, sea como fuere, la flaqueza moral de sus conciudadanos, quienes, sin transición, han pasado de la confianza inconsciente a la más angustiada intranquilidad y el decaimiento ante la carrera de victorias de Filipo. Demóstenes desarrollará ante el pueblo su tesis optimista: La suerte, compañera inseparable del pueblo ateniense, ha acudido, una vez más, a otorgar a éste sus favores. De modo que, caso de que los atenienses sacudan su desidia y fatalismo y pongan manos a la obra, lograrán, con ayuda de la Fortuna, el éxito apetecido. Se esfuerza asimismo por convencerles de que Filipo no es peligroso, y aun cuando él, en su fuero interno, no estuviera muy seguro de ello, busca incitarles a la lucha con todos los argumentos de que puede disponer. Así, una vez creada en el ánimo de cuantos le escuchan una atmósfera de más confianza y optimismo, desarrolla luego sus propuestas prácticas, que se refieren, como es obvio, a las relaciones de Atenas con Tesalia.

El discurso no termina con ningún proyecto de ley ni decreto; confirma sencillamente cuanto había explicado en el discurso anterior, y si Libanio no nos afirmara, muy concienzudamente, que el discurso había sido efectivamente pronunciado, podríamos suponer, con algunos autores, que esta Segunda Olintíaca no era otra cosa que un folleto destinado a confirmar por escrito cuanto había sido dicho en la Primera Olintíaca. De todos modos, esta Segunda Olintíaca se nos muestra como una de las oraciones más áticas de Demóstenes, aquella en que, sin renunciar a la vehemencia genial que le caracteriza, se nos presenta más fiel a las tradiciones oratorias de su pueblo.

De todos modos, esta oración de Demóstenes fué escuchada sólo a medias: los gobernantes no se decidieron a poner en pie de guerra el doble ejército propuesto por nuestro orador. La razón era la falta de recursos; no podía contarse con dinero mientras no se tomaran decisiones enérgicas que aquel Gobierno no se sentía con valor suficiente para adoptar. El único resultado práctico fué el envío de la pequeña expedición que en otoño del 349 dirigió Cares, y la cual consiguió algunos éxitos que llenaron de optimismo a los atenienses.

SUMARIO DE LIBANIO. — Los atenienses han dispensado una buena acogida a la embajada de los olintios, decidiendo mandarles socorros. Sin embargo, vacilan en ponerse en campaña y temen a Filipo como si éste fuera invencible. Demóstenes ocupa la tribuna y hace esfuerzos para tranquilizar al pueblo, demostrando cuán débil es la situación del macedonio. Y ello porque, asegura, sus aliados sospechan de él y no es muy sólido su poder en el interior de su país, ya que los macedonios son débiles por sí mismos.

«Me parece que en muchas ocasiones se ha visto manifestada, atenienses, la benevolencia de los dioses para con nuestra República, pero quizá nunca como en las circunstancias presentes. En efecto, el hecho de que quienes van a entrar en guerra con Filipo resulten ser fronterizos suyos y tener cierta fuerza y — lo que es más importante — que su estado de ánimo a propósito de esta guerra sea tal que piensen que todo acuerdo con él sea en primer lugar no merecedor de confianza y después causa de la ruina de su propio país, todo esto parece ciertamente obra de un favor sobrenatural y de la gracia divina. En consecuencia, es necesario poner cuidado en que no parezca que nosotros hacemos menos por nuestros intereses que las mismas circunstancias. Porque sería vergonzoso, mejor dicho, muy vergonzoso, que se nos viera abandonar, no sólo las ciudades y posesiones que poseíamos hasta ahora, sino también a los aliados y las oportunidades que la Fortuna nos ha deparado.

»Así, atenienses, no considero que esté bien describir el poder de Filipo y mediante tales argumentos excitaros a cumplir con vuestro deber. ¿La razón de ello? Pues

porque me parece que todo cuanto podría decirse de él iba a serle motivo de vanidad a la vez que para nosotros acusación de no haber procedido como debiéramos. Ya que a él, cuanto más ha rebasado su éxito a sus méritos, más admirable le hallan en todas partes, en tanto que a vosotros, cuanto menos acertadamente hayáis llevado las cosas, más os habréis desprestigiado. Dejaré, pues, eso de lado. Porque si se examinara sinceramente, veríamos que las causas del engrandecimiento de Filipo no residían en él mismo, sino en Atenas. De todos modos, no veo que ahora sea ocasión de hablar de esas ventajas por las que debe gratitud a quienes han hecho política en su favor — que os deberán tener en cuenta (1) —. Intentaré deciros, en cambio, lo que pueda sin tocar este punto, y para todos vosotros es mejor escuchar lo que además aparecerá, atenienses, como un gran deshonor para él a los ojos de quienes quieran examinarle con rectitud. Pero llamarle perjuro y desleal sin poner de manifiesto lo que hasta ahora ha realizado, podría decirse con razón que es una infundada injuria; y, en cambio, pasar revista a todo lo que ha hecho hasta ahora y probar todas mis acusaciones es, por un lado, cosa que requiere pocas palabras, y, por otro, considero que es interesante decirlo, por dos motivos: a fin de hacer aparecer a Filipo tal como es en realidad, como un hombre despreciable; y para que quienes se sientan exageradamente asustados, creyendo que Filipo es invencible, vean que ha agotado todas las artimañas mediante las cuales se ha elevado a la grandeza y que ahora su carrera toca a su fin.

»Porque yo, atenienses, también consideraría temible y admirable a Filipo si le hubiera visto crecer mediante una política recta. Pero ahora, examinándolo todo y reflexionando, me doy cuenta de que nuestra inocencia primeriza, cuando ciertas personas hacían expulsar de aquí a cuantos olintios querían hablarnos, Filipo la cultivó diciéndonos que nos dejaría Anfípolis e inventando aquel famoso secreto (2); después de esto se ganó la amistad de los olintios ocupando Potidea, que era vuestra, y entregándosela contrariamente a sus primeros pactos con vosotros; y ahora, finalmente, a fin de someter a los tesalios, se comprometió a entregarles Magnesia

y a encargarse por su cuenta de la guerra contra los focenses. En resumen, entre quienes le tratan, no hay nadie a quien él no haya engañado. Y así de la misma manera que valiéndose de ellos se ha encumbrado cuando cada uno esperaba que serviría a sus intereses, también es infalible que vuelva a la nada por otra de esa misma gente ahora que se ha demostrado que lo hacía todo en interés propio. Tal es, atenienses, la crisis a que ha llegado la situación de Filipo. O si no, que venga quien sea y me demuestre, o mejor dicho, os demuestre, o que lo que yo digo no es verdad, o que las víctimas de sus engaños, en el futuro, confiarán en él, o que quienes, contra sus esperanzas han sido hechos esclavos, los tesalios, no estarían contentos ahora de verse libres.

»Asimismo si alguien de vosotros, a pesar de considerar esto cierto, cree que Filipo mantendrá su situación por la fuerza gracias a haberse apoderado de las plazas, de los puertos y de otras ventajas parecidas, se equivoca. Porque cuando una potencia se apoya en la buena voluntad y en el interés de todos los que toman parte en la guerra, los hombres consienten en ayudarla y soportar las contrariedades y resistir; pero cuando un hombre se hace fuerte, como ése, por la ambición y la maldad, el primer pretexto, un pequeño fracaso, lo destruye todo. Ya que no es posible, atenienses, no es posible a base de injusticias, perjurios y mentiras constituir un sólido poder; un poder de esta clase, por una vez y durante poco tiempo, resiste, y si la Fortuna quiere, florece abundantemente sobre una capa de esperanzas; pero con el tiempo se descubre todo y se deshoja solo. Porque yo creo que igual que en una casa, un barco o una construcción parecida las partes inferiores deben ser más sólidas, asimismo en política conviene que los principios y los cimientos sean sinceros y justos. Y eso precisamente es lo que falta en los actos de Filipo.

»Por lo tanto afirmo que debemos ayudar a los olintios — y como mejor y más rápidamente se proponga más bien me parecerá — y enviar una embajada a los tesalios que haga ver las cosas a los unos y estimule a los otros, porque ahora ya han decidido reclamar Pagases y discutir la cuestión de Magnesia. En todo caso, atenienses, vigilad que nuestros embajadores no se limiten

a las palabras, sino que puedan aducir alguna obra: que se vea que ya os habéis puesto en campaña en forma digna de Atenas y que estáis atentos a los acontecimientos. Ya que todos los discursos del mundo, en cuanto faltan los actos, hacen el efecto de cosa vana y vacía. Sobre todo los que provienen de nuestra ciudad; porque cuando más dispuestos se nos ve a efectuarlos, más desconfían todos. De manera que tenemos que poner de relieve un gran cambio, una transformación radical; pagando contribuciones, poniéndonos en campaña y actuando en todo con prontitud si queréis que se fijen en nosotros. Y si estáis decididos a hacerlo como se debe y a acabar de una vez, no sólo veréis, atenienses, revelarse la debilidad y la desconfianza de los aliados de Filipo, sino también todas las fallas de su poder y de su imperio saldrán prontamente a la luz.

»Claro está que, en general, el poder y el imperio de Macedonia, unidos uno con otro, no son un elemento insignificante como lo fué para nosotros en tiempo de Timoteo contra Olinto (3); ni más tarde lo resultó tampoco el conjunto cuando se unió a Olinto contra Potidea. Y actualmente en el malestar, la sedición y la agitación de Tesalia contra la familia de los tiranos (4) Macedonia ha sido un auxilio; porque me hace el efecto de que la aportación de una fuerza, aunque sea pequeña, lo decide todo; y en cambio esta fuerza, sola, es débil y está llena de fallos. Porque ese hombre, con todas esas empresas que hacen que aparezca grande, con las guerras y las campañas, aun ha convertido su poder en más inestable de lo que era naturalmente. No creáis, atenienses, que sean los mismos los gustos de Filipo que los de sus sometidos: apetece gloria y ésta es su ambición, y ha preferido actuar y exponerse a todo lo que ocurra por la gloria de hacer lo que nunca ha hecho otro Rey de Macedonia, a vivir tranquilamente. En cambio ellos no participan de la gloria que traen consigo esas acciones, y debilitados siempre por esas campañas arriba y abajo, sufren y pasan continuas angustias porque no pueden ocuparse en el trabajo ni en sus propios intereses, y lo que producen en la medida que pueden no encuentran manera de venderlo, cerrados como están los mercados del país a consecuencia de la guerra.

»Lo que la mayoría de macedonios opinan de Filipo no cuesta adivinarlo con estos datos. En cuanto a los que le rodean, mercenarios y *compañeros de a pie* (5), tienen fama de admirables soldados y familiarizados con las cosas de la guerra, pero, por lo que yo he oído decir a uno que ha estado en el país, un hombre incapaz de mentir, no son mejores que cualquier otro. Porque si entre ellos hay alguno que sea experto en la guerra y en el combate, a éste el Rey — me dijo —, lo aparta por celos, deseoso de que todo parezca obra personal suya. Pues, dejando de lado otros vicios, sus celos son insuperables. Por otra parte, si hay algún otro de buen juicio y rectitud que no pueda soportar los desórdenes cotidianos de su vida, su embriaguez y sus indecorosas danzas, lo aleja y no lo considera. De manera que a su lado sólo quedan ladrones; en fin, individuos que cuando están embriagados bailan unas cosas de clase tal que en este momento no me atrevo a nombrarlas ante vosotros. Y es evidente que esto es verdad porque hombres que aquí todo el mundo rechazaba, como muchísimo más desvergonzados que unos saltimbanquis, por ejemplo, aquel Calias (6), el esclavo público y otros individuos por el estilo, farsantes, autores de canciones obscenas que escriben sobre la espalda de sus compañeros a fin de mover a risa, a éstos él los aprecia y retiene a su vera. Y no hay duda de que eso, atenienses, a pesar de que alguien lo considere irrelevante, es un grave indicio de sus principios y su demencia para quienes juzgan rectamente. Supongo que en este momento su buena fortuna lo encubre todo, porque los éxitos son unos maravillosos encubridores de semejantes vergüenzas; pero si tiene un fracaso, entonces se descubrirá con detalle en todos sus rasgos. Y yo opino, atenienses, que la revelación de esto no se hará esperar si los dioses lo permiten y queréis vosotros. Porque igual como ocurre con el cuerpo, que mientras se goza de salud nada se observa, pero cuando sobreviene una enfermedad todo se resiente, ya sea una fractura, ya una torcedura o una lesión cualquiera, igual ocurre con las Repúblicas y los tiranos: mientras hacen guerra en el exterior, sus propios males quedan ocultos a la mayoría, pero cuando la guerra estalla en sus fronteras todo queda en evidencia.

»Después de esto, atenienses, si alguno de vosotros, viendo la buena suerte de Filipo, le considera un peligro-oso adversario, razona como un hombre de juicio porque la suerte pesa mucho, mejor dicho, lo es todo en la empresa de los hombres. Empero, por lo menos, si me die-
 ran a escoger, yo preferiría la fortuna de nuestra ciudad a la de él siempre que os avinierais a hacer lo que de-
 bebamos, por poco que fuera; porque veo que vosotros te-
 néis muchos más derechos que él a la benevolencia di-
 vina. Mas, a lo que se ve, nosotros estamos aquí sin hacer
 nada, y quien no trabaja no puede pedir a sus amigos
 que hagan nada por él y menos todavía a los dioses. Por
 eso nada tiene de extraño que ese hombre, que dirige
 las campañas personalmente y sufre y está presente en
 todo, sin perder una ocasión ni un momento propicio,
 nos gane a nosotros que diferimos las cosas y votamos
 decretos y pedimos informaciones. No, a mí no me ex-
 traña; al contrario, lo extraño sería que sin hacer nada
 de lo que deben hacer unos beligerantes, nosotros ganá-
 semos a quien lo previene todo.

»En cambio me admira otra cosa: que en otros tiem-
 pos, atenienses, os alzasteis contra Lacedemonia en de-
 fensa de los derechos helénicos (7) y a menudo, siéndoos
 posible obtener grandes ventajas personales, no habéis
 querido; por el contrario, para que otros gozaran de sus
 derechos gastabais en contribuciones cuando teníais y os
 lanzabais a los peligros de una campaña; en cambio,
 vaciláis ahora en salir y tardáis en contribuir con vues-
 tro dinero a la defensa de vuestras posesiones, y vosotros
 que habéis salvado tan a menudo a los demás pueblos
 griegos y a cada uno de ellos por turno, cuando habéis
 perdido lo que era vuestro os estáis quietos. He aquí lo
 que me admira: además que, a pesar de eso, ninguno de
 vosotros, atenienses, pueda calcular cuánto tiempo hace
 que estáis en guerra con Filipo y qué habéis hecho
 mientras transcurría ese tiempo. Porque sin duda alguna
 sabéis que todo él ha transcurrido para vosotros cantu-
 rreando, esperando que alguien hiciese el trabajo, acu-
 sándoos mutuamente, juzgando, volviendo a esperar; en
 fin, haciendo lo mismo que hacéis ahora. Y ¿todavía
 sois tan insensatos, atenienses, que con la misma con-
 ducta que ha llevado a la República de la prosperidad a

la ruina, esperáis que las cosas, hoy ruinosas, vuelvan a ser otra vez prósperas? Eso no es ni razonable ni natural; porque naturalmente es mucho más fácil guardar lo que uno tiene que admirar. Ésta es por ahora nuestra tarea. Por eso afirmo que debéis pagar impuestos y servir vosotros mismos de buen grado, no acusar a nadie antes de tener dominada la situación, y entonces, juzgando según las obras mismas, honrando a los dignos de elogio y castigando a los culpables, acabar con vuestras excusas y vuestras negligencias. Porque no es posible el rigor al pedir cuentas de su gestión a los otros si primeramente no hacéis lo que es necesario. Pues, ¿por qué motivo, atenienses, creéis que todos los estrategos que enviáis rehuyen esta guerra e inventan otras particulares, caso de que hayamos de hablar de lo que realmente ocurre y de los estrategos? Pues porque en esta guerra los premios por los cuales se lucha son para vosotros: si se toma Anfípolis, vosotros entraréis allí inmediatamente; para los jefes habrá los peligros, pero no tienen paga alguna. En cambio, en las otras los peligros son menores y los provechos son para los jefes y sus hombres: Lampsaco, Sigeu, los barcos que despojan; naturalmente todos acuden donde está su provecho. Pero vosotros, cuando os dais cuenta de que las cosas van mal, procesáis a los jefes, y los absolvéis cuando en su relatos les oís dar cuenta de sus estrecheces. Y lo que de todo ello queda es que disputáis unos con otros y os dividís, cada uno con una opinión diferente, y la cosa pública marcha que da pena. Porque antes, atenienses, contribuís por simmorias, y ahora hacéis la política por simmorias. Un orador es el jefe de cada una y tras él están el estratego y quienes gritan. Los restantes os agregáis, unos a un partido y otros a otro. Pues bien, es necesario que, abandonando este sistema y volviendo ahora a convertirnos todos en dueños de vosotros mismos, hagáis que la deliberación, la palabra, la acción sea común a todos. Porque si, al igual que en una tiranía, dais a unos el derecho de mandaros mientras otros están sujetos a trierarquias, contribuciones y campañas y otros limítanse a votar acerca de estas cuestiones, sin compartir ninguna carga, nada de lo que debe hacerse se hará a su hora; siempre fallará la parte injustamente trata-

da, y entonces podréis castigarlos a ellos, pero no a vuestros enemigos. Por consiguiente afirmo, en resumen, que tenéis que pagar todos la contribución proporcionalmente, cada cual según su fortuna; que todo el mundo debe ponerse en campaña sucesivamente, hasta que todos hayáis servido; hay que conceder la palabra a todos los que la pidan y escoger la mejor de las opiniones que hayáis escuchado y no lo que diga tal o cual persona. Y si así lo hacéis, no sólo aplaudiréis al orador al final de su discurso, sino que también os loaréis vosotros mismos después, cuando haya mejorado la situación general.»

N O T A S

(1) Primera alusión a la existencia de un partido macedónico en Atenas.

(2) Filipo había puesto en conocimiento de los atenienses, mediante alguno de sus edictos en la Ciudad-Estado, que proponíase humillar a Anfípolis, que luego entregaría a aquéllos. Pero una vez conquistada, retuvo esta última ciudad en su poder.

(3) Corre el año 364. Varias ciudades de Olinto han pasado a poder de los atenienses aliados a Pérdicas III de Macedonia.

(4) Los de Feres.

(5) Guardia personal del Rey de Macedonia, en cuyas filas surgirían la mayor parte de los diádocos.

(6) La Corte del Macedonio era el refugio de los exilados.

(7) Pálida alusión a la guerra del Peloponeso o a la guerra de Corinto o a la reconquista de Cadmea.

TERCERA OLINTÍACA

En el año 349, Demóstenes sube una vez más a la tribuna. Se trata de moderar y reprimir los exagerados entusiasmos y optimismos que los pequeños éxitos conseguidos por la expedición de Cares habían levantado entre los atenienses. Una vez más, Demóstenes será la voz de la razón y del recto juicio. Una vez más será el elemento moderador y el que propone la adopción de medidas prácticas, a fin de lograr una acción más eficiente. Dirigiéndose a quienes quisieran la victoria de Atenas sobre Filipo sin consentir, empero, en la adopción de los medios necesarios para ello, Demóstenes, tan pronto irónico como vehemente, demuestra al pueblo ateniense que ha llegado el momento de actuar con decisión. El orador se lanza francamente al ataque — tal vez por creerse en terreno más firme, ya que los acontecimientos le dan sucesivamente la razón, tal vez porque sobrestima su influencia —; se declara en guerra abierta con Eubulo; y apuesta a una sola carta su posición política, ya que arremete contra una institución muy popular, especialmente entre el pueblo bajo; arremete contra el fondo de espectáculos que Pericles creó, como instrumento de una función pedagógica — téngase en cuenta que los poetas trágicos tenían un gran influjo sobre la muchedumbre —, pero que, administrado por Eubulo, cumplía, en la época de Demóstenes, la misión de mantener distraído, amansando, al pueblo, apartándolo de toda agitación política. Panis et circenses.

El problema presenta los siguientes aspectos: de un lado los ricos, las clases acomodadas quieren la paz; saben que las guerras únicamente las costean los ricos, ex-

tremo éste que Demóstenes, antiguo defensor de dicha clase, conoce perfectamente. Pero Demóstenes sabe también que la paz sería ahora la ruina para Atenas y que la guerra no puede hacerse sin dinero. Puestas así las cosas, piensa que el pueblo debe ser lo suficientemente comprensivo para renunciar a sus diversiones en atención a las necesidades de la Patria, y quiere que se acepte su propuesta, según la cual sugiere un empleo más adecuado del forúo "teórico". Su fin será, pues, inducir a los atenienses a que sacrifiquen el teórico a las necesidades de la guerra (tras esto los atenienses deberán alistarse en las expediciones militares: este otro punto es secundario en el plan oratorio de Demóstenes — aunque no en el plan político — y más bien como medio para obtener el fin principal). Y sin proponer formalmente una ley para la abolición de la inmunidad del teórico, aunque diciendo valerosamente que de ello se trata, propone la creación de un Colegio de nomotetas, encargado, según la constitución ateniense, de abrogar esa inmunidad.

Sin perder un punto de su aticismo y de su pulcritud, y a pesar de un aparente desorden, esta oración es una de las más bellas y más vehementes del orador. Demóstenes ha progresado mucho. Según un comentarista, aparenta descuidar la técnica mientras, en realidad, la potencializa enormemente, y no lo es menos en disimularla, elevándola a la suma eficacia de lo natural: es ya el genio que, a través de la superficie, intuye en lo trascendente de reglas y leyes. En esta Tercera Olintiaca, se ha dicho, Demóstenes se mantiene fundamentalmente en el procedimiento psicológico trifásico de la Primera Filípica y la Primera Olintiaca.

SUMARIO DE LIBANIO. — Los atenienses habían enviado socorros a Olinto y al parecer habían logrado cierto éxito: éstas eran por lo menos las noticias que se tenían. El pueblo, arrebatado, y los oradores solicitan se tome venganza de Filipo. Demóstenes experimenta entonces el temor de que una vez confiados — considerando que han vencido por completo y que ya es bastante el auxilio prestado a Olinto — se desinteresen de lo que aún falta por hacer. Por ello sube a la tribuna, humilla su presunción y los devuelve a una razonable actitud de prudencia, diciéndoles que, en este momento no tiene por qué discutir a propósito del castigo de Filipo, sino a propósito de la salvación de sus propios aliados. Efectivamente, Demóstenes sabe que tanto los atenienses como, sin duda alguna, los otros, ponen cuidado en no perder lo que les pertenece, pero no se preocupan tanto de castigar a sus adversarios. También alude en este discurso, de una manera más clara, a la cuestión del fondo de espectáculos y pide sean derogadas las leyes que establecen penas para quienes propongan la adjudicación del mismo a los gastos de la guerra, a fin de que pueda darse sin temor alguno el consejo más útil. Recomienda finalmente, de una forma general, emular el celo de los antepasados y servir personalmente; y habla del pueblo con gran pesar, a causa de su relajamiento, así como de los demagogos porque no gobiernan rectamente a la República.

«No se me ocurren, atenienses, iguales reflexiones cuando me fijo en nuestra situación real o en los discursos que oigo. Porque veo que los discursos tratan de castigar a Filipo; mas, en realidad, las cosas han llegado a un punto tal que hemos de parar mientes en que no seamos nosotros mismos los primeros castigados. En rigor, quienes usan este lenguaje me parece que cometen el error de presentaros la base sobre la que deliberáis distinta a como es en realidad. Sé perfectamente que en

otro tiempo la ciudad podía a la vez conservar en seguridad lo que era suyo y vengarse de Filipo; porque en mi tiempo, y de ello no hace mucho, estas dos cosas eran así. Mas ahora estoy convencido de que ya es bastante para nosotros, de momento, este primer paso: salvar a nuestros aliados. Una vez asegurado esto, podríamos estudiar a quién castigaremos y de qué manera; pero antes de haber fijado exactamente el principio considero inútil hacer ningún discurso sobre el final.

»Si jamás circunstancia alguna ha hecho necesarios la máxima reflexión y el consejo, es sin duda alguna la presente; pero no considero que lo más difícil sea el aconsejaros sobre la actual situación; lo que me preocupa, ¡oh atenienses!, es saber de qué manera os tendré que hablar. Porque estoy convencido, por lo que he aprendido a fuerza de estar con vosotros y de escucharos, que la mayor parte de las oportunidades se nos han escapado de las manos por no querer hacer lo que era necesario; no por haberlas ignorado. Por eso os pido que, si hablo con franqueza, tengáis paciencia y observéis si digo la verdad, y con este objeto a la vista pueda yo mejorar el porvenir. Fijaos además en que los discursos que algunos os hacían para complaceros, han sido causa de que la situación haya llegado a un punto de absoluta tristeza.

»Considero indispensable, en primer lugar, haceros breve memoria de los acontecimientos. Recordad, atenienses, que hace dos o tres años os llegaron noticias de que Filipo estaba en Tracia asediando a Heronticos. Corría el mes de Memacterión; luego de muchos discursos y escándalos, decretasteis que se armaran cuarenta galeras, que embarcaran en ellas los ciudadanos menores de cuarenta y cinco años, y que fuera pagada una contribución de sesenta talentos. Tras todo esto transcurrió aquel año: hecatombeón, metagitnión y justamente a últimos de este mes, pasados los misterios, hicieron partir a Caridemo con dos naves vacías y cinco talentos de plata. Porque, dado que os habían anunciado la enfermedad o muerte de Filipo — circularon las dos noticias —, considerabais que ya no había motivo para el auxilio y renunciasteis, atenienses, a la expedición. Y precisamente aquél era el momento oportuno, porque

si hubieseis mandado entonces los socorros necesarios, con el mismo entusiasmo con que habíais sido votados, no nos molestaría Filipo ahora que ya está fuera de peligro.

»En fin, lo que entonces se hizo ya no puede cambiarse; pero actualmente se nos presenta la ocasión de una nueva guerra y por ello os he recordado aquellos hechos para que no os ocurra lo mismo. ¿Cómo utilizaremos, atenienses, esta ocasión? Caso de que no mandéis socorros con todos los medios de que disponéis, fijaos en la forma en que habréis dirigido vuestras operaciones a favor de Filipo. Antes existían los olintios, los cuales tenían cierta fuerza (1), y la situación era la siguiente: ni Filipo confiaba en ellos ni ellos en Filipo. Nosotros y ellos firmamos una paz, la cual representaba una gran dificultad para Filipo: una gran ciudad reconciliada con nosotros estaba al acecho de las ocasiones que él pudiera ofrecer. Entonces juzgábamos que esta gente temía que declarase la guerra fuera como fuese: en la actualidad, lo que todos murmuraban ya ha ocurrido, y no es necesario saber de qué modo. Pues bien, ¿qué os toca hacer, atenienses, sino enviarles enérgica y celosamente auxilios? No veo otra solución; porque aparte la deshonra con que nos cubriríamos si flaqueásemos en algo, no veo que sea insignificante la alarma que sembraría, dada la disposición de los tebanos hacia nosotros, la falta de recursos de los focenses y el hecho de que Filipo, al superar las dificultades actuales, no encontrase ningún estorbo para dirigirse hacia aquí. Y realmente, si alguno de vosotros espera esto para hacer lo que sea necesario, muestra que tiene deseos de ver de cerca los terrores de la muerte cuando es posible hablar de ellos como de cosa lejana, y tener que buscar socorros para sí mismo cuando en la actualidad es posible prestarlos a los demás. Todos sabemos perfectamente que las cosas llegarán a este punto si no aprovechamos la actual situación.

»«En efecto» — me diréis —, «es necesario enviar auxilios: todos lo reconocemos, y los enviaremos. Pero, ¿cómo? Dilo.» Así que no os extrañéis, atenienses, si propongo una cosa que la mayoría encontrará paradójica: cread una Comisión legislativa. Pero no sometáis ninguna nueva ley al examen de esa Comisión, porque ya

tenemos bastantes, sino, al contrario, derogad aquellas que de momento os perjudican. Me refiero a las leyes sobre los fondos de espectáculos, así, claramente, y a algunas sobre el servicio militar: de éstas, unas reparten los fondos de la guerra entre quienes se quedan en casa, en concepto de subsidio para los espectáculos, y las otras aseguran impunidad a los refractarios, con lo cual se descorazona a quienes quieren cumplir con su deber. Entonces, cuando las hayáis derogado y abierto seguro camino a los mejores consejos, buscad al hombre que os redacte el decreto que todos sabéis indispensable. Porque antes de haber hecho esto no vale la pena que busquéis quien, para deciros lo que os sería más útil, va a conformarse con ser vuestra víctima, ya que no lo encontraréis; sobre todo cuando lo único que puede esperarse es que quien haya sostenido y redactado esa propuesta sea injustamente maltratado sin que con ello ganase nada la situación, sino que, a partir de aquel momento, aun sería más peligroso que ahora deciros las cosas útiles; y la abolición de estas leyes, atenienses, tenéis que exigirla a los mismos hombres que las han establecido. Porque no sería justo que hubieran sacado partido de una condescendencia que dañaba a toda la República los mismos que entonces las establecieron, y que de vuestro odio a aquello que mejoraría la situación de todos resultara un castigo para los que os dieran el mejor de los consejos. Y antes de arreglar esto, atenienses, de ninguna manera podéis permitir que exista entre vosotros ningún hombre lo bastante fuerte para infringir las leyes sin sufrir el castigo, o lo suficientemente insensato para lanzarse de cabeza a un evidente peligro.

»Después, tampoco debéis ignorar que un decreto nada vale si no se le añade vuestra voluntad decidida de realizar lo que hayáis acordado. Porque si los decretos, por sí solos, fueran capaces de obligaros a hacer lo necesario o ejecutar lo que prescriben, ni vosotros votaríais tantos para hacer tan poca cosa, mejor dicho, nada, ni la insolencia de Filipo habría durado tanto tiempo; porque a fuerza de decretos ya hubiera sufrido mucho antes que ahora su castigo, mas las cosas no ocurren así. En el orden del tiempo la acción viene tras los discursos y las elecciones, pero en el orden de la eficacia

es anterior y más importante. Eso es, pues, lo que todavía nos falta: lo demás ya lo poseemos. Porque para exponer lo conveniente, atenienses, tenéis hombres capaces, y para atender lo que os dicen, vuestro pueblo es más listo que todos los demás pueblos. Y ahora también seréis capaces de ejecutarlo si procedéis rectamente.

»Porque, ¿qué tiempo u ocasión buscáis, atenienses, mejor que la actual? ¿Es que de no ser ahora jamás haréis lo necesario? ¿Es que ese hombre no se ha apoderado de todas nuestras plazas? Y si llega a hacerse dueño de este país, ¿no sufriremos los peores males? ¿O es que los hombres a quienes prometíais salvar rápidamente caso de que entraran en guerra con él, no están en esta situación ahora? ¿No es vuestro enemigo? ¿No usurpa lo que es vuestro? ¿No es bárbaro? ¿No es todo lo que se quiera nombrar? Pero, en nombre de los dioses, cuando se lo hayamos permitido todo, cuando casi hayamos colaborado en sus éxitos, ¿buscaremos entonces quiénes son los culpables de todo? Veo clarísimamente que jamás declararemos que nosotros mismos somos los culpables. Porque, en los peligros de la guerra, ninguno de los que huyen se acusa a sí mismo, sino al estratega, al vecino, a cualquiera. Y con todo, no hay duda de que las batallas se pierden a causa de todos los que huyen. Porque el que acusa a los demás podría mantenerse firme, y si todos lo hubieran hecho así, se habría ganado la batalla. Según eso, ¿no es mejor lo que uno propone actualmente? Pues hacedlo en buena hora. ¿No os gusta? No es culpa del orador, salvo en el caso de que, siendo necesario formular unos votos, no lo haya hecho. Porque formular unos votos, atenienses, es fácil y en pocas palabras puede abarcarse lo que se quiera; pero decirse, cuando se propone el examen de una cuestión práctica, ya no es tan fácil, sino que es necesario preferir lo más ventajoso a lo más agradable si ambas cosas no pueden ser.

»Mas suponed que alguien sabe dejarnos en paz el fondo de los espectáculos y sugerirnos una fuente de ingresos para la guerra. ¿No sería un consejero mejor, dirán? Lo sería evidentemente, lo reconozco, pero a condición de que este «alguien» exista, atenienses. Me sorprendería que haya ocurrido nunca y que ocurra a nin-

gún hombre que habiendo gastado lo que tenía en cosas inútiles encuentre en lo que no tiene recursos para lo necesario. Pienso que para esta clase de propuestas es gran argumento el deseo de cada cual, y por ello lo más fácil es engañarse uno mismo (2); porque lo que se quiere también se piensa, a pesar de que frecuentemente la realidad no se produce de esa manera. Por eso, atenienses, debéis ver las cosas como son y podréis salir a campaña y cobrar vuestra soldada. No es de hombres sensatos y nobles descuidar por falta de recursos algo en las operaciones de guerra y soportar tranquilamente afrentas como ésta; ni tomar las armas para marchar contra Corinto y Megara, y dejar en cambio que Filipo venda como esclavos los habitantes de las ciudades griegas porque no habéis hallado con qué sufragar el sostenimiento de los expedicionarios.

»Y no digo esto para ganarme inútilmente la enemistad de alguno de vosotros, porque no soy ni tan loco ni tan desgraciado que quiera que me odien a no creer que os presto un servicio; pero juzgo propio de un ciudadano justo preferir la salvación de la República a la popularidad de los discursos que pronuncie. Y he oído decir, seguramente igual que todos vosotros, que en tiempo de nuestros antepasados los oradores a quienes actualmente alaban todos los que a aquéllos se refieren, pero sin imitarlos, tenían esta costumbre y esta regla política; así el famoso Aristides y Niceas y mi homónimo (3) y Pericles. Pero desde que los oradores se presentan a vosotros preguntándoos: «¿Qué deseáis?» «¿Qué tengo que proponer?» «¿De qué manera os seré más agradable?», los intereses públicos son sacrificados a la inmediata popularidad, y así pasa lo que ya conocemos y los negocios de esos hombres prosperan y los vuestros dan vergüenza.

»Fijaos bien, atenienses, en lo que podríamos denominar las características esenciales de las acciones de la época de nuestros antepasados y la nuestra. El discurso será breve, y rápidamente lo comprenderéis, porque no tenemos necesidad de tomar ejemplos del extranjero, sino en nuestra casa, atenienses, a fin de poder restablecer nuestra fortuna. Sí, aquellos hombres a quienes los oradores no procuraban complacer ni los estimaban como

los de ahora a vosotros, los griegos los tuvieron por caudillos durante cuarenta y cinco años, acumularon en la Acrópolis más de diez mil talentos y el Rey que entonces dominaba el territorio de Filipo les obedecía, como le corresponde hacer a un bárbaro con los griegos; y por las campañas que personalmente hicieron en tierra y mar erigieron numerosos y bellos trofeos únicos entre los hombres, dejando mediante sus acciones una fama más fuerte que toda envidia. Tales eran sus relaciones con los griegos; y observad cómo se comportaban dentro de Atenas, en la vida pública y en la privada. Por voluntad del pueblo construyéronse edificios de una belleza tal, y un número tan grande de templos, con las ofrendas que los adornan, que a nadie de los que después han venido les ha sido posible superarlos. Y en el orden privado eran tan modestos y tan rectamente servían a la República, que si alguien de entre vosotros conoce la casa de Aristides o de Milcíades o de algún otro hombre ilustre de aquel tiempo, verá cómo no es más suntuosa que la de su vecino. Porque no se ocupaban en la cosa pública con miras a enriquecerse, sino que cada uno juzgaba deber suyo contribuir al engrandecimiento común. Así, pues, como consecuencia de haberse mantenido leales a los intereses de Grecia, piadosos con los dioses, respetuosos a la igualdad dentro de Atenas, alcanzaron como es natural una gran prosperidad. Ésta era, pues, la situación en tiempo de nuestros antepasados cuando tenían por jefes a los hombres de quienes he hablado. Mas actualmente, ¿cómo os va con los honrados ciudadanos que nos gobiernan? ¿Por ventura estáis igual o poco menos? Vosotros que..., pero callaré lo restante, ya que tendría mucho que decir. En fin, hallándome con un campo tan libre como vosotros veis, con los lacedemonios deshechos y los tebanos tan ocupados, y no habiendo ninguno de los demás que nos pueda disputar la primacía; cuando, pues, podríamos poseer en seguridad lo que es nuestro y ser árbitros de los demás, nos hallamos despojados de territorio propio. Hemos gastado en cosas inútiles más de cinco mil talentos; los aliados que habíamos adquirido en la guerra, éstos nos los han hecho perder cuando ha habido paz, y hemos lanzado contra nosotros a un enemigo como Filipo.

De lo contrario, que afirme alguien de dónde ha sacado la fuerza Filipo si no es de nosotros. «Pero, amigo —me diréis—, si la situación exterior es mala, en el interior de la ciudad actualmente va mejor.» Bien, ¿qué podríais citarme? ¿Las paredes encaladas, las reparaciones efectuadas en las calles, las fuentes y otras tonterías? En cambio, volved la mirada a los hombres de esta política: los unos se han hecho ricos, cuando antes eran miserables; los otros célebres, cuando antes eran desconocidos; algunos se han hecho construir sus casas propias en forma más imponente que los edificios públicos, y a medida que ha descendido la fortuna de la República ha aumentado la de esos hombres.

»Ahora bien, ¿cuál es la causa de todo esto? Y, ¿por qué en otro tiempo todo andaba bien y ahora no? Primeramente porque el pueblo, al gozar sirviendo personalmente en el ejército, era señor de los políticos y disponía de todas las ventajas y cada uno estaba contento de recibir del pueblo participación en algún honor, o algún mando o algún beneficio. En cambio, actualmente los políticos disponen de todas las ventajas y todo se hace por medio de ellos, mientras vosotros, el pueblo, nervioso y despojado de vuestros bienes, de vuestros aliados, reducidos al papel de servidores y ciudadanos supernumerarios, os consideráis felices si ellos os reparten el fondo de los espectáculos u organizan procesiones durante las beodromias (4); y lo más molesto de todo es que aun les debéis agradecimiento de aquello que es vuestro. Y ellos, una vez os han encerrado dentro de esta villa, os llevan a esa cacería y os domestican hasta que os mantienen obedientes. Pues bien, no creo que sea posible tener sentimientos elevados y generosos si las cosas que os hacen son pequeñas y raquíticas; porque, visto cómo es la conducta de los hombres, igual tienen que ser necesariamente sus sentimientos. Pero, ¡por Deméter!, no me extrañaría que el haberos hablado así me costase de parte vuestra más caro que a ellos el daño que os han hecho. Porque no siempre toleráis la franqueza en todas las cuestiones; por el contrario, me extraña que hoy la hayáis consentido.

»Con todo, si al menos de ahora en adelante os librárais de esos hábitos y quisieseis servir en campaña y

obrar de una manera digna de vosotros mismos, y todo lo que aquí os sobra lo dedicaseis a las necesidades exteriores, quizá, atenienses, obtendríais un provecho definitivo y considerable y os libraríais de esos repartimientos que son como los alimentos que los médicos dejan que tomen los enfermos: que ni dan fuerza ni dejan morir. Asimismo estas sumas que os repartís, ni son suficientes para resultaros útiles ni bastante pequeñas para renunciar a ellas y hacer otra cosa; y esto es lo que fomenta la pereza en cada uno de vosotros. «Bien — me diréis —, ¿eso que propones es una paga militar?» Es más, atenienses: propongo que rápidamente se forme una organización única para todos a fin de que cada uno, cobrando su parte del fondo común, esté presto para cuando la República lo llame. ¿Que es posible mantenerse en paz? Entonces estaréis mejor en casa, libres de tener que hacer, a causa de la miseria, cualquier cosa humillante. ¿Sobreviene una situación como la presente? Todo el mundo será soldado en persona, como es justo que por la Patria se electúe, y cobrará de esos mismos fondos. ¿Alguno de vosotros pasa de la edad militar? Pues esto que cobra irregularmente ahora, sin prestar ningún servicio, que lo cobre en virtud de una función proporcional, como inspector o administrador de lo que haya que hacerse. Simplemente sin sacar o añadir más que poca cosa, suprimo la desorganización y dirijo la República hacia un orden, estableciendo una organización única para obrar, para servir, para juzgar, para hacer todo aquello que cada uno pueda, según su edad y las exigencias del momento. De ningún modo os he dicho que los que no hacen nada deben percibir el mismo salario, ni que tengamos que permanecer inactivos perdiendo el tiempo, vacilando, enterándonos de que los mercenarios de un tal o un cual han conseguido una victoria; porque esto es lo que ahora ocurre.

»Y no es que yo ataque al que haga por vosotros algo de lo conveniente: solicito que seáis vosotros mismos en persona quienes hagáis en interés propio las cosas por las cuales honráis a los demás, y no cedáis, atenienses, los puestos de honor que os han legado vuestros antepasados y que conquistaron con tantos y tan gloriosos peligros.

»He dicho más o menos lo que creo útil. Sacad de ello el partido que tenga que serlo más a la República y a todos vosotros.»

N O T A S

(1) Confederación formada con casi todas las ciudades griegas de la costa norte del mar Egeo.

(2) Para que no parezca que se pone al lado de los oligarcas, se ve inducido a demostrar que no hay forma de allegar otros recursos que los pertenecientes al fondo de espectáculos.

(3) Refiérese a Demóstenes, hijo de Alcistenes, vencedor de los lacedemonios en Esfacteria, en el año 425, vencido y muerto a manos de los siracusanos en el año 413.

(4) Solemnidad que tenía efecto a últimos de septiembre, rememorando la victoria de Teseo sobre las Amazonas.

SOBRE LA PAZ

La motivación del discurso de Demóstenes Sobre la Paz hállase en un conjunto de hechos de gran complejidad, los cuales han sido considerados por los comentaristas como uno de los episodios preliminares de la gran ofensiva de Filipo contra Grecia, y en particular contra Atenas. Atenas era el único Estado griego, tras el debilitamiento de Tebas con la muerte de Epaminondas en Mantinea, que aún podía oponerse a los propósitos de Filipo.

La guerra sagrada entre los focenses, a quienes ayudaban Atenas, Esparta y la Liga Peloponesca, y sus enemigos de siempre los tebanos, dió ocasión magnífica a Filipo para intervenir en los asuntos de Grecia. Alióse con Tebas, amenazada, tras una primera victoria, por Onimarco. Atenas, minada por las disensiones interiores, hacía frente a Tebas por un lado y por otro a Filipo, el rey tracio Cersobleptes, la reina Artemisa de Caria, así como Bizancio. Tebas le atacaba directamente y los demás ponían en peligro a sus aliados y colonias. Filipo venció a los focenses, tomó Abdera y Metone, atacó a Olinto, que había firmado la paz con Atenas; conquistó Olinto a pesar de los auxilios atenienses, castigando duramente a los olintios; orilló el peligro de un levantamiento general de los Estados griegos en contra suya, y finalmente logró poner a Atenas en la necesidad de pactar con él haciendo que fueran reconocidas sus últimas conquistas — entre las cuales contaba la sumisión de Cersobleptes — y que, con menosprecio de sus antiguos aliados focenses, Atenas entrara en alianza con él. Esquines y Filócrates, partidarios de Filipo, así como

Demóstenes, recibieron el encargo de concluir este acuerdo con el macedonio (año 346).

Poco tiempo después, Filipo ocupó en la Anfíctionía delfica los lugares correspondientes a los focenses; hizose nombrar presidente, y obtuvo que fuera ordenada la destrucción de las ciudades focenses. Si bien Atenas acogió gustosa a los refugiados focenses, no hizo protesta alguna por la actitud de Filipo en la Anfíctionía. Pero una vez presididos los Juegos Píticos, Filipo conminó a los atenienses para que le reconocieran como Anfíctión, y entonces estalló la indignación clamorosa del pueblo griego.

Poco tiempo antes, tal vez en la reunión de la Asamblea anterior a este último hecho, Demóstenes pronuncia la oración: Por la Paz. Recomienda en ella que, de acuerdo con el reciente tratado con Filipo, se acceda a su petición y sea reconocido como válido el lugar que ocupa aquél en la Anfíctionía. Argumenta diciendo que los peligros a que puede verse abocada Atenas caso de no acceder, son demasiado graves para hacer cosa en contrario.

Es interesante señalar que Demóstenes pronuncia este discurso en un momento de indignación popular contra Filipo. Superficialmente pudo parecer que abogaba por la causa de Filipo, quien se había distinguido siempre por su carácter antimacedónico. Por ello, al exponer su opinión, que cree la única viable en aquellos momentos, no solamente la defiende como en él es habitual, sino que también se justifica y quiere dejar sentado que su actitud no se debe a un cambio de sentimientos ni a repudio de una doctrina contraria a la que las circunstancias obligaban a adoptar. Los acontecimientos posteriores nos dirán que Demóstenes jamás ha renegado de su doctrina antimacedónica. Demóstenes sabía certeramente que, en tales momentos, el más pequeño gesto inamistoso contra Filipo desencadenaría sobre suelo ático una guerra panhelénica. Tiene que morderse, pues, los puños, según la expresión popular, y recomendar a su pueblo, perdida la influencia de Eubulo y odiado Esquines por su devoción a Filipo, lo que hoy podríamos denominar criterio "actualista" o "posibilista", el criterio del "mal menor", a fin de evitar un daño proba-

ble. Entre líneas puede observarse también en ese discurso una exhortación a un cambio de actitud respecto de Tebas, posible aliado de Atenas el día que la paz firmada sea rota. Cosa que él cree no muy lejana.

Esta vez la oración de Demóstenes sirvió para algo. Fué eficaz. La Asamblea reconoció la legalidad de la posición que Filipo detentaba en la Anfíctionia; este reconocimiento equivalió a reconocer su hegemonía en toda la Grecia central y septentrional.

SUMARIO DE LIBANIO. — Dado que la guerra con motivo de Anfipolis curaba ya mucho, lo mismo Filipo que los atenienses empezaron a desear la paz; los atenienses porque la guerra les iba mal, y Filipo porque deseaba cumplir las promesas que había hecho a tesalios y tebanos. Había prometido a estos últimos entregarles Orcomenes y Quero-nea, ciudades beocias; y a unos y a otros, acabar la guerra de Fócida. Érale esto imposible en tanto los atenienses estuvieran en guerra con él; en efecto, cuando en otro tiempo había deseado invadir la Fócida, los atenienses, cruzando con su flota hacia el lugar llamado Pilas (Puertas) y por algunos Termópilas, le cerraron el paso. Mas una vez conseguida la paz con los atenienses, nadie le impediría cruzar las Pilas, y arruinar al pueblo focense y hacerse ceder por los demás griegos un lugar entre los anficciones y sus votos en el Consejo. Mandó entonces embajadores a los atenienses pidiéndoles asimismo consistieran en hacer la paz. Demóstenes les aconseja que se avengan a ella, no porque lo considerara lícito ni insinuara que fuera justo que el macedonio forme parte de un Consejo helénico, sino poniendo de relieve su temor de que los atenienses se vean obligados a una guerra contra todos los griegos.

Alega, en efecto, que unos por una razón y otros por otra, todos están disgustados con el pueblo ateniense y lucharán juntos contra éste. «Les daremos — dice — esta causa común contra nosotros; ser los únicos que nos oponemos a los decretos de los anficciones; de manera que es mejor mantener la paz, sobre todo cuando Filipo ha pasado las Termópilas y puede dirigirse contra Atica, que no por cosa tan pequeña exponernos a grandes peligros.»

Creo que este discurso fué preparado, mas no pronunciado, porque el orador, cuando acusa a Esquines, afirma, entre otras cosas, que éste aconsejó votar la aceptación de Filipo como anficción cuando nadie más osaba hacer esta propuesta, ni Filócrates, el más ruin de todos. Si lo hubiera asimismo aconsejado, no hubiese podido echárselo en cara a Esquines; queda claro que temía la sospecha de filipismo y de que había manifestado esta opinión porque había recibido dinero del Rey; y en este mismo discurso se observa cómo hace frente a una sospecha de tal clase y se presenta como incorruptible y leal a la ciudad.

«Veo, atenienses, muy difícil y turbadora la actual situación, no sólo a causa de todo lo que hemos abandonado y porque de nada nos serviría hacer grandes discursos sobre ello, sino porque incluso respecto de lo que nos queda no hay un solo punto sobre el cual todo el mundo esté de acuerdo, ya que, por el contrario, a unos les parece conveniente una cosa y a otros otra. Y por si deliberar no fuera ya por sí mismo una ardua tarea, vosotros, atenienses, lo hacéis aún más difícil: porque los demás hombres suelen deliberar antes de acaecer los hechos, pero vosotros lo hacéis después. De lo cual resulta, por la experiencia que tengo, que tiene éxito quien censura los errores que habéis cometido y os parece que habla bien, mas se os escapan los hechos y el objeto de vuestra deliberación.

»De todas maneras, aunque así sea, creo — y me he levantado porque estoy seguro de ello — que, si queréis dejaros de gritos y de discusiones, cual corresponde a hombres que están deliberando sobre el bien de la República y en cuestiones de tanta gravedad, os podré decir y aconsejar medidas que podrán mejorar vuestra actual situación y salvar lo que ha sido abandonado.

»Y a pesar de que sé muy bien, atenienses, que repetir lo que uno mismo ha dicho y hablar de sí mismo siempre obtiene éxito ante vosotros, lo hallo de tan mal gusto y tan fastidioso que al verme obligado a ello incluso vacilo; pero considero que vosotros podréis juzgar mejor lo que ahora os diré si recordáis un poco las cosas que os he dicho en anteriores ocasiones.

»Así, pues, atenienses, para empezar, cuando algunos, en ocasión de los disturbios de Eubea, os persuadieron para que ayudarais a Plutarco y emprendieseis una guerra costosa y sin gloria, yo fuí el primero y el único que vine para oponerme y por poco fuí despedazado por aquellos que, por una miserable ganancia, os habían inducido a cometer tan graves errores. Poco tiempo después, tras haber tenido que pasar por la afrenta y de haber sufrido tratos como jamás hombre viviente los ha sufrido de aquellos a quienes había prestado ayuda, todos vosotros reconocíais la maldad de aquellos que

os habían dado aquel consejo y que quien había hablado mejor era yo.

»En otra ocasión, atenienses, al notar que el actor Neoptolemo, abusando de la seguridad que le daba su profesión, causaba los peores daños a la República, interpretando y dirigiendo en favor de Filipo vuestras decisiones, subí a la tribuna y os lo dije — y no por motivos de enemistad personal o espíritu delator, como lo demuestran los hechos que siguieron a ellos —. Y en este caso ya no culparé a los defensores de Neoptolomo, ya que no tuvo ni uno, sino a vosotros mismos.

»Porque si hubierais estado contemplando tragedias en el teatro de Dionisos en lugar de tratar de la salvación y de los intereses comunes, no le hubieseis escuchado con mayor complacencia ni a mí con más hostilidad.

»Y ahora todos os habéis dado cuenta, creo, que el viaje que entonces hizo a un país enemigo fué para cobrar dinero que le debían, decía, y traerlo aquí y gastarlo en liturgias, y después de repetir frecuentemente que era cosa extraordinaria que se acusase a los que sacaban sus bienes de Macedonia para traerlos aquí, una vez la paz le ofreció ocasión segura para realizarlo, liquidó las propiedades que aquí había adquirido y se marchó con todo su dinero hacia Filipo. He aquí dos sucesos entre los que os he predicho, que atestiguáis en favor de mis palabras de entonces, a que las cosas fueron anunciadas exacta y lealmente como eran.

»El tercer caso, atenienses, y el único que primero citaré antes de hablar de lo que me ha hecho subir a la tribuna, ocurrió cuando regresaron los embajadores (1), recibidos los juramentos relativos a la paz, y algunos os prometían que Tespis y Platea serían restauradas y que Filipo, así que se sintiera el dueño, salvaría a los focenses, desmembraría Tebas y Oropos sería vuestra, y que os daría Eubea en compensación de Anfípolis, y otras esperanzas y engaños parecidos con los cuales fuisteis inducidos a abandonar a los focenses, sin parar mientes en la conveniencia y el honor. Ahora bien, es evidente que yo no os engañé en nada de esto ni me mantuve en silencio, sino que os advertí — ya sé que os acordáis de ello — que ni nada sabía ni nada

esperaba, y que mi opinión era que quienes tales cosas decían hablaban por hablar.

»Pues bien, si en todos estos casos me he mostrado más previsora que los demás, no lo atribuiré a ningún talento extraordinario ni a nada que me pueda envanecer; no pretenderé que mi discernimiento y mis presentimientos sean debidos a otras causas que las dos que diré: la una, atenienses, es la buena suerte, cosa que, ya lo noto, vale más que todo el talento y todo el saber del mundo; y la otra es que mis opiniones sobre las cosas y mis cálculos son de balde y que nadie podría señalar que yo haya logrado una ganancia mediante un acto político o una palabra mía. Por esto contemplo rectamente lo que es en interés vuestro, según se desprende de las circunstancias en que os encontráis. Pero cuando, como en una balanza, se pone dinero al lado de uno de los partidos a tomar, aquéllos se lo llevan todo consigo inclinando hacia ellos el juicio, quienes lo hayan aceptado ya no pueden pensar recta ni sanamente sobre cosa alguna.

»Afirmo, pues, que es necesario observar una condición primordial: que lo mismo si se trata de alianza que de una contribución, o de cualquier preparativo para la República, sea conseguido el propósito sin romper la paz existente. No para que esta paz sea admirable y digna de vosotros, sino porque, tal como es en las circunstancias presentes, más valdría que no se hubiera efectuado que, una vez realizada, se rompiera hoy por causa nuestra. Porque hemos sacrificado muchas ventajas que nos hubiesen permitido, cuando las poseíamos, hacer la guerra con menos riesgo y más fácilmente que ahora. En segundo lugar, atenienses, es necesario que no demos a éstos ahora reunidos, y que se llaman anfíctiones, ni la necesidad ni el pretexto de declararnos la guerra conjuntamente. Porque caso de que tuviéramos una nueva guerra con Filipo a propósito de Anfípolis o por otro agravio particular, en la que no participasen ni los tesalios ni los argios ni los tebanos, no creo que ninguno de éstos nos hiciera la guerra y menos que nadie los tebanos — y no alborotéis antes de escucharme —, no a causa de que estén bien dispuestos hacia nosotros, ni porque no deseen complacer a Filipo, sino porque saben

muy bien, por muy obtusos que se diga que son, que si sostienen una guerra con nosotros, será para ellos todo el daño, mientras que habrá otro que estará sentado y presto a recoger todas las ventajas.

»Por lo tanto, no se aventurarían si la guerra, por su origen y como causa, no tuviese un carácter común. Y tampoco creo que ocurriera nada caso de que entráramos en guerra con los tebanos por Oropos o por otro motivo particular nuestro; porque me parece que quienes nos ayudarían en caso de invasión de nuestros respectivos territorios no se unirían con ninguno de los dos para una guerra ofensiva. En efecto, éste es el carácter de las alianzas, al menos de las que se puede hacer caso, y la cosa es así por su propia naturaleza. Y la buena voluntad que cada uno muestra hacia nosotros o hacia los tebanos no es la misma según se trate de la seguridad o de imponernos a otros, sino que la seguridad la querrían todos, en interés propio, mientras que nadie iba a querer una victoria que convirtiera a unos o a otros en sus dueños.

»¿Qué es, pues, aquello que considero temible y de que afirmo nos hemos de guardar? Que la guerra próxima se funde en un pretexto común y en un agravio de todos. Porque si los argios, los mesenios, los megalopolitas y algunos pelopenenses que piensen como ellos, tienen que sernos hostiles a causa de nuestras negociaciones con los lacedemonios y porque les parece que nosotros aprobamos poco o mucho su actitud; y como los tebanos dicen que ya son enemigos nuestros y lo serán todavía más, dado que acogemos a los exilados de allí y porque les mostramos de todos modos nuestra mala voluntad, y los tesalios porque acogemos a los focenses fugitivos, y Filipo porque nos oponemos a que sea miembro de la Anficiónía, temo que todos juntos, irritados cada uno por un motivo particular, emprendan una guerra de coalición contra nosotros cubriéndose con el decreto de los anficionios y luego cada uno de ellos se vea arrastrado a hacer la guerra más allá de sus propios intereses, como ha ocurrido con la cuestión de los focenses.

»En efecto, sabéis de sobra que actualmente los tebanos, Filipo y los tesalios no han actuado conjunta-

mente porque todos no hubieran tenido iguales propósitos. Los tebados, por ejemplo, ¿no podían impedir avanzar a Filipo, apoderarse de los pasos y a pesar de haber llegado los últimos, llevarse la gloria conseguida con sus esfuerzos? Verdad es que ahora los tebanos, por el hecho de haber recobrado el territorio, han ganado alguna cosa; pero a expensas del honor y de la reputación; porque si Filipo no hubiera pasado no habrían obtenido nada. Mas no era esto lo que querían, ya que, como deseaban apoderarse de Orcomenes y Queronea y no podían, han tenido que soportarlo todo. Claro es que algunos osan decir ahora que Filipo no quería devolver Orcomenes y Queronea a los tebanos, sino que se ha visto obligado a ello; pero yo les digo a éstos que se conserven bien, porque sé que a Filipo no le interesaban tanto aquellas ciudades como apoderarse de los pasos y recoger la gloria de aquella guerra, es decir, que fuera él quien la hubiera decidido y que hiciese celebrar por su cuenta los Juegos Píticos; he aquí su máximo anhelo. En cuanto a los tesalios, dos cosas hay que no deseaban: el engrandecimiento de Tebas, porque consideraban que todo ello redundaría en contra de ellos; pero ambicionaban ser los jefes del Consejo anfictiónico y de Delfos — doble objeto de su ambición —, y movidos por estos deseos, cooperaron en aquellos resultados; observáis así que, por razones particulares, cada uno es inducido a hacer muchas cosas que no deseaba (2). Ahora bien, nos es necesario guardarnos precisamente de esta clase de peligros.

»«¿Es que por miedo a esto tenemos que hacer cuanto nos manden? ¿Y eres tú quien nos invitas a ello?» — me diréis —. Lejos de tal cosa: ni tenemos que hacer nada indigno de nosotros ni tiene que haber guerra; únicamente debemos hacer notar a todo el mundo nuestro sentido común y la rectitud de cuanto decimos: he aquí lo que creo debe hacerse. Y a quienes opinan que es necesario que os expongáis valientemente a lo que sea, sin prever la guerra, les pido que reflexionen sobre esto. Dejemos que los tebanos posean Oropos; y si alguien nos invitara a decir con seguridad su motivo, responderíamos que a fin de evitar la guerra. Y a Filipo, de acuerdo con el tratado, le hemos cedido ahora Anfipolis y per-

mitimos que los cardianos se organicen aparte de las demás colonias del Quersoneso y que los carios ocupen las islas — Quío, Cos y Rodas —, y que los bizantinos detengan a los buques mercantes; evidentemente todo ello es así porque consideramos que la tranquilidad de la paz reporta más ventajas que entrar en conflictos y disputas por esos motivos. Ahora bien, entonces, ¿no sería necio y absolutamente funesto, luego de habernos comportado de esta manera con cada uno de ellos separadamente, a propósito de lo que es nuestro y más necesario, que emprendiésemos actualmente una guerra contra todos por la sombra de una ventaja en Delfos?»

N O T A S

(1) Alusión a la reciente embajada de Demóstenes al Peloponeso.

(2) Los escoliastas suponen que Demóstenes debía de leer en este punto una respuesta escrita, pero ésta no aparece en los manuscritos ni hay ninguna alusión a ella.

SEGUNDA FILÍPICA

Por Dionisio de Halicarnaso conocemos que la Segunda Filípica fué pronunciada bajo el arcontado de Licisco, o sea en los años 344-343. Si bien la espantosa lección que Filipo ha infligido a Olinto hace estallar en la democrática Atenas una sorpresa y una indignación vivísimas, a la vez que da ocasión a una aparatosa campaña antimacedónica y contra Filipo, campaña que desde Atenas irradia a toda la Hélade (pero en la cual no quiere intervenir Demóstenes), todo esto no son más que fuegos fatuos, de artificio, hojarasca que la gran diplomacia y el oro de Filipo saben hacer callar pronto. Por el contrario, Olinto se torna en punto de partida desde el cual se establece una paz entre Filipo y Atenas; sin embargo, como se ve en los diversos discursos demostinos, esta paz aprovecha únicamente a Filipo, el cual logra aumentar a costa de Atenas sus conquistas en Tracia, franquea las Termópilas y destruye a los focenses. Filipo no ataca directamente a Atenas, porque estima convenirle mejor una política de intriga a un ataque abierto y militar. Arbitro de los Estados helénicos, enzarza a éstos en una serie de intrigas y confabulaciones, a fin de minar su ya vacilante poderío. Prosigue sus conquistas en Tesalia, a la que dominará totalmente, e intenta influir en el Sur, en el Peloponeso, presentándose como protector de Elis, Mesena y Argos contra los espartanos. Alarmado, Demóstenes promueve embajadas al Peloponeso, de una de las cuales formará parte sin gran éxito. Por su parte, Filipo envía una embajada a Atenas a fin de adormecer los espíritus, o en su caso asustar, halagar y justificarse. Juntamente con Hegesipo,

Demóstenes responde con la Segunda Filípica, en la que truena contra los traidores que él reputa vendidos a Filipo, y señala como tales a Filócrates y Esquines, en las negociaciones de 346. Más tarde, a causa de los dos procesos entablados por Demóstenes, Filócrates resultará condenado a muerte, pena de la que escapa únicamente por haber huído, en tanto que Esquines se libra por milagro gracias a su habilidosisima e intrigante elocuencia.

El discurso se inicia aludiendo a las intervenciones de otros oradores y subraya que a pesar de que todo el mundo está de acuerdo en que Filipo es quien primero ha roto los pactos, nadie decidese a aconsejar una línea de actuación futura.

De todos modos, Filipo sigue siendo un grave peligro para Grecia: su política, tras la paz y una vez conseguidas las Termópilas y Fócida, ha favorecido a Tebas, ya que veía mayores posibilidades en ella que en Atenas para conseguir reducir a la servidumbre a los pueblos de Grecia. Por iguales razones, visto su deseo de intervenir en el Peloponeso, halaga a los mesenios y argios, a fin de que le apoyen en sus pretensiones y abandonen la causa de los pueblos griegos, como ya hicieron en otras ocasiones, anteponiendo sus viles intereses particulares a los de la Confederación helénica.

El orador saca la consecuencia de que, en último término, todos los actos de Filipo se dirigen contra Atenas. Afirma la falsedad de las declaraciones de sus valedores, quienes dicen que Filipo pondrá término al orgullo tebano, restablecerá la Fócida, y demuestra que si ayuda a los mesenios y argios contra Esparta lo hace con el fin oculto de utilizarlos después para sus concretas ambiciones personales.

Después de extenderse en consideraciones sobre lo que deberían realizar los mesenios y argios y proponer la respuesta que hay que dar (respuesta que por otra parte no figura en los manuscritos), Demóstenes alude a los políticos y defensores de los intereses de Filipo. Hace hincapié en lo vanas que fueron las promesas que tales oradores hicieron al pueblo a propósito de Filipo. Pone de relieve que sin su concurso, Filipo no hubiese podido atacar en manera alguna a Atenas por mar, ni tampoco cruzar las Termópilas.

En todo el discurso alude, indirecta o directamente, a Esquines y a Filócrates como políticos vendidos al oro macedónico y de quienes sospecha ya la traición con motivo de la embajada que negoció la paz. Por esta razón había intentado ya en contra suya una acción por traición, acción que no prosperó porque el otro firmante de la acusación — Timarco — fué a su vez acusado de tener malas costumbres. De todas maneras, el presente discurso es posterior a ese proceso, que tuvo una continuación un año más tarde con el discurso Sobre las prevaricaciones de la Embajada, viéndose entonces definitivamente ante los tribunales la causa intentada por Demóstenes contra Esquines y Filócrates.

Ignoramos los resultados conseguidos por el orador al pronunciar la Segunda Filípica. No obstante, parece ser que Filipo no llevó adelante sus propósitos en el Peloponeso.

SUMARIO DE LIBANIO. — Con este discurso el orador aconseja a los atenienses que observen la oculta hostilidad de Filipo y no confíen demasiado en la paz, antes al contrario, se mantengan en vigilancia y tengan cuenta de lo que ocurre y se preparen para la guerra, ya que acusa a Filipo de maquinaciones contra los atenienses y en contra de todos los griegos, y afirma que sus propios actos atestiguan en contra suya. Promete también dar respuesta a unos embajadores recién llegados, y a los cuales no saben qué contestar los atenienses. No queda manifiesto en el discurso de dónde provienen estos embajadores y cuál sea el objeto de su misión, pero es posible conocerlo por las *Historias Filipicas*. En efecto, por este tiempo, Filipo mandó embajadores a los atenienses a fin de quejarse de que le calumniaban delante de los demás griegos, acusándolo de haberles hecho promesas muy hermosas y haberlos engañado. Filipo decía que nada había prometido, que no había mentido, y pedía pruebas de lo contrario. Al mismo tiempo que Filipo, también los argios y los mesenios enviaron embajadas a Atenas; a su vez reprochaban al pueblo su benevolencia y complicidad con los lacedemonios, que reducían a esclavitud el Peloponeso, mientras se oponían a ellos, que combatían por la libertad.

Así pues, los atenienses no saben qué respuesta dar ni a Filipo ni a las ciudades; a las ciudades porque son amigos de los lacedemonios y la alianza de los argios y de los mesenios con Filipo es odiosa para ellos y sospechosa, aun cuando no puedan declarar que lo que los lacedemonios hacen sea justo; y a Filipo porque han sido decepcionados en sus esperanzas, pero no, según parece, engañados personalmente por él; ya que Filipo no se había comprometido a nada, ni en sus cartas ni por boca de sus embajadores; antes al contrario, eran ellos quienes habían llevado al pueblo la esperanza de que Filipo salvaría a los focenses y acabaría con el orgullo de los tebanos. Por ello Demóstenes, al mencionar las respuestas que hay que dar, promete que las dará; pero declara que lo justo sería que se encargaran de ellas los mismos que crearon las dificultades, o sea quienes han engañado al pueblo, afirma, y han abierto las Termópilas a Filipo. Alude con esto a Esquines,

preparando, dice, la acusación que intentó más tarde contra él a propósito de las prevariaciones de la embajada e intentando desprestigiarlo a los ojos de los atenienses.

«Observo, ¡oh atenienses!, que cuando se habla de la actuación de Filipo y de las violencias que contra la paz comete, los discursos pronunciados a vuestro favor os parecen siempre justos y humanos y halláis que todos cuantos acusan a Filipo dicen lo que es necesario; pero jamás, por así decirlo, se hace nada de lo conveniente ni aquello por lo cual merecería la pena escuchar tales discursos. Por el contrario, la situación general de la ciudad ha llegado ya a un punto tal que, cuanto más y más claramente se demuestra que Filipo comete transgresiones contra la paz que concluyó con vosotros y maquina proyectos contra todos los griegos, más difícil es indicaros lo que conviene efectuar. La causa de esto consiste en que cuando todos, ¡oh atenienses!, tendríamos que detener de obra y con actos, y no con meras palabras, los esfuerzos de los ambiciosos, nosotros en primer lugar, quienes venimos a hablar aquí, rehuímos proponerlos y aconsejarlos nada, por miedo a vuestra hostilidad; eso sí, hablamos de las cosas que realiza y cuán espantosas y punibles son; y vosotros los que estáis sentados escuchando para decir lo que sea justo y apreciarlo cuando otro lo dice, estáis mejor preparados que Filipo, aunque no tengáis ni pizca de energía para impedirle hacer lo que actualmente tiene entre manos. Pienso que el resultado es inevitable y lógico tal vez; cada una de las dos partes sobresale en aquello que constituye su ocupación y se toma a pechos: él en la acción y vosotros en los discursos. Si hoy, pues, es también suficiente para vosotros que se hable con mayor razón, la cosa es fácil y hacerlo no causa ninguna molestia; pero si es necesario examinar cómo se levantará la situación actual y cómo se evitará que continúe agravándose todo a espaldas nuestras hasta que se constituya una fuerza tan grande que no nos sea posible oponernos a ella, no es válido el método de deliberación utilizado hasta el presente por nosotros, sino que todos, oradores y oyentes, hemos de buscar lo útil y saludable en vez de lo fácil y más agradable.

»En primer lugar, ¡oh atenienses!, he de admirarme que alguien se tranquilice contemplando cuán poderoso es ya Filipo y de cuántas cosas es dueño y no crea que esto representa un peligro para la ciudad, y que todo junto sean preparativos contra nosotros, y a todos quiero suplicar indistintamente que escuchéis la exposición que en pocas palabras os haré de las razones que me hacen prever todo lo contrario y considerar a Filipo como un enemigo, a fin de que, caso de que halléis mejores mis previsiones, hagáis caso de mí; pero si preferís a quienes se mantienen tranquilos y en él confían, a ellos sigáis.

»Mi razonamiento, ¡oh atenienses!, es el siguiente: ¿con qué ha empezado Filipo a hacerse dueño, una vez concluída la paz? Con las Termópilas y la política en Fócida. ¿Por qué? ¿Qué uso ha hecho de ello? Ha elegido servir a los intereses de los tebanos y no a los de los atenienses. Pero, ¿por qué? Porque dirigiendo sus cálculos a su engrandecimiento y a subyugarlo todo y no hacia la paz ni la tranquilidad ni nada que sea justo, creo que ha visto muy bien que a nuestra ciudad y a un pueblo como el vuestro nada podía prometer ni hacer que le indujera a abandonar por vuestra ventaja personal ninguno de los demás países griegos, sino que, al contrario, teniendo en cuenta lo que es justo, huyendo de la infamia que representa una política semejante y previniendo todo lo que sea necesario, caso de que emprendiera algo parecido, os opondrías a él en forma tan enérgica como si con él estuvierais en guerra. En cambio pensaba — y así ha ocurrido — que los tebanos, a trueque de ciertas ventajas, le dejarían hacer cuanto quisiera en todo lo demás, y no sólo no intentarían nada en contra suya ni le detendrían, sino que harían la campaña junto a él si así se lo mandaba. Y actualmente favorece a los mesenios y a los argios por las mismas razones. Lo cual es el elogio más grande para vosotros, ¡oh atenienses!

»En efecto, esta su manera de obrar equivale a juzgaros como los únicos que entre todos sois incapaces de sacrificar los derechos comunes de Grecia para vuestro beneficio personal, ni cambiar por ningún favor ni interés vuestra lealtad hacia los griegos; y tiene razón al

suponer esto de vosotros, cosa muy contraria a lo que supone de los argios y de los tebanos: no sólo tiene en cuenta el presente, sino también el pasado. Y se da cuenta y oye decir que cuando a vuestros antepasados les era posible señorear sobre los demás griegos a condición de que aquéllos obedecieran al Rey, no sólo no aceptaron esta propuesta cuando Alejandro, el antepasado de Filipo, llegó en su calidad de heraldo a proponérselo, sino que prefirieron abandonar su país y afrontar toda clase de sufrimientos; y luego de esto realizaron tales hazañas que todo el mundo siente deseo de contarlas, pero nadie ha podido celebrarlas dignamente; y por esto también yo haré bien en dejar este asunto, porque las acciones de ellos son demasiado grandes para que nadie las iguale con palabras; en cambio, los antepasados de los tebanos y de los argios combatieron unos al lado de los bárbaros y los otros no se resistieron a Filipo, como éste sabe muy bien. Por tanto no ignora que estos dos pueblos acogerían con gusto cuanto les fuera particularmente ventajoso, sin parar mientes en los intereses comunes a los demás griegos. Por ello suponía que si os tomaba a vosotros, obtendría unos amigos para las causas justas, en tanto que si se unía con ellos lograría unos auxiliares para su ambición. He aquí por qué entonces y ahora los ha preferido a vosotros; y no porque los vea más provistos de galeras que vosotros, ni porque le haya impulsado a renunciar al mar y a los puertos comerciales, ni porque se acuerde de las palabras ni de las promesas mediante las cuales obtuvo la paz.

»Mas, ¡por Zeus!, tal vez alguien dirá, con aires de saberlo todo, que no es por ambición ni por ninguno de los motivos que le imputo que Filipo haya obrado de esta forma, sino porque se da cuenta de que los tebanos tienen más razón que vosotros. He aquí precisamente el único argumento que hoy no puede alegar Filipo; porque el hombre que ordena a los lacedemonios que renuncien a Mesena, ¿cómo podría, luego de haber entregado a Orcomenes y Queronea a los tebanos, argumentar que lo ha efectuado porque lo consideraba justo?

»«Pero se ha visto forzado por Zeus a ello» — me dirán como defensa última — «y a disgusto suyo, cogi-

do entre la caballería tesalia y la infantería tebana, ha tenido que hacer esas concesiones.» Muy bien: por esto dicen que actualmente desconfía de los tebanos y hay personas que hacen correr que va a fortificar Eratea. Yo opino que sí, que tiene esta intención y que la seguirá manteniendo; pero, en cambio, cuando se trata de unirse con los mesenios y los argios contra los lacedemonios, no tiene ninguna intención de ello, pues les manda mercenarios y dinero, y parece que le esperan a él en persona con un gran ejército. ¿Destruye a los lacedemonios porque son enemigos de los tebanos y en cambio salva actualmente a los focenses que arruinó de buenas a primeras? ¿Y quién iba a creerse esto? No; a pesar de que Filipo hubiera efectuado eso antes a la fuerza y contra su voluntad y que actualmente se desentendiera de los tebanos, no sospecho que se mostrase en forma tan constante como adversario de los enemigos de éstos; al contrario, de lo que actualmente realiza se deduce que también hizo aquello otro porque quiso, y todo junto, si uno lo observa bien, demuestra que toda su política está ordenada contra nuestra República.

»Además, en cierta manera, se ve obligado a ello. Fijaos: quiere dominar, y ha comprendido que vosotros sois sus únicos antagonistas. Ya hace tiempo que os causa daños. Y tiene plena conciencia de ello; porque las posiciones vuestras que actualmente ocupa son las que le aseguran sus otras conquistas. En efecto, si hubiera abandonado Anfipoli y Potidea, no podría considerarse seguro ni en su casa. Así pues, sabe estas dos cosas: que él hace planes contra vosotros y que tenéis noticias de ello. Y como os considera inteligentes, piensa que tenéis razones para odiarlo y por eso está irritado; porque prevé que será castigado si se os presenta ocasión caso de que él no se os adelante a hacerlo. Por eso vigila, está alerta y halaga a algunos tebanos en perjuicio de Ztaneas, así como a aquellos peloponenses que simpatizan con sus deseos; ya que piensa que su ambición hará que acepten las ventajas inmediatas y su estupidez no les dejará prever nada de lo que vendrá posteriormente. De todos modos, la gente que reflexione, aunque sea un poco, podrá contemplar bajo sus ojos los ejemplos que he tenido ocasión de citar a los mesenios y a los argios.

Pero tal vez valdría más que os lo explicara también a vosotros.

»«¿Os imagináis, mesenios — les decía —, con qué impaciencia los olintios hubieran escuchado a alguien que hubiese hablado contra Filipo en aquella época en que éste les abandonaba Antemunt, ciudad que hasta entonces todos los Reyes de Macedonia habían reivindicado y les regalaba Potidea después de haber ahuyentado de ella a los colonos atenienses, o arrostraba la enemistad de Atenas, a fin de darles a ellos el usufructo de aquel territorio? ¿Pensáis que esperaban ser objeto de un trato como el que han recibido, y que si alguien se lo hubiese dicho no le habrían hecho caso? Nada de esto. Y asimismo — les decía yo —, cuando Filipo expulsaba a sus tiranos, o todavía, cuando les entregaba Nicea y Magnesia, esperaban ellos esta decadarquía que actualmente ha instituido en su casa o que quien les devolvía el puesto del Consejo Anfictiónico iba a quedárseles con sus propias riendas? Nada de esto. Y con todo, ahí ha ocurrido, y todo el mundo puede saberlo. Y vosotros — les aconsejaba — contemplad los dones y las promesas de Filipo; pero si tenéis cordura, rogad a los dioses que no tengáis que ver sus engaños y sus trapacerías. Claro está, ¡Por Zeus!, — les decía yo —, que hay toda clase de inventos para proteger y asegurar las ciudades, como estacadas, murallas, fosos y otras cosas parecidas. Todo esto tiene que efectuarse con las manos y trae aparejado unos gastos; pero el instinto, en los hombres razonables, tiene en sí mismo una salvaguarda común, que es una protección excelente para todo el mundo, pero especialmente para las democracias frente a los tiranos. ¿Y qué es ello? La desconfianza. Guardadla y aferraos a ella: si la conserváis no tendréis que sufrir ningún daño. ¿Qué deseáis? — les predecía. — ¿La libertad? ¿Pues no veis que incluso los títulos de Filipo son lo más contrario de ella? Los reyes y los tiranos son por naturaleza enemigos de la libertad y adversarios de las leyes. ¿No queréis vigilar que buscando saliros de una guerra os encontréis con un tirano?»

»Pero ellos, luego de haber oído esto y de haberlo aprobado tumultuosamente como otros muchos discursos de los embajadores — primero ante mí y, según parece,

también más tarde —, no se desprenderán de la amistad de Filipo ni de sus promesas. Y eso nada tiene de absurdo, o sea que unos mesenios y unos pelopenenses tomen un partido diferente del que racionalmente se les hace comprender que es el mejor. Mas vosotros, que comprendéis por vosotros mismos y que oís decir a los oradores que se están efectuando planes contra vosotros y que se os rodea de trampas, me temo que, por no hacer nada a tiempo, cuando menos lo penséis tendréis que hacer frente a todo. De tal forma el goce inmediato y la molicie tienen mucha mayor fuerza que los intereses futuros.

»En cuanto a lo que os es necesario hacer, ya lo discutiremos más tarde entre vosotros si tenéis cordura; pero qué respuesta tenéis que dar ahora y qué cosa tenéis que decidir con vuestro voto, voy a decíroslo en seguida.

»Sería justo en estos momentos, ¡oh atenienses!, que llamaseis a quienes os han traído las promesas a base de las cuales os han persuadido a efectuar la paz. Porque ni yo hubiera consentido nunca en encargarme de la embajada, ni vosotros, ya lo sé, habríais puesto fin a la guerra si hubieseis pensado que Filipo, una vez obtenida la paz, haría cuanto ha realizado. Pero lo que entonces se dijo era cosa muy diferente a lo que ha ocurrido. Y todavía sería necesario llamar a otros. ¿Quiénes? Aquellos que, cuando una vez efectuada la paz, al regresar yo de la segunda embajada que mandasteis para el intercambio de juramentos, dime cuenta de que engañaban a la ciudad y lo dije y lo atestigüé públicamente, oponiéndome al abandono de las Termópilas y de la Fócida (1), decían que ya era de esperar que un abstemio como yo fuera un cascarrabias y un mal genio; pero que Filipo, si pasaba adelante, haría todo lo que vosotros podíais desear y fortificaría Tespis y Platea, pondría a fin a la insolencia de los tebanos, abriría a su costa un canal a través del Quersoneso y os devolvería Eubea y Oropos a cambio de Anfípolis. Porque todo esto fué dicho aquí mismo, en esta tribuna; ya sé que lo recordáis, aunque vosotros no sois muy buenos para recordar aquellas cosas que os causan daño. Y lo más ignominioso de todo es que, en vista de esas esperanzas, decre-

tasteis que este pacto sería válido para vuestros descendientes; ¡tan completamente hechizados estabais!

»Mas, ¿por qué digo actualmente esto y por qué afirmo que es necesario llamar a aquellos hombres? ¡Por los dioses!, voy a deciros la verdad, con entera franqueza y sin ocultar nada. No para llegar a los insultos ni para dar ocasión de hablar en plan de igualdad ante vosotros, procurando a quienes han chocado conmigo desde el primer momento una excusa para volver a cobrar de Filipo; ni tampoco para poder hablar con entera libertad. No, pero pienso que algún día las acciones de Filipo os causarán más daño que hoy, porque contemplo los progresos que realiza su empresa y no quisiera acertarlo, mas temo que esto esté ya demasiado próximo. Y cuando no os quede posibilidad de desentenderos de los acontecimientos ni oigáis decir, a mí o a cualquier otro, que todo va contra vosotros, sino que lo veáis con vuestros propios ojos y os deis perfecta cuenta de ello, pienso que entonces no os irritaréis y que seréis rigurosos. Por eso tengo miedo de que frente al silencio de los embajadores, que mucho se han guardado de decir por qué razones saben ellos que los han sobornado, vuestra indignación caiga sobre quienes se esfuerzan en enderezar alguna de las cosas que por culpa de ellos se han torcido. Porque observo que a menudo ciertos hombres desatan su rabia, no contra los culpables, sino contra quienes tienen más a mano.

»Por tanto, mientras los acontecimientos todavía tienen que surgir y se están tramando y nosotros nos escuchamos mutuamente, quiero recordar a cada uno de vosotros, a pesar de que todos lo sabéis muy bien, que es el hombre que os convenció para que abandonarais la Fócida y las Termópilas, abandono que hizo de Filipo el dueño de la una y de las otras, le ha hecho asimismo dueño de los caminos del Stica y del Peloponeso y os ha forzado a deliberar, no sobre vuestros derechos ni sobre la situación exterior, sino sobre la situación del país y la guerra contra el Ática, esta guerra que a todos hará sufrir cuando esté aquí, pero que nació aquel mismo día. Porque si entonces no hubieseis sido engañados, actualmente no existiría problema para la República. No. Filipo no hubiera podido obtener ni una victoria naval

que le permitíese venir hacia el Ática con un ejército ni atacarnos por tierra a través de las Termópilas y de la Fócida. Antes bien, o hubiera procedido con arreglo a derecho, manteniendo la paz y sin promover querellas, o bien inmediatamente se hubiese encontrado en una guerra parecida a la que entonces le hizo desear la paz.

»Esto que os he referido me parece que basta para que hagáis memoria. Y ruego a todos los dioses que no ocurra que la verdad de mis afirmaciones quede rigurosamente probada por los hechos; porque yo no quisiera que nadie pagara su pena, por muy merecida que fuese, si esto tenía que ser con peligro y detrimento de todos.»

N O T A S

(1) Alude a la intervención infortunada de Atenas a favor de Plutarco, tirano de Eritrea, en el año 349.

**SOBRE LAS PREVARICACIONES
DE LA EMBAJADA**

La llamada "Paz de Filócrates" había sido acogida en principio en Atenas, si no con satisfacción plena, si por lo menos con un espíritu de resignación casi general. Ciertamente, algunos oradores habían sostenido —entre ellos Aristofón de Azenia, Hegesipo de Sumion— la tesis de la lucha hasta el agotamiento; pero sin ningún resultado práctico. Los adversarios de la expansión macedónica, como Demóstenes, autores de planes referentes a una colaboración con Filipo como Isócrates, partidarios de una política de paz y economía como Eubulo, poníanse todos de acuerdo para recomendar el cese de las hostilidades que desde hacía más de diez años existían entre Filipo y Atenas.

Para decir verdad, el tratado imponía grandes cargas y sacrificios a Atenas; al decirse que los adversarios «conservarían cuanto poseyeran», se consagraba y daba por buena la pérdida de la Calcidia y de la mayor parte de la Tracia, especialmente de Anfípolis. Aparte el cansancio general (existente tal vez también en Macedonia y entre los aliados de Filipo), otras razones imponían la rapidez en la ratificación y aplicación del tratado. Éste no comprometía a ninguna de las partes hasta después de que cada una hubiese prestado juramento; ahora bien, los atenienses habían prestado ese juramento ante los embajadores de Filipo algunos días después de que la Asamblea hubo votado aceptando la paz (19 y 24 Alefobelión, cerca de la mitad de abril de 346); una embajada ateniense debía marchar para recibir el juramento de Filipo, y éste, en el intervalo, tenía plena libertad de acción. Por otra parte existían divergencias de interpreta-

ción sobre una, o tal vez varias, de las cláusulas del tratado. Éste comprometía a los dos adversarios y a "sus aliados". Del lado ateniense, ¿se trataba sólo de los aliados de derecho, miembros de la Confederación, o de todos aquellos que, aliados de hecho, estaban asociados a la política militar de Atenas?

Para los primeros no había contestación posible, y por otra parte, habían participado en las negociaciones, habían sido representados en la embajada por uno de los suyos, Agtaocreón de Ténedos, habían propuesto por mediación de su Consejo, y en vano, el orillar el voto de la paz hasta la vuelta de todas las embajadas enviadas a los países griegos y dejar un espacio de tres meses a toda ciudad griega para adherirse al tratado, que así sería una "paz general". En lo referente a los otros, existía incertidumbre: por el rey Cersobleptes, su representante Critóbulos pidió prestar el juramento; no se sabe si después fué aceptada su petición. Fócida y Halos habían sido excluidas explícitamente del proyecto presentado por Filócrates (y conforme a las negociaciones efectuadas en Macedonia); pero la Asamblea rehusó seguir al Consejo y su informe y suprimió esta cláusula del texto definitivo; ese voto no tenía, por otra parte, más valor que el de un "gesto simbólico", pues los embajadores de Filipo declararon atenerse a su interpretación "restrictiva" del término "aliados de Atenas". Esas reservas hacían, pues, necesarias rápidas negociaciones con Filipo.

Fué designada una embajada para recibir el juramento del Rey de Macedonia y para arreglar con él los detalles de su puesta en práctica; comprendió las mismas personas que la precedente. A proposición de Demóstenes (a la vez miembro del Consejo y de la embajada), el Consejo dió instrucciones para que se tomara contacto por mar con Filipo, entonces en Tracia, lo más rápidamente posible. Por razones que nos son desconocidas, la embajada actuó de forma distinta; partió sólo nueve días después de haberse concluído la paz, que fué jurada en Atenas, tomó la ruta terrestre, tardó veintitrés días en llegar a Pella, de donde no se movió, y esperó a Filipo durante veintisiete días. Cuando éste regresó, hacía ya dos meses que la suerte de Cersobleptes y Tracia estaba

decidida y arreglada. Y, hecho todavía más sorprendente: no pidieron seguidamente el juramento a Filipo; le acompañaron en su marcha a través de Tesalia, y únicamente al llegar a Feres prestó Filipo dicho juramento.

La embajada regresó a Atenas el día 13 de Skirofión (aproximadamente el día 8 de julio), después de más de dos meses de ausencia, y sin haber, de hecho, obtenido nada. Pronto manifestóse el descontento público: el Consejo (bajo proposición de Demóstenes) rehusó a los embajadores la invitación a una acostumbrada comida en la Pritanía; hecho excepcional, que era más sorprendente todavía porque la medida había sido propuesta por uno de los miembros de la embajada misma. Cuando la Asamblea reunióse tres días después, Demóstenes advirtió al pueblo de la gravedad de la situación e hizo patente su desconfianza con relación a Filipo; pero Filócrates y Esquines intervinieron en sentido contrario. Sobre todo este último dejó entender que la política real de Filipo sería muy diferente de la que se deducía de sus actos públicos y estaba destinada a calmar la desconfianza de ciertos de sus aliados momentáneos, que el Rey de Macedonia estaba dispuesto favorablemente con la Fócida, y que ésta no dejaría de tener pruebas de ello. Algunos esperaban ya la restitución de Anfípolis; Esquines orientaba las esperanzas sobre todo con compensaciones en Oropos y Euboea; en todo caso era cómplice de la táctica por medio de la cual Filipo, sirviéndose de personalidades sin mando, rompía entre sus adversarios toda tarea de resistencia. La Asamblea siguió a Esquines, y aprobando la acción de los embajadores dejó que los focenses se vieran en la necesidad de someterse a la decisión de Filipo.

A fin de apremiar a Filipo a que pusiera en práctica sus pretendidas promesas fué nombrada una tercera embajada. Dos de los embajadores nombrados se excusaron: Demóstenes porque rehusaba asociarse a una empresa cuyos fracasos ya preveía, Esquines por causa (real o supuesta) de enfermedad; este último fué reemplazado por sus hermanos. Por otra parte, una vez llegada esta embajada a Calcis conoció la capitulación de los focenses, lo que uno de los embajadores, Derkilos, pudo comunicar a Atenas. Tras esta noticia el terror apoderóse de

los atenienses; eran oficialmente los aliados de Filipo, mas podía temerse que en esta liquidación de la guerra sagrada, algunos de sus adversarios recordasen su alianza con los "sacrílegos" focenses. Se decidió poner a las mujeres y a los niños a resguardo detrás de los Grandes Muros, no arriesgarse en el campo durante la fiesta de Herakles, poner en estado de defensa las fortificaciones de la frontera. No fué más que una falsa alarma, pero las esperanzas fundadas en las promesas de Esquines se desvanecieron, y con mayor motivo cuando se conocieron las represalias tomadas con los focenses. La opinión ateniense guardó un tenaz rencor. Atenas se abstuvo de enviar la teoría tradicional cuando los Juegos Píticos (otoño del 346). Poco después, una misión de los anfictiones vino a pedir explicaciones y a que se reconociese la reorganización de la Anfictionía. La agitación en la Asamblea fué grande: Esquines, que sostenía la proposición, se vió privado de desarrollar su discurso; algunos incluso hablaron de denunciar el tratado que se había concluído algunos meses antes. Pero los políticos, desconfiados respecto de Filipo, se daban cuenta de que Atenas estaba en una posición más desfavorable que en la primavera. Fué el mismo Demóstenes el que aconsejó a los atenienses se afirmaran en su posición y evitasen, después de haber sacrificado al deseo de la paz la realidad de sus posesiones de Tracia, exponerse a una guerra general "por una sombra en Delfos".

Los atenienses se resignaron: reconocieron el título anfictionico de Filipo e incluso fueron representados en el Colegio de los Naopes (encargados de la reconstrucción del templo de Delfos). El fracaso y la decepción de Atenas fueron completos. Pero se podía intentar aún castigar a los culpables.

El rehusamiento de los honores habituales a la segunda embajada hacía prever ataques muy importantes; puede ser que fuera más el deseo de servir a los intereses de Filipo que el preocuparse de su seguridad personal lo que hizo que Esquines se quedara en Atenas cuando la tercera embajada.

Como a cualquier ciudadano encargado de una magistratura o de una misión especial, los embajadores debían rendir sus cuentas, en primer lugar delante de la Comi-

sión de los logistas (auditores de cuentas). Esto no era más que una formalidad para la primera embajada. Al retorno de la segunda, Demóstenes, en malas relaciones con sus colegas y queriendo obligar a éstos a rendir inmediatamente sus cuentas, se presentó sin pérdida de tiempo a los logistas. Pero Esquines afirmó con testimonios que le apoyaron que la segunda embajada no era más que una consecuencia de la primera y que el descargo ofrecido para aquélla valía para las dos. Este tesis especial parece haber sido admitida por los logistas.

Pero en un plazo de treinta días, tras el descargo dado por un magistrado, cualquier ciudadano podía hacer una apelación delante del Eutineo, de la tribu de este magistrado. Demóstenes y uno de sus compañeros en el Consejo, Timarco, hicieron una denuncia delante del Eutineo de la tribu Oineis. ¿Renunció Esquines al argumento utilizado delante de los logistas o el Eutineo lo juzgó inoperante? En todo caso, en el proceso de 343, Esquines no habla de ello. Puede ser que al reflexionar prefiriera no fundar su recurso en un argumento de procedimientos, uno de los cuales juzga el público artificio de sicofante o de sofista.

El asunto siguió su curso cuando Esquines acordóse, muy oportunamente para él, de que las costumbres de Timarco en su juventud habían causado escándalo incluso en los fáciles medios atenienses; caía, pues, bajo el golpe de la ley que prohibía a los prostituidos el acceso a la tribuna, y formulando una reconvencción obligó a Timarco a someterse a una intervención sobre sus derechos de ciudadano. Ésta fué larga, y el proceso de Esquines contra Timarco no se substanció ante la Héliade hasta principios de 345. Timarco fué condenado, acusado de atimia completa y probablemente se le expulsó de Atenas. La denuncia de Timarco había caducado. Lo cierto es que la de Demóstenes quedaba valedera, pero el efecto moral era tal que mejor le resultaba a su autor dejar pasar algún tiempo antes que darle curso.

En años sucesivos los atenienses pudieron darse cuenta de que la paz de 346, a la que ellos tanto habían sacrificado, no reglamentaba de una manera definitiva los asuntos griegos y no había sido en un plan de igualdad como habían concluido la pretendida "alianza" con Fi-

lipo. Este, por diversos medios, no cesaba de extender su influencia en el mundo griego. Había reducido a Cersobleptes a un semivasallaje, y sostenía la villa de Cardia en conflicto con Atenas a propósito de las fronteras del Quersoneso de Tracia. Iba afirmando su dominio sobre Tesalia, haciéndose nombrar Arconte en la Confederación de Tesalia y dividiendo el país en tetrarquías. En Delfos, con sus dos votos personales y los de sus amigos, tenía la mayoría en el Consejo anfictiónico; en Eubea empezaba a entablar relaciones con los adversarios de Atenas, "tiranos" u otros, en Oreos y en Eretria. Si había fracasado en la tentativa de poner partidarios suyos en Megara y apoderarse de Ambracia estaba en muy buenas relaciones con Argos y Arcadia. Y lo cierto es que al mismo tiempo Filipo intentaba calmar las inquietudes de los atenienses. De su parte fueron enviadas embajadas en la primavera de 343 y otoño de 344, ofreciendo en condiciones imprecisas una revisión del Tratado de 346. No por ello se sintió Atenas menos amenazada de aislamiento.

La Asamblea, nerviosa, vacilante, desconcertada por el desarrollo inesperado de la situación, no mostraba siempre continuidad en sus decisiones. Al principio de 343 el pueblo rechazó con bastante sequedad las aproximaciones del Rey de los persas; después envió a Pella una embajada que dirigida por Hegesipo condujo a un completo fracaso. Pero lo más frecuente era la desconfianza que inspiraban las medidas macedónicas. En 344, una embajada de la que formó parte Demóstenes recorrió el Peloponeso para poner en guardia a los habitantes de allí contra Filipo; y una acción análoga se desarrolló en el invierno del 343-2.

Los adversarios de Macedonia juzgaron que había llegado el momento favorable para una acción directa contra los atenienses partidarios de Filipo. Al principio fueron asuntos de detalle, como la condenación a muerte de un cierto Antifon, acusado de tentativa de incendio en los arsenales. Poco después parece que Esquines, que estaba designado para abogar en Delfos en un proceso de Atenas contra Delfos, a propósito del santuario de Apolo, fué invalidado en su cargo por el Areópago y reemplazado por Hipérides. En 343 empezaron los gran-

des procesos. Hipérides presentó delante del pueblo una denuncia contra Filócrates por un crimen contra la seguridad del Estado, en razón de su actitud cuando las negociaciones del 346; llevado a juicio, Filócrates fué condenado a muerte por contumacia.

Frente a esta confesión, Demóstenes juzgó llegada la ocasión propicia para dirigirse contra Esquines. La prescripción no existía en semejante materia, y en todo caso parece que si no en estricto derecho ático, por lo menos en la práctica, la sola presentación de una denuncia era suficiente para interrumpirla. Los tesmotetes, después de una instrucción, transmitieron el asunto a los Heliastas. El proceso llegó al Tribunal en el curso del verano de 343. El ataque y la defensa fueron igualmente violentos. Luego de un día entero de debates, Esquines fué absuelto por la débil mayoría de treinta votos. Por una parte debía esta salvación, obtenida penosamente, al apoyo que había encontrado: uno de sus hermanos, Filocares, era estratego por tercera vez; otro, Afobetos, había sido administrador del "teórico". Eubulo, que después de tres años ya no dirigía las finanzas atenienses, pero tenía gran influencia, testimonió en favor de Esquines, y lo mismo hizo Foción, el más respetado aunque no fuese el más feliz ni el más clarividente de los estrategos atenienses. La acusación formal de traición era, como siempre ocurre en los mismos cargos, muy difícil de probar.

Por otra parte el mismo Demóstenes había dejado a su adversario medios que, si no le servían de defensa, sí por lo menos de gran excusa, de lo cual él debía aprovecharse: Demóstenes demostraba que, para obrar como había hecho Esquines durante tres años, era necesario ser o bien un crápula, o bien un imbécil; pero en su deseo de obtener una condena por traición, declaraba que no pediría ninguna pena en el caso de que Esquines únicamente fuera declarado culpable de impericia. Y ésta fué, precisamente, la justificación que Esquines utilizó cuando dijo que había sido víctima de lo que en 346 constituía la ilusión de la mayoría de los atenienses.

El discurso Sobre las prevaricaciones de la Embajada es uno de los dos alegatos políticos de Demóstenes que han sido mayormente admirados (el otro es Sobre la

Corona); *la importancia de las cuestiones tratadas, el vigor y la sinceridad de los sentimientos, el carácter personal y su disposición, hacen que sea una de las obras más importantes de la elocuencia griega. Sin embargo, como frecuentemente ocurre en Demóstenes, el plan no es de una claridad absoluta y no se sujeta a las reglas clásicas de la retórica. Además de un exordio relativamente corto (1-28) y una peroración muy sucinta (341-343), hay que distinguir dos grandes partes, en las que la segunda, a decir verdad, con sus repeticiones de argumentos y ataques personales, presenta el carácter de un epílogo desarrollado. A quien quisiera reducir el alegato a fórmulas concisas podría ofrecérsele más o menos el siguiente esquema:*

Exordio (1-3): *llamad a los jueces para premonitar contra las prevenciones y los olvidos.*

Estado de la cuestión (4-28): *los cinco puntos por los cuales un embajador es responsable (4-8); sobre todo la culpabilidad de Esquines se demuestra con su brusco viraje de 346 (9-28).*

Parte primera (29-178).

Relaciones y consejos de Esquines después de la segunda embajada (29-97): el efecto no es proporcional a la causa (29-30); el relato aconsejó (31-33); el relato al pueblo (34-46); consecuencias: el decreto de Filócrates y la ruina de Fócida (47-66); Esquines ha sido el agente más devoto de Filipo (67-71). — Respuesta anticipada a las objeciones, referente a la responsabilidad, a otras personas, a la limitación de los males y a la ausencia de testimonios (72-82); responsabilidad de Esquines en los peligros todavía presentes (83-87). — Respuesta a los argumentos fuera de la cuestión, relacionados con la paz en general o con hechos anteriores (88-97). Pruebas de la traición (98-149): la tontería es excusable, pero no la traición consciente (98-101); obstinación de Esquines en su devoción a Filipo y su amistad con Filócrates (102-119). — Respuesta anticipada: los hechos son los testimonios más seguros (120-133); la condenación atribuirá a Filipo sentimientos más favorables a Atenas (134-146); Tebas ha sacado ventaja de una situación más grave (147-149).

Lentitudes y desaguisados de la embajada; sus con-

secuencias (150-178): durante el viaje de ida (155-165); en Pella (166-177).

Recapitulación de los puntos establecidos (177-178).

Parte segunda (epílogo desarrollado) (179-340): *importancia de las posiciones entregadas por Esquines (179-181). — Respuesta anticipada a las objeciones (181-191). — La conducta de Esquines en Macedonia (192-198) y en su vida anterior (199-200). — Justificación de Demóstenes (201-215). — Llamada a la severidad contra los traidores (216-233). — Paréntesis: importancia que tiene en precisar las fechas (234-236). — Refutación anticipada de los medios de defensa (237-258): los hermanos de Esquines, los poetas, Solón. — Nueva llamada a la desconfianza, y a la severidad contra los traidores (259-268); ejemplos de los antepasados; precedentes (269-297). — Los oráculos y la razón únense para pedir la condena (298-314). — El plan concebido por Filipo y ejecutado por sus partidarios (315-331). — Refutación de los medios de defensa (332-340).*

Peroración propiamente dicha: la condenación de Esquines servirá a la vez al interés y al honor de Atenas (341-343).

El conjunto de la disposición del discurso Sobre las prevaricaciones de la Embajada es suficientemente claro; pero debe reconocerse que hay una falta de proporción entre las diversas partes y los puros tecnicismos de la teoría literaria, que a menudo prefieren un modelo inanimado al espectáculo de la vida, han encontrado desde remotos tiempos algo que decir sobre este discurso. No, no es un discurso frío, sujeto a esquema. Por el contrario, es un discurso vital, ceñido a la realidad de los hechos, pletórico de vida y de entusiasmo, tanto en la exposición de los hechos como en el ataque.



SUMARIO DE LIBANIO. — Esquines era un ateniense hijo de Athrometos y de Glaucoetea, dos personajes oscuros, según dice Demóstenes: uno había vivido enseñando la escritura y el otro haciendo purificaciones e iniciaciones poco serias. Se cuenta que el mismo Esquines era actor de tragedia y escriba del Estado, servicio poco importante.

Sin embargo, se convirtió más tarde en orador y marchó con una embajada cerca de Filipo, a fin de concluir la paz. En efecto, los atenienses en guerra con Filipo, a propósito de Anfípolis, sufrían mucho sin hacer nada provechoso; decidieron enviar a Filipo una embajada a fin de concluir la paz. Enviaron, pues, a diez embajadores, entre los que se encontraban Esquines y Demóstenes. Habiendo aceptado Filipo el acuerdo, las mismas personas salieron de nuevo para segunda embajada, en vista de las promesas hechas respecto a la paz. Precisamente a este propósito Demóstenes acusa a Esquines de tres puntos: haber sostenido a Filócrates que proponía una paz vergonzosa y nefasta; haber malgastado el tiempo, lo que hizo que Tracia se perdiera; haber hecho falsos relatos a los atenienses, lo que causó el desastre de los focenses; ya que, dice Demóstenes, Esquines ha pretendido que Filipo no atacaría a los focenses y lo hizo para que vosotros no temieseis nada de él y no mandaseis socorros. Dice también que Esquines ha cometido todos estos crímenes a fin de recibir un salario y presentes. La discusión es una conjetura sobre una cuestión de hecho. El motivo del odio proviene, según dicen, de Timarco, amigo de Demóstenes, al que Esquines había hecho acusar de atimia al atribuirle malas costumbres por las que, dice Esquines, siendo un muchacho, entraba en casa del pajarero Pitalacos para asistir a los combates de gallos y corromperse mientras corrompía a su vez.

OTRO SUMARIO. — Existía entre los atenienses y Filipo una larga guerra, después que éste, contrariamente a lo tratado, había conquistado Anfípolis a los olintios que, a su vez, era posesión ateniense (en poder de los olintios en el momento en que los aliados hicieron defección). Existía también otra guerra, la cual oponía los focenses a los tesalios y a los tebanos: a los tesalios, a propósito del

santuario de Delfos; a los tebanos a propósito de Orcomenes y Queronea (la Historia demuestra que los focenses habían tomado a los tebanos estas dos ciudades vecinas a su país y habían expulsado a los tesalios de la Anficionía, porque el santuario de Delfos estaba situado en plena Fócida. Después de una larga guerra entre Atenas y Filipo, con el tiempo, las dos partes desearon la paz; pero pensaron que ello sería un deshonor para quien diera el primer paso. Ahora bien, existían unos actores trágicos, Aristodemos y Neoptolemos; éstos, por razón de su arte, tenían plena seguridad para viajar por donde quisieran, incluso en territorio enemigo. Así pues, habiendo ido a Macedonia, exhibieron allí su arte y Filipo les recibió tan amablemente que de su propio peculio añadió dinero a las otras sumas recibidas por ellos. Informado de que iba a recibir embajadas de Fócida, de Tesalia y de Tebas, quiso engañar a los atenienses. Tomando este pretexto, Filipo, al despedir a Aristodemos y Neoptolemos, les dijo: «Soy amigo de Atenas.» Y he aquí lo que ocurrió. Un ateniense llamado Frinón, que iba a Olimpia como concursante o como espectador, cayó en poder de los soldados de Filipo durante la tregua sagrada y fué despojado de todo cuanto poseía. Vuelto a Atenas, pidió a los atenienses que le confiaran una misión cerca de Filipo, a fin de poder recobrar todo aquello de que había sido despojado. Los atenienses le atendieron y le encargaron una misión al igual que a Ctesifonte. Cuando los dos hubieron llegado a Macedonia, Filipo les hizo una acogida tan amable que les devolvió todo lo que los soldados les habían quitado y añadió a ello un regalo personal, y se excusó diciendo que los soldados ignoraban que entre ellos había una tregua sagrada. Y aún les dijo más: «Soy amigo de Atenas.» Vueltos al Ática, hicieron el mismo relato que los anteriores.

Habiendo oído esto, los atenienses quisieron saber si realmente Filipo deseaba la paz. Y designaron diez embajadores: Ctesifonte, Aristodemos, Iatrocles, Cimón, Nausicles, Derkílos, Frinón, Filócrates, Esquines y Demóstenes y los enviaron a Macedonia para saber realmente si Filipo deseaba la paz; si era exacto, para traer de nuevo a los embajadores que recibían los juramentos. Los tres embajadores, entre los cuales se encontraba Demóstenes, recogieron a tres embajadores de Filipo: Antípatros, Parmenión y Eurílochos, los cuales debían recibir los juramentos. Como los aliados de Atenas se reuniesen para prestar juramento, pasó el tiempo. Demóstenes, que conocía el carácter de Filipo y su propensión a las continuas conquistas y vejaciones, dijo a los atenienses que prestasen rápidamente juramento, incluso en ausencia de Cersobleptes; «ya que», decía: «a nuestra llegada a Tracia ya prestará Cersobleptes su juramento».

Es necesario saber que Demóstenes partió en la segunda embajada por la razón siguiente: en el curso de la primera había prometido traerles dinero para liberarlos; pero no podía hacerlo más que con el rango de embajador. La embajada debía partir por mar, a fin de ir rápidamente

a donde Filipo se encontraba y recibir allí las promesas. Los demás no le escucharon; partieron, y una vez llegados a Macedonia, permanecieron allí tres meses enteros hasta que volvió Filipo, después de haber sometido a muchas posiciones atenienses y con ellas a Cersobleptes. A su regreso no prestó juramento en seguida, sino que esperó hasta que hubo preparado la expedición a la Fócida, a pesar de que los focenses le habían enviado una embajada para poner fin a la guerra. Como marchara contra Fócida, en lugar de prestar juramento en su santuario lo hizo en una hostelería diciendo: «Trato con Atenas y sus aliados excepto con las gentes de Halos y de Fócida. Las gentes de Halos — añadió — son enemigos de los marsalios, mis amigos; no trato con los focenses porque han cometido impiedades en el santuario.» Al retorno de la segunda embajada en Ática, Demóstenes formó grupo aparte diciendo: «La decisión de Filipo no me place.» Pero Esquines dijo: «Filipo ha hablado así en público, pero me ha dicho al oído: «He exceptuado a las gentes de Halos y de Fócida para evitar que los tebanos, advertidos, tomasen precauciones, ya que a mi llegada a éstos abatiré y salvaré a los otros.» Los atenienses, al escuchar a Esquines, nombraron a un tercer embajador, para saber si Filipo cumplía la promesa que había hecho a Esquines. Demóstenes se excusó, rehusando partir en una embajada y participar en los actos buenos o malos de los embajadores. Entonces Esquines, temiendo que Demóstenes, si se quedaba allí, decidiera al pueblo para que enviase refuerzos a la Fócida, fingió una enfermedad (al decir de Demóstenes). Su hermano Eunomos trajo un médico que certificó que Esquines tenía una gran dolencia. El pueblo designó a Eunomos para reemplazarle como embajador. Estos embajadores una vez hubieron llegado a Eubea, supieron que Filipo había sometido a la Fócida y regresaron avergonzados. Al retorno de la tercera embajada en Ática, Esquines fué designado jefe de los embajadores cerca de Filipo (según dice Demóstenes).

Es necesario saber que, después de la embajada, cada embajador debía rendir cuentas. La primera embajada las rindió tan bien que Demóstenes los invitó a una comida (era la costumbre invitar a un banquete oficial a los que habían sido absueltos de la embajada). Algunos se preguntaban por qué si Demóstenes los consideraba traidores los hizo invitar a un banquete oficial. Nosotros añadiremos que fué después del banquete cuando supo sus designios. Entre los miembros de la segunda embajada sólo Demóstenes rindió cuentas. Cuando Esquines iba a rendir las suyas se presentaron Demóstenes y Timarco para acusarlo. Esquines pidió una investigación, y en el curso de ella demostró que Timarco se había prostituido y lo hizo expulsar (una ley prohibida al prostituto usar sus derechos de ciudadano). Después Demóstenes presentose para acusarle tres años después de la denuncia. Luego de la segunda embajada los atenienses, advertidos del desastre de los focenses, se hallaron muy trastornados. Tres

años después se presentó para acusar a Esquines. Le incriminó por dos motivos: el desastre de los focenses y su propia corrupción, aunque lo principal de la acusación lo constituyó el desastre de los focenses. Para reforzarlo aportó un nuevo motivo de acusación; Esquines había osado obrar así por dinero, lo que refuerza la primera acusación lo constituyó el desastre de los focenses. Para reforzarlo aportó un nuevo motivo de acusación; Esquines había osado obrar así por dinero, lo que refuerza la primera acusación con respecto a la Fócida. Existen presunciones de que ello había sido maquinado y preparado con gran antelación, presunciones con las cuales Demóstenes destruía al mismo tiempo la excusa de Esquines, que se amparaba en su ignorancia y las circunstancias atenuantes. De estas presunciones, unas son omisiones y otras acciones: Esquines sostuvo a Filócrates, que proponía hacer la paz sin los focenses; no recibió los juramentos de los tesauros aliados de Filipo (ya que éstos no hubieran marchado contra la Fócida si hubiesen prometido lo contrario); dio a Filipo el tiempo necesario para que preparase su expedición a la Fócida (ha perdido intencionadamente el tiempo para impedir al pueblo que llegase por mar a las Termópilas); a su regreso ha engañado intencionadamente al Estado con dos esperanzas (una, que los tebanos serían batidos; la otra, que la Fócida sería salvada); de manera que nada bueno pudo decirse para la Fócida (ya que él dijo que tuviéramos confianza en Filipo; había anunciado a Atenas que salvaría a los focenses). He aquí las presunciones para la primera materia de acusación. Para la segunda, concerniente a los presentes, y en la que demuestra que Esquines recibió dinero, he aquí las presunciones, igualmente sacadas, las unas, de omisiones, y las otras, de acciones: Esquines no odia a Filipo, aunque, según él, le engañe; ha hablado en favor de que Filipo formase parte de los anfictions, cuando los anfictions enviaron una embajada a este individuo; frecuente siempre a Filócrates, que ha recibido dinero; citado como testigo cuando Hipérides acusó a Filócrates, se presentó, pero no dijo nada; elegido, con muchas promesas, embajador para ir a encontrar a Filipo en la Fócida, fingióse enfermo; habiendo capitulado los focenses posteriormente a sus excusas, entonces partió, sin haber sido elegido, cuando hubiera debido permanecer en Atenas.

He aquí las presunciones para el segundo Sumario. El más fuerte, en donde se apoya Demóstenes, es la promesa y afirmación de Esquines en lo relacionado con Tebas y la Fócida.

El motivo del discurso es una discusión; ahora bien, Esquines no está de acuerdo con los hechos incriminados y los niega en absoluto. El tipo de discurso es sencillo, según algunos; complejo, según otros, que hallan en él dos motivos de acusación: uno sobre la Fócida, y el otro para Tracia (Menandros dice que este último es un incidente accesorio). El exordio está obtenido de la calumnia, representando que no estaba muy seguro de sus derechos. Al mismo

tiempo la idea estaba en atacar, calumniando al adversario y a sus defensores (por ejemplo Eubulo y compañeros); Eubulo estaba resentido con Demóstenes a causa del asunto de Aristarco, como puede verse en *Contra Midias*.

«Creo que casi todos os habréis dado cuenta de la importancia de las diligencias, ¡oh atenienses!, y de las maniobras, motivadas por el presente proceso, cuando habéis observado hace un instante a las personas que en el momento de sacar las suertes venían a importunar-nos y hablar con vosotros. Ahora bien, voy a pedir os a todos lo que la justicia debe conceder, incluso a quien no lo solicita: no atribuir a nada ni a nadie, ya sea favor, ya individuo, más importancia que a la justicia y al juramento que cada uno de vosotros habéis prestado antes de entrar aquí; pensar que esta conducta protege vuestro propio interés y el del Estado en tanto que estas súplicas hechas por personas aquí convocadas no tienen otro fin que obtener ventajas particulares (ahora bien, es para impedir esto por lo que las leyes os han reunido y no para concederlas a los culpables). En todo caso, veo que todas las personas que observan la justicia en su conducta política, incluso cuando ya han rendido cuentas, hacen valer la persistencia de su responsabilidad; mientras que Esquines, aquí presente, hace todo lo contrario: antes de presentarse ante vosotros y haber expuesto su responsabilidad en los acontecimientos, ha abatido a uno de los que habían venido para hacerle rendir cuentas y va amenazando a los demás, introduciendo así en la vida pública uno de los usos más peligrosos y también más dañosos para vosotros. Si, en efecto, el hombre que ha traicionado algún asunto público, por el temor que inspira (no por la justicia de su conducta), se las arregla para que nadie lo acuse, vosotros, absolutamente todos, estaréis privados de poder.

»Tengo la absoluta y firme confianza de que demostraré en un momento la cantidad de crímenes que este individuo ha cometido y los castigos que por ello merece. Pero voy a deciros lo que temo, a pesar de esta persuasión: No os disimularé que, según creo, todos los debates que han tenido efecto ante vosotros, atenienses, versan más sobre las conjeturas que sobre los hechos.

Ahora bien, temo que el gran espacio de tiempo que ha pasado desde la embajada, os haya hecho olvidar o hacer demasiado familiares las faltas cometidas. La manera cómo, a mi juicio, podríais a pesar de todo reconocer la justicia en este asunto y pronunciar hoy vuestro veredicto, voy a decíroslo: sería examinar por vosotros mismos, ¡oh jueces!, y calcular de qué debe ser responsable un embajador. En primer lugar sus relatos; en segundo lugar sus consejos; en tercer lugar las instrucciones recibidas por vosotros; después el tiempo empleado; finalmente, y por encima de todo, la manera cómo ha obrado en todo esto. ¿Por qué es él responsable de ello? Porque sus relatos os permiten examinar la situación: si son verídicos, decidís lo que sea necesario; si no lo son, lo contrario. Por otra parte, vosotros juzgáis que los mejores consejos son los de los embajadores: ahora bien, al escucharlos os dais cuenta de que están instruidos acerca del objeto de su misión; así pues, es justo que no se pueda convencer al embajador de haberos aconsejado nada malvado ni desventajoso. Por otra parte conviene que obre según vosotros le habéis ordenado decir o hacer y lo que vuestros votos le han explícitamente ordenado ejecutar ¿Y después? ¿Por qué es responsable del tiempo empleado? Porque frecuentemente, ¡oh atenienses!, en muchas de las grandes acciones es poca la oportunidad; si alguien abandona voluntariamente o deja al adversario esta ocasión, haga lo que haga de nuevo, no podrá recobrarla. En lo que se refiere a la integridad, o a su sentido contrario lo que daña al Estado, me diréis todos que merece un castigo y la más justa indignación. Mas quien ha establecido la ley no ha hecho esta distinción (1); ha dicho sencillamente que en ningún caso se acepten presentes; pensaba (según creo) que, sea quien fuere, una vez toque dinero ya está corrompido y no es un juez seguro de lo que es útil para el Estado. Si pruebo y demuestro claramente que Esquines, aquí presente, no ha hecho ningún relato verídico, que ha impedido que el pueblo oyera de mis labios la verdad, que ha dado consejos enteramente contrarios al interés público, que en su embajada no ha obrado conforme a vuestras instrucciones, que ha perdido el tiempo y ha sacrificado así ocasiones favorables para Atenas

para muchas acciones importantes; que a causa de esto ha recibido presentes y un salario, como cómplice de Filócrates, condenadle e infligidle una pena que corresponda a sus crímenes. Si no demuestro esto o lo demuestro incompletamente, creed que nada valgo y absolvedlo.

»Puedo añadir a ésta muchas otras acusaciones terribles, ¡oh atenienses!, acusaciones que le valdrían el justo odio de todo el mundo. Pero quiero, antes de todo lo que voy a deciros, recordaros (ya que la mayor parte os acordáis) qué actitud política ha tomado Esquines desde el principio y qué discursos se veía obligado a pronunciar contra Filipo; esto para haceros saber que precisamente sus propios actos y sus propios discursos de los primeros tiempos le hacen convicto de haber recibido dinero. Fué el primero que entre lo atenienses se dió cuenta (así lo dicen sus discursos) de que Filipo formaba planes contra Grecia y corrompía a ciertos jefes de los arcadios. Con Ischandros, hijo de Neoptolemo, para darle la réplica, se presentó ante el Consejo y ante el pueblo para hablar de esto; fué él quien os decidió a enviar embajadas a todas partes para convocar aquí un Congreso relacionado con la guerra contra Filipo; fué él quien trajo a su regreso de Arcadia esos bellos y largos discursos con que pretendía entretener vuestro interés delante de los Diez Mil (2) en Megalópolis en respuesta a Hierónimos, que hablaba en favor de Filipo; fué él quien expuso los crímenes que cometen, en Grecia entera y no sólo en su patria, quienes se dejan corromper y reciben dinero de Filipo. Así, pues, practicaba entonces esta política y había dado estas muestras de su talento, cuando Aristodemos, Neoptolemo, Ctesifonte y demás que no traían de Macedonia nada bueno, os hubiesen decidido a enviar una embajada a Filipo para tratar de la paz, Esquines también fué uno de los embajadores; no porque vosotros creyeráis que haría vuestro bien o se ganaría la confianza de Filipo, sino porque pensabais que vigilaría a los otros; en efecto, sus discursos precedentes, y este odio mostrado contra Filipo, hacían natural la opinión que de él teniais todos. Después de esto intentó acercármese para que marcháramos unido en la embajada; me recomendó que vigilara con él al malvado Filócrates. Y hasta que hubi-

mos regresado de la primera embajada, yo por lo menos, ¡oh atenienses!, no me di cuenta de que se hubiera vendido ni de que estuviese corrompido: en efecto, para no hablar de los discursos que (como he dicho) había pronunciado antes, cuando la primera Asamblea (3), en la cual vosotros deliberabais sobre la paz, se levantó y pronunció un exordio que, si no me equivoco, voy a recordároslo en los mismos términos en que fué pronunciado: «Sí — decía él —, Filócrates buscaba hace ya tiempo, ¡oh atenienses!, el mejor medio para oponerse a la paz; creo que él no hubiera podido encontrar nada mejor que una proposición de esta clase. Por mi parte, esta paz, en tanto exista un ateniense, no podré aconsejar al Estado que la concluya. Sin embargo, digo que es necesario concertar una paz.» Y añadió luego algunas palabras breves y sensatas. Ahora bien, el hombre que había dicho esto públicamente, a la mañana siguiente se levantó, y mientras yo apoyaba la paz de los aliados (4) y trabajaba para que se lograra una paz justa y equitativa, cuando vosotros deseabais esto y despreciabais a Filócrates, él apoyó a éste último con sus discursos, que merecían, ¡oh Zeus, y todos los dioses!, más de una vez la muerte, diciendo que debíais olvidar a vuestros antepasados y no dejar actuar a quienes os hablan de trofeos y de acciones navales; que iba a proponer y redactar una ley que prohibiría sostener a ningún griego que antes no os hubiera sostenido a vosotros. Y éste, este hombre miserable, lo dijo ante los embajadores que le escuchaban y que vosotros habíais hecho venir a Grecia con nuestro consejo, cuando él aún no estaba vendido.

»Rápidamente os diré de qué modo, ¡oh atenienses!, elegido por segunda vez por nosotros, para el intercambio de juramentos, despilfarró Esquines el tiempo y obró tan mal en todos los asuntos de la nación; qué odio excitó contra mí, que quería impedir esto. Pero a nuestro regreso de esa embajada para el intercambio de juramentos, embajada sobre la cual se está desarrollando la presente rendición de cuentas (5), no habiendo obtenido ni poco ni mucho de lo que se esperaba (6) que sucedería cuando hicisteis la paz, engañados en todo, ya que esas gentes habían obrado en sentido contrario y realizado su misión de manera opuesta al decreto vota-

do, nos presentamos nosotros ante el Consejo. Y lo que voy a decir muchas gentes lo saben; ya que la sala del Consejo estaba llena de sencillos ciudadanos. Me presenté para contar al Consejo toda la verdad; recriminé a esas gentes, lo nombré todo, después de esas primeras esperanzas que Ctesifonte y Aristodemos os habían traído; luego, en el momento de concluirse la paz, los discursos pronunciados por Esquines y a dónde ellos habían conducido al Estado; y en cuanto al resto (Fócida y las Termópilas) aconsejaba yo que no se abandonasen, que no se mantuviera la misma actitud, que no se tropezase de esperanza en esperanza, de promesa en promesa, para dejar que las cosas llegarán al último extremo. Y el Consejo me escuchó. Pero cuando la Asamblea estuvo reunida y se hizo necesario hablar ante vosotros, Esquines aquí presente avanzó, primero que nosotros (¡por Zeus y por todos los dioses, intentad ponerlos de acuerdo mutuamente de que digo verdad; ya que fué él quien, en aquel momento, causó daño a vuestra situación!). Esquines, pues, se abstuvo completamente de hacer un relato sobre la embajada o mencionar lo que se había dicho en el Consejo (si por lo menos hubiera pretendido que yo no decía la verdad). Pronunció un discurso de tal naturaleza y que ofrecía tantas ventajas, que se marchó después de haberos conquistado a todos. Regresaba, dijo, después de haber hecho comprender a Filipo todo cuanto interesaba a nuestro país, tanto en el asunto de los anficiones como en todo lo demás. Os expuso un largo discurso que, decía, había pronunciado Filipo contra los tebanos; os relató los puntos principales; calculó que por razón de su conducta en la embajada, en dos o tres días y permaneciendo entre vosotros sin exposición, sin obstáculos, os daríais cuenta de que Tebas estaba asediada, aislada y separada del resto de Beocia; que se reconstruiría Tespis y Platea (7), que el dios Delfos recobraría su dinero (8), no de los focenses, sino de los tebanos que habían proyectado la ocupación del santuario; ya que, decía, había advertido a Filipo que los autores del proyecto no son menos culpables que los ejecutores; y para esto, decía, los tebanos le habían ofrecido dinero. Explicaba que había oído decir que los eubeos estaban asustados y contrariados por las buenas

relaciones que existían entre Atenas y Filipo: «Observamos, ¡oh embajadores!, en qué condiciones habéis hecho la paz; no ignoramos que si vosotros le habéis dado Anfipolis, os ha prometido él la cesión de Eubea.» Por otro lado, decía, hay aún una cosa que él había preparado, pero de la que ahora no quería hablar, «ya que actualmente algunos de mis colegas están celosos de mí». Con estas palabras hizo una velada alusión a Oropos (9). Naturalmente tuvo un gran éxito, pasó por orador excelente y hombre extraordinario, y bajó de la tribuna con gran majestad. Yo me levanté para decir que no sabía nada de eso, al mismo tiempo que intentaba exponer algunas de las cosas que había relatado al Consejo. Pero teniendo a la derecha a este individuo y a la izquierda a Filócrates, gritaron, me empujaron y se rieron de mí. Vosotros también reísteis, rehusasteis escucharme, y no quisisteis creer más que lo que Esquines os había relatado. Y, ¡por los dioses!, digo que vuestros sentimientos me parecieron naturales. ¿Quién, esperando ventajas tan grandes, hubiera soportado que se le dijese que no se realizarían, o que se atacara a individuos de esta clase? Supongo que todo ocurriría por las esperanzas, las imaginaciones excitadas; la oposición aparecía como sutil estorbo y celosa; todos estos actos pasaban por extraordinarios y útiles al Estado.

»¿Cuál es, pues, mi objeto al recordaros esto en primer lugar a la vez que os lo expongo? Una primera razón esencial, ¡oh atenienses!, es para que ninguno de vosotros, cuando me oiga hablar de un hecho y lo juzgue formidable y exagerado, se sorprenda: «Entonces no hablaste tú en seguida, no nos advertiste.» Para que os acordéis de las promesas de esos individuos, mediante las cuales, en cada ocasión, han impedido que hablasen los demás, y de esta hermosa noticia dada por Esquines, y conozcáis las vejaciones que os ha hecho sufrir, engañándoos con esperanzas, charlatanerías y promesas que os han impedido conocer inmediatamente la verdad, es decir, en el momento en que era necesario. Tal es la primera razón, razón esencial, como he dicho, para esta exposición. ¿Cuál es la segunda, no menos importante que la primera? Para que vosotros recordéis de qué modo su actitud política, en la época en que no estaba a suel-

do, se hallaba en guardia y lleno de desconfianza a propósito de Filipo, y que examinéis la confianza y las muestras de amistad que inopinadamente le sucedieron. Si lo que este individuo os anunció se hubiera realizado y hubiese sido hermoso, a fe mía que pensaríais que esas ventajas obtenidas por el país lo han sido gracias a la fuerza y a la verdad; pero como se ha producido lo contrario de todo lo que os dijo, y esto ha traído al país una gran vergüenza e inmensos peligros, sabed vosotros que si ha cambiado ha sido por concupiscencia y vendiendo la verdad por dinero.

»Y ya que me veo obligado a hablar de eso, voy a exponeros ante todo de qué modo esas personas os han frustrado el asunto de la Fócida. Nadie de entre vosotros, ¡oh jueces!, debe, al ver la importancia del asunto, creer que mis acusaciones y mis imputaciones sobrepasan el valor de Esquines; al contrario, se debe observar que a cualquier hombre a quien vosotros hubierais confiado esta misión y dado plenos poderes en la coyuntura, cualquier hombre si hubiese querido, igual que este individuo, cobrar un salario a fin de engañaros, habría causado males iguales a los que ha causado éste. En efecto, si empleáis frecuentemente en los asuntos del Estado a hombres sin importancia, no por ello los asuntos de los cuales vuestro país es responsable ante el extranjero carecen de importancia; incluso se burlan de vosotros. Y además, quien ha causado la pérdida de los focenses es, lo imagino, Filipo; pero estos individuos le han ayudado. Es necesario, pues, examinar y ver si todo lo que incumbía a la embajada referente a la salvación de los focenses ha sido perdido y destruido voluntariamente por estas personas y no sólo si el hombre aquí presente lo ha destruido por sí solo. ¿De qué modo?

»Dame el proyecto de Decreto que el Consejo votó después de mi relato y el testimonio de este mismo, que ha redactado en este momento, para que sepáis que yo no me callé entonces para librarme ahora de la responsabilidad de los acontecimientos, sino que inmediatamente acusé y predije el porvenir; que el Consejo, al que nada le había impedido escuchar la verdad de mis labios, rehusó el elogio a esas gentes y no las quiso enviar a la Pritanía. Ahora bien, desde que Atenas existe

esto no había ocurrido con ningún embajador, ni siquiera con Timágoras (10), condenado a muerte por el pueblo, mas esto les ocurrió a ellos. Leedles desde el principio el testimonio, y luego el proyecto de decreto.

TESTIMONIO. PROYECTO DE DECRETO

»Aquí no hay, de parte del Consejo, ni elogio alguno ni invitación a la Pritania para los embajadores. Si Esquines lo pretende, que demuestre y procure testigos; yo le cedo la plaza. Pero nada hay. Ahora bien, si todos hemos efectuado nuestra embajada de la misma manera, con justo título el Consejo no ha otorgado ningún elogio a nadie, pues lo que todos hemos hecho ha sido escandaloso. Pero si alguno de entre nosotros hubiese obrado justamente y otros en sentido contrario, los criminales serían, según parece, quienes habrían hecho compartir este deshonor a las personas honradas. ¿De qué modo, pues, podéis saber fácilmente quién es el criminal? Acordaos de que, desde el principio, recriminaba yo lo que se había realizado. Evidentemente el culpable debía callarse, a fin de que no tuviera que comparecer a rendir cuenta de sus actos; pero a quien tenía pura la conciencia le resultaba escandaloso que su silencio pareciera complicidad con esos actos desvergonzados y criminales. Así pues, yo fuí quien desde el principio acusé a estas personas, y ninguno de ellos me ha acusado a mí.

»Tal fué, pues, el proyecto establecido por el Consejo. Pero cuando se reunió la Asamblea, cuando Filipo estaba ya en las Termópilas... (11) — fué allí donde se desarrolló el primero de todos los crímenes: haber hecho a Filipo árbitro de este asunto — y, cuando debíais escuchar un relato sobre esta cuestión, después de deliberar y finalmente ejecutar lo que se había decidido, haberlo hecho en el momento en que conocíais la cosa, Filipo estuvo ya en el lugar y fué muy difícil decir lo que debía hacerse. Por otra parte, nadie luchó contra este proyecto y nada escuchó el pueblo. Pero sí se levantó Esquines para deciros lo que ya os he expuesto: esta muchedumbre de ventajas con las que había, decía él, persuadido a

Filipo antes de regresar y a propósito de lo cual los tebanos le habían ofrecido dinero. Así vosotros, que al principio estabais trastornados por la llegada de Filippo y os irritabais contra esas personas que nada os habían explicado, os convertisteis en los hombres más suaves que existen, porque esperabais la realización de todos vuestros deseos y habíais rehusado escuchar mi voz o la de cualquier otro. Seguidamente se os leyó la carta de Filippo que este individuo había redactado (12) al separarse de nosotros. Era abiertamente, y en términos propios, una defensa escrita de las culpas de estos seres. En efecto, fué el mismo Filippo quien les había impedido, a pesar de que lo deseaban, marchar a las ciudades para recibir los juramentos; les había retenido para que ellos le ayudasen a reconciliarse con las gentes de Halo, con las de Farsalia. Tomó todo esto sobre sus hombros, y cargó con las faltas de todas esas gentes. Pero sobre Fócida, Tespis o lo que Esquines os había relatado, ni una sola palabra. Esto tampoco ha sido a causa del azar: por esto debéis castigar, pues, a estos individuos que nada han hecho ni ejecutado de cuanto vuestro decreto les ordenaba; Filippo es quien toma la responsabilidad de todo (por confesarse autor); él, a quien, me imagino, vosotros no sois capaces de castigar. Pero en lo que Filippo quería engañar y frustrar a Atenas, Esquines es quien lo ha relatado a fin de que más tarde, no pudierais denunciar ni hacer reproche alguno a Filippo, ya que no figuraría ni en ninguna carta ni en ningún decreto enviado por él. Leedles la misma carta que Esquines ha redactado (13), y que Filippo ha remitido. Y fijaos en que es tal como yo os la he expuesto.

CARTA

»Os dais cuenta, ¡oh atenienses!, de qué modo esta carta es bella y cuán llena está de humanidad. Pero sobre Focea, Tebas o las demás cosas anunciadas por Esquines no hay nada. Nada bueno. Vais a verlo inmediatamente. Las gentes de Halos, por la reconciliación de las cuales pretende Filippo haber retenido a los em-

bajadores, se han reconciliado tan bien que han sido expulsadas y la ciudad destruída. En lo tocante a los prisioneros, el hombre que examinaba qué placer podría causaros, os dice que no tiene ni la idea de liberarlos. Frecuentemente algunos han testimoniado en la Asamblea que yo había llevado dinero para liberarlos y esto va a ser atestiguado aun ahora; también para suprimir este servicio (14) que yo había realizado Esquines instigó a Filipo que escribiera esto. Y he aquí lo más importante: el hombre que había escrito en la primera carta traída por nosotros: «Escribiré explícitamente todo el bien que voy a haceros si cuento con vuestra confianza», una vez concluída la alianza dice no saber qué placer causaros, ni siquiera aquel que os había prometido; evidentemente esto lo sabía él, a menos que no os estuviera engañando; mas a fin de demostrar lo que entonces escribió en estos términos, toma la primera carta y léemela a partir de aquí. (*Lee.*)

EXTRACTO DE LA CARTA

»Así pues, antes de la conclusión de la paz, se empeñaba él, caso de obtener la alianza, en escribir todo el bien que causaría a nuestro país. Ahora que tiene las dos, dice que no sabe qué cosa podría causarnos placer, y que si vosotros habláis de ello, hará todo cuanto no le cause ni vergüenza ni deshonor, habiendo recurrido así a pretextos, y para el caso de que hablaseis de alguna cosa o estuviereis forzados a hacer insinuaciones, reservándose una vía de escape.

»Esto os lo hubieran podido probar entonces inmediatamente y mostrároslo sobre el terreno con muchas otras cosas, y no dejar que sucediesen los acontecimientos, si Tespis y Platea, si el castigo inmediato de los tebanos no hubiesen hecho que la realidad desapareciera. Por otra parte, si se trataba de que Atenas escuchase y se dejara engañar, había razón para decirlo; mas si esto debía efectuarse, era más útil callárselo. Si, en efecto, los asuntos estaban en un punto tal que, aun cuando se dieran cuenta de ello los tebanos, ninguna ventaja ob-

tendrían, ¿por qué no ocurrió eso? Si, por el contrario, eso no se ha podido realizar por el hecho de que ellos hayan sospechado, ¿de quién han sido las habladurías que lo han revelado? ¿No serán de este individuo? Pero no se debía ni quería realizar esto, y Esquines no contaba con ello, de tal manera que no debe ser acusado de haberlo revelado mediante habladurías. Era necesario que os engañase con sus discursos, que os indujera a no escuchar las verdades que yo os decía, reteneros en vuestras casas y hacer triunfar el decreto que debía causar la pérdida de los focenses. Tal es el motivo por el cual tramaba y discurría eso.

»Cuando oí que os hacía esas promesas tan enormes, yo que sabía muy bien que estaba mintiendo... — de qué modo lo sabía, voy a explicároslo: a partir del momento en que Filipo prestó juramento para rectificar la paz, estos individuos declararon que los focenses estaban excluidos del Tratado, cosa que naturalmente era necesario callar y dejar a un lado si se quería salvarlos; luego por el hecho de que estas declaraciones no provenían de los embajadores de Filipo ni de su carta; pero sí de este individuo —; apoyándome sobre estos indicios, me levanté, avancé, e intenté contradecirle; después, como vosotros rehusabais escucharme, me mantuve tranquilo, protestando solamente (en nombre de Zeus y de los dioses, recordadlo) que nada de esto sabía ni yo tenía ningún papel en ello; añadí que incluso no esperaba esto. Como vosotros estuvierais irritados por la frase «ni siquiera lo esperaba», os dije: «¡Pues bien, ¡oh atenienses!, si algo de esto ocurre, otorgad elogios, honores y coronas a estos individuos y no a mí; pero si ocurre lo contrario, será contra ellos contra quienes deberéis irritaros; yo me excuso.» «¡No — interrumpió Esquines —, no vamos a recusarte ahora, aunque más tarde no pretendas nada!» — «Sí, ¡por Zeus!», dije, «será que yo sea culpable.» Filócrates levantóse entonces para decir con mucha insolencia: «No me sorprende, ¡oh atenienses!, que Demóstenes y yo difiramos de opinión: él bebe agua y yo vino.» Y esto os hizo reír.

»Estudiad, pues, el decreto que tras esto redactó y propuso Filócrates: leyéndolo simplemente, está muy bien; pero cuando se reflexiona en las circunstancias en

que fué redactado y en las promesas que entonces hacía Esquines, se observará que estos individuos no hacían otra cosa que entregar los focenses a Filipo y a los tebanos casi con las manos atadas a la espalda. (*Lee el Decreto.*)

DECRETO

»Os habréis dado cuenta, ¡oh atenienses!, de qué modo en este decreto hormiguean los elogios y las galanterías: «La misma paz y la misma alianza para Filipo será válida también para sus descendientes...; se concederá un elogio a Filipo, ya que promete realizar la justicia.» Pero éste no prometía nada; daba lo mismo que incluso dijera que no sabría lo que podría hacer en interés vuestro. Era Esquines quien hablaba por él y hacía promesas. Filócrates, que se dió cuenta de que os sentíais arrastrados por los discursos de Esquines, añadió al Decreto: «Si los focenses no hacen cuanto deben y no devuelven el santuario a los anficiones, el pueblo griego marchará contra los adversarios.» Así pues, ¡oh atenienses!, cuando entonces vosotros permanecíais en vuestra casa en vez de salir a campaña, cuando los lacedemonios (15) habían regresado a su casa y adivinado la trampa, cuando ningún anfición estaba presente, salvo los tesalios y los tebanos, lo más elegantemente del mundo, Filócrates ha propuesto entregar el santuario, proponiéndoos devolverlo a los anficiones (¿Qué anficiones? En aquel lugar no había ninguno, salvo los tebanos y los tesalios); pero él no proponía «convocar a los anficiones..., diferir incluso su reunión..., enviar a Proxenos en socorro de los focenses..., hacer salir a los atenienses», ni nada parecido. Por otra parte, Filipo había enviado asimismo dos cartas, a fin de invitaros, pero no para que vosotros salierais a campaña. Nada de eso. Ya que no sería luego de haber suprimido el retraso durante el cual podríais haber salido de expedición, que os habría convalidado; no me hubiera impedido regresar aquí cuando yo lo deseaba; no habróa ordenado a Esquines que os pronunciara un discurso que en forma alguna debía incitaros a una expedición. Se debía a que, figurándose que

haríais vosotros lo que él deseaba, no votaseis nada que le fuera desfavorable; para que los focenses, en vez de defenderse y resistir apoyándose en las esperanzas que vosotros les dieseis, estuvieran completamente desesperados y se entregaran en sus manos. Lee el texto mismo de las cartas de Filipo.

CARTAS

»Así pues, estas cartas nos invitan, y ¡por Zeus!, para pronto. Ahora bien, ¿si en ellas hubiera alguna cosa buena, qué hubiesen hecho estas personas sino aconsejarnos que partierais de expedición y que Proxenos interviniese rápidamente, ya que sabían que estaba por allí? (16). Pero se que ellos hicieron todo lo contrario. Naturalmente: no prestaron ninguna atención a lo que escribió Filipo, mas conocían lo que en su espíritu había al redactar esta carta; a esto aportaron ellos su colaboración y concurso (17). Cuando los focenses conocieron lo que entre vosotros había ocurrido en la Asamblea, cuando tuvieron en sus manos el Decreto de Filócrates, cuando conocieron el relato de Esquines y sus promesas, quedaron completamente anonadados. Había entre ellos personas que desconfiaban de Filipo, personas razonables; éstas fueron inducidas a tener confianza en él. ¿A causa de qué? Porque ellos creían que, incluso en el caso de que Filipo les engañara diez veces, jamás los embajadores atenienses osarían engañar a los atenienses; aunque se trataba de la verdad que Esquines os reportó, y el desastre se aproximaba a los tebanos y no a ellos. Había otras personas que pensaban que era necesario luchar a cualquier precio. Lo que también rompió su energía fué el haber sido persuadidos de que Filipo les había perdonado y que, si ellos no obraban así, marcharíais vosotros contra ellos, precisamente vosotros, de quienes esperaban ellos socorros. Algunos imaginaban asimismo que vosotros sentíais haber concluido la paz con Filipo; a ésos se les mostró que vosotros habíais votado el extender esta paz a sus descendientes, de manera que ellos desesperaron por completo de vosotros. He aquí por qué

estos individuos han acumulado todo esto en ese Decreto. Y éste es, a mi modo de ver el más grande de los crímenes cometidos por ellos contra vosotros: concluyendo la paz con un hombre mortal (18), y que debía su poder a ciertas circunstancias, haber hecho eterna la vergüenza de nuestro país; haberle privado, aparte lo otro, incluso de los beneficios del azar; haber dado prueba de una tal maldad que han cometido un crimen, no sólo contra los atenienses de ahora, sino también contra todos aquellos que existir pudieran; ¿no es esto espantoso? Jamás hubieseis aceptado añadir a la paz la cláusula que la extendía a los descendientes si no hubieseis depositado entonces vuestra confianza en las promesas trasladadas por Esquines, promesas en las cuales han confiado lo focenses y les han perdido. En efecto, se han rendido a Filipo y le han entregado voluntariamente sus ciudades y han tenido una suerte muy distinta a la que Esquines os había anunciado.

»A fin de haceros conocer claramente que la cosa es así y que gracias a estos individuos la situación ha sido perdida, voy a enumeraros las fechas de cada uno de los hechos. Si alguien tiene alguna objeción que hacer, puede levantarse y hablar durante el tiempo que me ha sido reservado. La paz tuvo efecto el día 19 de Elafebolión; nosotros estuvimos ausentes, a causa de los juramentos, tres meses (19) enteros. Durante ese tiempo, los focenses no sufrieron nada. Regresamos de la embajada correspondiente a los juramentos el día 13 de Esciroforión, cuando Filipo estaba ya en las Termópilas y hacía a los focenses ciertos ofrecimientos en los cuales aquéllos no confiaban. La prueba: si no hubiera ocurrido esto, ellos no hubiesen venido a encontraros. Después, la Asamblea, en la que esos individuos han hecho que se perdiera todo, al engañaros, se efectuó el 16 de Esciroforión. Calculo que las noticias de lo ocurrido aquí tardaron cuatro días en ser conocidas de los focenses; ya que sus embajadores estaban aquí y prestaban atención a lo que explicarían estos individuos y a lo que vosotros ibais a votar. Según eso, admitimos que el día 20 de Esciroforión es cuando los focenses recibieron noticias de lo ocurrido entre vosotros, o sea el quinto día después del 16. Así pues, 20 Esciroforión, 21, 22; en este día tuvo efecto

el armisticio, y allí abajo todo fué perdido y acabado. ¿Queda claro esto? El día 26 teniais vosotros una Asamblea en el Pireo, por la cuestión de los arsenales, cuando Derkilos llegó de Calcia y os dijo que Filipo había puesto todos los asuntos de allí en manos de los tebanos; calculaba que era el quinto día después del armisticio; así pues, 26 Esciroforión, 25, 24, 23, 22; se llega asimismo al quinto día.

Así, por las fechas en que esos individuos han hecho su relación o sus proposiciones, por todo esto, son convictos de haber ayudado a Filipo y de haber sido cómplices suyos en el desastre de los focenses. Por otra parte, el hecho de que ninguna ciudad focense haya sucumbido a un cerco o a un asalto por la fuerza, que todas hayan sido destruidas a fondo a continuación del armisticio, es la prueba más grande de que la suerte de los focenses proviene del hecho de que esos individuos les hubieran persuadido de que Filipo les salvaría. Tráeme el texto de la alianza con los focenses y las decisiones que han hecho destruir sus fortificaciones, a fin de que conozcáis los apoyos que ellos tenían en vosotros y lo que les han hecho obtener esos enemigos de los dioses. (*Lee.*)

ALIANZA ENTRE LOS FOCENSES Y LOS ATENIENSES

»He aquí, pues, lo que ellos encontraban en vosotros: amistad, alianza, resistencia. Escuchad ahora lo que de hecho han obtenido de ese individuo que ha impedido que les asistierais. (*Lee.*)

ACUERDO ENTRE FILIPO Y LOS FOCENSES

»¿Comprendéis, ¡oh atenienses!? «Acuerdo entre Filipo y los focenses», y dice (20) no un acuerdo de los focenses con los tebanos ni de los focenses con los tesalios ni con los locrios, ni con ningún otro de los pueblos representados. Además, «los focenses entregarán sus ciudades a Filipo», dicen, no a los tebanos ni a los tesalios

ni a ningún otro cualquiera. ¿Por qué? Porque este individuo os había dicho que Filipo llegaba, a fin de salvar a los focenses. Así pues, en Esquines es en quien confiaban del todo, hacia Esquines miraban, con Esquines hacían la paz. Leeré la continuación y observad a qué suerte les ha conducido esa confianza. ¿Es esto parecido o análogo a lo que Esquines explicaba? (*Lee.*)

DECISIÓN DE LOS ANFICTIONES

»¡Oh atenienses! Nada ha ocurrido tan terrible ni tan grave en Grecia en nuestro tiempo, ni incluso, creo, en el pasado. Ahora bien, en todos estos asuntos, un hombre solo, Filipo, ha decidido soberanamente, gracias a esos individuos, cuando Atenas todavía existe, cuya tradición consiste en dirigir a Grecia y no cerrar los ojos ante tamaños actos. Puede observarse la destrucción sufrida por los focenses, no sólo tras esas decisiones, sino también luego de los actos realizados; espectáculo espantoso, ¡oh atenienses!, y lamentable. Cuando recientemente fuimos a Delfos, nos vimos forzados a comprobar todo esto; casas destruidas, murallas derruidas, tierra vacía de hombres (21), algunas mujeres, algunos niños, ancianos, una lástima. Toda palabra sería insuficiente para dar idea de las desgracias que allí abajo existen. Y sin embargo, he oído deciros que los focenses habían votado anteriormente en contra de los tebanos cuando se propuso reducirlos a la servidumbre (22). ¿Cómo creéis, pues, ¡oh atenienses!, que vuestros antepasados, si de nuevo recobraran los sentidos, pensarían o votarían a propósito de los responsables del desastre ocurrido a los focenses? Por mi parte creo que, incluso si ellos los lapidaran con sus propias manos, se considerarían enteramente puros. ¿No es vergonzoso (y peor aún, si es que puede encontrarse algo peor) que quienes nos salvaron anteriormente, quienes dieron el voto salvador, sufran una suerte contraria a causa de esos individuos, que sufran lo que no ha sufrido ningún otro griego? ¿Quién es responsable de esto? ¿Quién es el autor de semejante engaño? ¿No es este individuo?

»Habría razón, ¡oh atenienses!, para felicitar a Filippo por muchos de los rasgos felices de su destino; pero ante todo podría felicitársele por un rasgo que, ¡por los dioses y las diosas!, no me es posible decir si algún otro hombre de nuestro tiempo ha aprovechado. En efecto, haber tomado grandes ciudades, sometido vastos territorios, todas las cosas de esta clase son, a mi modo de ver, hermosas y envidiables. ¿A qué negarlo? No obstante, alguien podría decir que muchos otros han realizado también esto. Pero he aquí algo que le distingue, un éxito que absolutamente nadie más ha obtenido. ¿De qué se trata? Haber encontrado, cuando sus asuntos tenían necesidad de canallas, mayor cantidad de éstos de lo que era necesario. En efecto, ¿cómo no tener razón al juzgar así a estos individuos? Las mentiras que Filippo ni osaba imaginar en interés propio cuando había semejante posibilidad, que no había escrito en una sola carta, que ninguno de sus embajadores había dicho, esos individuos se han vendido para decirlas y para engañaros. Antípatros y Parmenión, que obedecían a un dueño y no debían encontrarse de nuevo con vosotros, han encontrado no obstante el medio de no engañaros directamente. Pero éstos, unos atenienses, ciudadanos de un país más libre, nombrados embajadores; cuando sois vosotros, personas a quienes ellos debían hablar y mirar a la cara, personas con quien ellos se veían forzados a vivir el resto de su vida y a quienes debían rendir cuenta de sus actos, estos individuos han aceptado engañaros. ¿Podrían existir hombres más criminales o más insensatos? A fin de que sepáis que Esquines está maldito igualmente por vosotros, y que ni la Ley ni los dioses os permiten absolverle, puesto que ha mentido de esta manera, toma y lee la maldición señalada por la Ley; hela aquí.

MALDICIÓN

»He aquí la plegaria, ¡oh atenienses!, que al dar comienzo cada asamblea pronuncia para vosotros el heraldo, por disposición de la Ley, y cuando el Consejo está reunido en sesión, de igual modo delante de él. Esquines

no puede decir que no la conozca perfectamente; pues siendo un humilde escriba y empleado del Consejo, fué él quien explicó esta ley al heraldo. ¿No obraríais de manera ilógica y monstruosa si lo que encargarais a los dioses que por vosotros hagan, mucho más lo reclamáis de ellos, no lo hicierais hoy que estáis en el poder; si a este hombre para el que pedís que los dioses le destruyan con su familia y su casa, a este mismo hombre vosotros perdonarais? ¡Jamás! Pedid que aquel que se os escape sea castigado por los dioses; pero no encargéis más a los dioses que castiguen a quien vosotros mismos tenéis detenido.

»Por lo que oigo decir, Esquines llegará a un punto de audaz impudor en el que, dejando de lado todos sus actos, sus informes, sus promesas, sus engaños respecto al Estado, como si él hubiese sido juzgado delante de otros distintos a vosotros que todos conocéis, incriminará primero a los lacedemonios, después a los focenses, y luego a Hegesipo (23). Esto es una irrisión, o mejor dicho una formidable muestra de impudor. Todo cuanto va a decir a propósito de los focenses, los lacedemonios o de Hegesipo: que ellos no han recibido a Proxenos, que se trata de impíos que..., sea cual fuere lo que incrimine en ellos, todo esto estaba evidentemente realizado antes de que estos embajadores hubiesen regresado aquí y no constituía un obstáculo para la salvación de los focenses, aun cuando lo declare... ¿quién? El mismo Esquines aquí presente. No es que los focenses hubiesen podido salvarse sin la actitud de los lacedemonios, o sin su propio rehusamiento de recibir a Proxenos, o sin la actitud de Hegesipo, o sin esto o aquello; no fué esto lo que dijo entonces. Descuidando todo esto, pretende explícitamente haber regresado después de que Filipo decidió salvar a los focenses, reorganizar Beocia y hacer más favorable la situación para vosotros; todo ello sería un hecho, listo en dos o tres días; y en razón de esto le habría sido ofrecido dinero por los tebanos. No escuchéis, pues, cuanto ha sido realizado por los lacedemonios o los focenses antes de que Esquines haya hecho este informe ni lo soportéis; no le dejéis incriminar a los focenses diciendo que se trata de criminales. No por sus virtudes precisamente salvasteis, en efecto, en otro tiempo, a los lacede-

monios ni a los detestables eubeos (24) aquí presentes, ni a muchos otros, sino porque su salvación interesaba a nuestro país como ahora interesa la de los focenses. ¿Y en qué ha impedido una falta de los focenses, de los lacedemonios, de vosotros mismos, de cualquiera; falta posterior al discurso de Esquines, en qué ha impedido la realización de lo que éste os había dicho entonces? Preguntádselo; no podrá demostrároslo. En efecto, han bastado cinco días: este individuo ha hecho su relato, vosotros lo habéis creído, los focenses lo han recibido, han capitulado y han perdido. Lo que demuestra, me imagino, que todo esto ha sido una maquinación hecha para perder a los focenses. Durante todo el tiempo en que, por razón de la paz, Filippo no podía acercarse y solamente se preparaba, llamaba a los lacedemonios, les prometía hacer por ellos lo que pudiese para impedir que, por vuestra mediación, los focenses se conciliasen. Pero cuando llegó a las Termópilas y los lacedemonios adivinaron la trampa y se retiraron, entonces envió como explorador a este individuo encargado de engañaros; quería evitar que, si os dabais cuenta de que trabajaba en favor de los tebanos, se entablara una guerra en que vosotros mismos ayudaríais a los focenses; quería, por el contrario, subyugarlos sin combate, como así sucedió. No es, pues, porque Filippo haya engañado a los focenses y a los lacedemonios por lo que Esquines no debe ser castigado de haberos engañado; no sería justo.

»Si, en compensación de la pérdida de la Fócida, de las Termópilas y del resto, Esquines dice que el Quersoneso ha quedado para Atenas, ¡por Zeus y por los dioses, oh jueces!, no aceptéis esto; no soportéis que, aparte las vejaciones que nos ha traído su embajada, su defensa constituya una vergüenza para nuestro país, como si fuera por poner en seguridad unas de vuestras posesiones privadas por lo que habéis sacrificado la salvación de vuestros aliados. No, no hagáis esto. Cuando la paz ya estaba concluída y el Quersoneso ya no peligraba, durante cuatro meses después los focenses estaban sanos y salvos, y fueron las mentiras de este individuo lo que, al engañaros, los han perdido más tarde. Después debéis convenir que el Quersoneso está ahora más amenazado que antes. ¿Acaso Filippo, si se hubiera acercado a

él, habría sido castigado mejor antes de haber privado a nuestro país de alguno de sus apoyos, o bien ahora? Mi opinión es que entonces. ¿Qué significa, pues, la conservación del Quersoneso, ahora que han desaparecido los temores y los peligros para quien quisiera hacerle daño?

»Me parece que aun tendrá el valor de decir que se sorprende de verse atacado por Demóstenes y no por un focense. Porque él es así, es mejor advertiroslo de antemano. Entre los focenses que han abandonado a su país, los unos, los mejores, los más honrados a mi entender, son los exilados que después de tales sufrimientos se mantienen quietos. Ninguno de ellos aceptaría exponerse a un odio personal por las desgracias de la nación. Los otros, que habrían hecho no importa qué cosa por dinero, no encuentran quien se lo diera. Ahora bien (25), yo no daría nada a nadie para que viniera a socorrerme y gritar sus sufrimientos; la verdad y los hechos son demasiado habladores. Por otra parte, el pueblo focense está en una situación tan penosa y tan lamentable, que nadie puede hablar de ser acusador en una rendición de cuentas en Atenas: son esclavos y se mueren de miedo ante los tebanos y los mercenarios de Filipo, que fácilmente los dispersan. No le dejéis, pues, hablar así; forzadlo a demostrar, o bien que los focenses no han sido batidos, o bien que él no prometió que Filipo los salvaría; ésta es la cuenta a pedir de una embajada: ¿Qué ha pasado? ¿Qué relato has hecho? Si es verídico, sálvate; si es falso, que seas castigado. Si aquí no hay focenses, ¿qué importa? Tú, por tu parte, les has puesto en tal estado, y me imagino que no pueden ni ayudar a sus amigos ni resistir a sus enemigos.

»Por otra parte, sin hablar de la vergüenza y del deshonor que han producido estos acontecimientos, es fácil demostrar que han sumergido a nuestro país en grandes peligros. ¿Quién de vosotros ignora que la guerra de la Fócida y el dominio de los focenses sobre las Termópilas nos daban seguridad por el lado de los tebanos y la certidumbre de que ni Filipo ni los tebanos entrarían en el Peloponeso, ni en Eubea ni en el Ática? Esta seguridad que os daban los lugares y los mismos acontecimientos, persuadidos por los engaños y las men-

tiras de esos individuos, los habéis perdido; cuanto estaba apoyado por las armas, por una guerra continua, por grandes países aliados, por un vasto territorio, lo habéis dejado derribar. Y verdaderamente vuestra expedición a las Termópilas no os ha aprovechado nada, ya que os ha costado más de doscientos talentos, si contáis los gastos particulares de los soldados; las esperanzas relacionadas con los tebanos, no os han dado nada. Pero en medio de los servicios escandalosos que este individuo ha rendido a Filipo, el que es más ultrajante para nuestro país y para vosotros, escuchadme, que os lo voy a decir: Filipo estaba desde el principio resuelto a hacer todo lo que ha hecho por los tebanos y este individuo os ha relatado lo contrario y ha hecho ver que os oponíais a ello, acrecentando así el odio de los tebanos hacia vosotros y su reconocimiento a Filipo. ¿De qué modo un hombre podría trataros más ultrajantemente que así?

»Toma y lee el Decreto de Diofantos y el de Calístenes (26), para que sepáis que en la época en que hacíais lo necesario, obteníais sacrificios y elogios en vuestro país y en el extranjero; pero que una vez extraviados por estos individuos, habéis recogido del campo a vuestras mujeres y niños y habéis votado hacer en el interior de los muros los sacrificios de Heracleion, esto en plena paz. Así tampoco me sorprendería que a este hombre, que no ha permitido honrar a los dioses según el rito tradicional, a éste, lo dejaseis sin castigar. (*Lee el Decreto.*)

DECRETO

»He aquí lo que votasteis en otro tiempo, ¡oh atenienses!, y que era digno de vuestros actos. (*Lee lo que sigue.*)

DECRETO

»He aquí lo que votasteis entonces para esta gente, cuando no era con estas esperanzas como pensabais concluir la paz y la alianza y que os dejasteis persuadir de que se incluyera la fórmula: «Y para los descendien-

tes»; pero era porque vosotros pensabais obtener ventajas extraordinarias. Pues bien, después de esto, cada vez que oigáis decir que los mercenarios de Filipo están cerca de Portmos (27) o de Megara, os trastornaréis; lo sabéis todos. No porque Filipo aún no haya puesto pie en Ática es necesario adormecerse y seguir deliberando; es preciso ver si, gracias a estas gentes, ha obtenido la facultad de obrar de la manera que sea; es necesario abrir los ojos sobre este peligro y detestar y castigar al hombre que es responsable de esto y ha procurado a Filipo esa facultad.

»Esquinas, lo sé bien, evitaré hablar acerca de los hechos mismos de la acusación; en su deseo de distraer lo más que pueda vuestra atención sobre sus actos, exponiendo la cantidad de bienes que, según él, trae la paz a los hombres, e inversamente los males que trae consigo la guerra; hará un elogio general de la paz; ésta será su defensa. Pero, de todas maneras, esto es una requisitoria contra él mismo. Si, en efecto, lo que proporciona a los demás tanto bien ha sido para nosotros causa de tantas turbulencias, debe decirse que ésta es una cosa distinta, o si no, que estas gentes, por los regalos recibidos, han transformado en mal lo que por naturaleza es un bien. «¿Cómo? ¿No nos quedan trescientas trieras, y su equipo y dinero, lo que no nos quedaría si no hubiésemos tenido la paz?» Es lo que sin duda dirá. Como respuesta debéis pensar que, gracias a la paz, Filipo ha adquirido, también él, muchos recursos, pertrechándose de armas, de territorios, de rentas muy importantes para él. Para nosotros algunas son importantes. Pero los recursos de los aliados, gracias a los cuales todo el mundo se procura ventajas para sí mismo o para los más fuertes, han sido vendidos por estos individuos, han desaparecido o se han debilitado; los de Filipo se han engrandecido considerablemente. No es justo, pues, que mientras los aliados y Filipo se engrandecen gracias a estas gentes se cuente, en compensación, lo que ellos han dejado libre, lo que nos puede pertenecer en justicia por el mismo hecho de la paz. Lo uno no reemplaza a lo otro; es necesario mucho más; pues, de todas maneras, esto os pertenecería y el resto se hubiera añadido a ello sin la actitud de estos individuos.

»He aquí, ¡oh atenienses!, lo que en regla general consideráis justo; si han ocurrido muchas catástrofes a nuestro país, pero de ninguna de ellas es responsable Esquines, que vuestra cólera no caiga sobre él; pero si ha sido otro el que ha hecho su deber, no salvéis por ello a Esquines; examinad todo aquello de que Esquines es responsable y testimoniadle vuestro reconocimiento si lo merece, o, por el contrario, vuestra cólera. ¿Cómo descubrir esto con justicia? No dejando que lo revuelva todo, las faltas de los generales, la guerra contra Filipo y los buenos resultados de la paz; examinando separadamente cada cosa. Por ejemplo: ¿estamos en guerra con Filipo? Sí. ¿Sobre este punto hay alguien que hace reproches a Esquines? ¿Alguien quiere acusarle por los hechos de la guerra? Nadie. Pues sobre este punto por lo menos está fuera de causa y ya no se debe hablar más. Sobre los puntos contestados el acusado debe remitir su testimonio y exponer sus presunciones, en lugar de engañar refiriéndose a hechos incontestados. Pues nadie te dice que hables de guerra; nadie te reprocha nada a este respecto. Después de esto, ciertas personas nos aconsejan que hagamos la paz; las hemos escuchado; hemos enviado embajadores; éstos (28) han traído aquí a las personas encargadas de concluir la paz. ¿Es que aun hay allí alguien para reprochar a Esquines? ¿Alguien que diga que es él quien ha propuesto la paz o que es culpable por haber traído aquí a los negociadores? No, no hay nadie. Entonces tampoco se debe hablar sobre la paz, él no es responsable. Pero se me podría decir: «¿Qué es este lenguaje, amigo mío? ¿Dónde empieza tu acusación?» En el momento, ¡oh atenienses!, en que discutíais, no si era necesaria o no la paz (eso ya estaba decidido), sino qué paz debía hacerse; entonces Esquines se opuso a los que hablaban según el derecho; recibió presentes para apoyar al hombre pagado para que redactase una proposición; después, designado por vosotros para recibir los juramentos, no hizo nada de lo que habíais ordenado, causó la pérdida de los aliados que habían escapado en la guerra, y mintió como jamás lo ha hecho ningún hombre ni antes ni después de él; al principio, hasta el momento en que Filipo hubo obtenido el negociar una paz, fueron Ctesifonte

y Aristodemos los que desempeñaron el primer papel en el engaño; después cuando fué necesario realizarlo, pasaron la palabra a Filócrates y a Esquines, y éstos, al encargarse del asunto, lo han perdido todo. Luego, cuando se trató de rendir cuentas a la justicia, este individuo, un malhechor según mi modo de ver, un enemigo de los dioses, un burócrata, va a defenderse como si se le juzgara por la conclusión de la paz. No se le acusa para que rinda una cuenta más detallada que ésta; otra cosa sería una locura. No: observa él que en sus actos no hay nada bueno, y sí solamente crímenes; pero la defensa de la paz, a falta de otra cosa, es por lo menos una frase popular. Esta paz, me temo, ¡oh atenienses!, me temo mucho que la poseamos, sin ningún género de dudas, a un precio exorbitante. Ya que lo que podía asegurarla lo han entregado esos individuos: quiero decir la Fócida y las Termópilas. En todo caso, no ha sido gracias a Esquines como en principio la hemos concluido. Voy a decir algo paradójico (29), pero de todas maneras exacto: si él desea alegrarse de la paz, debe agradecerla primero a los generales a quienes todo el mundo acusa; si hubieran hecho éstos la guerra como vosotros queríais, ni hubieseis sufrido que se hablara de paz. En efecto, la paz llegó gracias a ellos, pero ha pasado a ser peligrosa, frágil e incierta precisamente a causa de esos individuos que se han dejado comprar. Así pues, prohibidles hablar de paz; llevadle a hablar de sus actos. No es Esquines quien está en juicio a causa de la paz; es la paz lo criticado a causa de Esquines. He ahí la prueba: si la paz hubiera tenido efecto sin que vosotros hubieseis sido engañados a continuación, ¿qué hubiese habido de molesto en esa paz si se acepta que ella no tenía gloria alguna? Por otra parte, Esquines es también responsable de esto por haber sostenido a Filócrates. Pero entonces nada irreprochable hubo en ello; actualmente, a mi modo de ver, hay muchas cosas que son irreparables y cuyo autor es él.

»Creo que todos sabéis que todo eso ha sido perdido por obra de estos individuos, y de manera odiosa y criminal. Pero, ¡oh jueces!, yo estoy lejos de traer a este asunto ningún espíritu de calumnia o pedirlo entre vosotros en el caso de que todo ello fuese debido a inepticia,

por falta de inteligencia o aun por ignorancia; por mi parte pongo a Esquines fuera de causa y os aconsejo que me imitéis. Y sin embargo, ninguna de esas excusas está conforme a la moral política o a la justicia. Nadie recibe de vosotros la orden de hacer política; nadie está forzado a ello. Cuando alguien, persuadido de que es capaz para ello, se presenta ante vosotros, actuáis como hombres prudentes y acogedores, le recibís con favor y sin envidia alguna, le dais incluso vuestros votos y le confiáis vuestros asuntos. Si, pongo por caso, tiene éxito, se verá honrado y en ese terreno estará por encima de la mayoría. Si fracasa, podrá recurrir a las excusas o a los pretextos. Pero no es justo. De nada serviría a nuestros aliados abatidos, a sus hijos, a sus mujeres, a todos los demás, el que su suerte fuese debida a mi ineptitud, para no hablar de la de ese individuo; muy lejos de ello. De todos modos, absolved a Esquines de esos actos espantosos y extraordinarios, si se demuestra que ha fracasado por falta de inteligencia, o mejor aún, por ignorancia. Pero si es a causa de mala voluntad, por dinero o por regalos, y si esto está probado por los mismos hechos, antes que nada, si es posible, hacedlo ejecutar; si no, dejadle vivir, pero que sirva de ejemplo para el futuro. Examinad, pues, entre vosotros qué justas pruebas de esos hechos os han sido dadas.

»He aquí evidentemente el lenguaje que Esquines se habría visto obligado a mantener respecto a la Fócida, Tespis y Eubea si no se hubiera vendido y no os hubiese engañado con deliberado propósito. Una de dos: o bien él hubiera oído a Filipo hacer promesas de que él haría o ejecutaría esto, o bien, en caso contrario, habría sido engañado por amabilidades sobre estos otros puntos y había esperado obtener esto de Filipo. Fuera de esto, nada es posible. Así pues, por estas dos razones, él, más que nadie en el mundo, es quien debe detestar a Filipo. ¿Por qué? Porque éste, en tanto ha podido, le ha colocado en la situación más desastrosa y más vergonzosa. Os ha engañado, está deshonrado, merece la muerte, sufre un juicio; y si se hubiera hecho lo que se debía, tiempo ha que estaría perseguido por alta traición. De hecho gracias a vuestra tonta bondad, rinde solamente sus cuentas, y esto en el momento que más

le place. ¿Hay alguien de entre vosotros que haya oído una palabra de Esquines contra Filipo? ¿Se le ha visto criticarlo o hablar de él? No. Todos los demás atenienses lo han acusado; incluso los que primero llegaron, ya que sus intereses particulares no sufren por esto. Por mi parte, yo esperaba de Esquines el siguiente lenguaje, si no estuviera vendido: «Atenienses, haced de mí lo que queráis; he tenido confianza, he sido engañado, he cometido faltas, lo reconozco. Pero, ¡oh atenienses!, guardaos de ese individuo; es un pérfido, un tramposo, un criminal. ¿No veis lo que me ha hecho? ¿De qué modo me ha engañado?» Yo no lo he oído, ni vosotros tampoco. ¿Por qué? Porque no es una víctima de la seducción o del engaño, sino porque se ha vendido y ha tomado dinero habla en estos términos y se ha entregado a Filipo: se ha convertido en un asalariado honrado y formal; pero para vosotros, de quienes era un conciudadano y un embajador, un traidor, y no una vez, sino tres merece la muerte.

»No es ésta la única prueba de que todas sus palabras de entonces estaban inspiradas por el dinero. Recientemente (30), algunos tesalios han venido a encontraros y con ellos embajadores de Filipo, pidiéndoos que Filipo forme parte de la Anfictionía; ¿a quién convenía, pues, más que a nadie en el mundo, hablar contra esto? A Esquines aquí presente. ¿Por qué? Porque todos los actos de Filipo han sido contrarios a lo que Esquines os relató. Dijo que Filipo fortificaría Tespis y Platea; que lejos de causar la pérdida de los focenses, castigaría la insolencia de Tebas. Filipo ha hecho de Tebas la potencia más importante y ha destruido por completo a los focenses; no ha fortificado Tespis y Platea, y además ha reducido a la esclavitud a Orcomenes y Queronea. ¿De qué modo podría hacer actos más opuestos? Ahora bien, Esquines no ha hecho oposición; no ha abierto la boca, no ha dicho una sola palabra contra ello. Y no es esto lo más espantoso, por fuerte que sea, sino que fué el único entre todos nuestros conciudadanos que apoyó la proposición. Y esto ni el mismo malvado Filócrates ha osado hacerlo; sólo Esquines, aquí presente. Como le interrumpierais y os negaseis a escucharle, descendió de la tribuna y, para hacerse notar de los embajadores de

Filipo, dijo que había muchas personas para interrumpir, pero pocas para hacer la guerra en caso de necesidad (evidentemente lo recordáis), mientras que él es, me imagino, por su parte, un admirable soldado, ¡por Zeus!

»Por otra parte, si no podemos demostrar que alguno de los embajadores ha recibido algo, si es imposible comprobarlo, quedará el examinar la tortura y los medios de esta especie. Pero ya que Filócrates no sólo lo ha confesado frente a la Asamblea, sino que lo ha demostrado con actos, comprando trigo, amenazando que se iría a Macedonia si no era elegido por vosotros, importando madera, cambiando oro a la vista de todas las Bancas, evidentemente le es imposible a Esquines decir que él nada ha recibido, él que también confiesa y muestra su crimen. ¿Existe un hombre bastante tonto y miserable para hacer que Filócrates cobre y a la vez sea él mismo deshonorado y corra peligros, pudiendo ser considerado inocente, por querer hacer la guerra a éstos y ponerse en el momento del juicio al lado de Filócrates? Nadie, a mi modo de ver. Pero, en todo esto, si hacéis un minucioso examen, encontraréis, ¡oh atenienses!, pruebas claras de que Esquines ha cobrado dinero.

»Examinad aún una prueba reciente, en la que se demuestra que está vendido a Filipo. Hace algunos días, cuando Hipérides acusaba a Filócrates de alta traición, subí a la tribuna para decir que desaprobaba la acusación en un solo punto: que Filócrates fuese responsable de tan inmensos crímenes y los otros embajadores de ninguno. Negué que hubiera sido así: jamás Filócrates habría sido descubierto si no hubiese tenido a otros compañeros como colaboradores. «Pues — dije —, para impedir que yo ponga fuera de causa o que acuse a quien sea, y para que los mismos hechos descubran a los responsables y dejen fuera a los inocentes, que se levante quien quiera, que suba a la tribuna y os declare que no es cómplice de los actos de Filócrates y que los desaprueba. Al que haga esto lo pondré fuera de esta causa.» Lo recordáis, sin duda, si no me engaño. Ahora bien, nadie subió a la tribuna ni se presentó. De los demás, cada uno tenía su razón: uno no estaba sometido a la rendición de cuentas (31), otro no estaba allí, el otro

era pariente de Filócrates. Pero en Esquines no se daba ninguna de estas razones. Se vendió sin reserva no solamente en el pasado, sino que ahora demuestra que si escapa seguirá siendo el hombre de Filipo contra vosotros; hasta el punto que para no decir una sola palabra contra Filipo, él no se pone fuera de la causa cuando tiene oportunidad de hacerlo; acepta ser deshonrado, sufrir un juicio, sufrir lo que sea, con tal de no dejar de complacer a Filipo. Y por lo tanto, ¿qué es esta asociación, esta gran solicitud para Filócrates? Si este último, aunque hubiera cumplido su embajada de una manera excelente y útil en todo, obtuvo dinero como embajador (como así lo ha confesado), el que hubiera cumplido íntegramente su mandato se hubiese puesto al abrigo, tomado precauciones y testimoniado sus actos personales. Ahora bien, Esquines nada ha hecho. ¿No es esto, ¡oh atenienses!, una prueba evidente? ¿Es que esto no denota que Esquines ha sido pagado, que por dinero se hace criminal perpetuo, y no por tontería ni por ignorancia ni por error? «¿Y quién atestigua que yo he recibido regalos?», exclamará. No obstante éste es el argumento más claro. Son los hechos, ¡oh Esquines!, los testigos más seguros, de los cuales no se puede decir ni pretender que lo sean por docilidad o en favor de cualquiera; son ellos quienes, durante la investigación, se muestran conforme los has realizado por tu traición y tu corrupción. Y aparte los hechos, vas a ser tú quien, dentro de un momento, atestiguarás contra ti mismo. Levántate y ven a responderme aquí. Pues no pretenderás que tu inexperiencia oratoria te impida responderme. Tú que apareces como acusador en los procesos de una manera nueva (como si se tratase de dramas) e incluso en procesos sin testigos, durante un día entero, tienes evidentemente una habilidad consumada.

»Como Esquines aquí presente ha cometido muchos actos espantosos y llenos de perversidad, creo que no hay, a mi modo de ver, nada más horrible que esto de que voy a hablar, ni que más directamente pruebe que él se haya vendido y entregado por entero. Cuando enviasteis una vez más, la tercera, una embajada a Filipo, a seguido de estas grandes y hermosas esperanzas de las que salía garante Equines, vosotros designasteis a él, a

mí mismo y en su mayoría a los mismos embajadores exteriores. En lo que mí se refiere, me adelanté rápidamente para excusarme bajo la fe del juramento; y como algunos me interrumpían ruidosamente y me apremiaban a marchar, yo declaré que no me iría. Esquines fué igualmente elegido. Pero cuando la Asamblea fué levantada, estos individuos se reunieron y examinaron a quién dejarían aquí. En efecto, como la situación todavía no era estable y el futuro aparecía incierto, había en el Ágora grupos y habladurías de toda clase. Temían por ello que tuviera efecto una entrevista, una asamblea extraordinaria; que al escuchar de mis labios la verdad, no votaseis ninguna de las medidas necesarias para los focenses, y que Filipo no fuera el dueño de la situación. Si, en efecto, vosotros hubieseis únicamente votado y dejado entrever a los focenses no importa qué pequeña esperanza, ellos hubiesen estado a salvo. Érale imposible, sí, imposible, a Filipo continuar si vosotros no os hubieseis apartado de su camino. No existían víveres en su país, el cual estaba sin cultivar a causa de la guerra; era imposible la importación, cuando vuestras trieras estaban ahí y tenían el dominio del mar; y las ciudades de los focenses eran numerosas y difíciles de conquistar salvo el concurso del tiempo y de los asedios; admitiendo que tomara una ciudad por día, hacen un total de veintidós. Por todas estas razones, a fin de impedirlos modificar de alguna forma las decisiones a propósito de las cuales habíais sido engañados, ellos dejaron a Esquines aquí. En verdad era peligroso y muy sospechoso recusarse sin motivos. «¿Qué dices? ¿No vas a recoger tan grandes ventajas después de haber hablado de ellas en tu informe? ¿No sales con la embajada?» Sin embargo, érale necesario quedarse. ¿Cómo? Pretextó una enfermedad, y su hermano, con ayuda del médico Exekestos, presentóse ante el Consejo y juró que Esquines estaba imposibilitado por enfermedad; en su lugar, él mismo fué elegido. Cuando cinco o seis días más tarde la Fócida estuvo rota, cuando el compromiso de Esquines expiró como otro cualquiera, cuando Derkilos fué mandado para informaros sobre el desastre de los focenses, en el momento en que estabais reunidos en la Asamblea, en el Pireo, cuando vosotros, ¡oh atenienses!,

al saber esta noticia, quedasteis llenos de compasión por los focenses y de temores por vosotros mismos; cuando hubisteis decretado traer de los campos a las mujeres y niños, poner en estado de defensa a las ciudades, fortificar el Pireo y hacer en la ciudad el sacrificio de Heracleion; cuando todo estuvo así y la ciudad se encontró frente a tal promoción y a un semejante recuerdo, fué entonces cuando este hombre hábil y elocuente, buen orador, sin ser designado por el Consejo ni por el pueblo (32), partió en embajada hacia donde estaba el autor de esos actos sin parar mientes en la enfermedad que anteriormente habíale servido de excusa, ni haber sido reemplazado por otro embajador, ni en el hecho de que la Ley establece la pena de muerte para el autor de semejantes actos, ni en el escándalo que comporta para un hombre que haya comunicado que los tebanos le han ofrecido dinero, en el momento en que éstos no sólo tienen toda Beocia, sino que son dueños de la Fócida, al atravesar entonces Tebas y por entre el ejército tebano. Pero él estaba tan fuera de sí y tan interesado en las ganancias de su corrupción, que partió descuidando y olvidando todo esto.

»En semejante situación lo que allí fué a realizar es todavía más espantoso. Cuando todos los aquí presentes y los demás atenienses juzgáis la suerte de los desgraciados focenses tan horrible y lamentable que no habéis enviado a las fiestas Píticas ni a los delegados del Consejo ni a los tesmotetes, que habéis renunciado a la tradicional peregrinación, este individuo, llegado para el sacrificio que celebraba la victoria y el fin de la guerra, sacrificio que ofrecían los tebanos y Filipo, tomaba parte en los banquetes, asociábase a las libaciones y a los votos que Filipo hacía en razón del desorden que vuestros aliados sufrían detrás de sus murallas, su territorio y sus armas; llevaba las mismas coronas y cantaba igual que Filipo, y le ofrecía brindis.

»Es de todos modos imposible que, siendo ésta mi deposición, la de Esquines sea diferente. En lo que se refiere a su excusa bajo fe de juramento, hay en vuestros archivos públicos de Metrôon un texto que el esclavo público tiene a su cargo y un explícito decreto ha sido redactado con el nombre de Esquines. En lo referente

a su conducta de allí abajo, sus compañeros de embajada que estaban presentes atestiguaron contra él; precisamente me han contado esto (pues yo no he formado parte de su embajada, yo me había recusado bajo juramento). (*Lee el Decreto y los documentos y llama a los testigos.*)

DECRETOS, DOCUMENTOS, TESTIGOS

»¿Qué oraciones, según vosotros, dirigía Filipo a los dioses, cuando les ofrecía libaciones, o bien a los tebanos? ¿No era para darles el éxito, a él y a sus aliados, en la guerra y la victoria y lo contrario a los aliados de los focenses? Así pues, este individuo asociábase a esos votos y lanzaba maldiciones contra su patria, las cuales vosotros debéis hacer caer sobre su cabeza.

»De todos modos, contrariamente a la ley que prescribe la pena de muerte para este acto, partió; luego de su llegada allí cometió, como se ha visto, otros actos dignos de la pena de muerte; y lo que había realizado antes, su embajada en provecho de aquellas gentes, debería con toda justicia acarrearle también la muerte. Examinad ahora, pues, cuál habrá de ser la pena cuya importancia sea equivalente a tales acciones. ¿No sería, pues, odioso, ¡oh atenienses!, que, en nombre del Estado, todos vosotros y la República entera criticaseis lo que ha surgido de la paz, rehusaseis participar en la actividad de los anfictiones, estuviéseis encolerizados y desconfiarais de Filipo, juzgando que ha sido impío, injusto, contrario a vuestros intereses, pero una vez formando parte del tribunal para rendir cuentas de todo esto, después de haber prestado juramento de defender al Estado, absolvierais a este hombre, causa de todos los males, al que habéis cogido en flagrante delito de tales desgracias? ¿Quién, entre los demás ciudadanos, incluso entre todos los griegos, no tendría justos reproches que haceros si viera que os irritabais contra Filipo, el cual, para hacer que la paz sucediera a la guerra ha comprado los medios de acción a quien se los vendía, obrando así de una manera muy excusable, y, por el contrario, absolver a este hombre que tan odiosamente ha vendido

lo que os pertenecía, y esto cuando las leyes dictan las penas más graves contra el que así procede?

»Podrá ocurrir que estos individuos presenten como argumento que se provocará el odio de Filipo si condenáis a la embajada que os dió la paz. Por mi parte, si esto es verdad, no veo lo que podría hallar, aun buscando bien, de qué acusar con mayor fuerza a Esquines. En efecto, si el hombre que para obtener la paz ha gastado dinero, si este hombre es ahora tan irreducible y tan poderoso que debáis olvidar los juramentos y la justicia para examinar qué clase de placer podríais causar a Filipo, ¿qué pena deberían sufrir los responsables de esto, para ser castigados como merecen?

»Sin embargo, creo poder demostrar que esto será seguramente el principio de una amistad ventajosa para vosotros. Es necesario que sepáis, ¡oh atenienses!, que Filipo no desprecia a vuestro país. Que no por haberos juzgado menos útiles que los tebanos prefirió él a estos últimos; él ha oído contar a estos individuos lo que yo os dije antes, delante de la Asamblea, sin que ninguno de ellos me haya desmentido: «El pueblo es lo más imponderable y menos uniforme que en el mundo existe, parecido a las olas agitadas por el mar (33), que se desplazan al azar; la una viene, la otra se va; nadie cuida del interés común, ni tan siquiera piensa en ello. Es necesario que Filipo tenga amigos que en cada ocasión actúen a su favor entre vosotros y realicen cuanto él mismo hubiera hecho. Si estos preparativos se hacen, obtendrá él fácilmente de vosotros todo lo que quiera.» Si Filipo, imagino, hubiera sabido que los que le habían dicho esto habían sido ejecutados (34) tan pronto hubieron retornado, habría actuado como el Gran Rey. ¿Qué ha hecho, en realidad, este último? Ha sido engañado por Timágoras y le había dado, según se dice, cuarenta talentos: cuando supo que habíais hecho ejecutar a este hombre y que él no había podido garantizar su propia vida y con mayor razón lo que le había prometido hacer, reconoció que había pagado a quien no dominaba a los acontecimientos. Y entonces, desde el primer momento, os restituyó Anfípolis como esclava vuestra, a la que en otro tiempo había inscrito como aliada y amiga; después, a causa de todo ello, no dió más dinero a nadie.

Exactamente esto es lo que habría hecho Filipo si hubieseis castigado a uno de sus agentes; y es lo que ahora efectuará si observa esto. Pero cuando oye decir que ellos hablan delante de vosotros, tienen influencia y hacen comparecer a sus adversarios ante la justicia, ¿qué debe hacer? ¿Buscar, gastar mucho, cuando le está permitido gastar poco? ¿Querer mezclar a todo el mundo, cuando lo puede hacer con dos o tres solamente? Haría falta que se hubiera vuelto loco. En efecto, el plan de Filipo no era hacer todo el bien al Estado tebano (poco le importaba), pero los embajadores de Tebas le decidieron a ello. ¿Cómo voy a explicároslo? Los embajadores de Tebas habían ido a encontrarlo en el mismo momento en que nosotros nos hallábamos allí enviados por vosotros. A esos embajadores quería darles dinero Filipo, e incluso algo más según se dice. Los embajadores tebanos ni lo aceptaron ni lo tocaron. Después del sacrificio y de un banquete, mientras bebían y se mostraba amable hacia ellos, Filipo, en el momento de los brindis, ofrecióles muchas cosas, por ejemplo, cautivos, etc., y finalmente copas de oro y plata. Ellos rechazaron todo esto y no se entregaron. Finalmente, Filón, uno de los embajadores, usó un lenguaje, ¡oh atenienses!, que debía ser dicho por vosotros y no en nombre de Tebas. Había, dijo él, placer y alegría en ver la conducta generosa y amable de Filipo; pero ellos, personalmente, eran ya sus amigos y sus huéspedes incluso sin esos regalos; aplicando esta amabilidad a los asuntos de Tebas en los que entonces se ocupó, le pidieron que obrase de manera digna de él y de los tebanos; admitiendo que en este caso la ciudad de Tebas estaría a su lado al igual que ellos lo estaban ahora. Pues bien, ¿veis lo que les ocurrió a los tebanos por este hecho y lo que de ellos resultó? Examinad a la luz de la verdad lo que vale no traficar con los intereses del Estado; por de pronto los tebanos tuvieron paz cuando estaban sufriendo, además de estar agotados por la guerra y vencidos: esto dió como resultado el desastre total para los focenses, a los que aquéllos detestaban, la destrucción de las fortificaciones y las ciudades. ¿Es todo esto? No, ¡por Zeus!; aparte esto tuvieron Orcomenes, Queronea, Corsia, Eltilfosaion (35), y todo lo que quisieron en el territorio focense. He aquí,

pues, lo que los tebanos han obtenido como consecuencia de la paz; evidentemente ellos no hubieran osado pedir más. ¿Y los embajadores tebanos? Nada. Salvo el mérito de haber procurado esto a su patria; esto es lo bueno, ¡oh atenienses!, y admirable desde el punto de vista de la virtud y de la gloria, que estos otros individuos han vendido por dinero. Coloquémonos, pues, de manera que sepamos lo que la paz ha concedido al Estado ateniense y lo que ha concedido a los embajadores atenienses. Ved si es lo mismo para el Estado que para estas gentes. Para el Estado, haber abandonado todas esas posesiones y a todos sus aliados; haber jurado a Filipo que si alguien marcha contra él vosotros le ayudaréis, que consideraréis enemigo y adversario al que os quiera restituir algo de eso, y como amigo y aliado al que os quiera despojar. Esto es lo que Esquines, aquí presente, ha sostenido y lo que ha propuesto por escrito su colaborador Filócrates. Os lo avisé el primer día y os avinisteis a rectificar la proposición de los aliados y a convocar a los embajadores de Filipo; pero Esquines, habiendo hecho que el asunto fuera rechazado a la mañana siguiente, os persuadió para que aceptarais la proposición de Filócrates en la que estaban escritas esas cosas, y aun otras más formidables. He aquí, pues, lo que la paz ha reportado al Estado ateniense: una vergüenza de las más difíciles de hallar. Y ¿para los embajadores?, ¿qué les ha reportado esto? Paso en silencio todo lo que habéis visto: casas, bosques, trigo. Pero en el territorio de nuestros aliados abatidos, tienen ellos gran cantidad de propiedades y de tierras que reportan a Filócrates una renta de un talento y a Esquines de treinta minas. ¿No es sorprendente, ¡oh atenienses!, y lamentable que las desgracias de vuestros aliados sean a causa de vuestros embajadores; que la misma paz sea, para el Estado que ha enviado la embajada, la pérdida de nuestros aliados, el abandono de nuestras posesiones, la vergüenza sustituyendo a la gloria, pero que para estos embajadores que así han obrado contra los intereses del Estado haya sido una fuente de ofrendas, de propiedades, de riquezas, substituyendo a su extremada miseria? Para demostrar que digo la verdad, llama a los testigos olintios.

TESTIGOS

»No me sorprendería que él intentara decir, más o menos, que era imposible concluir una paz honrosa y de la forma como yo la pedía, ya que los generales habían conducido mal la guerra. Si él lo dice, ¡por los dioses!, pedidle si ha sido enviado en embajada por otra ciudad o precisamente por la vuestra. Si es por otra, que pretende victoriosa en la guerra y llena de buenos generales, es natural (36) que haya recibido dinero; pero si es por la vuestra precisamente, ¿por qué, habiendo renunciado a lo que le pertenecía la ciudad que lo ha enviado, ha recibido él regalos tan visiblemente? Ya que la misma cosa debería ocurrirle a la ciudad que ha mandado y a los embajadores enviados si los hechos estuvieran conformes con la justicia. Examinad todavía, ¡oh jueces!, otra cosa: ¿creéis que los éxitos de los focenses sobre los tebanos eran en esta guerra más grandes que los de Filipo sobre vosotros? Sé muy bien que sí. Los focenses tenían Orcomenes, Queronea y Eltilfosaion; tenían rodeados a los tebanos de Neón; les habían muerto doscientos setenta hombres cerca de Edileion, donde habían erigido un trofeo. Tenían superioridad en la caballería, y Tebas estaba sumergida en una verdadera iliada de desgracias. Para vosotros nada semejante (y no ocurra esto en lo futuro!); y he aquí lo que era más molesto en la guerra contra Filipo: no podíais causarle todo el daño que queríais, aunque también estabais a cubierto de sufrirlo vosotros mismos. ¿Por qué, pues, la misma paz ha hecho que Tebas, que estaba tan claramente vencida, haya recobrado sus bienes y anexionado aun los de sus enemigos, y que vosotros, ¡oh atenienses!, hayáis perdido en tiempo de paz lo que en guerra conservasteis? La causa está en que los intereses de los tebanos no han sido vendidos por sus embajadores, mientras que los vuestros lo han sido por estos individuos. «Pero, ¡por Zeus!, dirá él, nuestros aliados estaban fatigados de la guerra...» Que se ha obrado así, lo que sigue os lo dará a conocer aún mejor.

»La paz era definitiva, esta paz de Filócrates que Es-

quines había mantenido; los embajadores de Filipo estaban preparados para recibir vuestros juramentos; hasta aquel momento por lo menos, nada había que fuese irreparable en los acontecimientos; ciertamente, la paz era indigna y odiosa para nuestro país, pero en cambio debíamos gozar de estas famosas ventajas. Yo pedía y decía a estas personas que marcháramos lo más pronto posible hacia el Helesponto, que no nos abandonáramos ni dejásemos que Filipo ocupara las plazas de allí. En efecto, yo sabía bien que todo lo que se abandona en el momento en que la paz sucede a la guerra está perdido completamente para los negligentes; nadie, después de haber estado persuadido de hacer una paz general, acepta comenzar de nuevo la guerra por los detalles abandonados; los que antes se espabilan son los que lo obtienen. Por otra parte, creía que nuestra marcha reportaría a Atenas dos ventajas: o bien en presencia nuestra, cuando habríamos recibido su juramento conforme al Decreto, devolvería Filipo lo que había tomado a nuestro país y se abstendría de tocar lo que quedara, o bien, si no lo hacía, nosotros relataríamos rápidamente esto aquí, de manera que habiendo comprobado su avidez y su perfidia sobre estos puntos alejados y poco importantes (37), vosotros ya no cederíais sobre los puntos esenciales, quiero decir la Fócida y las Termópilas; finalmente, si Filipo no se había adelantado y no os había engañado, todo estaría seguro para vosotros, y Filipo os devolvería la justicia de buen grado. Yo tenía razones para pensar que sería así. Si los focenses estaban sanos y salvos (entonces lo estaban) y si vigilaban las Termópilas, Filipo no podría agitar ante vosotros un peligro que os hiciera olvidar alguno de vuestros derechos, ya que, en este caso, no alcanzaría el Ática ni pasando por tierra ni por mar. Y vosotros, si su conducta era injusta, rápidamente le impediríais sus marchas y una vez más le expondríais a que le faltara dinero y fuese bloqueado por el resto; de manera que era él quien debía ser esclavo de las ventajas ofrecidas por la paz y no vosotros. Esto ni me lo invento ni me lo imagino ahora, después de los acontecimientos; lo reconocí desde el primer momento, lo preví en vuestro interés, y lo dije a estas gentes. He aquí lo que hará que lo sepáis: como no quedaba ninguna asam-

blea regular disponible, ya que todos habían marchado, y estas gentes perdían el tiempo aquí, yo propuse en calidad de miembro del Consejo (el pueblo había dado sobre este punto plenos poderes al Consejo) un decreto ordenando a los embajadores partir por carretera rápidamente, y al estratego Proxenos conducirlos al lugar en que estaba Filipo. Lo redacté tal como ahora lo digo, en estos mismos términos. Toma y lee este decreto.

DECRETO

»Fué de este modo como yo los saqué de aquí, a pesar de ellos, como lo sabéis claramente después de su conducta final. Cuando llegamos a Oreso y nos pusimos en contacto con Proxenos, estas gentes, descuidando el viaje por mar y la ejecución de las órdenes recibidas, giraron en redondo, y antes de llegar a Macedonia perdimos veintitrés días; el resto del tiempo lo pasamos en Pella hasta la llegada de Filipo, y contando el tiempo del viaje fueron unos cincuenta días. Durante este tiempo, Doriscos, la Tracia, el Monte Sagrado, la región de las fortalezas fueron tomados y administrados por Filipo, mientras que yo hablaba y con insistencia repetía, exponiéndoles mi opinión, no ocultándoles nada de mi pensamiento, igual como si me dirigiera a vendidos y a impíos. Ahora bien, el único que se me opuso y replicó abiertamente a todo lo que vosotros habíais votado fué Esquines. Si fué aprobado por todos los embajadores vais a saberlo inmediatamente. En efecto, no digo nada de nadie ni a nadie incrimino. Cada uno de ellos debe demostrar hoy su inocencia, no forzadamente, sino basándose en el hecho de que él no ha tomado parte en todos esos crímenes. Pues que los hechos son odiosos, espantosos y debidos a un mercader, todos lo habéis visto. Quien haya sido cómplice, los mismos hechos lo demostrarán.

» «Pero, ¡por Zeus!, se dirá, «durante este tiempo, ellos han recibido los juramentos de los aliados de Filipo o han hecho otras cosas que convenían.» Es lo mismo. Después de haber estado ausentes tres meses enteros y

haber cobrado mil dracmas vuestras como indemnización por el desplazamiento, no han recibido ninguna promesa de ningún Estado, ni cuando fueron hacia allá, ni cuando regresaron (38). En la posada que está en Discoreion (si alguno de vosotros ha ido a Feres sabe dónde digo) tuvieron efecto los juramentos, cuando Filipo se dirigía ya hacia Ática con su armada, acto odioso, ¡oh atenienses!, e indigno de vosotros. Sin embargo, a la realización de esto es a lo que Filipo habría concedido un gran precio. En efecto, como estas gentes no habrían podido realizar la paz tal como la habían redactado: "*Con la excepción de los habitantes de Halos y de la Fócida.*" Como Filócrates había sido molestado por ocultaros estas palabras y escribir en limpios términos: "*Los atenienses y los aliados de los atenienses*", Filipo no quiso que ninguno de estos aliados prestase este juramento (en este caso no le hubieran acompañado para conquistar la parte de vuestras posesiones que tiene ahora y hubiesen tenido como excusa el juramento), ni que fueran testigos de estas promesas que le valían la paz, ni que todos pudiesen ver que no era verdaderamente el Estado ateniense el que había perdido la guerra, sino Filipo quien deseaba la paz y prometía mucho a Atenas para obtenerla. Y éste fué el motivo por el que impedía a los embajadores que fuesen a donde iba él. Ahora bien, estos individuos se lo concedían todo. Cuando estos individuos están convictos de todo esto: de haber perdido el tiempo, abandonado la Tracia, de no haber hecho nada de lo que habíais votado y era justo, de haber traído aquí relatos engañosos, ¿cómo le es posible a Esquines obtener su salvación frente a jueces razonables y respetuosos a su juramento? Pues bien, para demostrar que digo la verdad, lee desde el principio el Decreto que dice que nosotros debemos hacer prestar juramento; después la carta de Filipo (39), finalmente el Decreto de Filócrates y el del pueblo.

DECRETO. CARTA. DECRETOS

»A fin de probar que nosotros hubiéramos alcanzado a Filipo en el Helesponto, caso de que me hubieran es-

cuchado, para ejecutar, conforme a los decretos, las órdenes dadas por vosotros, llámame a los testigos que se encontraban allí abajo.

TESTIGOS

»Lee también el otro testimonio, relacionado con la respuesta que Filipo dió a Euclides (40), aquí presente, legado más tarde.

TESTIMONIO

»A fin de saber que ellos no pueden haber obrado así en favor de Filipo, escuchadme. Cuando nuestra salida en la primera embajada concerniente a la paz, enviasteis a un heraldo encargado de hacer por nosotros las libaciones. Ahora bien, apenas llegado a Oreos, los embajadores no lo esperaron ni se demoraron por nada: aunque Halos fué asediada, ellos llegaron allí por mar; después, ya de regreso, cerca de Parmeion que la asediaba, partieron hacia Pagases, atravesando por entre el ejército enemigo y en su camino encontraron al heraldo en Larisa; tales eran la prisa y la actividad con que avanzaban. Pero ahora que hay la paz, que se puede viajar con plena seguridad y la orden dada por vosotros era de ir de prisa, no se les ocurrió apresurar la marcha ni ir por mar (41). ¿Por qué? Es que entonces Filipo tenía interés en que la paz se concluyera inmediatamente y ahora, en cambio, en que transcurra el mayor tiempo posible antes de que se presten los juramentos. Pues bien, para demostrar que digo la verdad, léeme ese testimonio.

TESTIMONIO

»¿Pueden hallarse personas que mejor se dejen vencer a que lo hagan todo por Filipo, que quienes sobre el mismo itinerario permanecen inmóviles cuando hu-

biese sido necesario ir aprisa para serviros y son diligentes cuando hubiese convenido no moverse antes de la llegada del heraldo?

»Observad la conducta que adoptó cada uno de nosotros durante todo el tiempo en que permanecemos inactivos allí, en Pella. La mía consistió en recobrar los prisioneros, gustar mi propio dinero y solicitar de Filipo que liberase a esos cautivos como uno de los presentes de hospitalidad que nos ofrecía. Oiréis dentro de un instante lo que no dejó de hacer Esquines. ¿Cuál fué, pues, este ofrecimiento de Filipo, de darnos dinero en común? Para no ignorar esto, el mismo Filipo nos probaba a todos. ¿De qué modo? Enviando a cada uno, personalmente, alguna cosa, ofreciéndonos dinero, ¡oh atenienses!, en gran cantidad. Como no tuvo éxito cerca de ninguno, pensó que todos aceptarían el dinero en un ofrecimiento común; así los que se vendieran personalmente estarían en seguridad si todos participáramos, aunque en una débil parte, en el derecho común. Por esto hizo esos ofrecimientos so pretexto de regalos de hospitalidad. Cuando yo puse obstáculos, estos individuos se repartieron ese plus. Pero, cuando pedí a Filipo que gastara este dinero en los prisioneros, él no pudo ni denunciar ni decir: «Pero son tal y tal quienes lo tienen», ni escapar a este gasto; así pues aceptó pero fué dando largas a la cuestión pretendiendo que devolvería los prisioneros en las Panateneas (42). Lee el Testimonio de Apolófanes y después los de los otros que estaban presentes.

TESTIMONIOS

»He aquí, pues, las sumas de dinero que he desembolsado y he regalado a mis desgraciados conciudadanos. Cuando Esquines, hace un momento, dijo ante vosotros: «¿Por qué, pues, Demóstenes, cuando el apoyo que había mostrado a Filócrates te demostró que nosotros no íbamos a realizar nada bueno, tomaste parte en la embajada siguiente en lugar de rehusar?», acordaos de esto: me uní a ellos, a la vista de quienes había liberado, para llevarles su rescate y salvarlos en la medida de mis me-

dios. Hubiera sido escandaloso engañar y abandonar a esos conciudadanos en la desgracia. Por otra parte, si hubiera rehusado, no hubiese sido ni digno ni seguro ir allí al azar, a título privado. ¡Que pueda yo morir exterminado y aniquilado si no fui allí movido por la idea de salvar a esos prisioneros, y llevar una gran suma, formando parte de esa embajada con estos individuos! Por otra parte, he aquí una prueba: para la tercera embajada me designasteis dos veces y las dos rehusé. Y en este nuevo viaje mi actividad ha sido muy diferente de la suya. Ya que los asuntos en que he tenido plena libertad, en el curso de esta embajada, he aquí cómo se ha desarrollado para vosotros: allí donde esta clase de gente que formaba la mayoría los han dirigido, se ha perdido todo. Y sin embargo, lo demás se hubiera realizado como yo he hecho si se me hubiese escuchado. En efecto, no soy lo bastante insensato o miserable para dar dinero cuando veo a los demás recibirlo; esto para hacerme valer cerca de vosotros, y en cuanto a lo que pueda realizarse sin gastos y tiene más interés para el Estado, no querer su realización. Al contrario, la quiero intensamente, ¡oh atenienses!, pero imagino que estas gentes eran más fuertes que yo

»Entonces, ¿qué es lo que ha hecho Esquines durante todo este tiempo y qué ha hecho Filócrates? Examinadlo Colocados paralelamente serán más evidentes estos actos. Primeramente han excluido del armisticio a los focenses Halos y Cersobleptes, contrariamente a vuestro decreto y lo que se os había dicho. Después intentaron cambiar y modificar el Decreto que fijaba las condiciones de nuestra embajada. Más tarde inscribieron a las gentes de Cardia como aliados de Filipo, rehusaron enviar la carta que yo os dirigía, mientras que la que ellos mandaron no contenía nada bueno. Después, ese generoso personaje aquí presente ha pretendido que yo prometí a Filipo subvertir vuestra democracia, porque yo censuraba su conducta no sólo al juzgarla vergonzosa, sino por temor de ser arrastrado en su derrota. Pero él mismo jamás ha dejado de tener entrevistas personales con Filipo. Acerca de lo demás, prefiero guardar silencio; pero en Feres, Derkilos, quien lo vigilaba de noche (no yo), asistido de mi esclavo aquí presente le sorpren-

dió saliendo de la tienda de Filipo; ordenó al esclavo comunicárselo y recordarlo personalmente. En fin, este personaje asqueroso y sin pudor, a nuestra salida, quedóse un día y una noche con Filipo. Para demostrar que digo la verdad, desde el principio, he redactado una Memoria (43) que servirá de testimonio bajo mi responsabilidad; después citaré a cada uno de los embajadores, para obligarles a ser testigos o a excusarse. Y si ellos prestan el juramento de la excusa, los llamaré perjuros ante vosotros.

TESTIMONIOS

»¿Os habéis dado cuenta dentro de qué males y obstáculos me he encontrado durante todo el viaje? En efecto, ¿qué creéis que hacían esas gentes allí abajo, cuando estaban cerca del distribuidor, ya que bajo vuestra mirada, la de vosotros que detentáis todo el poder para recompensarlos e, inversamente, para castigarlos, obran así?

»Voy a resumir, pues, desde el principio, los puntos principales de la acusación, para demostraros que he cumplido lo que os prometí al empezar a hablar. He demostrado que Esquines no ha dado ningún informe verídico, que os ha engañado y que he puesto por testimonio a los mismos hechos, no meras palabras. He demostrado que él es responsable de que no escucharais la verdad que yo os decía, prisioneros como estabais entonces de sus promesas y anuncios; que en todo ha dado consejos contrarios a lo que era necesario; que se opuso a la paz propuesta por los aliados, para apoyar la de Filócrates; que ha perdido el tiempo para arrebataros la posibilidad de marchar, incluso si lo deseabais, en socorro de los focenses; que durante su viaje ha cometido muchos actos vituperables; que todo lo ha vendido; que ha recibido regalos; que no ha dejado pasar ninguna ocasión de mostrarse perverso. He aquí, pues, lo que desde un principio prometí demostraros; he aquí lo que os he demostrado.

Ved ahora la continuación: el argumento que voy a mostraros es muy sencillo. Habéis jurado votar según las

leyes y los decretos del pueblo y del Consejo de los Quinientos. Pues está claro que este individuo, durante toda su embajada, ha obrado contra las leyes, los decretos y la justicia. Por lo tanto debe ser condenado ante jueces razonables. Incluso si no fuera culpable por otras cosas, hay dos actos suyos que serían suficientes para condenarlo a muerte: no sólo es la Fócida, sino también Tracia lo vendido a Filipo. Ahora bien, nadie en todo el mundo puede mostrar dos posiciones más favorables a nuestro país que las Termópilas por tierra y el Queroneso en el mar. Las dos las han vendido estas gentes vergonzosamente y en perjuicio vuestro y las han puesto en manos de Filipo. Sin hablar de otra cosa, lo grande de este crimen, haber abandonado Tracia y sus fortalezas, permitiría muchos discursos, y no sería difícil demostrar cuántas gentes, por este mismo delito, han sido condenadas entre vosotros a muerte o bien a considerables multas; Ergófilos, Kefisodotos, Timómachos, anteriormente Ergocles, Dionisos, y otros muchos que a nuestro país han hecho mucho menos daño que el cometido por Esquines. Pero en aquel tiempo, ¡oh atenieneses!, aun razonabais a fin de prevenir los peligros y guardaros de ellos; mientras que ahora, lo que no os molesta el mismo día o no es actual lo olvidáis; después votáis al azar; «Que Filipo cambie juramentos con Cersebleptes también..., que no participe en el movimiento de los anfictionicos..., que corrija la paz.» Ahora bien, no habría necesidad ni de uno solo de estos decretos si Esquines hubiese salido por mar y hecho lo que debía. Pero lo que podía salvar yendo por mar lo perdió aconsejando el camino de tierra; lo que podía salvar con la verdad, lo perdió con sus mentiras.

»Según lo que observo, Esquines se indignará dentro de un momento, porque es el único entre quienes hablan al pueblo que debe rendir cuentas. Dejaré de lado esta opinión, pues normalmente los que hablan por dinero deben ser castigados por sus palabras. Pero he aquí lo que digo: si es a título privado como Esquines ha cometido faltas al hablar, no seáis tan minuciosos, dejadle y perdonadle; pero si en sus funciones de embajador, intencionadamente, os ha engañado por dinero, no lo absolváis ni admitáis que no debe ser castigado por lo

que ha dicho. ¿De qué falta debe hacerse responsable a los embajadores sino de sus palabras? Ya que los embajadores no disponen ni de tierras, ni de territorios, ni de hoplitas ni ciudadelas (nadie les confía eso) sino de palabras y de tiempo. Si Esquines no ha suprimido el el tiempo favorable a nuestro país no es culpable; si lo ha suprimido, es culpable. Por sus palabras, si ha hecho un relato verídico o útil, sea absuelto; si lo ha hecho falso, inspirado por el dinero, inadecuado, sea condenado. En efecto, no se os puede dañar gravemente más que mediante mentiras. Ya que el cuando el régimen reposa sobre la palabra, ¿cómo, si ésta no es verídica, puede seguir una política sin peligros? Y para el tiempo favorable no es lo mismo hacerlo desaparecer en la tiranía o en la oligarquía que entre vosotros; es necesario mucho más. En estos regímenes, según lo que creo, todo se hace por orden, rápidamente. Pero entre vosotros, hace falta primero que el Consejo escuche una exposición completa de ello, y escriba su informe, aunque el orden del día traiga consigo los asuntos de los heraldos y embajadas y no siempre; después que se convoque a la Asamblea, y aun cuando está fijado por las leyes; luego que los autores de las mejoras propuestas se enfrenten con los contradictores movidos por la ignorancia o espíritu de maldad. Aparte todo esto, cuando la cosa está ya decidida y parece en lo sucesivo útil, es necesario dar a la indigencia de la mayoría de las gentes un plazo para procurarse lo que es necesario, a fin de que puedan cumplir las decisiones. Esto es, pues, lo que priva de ese plazo de tiempo a un régimen como el nuestro, pero ese Esquines no nos ha quitado solamente el tiempo, sino que nos ha suprimido pura y simplemente las acciones.

»Todos cuantos quieren engañaros tienen un lenguaje presto: «Las gentes que trastornan el país, las gentes que impiden a Filipo causar bien a Atenas.» A estas gentes yo no respondería nada; pero os leería las cartas de Filipo y os recordaría las circunstancias en las cuales cada vez habéis sido engañados, para que supieseis que esta palabra tan usada «hasta la saciedad» ha sido sobrepasada por Filipo en los engaños que os ha hecho.

CARTAS DE FILIPO

»Después de haber desempeñado esta embajada de manera tan vergonzosa, Esquines se pasea, diciendo: «¿Qué podéis decir de Demóstenes, que acusa a los embajadores sus colegas?» Sí, lo hago de buena o mala voluntad, ya que durante el viaje he sido objeto de tus maquinaciones; porque ahora debo escoger entre dos cosas: o pasar por cómplice vuestro en los actos realizados por vosotros, o acusaros. Por otra parte afirmo que no he sido compañero tuyo en la embajada, que tú hacías muchas cosas escandalosas y yo cuanto era mejor para los atenienses aquí presentes Filócrates ha sido tu compañero y tú y Frinón los suyos. Actuabais del mismo modo, aprobabais las mismas cosas. «¿Dónde está la sal? ¿La mesa común? ¿Las libaciones?» He aquí lo que van vendiendo, con tono trágico como si no fuesen culpables, quienes son traidores en esto, sino los que obran según justicia. Yo ya sé que todos los pritanos ofrecen sacrificios cada vez que hacen mesa común y libaciones comunes; y sin embargo, esto no quiere decir que los pritanos honrados imiten a los criminales; por el contrario, cuando encuentran a alguno de ellos en falta, lo señalan al Consejo y al pueblo. De igual modo el Consejo, que participa en un banquete, también hace libaciones a un culto común; lo mismo los estrategos y los magistrados. ¿Acaso por esto han acordado dejar en la impunidad a los que, de entre ellos, son culpables? Al contrario. León acusó a Timágoras después de haber sido su colega en una embajada de cuatro años; Eubulo acusó a Tarrex y Smikitos tras haber compartido su mesa. El ilustre Conón acusó a Adeimantos después de haber sido estratego con él. ¿Quién olvida la asociación, por la sal y las libaciones, Esquines? ¿Los traidores, los embajadores infieles, los corrompidos, o sus acusadores?

Evidentemente son los culpables quienes olvidan, como tú haces, las libaciones ofrecidas por la Patria entera, no las libaciones solas de los particulares.

»Para que comprendáis que, de entre las gentes que fueron al encuentro de Filipo, no a título oficial, sino

a título privado, estos individuos han sido los más viles y los más criminales, escuchad algunas palabras que voy a deciros, aunque no tengan relación con esta embajada. Cuando Filipo hubo tomado Olinto, celebró una fiesta olímpica (44) y reunió para esta ceremonia a todos los artistas. Como les ofrecía un banquete y coronó a los vencedores, pidió al actor cómico Sátiros aquí presente por qué era él el único que nada hacía ofrecerse: ¿encontraba en Filipo pequeñez de carácter o alguna aversión para él? Sátiros contestó diciendo que lo que los otros pedían no le hacía ninguna falta y lo que tendría gusto en hacerse dar era una cosa que Filipo podría conceder y ofrecerle muy fácilmente, pero que temía no obtenerlo. Como Filipo le invitara a hablar y hubiese tenido la imprudencia de decir que no habría nada que él no hiciese, Sátiros dijo, según se cuenta, que había tenido un huésped y un amigo, Apolófanes de Pydna: cuando éste fué asesinado, sus padres, llenos de terror, enviaron a Olinto a sus hijas, en aquel entonces muy jóvenes. «Ahora bien, éstas, después de la toma de Olinto, son tus cautivas. Y están en edad de contraer matrimonio; dámelas; esto es lo que te pido y te reclamo. Quiero que sepas el regalo que me harás si me lo concedes: no sacaré de ello ningún provecho; les daré un dote y las casaré, y no dejaré que sufran nada indigno de nosotros ni de su padre.» Cuando los convidados escucharon esto, se oyeron grandes aplausos y elogios, tan ruidosos, que Filipo, algo emocionado, acordó concederle lo que pedía. Y este Apolófanes era uno de los asesinos de Alejandro, hermano de Filipo. Frente al banquete al que asistió Sátiros, examinemos aquel en que esos individuos participaron en Macedonia y contemplemos cuánta analogía y parecido hay entre ellos. Habían sido invitados en casa de Jenofron, hijo de Faidimos, que había formado parte de los Treinta; fueron, yo desde luego, no asistí. Cuando llegó la hora de la bebida, hicieron entrar a una mujer de Olinto, bella, pero libre y prudente, como lo demostró su actitud. Desde el principio estos individuos la obligaron a beber — primero tranquilamente — y a comer postres, por lo que a la mañana siguiente me contó Iatrocles. Como la comida se prolongase y ellos iban animando, le ordena-

ron que se sentase a la mesa y cantase cualquier cosa. Como esta mujer, desesperada, rehusase hacerlo, ya que no sabía, Esquines y Frinón gritaron diciendo que se trataba de un acto de insolencia, que era inadmisibile que una criatura olintiana, de esos enemigos de los dioses, de esos sacrilegos, siendo cautiva, obrase de aquella manera. Luego: «Llama a un esclavo... ¡Que traigan un látigo!» Un servidor se acercó con una correa; y como las gentes que le excitaban estaban borrachas, creo yo, y eran tan viles, mientras que ella decía algunas palabras sollozando, el servidor le destrozó la camisa y le vapuleó la espalda con muchos golpes. Puesta fuera de sí por el sufrimiento, la mujer se lanzó a los pies de Iatrocles, asombrando a la mesa. Y si Iatrocles no la hubiera protegido, hubiese sido muerta en esa escena de embriaguez, ya que la borrachera de este ser obsceno es escalofriante. Por otro lado se ha hablado de esta mujer, en Arcadia, delante de los Diez Mil. Diofantos os ha hecho a este respecto una relación de la que le forzaré yo a dar testimonio; se ha hablado también en Tesalia y en todas partes.

»Con tales actos en la conciencia, este individuo impuro osará miraros y, con su poderosa voz, dentro de unos instantes hablará de la vida que ha llevado. Me sonroja. ¿No saben estos jueces que desde tu principio leías libros de tu madre y que desde tu infancia rodabas entre borrachos? ¿Que después fuiste escribiente a las órdenes de los magistrados y cometías faltas de honradez por dos o tres dracmas? ¿Finalmente, que has estado muy contento de encontrar medios de subsistencia desempeñando tercerías pagado por otros? ¿De qué vida hablarás que no hayas manejado? Se ve bien cuál es la tuya. Verdaderamente, para licencia... ¡Es él quien cita otra ante vosotros por orgía! Pero no hablemos aún de esto. Léeme ahora los testimonios que hay aquí.

TESTIMONIOS

»Así pues, ¡oh jueces!, los crímenes de los que está convicto a vuestros ojos son tan grandes y numerosos... (¿qué maldad no está contenida en ellos?) Prevaricador,

adulator, justamente maldito, mentiroso en el trato con sus amigos (ha cometido todos los actos más escalofriantes), no se defenderá contra ninguna de estas acusaciones y no podrá presentar ni un argumento justo y sincero. Lo que dirá, según mis informes, será cosa de locura. Sin embargo, es probable que, como no tiene nada justo que exponer, se vea forzado a utilizar todos los medios disponibles. En efecto, creo que va a decir que yo soy cómplice de todos los actos de que le acuso, que yo lo aprobaba y participaba con él, que más tarde me di cuenta de lo que se trataba, evolucioné y lo acusé. Una defensa de esta clase no es ni justa ni adecuada, tratándose de los hechos de que se trata; mas lo cierto es que será una acusación contra mí. En efecto, si he procedido de esta forma soy un hombre de la nada; pero los actos no por esto son mejores; para esto es lo mismo. Sin embargo, juzgo que mi deber está en demostraros a la vez que él mentirá si dice esto y cuál es el justo medio de defensa. La defensa justa y sincera es probar, o bien que los hechos incriminados no han ocurrido, o bien que si han ocurrido son útiles al Estado. Ahora bien, este hombre no podrá hacer ninguna de las dos demostraciones. Pues le es, evidentemente, imposible decir que nos ha sido útil el que la Fócida haya sido aplastada, que Filipo posea las Termópilas, que los tebanos sean fuertes, que haya tropas en Eubea, que Megara esté amenazada, que la paz no sea conforme a los juramentos hechos, todos contrarios a lo que os ha relatado como útiles y destinados a realizarse; y que esto no ha ocurrido no os lo podrá demostrar, a vosotros que habéis sido espectadores y lo sabéis bien. Quédame, pues, por demostrar que yo no he sido su cómplice en nada. ¿Queréis que deje a un lado todo lo demás, mis discursos en sentido contrario ante vosotros, mis conflictos con ellos durante el viaje, mi posición perpetua, para hacerles testimoniar que ellos y yo hemos tenido una conducta tan opuesta que ellos tienen dinero para perjudicarnos, dinero que yo he rechazado? Prestad, pues, mucha atención.

»¿Cuál de nuestros ciudadanos designaríais como el más cínico, el más lleno de impudencia y de desprecio para todos? Nadie, ni aun equivocándose, designaría a

otro, lo sé bien, que a Filócrates. ¿Cuál es el que pasa por hablar más fuerte y decir más claramente lo que quiere? Esquines aquí presente, lo sé. ¿Cuál es al que llaman estas gentes tímido y vil delante de la multitud, pero que yo llamo prudente? Yo, que nunca os he forzado ni importunado. Ya que en todas las Asambleas me habéis oído, cada vez que se trataba de estas gentes, cómo los acusaba y deciales que habían tocado el dinero del Estado y traficando con sus intereses. Y de entre ellos, nunca, nadie ha abierto la boca ni se ha hecho ver. ¿Cuál es la causa, pues, por la que los más cínicos de los atenienses, los que hablan más fuerte, son vencidos así por mí, que soy el más tímido de todos y no hablo más alto que otros? Es que la verdad es potente, e inversamente sin fuerza la conciencia que tienen de haber obrado traficando con la situación. Esto es lo que les quita su audacia, detiene su lengua, cierra su boca, oprime su garganta y les obliga a callar. En último lugar (estoy seguro que lo sabéis ya) hace algunos días, cuando en el Pireo le impedisteis partir en embajada, chillaba diciendo que me perseguiría por alta traición, que me entablaría un proceso y... Ahora bien, allí está el principio de muchos largos procesos y discursos, mientras que aquí, dos o tal vez tres sencillas palabras, que incluso un esclavo comprado ayer habría podido decir: «¡Atenienses: es formidable: este hombre me acusa de actos de los cuales ha sido cómplice él; pretende que he admitido dinero, cuando él también lo ha tomado o repartido con los otros!»

»Mas nada ha dicho, ni una palabra; nadie ha oído nada; él amenaza sobre otros puntos. ¿Por qué? Porque tenía conciencia de haber realizado eso, de que estaba dominado por esas palabras. He aquí lo más importante de todo aún, no palabras, sino un hecho: cuando quise, conforme a justicia, habiendo sido dos veces embajador, rendiros cuentas por dos veces, Esquines aquí presente marchó al encuentro de los auditores con muchos testigos, para prohibir que me citaran ante el Tribunal, diciendo que yo había rendido ya mis cuentas y no tenía por qué rendirlas de nuevo. Acto plenamente ridículo. ¿Por qué hizo esto? Es que habiendo rendido cuentas de la primera embajada, por la cual nadie le acusaba, no

quería presentarse de nuevo para rendirla de ésta, en la que él había cometido toda clase de crímenes. Al presentarme yo por segunda vez, él se vería obligado a hacerlo también por segunda vez; éste es el motivo por el cual impedía que yo me presentase. Esta actitud os prueba claramente, ¡oh atenienses!, que él mismo se ha condenado, de manera que ahora ninguno de vosotros podrá creer nada de lo que diga respecto de mí; caso de que pudiera hacerlo, entonces hubiese realizado sus pruebas hablando y acusando; mas, ¡por Zeus!, no habría prohibido que me citaran.

»Para demostrar que digo verdad, llámame a los testigos de estos hechos.

»Pero supongo que si imagina calumniarme por hechos ajenos a la embajada, tendréis razones convincentes para no escucharle. Hoy no soy yo el inculpado; y después no será a causa mía que va a llenarse la «clepsidra». ¿Qué es, pues, esta conducta sino falta de argumentos justos? ¿Quién imaginaria, siendo inculpado, hacerse acusador si tenía medios de defenderse? He aquí una cosa que aun debéis examinar, ¡oh jueces! Supongamos que fuera yo el culpable, Esquines el acusador y Filipo el juez. Si entonces, no pudiendo defenderme de la acusación, hablara mal de Esquines e intentase cerrarle la boca, ¿no creéis que indignaría precisamente a Filipo, el que, en su presencia, se dijera mal de su bienhechor? No seáis, pues, menos generosos que Filipo; forzadlo a defenderse en lo que se relaciona con este proceso. Leed el testimonio.

TESTIMONIO

»Así pues, yo, por el hecho de que nada tengo en la conciencia, he juzgado mi deber rendir cuentas y someterme a las leyes; con Esquines es lo contrario. ¿En qué pues, sus actos y los míos son semejantes? O ¿cómo puede decirnos esto si nunca se quejó? Evidentemente, esto es imposible. Sin embargo, lo dirá y, ¡por Zeus!, tiene sus razones. Sabéis evidentemente que desde que existen hombres y procesos nadie se ha dejado convencer de cul-

pabilidad con su consentimiento. Los acusados, audazmente, mienten, inventan razones, hacen todo lo que pueden para evitar el castigo.

»Es necesario que hoy no os dejéis convencer por nada de esto, que juzguéis los hechos basándoos en lo que ya sabéis, sin dar importancia ni a mis discursos ni a los de Esquines, ni sobre todo a los testigos que él tendrá a su disposición para testimoniar lo que sea, ya que es Filipo quien paga el gasto; ¡veréis cuán dispuestos estarán a testimoniar en su favor! No atribuyáis mucha importancia al hecho de que hable claramente y con fuerza, y de que yo hable mal. En efecto, no os conviene hoy, si sois prudentes, decidiros entre dos oradores y dos discursos. Por causa de la pérdida vergonzosa y reprobable de nuestra situación, rechazad la vergüenza que existe en los responsables, después de haber examinado los actos que todos conocéis. ¿Y qué es lo que conocéis si no os enteráis por vosotros? Si la paz ha causado todo lo que estas gentes os han prometido, si vosotros os reconocéis tan llenos de cobardía y de bajeza, mientras que el enemigo no estaba en vuestro territorio (45), que no os hallabais bloqueados por el mar, que vuestro país no corría ningún peligro, que el trigo estaba a precio bajo, que por lo demás no se hallaba en peor situación que ahora. Después de haber sido advertidos por estas gentes que vuestros aliados serían batidos, los tebanos fortificados, Filipo dueño de Tracia, serían establecidas en Eubea bases de operaciones contra vosotros, si entonces hubieseis estado contentos de concluir la paz, absolved a Esquines, y además de tales vergüenzas no carguéis vuestra conciencia con un perjurio; ya que en este caso no sería él culpable, sino yo, que estaría loco y ciego al acusarle. Mas si estos individuos, por el contrario, han pronunciado muchos discursos agradables: Filipo amaba a nuestro país, salvaría a los focenses, pondría fin a la insolencia de los tebanos, os concedería beneficios muy importantes en lo concerniente a Anfípolis si obtenía la paz, y os devolvería Eubea y Oropos; si con estas palabras y promesas os han engañado por completo, y arrancado casi el Ática, condenados; no añadáis otras desgracias a las que ya sufrís, desgracias por las cuales estos individuos han sido pa-

gados; no lancéis sobre vosotros la maldición y el perjurio.

»Examinad aún esto, ¡oh jueces!: ¿a causa de qué, si estos individuos no son culpables, estaría yo decidido a acusarlos? No encontraréis razón alguna. ¿Es agradable tener muchos enemigos? No es ni prudente. ¿Hace mucho tiempo que tengo enemistad con Esquines? De ningún modo. ¿Entonces? «Temes por tí mismo; y por cobardía has visto en eso tu salvación.» Éstos son, de hecho, los pensamientos que él tiene acerca de lo que yo he dicho. Y sin embargo, Esquines, no hay ningún acto escandaloso, ninguna culpabilidad en lo que pretendes. Pero si aun viene a hablar aquí, ¡oh jueces!, examinad esto: si en este asunto, en el cual yo no soy culpable de nada, temiera perderme a causa de ellos, ¿qué no deben sufrir esas gentes que han cometido tantos crímenes? Pero no es ésta la razón. ¿Por qué te acuso yo? ¿Hago contigo chantaje, ¡por Zeus!, a fin de sacarte dinero? Mejor me valiera recibirlo de Filipo, que me ofrece más que a cualquiera de estas gentes; tener la amistad de Filipo y la de estos individuos (serían, sí, serían los amigos de su cómplice; mientras que ahora su odio contra mí no les viene por tradición familiar, sino del hecho de que no he participado en sus actos); o bien pedirles una parte de lo que han cobrado y hacerme detestar de ellos y de Filipo. ¿Libertar a los prisioneros gastando mi propio dinero, y querer obtener de estas gentes una pequeña suma mediante la vergüenza y la enemistad? Esto no es así: he hecho un informe verídico; me he abstenido de cobrar nada por respeto a la justicia, a la verdad y al resto de mi vida, ya que pienso, como otros de entre los que aquí estáis, que si soy personalmente honrado, seré elogiado por los demás y que no debo cambiar contra ninguna ganancia la ambición que muestro ante vosotros. Si detesto a estas gentes es porque he visto en ellas, durante la embajada, perversidad e impiedad y porque su corrupción me priva de honores personales, ya que estáis mal dispuestos, como es lógico, contra toda embajada. Ahora les acuso y he venido a esta rendición de cuentas porque preveo el porvenir y quiero que un proceso y un tribunal precisen ante vosotros que estas gentes y yo hemos procedido

de diferente manera. Y temo, sí, temo (os diré todo mi pensamiento) que más tarde vosotros me arrastréis con su pérdida, a mí que soy inocente, aun cuando ahora os sintáis tan abatidos. En efecto, ¡oh atenienses!, me parece que estáis descorazonados y esperando sufrir estas catástrofes, sin que toméis medidas por lo que os pueda ocurrir, viendo lo que otros ya sufren y sin preocuparos de cómo está el país tan minado interiormente. ¿No creéis que es terrible y asombroso? Aunque estuviese decidido a callar alguna cosa, ahora me veo arrastrado a decirla. ¿Sin duda conocéis a Pítoeles, aquí presente, el hijo de Pitodoros? Yo estaba en excelentes relaciones con él y hasta ahora no había habido ninguna dificultad entre él y yo. Mientras que desde que estuvo con Filipo evita encontrarme; y si se ve forzado a encontrarse conmigo procura escapar lo antes posible, temiendo que se le vea en conversación conmigo. Es con Esquines con quien se encuentra ahora y conversa en el Ágora. ¿No es terrible, ¡oh atenienses!, y lamentable que, para las gentes que han tomado el partido de Filipo, éste tenga un conocimiento tan exacto de sus actividades posibles que cada uno de ellos, como si Filipo estuviera a su lado, se figura que aquél no ignora nada de lo que hace; que mira como amigos a los que complacen a Filipo, y lo contrario a los enemigos, mientras que a quienes os consagran su vida, esperan ser honrados por vosotros y jamás os han traicionado, les manifestéis una tal sordera y una ceguera que me veo obligado a pleitear sobre un pie de igualdad contra estos sacrílegos, y esto ante vosotros que lo sabéis todo? ¿Queréis saber o conocer la causa de ello? Os la diré: pero suplico que nadie se enoje si digo la verdad. Es que Filipo, no poseyendo, como imagino, más que un solo cuerpo y una sola alma, pone todo su fervor en amar a los que le proporcionan un bien y detestar a los que hacen lo contrario. Pero entre vosotros, primeramente nadie cree que quien hace un bien a la ciudad se lo haga a él, y lo mismo ocurre con el mal; cada uno tiene algo que le interesa más, y frecuentemente os pierde la piedad, los celos, la cólera, el favor otorgado a las demandas y otras mil cosas. Y si uno escapa a todo lo demás no escapará a los que desean que haya personas con este carácter. Ahora bien, el

error en cada uno de estos puntos, filtrándose poco a poco, representa un cúmulo de grandes calamidades para nuestro amado país.

»No tenéis hoy ninguno de estos sentimientos, ¡oh atenienses! No absolváis a este hombre que ha sido tan culpable con vosotros; pues, ¿qué es lo que en verdad va a decirse de vosotros si lo absolvéis? De Atenas han salido en embajada cerca de Filipo ciertas personas a las que conocéis bien: Filócrates, Esquines, Pirinón, Demóstenes. ¿Entonces? Uno que nada ha cobrado ha libertado con sus propios medios a los prisioneros; y otro, con el dinero que ha obtenido de la venta de los asuntos de Estado, ha ido por todas partes comprando prostitutas y pescado. Uno ha enviado su hijo a Filipo antes de que fuera inscrito entre los hombres: el impuro Frinón. El otro nada ha realizado que sea indigno de su patria ni de él. Uno, que era corego y triarca, ha querido hacer, por su propia iniciativa, aún más: gastar dinero, libertar a los cautivos, no dejar, a causa del desenlace, a ningún ciudadano en la desgracia. El otro, lejos de salvar a alguno de los que estaban ya prisioneros, ha ayudado a hacer capturar por Filipo un país entero, más de diez mil hoplitas y alrededor de 1.000 jinetes pertenecientes a los aliados que teníamos. ¿Y luego qué? Teniéndolos los atenienses bajo su mano (lo sabían hace tiempo)... ¿Y entonces? Estos individuos que habían recibido dinero y regalos, que habían deshonrado, aparte ellos mismos, a su país, a sus propios hijos, han sido absueltos; han juzgado que se trataba de gentes inteligentes y que la ciudad estaba en plena época de florecimiento. ¿Y su acusador? Tiene una cabeza loca, no conoce a su país, y no sabe cómo gastar su dinero. Viendo este ejemplo, ¿quién intentará mostrarse justo? ¿Salir en embajada sin ser pagado, no cobrar nada, y después ver que se tiene más confianza en los que han cobrado? No es sólo a estas gentes a quienes hoy juzgáis; no, establecéis una ley para el porvenir, diciendo a todo el mundo si conviene que una embajada actúe en favor del enemigo o bien gratuitamente en interés nuestro, de la mejor manera y sin dejarse corromper. Pues bien, por lo demás no tenéis necesidad de ningún testigo. Pero, por el hecho de que Frinón haya enviado a su hijo a Macedonia,

mándame a los testigos. A éste, Esquines, no se le ha incoado proceso porque ha mandado a su hijo a deshonrarse con Filipo. Mas si alguien, más hermoso que otro en su juventud, no ha parado atención en los recelos que provocaba su porte exterior y seguidamente ha llevado una vida demasiado descarada, a éste le ha entablado él un proceso por prostitución.

»Vamos; voy a hablaros ahora del banquete y del Decreto. Poco me importa que no me haya escapado lo más importante que debía deciros. En la primera embajada fui yo quien redactó el proyecto del Decreto, y, ante el pueblo, cuando en las asambleas ibais a deliberar sobre la paz, como estos individuos no se hubiesen distinguido ni por un discurso ni por un crimen, me conformé con la tradición, acordé dedicarles un elogio, y les hice incitar a la pritanía. Sí, ¡por Zeus!, también ofrecí la hospitalidad a los embajadores de Filipo, y por cierto una magnífica hospitalidad, ¡oh atenienses! Como observara que ellos, en su país, se enorgullecían de estas cosas, creyéndose opulentos y magníficos, yo creí rápidamente que me era necesario superarlos en esto desde el principio y mostrarme más generoso aún. Esto es lo que Esquines invocará ahora, diciéndoos: «Él mismo es quien nos hizo concederles un elogio, él mismo quien ofreció un banquete a los embajadores», sin precisar en qué momento. Ahora bien, esto debe colocarse antes de que Atenas fuera criminalmente herida, antes de que todas estas gentes mostrasen que estaban vendidas, en el momento en que los embajadores acababan de regresar por primera vez, en que el pueblo debía oír aún lo que ellos le dirían, en que Esquines no mostraba más intención de apoyar a Filócrates ni que este último haría la proposición que ha hecho. Si Esquines habla así, recordad que la fecha es anterior a sus crímenes. Seguidamente ni he tenido con estas gentes ninguna relación ni ningún lazo. Lee el testimonio.

TESTIMONIO

»Quizá uno de sus hermanos vendrá a sostenerle, Filócares o Afobetos. A los dos podéis dirigir muy bien

unas justas palabras. Es necesario, ¡oh atenienses!, hablar con franqueza, sin retroceder ante nada. Nosotros, Afobetos, y tú, Filócrates (46), cuando utilizabas botes de perfumes, y los otros eran escribanos de segundo orden e individuos cualquiera (esto no merece ciertamente ningún reproche, pero tampoco la estrategia), nosotros os concedimos ser embajadores, generales, tener los más altos cargos. Si ninguno de vosotros ha cometido un crimen, en buena justicia no somos nosotros, sino vosotros quienes debéis estar reconocidos. En efecto, para llenaros de orgullo, hemos dejado de lado a muchas personas más dignas de esos cargos que vosotros. Pero puesto que uno de vosotros ha sido culpable en el ejercicio de las funciones que le habían sido confiadas, y culpables de crímenes tan grandes, ¿cómo no merecéis ser detestados antes que salvados? En gran manera, según creo. Quizá pretendan intimidaros con su voz potente y su impudencia, ayudándose del proverbio: «Es perdonable socorrer a un hermano.» No os dejéis vencer; pensad que si ellos se interesan por Esquines, vosotros debéis interesaros por las leyes, el Estado y sobre todo por los juramentos que habéis prestado antes de sentaros. Si algunos de ellos han pedido que Esquines quede a salvo, examinad si es visible que no ha causado daño al Estado o que él lo ha causado. Si no lo ha causado, yo también afirmo que hay que salvarlo; pero por poco daño que haya causado es perjurio quien os lo pida. No porque la votación sea secreta los dioses dejarán de saberlo; el que redactó la ley vió muy bien que ninguno de esos individuos sabría quién le ha hecho el favor, pero que los dioses y la divinidad sabrían quién ha votado contra la justicia. Ahora bien, en esto es mejor que cada cual ponga sus favorables esperanzas para sus hijos y para sí mismo, decidiendo según la justicia y el deber, en lugar de dar a esos individuos un favor invisible y oculto y absolver a este hombre que se ha condenado por su propio testimonio. En efecto, ¡oh Esquines!, para demostrar que tu embajada ha sido muy a menudo escandalosa, ¿qué testimonio debo aportar mejor que tú mismo y en tu propio detrimento? Tú que te has creído obligado a lanzar a un infortunio semejante al hombre que ha querido revelar algunos de tus actos como embajador, esperas eviden-

temente gran castigo en el caso de que estos jueces hayan comprendido lo que has hecho.

Si sois inteligentes, veréis que en esto es donde ha obrado él en su propio detrimento, no sólo porque es un indicio formidable del modo como ha llevado a cabo su embajada, sino porque, como acusador, ha pronunciado discursos que pueden perderlo. Ya que lo que definiste como justicia cuando hacíais el proceso de Timarco, esto mismo debe valer para los otros en desventaja tuya. Decía entonces él a los jueces: «Demóstenes va a defender a Timarco y a atacar mis actos como embajador; luego, si él distrae vuestra atención mediante otros discursos, hará el fanfarrón e irá diciendo por todas partes: «¿Habéis visto cómo he distraído de la cuestión la atención de los jueces y cómo me he marchado habiendo ocultado todo el fondo del asunto?» No hagas, pues, esto; defiéndete sobre lo que constituye el objeto del proceso; era entonces, cuando llevaste a Timarco al tribunal, cuando te estaba permitido acusar y decir todo lo que quisieras.

»Pero he aquí que incluso recitabas versos a los jueces, porque no tenías ningún testimonio con que acusar a ese hombre: «La celebridad que muchos hombres esparcen no muere completamente; también es una divinidad.»

»Así, pues, ¡oh Esquines!, igualmente de ti todas estas gentes dicen que has cobrado dinero por tu embajada; de tal manera que en tu detrimento también «la celebridad que muchos hombres esparcen no muere completamente». Y en tanto que hay muchas gentes para recriminarte, aparte Timarco, examina en qué condiciones compareces. A Timarco, muchos vecinos suyos ni lo conocen; en cuanto a vosotros, embajadores, él no es un griego, ni un bárbaro, para no decir que se ha cobrado dinero después de vuestra embajada. Así, pues, la fama es verídica, existe contra vosotros lo que ha expresado la multitud, fama que tú mismo has precisado que debe tener nuestra confianza. «Ya que también es una divinidad», y que el poeta autor de este verso era prudente y sabio.

»Además, después de haber recogido seguramente una tirada yámbica, terminaba así (47): «A todo hombre que se complace en frecuentar a los perversos, jamás lo

he interrogado, sabiendo que es igual a aquellos que se complace en encontrar.»

»Después, habiendo hablado de «el hombre que entra en el mercado de los pájaros y que se pasea con Pittalacos», y otras cosas parecidas, decía: «¿Ignoráis entre qué clase de hombres debe ser considerado?» Así pues, ¡oh Esquines!, esta tirada yámbica, también, en tu detrimento, me conviene ahora; y si la digo delante de los jueces, lo haré con razón y oportunidad: «Cualquier hombre que se complace en frecuentar» y en calidad de embajador, a Esquines jamás lo he interrogado, sabiendo que este hombre ha cobrado dinero como Filócrates, el cual ha confesado:

»Él, que nombra a los logógrafos y sofistas y se esfuerza en ultrajarlos, va a ser convencido de merecer sus epítetos. Estos versos yámbicos son del *Fénix* de Eurípides. Ahora bien, este drama, ni Teodoro ni Aristodemos lo han representado jamás; precisamente estos con quienes Esquines ha interpretado terceros papeles. Melón es quien lo representó, y todo actor de antaño; pero la *Antígona* de Sófocles la han representado frecuentemente los actores Teodoros y Aristodemos; ahora bien, hay en ella versos yámbicos, compuestos oportunamente para vosotros, versos que el mismo Esquines a menudo ha dicho que conoce bien, y a los que ha dejado de lado. Pues sabéis evidentemente que en todas las tragedias se reserva a los terceros papeles (48), como un privilegio, el interpretar los empleos de tiranos y de portadores de cetros. Ved, pues, en ese drama lo que el poeta hace decir a Creón-Esquines, verso que éste no se ha dicho a sí mismo por su embajada y que no ha citado a los jueces. (*Lee.*)

VERSOS DE SÓFOCLES

(SACADOS DE LA «ANTÍGONA»)

» «Es imposible conocer el alma, el pensamiento, los sentimientos de un hombre antes de que se hayan visto sus relaciones con las autoridades y las leyes. Para mí, quienquiera que sea que dirigiendo una ciudad no se con-

sagra a las mejores resoluciones y tiene su lengua encadenada por cualquier temor, me parece ahora y siempre el más perverso de todos los hombres. Y el que juzga más importante que a su propia patria un amigo, digo que es un hombre que no es nada. Ahora bien, yo, Zeus, que siempre lo ve todo, ya lo sabe, no podría llamarme cuando observo que la calamidad se acerca a mis conciudadanos y no la salvación; no podría tener un amigo que fuera un hombre hostil a mi país, sabiendo que es mi patria quien nos salva, y que, llevados sobre su buque que flota, adquirimos nosotros amigos.»

»Nada de esto se ha dicho a sí mismo Esquines durante su embajada. En lugar de su patria, ha juzgado que la hospitalidad y la amistad de Filipo son más importantes y provechosas para él; ha dado bien los buenos días al sabio Sófocles; viendo aproximarse la calamidad, la expedición contra la Fócida, no la ha prevenido ni comunicado ninguna noticia; al contrario, ha ayudado a ocultarla, a ejecutarla; ha impedido hablar a los que querían hacerlo, sin recordar que «es nuestra patria la que nos salva, y que, llevada por ella», su madre, purificando y cultivando las casas de sus clientes, los ha educado hasta ese punto; su padre, enseñando la escritura, por lo que yo sé por nuestros antepasados, cerca del Santuario de Heros Médico, ha vivido como ha podido, mas por lo menos ha vivido en este país; que ellos mismos, como escribas mandados y servidores de todos los magistrados, han cobrado dinero; y que, finalmente, elegidos secretarios por vosotros, han sido mantenidos dos años en la Tholos y que él mismo ha salido de este país enviado como embajador. En nada de esto ha puesto atención; no ha tenido voluntad de hacer flotar sana y salva a nuestra patria; la ha trastornado, hundido, y ha hecho lo que ha podido para entregarla al enemigo. ¿Así que no eres sofista? Sí, y un malvado. ¿No eres logógrafo? Sí, y un impío. Ahora bien, lo que a menudo había representado, lo que sabías bien, lo pasabas en silencio; pero lo que no habías recitado de tu vida, lo buscabas y lo publicabas cuando se trataba de perjudicar a un conciudadano.

»Pues bien, examinad asimismo lo que ha dicho acerca de Solón. Ha pretendido decir que una estatua

de Solón se levantaba como ejemplo de la reserva de los oradores de otras épocas, revestido de una capa y con la mano disimulada; censuraba y vituperaba así la agitación de Timarco. Ahora bien, esta estatua, según dice la gente de Salamina, aun no hace cincuenta años que fué erigida; y desde Solón al tiempo presente han transcurrido más de doscientos cuarenta años; de manera que no sólo el artista que imaginó esta actitud no era contemporáneo de Solón, sino que tampoco lo era su abuelo. Sin embargo, él ha hablado de esto a los jueces y ha reproducido este gesto. Mas para nuestro país es más ventajoso que la actitud contemplar el alma y el espíritu de Solón, y esto no lo ha reproducido; ha hecho todo lo contrario. Solón, cuando Salamina estuvo separada de Atenas, y cuando se hubo votado que se castigaría con la muerte a cualquiera que intentase recobrarla, ofreciendo a la Patria su propio peligro, recitó una elegía compuesta por él y conservó este territorio a nuestro país, al que salvó de la vergüenza. Mas, Esquines, la ciudad que el Gran Rey y todos los griegos habían reconocido como bien vuestro, Anfípolis, la ha entregado y vendido: ha apoyado al autor de la proposición, Filócrates. ¿Valía la pena, no es cierto, mencionar a Solón? No solamente ha obrado de esta manera aquí mismo, sino que, cuando ha ido allí, ni siquiera ha pronunciado el nombre del país objeto de su embajada. Esto os lo ha contado él mismo; recordaréis de seguro que os dijo: «De Anfípolis también hubiera podido hablar, pero para que Demóstenes pudiese decir alguna cosa, he dejado esta cuestión.» Entonces yo subí a la tribuna para decir que no me había dejado ninguna de las cuestiones de que quería hablar con Filippo, ya que él compartiría su sangre antes que sus discursos. Pero, según creo, porque había recibido dinero no podía contradecir a Filippo, que se lo había dado especialmente para no devolver Anfípolis. Toma y lee la elegía de Solón, para que veáis también que Solón detestaba a los individuos de esta clase.

»No es cuando se habla cuando es necesario ocultar la mano, ¡oh Esquines!, sino cuando uno sale en embajada. Pero tú, allí, las has tenido extendida y abierta; has deshonrado a los atenienses y aquí hablas con énfasis; has preparado lamentables desarrollos, has ejerci-

tado tu voz; y ¿crees aún que no serás castigado por tan grandes crímenes y osas ponerte (49) un bonete en la cabeza para pasearte e injuriarme? Lee tú.

ELEGÍA (50)

» «Nuestra ciudad no será la voluntad de Zeus lo que jamás hará que perezca, ni el designio de los bienhechores dioses inmortales; tan magnánima es aquella que la vigila, hija de un poderoso padre, Palas Atenea, que extiende las manos sobre ella. Pero son los mismos ciudadanos quienes, en su locura, quieren destruir la gran ciudad, cediendo al cebo de las riquezas; y también los jefes del pueblo, con espíritu injusto, preparan grandes males por su ambición desmedida. No saben refrenar su codicia ni ordenar su felicidad presente en la calma de un banquete... Se enriquecen al dejarse arrastrar a actos injustos... Sin economizar ni los bienes sagrados ni los del Estado, roban y saquean, cada uno por su lado; no tienen en cuenta el augusto trono de la justicia, que, en silencio, conoce bien lo que pasa y quién ha sido, y que en cualquier caso llega con tiempo para hacer pagar las deudas. He aquí la úlcera incurable que se extiende ahora por toda la ciudad; rápidamente ha llegado a una inmensa servidumbre; o bien despierta la discordia interior y la guerra adormecida, que hace morir a muchas gentes en la amable juventud. Pues pronto el enemigo atormenta a la agradable ciudad en encuentros caros e injustos. He aquí los males que circulan en el país. Pero muchos pobres marchan a tierra extranjera, vendidos y encerrados en lugares deshonorosos... Así el mal público entra en la casa de cada uno: la puerta del patio rehusa detenerlo; rápidamente salta por encima de las altas tapias, y de todos modos encuentran hasta a quienes se han refugiado en el fondo de la habitación. He aquí lo que el corazón me ordena enseñar a los atenienses: las malas leyes causan a la ciudad muchos males; las buenas leyes dejan ver todo el orden y la disciplina; frecuentemente ponen trabas a la injusticia, allanan los senderos abruptos, hacen cesar la codicia y desaparecer lo desmedido, secan en su crecimiento a las

flores del extravío, enderezan los decretos tortuosos, suavizan los actos de orgullo, hacen cesar los de la disensión y la amargura de la penible discordia. Bajo ellas, en el mundo, todo es disciplina y lealtad.»

»Ya veis, ¡oh atenienses!, lo que Solón dice de esta clase de hombres, lo que dice de los dioses, que, según él, salvan a nuestra ciudad. En lo que a mí se refiere, pienso y deseo que estas palabras: «los dioses salvan a nuestra ciudad» sean verdaderas en todo momento; pero creo también, por así decirlo, que todo lo que se ha producido a propósito de la presente rendición de cuentas es una manifestación del favor divino hacia nuestra ciudad. Ved ante todo. Un hombre ha cometido muchos actos atroces en su embajada; ha entregado territorios en los que convenía honrar a los dioses (51), por vosotros y por vuestros aliados; después él ha acusado de atimia a uno de sus acusadores que se había presentado en la audiencia ¿Por qué? A fin de que no obtenga ni piedad ni excusa para sus crímenes. Y aun, al acusar a este otro, él me ha injuriado con propósito deliberado. Otra vez, delante del pueblo, amenazó con formular una denuncia. ¿A causas de qué? Para que yo encuentre ante vosotros mayores excusas a mi acusación, yo que conozco lo más exactamente posible su maldad y he seguido de cerca todos sus actos. Por otra parte, luego de ocultarse durante todo el tiempo anterior, ha sido inducido a comparecer en las circunstancias en que los sucesos que se acercan, a falta de otra cosa, os hacen imposible y peligroso dejar impune su corrupción. Siempre, ¡oh atenienses!, conviene detestar y castigar a los traidores y a los vendidos, pero sobre todo ahora sería oportuno y serviría a todo el mundo. En efecto, una enfermedad, ¡oh atenienses!, una enfermedad temible y terrible se ha abatido sobre Grecia, exigiendo de vosotros mucha suerte y mucha atención. Los más notables de cada ciudad, quienes han sido juzgados dignos de dirigir el Estado, entregando su propia libertad (¡los desgraciados!), atraen sobre ellos una servidumbre voluntaria y hablan gentilmente, en favor de Filipo, de hospitalidad, de camaradería, de amistad, etc. Los otros, todos aquellos que tienen autoridad en cada país, quienes deberían castigar a esas gentes y matarlas en el campo, lejos de actuar

de este modo, los admiran, los envidian y cada uno, personalmente, querría ser como ellos.

»Ahora bien, estos actos, las rivalidades de este orden, ¡oh atenienses!, hasta ayer o anteayer habían destruído en los tesalios (52) su hegemonía y su honor nacional; ahora esto les quita además su libertad, ya que los macedonios tienen guarniciones en algunas de sus ciudadelas. Penetrando en el Peloponeso, esto ha provocado las matanzas de Helis (53) y ha llenado a los desgraciados habitantes de este país de tal locura y tal furor, que, para mandarse mutuamente y para complacer a Filipo, ellos se mancillan con la sangre de sus familiares y de sus conciudadanos. Esto no ha parado aquí. Penetrando en Arcadia, ha puesto allí lo de arriba abajo; sin embargo, muchos arcadios que deberían sentirse orgullosos de su libertad, tanto como vosotros (sólo ellos y vosotros sois autóctonos en el mundo), admiran a Filipo y le erigen una estatua de bronce, le coronan y, en fin, han votado, para el caso de que viniera al Peloponeso, acogerlo en sus ciudades. Lo mismo ha ocurrido entre los argios. ¡Por Deméter!, este mal, si es necesario hablar seriamente, exige las mayores precauciones; ya que, al cercaros, incluso ha penetrado aquí, ¡oh atenienses! Pues a pesar de que aun estáis en seguridad, manteneos en guardia y privad de sus derechos a quienes primero han introducido ese mal; si no, pensad que las palabras dichas ahora no parecen justificadas en el momento mismo en que ya no tendréis nada que hacer. ¿No veis, ¡oh atenienses!, cómo los pobres olintios han dado de ello un claro y sorprendente ejemplo? ¡Ellos, que no han sucumbido por otra causa que por el hecho de haber obrado así, los infortunados! Podéis daros exacta cuenta de esto luego de comprobar lo que les ha ocurrido. Cuando tenían solamente 400 jinetes y no eran en total más de 5.000, cuando las gentes de la Calcidia no estaban todavía reunidas en un solo Estado, los lacedemonios les atacaron con grandes fuerzas por mar y por tierra. Pues sabéis bien que en ese tiempo los lacedemonios tenían, a decir verdad, el dominio de la tierra y del mar. Sin embargo, cuando tales fuerzas avanzaron contra ellos, los olintios no perdieron ni su ciudad ni ninguna de sus fortalezas; consiguieron muchas vic-

torias, mataron a tres polemarcos, y terminaron la guerra como querían (54). Pero cuando algunos de ellos aceptaron dinero, cuando la mayoría por tontería, o mejor dicho, por mala suerte, juzgaron a esas gentes más dignas de confianza que aquellos que hablaban por ella; cuando Lástenes hubo cubierto su casa de madera que trajo de Macedonia; cuando Entícrates criaba numerosos bueyes de los que a nadie había pagado nada; cuando uno venía con corderos y el otro con caballos; cuando la mayoría, contra la cual todo esto se realizaba, lejos de indignarse o de querer castigar a los autores de esos actos, los consideraban, los honraban y los juzgaban como hombres importantes; cuando esto se desarrollaba así y la corrupción hubo triunfado, aunque teniendo 1.000 jinetes por aliados y contando a todos sus vecinos, que eran más de 10.000, recibiendo de vosotros un socorro de mercenarios, 50 trieras y aparte 4.000 ciudadanos, nada de todo eso pudo salvarles. Antes de que hubiera transcurrido un año de guerra, habían perdido y entregado todas las ciudades de la Calcidia; Filipo no hacía ninguna concesión, prestando oído a los traidores y no sabiendo a qué atender en primer lugar. Quinientos jinetes, entregados por sus propios jefes, fueron hechos prisioneros con sus armas por Filipo, más que ningún otro hombre tomó. Y los que de este modo obraban no tenían vergüenza ni ante el sol ni ante la tierra de su patria, donde ellos estaban, ni ante los santuarios, ni ante las tumbas, ni ante el deshonor que siguió a tales actos. De tal modo, ¡oh atenienses!, la corrupción hace poco razonable e insensato. Vosotros, pues, en vuestra mayoría, debéis guardar vuestra razón y en lugar de autorizar tales acciones castigarlas oficialmente. Ya que sería prodigioso que habiendo votado castigos contra los que han traicionado a los olintios, mostraseis que no castigáis a los que cometen estos crímenes entre vosotros. Lee el decreto sobre los olintios.

DECRETO

»He aquí lo que habéis votado, ¡oh jueces!, y con razón y justicia, con el consentimiento de todos los

griegos y bárbaros, contra los traidores (55) y enemigos de los dioses. Pues ya que la corrupción precede a tales acciones, y ella es la que hace que ciertos hombres las realicen, de todo hombre que veáis que se deja corromper, ¡oh atenienses!, pensad que es al mismo tiempo un traidor. Cuando alguien abandona una ocasión, otro un acto, otro soldados, cada uno de éstos causa, me imagino, la pérdida de aquello de que dispone por su parte; pero igualmente se debe detestar a todas esas gentes. Sólo vosotros en el mundo, ¡oh atenienses!, podéis sobre este punto utilizar ejemplos que provienen de vosotros mismos e imitar en vuestra conducta a los antepasados, de los que hacéis un justificado elogio. En efecto, si las circunstancias no ocasionan las batallas, las expediciones, los peligros en los que han brillado, si estáis en paz por el momento, por lo menos imitad su sabiduría. De esto siempre se tiene necesidad; pensar bien no es más penoso y enojoso que pensar mal. En un tiempo igual, cada uno de vosotros, permaneciendo sentado, si juzga y vota lo que conviene a sus asuntos, mejorará el estado de la ciudad entera y procederá de manera digna de nuestros antepasados. Si vota lo que no debe, hará que la situación sea más vergonzosa e indigna de nuestros antepasados. ¿Cuáles son los sentimientos de estos últimos sobre esta cuestión? Toma esto, escribano, y lee. Os hace falta, en efecto, ver cómo permanecéis indiferentes delante de actos para los cuales vuestros antepasados (56) pronunciaron la pena de muerte. Lee.

ESTELA

»¿Entendéis, ¡oh atenienses!, el texto que dice que Artimios de Zeleia, hijo de Pitonax, es enemigo y adversario del pueblo ateniense y de sus aliados, él mismo y toda su familia? ¿Por qué? Por haber entregado a los bárbaros el oro de Grecia. Ahora bien, con esto puede verse cómo vuestros antepasados ciudaban de que ningún hombre hiciera por dinero daño alguno a Grecia, mientras que vosotros no tomáis ninguna precaución para evitar que algún ciudadano cometa crímenes contra vuestra ciudad. «Sí, se dirá, pero este texto está expuesto no

importa dónde.» Así, que en toda la Acrópolis que veís sagrada y que ofrece mucho lugar, al lado de la Gran Atenea de bronce (57), a la derecha está ese texto expuesto, cerca de esa Atenea que nuestro país ha levantado como trofeo de guerra contra los bárbaros, y con el dinero dado para ello por los griegos. Entonces, pues, había un respeto tal por la justicia y se atribuía tanto precio al castigo de los autores de esas fechorías, que se otorgó el mismo emplazamiento al trofeo de la diosa y a los castigos infligidos a los criminales de esta clase. Pero ahora sólo habrá risa e impunidad si no paráis esta excesiva licencia. Según mi consejo, ¡oh atenienses!, no será sólo imitando un acto de vuestros antepasados como obraréis bien, sino imitando sucesivamente todas sus acciones. Ellos, como yo sé que habéis oído decir, cuando Calias, hijo de Hippónicos, hubo obtenido por su embajada esa paz, celebrada por todos, según la cual el Gran Rey no debía aproximarse al mar más que a una jornada a caballo, ni navegar con un buque de guerra más abajo de las Calidionianas y Cianas, porque se juzgó que había recibido presentes en su embajada, se falló su condena a muerte y se le hicieron pagar cincuenta talentos cuando hubo rendido cuentas. Ahora bien, no se podía citar paz más gloriosa para nuestra patria, ni antes ni después. Pero no era esto lo que examinaban nuestros antepasados. La causa de ello estaba en su valor y en la gloria de la ciudad; pero la causa del hecho de actuar gratuitamente o no, estaba en el carácter del embajador; de él, pues, exigían que se mostrase justo e incorruptible, ya que se ocupaba en asuntos públicos. Tenían por tanto a la corrupción por tan detestable y dañina para el Estado, que no dejaban que se produjera ni por ninguna acción ni por ningún hombre. Vosotros, ¡oh atenienses!, que veís que la misma paz ha destrozado las murallas de vuestros aliados y ha levantado las casas de vuestros embajadores, que ha quitado a la ciudad sus posesiones y dado a esas gentes lo que jamás tuvieron ni hubiesen esperado como un sueño, vosotros no los habéis condenado a muerte, necesitáis un acusador y juzgáis a estos individuos con discursos en los que los crímenes son actos conocidos de todos.

»No son únicamente los hechos antiguos los que se podrían citar y utilizar como ejemplos para invitaros a que los castiguéis. En vuestra época, a los que vivís en este momento, muchas personas han sido castigadas de las que, dejando aparte otras, recordaré solamente una o dos, condenadas a muerte después de su embajada, menos nociva que ésta al país. Toma y lee este decreto.

DECRETO

»Conforme a este decreto, ¡oh atenienses!, condenasteis a muerte a esos embajadores, de los cuales uno era Epícrates (58), hombre de valía según oí mencionar a mis antepasados, que había rendido buenos servicios al Estado, uno de los que habían conducido al pueblo del Pireo y un verdadero demócrata. Sin embargo, nada de esto le sirvió, y fué justo: en efecto, quien pretende dirigir asuntos de tal importancia no puede ser honrado a medias, ni ganarse vuestra confianza para abusar después y tener la posibilidad de cometer actos deshonorosos; debe, sin excepción, no cometer contra vosotros ningún crimen voluntario. Si, pues, hay una cosa que mis adversarios no han realizado entre aquellas que en otro tiempo fueron causa de que se condenase a muerte, es a mí a quien ahora debéis condenar. Examinad, pues: «Considerando, dice el texto, que estas gentes han hecho su embajada contrariamente a las instrucciones.» Éste es el primer motivo de acusación. Y ellos, ¿no han obrado contra sus instrucciones? El Decreto no lo dice: «Para los atenienses y sus aliados.» ¿No han excluído del tratado a los focenses? El Decreto no lo dice: «Hacer prestar juramento a los magistrados de las ciudades.» Y ellos ¿no han hecho jurar sólo a aquellos que Filipo les ha enviado? El Decreto no lo dice: «Ni nunca conversar a solas con Filipo.»

»Ellos no han cesado de mantener negociaciones particulares. «Considerando que algunos han sido convictos de los malos informes del Consejo.» Ellos también, e igualmente el pueblo. ¿Y quién les ha hecho convictos? Ya que esto es lo escandaloso: los mismos hechos; ya que

es evidentemente todo lo contrario de lo que ellos habían anunciado. «De no haber dicho la verdad en sus cartas», dice el texto. Ellos también. «De haber perjudicado a nuestros aliados con mentiras y haber recibido presentes.» Ahora bien, en lugar de haber dañado con mentiras, están convictos de haber perdido a nuestros aliados; evidentemente, esto es mucho más grave que mentir en su detrimento. En cuanto a recibir presentes, si lo niegan, habrá que probarlo; pero puesto que ellos lo han reconocido, deberán ser detenidos inmediatamente. Y pues, ¡oh atenienses!, siendo vosotros los hijos de esos hombres (y alguno de ellos aún vive), ¿aceptaréis que el bienhechor del pueblo, el hombre del Pireo, Epícrates, haya sido batido y castigado; que recientemente el célebre Trasíbulo, hijo del demócrata Trasíbulo, que ha traído consigo al pueblo de Filé, haya sido condenado a una multa de diez talentos; que el descendiente de Harmodio y de nuestros mayores bienhechores, que una de vuestras leyes asocia a las ofrendas y a las libaciones hechas en todos vuestros santuarios, cuando los sacrificios, en razón de los servicios que nos han rendido espontáneamente, que celebráis con cantos y honráis tanto como a los héroes y a los dioses; que todos éstos hayan sufrido la pena fijada por las leyes, que ni excusas ni piedad ni niños llorosos con los nombres de vuestros bienhechores han servido para nada? ¿Y al hijo del maestro de escuela Atrometos y de Glaucoetea, la organizadora de las Thiasas, que han causado la muerte de otra prestadora, teniendo a este individuo bajo vuestra mano, al hijo de tales personas, al hombre que nunca ha servido al Estado en nada, ni por sí mismo ni por su padre ni por sus antepasados, vais a ponerlo en libertad? ¿Qué caballo, qué triera, qué expedición, qué coro, qué liturgia, qué contribución, qué riesgo, qué cosa de éstas han ofrecido nunca? Y, sin embargo, incluso si todo esto lo hubiese realizado y no se añadiesen ni el desinterés ni la honradez en la embajada, él merece evidentemente la muerte. Pero puesto que no hay ni lo uno ni lo otro, ¿no vais a castigarle? ¿No os acordáis de lo que decía al acusar a Timarco? «Nada puede servir a una ciudad si no tiene un castigo contra los criminales, ni un régimen en que las excusas y las recomendaciones

prevalecen sobre las leyes; no debéis tener piedad ni de la madre de Timarco, una mujer anciana, ni de sus hijos ni de ningún otro; debéis observar solamente que al abandonar las leyes y la constitución no encontraréis nadie que tenga piedad de vosotros.» ¡Entonces este pobre hombre quedará acusado de atimia porque ha visto los crímenes de Esquines; pero a este último le concederéis la impunidad! ¿Por qué? Puesto que Esquines ha creído bien castigar tan severamente a aquellos cuyas faltas no perjudicaban más que a sí mismos, a aquellos cuyas faltas graves iban en perjuicio del Estado (y está probado que Esquines es uno de ellos), ¿qué pena debéis imponerles, vosotros, ¡oh jueces!, que habéis prestado juramento? «Sí — dirán ellos —, pero nuestros jóvenes serán más prudentes después del proceso de que hablas.» Pues bien, ¡después de esto, serán los hombres políticos los que expondrán al Estado a los más grandes peligros; es necesario también pensar en ellos. Para que sepáis que si Esquines ha causado la ruina de Timarco no es, ¡por Zeus!, para que vuestros hijos sean prudentes en lo por venir (lo son ahora y, ¡oh atenienses!, y pueda el país no ser demasiado desgraciado para que estos jóvenes necesiten de Atobetos y de Esquines como profesores de prudencia). Pero porque Timarco, como miembro del Consejo, había propuesto, para quien estuviera convicto de enviar armas a Filipo, o aparejos de triera, la pena de muerte... La prueba: ¿desde cuánto tiempo Timarco era orador político? Desde mucho tiempo. Ahora bien, durante ese tiempo Esquines estaba en nuestro país y nunca se ha indignado ni ha encontrado escandaloso que este hombre fuese orador, hasta el día que él ha ido a Macedonia y ha alquilado sus servicios. Toma, pues, y léeme el decreto de Timarco.

DECRETO

»Así pues, el que en vuestro interés propuso que en tiempo de guerra no se enviasen armas a Filipo sin ser castigado de muerte, ha sido batido y tratado indignamente. Pero este hombre, que ha sido capaz de vender a

Filipo hasta las armas de vuestros aliados, éste era el acusador; habla de prostitución, ¡oh Tierra!, ¡oh dioses!, cuando tenía a su lado a dos de sus cuñados, a la vista de los cuales gritaríais: el repugnante Nikias, que se puso a sueldo de Cabrias para un viaje a Egipto, y el maldito Krebión, que hacía el payaso sin máscara en las procesiones. Y ¿qué es esto? Tenía incluso bajo su vista a su hermano Afobetos. Verdaderamente, en este día es en sentido inverso como se han desarrollado los discursos sobre la prostitución.

»Y aun ahora, para colmo de maldad y vergüenza en que las mentiras de este individuo han sumergido a nuestro país, voy a dejar de lado todo lo demás y a deciros lo que todos sabéis. En otro tiempo, atenienses, lo que vosotros votabais era esperado por los demás griegos. Ahora somos nosotros los que esperamos ver lo que los otros han decidido y espiamos lo que pasa en Arcadia, entre los anfictiones, a dónde se dirige Filipo, si está vivo o muerto. ¿No obramos de esta manera? Pero lo que yo temo no es que Filipo viva, sino que esté muerto el odio de nuestra ciudad para los criminales, y la costumbre de castigarlos. Lo que me asusta no es Filipo, si por vuestro lado todo está en buen estado, sino que entre vosotros toda la seguridad pueda ser dada a los que quieren estar a sueldo y que estas gentes se vean apoyadas por algunos de vuestra confianza, que éstos, después de haber negado que actúan en favor de Filipo, suban ahora a la tribuna; he aquí lo que me asusta. ¿Por qué, pues, Eubulo (59), cuando el proceso de Hegiselao, tío de Nikeratos, rehusaste responder a una citación en testimonio cuando el primer voto, y presentándote cuando se fijaba la pena, sin decir nada en su favor, pedías a los jueces que les excusasen en consideración a ti? ¿No te presentaste entonces por los parientes y aliados y te vas a presentar ahora por Esquines? Pues cuando Aristofón perseguía a Filónicos (60) y a través de este hombre acusaba tus actos, Esquines se asoció a él para acusarte y hacerse reconocer por uno de tus enemigos. Fue cuando tú asustaste a los atenienses aquí presentes, cuando dijiste que era necesario, o bien descender en lo sucesivo al Pireo, pagar las contribuciones, transformar la Caja de los espectáculos en Caja militar, o bien votar

lo que Esquines había sostenido y redactado el asqueroso Filócrates (lo que transformaba una paz de igualdad en paz de deshonor). ¿Cuando estas gentes, con los crímenes que han cometido, lo han perdido todo, es cuando te reconcilias con ellos? Delante del pueblo lanzabas maldiciones y jurabas sobre la cabeza de tus hijos que quisieras ver a Filipo muerto. ¿Y ahora vas a sostener a este individuo? ¿Cómo morirá, pues, Filipo, ya que salvas a los que reciben sus presentes? ¿Por qué, pues, entablaste un proceso a Moirocles por haber tomado veinte dracmas sobre cada concesionario de explotaciones mineras? ¿Por qué perseguías a Kefisofón por robo sacrilego, porque había puesto siete minas en la Banca tres días más tarde? Los que tienen el dinero, que confiesan que son cogidos en flagrante delito de haber procedido así por la pérdida de nuestros aliados, a éstos no los sometes a proceso, sino que pides su salvación.

»Sin embargo, he aquí lo que es sorprendente y exige mucha atención y precauciones, mientras que el motivo de los procesos hechos por ti a los otros es una broma. Vais a verlo. ¿Había en la Élide gentes que robaban el dinero del Estado? Es muy probable. ¿Es él uno de estos hombres que ha participado en derribar la democracia? No lo es. ¿Y después? ¿Había, cuando existía Olinto, algunas gentes de esta clase? Creo que sí. ¿Son ellos quienes han causado la pérdida de Olinto? No. ¿Entonces? ¿No creéis que ha habido en Megara un ladrón para rebañar en las finanzas públicas? Necesariamente. ¿Se ha visto allí a alguno de éstos ser responsable por lo que ha ocurrido? Ni uno. ¿Quiénes son los que han cometido crímenes tan enormes? Aquellos que pensaban merecer ser llamados huéspedes y amigos de Filipo, aquellos que querían ser estretegos, aquellos a quienes se daba el primer lugar, aquellos que creían que era necesario que estuviesen por encima de los demás. ¿No es verdad que, recientemente, cuando Perilos (61) fué juzgado en Megara por los Trescientos, por haberse ido a donde Filipo, se adelantó Ptoiodoros para pedir su absolución, Ptoiodoros, que era el primero en Megara por su riqueza, su nacimiento y su reputación? Después lo envió con Filipo; y luego de esto, el uno regresó con mercenarios y el otro encontró un queso en Megara.

¡He aquí todo! Nada hay, absolutamente nada, que se deba evitar tanto como dejar que uno esté por encima de la mayoría. Que no se salve o no se haga perecer a cualquiera porque uno de éstos lo pida; pero si alguien es salvado o, por el contrario, por sus actos perdido, que éste encuentre en vosotros el veredicto a que se haya hecho merecedor. He aquí la verdadera democracia. De todos modos, muchas personas han sido prepotentes entre vosotros: Calístrates (62), seguidamente Aristofón, Diofantos y otros antes que ellos. Pero, ¿en qué era el primero alguno de ellos? Ante el pueblo. Pero ante los tribunales nadie hasta ahora ha sido más fuerte que vosotros, que las leyes, que los juramentos. No se lo permitáis ahora a este hombre. Para demostraros que haríais bien poniéndoos en guardia ante eso antes de confiaros, voy a leeros una predicción de los dioses que, en todas las circunstancias, salvan a la ciudad mucho mejor que los dirigentes. Lee las predicciones.

PREDICCIONES

»Comprendéis, ¡oh atenienses!, la advertancia dada por los dioses. Si ellos os han anunciado esto durante una guerra, los estrategos son los que os dicen que hay que vigilar, pues los estrategos son los guías de que disponemos para la guerra. Si esto ocurre una vez concluida la paz, les corresponde a los dirigentes de la política; ya que ellos son quienes os guían, ellos quienes también os persuaden, y ellos de quienes hay que temer que no os extravíen. Mantener la ciudad unida consta en la predicción, a fin de que todos no tengan más que un solo pensamiento y no causen ningún placer al enemigo. ¿Qué es lo que, según vosotros, complacería a Filippo? ¿La salvación o el castigo del autor de tantos males? A mi modo de ver, la salvación. Ahora bien, la predicción dice que hay que procurar que el enemigo no halle ningún placer. Y además, os ha sido recomendado a todos ser unánimes en el castigo de los servidores del enemigo; es una orden de Zeus, de Dione, de todos los dioses. Por otra parte, incluso con la misma razón humana puede

observarse que es la cosa más detestable del mundo, y la más peligrosa, dejar que un dirigente del pueblo esté en buenas relaciones con las personas cuyos intereses son opuestos a los de aquél. ¿Por qué motivos, en efecto, Filipo se ha hecho dueño de todo? ¿Por qué ha realizado sus mayores acciones? Examinad esto. Obteniendo las ocasiones de actuar de quienes las vendían, corrompiendo y conquistando a los dirigentes de las ciudades por todos esos medios. Ahora bien, hoy está en vuestro poder, si así lo deseáis, hacer ineficaces esos dos procedimientos, rehusando escuchar a quienes defienden a personas de esa especie, mostrando que ellos no tienen ninguna autoridad sobre vosotros (ahora pretenden ellos ser vuestros dueños), castigando al hombre que se ha vendido y haciendo comprender esto a todo el mundo. En efecto, sería normal, ¡oh atenienses!, que os irritarais contra cualquiera que hubiera obrado así, hubiese entregado a vuestros aliados, vuestros amigos, las ocasiones que, en cada pueblo, hacen que la situación general sea buena o mala. Pero contra nadie actuaríais más justamente que contra este individuo. Se alineó entre quienes desconfiaban de Filipo; único y primero, vió en Filipo al enemigo común de los griegos. Después desertó, traicionó, súbitamente tomó el partido de Filipo. ¿Cómo este hombre no ha merecido muchísimas veces la muerte? ¿Quién, pues, al principio, os presentaba a Iscandros, que venía, decía, enviado por los amigos con que nuestro país contaba en Arcadia? ¿Quién pues, temía que Filipo se apoderara de Grecia y del Peloponeso en tanto que vosotros dormíais? ¿Quién hacía al pueblo esos largos y bellos discursos y leía el Decreto de Mitridates, Mitíades, el de Temístocles, y el juramento de los efebos, en el santuario de Aglauros? ¿No fué él? ¿Quién os aconsejó mandar esos embajadores casi hasta el mar Rojo, diciendo que Filipo tenía ambiciones sobre las que vosotros debíais prever esto y no abandonar los intereses de los griegos? ¿Acaso el autor de este Decreto no es Eubulo, y el embajador en el Peloponeso, Esquines, que está ante nosotros? Lo que ha dicho, una vez llegó allí, en sus conversaciones y en sus discursos, sólo él puede saberlo; pero el relato que os ha hecho, lo recordáis todos, lo sé. Pronunciaba discursos en los que muchas veces trataba

a Filipo de bárbaro (63) y desechado de los dioses; os explicaba la alegría de los arcadios cuando el Estado ateniense prestaba entonces atención a los acontecimientos y se despertaba; y he aquí lo que, según él, más le había indignado: en su marcha, encontró a Atréstidas (64), que venía de donde estaba Filipo, y con él iban de camino unos treinta pobres mujeres y niños; sorprendido, preguntó a un viajero qué era esta multitud y quién el individuo que la acompañaba; y cuando supo que se trataba de Atréstidas, que regresaba de donde Filipo, con los cautivos de Olinto como presente, había encontrado esto escandaloso y se puso a llorar y gemir por Grecia, que estaba en una situación muy triste, ya que cerraba los ojos a estos escándalos. Os aconsejó que enviaseis una misión a Arcadia para acusar a las gentes que trabajaban para Filipo; sus amigos le habían dicho, según él, que si nuestro país prestara atención a esto y enviase una embajada, esas gentes serían castigadas. He aquí el lenguaje bueno y digno de nuestro país, ¡oh atenienses!, que él mantenía con el pueblo. Pero cuando llegó a Macedonia y hubo visto a su enemigo, el enemigo de los griegos, ¿habló de una manera parecida o análoga? Me da igual. Al contrario, es necesario no acordarnos de nuestros antepasados, no hablar de trofeos, no llevar socorros a nadie; las gentes que proponían deliberar con los griegos sobre la paz con Filipo, le sorprendían, al creer necesario persuadir a algún otro en lo relacionado con vuestros intereses: Filipo, por su parte, era para Heracles el griego más puro del mundo, el hombre más elocuente, el mejor amigo de Atenas; había entre nosotros individuos tan extraños y tan desagradables que no tenían vergüenza de injuriarle y tratarle como a un bárbaro (65). ¿Es, pues, posible que este hombre, después de haber dicho eso, haya osado decir lo otro sin dejarse corromper? ¿Qué, pues? ¿Es un hombre que, luego de haber detestado no ha mucho a Atréstidas con ocasión de los niños y de las mujeres de Olinto, acepta ahora imitar a Filócrates? Este último ha traído aquí de Olinto mujeres libres; es tan conocido por su vida escandalosa que no tengo necesidad ahora de decir de él nada vergonzoso y desagradable; si digo solamente que Filócrates ha traído mujeres, todos vosotros sen-

tiréis piedad de esas pobres y desgraciadas mujeres, para las cuales no ha tenido piedad, por las cuales no ha llorado sobre Grecia cuando entre los aliados han sido ultrajadas por nuestros embajadores. Es sobre sí mismo sobre lo que va a llorar después de una embajada de tal clase, y sin duda hará que sus hijos suban a la tribuna. Pero decidme, ¡oh jueces!, frente a sus hijos, ¿cuántos hijos de vuestros amigos y aliados erraron al azar y mendigaron, caídos en la desgracia a causa de este individuo? De ellos debéis tener piedad más que de su padre, que es un criminal y un traidor; pues estos individuos añadiendo al tratado de paz «y por los descendientes», han privado incluso de esperanzas a vuestros hijos. Frente a estas lágrimas, decíos que poseéis al hombre que os decía que enviaseis a Arcadia para acusar a los agentes de Filipo. Ahora no tenéis necesidad de enviar una embajada al Peloponeso, ni de hacer un largo viaje, ni de gastar dinero en el camino; cada uno de vosotros debe solamente, adelantándose hacia ese estrado, depositar por la Patria un voto sano y justo contra un hombre que, ¡oh Tierra y dioses!, después de haber pronunciado al principio los discursos que os he recordado. Maratón, Salamina, las batallas, los trofeos, tan pronto puso pie en Macedonia ha dicho todo lo contrario: no recordar a nuestros antepasados, no hablar de trofeos, no aportar socorro a nadie, no concertarse con los griegos (66) y casi destruir nuestras fortificaciones. Ahora bien, jamás se ha expresado ante vosotros un lenguaje más deshonesto. ¿Existe alguien entre los griegos o los bárbaros, tan poco inteligente o no atento al enemigo encarnizado de nuestro país para vacilar si se le preguntara: Dime, ¿en nuestra Grecia, tal cual existe y está habitada actualmente, hay un lugar que llevara este nombre o estuviese habitado por los griegos que ahora lo poseen, si los combatientes de Maratón y Salamina, nuestros antepasados, no hubiesen realizado por ello tales hazañas? Ni uno solo, lo sé, respondería: «Sí; todo», diría, «hubiera sido tomado por los bárbaros». Y entonces, a estas gentes, a las que incluso un enemigo no privaría de alabanzas y de elogios, Esquines es quien os impide recordarlas, a vosotros sus descendientes, y todo porque ha cobrado dinero. Y, por tanto, si los muertos no gozan de otro

bien, la propiedad particular de los que han tenido un fin de esta clase son los elogios de sus buenas acciones; ya que incluso ni la envidia les hace oposición. Para privarlos de eso este individuo debería ser justamente privado de su ciudadanía, y de esta manera vengaríais en él a vuestros antepasados. Con tales discursos, ¡oh cabeza miserable!, has destrozado y robado las hazañas de nuestros antepasados: con tus palabras has perdido completamente la situación. Y además, esto te convierte en terrateniente (67) y gran personaje. Pues he aquí el hecho: Antes de haber causado a nuestro país todo el daño posible, hubiera querido ser escribano y daros gracias por su elección, y mantenía una actitud conveniente. Luego que ha causado mil desgracias, frunce las cejas. Se dice: Esquines, el antiguo escribano, de pronto es vuestro enemigo y se cree injuriado; se pasea por el ágora, con el manto arrastrándole hasta los talones, caminando con el mismo paso que Pitocles, hinchadas las mejillas, porque él es un huésped y amigo de Filipo, uno de esos individuos que quieren desembarazarse de la democracia, que no ven en el actual estado de cosas más que desorden y locura, que incluso se aplastaba delante de la Sala de los pritanos.

»Deseo ahora que él os recuerde brevemente la manera como Filipo ha hecho triunfar su política sobre la vuestra, con la ayuda de estos enemigos de los dioses. Vale la pena examinar y observar bien toda la maquinación. Desde el principio, Filipo deseaba la paz, ya que su país estaba devastado por los corsarios y los mercados le estaban cerrados, de manera que no podía gozar de ninguna ventaja. Envió, pues, para que le sirvieran, esas gentes que pronunciaban discursos llenos de humanidad; Neoptolemos, Aristodemos, Ctesifonte. Después, cuando nosotros los embajadores llegamos cerca de él, rápidamente tomó a sueldo a este individuo, para que luchara y hablase en el mismo sentido que el impuro Filócrates y triunfara de los que querían proceder conforme a la justicia; redactó una carta para vosotros, gracias a la cual pensaba principalmente obtener la paz. Pero incluso esto no le daba suficientes posibilidades de éxito sobre vosotros si no destruía a los focenses; lo que no era fácil, ya que sus asuntos habían sido llevados como por un

golpe de la fortuna a un estado tal que, o bien no podría realizar nada de lo que quería, o se vería forzado a mentir, a ser perjuro y hacer testigos de su maldad a los griegos y a los bárbaros. Si admitía a los focenses como vuestros aliados y les permitía prestar juramento al mismo tiempo que vosotros, se veía obligado a traicionar los juramentos prestados a los tesalios y tebanos [había jurado a unos que les ayudaría a conquistar la Beocia, y a los otros a restablecer (8) la Asamblea Anfictiónica]; si no admitía a los focenses (de hecho no los acogía) no le dejaríais pasar a Grecia, correríais a las Termópilas (lo que habríais hecho si no hubieseis estado extraviados); ahora bien, si esto ocurría, no podría entrar en Grecia. Esto no es necesario pedirlo a otros, basta con recurrir a su propio testimonio; cuando había vencido por primera vez a los focenses y asesinado a sus mercenarios con su jefe y general Onomarchos, entonces, del mundo entero, griego o bárbaro, nadie socorrió a los focenses excepto vosotros, y no sólo no obtuvo nada de lo que esperaba de su paso, sino que no pudo ni acercarse. Sabía claramente, me imagino, que ahora, cuando la Tesalia estaba dividida, que las gentes de Feres no le seguían, que los tebanos (69) habían sido castigados y vencidos en el campo de batalla, que un trofeo se había erigido sobre ellos, no podría pasar si vosotros salierais al combate, y que no podría alcanzar éxito su tentativa a menos que no interviniese maquinación alguna. «¿Cómo, pues, evitaré mentir descaradamente y pasar como perjuro y a la vez obtener lo que deseo? ¿Cómo? Helo aquí: Encontrando algunos atenienses para engañar a sus conciudadanos. Ya que será esto una vergüenza que yo no heredaré.» Seguidamente, sus embajadores os advirtieron que Filipo no admitía a los focenses como aliados vuestros; pero estos individuos dijeron poco a poco al pueblo que a Filipo le era difícil admitir públicamente a los focenses como aliados vuestros a causa de los tebanos y de los tesalios, pero que si él fuera dueño de la situación y obtuviese la paz, todo lo que nosotros hubiéramos pedido que pusiera en el Tratado lo realizaría entonces.

»Así pues, gracias a estas esperanzas y estos reclamos, obtuvieron de vosotros la paz sin comprender en

ella a los focenses. Pero le era necesario impedir la expedición de socorro a las Termópilas, para la cual a pesar de todo (70), estaban preparadas cincuenta trieras, destinadas a detener a Filipo si intentara avanzar. ¿Cómo realizarlo, qué nueva maquinación intervendría en este asunto? Pasar tiempo y llevar los acontecimientos a que cayeran sobre vosotros de improviso, a fin de que, si incluso la quisierais, no pudieseis salir del Ática. Esto es lo que vió hacer por estas gentes, mientras que yo, como me lo habéis oído decir no pude volver antes que ellos, e incluso, cuando alquilé un barco, fuí impedido de hacerme a la mar. Aun fué necesario que los focenses tuvieran confianza en Filipo y ellos mismos se rindiesen para evitar dilaciones en este asunto, y la aparición de un decreto contrario a vosotros. «Así pues, que los focenses están salvos fueron los embajadores atenienses quienes lo anunciaron, de manera que si alguno continúa desconfiando de mí, por confianza en estas gentes se entregará; en cuanto a los mismos atenienses, los convocaremos para que, figurándose que tienen ya todo lo que quieren, no voten nada que me sea contrario. Esas gentes anunciarán, como viniendo de nosotros y prometerán tales cosas, que los atenienses no moverán ni un pie sea lo que fuere lo que ocurra.» De esta manera y por estas maquinaciones estos individuos, dignos de morir miserablemente, lo han perdido todo. En efecto, sobre el campo, en lugar de ver a Tespis y Platea restauradas, habéis sabido que Orcomene y Queronea han sido reducidas a la esclavitud; en lugar de ver a Tebas humillada y reducidos su orgullo e insolencia, han sido los muros de vuestros propios aliados los que han caído y han sido los tebanos quienes lo han hecho; ellos, a los que Esquines había dispersado con palabras... En lugar de que Eubea os fuera entregada a cambio de Anfípolis, Filipo estableció en Eubea contra vosotros bases de operaciones, y no dejó de vigilar Geraistos y Megara. En lugar de que Oropos os fuera restituida, salimos en armas para defender Drymos y la región de Panactón, cosa que no habíamos hecho nunca cuando los focenses estaban sanos y salvos. En lugar de que en el santuario de Delfos fuese restablecida la tradición de nuestros antepasados y el dinero fuera percibido para el culto del

díos, los verdaderos anfictiones fueron expulsados, su país trastornado, y los macedonios, bárbaras gentes que nunca habían sido anfictiones, lo son ahora por la violencia; si alguien habla de dinero sagrado, es lanzado a un precipicio, y nuestro país se ve privado del privilegio de la primacía. Todo el asunto es para Atenas igual que un enigma: Filipo jamás ha sido engañado y ha realizado siempre lo que ha querido; vosotros, después de haber esperado obtener cuanto deseabais, habéis observado cómo ocurría todo lo contrario: bajo la apariencia de la paz estáis en una situación peor que durante la guerra. Y estos individuos han recibido dinero por este motivo, sin haber sido hasta hoy castigados. En efecto, que esto sea el fruto de la corrupción y no de otra cosa, que estas gentes hayan sido pagadas para realizar esto, es evidente desde hace mucho y de muchas maneras para vosotros; y temo que no haga yo lo contrario de lo que deseo; que buscando hacer una demostración muy precisa, no os moleste porque vosotros mismos estáis enterados hace mucho tiempo. Sin embargo, escuchad todavía esto. ¿Es él, uno de los embajadores de Filipo, a quien vosotros, ¡oh jueces!, elevaríais una estatua de bronce en el Ágora? ¿Queréis más? ¿Le concederíais una entrevista en el Pritaneo, o algún otro favor de los que se conceden a vuestros bienhechores? No lo creo. ¿Por qué? No sois personas ingratas, injustas o desagradables. Pero es, diríais, a causa de que ellos han actuado siempre para Filipo y nunca para nosotros. Palabras verdaderas y justificadas. Y luego, ¿creéis que si vosotros tenéis ese estado de espíritu, no lo tiene Filipo, que da a estas gentes tan importantes recompensas para que efectúen su embajada en vuestro interés de manera honorable y justa? Es imposible. Veis cómo ha recibido a Hegesipo (71) y a los embajadores que le acompañaban. Me callo lo demás. Pero Xenocleides, el poeta aquí presente, ha sido expulsado oficialmente por él porque había recibido a sus conciudadanos. He aquí cómo son tratados por él quienes dicen justamente lo que creen vuestro favor; pero a quienes están vendidos los trata como a gentes de allí. ¿Son necesarios aún más testimonios, más pruebas? Estos hechos, ¿quién podrá substraerlos a vuestro juicio?

»Alguien vino entonces, antes de la audiencia, para darme la más extraordinaria noticia. Esquines estará dispuesto a acusar a Cares y con este rodeo y este propósito esperará engañaros. Para mí, como Cares, sea el que fuere el proceso que se le haga, revela que ha obrado en vuestro interés tanto como ha podido, con fidelidad y devoción, y que son las personas que obran por dinero las que han hecho que en muchos casos llegara tarde, no voy a apoyarme sobre esto demasiado. Pero iré todavía mas lejos. Admitamos que Esquines sólo pueda decir verdades sobre la conducta de Cares; incluso así es verdaderamente ridiculo que Esquines acuse a Cares. En efecto, yo no recrimino a Esquines por nada de lo que se ha hecho durante la guerra (los estrategos deben rendir cuentas de esto) ni del hecho de que nuestro país haya concluido la paz. Hasta ahora lo mantengo fuera. ¿Qué es, pues, lo que digo y cuál es la primera de mis acusaciones? En el momento en que nuestro país concluyó la paz, de haber apoyado con su palabra a Filócrates y no a los autores de las mejores proposiciones; de haber aceptado presentes; después, cuando la segunda embajada, de haber perdido intencionadamente el tiempo y no haber hecho nada de lo que habíais ordenado; de haber engañado a la ciudad y, después de haber abierto la esperanza de que Filipo haría cuanto nosotros quisiéramos, haber causado la pérdida de todo: mas tarde, cuando otros advirtieron que se vigilaba al autor de actos tan injustos, haberle servido de defensor. De esto le acuso yo, de esto quiero hacerlos memoria. Ya que concluida una paz justa sobre un pie de igualdad, entre hombres que por nada se han vendido ni han mentado, yo iría hasta concederles un elogio y pedir para ellos coronas. Si un estratego es culpable ante vosotros, nada tiene que hacer en la presente rendición de cuentas. En efecto, ¿qué estratego, qué hombre ha causado la pérdida de Halos?, ¿de la Fócida?, ¿de Doriscos?, ¿de Cersobleptes?, ¿del Monte Sagrado?, ¿de las Termópilas?; ¿quién ha abierto a Filipo una ruta a través de los territorios amigos y aliados, hasta el Atica? ¿Quién ha vendido a otros Queronea, Orcomenes y Eubea, e incluso en estos últimos días Megara? ¿Quién ha reforzado a los tebanos? Ninguno de estos puntos, tan numerosos y tan importan-

tes, ha sido de hecho perdido por los estrategos. No los posee a causa de que le hayan sido concedidos mediante la paz y se los hubierais cedido a Filipo, sino a causa de que estas gentes y su venalidad han sido origen de su pérdida. Si, evitando hablar de eso, va al azar y habla de todo antes que de esto, acogedle así: «No juzgamos a un estratego; no has comparecido aquí a causa de esto; no nos digas que otro es responsable del desastre de los focenses; muéstranos que tú no eres responsable. ¿Por qué, si Demóstenes era culpable, hablas solamente ahora en vez de haberle acusado cuando rendía sus cuentas? Esto mismo legitima tu pérdida. No digas que el estado de paz es bueno, que es útil; nadie te hace responsable del hecho de que nuestro país haya concluido la paz, pero de que ésta no sea vergonzosa, deshonrosa, de que nosotros no hayamos sido engañados muchas veces, que todo no se ha perdido, explícanos esto. Pues en todo caso se nos muestra tu responsabilidad. ¿Y por qué, pues, hasta ahora has hecho el elogio del autor de una situación semejante?» Si tomáis estas precauciones respecto de él, no sabrá qué responderos: será en vano que entonces levante su voz, que ha ejercitado anteriormente.

»Por otra parte, me veo forzado a hablar asimismo de su voz: ya que he notado que está muy orgulloso de ella y piensa subyugaros con su comedia. Ahora bien, me parece que obraríais de la manera más noble si habiéndolo echado de los teatros con vuestros proyectiles y vuestros silbidos cuando representaba las desgracias de Tieste y de los héroes de la guerra de Troya, habiendo terminado lapidado hasta el punto de que acabó por renunciar a su trabajo de tercer actor, una vez que ha causado todas las desgracias posibles, no ya en la escena, sino en los asuntos más importantes que se relacionan con los intereses del Estado, le prestaseis atención entonces, pensando que tiene una bonita voz. No lo hagáis; no seáis tan tontos, reflexionad que, cuando examináis a un heraldo, es necesario ver si tiene buena voz, pero cuando examináis a un embajador que pretende ocuparse en los intereses comunes, es necesario ver si es justo y está provisto de sentimientos de orgullo, para sostenerle, pero con un espíritu igualitario frente a vosotros, como lo soy yo, que no he concedido mirada alguna a

Filipo ni a quienes he salvado y que no he retrocedido ante nada. Esquines, al contrario, rodaba a los pies de Filipo, cantaba sus excelencias, mientras él os miraba altivamente. Por otra parte, cuando observáis la elocuencia en una voz hermosa o alguna otra ventaja de este orden en un hombre que se os ha mostrado honrado y lleno de generosidad, es necesario compartir su alegría y ayudarlo a ejercer sus cualidades. Es una ventaja en la que vosotros tenéis parte. Pero cuando se da en un hombre corrompido, perverso, ganado por no sé qué afán de provecho, es necesario apartarlo, escucharle con severidad y hostilidad, ya que la maldad, cuando le dáis la reputación del talento, es contraria a los intereses del Estado. Ya veis en qué situación más embarazosa ha sido colocada la ciudad a causa de la reputación de este individuo. Es que las demás cualidades, por sí mismas, tienen una acción suficiente; pero la facultad de la palabra, caso de que choque con vuestra oposición, ¡oh auditorio!, se encuentra dificultada. Así pues, escuchadle como a un malvado, un vendido que nada dirá absolutamente verdadero.

»Considerad que, aparte otras razones, son nuestras relaciones mismas con Filipo las que de todas maneras hacen necesaria la condenación de Esquines. O bien Filipo estará obligado a hacer alguna cosa justa para nuestra ciudad y cambiará entonces de proceder; pero ahora se ha decidido a engañar a la mayoría y favorecer a ciertos individuos; mas si él conoce la perdición de estas personas, será para vosotros, la mayoría, los dueños de todo, para quienes él querrá obrar primero. O bien se mantendrá en el mismo papel de árbitro escandaloso que ahora; y entonces, cuando vosotros hayáis suprimido a estas personas, habréis alejado de vuestra ciudad a quienes efectúan no importa lo que fuere para él. En efecto, ¿quiénes han obrado así, cuando esperaban ser castigados, caso de que les hagáis concesiones, como si obraran con vuestro consentimiento? ¿Qué Eutícrates, qué Lástenes, qué traidor no los sobrepasaría? ¿Quién se mostrará peor ciudadano que los demás si observa que, para quienes lo han vendido todo, el resultado de la hospitalidad de Filipo es el dinero, la reputación, los medios de acción: y que para quienes se han

mostrado justos y han gastado sus bienes, el resultado consiste en dificultades, odios y celos? No hagáis esto. Ni desde el punto de vista de la gloria ni de la piedad ni de la seguridad ni de ningún otro, vosotros no ganáis nada absolviendo a Esquines; debéis, por el contrario, con su castigo, dar un ejemplo a todos los ciudadanos y a todos los demás griegos.»

N O T A S

(1) En la práctica, la opinión ateniense admitía que un hombre cobrase dinero, con la condición de servir los intereses del Estado.

(2) La Asamblea de la Liga Arcadia.

(3) El 18 Elafebolión.

(4) Esquines niega que se pronunciara un discurso en la Asamblea el 19 y pretende que Demóstenes se opuso a la proposición de los aliados.

(5) Legalmente no se podía volver sobre la primera embajada cuando las cuentas que se habían rendido eran legales.

(6) La extensión del Tratado de paz en Halos y la Fócida.

(7) Platea había sido destruida por Tebas al principio de 373 y Tespis anexionada poco después.

(8) Después de 356 el focense Filomenos había mantenido su armada con empréstitos hechos al Tesoro de Delfos, y después de 355 su sucesor Onomarchos había hecho fundir una parte de las ofrendas acumuladas en el santuario.

(9) Territorio conquistado entre el Ática y Beocia que lo ocupaba desde 366.

(10) En 367, después de su embajada a Sisa, Timágoras fué acusado, por su colega León, de colisión con Pelópidas y de traición en provecho del Gran Rey, y fué condenado a muerte.

(11) Los embajadores se separaron de Filipo en Ferres cuando marchaba hacia Fócida.

(12) Demóstenes habla de una entrevista nocturna entre Filipo y Esquines, en Ferres, y pone como testigo a su colega Derkilos.

(13) Esquines insinúa que si la carta en cuestión no es obra del mismo Filipo, podía haber sido redactada por uno de sus colaboradores, Pitón de Bizancio, quien en 343 propuso a los atenienses una revisión del Tratado de 346.

(14) Sobre la liberación de los prisioneros; ésta es la razón por la cual Demóstenes justifica su participación en la segunda embajada; y Esquines le da implícitamente la razón sobre este punto refiriéndose a su generosidad.

(15) Según Esquines, eran los mismos focenses los que habían rehusado confiar la guarda de las Termópilas a los atenienses de Proxenos y a los lacedemonios de Arquidamos.

(16) El estratega Proxenos cuidaba del Golfo Maliaco y té-

nía su base principal de operaciones en el extremo Norte de Eubea, en Oreos.

(17) Demóstenes indica claramente los matices que separaban a los diferentes grupos de focenses en el interior mismo del partido Falaicos, que quería la continuación de la guerra. Pasa en silencio la existencia de una oposición a esta política.

(18) En principio, un tratado sólo tenía valor para los contratantes, y concluido con un soberano no tenía valor para sus descendientes.

(19) Demóstenes arregla intencionadamente los números. Ya que la segunda embajada no partió hasta después del 3 de Munichion y sólo estuvo ausente dos meses y medio.

(20) La distinción tiene importancia, ya que Filipo, en el momento de la capitulación, no era miembro de la Anfictiónía.

(21) Esquines aún pretende que gracias a él no se condenó a todos los hombres como pretendían los oteos.

(22) Cuando la deliberación que tuvo efecto entre los aliados de Esparta en 404 después de la capitulación de Atenas.

(23) Hegesipo se opuso frecuentemente a los avances de Filipo (puede ser en el caso mencionado).

(24) Atenas llevó socorro a los lacedemonios cuando las «guerras Tebanas» en 369 y 362, y a los eubeos en 357.

(25) Demóstenes insinúa que los focenses que vienen a testimoniar en favor de Esquines han sido seducidos por éste.

(26) El Decreto de Diofantos data de 353 (cuando la vana tentativa de Filipo contra las Termópilas); el de Calistenes, de 346. Los Heracleia son, sin duda, de las fiestas de Maratón más que de las Kinosarge.

(27) El pequeño puerto de Portmos, en Eubea; lugar de refugio de los demócratas de Eretria, acabó siendo ocupado por Filipo.

(28) Demóstenes emplea una vaga expresión, ya que, habiendo sido él también miembro de la primera embajada, es en parte responsable.

(29) Argumento destinado a quitar a Esquines todo mérito en la conclusión de la paz.

(30) En realidad, en el otoño de 346 (es cuando provoca el discurso *Sobre la Paz*).

(31) Sin duda se trata de Aglaocreón de Tenedos, quien, al representar a los aliados, no es responsable frente a la Asamblea ateniense.

(32) Parece que una nueva Asamblea, posterior al retorno de Derkilos, confirma los poderes y la composición que tenía la embajada.

(33) Las comparaciones con las cosas del mar son muy antiguas en Grecia.

(34) La palabra que emplea Demóstenes designa un suplicio que ordinariamente se reserva a los malhechores de Derecho común.

(35) Todos estos sitios están situados en la parte occidental de Beocia.

(36) Parece que Demóstenes supone siempre que Filipo necesitaba la paz.

(37) Las localidades de la Tracia enumeradas eran conocidas por muy pocos atenienses.

(38) Los aliados de Filipo prestaron juramento con él en Feres, pero no sus delegados cuando los embajadores atenienses exigían hasta el de los magistrados locales.

(39) Sin duda la carta se refiere a la primera embajada.

(40) Enviado para protestar contra la duración de la campaña de Tracia.

(41) La primera embajada había tomado la ruta de tierra salvo en el trozo que va de Oreos a Halos. La segunda, por lo tanto, podía invocar la misma excusa.

(42) Resultó un retraso de unas seis semanas (las Panateneas tenían efecto del 24 al 29 de Hecatombeón y la embajada entró en Atenas el 13 de Esciroforión).

(43) Puede ser en el momento en que Timarco era el principal acusador.

(44) La fiesta olímpica de Dión fué instituída al final del siglo V por el rey Aquelao; duraba nueve días. Los artistas eran esencialmente actores de teatro.

(45) Esta tabla optimista de la situación en 346 es la que dió Aristofón de Azania y del que saca argumento para oponerse a la paz.

(46) Los ataques contra la familia de los adversarios eran muy corrientes entre los oradores públicos.

(47) Esquines había citado nueve versos del *Fénix* de Eurípides, de los que Demóstenes sólo recuerda los tres últimos.

(48) Es cierto que Esquines fué actor, pero no lo es que siempre se viese confinado a los terceros papeles. Pero que el empleo del tirano fué reservado a los terceros papeles sí lo es; ya que es un hecho de la organización teatral en la que Demóstenes no podía exponerse a decir una mentira.

(49) La leyenda interpretando al pie de la letra una carta de Solón pretende que éste viajaba para recitar su poema sobre Salamina. Demóstenes, al insinuar que Esquines quiere imitar la actitud exterior de Solón, prueba que hacía mucho tiempo que la leyenda estaba formada.

(50) Esta elegía forma parte de las poesías de propaganda compuestas por Solón para preparar las Reformas. Sólo los dieciocho versos primeros son útiles al discurso de Demóstenes.

(51) A pesar de la mención de los aliados, se trata más de Tracia que de la Fócida.

(52) Después de 352, Filipo era de hecho el jefe de la Confederación tesalia. A partir de 344 reorganizó el país instituyendo tetrarquías, y gobernaba por medio de sus hombres de confianza.

(53) En Elis, los aristócratas habían tomado el poder desde principios de 343. En 344, Demóstenes había obtenido de Arcadia y de Argos declaraciones favorables a Atenas, pero reconocía aquí que los hechos lo desmentían.

(54) El asedio de Olinto duró desde el año 332 al 379; parece que murieron dos polemarcos espartanos y en realidad Olinto tuvo que aceptar la hegemonía espartana.

(55) Sin duda una condena por contumacia, pronunciada en nombre de la Confederación ateniense.

(56) La condenación de Artemio de Zelea tuvo efecto probablemente hacia 457-455; es un ejemplo que parece ser frecuente entre los oradores contemporáneos de Demóstenes.

(57) Es la estatua de Atenea Enoplos (dice Promachos), erigida en 449 por Fidias. Demóstenes quiere dar la impresión inexacta de que se trata de un trofeo de las guerras médicas.

(58) Desautorizado en 391, al mismo tiempo que Andócido, después de su embajada a Esparta; parece que los embajadores exiláronse antes del juicio y fueron condenados a muerte por contumacia.

(59) Estratego en 349/8, acusado de colisión con Plutarco de Eretria.

(60) Nada sabemos sobre este proceso: el acusador Aristofón de Azenia, ya mezclado en política antes del 400, fué en el 346 uno de los adversarios de la paz de Filócrates.

(61) Todavía atacado en 330. Sin duda los Trescientos formaban en Megara una clase privilegiada, igual que la de los Diez Mil en Arcadia.

(62) Imputación hecha, a menudo por Demóstenes contra Filipo y que contrasta con la pretensión de los Reyes de Macedonia a pertenecer a los Heráclidas.

(63) «Bárbaro», como es sabido, era el nombre que se daba a los extranjeros.

(64) Sin duda alguna un mantíneo, jefe de mercenarios.

(65) Según Esquines, este elogio de Filipo se habría producido a petición del mismo Demóstenes.

(66) Se trata de la proposición de los «aliados» que ni Esquines ni Demóstenes parecen haber juzgado eficaz.

(67) Esquines poseía propiedades en Macedonia (cerca de Olinto, según Demóstenes; cerca de Pydna, según el escoliasta de Esquines).

(68) Los tebanos y sus aliados habían sido excluidos del Consejo anfictiónico por los focenses.

(69) Tesalia fué integrada progresivamente en el Imperio de Filipo de 352 a 344.

(70) Según Esquines, el mismo Demóstenes, al principio de 346, reconoció que no se llegaba a reclutar las tripulaciones necesarias para esta flota.

(71) En respuesta a la embajada de Filón de Bizancio (fin de 344), los atenienses habían mandado a Hegesipo de Sunion a negociar con Pella sobre los puntos de la paz.

**SOBRE LA CUESTIÓN
DEL QUERSONESO**



SUMARIO DE LIBANIO. — Este discurso fué pronunciado en favor de Diópites, con motivo de las acusaciones que le eran hechas delante de los griegos. En efecto, el Quersoneso de Tracia era una antigua posesión de los atenienses, quienes en tiempo de Filipo mandaron colonos escogidos de entre ellos, porque era costumbre antigua entre los atenienses que quienes eran pobres y no poseían tierras fueran mandados como colonos a las ciudades que poseían en el exterior, recibiendo del Estado armas y dinero para el viaje. Así, en estos momentos había habido una expedición semejante y habían sido mandados colonos al Quersoneso, a los que se les había dado Diópites como estratego.

La mayoría de los habitantes del Quersoneso habían acogido de buen grado a los recién llegados y les habían cedido parte de sus casas y de sus tierras, mas los cardianos no los habían aceptado, arguyendo que habitaban un territorio propio y no de los atenienses.

Entonces Diópites les declaró la guerra. Recurren ellos a Filipo, el cual escribe a los atenienses para que no hagan violencia a los cardianos, a quienes considera como vasallos suyos, sino que sometan sus diferencias a un arbitraje, caso de creerse perjudicados. Y como los atenienses no le hacían caso alguno, manda socorros a los cardianos. Indignado Diópites a causa de esto — en tanto que Filipo estaba en el interior del país, en la alta Tracia, efectuando la guerra al rey de los odrisos — corrió a la costa tracia, que pertenecía a Macedonia, y la devastó, y antes de que Filipo volviera, regresó al Quersoneso, donde se puso a buen recaudo. Por esto, no habiendo podido Filipo rechazarle por las armas, envió una carta a los atenienses acusando al estratego y diciendo que éste había infringido manifiestamente el tratado de paz. Rápidamente los oradores filipófilos lánzase contra Diópites y exigen su castigo. Demóstenes, oponiéndose a ellos, defiende a Diópites de dos formas: afirma que no ha hecho nada que sea injusto, desde el momento en que Filipo había violado el tratado hecho antes y atropellado en Atenas, y que por tanto era lógico que Diópites cometiera actos de guerra; y dice que no conviene a

los atenienses castigar al estratego y disolver las fuerzas que manda, ya que ellas son las que actualmente mantienen a Filipo alejado del Quersoneso. En suma, incita la guerra a los atenienses y acusa vigorosamente a Filipo de cometer actos injustos contrarios a los pactos y de albergar malas intenciones en cuanto a los atenienses y los griegos.

«Sería conveniente, ¡oh atenienses!, que todos cuantos hablan ante vosotros evitaran decir algo por odio o por simpatía; antes al contrario, cada uno debería exponer cuanto considerase mejor, especialmente cuando deliberáis sobre importantes asuntos de interés común. Pero como algunos son inducidos a hablar, bien por espíritu de realidad, bien por quién sabe qué otro motivo, vosotros, ¡oh atenienses!, el pueblo, sois quienes habéis de dejar de lado todo eso para considerar únicamente lo que supongáis útil para la República, votarlo y ponerlo en práctica.

»Así pues, lo que nos tiene que preocupar actualmente es la situación del Quersoneso y la campaña que, con éste van once meses, está llevando Filipo en Tracia; pero la mayoría de los discursos han versado sobre lo que Diópites está realizando o piensa realizar. Por mi parte considero que todos los cargos que se hacen contra un hombre a quien las leyes os permiten castigar cuando queráis, dan margen suficiente para ser examinados rápidamente, si así os parece, o más tarde; pero de ninguna manera, ni yo ni nadie tenemos que hacernos fuertes sobre este punto. En cambio, todas las ventajas que intenta tomar sobre nosotros otro hombre que acontece ser enemigo de nuestra República y dispone de una fuerza considerable en el Helesponto — ventajas que, a poco que tardemos, ya no podremos conservar —, me parece que merecen que tomemos decisiones y hagamos preparativos cuanto más pronto se pueda, sin dejar que los escándalos o las acusaciones respecto de otros puntos os distraigan de ello.

»Ahora bien, aunque muchas de las cosas que aquí se dicen me sorprenden, aún me ha sorprendido más, atenienses, lo que ayer oí decir a alguien en el Consejo: o sea que quien os aconseje os tiene que proponer, o bien hacer la guerra pura y simplemente, o bien vivir en paz. Esto es posible en tanto Filipo siga inactivo, si no in-

fringe el tratado ocupando algo que sea nuestro y si no conjura a toda la Humanidad contra nosotros. En este caso nada hay que decir, sino que simplemente es necesario vivir en paz, y veo que, en lo que a vosotros se refiere, estáis dispuestos a ello. Pero si nuestros juramentos y los términos del tratado de paz siguen escritos y en vigor, y resulta que desde el primer día, antes de que zarparan Diópites y los colonos acusados actualmente de haber hecho la guerra, Filipo ya se había apoderado injustamente de muchas de nuestras posesiones — siguen en vigor vuestros decretos reprochándolo —, y durante todo este tiempo no deja de señorearse de lo que pertenece a los demás griegos y a los bárbaros, a fin de disponerlo todo contra nosotros, ¿por qué decís que hay que hacer la guerra o de lo contrario vivir en paz?

»Porque en este punto no tenemos opción; pero nos queda la más justa y necesaria de las actuaciones que éstos pasan por alto deliberadamente. ¿Cuál es? Defendernos contra el agresor que se nos acerca; mas no dice esta gente, ¡por Zeus!, que mientras Filipo no toque el Ática y el Pireo no comete ningún atropello contra nuestra República ni nos hace la guerra. Si así entienden los derechos y su definición de la paz es ésta, no hay duda alguna de que cuanto dicen es una impiedad intolerable e incompatible con vuestra seguridad, como todo el mundo observa; pero es que además resulta que existe una absoluta contradicción entre las acusaciones que estos hombres formulan contra Diópites y el hecho de hablar de esa manera. Porque, en fin, ¿a causa de qué tendríamos que dar permiso?

»Si contra este argumento, ¡por Zeus!, no hay nada que oponer, exclamarán: pero los mercenarios cometen atrocidades y devastan la región del Helesponto; y Diópites viola el derecho cuando captura los barcos, y esto no debe serle permitido. Bien; lo admito; no tengo nada que decir. Pero creo que si en lo referente a la justicia en general nos aconsejan así, igualmente se preocupan de disolver las fuerzas con que cuenta la República, desacreditando ante vosotros a quien las manda y se preocupa de su paga, y tendrían que demostrar que las fuerzas de Filipo se disolverían si vosotros no hicierais caso de ellas. Fijaos cómo no hacen más que inducir a

la ciudad a la misma política de la que ha surgido su ruina actual. Ya que, sin duda alguna, nada ha contribuido tanto a los éxitos de Filipo como haber sido el primero en empuñar las riendas; pues poseyendo una fuerza que siempre está a su disposición y sabiendo lo que puede hacer, le es posible atacar repentinamente a quien le parezca, mientras que nosotros no nos asustamos ni nos preparamos hasta tanto que sabemos que ocurre alguna cosa. El resultado es que conserva con gran tranquilidad cuanto toma, y nosotros llegamos tarde y todo el gasto realizado ha sido en vano; hemos puesto de manifiesto nuestra hostilidad y nuestros deseos de detenerlo, pero como no estamos a tiempo de actuar, todavía perdemos prestigio.

»No perdáis, pues, de vista, ¡oh atenienses!, que en la actualidad, igual que siempre, por una parte todos son discursos y excusas, mas por la otra se actúa y se trabaja a fin de que vosotros os quedéis en casa, la República se halle sin tropas en el exterior, y entonces Filipo, con gran tranquilidad, disponga lo que le convenga. Antes que nada fijaos en lo que está ocurriendo: él, de momento, se entretiene en Tracia con fuerzas considerables, mientras hace venir muchas más de Macedonia y de Tesalia, según dicen los de allí. Si únicamente espera los vientos estesios para dirigirse a asediar Bizancio, ¿creéis que los bizantinos persistirán en su insensata actitud actual y no os llamarán, no reclamarán vuestro auxilio? No lo creo. Caso de existir gente de la que desconfie aún más que de nosotros, dejará entrar a la misma en casa antes de entregar la ciudad a Filipo, suponiendo que éste no la hubiera conquistado antes. Por consiguiente, si nosotros no podemos mandar la flota, y por otra parte tampoco hay allí ningún ejército de socorro nada impedirá su destrucción. «¡Por Zeus!, que son un puñado de locos» — me diréis — «y su insensatez pasa de la medida.» Completamente de acuerdo, pero de igual modo es necesario que en interés de Atenas se salven.

»Aún más; no veo claro que Filipo deje de llegar al Quersoneso; si hemos de juzgar por la carta que os ha enviado, declara que, por el contrario, se vengará de nuestros colonos de aquella región. Por lo tanto, si dispo-

nemos del ejército que allí hemos formado, podremos, lo mismo que devastar el país, socorrer algunas de sus posesiones. En cambio, una vez disuelto aquel ejército, ¿qué podremos hacer si Filippo ataca el Quersoneso? «¡Por Zeus!, procesaremos a Diópites.» Sí. ¿Y qué ganaremos con ello? «Bien, nosotros mismos, desde aquí, acudiríamos.» ¿Y si los vientos nos lo impiden? «Pero, ¡por Zeus!, Filippo no lo atacará.» ¿Y quién nos lo garantiza? ¿No veis ni os dais cuenta, ¡oh atenienses!, que se acerca la época del año en que ciertos individuos consideran oportuno vaciar de gente vuestra el Helesponto y darlo a Filippo? Y si en lugar de abandonar Tracia en vez de dirigirse al Quersoneso y a Bizancio — es necesario que también calculéis esto —, se lanzara contra Calcis y Megara, de la misma forma que antes lo hizo contra Oreos, ¿qué sería mejor, defendernos de él hasta aquí y dejar llegar la guerra hasta el Ática, o darle ya desde ahora trabajo allí? Yo creo que lo último es lo mejor.

»Por consiguiente, todos debéis saber y tener en cuenta, ¡por Zeus!, que Diópites intenta organizar ese ejército para la República; no probéis, pues, de deshacerlo y desbancarlo, antes bien, preparar vosotros mismos uno y dad facilidades a Diópites compartiendo con él vuestros recursos y las demás cosas. Con franqueza deseo pasar revista a la situación actual de la República y examinar qué hacemos por nuestro lado y en qué nos ocupamos. Nosotros no queremos contribuir con dinero ni siquiera hacer el servicio militar, ni podemos prescindir de las rentas públicas, ni concedimos a Diópites los tributos de los aliados, ni nos parece bien que se procure recursos por su cuenta; al contrario, rechazamos esto y examinamos qué piensa hacer y con qué medios, y esto y lo de más allá; y, comportándonos de este modo, no queremos hacer nada de lo que nos corresponde efectuar, sino que elogiamos de palabra a los que pronuncian discursos dignos de la ciudad; pero somos aliados de obra de los que se oponen. Cada vez que uno sube a la tribuna, vosotros acostumbráis a preguntarle: «¿Qué debemos hacer?» Mas yo quiero preguntaros ahora: «¿Qué hemos de decir?» Porque si no pagáis las contribuciones, ni hacéis personalmente el servicio militar, ni renunciáis a las distribuciones de dinero, ni concedéis a Diópites los tributos

de los aliados, ni permitís que se procure recursos por su cuenta, ni queréis hacer nada de lo que os corresponde hacer, no sé qué deciros. Realmente, si dais tanta libertad a quienes desean acusar y calumniar a Diópites, los cuales llegan a considerar un crimen sus intenciones, y vosotros los escucháis, ¿qué se os puede decir?

»Sin embargo, es necesario que algunos conozcan el resultado de todo esto; y lo diré con franqueza, ya que no podría hacerlo de otro modo.

»Todos los estrategos que Atenas ha tenido — y si no es cierto, acepto cualquier castigo — sacaban dinero de Quío, de Eretria y de donde podían; o sea de cualquier colonia de Asia; quienes tenían una o dos naves obtenían menos, y quienes tenían una fuerza mayor, lograban más. Y los que dan este dinero, poco o mucho, no lo dan sin motivo alguno, porque no son tan insensatos, sino para comprar la garantía de que los mercaderes que salen de sus puertos no van a ser atropellados ni saqueados, que sus barcos serán escoltados, y otras cosas análogas. Y dicen que a esto se les llama «gratificaciones»: éste es el nombre de tales ganancias. Aun ahora, mientras Diópites tenga ejército, aparece bien claro que todos esos pueblos le darán dinero. Porque, ¿de dónde creéis que puede sacar lo suficiente para mantener a sus soldados, ya que de vosotros nada recibe ni tiene recursos propios para pagarlos? ¿Acaso del cielo? Nada de eso; vive de lo que recoge, pide o le prestan. Por lo tanto, los que le acusan ante vosotros no hacen más que avisar a todos que no le den nada, ya que debe pagar hasta por lo que debe hacer y no sólo por lo que ha hecho o conseguido. He aquí lo que dicen: «Está a punto de poner sitio a una plaza y traiciona a los griegos en favor del enemigo.» ¿Alguno de ellos se preocupa de los griegos establecidos en Asia? Si fuesen así serían mejores para cuidar de los otros que de la Patria.

»En cuanto a enviar un segundo estratego al Helesponto, viene a ser lo mismo. Porque si Diópites comete excesos y detiene los buques de comercio, una tablita pequeña, pequeña, ¡oh atenienses!, bastaría para acabar con ello. Las leyes ordenan que los culpables de estos delitos sean llevados a los tribunales; mas, ¡por Zeus!, no que debemos hacer tantos gastos y construir tantas

galeras para guardarnos de nosotros mismos; eso sería el colmo de la locura. Ahora bien, es necesario mantener tropas, enviar galeras y pagar contribuciones contra nuestros enemigos, a los cuales no es posible someter a nuestras leyes: es indispensable; mas contra nosotros mismos es suficiente un decreto, un acta de acusación, la de Paralos. Hacer esto sería propio de hombres de buen sentido; mas lo que éstos hacen es propio de gente malintencionada y que se echa las cosas a la espalda.

»El hecho de que exista gente de esta clase es un mal y, a la vez, no lo es; pero vosotros, los que estáis aquí sentados, os halláis en tal disposición de ánimo que si alguien, Cares o Aristofonte, o cualquier otro de vuestros conciudadanos, compareciese para deciros que Diópites es el causante de todas esas desgracias, en seguida estaríais de acuerdo y le daríais la razón a gritos. Pero si alguien se acerca para deciros la verdad, o sea: «Mentira, ¡oh atenienses!; de todas esas desgracias y de la situación presente, Filipo es el autor, porque si él permaneciese quieto, no habría problema para la República», no podréis negar que esto sea verdad; aunque produce el efecto como si os enojarais y creyeseis que algo se os estropea.

»Y la causa de todo esto — y en nombre de los dioses, permitidme que sea franco cuando habla en interés vuestro — es que algunos de nuestros políticos han hecho que os volvierais temibles y exigentes en las Asambleas, pero negligentes y menospreciables en los preparativos para la guerra. Así, cuando os señalan como responsable a un hombre que estáis seguros de poderle aprisionar aquí mismo, lo aprobáis y os mostráis decididos; pero si os hablan de alguien al que debéis dominar por las armas y no puede ser castigado de otro modo, entonces me parece que ya no sabéis hacer nada y os irritáis cuando de ello se os convence.

»Contrariamente a lo que ocurre, ¡oh atenienses!, os deberían haber acostumbrado a mostraros tratables en las Asambleas — porque en ellas se plantean las cuestiones de justicia, entre vosotros mismos y vuestros aliados — y temibles y exigentes en los preparativos de la guerra, porque entonces la lucha es con vuestros enemigos y adversarios. Pero ahora sus procedimientos dema-

gógicos y el exceso de halagos hacia vosotros os han corrompido de tal manera que, en vuestras Asambleas, os hacéis despreciativos, os dejáis adular y únicamente escucháis las cosas que os son gratas; mas a la hora de la verdad y de los acontecimientos os veis rodeados de los máximos peligros.

»Veamos, ¡por los dioses!, caso de que los griegos vinieran a pedirnos cuentas de las ocasiones que os habéis perdido a causa de vuestra negligencia y os preguntaran: «¡Oh, atenienses!, ¿no nos estáis mandando siempre embajadores y diciéndonos que Filipo tiene malas intenciones con respecto a nosotros y todos los griegos, y que debemos guardarnos y otras cosas por el estilo?» Necesariamente deberíamos responder que sí, ya que esto es lo que hacemos. «Y bien, ¡oh los más débiles de los hombres!, mientras Filipo ha estado retenido, alejado diez meses por enfermedad, por el invierno y por las guerras, en forma tal que le era imposible regresar a su país, vosotros ni habéis liberado Eubea ni recobrado nada de lo que era vuestro; y en cambio, mientras vosotros os quedabais en casa tan tranquilos y tan sanos — si es que puede decirse que es sano quien así procede —, él ha instalado dos tiranos en Eubea, uno frente al Ática como una avanzada, y otro en Esciatos. Y vosotros no sólo no los habéis destruido, caso de que quisierais hacer nada más, sino que los habéis dejado tranquilos. Evidentemente os habéis retirado frente a Filipo y habéis dejado ver bien claro que, aunque se muriera diez veces, ningún movimiento haríais. Entonces, ¿a qué vienen tantas embajadas y las acusaciones y el mover tanto ruido?» Si los griegos nos dicen esto, ¿qué les contestaremos? ¿qué les diremos? Porque yo, ¡oh atenienses!, lo ignoro.

»Actualmente hay personas que piensan confundir al que sube a la tribuna preguntándole: «¿Qué debemos hacer?» A éstos les contesto justamente la pura verdad, o sea: «No hacer nada de lo que ahora hacéis.» Pero me explicaré punto por punto. Y quieran los dioses que tengan tanto afán para realizarlo como lo tienen para hacer preguntas.

»En primer lugar, ¡oh atenienses!, es necesario que os deis cuenta de que Filipo hace la guerra a nuestra

República y que ha roto la paz — y sobre este punto dejad de acusaros los unos a los otros —, y que nos quiere mal y es el enemigo de la ciudad entera y del pueblo ateniense. Aun diré más: es enemigo de todos los de aquí, hasta de aquellos que creen serle más agradables. Si no, que vengan Eurícrates y Lástenes de Olinto (1); pensaban que eran sus más íntimos amigos, y una vez liberada la ciudad han acabado peor que nadie. De todas maneras, en nada hace tanto la guerra ni conspira de una manera más fuerte como contra nuestro régimen político, y lo que con mayor interés procura es encontrar medios de derribarlo. Y hasta cierto punto es natural que lo haga, porque sabe muy bien que aunque llegue a adueñarse de todo lo restante, no podrá dominar con seguridad nada mientras vosotros seáis una democracia; y si alguna vez sufre algún revés, tantos como pueda tener un hombre, todos aquellos que ahora están con él sometidos por la fuerza, huirán y vendrán con nosotros. Porque aunque vosotros no estáis naturalmente dispuestos a detentar el poder o usurparlo, tenéis gracia para impedir que los demás se apoderen de él, para tomarlo de quien lo tiene y, en una palabra, para poner obstáculos a quienes quieren mandar y están dispuestos a dar la libertad a todos los hombres siervos; por tanto él no quiere que desde vuestro pueblo la libertad esté a la espera de las ocasiones que se le ofrezcan; lejos de esto, sus cálculos jamás son los de un hombre que se abandona o se equivoca. De manera que, en primer lugar, debéis considerarle como un enemigo de nuestro régimen y un adversario irreconciliable de la democracia; y si no estáis convencidos de esto en vuestros espíritus, no queráis ocuparos en lo que ocurre. En segundo lugar, debéis saber que todo esto que ahora planea lo prepara contra nuestra República, y que todos los que aún le resisten lo hacen en favor nuestro.

»En efecto, ninguno de vosotros es tan ingenuo que suponga que Filipo codicia la miseria de Tracia — ya que ningún otro nombre puede darse a Drongilón, Cabile, Mastira y todo lo que ahora está ocupando —, y para obtenerla soporta fatigas, inviernos rigurosos y grandes peligros, y en cambio los puertos de Atenas, las atarazanas, las galeras, las minas de plata y todos los de-

más ingresos no los codicia y nos los dejará tener a nosotros mientras él pasa el invierno en aquel lugar infernal por el mijo y los graneros de Tracia. De ningún modo: hace todo eso para ser el dueño de lo otro, y ésta es en general toda su política.

»Entonces, ¿qué ha hecho la gente razonable? Sabiendo y reconociendo todo eso, es necesario sacudirse de encima toda la indolencia y, sin punto de comparación, contribuir con dinero y exigirlo de los aliados e intentar mantener en pie el ejército existente, a fin de que, del mismo modo que siempre tiene Filipo fuerzas preparadas para atropellar y adueñarse de todos los griegos, vosotros las tengáis dispuestas para ayudarlos y socorrerlos. Porque no es con expediciones de socorro como conseguiréis lo que os conviene: no; es necesario tener un ejército organizado y asegurarle la subsistencia, unos tesoreros y unos funcionarios, y cuando hayáis conseguido una estrecha y rigurosa vigilancia en la cuestión financiera, exigir cuentas de ella al funcionario y de las operaciones al estratega. Y si así lo hacéis y de veras lo deseáis, obligaréis a Filipo a firmar una paz justa y a no moverse de casa — y nada podría ser mejor que esto —, o en caso contrario le haréis la guerra en un plano de igualdad.

»Ahora bien, si alguien juzga que esto requiere muchos gastos, fatigas y preocupaciones, tiene toda la razón; pero si calcula las consecuencias que tendrá para la República no aceptar sufrirlo, encontrará que le tiene cuenta hacer de buen grado lo que le conviene. Porque si algún dios nos garantizase — ya que no hay hombre capaz de hacerlo — que manteniéndonos quietos y dejando que Filipo hiciera cuanto quisiese no acabaría viniendo contra nosotros, ¡por Zeus y todas las divinidades!, sería una vergüenza y una cosa indigna de vosotros, de la posición de la República y de las hazañas de vuestros antepasados el hecho de que a causa de vuestra indolencia dejarais caer en la servidumbre a los demás griegos; por lo menos yo, preferiría morir que habérselo aconsejado. De todos modos, si alguien habla en este sentido y os convence, sea: no os defendáis, abandonadlo todo.

»Empero, si nadie es de este parecer; si, al contrario,

todos se dan cuenta de que cuanto más dejen que se extiendan sus dominios más difícil y poderoso enemigo será para nosotros, ¿hasta dónde retrocederemos, atenienses? ¿qué esperamos? ¿Cuándo nos decidiremos, ¡oh atenienses!, a hacer lo necesario? ¿Cuándo, ¡por Zeus!, habrá necesidad de ello? Mas la que podemos llamar necesidad de los hombres libres no sólo está aquí, sino que ya hace tiempo que ha pasado. Y la necesidad de esclavos debemos hacer votos para que nunca llegue. ¿Qué diferencia hay? Para un hombre libre, la máxima necesidad es la vergüenza frente a los acontecimientos, y no sé cuál podríamos llamar más grande; en cambio, para el esclavo, son los golpes y los castigos corporales. Ojalá nunca lleguemos a ello ni tan sólo queramos iniciarlo.

»Me gustaría demostraros todo eso y de qué modo los hombres se pierden con su política; pero me limitaré a lo siguiente: así que se trata de las relaciones con Filipo, en seguida alguien se levanta para enumerar las ventajas de conservar la paz y las dificultades de mantener un gran ejército, y dice que «hay gente que quiere malgastar el dinero» y otros discursos parecidos con los cuales os retiene y da lugar a Filipo para hacer lo que desea. Para vosotros el resultado es el ocio y, de momento, no hacer nada — ventajas que temo os daréis cuenta algún día de lo caras que os han costado —, y para ellos es vuestro favor y el salario que cobran por su servicio. Y creo que si alguien debe ser persuadido a vivir en paz, éstos no sois vosotros, pues de tan persuadidos que estáis no os movéis de aquí, sino aquel que lleva a cabo acciones de guerra. Porque, caso de que él se convenza, en lo que a vosotros se refiere todo está a punto. Y habéis de pensar que lo duro no son los gastos necesarios para nuestra seguridad, sino lo que sufriremos caso de que no nos decidamos a efectuarlos; y eso de «malgastar dinero» se evita indicando las precauciones que hay que tomar para salvarnos en vez de abandonar nuestros intereses. Además, ¡oh atenienses!, lo que me indigna es esto: que a algunos de vosotros les preocupan tanto las malversaciones cuando se trata de dinero, teniendo como tenéis a mano el prevenirlas y castigar a quienes delinquen y en cambio no les pre-

ocupa que Filipo se vaya apoderando sucesivamente de toda Grecia y la siga robando a fin de atacaros a vosotros. ¿Cuál es, pues, la causa, ¡oh atenienses!, de que Filipo pueda efectuar campañas abiertamente, violar el derecho y tomar ciudades sin que ninguno de estos hombres afirme nunca que realiza la guerra, y en cambio quienes os aconsejan no permitírselo, no abandonárselo todo, sean acusados de quererla efectuar? Os lo explicaré: porque quisieran desviar la cólera que lógicamente experimentáis, si alguna vez tenemos que sufrir la guerra, contra quienes os dan mejores consejos, a fin de que proceséis a éstos en lugar de defenderos de Filipo y sean aquéllos quienes acusen en lugar de ser castigados, lo que actualmente realizan. He aquí lo que para ellos significa afirmar que entre vosotros hay gente que quiere la guerra, y éste es el punto de discusión. Pero sé perfectamente, aun cuando nadie en Atenas haya propuesto nunca declararle la guerra, que Filipo no sólo ocupa muchos territorios de nuestra República, sino que actualmente ha mandado socorros a Cardia. Si además de esto queremos que no parezca que nos hace la guerra, sería la mayor de las necedades por su parte demostrarnos que nos la realiza. Pero cuando nos ataque directamente, ¿qué ocurrirá? Naturalmente él dirá que no es ningún acto de guerra, como tampoco lo era contra los habitantes de Oreos el mantener soldados en su territorio; ni antes contra los de Feres tomar posiciones delante de sus murallas; ni, al principio, contra los olintios, hasta que no estuvo en el interior de su territorio con un ejército. ¿Diremos también en aquellos momentos que quienes nos invitan a defendernos provocan la guerra? En este caso, únicamente nos quedará ya la esclavitud; pues si no queremos resistir ni se nos deja vivir en paz, no hay compromiso posible. Por otra parte, para nosotros el riesgo no es el mismo que para los demás, porque lo que Filipo desea no es someter a nuestra ciudad, sino destruirla por entero. Efectivamente, sabe muy bien que vosotros no queréis ser esclavos ni, en caso de quererlo, sabríais serlo, ya que estáis acostumbrados a mandar; y que, de tener ocasión, le daréis más quebraderos de cabeza que los demás hombres.

»La lucha, pues, es a muerte; es conveniente que os deis cuenta de ello y de que tenéis que odiar y hacer morir a bastonazos a quienes se han vendido a Filipo. Ya que no es posible vencer a los enemigos de fuera de la ciudad en tanto no hayáis castigado a los enemigos del interior. ¿De dónde suponéis que procede el hecho de que Filipo os insulte — ya que me parece a mí que por lo menos no hace otra cosa — y en tanto favorece a los demás, aunque sólo sea para engañarles mejor, os amenaza a vosotros, desde el primer momento? Por ejemplo, a fin de poderlos reducir a la esclavitud actual hizo muchas concesiones a los tesalios; y nadie podría decirnos de cuántos engaños ha hecho víctimas a los pobres olintios, entregándoles primero Potidea y luego tantas otras cosas. Y actualmente se está ganando a los tebanos, después de entregarles Beocia y librarlos de una guerra larga y difícil. De manera que cada uno ha logrado algo de lo que ambicionaba; mas, luego, unos han sufrido lo que todo el mundo sabe y los otros lo sufrirán cuando llegue su hora. En cuanto a vosotros, me callo lo que anteriormente os ha arrebatado; ¡de qué forma os engañaba en el instante mismo de concluir la paz! ¡Cuántas cosas habéis perdido! La Fócida, las Termópilas, vuestras posesiones en Tracia, Dorisco, Serrión, la misma Cersobleptes. Y ¿no ocupa actualmente Cardia, cosa que él mismo confiesa? ¿Por qué razones, pues, pregunto, se comporta con los demás como os he referido y con vosotros de esta manera tan distinta? Pues porque nuestra ciudad, entre todas, es la única que garantiza la impunidad a quien habla en favor del enemigo, la única donde se puede con plena seguridad cobrar por lo que se dice en la Asamblea, aun cuando hayáis sido despojados de todo cuanto os pertenecía. No dejó de ser peligroso en Olinto manifestarse en pro de Filipo en tanto el pueblo olintio no pudo disfrutar de su favor, con lo que obtenía la Potidea; no dejó de ser peligroso manifestarte a favor de Filipo en Tesalia, en tanto los tesalios no hubieron disfrutado de su favor con la expulsión de los tiranos por Filipo y el restablecimiento de sus derechos en la Anfictionía; no dejó de ser peligroso en Tebas hasta que no les hubo devuelto Beocia y destruido a los focenses. Pero en Atenas, a pesar de

que Filipo no os ha tomado solamente Anfipolis y el territorio de Cardia, sino que ha fortificado a Eubea contra vosotros y actualmente está avanzando hacia Bizancio, ningún peligro existe en hablar en favor suyo. Ésta es la razón de que entre éstos haya quienes desde la condición de mendigos pasan a ser ricos; de oscuros y desacreditados, a considerados y célebres; en tanto que vosotros, por el contrario, de la consideración general pasáis a la obscuridad, y del bienestar, a la necesidad. Porque yo estimo por lo menos que la riqueza de una ciudad la constituyen los aliados, el crédito y las simpatías; cosas todas éstas de las que vosotros estáis faltos. Y como que no hacéis caso de ello y os lo dejáis arrebatar todo, él prospera, medra y se hace temer de todos los griegos y de los bárbaros, en tanto que vosotros os quedáis sin aliados, solos y humillados, con una espléndida abundancia de mercancías, sí, pero con un aprovisionamiento ridículo de cuanto os es necesario. Pero además observo que algunos de vuestros oradores no os aconsejan igual, según se trate de vuestros intereses o de los de ellos; porque afirman que vosotros tenéis que estaros quietos, por grandes que sean los daños que os infieran, en tanto que aquí ellos no pueden estarse quietos aun cuando nadie les causa daño alguno.

»Y luego, al menor motivo, sube alguien a la tribuna y me dice: «Así, lo que tú no quieres es proponer decretos y arriesgarte; eres un indeciso y un cobarde.» Es cierto, yo no soy un fanfarrón ni un desvergonzado ni un descarado, ni quisiera serlo; pero la verdad es que me considero más valeroso que muchos de los que defienden una política de audacia. Porque, ¡oh atenienses!, quien procesa, confisca, hace donativos, acusa, sin tener en cuenta el interés público, no lo efectúa movido por ninguna clase de valor, sino porque tiene la garantía de su completa seguridad en el hecho de halagaros con sus discursos y su política, y por ello puede mostrarse arrogante sin riesgo alguno. Mas quien, para vuestro bien, se opone a vuestros designios y jamás habla con intenciones de halagaros, sino con miras a lo más deseable, y a pesar de haber escogido una política en la que muchas cosas dependen más de la fortuna que del cálculo, se hace responsable ante vosotros de la una y de lo otro,

sí, éste es un hombre de coraje; sí, éste es un buen ciudadano, y no quienes, para halagaros, echan a perder los intereses máximos de la República. Yo estoy tan lejos de envidiar a esos hombres y de creerlos unos ciudadanos dignos de Atenas, que si alguien me preguntara: «Dime, ¿tú qué has hecho por la República?»; a pesar de que, ¡oh atenienses!, puedo mencionar trierarquías, coregos, contribuciones, rescate de prisioneros y otros actos humanitarios de esta clase, ni uno solo mencionaría (2); únicamente afirmaría que mi política nada tiene de común con la de ellos y que tal vez pudiendo, igual que los otros, acusar, favorecer, confiscar y hacer todo aquello que hacen éstos, ni una sola vez me he puesto a su altura ni me he dejado arrastrar por el afán de provecho o la ambición; antes bien, sigo hablando de una manera que ante vosotros me coloca en situación inferior a la de muchos, pero que a vosotros, de creerme, os haría más grandes — creo que puedo decirlo esto sin ofenderos —. Y a mí me parece que no sería propio de un ciudadano recto inventar una clase de política que, de repente, hiciese de él el primero entre vosotros, pero de Atenas el último de todos los pueblos; por el contrario, es necesario que la República se engrandezca justamente por la acción de los buenos ciudadanos, y que todo el mundo proponga siempre el mejor partido y no el más fácil; porque hacia el más fácil la Naturaleza se inclinará por sí sola, mas hacia lo mejor es necesario que empuje el buen ciudadano con todas sus palabras y su ejemplaridad.

»Cierto que he oído decir a alguien que mis palabras eran siempre las mejores, pero que lo único que doy son discursos cuando lo que necesita la República son hechos y realizaciones. Sin ocultaros nada, os daré sobre esto mi opinión. Estimo que la tarea de quien os aconseja no es otra que la de decirlo lo más óptimo; y me parece fácil probar que la cosa es de esta manera: sabéis sin duda alguna que el famoso Timoteo (3), cierta vez, os hizo una arenga diciendo que era necesario auxiliar a los eubeos y salvarlos, en unos momentos en que los tebanos querían reducirlos a la esclavitud. Más o menos dijo esto: «Veamos: ¿tenéis a los tebanos en la isla y estáis deliberando sobre qué haréis y qué conducta

seguiréis? ¡Oh atenienses!, ¿no cubriréis el mar de galeras? ¿No os levantaréis para correr a varar vuestros barcos en el Pireo?» Así habló Timoteo, y vosotros realizasteis cuanto él decía; y por una u otra razón la operación propuesta fué efectuada. Pero si él hubiese dicho, como así hizo, lo que le parecía mejor y vosotros os hubierais desentendido y no lo hubieseis escuchado, ¿caso la República habría alcanzado ninguno de los éxitos que luego obtuvo? Seguramente que no. Igualmente ocurre, pues, con lo que yo digo o pueda decir cualquier otro: de vosotros mismos tenéis que esperar la acción; y en cuanto al orador, tenéis que aguardar únicamente que os aconseje como mejor sepa.

»Quiero resumir mis palabras antes de bajar de la tribuna: afirmo que es necesario decretar una contribución y mantener el ejército existente, corrigiendo lo que os parezca que no marcha bien, pero sin disolverlo totalmente a causa de las acusaciones que se formulan; mandad embajadores a todas partes, para instruir, hacer reproches y actuar y, por encima de todo, que quienes acepten regalos por sus servicios políticos sean castigados y detestados en todo y por todo, a fin de que los hombres honrados y cumplidores de su deber sean justificados a los ojos ajenos y a los propios. Si procedéis de esta manera y dejáis de ser indiferentes a todo, tal vez las cosas podrán aún mejorar. Pero si os quedáis quietos, sin apresuraros más que para gritar y aplaudir, retrocediendo cada vez que es necesario realizar alguna cosa, no veo que ningún discurso, sin la conveniente actuación por vuestra parte, sea capaz de salvar a la República.»

NOTAS

(1) La toma de la ciudad de Olinto fué facilitada por Eutícrates y Lástenes, que mandaban su caballería.

(2) Demóstenes tuvo el cargo de corego en 348, y el de trierarca en los años 363, 359 y 357.

(3) Estos acontecimientos se refieren al año 357, cuando los tebanos quisieron apoderarse de Eubea aprovechándose de sus discordias interiores.

TERCERA FILÍPICA

Año 341. Demóstenes ha pronunciado su Discurso sobre el Quersoneso, en el que insiste sobre la conveniencia de no desmejorar militarmente las posiciones del Quersoneso y aprestarse a la lucha decisiva, con el sacrificio personal y el llamamiento a la Hélade entera. Poco tiempo más tarde nuestro orador pronunciará la Tercera Filípica, una de las más valientes, hermosas y elocuentes arengas políticas del gran tribuno. De uno a otro discurso, la situación político-militar apenas ha variado: Diópites y sus huestes siguen en el Quersoneso, desde donde solicitan refuerzos y dinero; por su parte Filipo continúa avanzando en la Tracia, dirigiéndose a los Estrechos, luego de haber establecido tiranías en Eubea, la importante isla situada en la costa ática.

En su intención este discurso es un toque a rebato. "La guerra por parte de Filipo es un hecho. Hay que salvar a costa de cualquier sacrificio la propia libertad y la de la Hélade." Esto es el leit motiv central y principal de la arenga. Demóstenes considera que el ataque es inminente y por ello intenta persuadir al pueblo ateniense de la necesidad en que se halla de tomar medidas decisivas de todo orden: diplomático, financiero y militar. Demóstenes, en particular, despliega una actividad extraordinaria ante este nuevo peligro. Gracias a sus embajadas propagandistas, Atenas concluye alianzas militares, anula intervenciones político-maquivélicas (Eubea) o militares (Bizancio) de Filipo, y si la ciudad habrá de sucumbir un día en Queronea, a causa de las rivalidades domésticas de los helenos o de las traidoras penalidades de muchos de sus políticos amigos de Mace-

donia, por lo menos sucumbirá con gloria y honor, no sin antes haber opuesto una tenaz resistencia a los intentos de conquista por Filipo. Y éste es el mayor mérito que le cabe a Demóstenes.

Se inicia el discurso lamentándose el orador de que Atenas haya llegado a una situación como la presente; achaca la culpa de ello a los oradores que, dice, prefieren halagar a las masas a decir la verdad necesaria; también culpa al pueblo, que no tolera le sean dichas esas verdades y por cuanto jamás quiere actuar según es necesario. No sin cierta ironía concede que tal vez sea mejor que la causa de todo se deba a esa inactividad, pues ello, de variar las cosas, puede reportar mayores beneficios el día en que los atenienses se decidan a ser activos cumplidores de su deber.

Dedica un largo espacio a rebatir las tesis de sus adversarios, según las cuales él, Demóstenes, está incitando a la guerra; afirma que la guerra y la paz no dependen de Atenas, sino de la voluntad de Filipo, aunque, por otra parte, Filipo sigue su política sin declarar jamás que está en guerra hasta el último momento.

Después de comparar la actual preponderancia de Filipo con la que tuvieron otros pueblos griegos, acaba diciendo que jamás los griegos habían sufrido servidumbre semejante a la actual. Afirma que nunca Grecia se ha visto tan postrada como ahora. Y afirma que la diferencia es la misma que existiría caso de que una familia se arruinara a causa de un hijo legítimo o de un esclavo. Luego de ofrecer otras argumentaciones, Demóstenes acaba diciendo que la causa de los males de Atenas está también en la falta de integridad de muchos de sus políticos; y en la inercia y desgana que los atenienses muestran para el servicio de la Patria. Por eso recomienda, como primera medida a tomar, el castigo de quienes dentro de Atenas sirven a la política macedónica, para concluir diciendo que las medidas que hay que tomar para salvar Atenas son: contribuciones, preparativos militares y movimientos, y actividad diplomática, llegando hasta Persia en su deseo de obtener alianzas salvadoras. Parece ser que al llegar a este punto acompañaba al discurso un proyecto de decreto que no ha llegado hasta nosotros.

Según nos atestigua Filocoro, este discurso no fué baldío, pues en el mes de Esciroforión, en el año el arcontado de Sosigenes (342-341), los atenienses enviaron a la isla de Eubea una expedición mandada por Cefisofonte, que derrotó a la tiranía de Filistedes en Oreos, substituyéndola por un régimen democrático a su usanza.

SUMARIO DE LIBANIO. — El tema de este discurso es sencillo. Dado que Filipo, de palabra, está en paz con todos los atenienses, pero en realidad las causa daño, el orador les aconseja levantarse contra el Rey y rechazarlo, dado el gran peligro que les amenaza a ellos y a todos los griegos en general.

«Muchos, ¡oh atenienses!, son los discursos que se pronuncian casi en cada sesión de la Asamblea acerca de lo desafueros que, desde que concertó la paz, ha cometido Filipo tanto con vosotros como con los demás, y sé que todos reconocerían, aunque no actúen en consonancia, la necesidad de conseguir con discursos y obras que cese aquél en su insolencia y reciba su castigo; pero, no obstante, veo que se ha dejado agravarse de tal modo la situación general, que — temo que resulten malos mis palabras, pero son ciertas —, aunque todos los oradores se hubieran propuesto aconsejar, y vosotros votar, de la manera más propia para empeorarlas, ni aun así creo que podrían haberse puesto las cosas peor de lo que están. Esto se debe probablemente a múltiples causas, y no se ha llegado a tal extremo por uno ni por dos hechos aislados; pero los principales culpables son — si examináis rectamente la cuestión os daréis cuenta de ello — los que prefieren agradar a aconsejar bien, algunos de los cuales, ¡oh atenienses!, mientras se cuidan de lo que les proporciona crédito e influencia, no se preocupan lo más mínimo del porvenir (ni piensan que vosotros debáis tampoco hacerlo), y otros no logran en sus acusaciones y calumnias contra los gobernantes sino que la ciudad se dedique a echar sobre sí misma las

responsabilidades, en tanto que Filipo puede proceder y actuar como le plazca. Tal es el criterio, constante en vuestra política, que origina todos los males.

»Yo os pido, atenienses, que si os digo alguna verdad con entera franqueza, no os indignéis contra mí por ello. Pensad, en efecto, lo siguiente: Vosotros consideráis preciso que en asuntos no políticos exista tan amplia libertad de palabra entre todos los que habitan la ciudad, que incluso habéis hecho partícipes de ello a los extranjeros (y a los siervos, y pueden verse entre vosotros muchos esclavos que dicen lo que quieren con más licencia que los ciudadanos de otros países); pero, en cambio, habéis eliminado por completo tal libertad en las deliberaciones públicas. Con lo cual os sucede que gozáis en las Asambleas escuchando únicamente alabanzas y palabras lisonjeras, mas ante la marcha de los acontecimientos os halláis expuestos a los más grandes peligros. Pues bien, si asimismo ahora os encontráis en semejante disposición de ánimo, no sé qué pueda decirse; pero si estáis dispuestos a oír, adulaciones aparte, lo que conviene a la ciudad, heme presto a decirlo. Y aunque las cosas están muy mal y es mucho lo que se ha perdido, sin embargo, es todavía posible poner remedio a todo esto con tal de que os dispongáis a actuar como es debido. Tal vez parezca paradójico lo que voy a decir, pero es cierto. Lo peor de lo ocurrido es también lo más ventajoso para el porvenir. ¿Qué es ello? Que la situación es grave porque no habéis cumplido ni poco ni mucho con vuestra obligación; pues si lo fuese después de haber hecho vosotros todo lo necesario, no habría ya esperanzas de que llegase a mejorar. En realidad son vuestras desidia e incuria las que han sido derrotadas por Filipo, que a la ciudad no la ha derrotado. No; vosotros no estáis vencidos, ni siquiera os habéis movido.

»Si todos reconociésemos que Filipo viola el tratado de paz, y guerra contra la ciudad, no haría falta que el orador dijera o aconsejase más que los medios para defendernos de la manera más fácil y eficaz. Pero ya que hay gentes de criterio tan absurdo que, a pesar de que aquél toma ciudades, detenta posesiones vuestras y lesiona los derechos de todo el mundo, toleran que

haya quien repita muchas veces en la Asamblea que son algunos de nosotros los que hacen la guerra, es menester prestar atención a estas cuestiones y ponerlas en su punto. Porque es de temer que, cuando algún día alguien proponga o aconseje que nos defendamos, pueda recaer sobre él la acusación de haber suscitado un conflicto.

»Ante todo voy a estudiar y definir el siguiente extremo: ¿estamos en condiciones de deliberar acerca de si es preciso mantenerse en paz o declarar la guerra?... Si puede la ciudad seguir en paz, y esto depende de nosotros — voy a empezar suponiéndolo así —, afirmo por mi parte que es necesario hacerlo, y pido que el que así opine lo proponga, actúe en consecuencia y no os engañe. Pero si es otro, el que con las armas en la mano y enormes fuerzas en torno suyo os pone por delante como señuelo el hombre de la paz mientras él lleva a cabo acciones de guerra, ¿qué otra solución queda sino defenderse? Si queréis decir, pero sólo decir, que estáis en paz, como él hace, no me opongo a ello. Pero quien considere como tal una paz que le permita a Filipo precipitarse sobre nosotros después de haberse quedado con todo lo demás, quien piense así, digo, en primer lugar está loco, y, además, la paz de que habla lo sería en lo que atañe a vuestro proceder para con Filipo, pero no en cuanto al suyo para con vosotros. Esto es lo que quiere comprar él con todo el dinero que ha repartido: la posibilidad de hostilizaros sin ser él a su vez hostilizado por vosotros.

»De modo que, si esperamos a que reconozca hallarse en estado de guerra con nosotros, somos los más inocentes de los hombres. Porque ni aunque venga a atacar a la propia Ática o el Pireo lo reconocerá así, si se puede juzgar por su proceder para con los demás. Por ejemplo, a los olintios les dijo, cuando se hallaba a cuarenta estadios de la ciudad, que era necesario una de dos cosas, o que dejaran de habitar ellos en Olinto, o él en Macedonia, aunque siempre hasta entonces se había indignado y había despachado embajadores que le defendieran cuando se le acusaba de abrigar tales planes. Otro ejemplo: marchó contra los focenses aparentando ser su aliado, y embajadores de aquel pueblo fueron sus

acompañantes durante el viaje, mientras entre nosotros sostenían los más que no iba precisamente a beneficiar a los tebanos el paso de Filipo. Más aún: llegó un día a Tesalia en calidad de amigo y aliado, ocupó Feres y todavía la conserva en su poder, y por último, a esos pobres oreitas les anunció que les enviaba sus tropas movido de su amor hacia ellos, para que les visitasen, pues se había enterado de que la ciudad se hallaba mal a causa de sus disensiones civiles, y era propio de aliados y amigos verdaderos el hallarse presentes en tales trances.

»¿Y todavía creéis que quien prefiere engañar antes que declarar la guerra y someter a los pueblos que no le podrían hacer mal alguno, sino todo lo más quizá tomar precauciones contra su ataque, va a guerrar abiertamente contra vosotros en tanto estéis dispuestos a dejaros burlar? No es posible. Pues sería el más necio de todos los hombres si cuando vosotros, los perjudicados, no le reprocháis nada y acusáis en cambio a algunos de vuestros propios conciudadanos, os invitara a dedicarle vuestra atención poniendo fin a vuestras mutuas discordias y rivalidades, y privara a los que perciben su salario de los argumentos con que os detienen, alegando que él no está en guerra con Atenas.

»Pero, ¿puede haber acaso, ¡por Zeus!, alguna persona de buena intención que se base en las palabras y no en los hechos para definir quién está en paz y quién en guerra con él? Nadie, supongo yo. Pues bien, desde el principio, recién concertada la paz, cuando no era aún estratego Diópites ni habían marchado allá los que están ahora en el Quersoneso, Filipo tomó Serrión y Dorisco, y expulsó por la fuerza del fuerte Serrión y el Monte Sagrado a las tropas que había apostado vuestro general. ¿Cuál era su conducta al obrar así? Porque entonces había jurado ya el tratado de paz. Y que nadie diga: «Pero ¿qué significan esas plazas, ni qué se les importa de ellas a la ciudad?» Si son o no pequeñas, y si tienen o no importancia para vosotros, ésa es ya otra cuestión. Pero la piedad y la justicia tienen tanto valor si se falta a ellas en asunto de poca como de mucha trascendencia. Y ahora vemos que no sólo envía mercenarios al Quersoneso, que el Rey y los

griegos tienen como posesión vuestra, sino que confiesa que presta auxilio y lo dice en una carta. ¿Qué es lo que está haciendo? Él afirma que no se halla en guerra, pero yo estoy tan lejos de convenir en que, obrando así, se mantiene en paz con vosotros, que afirmo a mi vez que, al intervenir en Megara, instaurar tiranías en Eubea, marchar ahora contra Tracia, intrigar en el Peloponeso y hacer, valiéndose de su fuerza, todo cuanto lleva a cabo, viola con ello el tratado de paz y se halla en guerra con vosotros; a no ser que estiméis que los servidores de una máquina bélica están en paz hasta el momento en que la utilizan contra los muros enemigos. Pero no podéis considerarlo así; el que se ocupa en preparar los medios para destruirme, ése está en guerra conmigo aunque no me ataque todavía con dardos y espadas.

»¿Qué peligros correríais vosotros si sucediera algo? Perderíais el Helesponto, vuestro enemigo se adueñaría de Megara y Eubea, y los peloponenses se pondrían de su parte. ¿Y todavía debo considerar en paz con vosotros a quien arremete contra la ciudad con semejante aparato? Ni muchísimo menos; antes bien, declaro yo que desde el día en que aniquiló a los focenses, desde aquel día se halla en guerra.

»En cuanto a vosotros os digo que si empezáis hoy mismo a defenderos obraréis cuerdamente; mas si lo demoráis, cuando queráis hacerlo ya no os será posible.

»Y tanto difiere mi opinión de la de los demás oradores atenienses, que no creo necesario deliberar ahora sobre el Quersoneso y Bizancio, sino defenderlos, cuidar de que nada les ocurra (enviar a las tropas acantonadas allá todo cuanto necesiten), y luego deliberar, sí, pero acerca de todos los griegos, que corren gravísimo peligro.

»Voy a deciros acto seguido por qué me inspira la situación tan serios temores, para que, si son acertados mis razonamientos, os hagáis cargo de ellos y os preocupéis algo al menos de vosotros mismos, ya que, según se ve, los demás no os importan; pero si mis palabras os parecen las de un estúpido o un charlatán, no me tengáis en lo sucesivo por persona normal ni volváis ahora ni nunca a hacerme caso.

»Que Filippo, de modesto y débil que era en un principio, se ha engrandecido y hecho poderoso; que los helenos están divididos y desconfían unos de otros; que, si bien es sorprendente que haya llegado a donde está, habiendo sido quien fué, no lo sería tanto que ahora, dueño de tantos países, extendiera su poder sobre los restantes, y todos los razonamientos semejantes a éstos que podría exponer, los dejaré a un lado; pero veo que todo el mundo, comenzando por vosotros, le tolera lo que ha sido eterna causa de las guerras entre los helenos. ¿Qué es ello? Su libertad para hacer lo que quiera, expoliar y saquear de este modo a todos los griegos uno por uno, y atacar a las ciudades para reducirlas a la servidumbre.

»Sin embargo, vosotros ejercisteis la hegemonía helénica durante setenta y tres años (1), y durante veintinueve los lacedemonios (2). También los tebanos tuvieron algún poder en estos últimos tiempos a partir de la batalla de Leuctra (3); pero, no obstante, ni a vosotros ni a los tebanos ni a los lacedemonios os fué jamás, ¡oh atenienses!, permitido por los helenos obrar como quisierais ni mucho menos; al contrario, cuando les pareció que vosotros, o mejor dicho, los atenienses de entonces, no se comportaban moderadamente con respecto a alguno de ellos, todos, incluso los que nada podían reprocharse, se creyeron obligados a luchar contra ellos en defensa de los ofendidos; y de nuevo, cuando los lacedemonios, dueños del poder y sucesores de vuestra primacía, intentaron abusar e introducir cambios justificados en las formas de gobierno, todos les declararon la guerra, hasta los que nada tenían contra ellos. Pero, ¿por qué hablar de los demás? Nosotros mismos y los lacedemonios, que en un principio no teníamos motivo alguno para quejarnos los unos de los otros, nos creíamos, sin embargo, en el deber de hacernos la guerra a causa de las tropelías que veíamos cometer contra otros. Pues bien, todas las faltas en que incurrieron los lacedemonios durante aquellos treinta años y nuestros mayores en los setenta, eran menores, ¡oh atenienses!, que las injurias inferidas por Filippo a los helenos en los trece años mal contados que lleva en primera línea; o, por mejor decir, no eran nada en

comparación con ellas. (Eso se puede demostrar fácilmente con breves palabras.) Dejo a un lado a Olinto, Metone y Apolonia y las treinta y dos ciudades de Tracia, que arrasó tan sañudamente que no es fácil que quien pase junto a ellas pueda decir si allí ha habido jamás un lugar habitado. Me callo el pueblo focense, tan numeroso, que ha sido exterminado. Pero, ¿cómo está Tesalia? ¿No ha privado a las ciudades de sus constituciones para instaurar tetarquías (4) de modo que vivan esclavizados, no por poblaciones, sino por pueblos enteros? ¿No tiene ya tiranos en las ciudades de Eubea, y eso en una isla vecina de Tebas y Atenas? ¿No escribe textualmente en sus cartas: «Yo estoy en paz con quienes me quieran obedecer»? Y no es que escriba así y no lo confirme con hechos, sino que va camino del Helesponto; antes se presentó en Ambracia, es dueño de la Élida, pueblo tan importante del Peloponeso, intrigó hace poco contra Megara, y ni la Hélade entera ni las tierras bárbaras bastan ya para satisfacer la codicia de ese hombre.

»Y los griegos, todos los cuales vemos y oímos esto, no nos enviamos mutuamente embajadas para tratar de ello ni nos irritamos; antes bien, mantenemos tan malas relaciones, están tan separadas nuestras ciudades como por foso infranqueable, que hasta el día de hoy no hemos podido llevar a cabo nada útil o conveniente: ni aliarnos, ni concertar ninguna asociación de mutua ayuda y amistad, ni hacer más que contemplar inactivos cómo se engrandece ese hombre, convencido cada cual, al menos según a mí me parece, de que está ganado el tiempo que transcurre mientras sucumbe el vecino, sin que nadie estudie ni ponga en práctica los medios para la salvación de los helenos, aunque no se ignora que, como los accesos periódicos de fiebre o de cualquier otro mal, ataca incluso al que cree hallarse por el momento completamente a salvo.

»Además, sabéis perfectamente que las ofensas que recibieron los helenos a manos de los lacedemonios o de nosotros mismos, por lo menos les fueron inferidas por hijos legítimos de la Hélade, lo que podría compararse con lo que sucede cuando un hijo legítimo de casa opulenta hace mal uso de su patrimonio. El hecho en sí

merece ciertamente censura y acusación, pero no se puede afirmar que su autor no sea pariente o heredero de la fortuna. Pero si fuese en cambio el hijo supuesto de un siervo quien dilapidase sin duelo lo que no le pertenece, ¡cuánto más grave delito lo considerarían todos! Pues no, no es éste el sentir general con respecto a Filipo y sus actuales fechorías, aunque no es griego ni tiene nada que ver con los griegos ni procede siquiera de un pueblo bárbaro que pueda citarse sin desdoro; es únicamente un miserable macedonio, de un país a donde no se puede ir ni siquiera a comprar un esclavo. Ahora bien, ¿qué le falta para llegar al límite de la insolencia? ¿Acaso después de haber destruído las ciudades no preside los Juegos Píticos, competición nacional del pueblo griego, y si él no asiste en persona, no envía a sus agnotetes como esclavos? ¿No es el dueño de las Termópilas y de las cercanías de Grecia? ¿No las ocupa con guarniciones y con mercenarios? ¿No se ha atribuído asimismo la prioridad en las consultas del oráculo, dejándonos de lado a los tesalios, los dorios y otros anfictiones, privilegio del cual ni todos los griegos participan? ¿No dicta el régimen por el cual deben gobernarse los tesalios? ¿No envía mercenarios a Portmos para expulsar a los demócratas de Eretria y a Oreos para instalar la tiranía de Filistides? Y pesar de todo, los griegos lo ven y toleran, haciendo votos cada cual para que no le caiga encima, pero sin que nadie intente desviarlo.

»No sólo nadie resiste esos atropellos contra Grecia, sino ni siquiera ninguno de aquellos de los cuales cada cual es víctima. ¿No se ha llegado ya al límite? ¿No ha ultrajado a los corintios al marchar contra Ambracia y Léucade, o a los aqueos cuando juró que entregaría Neupactos a los etolios, o a los tebanos cuando les tomó Equinos? Y en estos instantes, ¿no avanza contra los bizantinos a pesar de que éstos son amigos suyos (5)? Y en lo referente a nuestras posesiones, para no citar otras, ¿no ocupa Cardia, la ciudad más importante del Quersoneso? He aquí, pues, cómo nos trata a todos, en tanto nosotros vacilamos y cedemos y nos contemplamos unos a otros desconfiando todo el mundo, pero no de quien nos ultraja a todos. Además, cuando

se haya señoreado de cada uno de nosotros, ¿qué creéis que hará ese hombre que se comporta con todo el mundo con tan poca vergüenza?

»¿Cuál es, pues, la causa de todo esto? Porque no sin razón ni causa justa todos los griegos suspiraban tanto por la libertad y en cambio hoy suspiran por la esclavitud. Pero entonces, ¡oh atenienses!, existía en el espíritu de la mayoría algo que hoy no tiene, algo que pudo más que las riquezas de los persas e hizo de Grecia un pueblo libre; una cosa que no fué vencida en ninguna batalla naval ni terrestre, pero que, al ser destruída hoy, lo ha corrompido y revuelto todo. ¿Qué cosa era ésta? Nada complicado ni sutil, sino que los hombres sobornados por quienes querían mandar o llevar a Grecia a la perdición eran odiados por todo el mundo; era cosa gravísima estar convicto de venalidad y este crimen estaba castigado con la máxima pena (sin que valieran súplicas ni indultos para mitigarla). Así la oportunidad de cada uno de estos actos que a menudo ofrece el azar a los descuidados en perjuicio de quienes viven alerta (y a quienes no quieren realizar nada en perjuicio de aquellos que hacen todo lo necesario), no era posible compararla, ni a los oradores ni a los generales, como tampoco la concordia entre los ciudadanos ni la desconfianza hacia los tiranos y los bárbaros, ni, en una palabra, nada semejante. Ahora todo esto se ha vendido al extranjero como en un mercado, y en cambio nos han importado el origen de la ruina y males de Grecia. ¿Qué es ello? La envidia si alguien ha recibido algo; la sonrisa si lo confiesa (el perdón para los convictos); el odio si alguno lo censura; en fin, todo lo demás que trae consigo el soborno. En efecto, todos tenemos ahora en mucho mayor cantidad que nuestros antepasados trirremes y multitud de hombres y de dinero, abundancia de material de guerra y cuanto puede ser considerado como factor de la potencia de una ciudad. Y sin embargo, todo esto resulta inútil, ineficaz, inaprovechable, por culpa de los que nos venden.

»Que esto es lo que ocurre ahora lo sabéis ya, me figuro, sin que os sean precisos testimonios. Pero os voy a demostrar cómo sucedía lo contrario en los tiempos

antiguos; mas no con palabras mías, sino con textos de vuestros mayores: con la inscripción grabada en la estela de bronce que colocaron ellos en la Acrópolis (no para que les fuese útil, pues sabían obrar como es debido sin necesidad de tales recordatorios, sino para que tuvierais monumentos y ejemplos que os enseñasen la conveniencia de observar su conducta).

»Pero, ¿qué dice la inscripción? «Artmio», dice, «hijo de Pitonacte, celeíta, reo de atimia y enemigo del pueblo de los atenienses y de los aliados, él y su posteridad.» A continuación están los motivos: «Porque llevó el oro de los medos a los peloponenses.» He aquí la inscripción. Reflexionad, pues, ¡por los dioses!, cuál fué el pensamiento de los atenienses que tal cosa hicieron, cuál su intención. Ellos a un celeíta, Artmio, vasallo del Rey — porque Celea está en Asia —, que, al servicio de su señor, llevó dinero al Peloponense, no a Atenas, lo inscribieron como a su enemigo, tanto a él como a su descendencia, y les impusieron la atimia. Pero no es la atimia de la que suele generalmente hablarse. Pues, ¿qué le importaba a un celeíta no poder participar de los derechos de los atenienses?

»Es que en las leyes criminales está legislado con respecto a aquellos cuya muerte no puede dar lugar a un procedimiento por asesinato (es decir, que pueden ser muertos impunemente «sin venganza», dice «muera»). Lo que quiere decir es, pues, que está libre de culpa quien haya matado a uno de esos individuos. Por tanto, los antiguos consideraban que les incumbía la seguridad colectiva de los helenos. Porque no les habría importado que una persona comprara o sobornase a cualquiera en el Peloponense si no hubieran opinado así. Pero tanto castigaban y perseguían a los convictos de este delito, que incluso grababan en piedra su condena. He aquí la causa de que, como debe ser, los helenos fuesen objeto de terror para los bárbaros, mas no los bárbaros para los helenos.

»Pero no sucede así ahora; porque no pensáis del mismo modo, ni en este aspecto ni en ningún otro. ¿Pues cómo? Ya lo sabíais vosotros. ¿Por qué vamos a echaros la culpa de todo? De manera parecida, no mejor que vosotros, se comportan todos los demás. Por eso

digo que la situación actual exige muchos esfuerzos y buenos consejos. ¿Cuáles? ¿Lo digo? ¿No os irritaréis? (*Lee parte de un documento escrito.*)

»Hay un ingenuo documento de los que quieren consolar a la ciudad asegurándoos que Filipo no es tan fuerte como antes los lacedemonios, que dominaban el mar y la tierra entera, tenían al Rey por aliado y nada se les resistía. Pero, con todo, la ciudad se defendió también contra ellos y no sucumbió.

»Pues, por mi parte, creo que habiéndose progresado mucho en casi todas las cosas, de modo que lo de hoy no se parece en nada a lo de otros tiempos, en ningún aspecto se han producido mayores revoluciones y adelantos que en el militar.

»En primer lugar, tengo entendido que entonces los lacedemonios, como todos los demás, invadían un país durante cuatro o cinco meses, precisamente en la estación favorable, lo devastaban con hoplitas y tropas movilizadas y se volvían a su tierra. Y tan a la antigua procedían, o mejor dicho, con tal espíritu ciudadano, que ni siquiera compraban nada a nadie con dinero, y la guerra era abierta y leal. Ahora, por el contrario, supongo que veis cómo los mayores fracasos los provocan los traidores, sin que ocurra nada por causa de las disposiciones estratégicas ni de las batallas; y oís decir por qué Filipo no se presenta donde le plazca por llevar consigo una falange de hoplitas, sino por tener a su disposición tropas ligeras, jinetes, arqueros, mercenarios; un ejército, en fin, así formado. En estas condiciones se presenta ante las ciudades, debilitadas por disensiones civiles, y una vez que nadie ha salido en defensa de su país por desconfianza, instala sus máquinas de guerra y se pone a sitiar aquéllas. Y no hay por qué hablar de verano ni de invierno, que no hace distingos, ni hay ninguna estación especial en que deje de actuar.

»Pues bien, ya que todos sabéis y os dais cuenta de estos hechos, no debéis permitir que la guerra llegue a este territorio ni dejaros desazonar mientras contempláis la sencillez de la contienda de entonces contra los lacedemonios, sino preveniros con toda la anticipación posible por medio de vuestros actos y preparativos, cui-

dando de que no pueda moverse de su casa, para no tener que luchar cuerpo a cuerpo con él. Porque con miras a la guerra tenemos muchas ventajas naturales, atenienses, si nos decidimos a hacer lo que es necesario, en la configuración de su país, que puede fácilmente devastarse, y en otras mil cosas. Pero para una batalla, Filipo está más ejercitado que nosotros.

»Ahora bien, no es suficiente con adoptar estas resoluciones y defendernos con medios de guerra ordinarios: es necesario también, razonada y deliberadamente, odiar a aquellos que entre nosotros hablan a su favor, teniendo en cuenta que no es posible vencer a los enemigos de la ciudad antes de haber castigado a los hombres que dentro de la misma le sirven. Y ¡por Zeus y por los otros dioses!, vosotros ya no podréis hacer esto, no: habéis llegado a tal grado de estupidez o locura, ya no sé cómo llamarlo — porque a veces me ha venido el miedo de creer que es un mal espíritu el que trae todo esto —, que por el gozo de oír insultos, calumnias, burlas, o, por el motivo que sea, a unos hombres que se venden, algunos de los cuales ni tan sólo negarían que lo hacen, los invitáis a que tomen la palabra y os reís alegremente si injurian a alguien. Y aun no es esto lo terrible, por mucho que lo sea, sino que a esos hombres les habéis dado más seguridad para su política que a quienes hablan en interés vuestro; y, con todo, fijaos en cuántas calamidades trae el querer escuchar a personas de esa clase. Citaré hechos de todos conocidos.

»Había en Olinto unos políticos partidarios de Filipo que le apoyaban en todo, pero también otros ciudadanos amantes de la paz, del bien público, que procuraban no llegar a ser esclavos. Pues bien, ¿quiénes perdieron a su patria? ¿O quiénes traicionaron a la caballería, vendida la cual cayó Olinto? Los amigos de Filipo, que, cuando la ciudad existía, acusaban a los que hablaban en interés común y les calumniaban de tal modo que, por ejemplo, a Apolónides llegó incluso a desterrarlo el pueblo de los olintios, convencido por ellos. Pero no era aquella ciudad la única en que esas tendencias causaban todos los males. También en Eretria, cuando, retirados Plutarco y los mercenarios, el pueblo tomó posesión de la ciudad y de Portmos, unos

querían orientar la política hacia vuestra amistad y otros hacia Filipo. Pues bien, los pobres y míseros eretrenses que hacían más caso, por lo regular, a esos últimos, terminaron por dejarse convencer y desterrar a los que hablaban en interés nacional. Y en efecto, luego de mandar su aliado Filipo a Hipónico y a mil mercenarios, destruyó las murallas de Portmos e instauró allí tres tiranos: Hiparco, Automedonte y Clitarco. Y luego los ha expulsado por dos veces del país, ya que se querían salvar (enviándoles primeramente los mercenarios que mandaba Euríloco y más tarde los de Parmenión).

»Mas, ¿por qué citar muchos ejemplos? En Oreos actuaban a favor de Filipo — y eso lo sabían todos —, Filistedes, Menipo, Sócrates, Toantes y Agapeo, los mismos que ahora gobiernan a la ciudad; y un tal Eufreo, que en tiempos habitó entre nosotros aquí, trabajaba para que el pueblo fuera libre y no sirviese a nadie. Sería muy largo de contar cómo fué ultrajado y vilipendiado por la plebe en diversas ocasiones; pero sobre todo el año antes de la toma de la ciudad, denunció como traidores a Filistides y los suyos, cuyo comportamiento había observado. Congregada entonces una turba multa de ciudadanos, que tenía a Filipo como director y patrono, encarcelaron a Eufreo, acusado de promover disturbios en la ciudad. El pueblo de los oreítas, que lo estaba contemplando y que debía haber prestado auxilio al uno y apaleado a los otros, no se irritó contra ellos, manifestó que Eufreo lo tenía merecido y se alegró de su suerte. En lo sucesivo, el otro grupo gozó de toda la libertad que quiso y pudo hacer preparativos y poner en práctica los medios para que la ciudad fuese tomada. Y si alguno del pueblo lo notaba, aterrizado, guardaba silencio recordando lo que había ocurrido a Eufreo; tal era el estado de ánimo, que nadie osó abrir la boca ante aquella catástrofe que se avecinaba, hasta que el enemigo se presentó en orden de batalla ante los muros. Entonces los unos se defendieron y los otros los traicionaron. Y habiendo caído la ciudad de modo tan innoble y vergonzoso, los traidores gobiernan en ella tiránicamente después de haber desterrado o muerto a los mismos que entonces les habían defendido y

mostrándose dispuestos a hacer cualquier cosa con Eufreo; y en cuanto a éste, se dió muerte por propia mano, dando así testimonio de la justicia y desinterés con que se había opuesto a Filipo en pro de sus concudadanos.

»Pero, ¿cuál fué la causa — preguntaréis, tal vez con asombro — de que los olintios, eretrienses y oreítas acogieran mejor a los defensores de Filipo que a los suyos propios? Pues la misma que aquí: los que hablan en interés común no pueden a veces hacerlo, ni aunque quieran decir algo agradable, ya que es preciso examinar los medios para salvar la situación. En cambio, con las mismas palabras con que os deleitan, prestan ayuda a Filipo.

»Pedían impuestos y los otros argüían que no era necesario. Exhortaban a luchar y no confiarse y los otros a seguir en paz; hasta que fueron sometidos. Y así ocurriría, supongo yo, en todos los demás aspectos, para no enumerarlos uno por uno. Los unos les decían lo que les habría de agradar y los otros lo que les pudiera salvar. Y por fin el pueblo tuvo que soportar muchas cosas, no por complacencia ni ignorancia, sino cediendo a sabiendas, por considerarse totalmente derrotado.

»Lo cual temo, ¡por Zeus y Apolo!, que os ocurra a vosotros, cuando reflexionéis y os deis cuenta de que no hay solución alguna. ¡Ojalá no se llegue jamás a tal extremo, oh atenienses! Mejor morir mil veces que cometer bajezas por adular a Filipo (o entregar a alguno de los que os hablan por vuestro bien).

»¡Bonito agradecimiento, en verdad, ha recibido ahora el pueblo de los oreítas por confiarse a los amigos de Filipo y quitar de en medio a Eufreo! ¡Bonito el de los eretrios, por expulsar a vuestros delegados y entregarse a Clítarco! Ahí están esclavizados, bajo la amenaza del látigo y del puñal. ¡Buena indulgencia ha demostrado con los olintios después que lo hicieron Hiparco Alastenes y desterraron a Apolónides! Pero locura o cobardía fuera esperarla; locura y cobardía de quienes toman decisiones perjudiciales, no quieren hacer nada de lo que conviene y escuchan, por el contrario, a los portavoces del enemigo, que creen que habitan una ciudad tan grande que ocurra lo que ocurra no sufrirá daño alguno. Y además, la vergüenza de decir

después: «¿Quién habría pensado que iba a suceder tal cosa? ¡Por Zeus! Debimos haber hecho esto o aquello, o no haber hecho lo otro.» Muchas cosas podrían decir ahora también los olintios que, si entonces las hubieran sabido, les habrían librado de caer. Y muchas también los oreítas y los focenses y todos los que han sucumbido. Pero, ¿de qué sirven ya? Mientras esté a flote un navío, sea grande o pequeño, los marinos, el piloto, todo el mundo sin excepción, deben afanarse con ardor y procurar que nadie, intencionadamente o no, lo eche a pique: pero, una vez el agua sobre cubierta, es en vano todo trabajo.

Y nosotros, ¡oh atenienses!, mientras estamos a salvo, disponiendo de la más poderosa ciudad, multitud de recursos e inmejorable reputación..., ¿qué debemos hacer? Quizá alguno de los que aquí se sientan querría habérmelo preguntado hace tiempo. Pues bien, se lo diré, ¡por Zeus!, y lo propondré por escrito para que lo acordéis si os place.

»Primeramente defendernos nosotros mismos y prepararnos con galeras, con dinero y con soldados — porque aun cuando los demás griegos se conformaran en ser esclavos, nosotros tenemos que combatir por la libertad —; y cuando hayamos hecho debidamente todos estos preparativos y lo hayamos puesto de manifiesto, llamemos a los demás y enviemos embajadores que nos vayan informando (a todas partes, al Peloponeso, a Rodas, a Quío; incluso diré que al Rey, porque tampoco a él ha de serle indiferente dejar que Filipo lo revuelva todo); y así, caso de que les convenzáis, tendréis quien comparta con vosotros los peligros y los gastos si ello es necesario, y en caso contrario, por lo menos ganaréis tiempo; y el tiempo, cuando la guerra tiene efecto contra un hombre y no contra la fuerza de un Estado constituido, es inútil, como tampoco lo son nuestras embajadas recientes al Peloponeso y las acusaciones que yo y Poliuto, este buen patriota, Hegesipo y los demás enviados hemos llevado a todas partes desde el momento en que obrando de esta manera le hemos obligado a detenerse y no marchar contra Ambracia ni lanzarse sobre el Peloponeso.

»Naturalmente, no digo que, si vosotros no queréis

hacer nada de cuanto sea necesario en vuestro interés invitéis a los demás; porque sería una ingenuidad que, descuidando nuestros propios intereses, pretendiéramos cuidar de los otros, y sin ocuparnos en el presente, suscitáramos en el ánimo de los demás el miedo al porvenir. Yo no afirmo esto; por el contrario, afirmo que hay que mandar dinero a la gente nuestra que está en el Quersoneso, hacer cuanto nos piden y prepararnos personalmente (y que nosotros seamos los primeros en efectuar lo necesario), invitar a los demás griegos, juntarlos, informarlos, y hacerles reproches: he aquí lo propio de una ciudad tan digna como la nuestra.

»Si pensáis que los calcídicos o megarenses pueden salvar a la Hélade mientras os substraéis vosotros a vuestra tarea, estáis equivocados. Contentos se verían todos si ellos pudieran salvarse por sí solos. Pero eso debéis hacerlo vosotros, ya que para vosotros fué también para quienes los antepasados conquistaron a costa de muchos y grandes peligros este honor que os han legado.

»Y si cada uno de vosotros permanece inactivo, corriendo sólo tras lo que desea y pensando en la manera de no hacer nada él, en primer lugar no hay cuidado de que vaya a encontrar quien lo haga por él, y además, temo que nos sea forzoso hacer a un tiempo todo lo que de buen grado no queremos.

»Tales son mis palabras, tales mis propuestas. Opino que si es aprobado el Decreto que propongo, todavía será posible restablecer la situación. Si alguien puede proponer algo mejor que esto, que lo diga y nos aconseje. Y lo que vosotros decidáis, ruego a todos los dioses que sea para bien.»

NOTAS

(1) Es decir, desde la formación de la primera Liga marítima, en el año 477 hasta la entrada de los lacedemonios en Atenas, al terminarse la guerra del Peloponeso, en el año 404.

(2) Desde 404 a 376, en que fueron derrotados por Cabrias en Naxos.

(3) Victoria de Epaminondas en 377.

(4) Filipo dividió Tesalia en cuatro regiones, a las que denominó Tessaliótida, Ftíótida, Pelasgiótida y Hestiótida, poniendo un tetrarca en cada una de ellas.

(5) El ataque a Bizancio se produjo al año siguiente.

CUARTA FILÍPICA

COMENTARIOS A LA CUARTA FILÍPICA

Podría suponerse, a la ligera, que el discurso llegado a nosotros como Cuarta Filípica consiste en una arenga política del mismo género que otras de este autor, con pasajes llenos de ardiente elocuencia en los que Demóstenes intenta aguijonear los ánimos de los atenienses en contra de Filipo y utilizando para ello los argumentos habituales. El propio Libanio llega a afirmar que la coyuntura en que fué pronunciado es la misma que la de la Tercera Filípica, salvo el añadido aquí de la exhortación de una concordia entre ricos y pobres y el intento de persuadir a sus compatriotas para que mandaran una embajada al Rey de Persia.

Como dice el comentarista de la edición catalana, algunos autores, entre ellos Alejandro, Dióscoro y Zenón, exponen ciertas dudas sobre la autenticidad de ciertos pasajes, y el escritor bizantino del siglo xv, Juan el Siciliano, llega a afirmar que Anastasio de Éfeso y otros retóricos habían declarado apócrifo el discurso por completo. No obstante, de acuerdo con el citado comentarista, es evidente que plantea algunos problemas: en primer lugar no hay ninguna cita de las causas que lo motivaron; luego se repiten casi literalmente una serie de conceptos expuestos en otros discursos de Demóstenes; por ejemplo, un pasaje literalmente sacado del discurso Sobre el Quersoneso (47-52) acerca de la urgente necesidad de defenderse. Luego sigue la propuesta relativa a la utilización de los fondos del teóric, aunque en realidad es una exhortación a la concordia

necesaria entre pobres y ricos. Aquí nada hay, empero, que autorice a considerarle apócrifo. Luego viene un segundo examen de la situación en Grecia, tema tratado ya en otros discursos anteriores a Demóstenes. Por último, la obra termina, no con un resumen a la manera demostina, ni tampoco con ninguna propuesta de acción concreta, sino única y sencillamente con una exhortación a los atenienses para que cambien de costumbres.

Puede esgrimirse, a favor de su no autenticidad, el hecho de que la mayor parte del discurso esté formado con fragmentos pertenecientes al discurso Sobre el Quersoneso, porque, naturalmente, se nos hace muy cuesta arriba suponer que Demóstenes compusiera una nueva arenga con la mayor parte de los elementos de otra anterior.

Los comentaristas — singularmente el de la traducción catalana — están de acuerdo en afirmar que, o bien se trata de una obra simplemente esbozada por el propio Demóstenes, o bien es posterior, montada con fragmentos de obras suyas por algún retórico más moderno. No obstante, Jaeger afirma que la Cuarta Filípica no sólo es auténtica, sino base documental para enjuiciar la política de Demóstenes. Sobre este punto, y entrando en la discusión tan altas autoridades, nos reservamos nuestro juicio.

SUMARIO DE LIBANIO. — Este discurso tiene el mismo argumento que el anterior, y nada dice de nuevo ni de particular, excepto los consejos relativos a la política de concordia. Pues observando que existían disensiones entre ricos y pobres, Demóstenes intenta ponerles fin, aconsejando al pueblo no confisque los bienes de los ricos y persuadiendo a los ricos para que no regateen los donativos del Tesoro a los necesitados. Asimismo intenta persuadir a los atenienses para que manden una embajada al Rey de Persia a fin de concertar una alianza con él.

«Considerando, atenienses, que vuestra actual deliberación tiene por objeto muy graves intereses y es muy necesaria para la República, intentaré deciros cuanto estimo útil sobre esta cuestión. No son pocos los errores que han dado origen a las presentes circunstancias, atenienses, ni poco el tiempo que se están acumulando; pero, en cuanto al presente, nada hay que irrite tanto como el hecho de que vuestro espíritu se haya apartado de los acontecimientos y que sólo ponéis atención a ellos cuando estáis escuchando sentados o cuando os anuncian alguna novedad; mas, luego, cada uno se va, y además de no preocuparse, ni tan sólo se acuerda ya de ello.

»El impudor de Filipo y la ambición que a todos manifiesta claramente, ya oímos decir hasta qué extremos llegan; y que no hay discurso ni arenga que sea capaz de detenerlo, con seguridad que nadie lo ignora. De todos modos si alguien, fuera cual fuese el motivo, no llega a hacerse cargo de ello, tenga en cuenta lo que voy a decirle. Jamás ni en parte alguna, cuando ha habido necesidad de defender con palabras

nuestros derechos, hemos sido derrotados ni hemos pasado por injustos a los ojos de nadie, sino que en toda ocasión logramos la victoria y sobresalimos por encima de todos a causa de nuestros discursos. Ahora bien, ¿es que a consecuencia de esto le van mal las cosas a Filipo y bien a Atenas? Porque, cuando luego toma las armas y se pone en marcha dispuesto a jugarse cuanto tiene, y nosotros nos quedamos aquí, habiendo dicho unos lo que era usto y escuchando los otros, creo natural que los actos pasen delante de las palabras y todo el mundo haga caso, no de lo que hayamos podido decir o todavía digamos, sino de cuanto hacemos. Y esto no tiene ningún poder para salvar a quienes aquél atropella: ya no son discursos lo que se necesita.

»El resultado es que la política de las ciudades se divide en dos bandos: el de quienes no quieren imponer por la fuerza su dominio a nadie ni ser esclavizados por otro, sino gobernarse libre y equitativamente según la Ley, y el de quienes sienten afán de mandar a sus conciudadanos, aun cuando tengan que obedecer a otro gracias al cual creen que podrán obtener lo primero. Los de este bando, los que ambicionan ser tiranos o caudillos, se han impuesto en todas partes, e ignoro si queda ciudad alguna, excepto la nuestra, donde se mantenga con firmeza el régimen democrático. Y esta gente que gracias a él gobierna, ha podido imponerse porque posee todo aquello que asegura el éxito: en primer lugar y sobre todo, la ventaja de tener alguien dispuesto a pagar por ellos a quien quiera cobrar; y en segundo lugar, una ventaja no menos pequeña: una fuerza dispuesta a destruir a sus adversarios en el momento en que lo indiquen. Nosotros, en cambio, no sólo somos inferiores a ellos en esto, atenienses, sino que ni siquiera podemos quitarnos el sueño de encima, pues, al contrario, parecemos hombres que hayamos tomado mandrágora u otra droga semejante. Y entonces — porque a mi criterio es necesario decir la verdad — creo que estamos tan desprestigiados y tan despreciados, a consecuencia de esto, que entre los griegos que se encuentran en igual peligro, unos se oponen a nosotros por una cuestión de hegemonía, los otros a propósito del lugar donde ha de reunirse el Consejo Federal, y al-

gunos han preferido defenderse por sí solos antes que unirse a nosotros.

»¿Con qué objeto digo esto y por qué insisto en ello? ¡Por Zeus y todas las divinidades! No intento crearme enemigos, sino que lo digo para que cada uno de vosotros, atenienses, comprenda y vea que la blandura y el descuido de cada día, tanto en la vida de los individuos como en la de la República, no aparecen manifiestos inmediatamente después de cada negligencia, sino en el conjunto de todos los acontecimientos. Contemplad a Serrión y Dorisco: ésta fué la primera cosa que después de la paz dejóse pasar, y muchos de vosotros quizá no la conocíais ni de nombre. El abandono y menosprecio de estas ciudades han hecho que perdiéramos Tracia y Cersobleptes, que eran aliados nuestros. En otra ocasión, observando que habíais descuidado esto y no habíais enviado auxilios, arrasó Portmos, y frente al Ática, en Eubea, han creado una tiranía contra vosotros. Como que no hacíais caso, por poco toma Megara. No os habéis preocupado por ello ni tan sólo fijado, ni habéis demostrado que estábais dispuestos a impedirlo; Filipo ha comprado a los antrones y a poco era dueño de la situación en Oreos. ¡Y cuántas cosas dejo aparte! Feres, la marcha sobre Ambracia, las matanzas de Élida y mil sucesos más. No he citado estas cosas para sumar las violencias y los atropellos cometidos por Filipo, sino para mostraros que no cesará de atropellar a todo el mundo y someterlo si alguien no le detiene.

»Pero hay gente que antes de escuchar los discursos sobre la situación tiene costumbre de preguntar: «¿Qué es necesario hacer, pues?» Desde luego no para hacerlo una vez lo hayan oído, ya que entonces serían los hombres más útiles del mundo, sino para desembarazarse del orador. Con todo, es necesario que os hagáis cargo de que Filipo hace la guerra a nuestra República y ha roto la paz, no nos quiere bien y es enemigo de la ciudad entera y del solar ateniense. Todavía diré más: de los dioses de la ciudad — ¡ojalá lo quieran perder! —; pero sobre todo contra quien realmente hace la guerra y conspira más es contra nuestro régimen político, y lo que en particular busca son los

medios para derribarlo. Y hasta cierto punto, forzadamente debe hacerlo así. Porque fijaos: quiere dominar y ha comprendido que sus únicos antagonistas sois vosotros. Hace tiempo que os causa daño y tiene de ello plena conciencia: ya que las posesiones vuestras que tiene ocupadas son las que le aseguran las demás conquistas. Porque si hubiese abandonado Anfípolis y Potidea, no podría sentirse seguro ni en Macedonia. Sabe, pues, estas dos cosas: que forja planes contra vosotros, y que tenéis noticia de ellos. Y como es considera inteligentes, piensa que tenéis razones para odiarlo; y además de ser las cosas de esta manera sabe perfectamente que, aunque llegara a ser el dueño de todo lo restante, no podrá dominar con seguridad en tanto seáis vosotros una democracia, y que si surge algún revés — y un hombre puede tener muchos —, todos aquellos que le están sometidos por la fuerza, le abandonarán y vendrán hacia nosotros. Porque, aunque vosotros no estéis naturalmente dotados para ambicionar el poder y para usurparlo, tenéis facilidad para impedir que los demás se apoderen de él, para quitarlo a quien lo tiene y, en una palabra, para poner obstáculos a quienes quieren mandar y para devolver la libertad a todos los esclavizados. Por lo tanto él no desea que la libertad, desde vuestro pueblo, esté a la espera de las ocasiones que él le ofrezca; y su cálculo no es el de un hombre equivocado o que se abandona. De manera que, en primer lugar, debéis considerarle como enemigo de nuestro régimen y un adversario irreconciliable de la democracia; y en segundo lugar, sabed de cierto que todo esto que ahora maquina y planea lo prepara contra nuestra República.

»En efecto, ninguno de vosotros es tan ingenuo que suponga que Filipo oculta las miserias de Tracia — porque, ¿qué otro nombre puede darse a Dogilon, Cabile, Mestira y todo eso que dicen que ahora está ocupado? —, y por adquirirlos soporta fatigas, inviernos rigurosos y los más extremos peligros, y que, en cambio, los puertos de Atenas, sus atarazanas, su galeras, sus posiciones y su renombre — ¡ojalá ni él ni nadie se apoderen de ello, subyugando nuestra ciudad! —, no los ambiciona y nos los dejará tener mientras él pasa

el invierno en aquel lugar infernal, por el mijo y la espelta de las ánforas de Tracia. De ningún modo: hace todo esto, a fin de llegar a ser dueño de lo otro, y en general, así es toda su política.

»Así pues, si todo el mundo sabe esto y se hace pleno cargo de ello, no es necesario, ¡por Zeus!, que invitéis a quien os da los mejores consejos en lo que es justo a proponeros un Decreto declarando la guerra; pues esto sería igual que si intentarais buscar a quién hacerla y no obrar en interés de la República. Porque, mirad: si la primera vez que Filipo infringió los pactos o la segunda, o la tercera — porque las ha habido muy seguidas — alguien hubiera propuesto declararle la guerra y él hubiese hecho lo mismo que ahora en que nadie ha propuesto nada, o sea auxiliar a los cardianos, ¿es que el firmante de la propuesta no hubiera sido expulsado de aquí y no le habría echado todo el mundo la culpa del socorro a Cardia? Por lo tanto no busquéis un hombre al que, a causa de los delitos de Filipo, podáis odiar, un hombre al que podáis entregar a sus asalariados para que hagan trizas de él, ni votéis la declaración de guerra para disputar después los unos con los otros por si era necesario hacerlo o no; al contrario, defendeos del mismo modo que él hace la guerra, dando dinero y todo lo que sea necesario a los que ya se defienden, y vosotros personalmente, atenienses, pagando contribuciones y preparando un ejército, galeras rápidas, caballos, transportes para la caballería y todo cuanto una guerra exige. Porque de momento es ridícula vuestra conducta, y creo que el propio Filipo no hubiera podido pedir otra cosa, ¡por los dioses!, sino que Atenas siga haciendo lo mismo que ahora hace: dejáis pasar el tiempo, hacéis gastos, buscáis a quién confiar la situación, os irritáis, os acusáis mutuamente. Os diré de dónde proviene esto y cómo acabar con ello. Desde los primeros momentos de esta situación, atenienses, nunca habéis emprendido ni organizado correctamente nada, sino que siempre seguís a la zaga de los acontecimientos, dado que llegáis demasiado tarde lo dejáis correr; y si algo nuevo sucede, os volvéis a preparar y nuevamente escandalizáis.

»Y no debe ser así. Con expediciones de socorro no

conseguiréis nada de lo que os conviene, no; hay que tener organizado un ejército y asegurarle la subsistencia, unos tesoreros y unos funcionarios, y cuando hayáis hecho de manera que exista la más rigurosa vigilancia de la gestión financiera, exigid cuentas del dinero a esos funcionarios y de las operaciones al estratega, y no le dejéis ningún pretexto para tomar otros rumbos ni emprender otra cosa. Y si así lo hacéis y de veras lo deseáis, obligaréis a Filipo a que observe una paz justa y a no moverse de su lugar o, en caso contrario, le haréis la guerra en un plano de igualdad; y tal vez, tal vez, así como ahora os preguntáis qué hace Filipo y hacia dónde se dirige, él será quien habrá de preocuparse de hacia dónde han zarpado las fuerzas de Atenas y dónde aparecerán.

»Ahora bien, si alguien juzga que esto requiere mucho gasto y muchas fatigas y sobresaltos, tiene toda la razón; pero si calcula qué consecuencias tendrá para la República el hecho de no conformarse con soportarlos, hallará que le sale a cuenta hacer de buen grado cuanto le conviene. Porque si algún dios os garantizase — ya que no existe un hombre que fuera capaz de ello — que manteniéndoos quietos Filipo no acabaría viniendo contra vosotros, sería una vergüenza para Zeus y para todos las divinidades, y una cosa indigna de vosotros, de la posición de la República y de las hazañas de vuestros antepasados, que por indolencia vuestra abandonaseis a la servidumbre a los demás pueblos griegos; yo, por lo menos, preferiría morir a habérselo aconsejado. De todos modos, si algún otro habla en este sentido y os convence, sea: no os defendáis, abandonadlo todo. Ahora bien, si nadie es de este parecer; si, por el contrario, prevemos todos que cuanto más le dejemos extender sus dominios más difícil y poderoso enemigo será para nosotros, ¿hasta dónde retrocederemos? ¿Qué esperamos? ¿Cuándo, atenienses, nos decidiremos a hacer lo que conviene? ¿Cuándo, ¡por Zeus!, habrá necesidad de llegar a ello? Mas lo que podríamos denominar necesidad de hombres libres no sólo existe ya, sino que hace tiempo que ha pasado. Y es necesario hacer votos para que nunca llegue la necesidad de esclavos. ¿Qué diferencia hay? Que para

el hombre libre, la máxima necesidad es la vergüenza ante los acontecimientos: no sé cuál podría nombrarse que fuera mayor; en cambio, los golpes y los castigos corporales son cosa de esclavos. Ojalá no nos encontremos nunca en esta situación ni tan siquiera tengamos que hablar de ella.

»Así pues, atenienses, remolonear y no decidirse cuando es necesario que cada uno ponga a contribución su persona y sus bienes, no es proceder con rectitud; pero, con todo, esto tiene una excusa; ahora bien, no querer ni escuchar lo que es necesario oír ni los puntos sobre los cuales es conveniente deliberar, es cosa que admite ya toda suerte de acusaciones.

»Y justamente vosotros no queréis oír nada hasta que el peligro es inminente, como ahora, ni tenéis hábito de discutir nada en tiempo de paz; no, en el momento en que él se prepara, en lugar de hacer vosotros lo mismo y oponer a sus preparativos los vuestros, vivís tan tranquilos, y si alguien os dice algo, lo expulsáis; pero cuando llega a nuestro conocimiento que se ha perdido alguna plaza o está asediada, en quel momento escucháis y tomáis determinaciones. El instante de escuchar y deliberar existió cuando vosotros no lo deseabais, y en este momento, cuando es hora de actuar y poner en práctica lo que tenemos preparado, casi únicamente escucháis. Así pues, al practicar esta costumbre, vosotros sois los únicos hombres que hacéis lo contrario de los demás: los otros deliberan antes de los acontecimientos; vosotros, después.

»Lo que falta — era necesario hacerlo antes, pero aún estamos a tiempo — os lo diré ahora. Nada hay que falte tanto en la ciudad — vistos los acontecimientos que se avecinan — como el dinero. ¿Se nos ha presentado acaso, por azar, esta buena ocasión? Si la sabemos aprovechar, tal vez tendremos lo que nos hace falta. Porque, en primer lugar, los hombres en quienes tiene confianza el Rey y considera como sus bienhechores, detestan a Filipo y están en guerra (1). Después el agente y cómplice de Filipo en todos sus preparativos contra el Rey, ha sido detenido y sacado de su casa (2); y el Rey se enterará de todos estos hechos, no por nuestras denuncias, que podría considerar dictadas por nues-

tro interés particular, sino por el mismo que lo ha hecho y manejado todo, de manera que lo creará, y aquello que nuestros embajadores tengan que añadir lo escuchará de buen grado; es decir, hemos de unirnos para castigar a quien nos ha atropellado a unos y a otros; y para el Rey, Filipo será mucho más temible si antes no ha atacado a nosotros; porque si quedamos abandonados y nos ocurre alguna cosa, impunemente después lo atacará. Por todas estas razones creo que debéis enviar una embajada que hable con el Rey y dejaros de proferir esas tonterías que tan a menudo nos han ocasionado derrotas: «Es un bárbaro», «Es el enemigo común de todos», y otras cosas parecidas. Porque yo, cuando veo a alguien que tiene miedo de este hombre que vive en Susa o Ecbatana y afirma tener malas intenciones a propósito de Atenas, a pesar de habernos ayudado a arreglar nuestra ciudad y todavía os hacía ofrecimientos — y si vosotros no los habéis aceptado, si los habéis rechazado, la culpa no es suya — y en cambio, hablando de ese que está a nuestras mismas puertas, de ese salteador de griegos, que tan grande está haciéndose en el mismo corazón del país, usa un lenguaje tan diferente, me maravillo; y en lo que a mí se refiere, tengo miedo de él, sea quien fuere, ya que él no lo tiene de Filipo.

»Ahora bien, hay otra cosa que perjudica a la ciudad, cuando se nos reprocha por denigración injusta y por interpretaciones impertinentes, y sirve además de excusa a quienes no quieren cumplir sus deberes para con la Patria. Sí; os daréis cuenta de que cada vez que alguien deja de cumplir con su obligación, lo menciona, a fin de justificarse. Tengo mucho miedo de hablar de esto, mas lo haré de todos modos. Porque considero que tiene que ser igualmente posible defender, ante los ricos y en interés público, la causa de los pobres, como la causa de quienes poseen fortuna ante los necesitados; y ello a condición de prescindir tanto de las maledicencias injustificadas de algunos a propósito del fondo de espectáculos, como del temor de que no puede ser suprimido semejante abuso sin grave daño. Ya que nada podríamos hacer que mejorase tanto la situación ni que, en general, fortaleciera más a la República.

»Fijaos, pues, en ello: primero hablaré en favor de aquellos que parecen estar necesitados. Hubo un tiempo, no muy anterior a nosotros, en el cual las rentas de la ciudad no eran mayores de ciento treinta talentos; y ninguno de quienes podían subvenir a las trierarquías o a los impuestos negábase a cumplir con su deber alegando no sobrarle el dinero, sino que, al contrario, hacíanse las galeras a la mar, salían los dineros y hacíamos todo cuanto era menester. Luego, la Fortuna, que nos era favorable, aumentó los ingresos públicos, de manera que en vez de cien talentos teníamos cuatrocientos; pero ninguno de los que poseían riquezas resultó por ello perjudicado; al contrario, obtuvieron ganancia, porque todos los ricos vienen hoy a recoger lo que del Tesoro les corresponde y tienen razón. Así pues, sabiendo esto, ¿por qué censurarnos mutuamente y hacer de ello un pretexto para no cumplir ninguno de nuestros deberes, caso de que no estemos celosos de la ayuda que la Fortuna ha prestado a los pobres? En cuanto a mí se refiere, ningún reproche les hago ni admito les sea hecho. Porque tampoco veo que, en las casas particulares, quienes están en plena juventud traten así a los ancianos ni haya nadie tan ingrato ni tan absurdo que diga que, caso de que todos hagan igual, tampoco él hará nada: en este caso, incurriría realmente en las leyes contra la maldad, porque considero que la ayuda a los padres, impuesta a la vez por la Naturaleza y por la Ley, es necesario que sea prestada equitativamente y soportada de buen grado. Y así como cada uno de nosotros tiene un padre, tenemos que pensar que los padres de toda la ciudad entera en general son todos los ciudadanos, y que, por consiguiente, no sólo es necesario no privarles de nada de lo que la ciudad ofrece, sino, caso de que esto faltara, hay que arbitrar algunos remedios para que no se vean faltos de nada. Por consiguiente, compruebo que los ricos, al seguir esta norma, no solamente hacen lo que es justo, sino también lo más valioso para ellos; porque dejar sin lo necesario a alguien a causa de una disposición legal, es aumentar el número de los descontentos de la situación.

»De todos modos, a los necesitados les aconsejaría

renunciaran a una cosa que crea una situación irritante a quienes son poseedores de bienes de fortuna y les da razón para lamentarse. Y de la misma manera que acabo de hacerlo para ellos, hablaré ahora en favor de los ricos y sin vacilaciones diré la verdad. Porque a mí me parece que no hay nadie tan miserable ni de ánimo tan cruel, no ya entre los atenienses, sino en parte alguna, para ver con malos ojos cómo los pobres y los faltos de lo necesario reciben ese subsidio. ¿De dónde provienen, pues, la irritación y el enfado? Cuando se observa que hay quien aplica a las fortunas privadas lo que es costumbre sea aplicado a los fondos públicos, y que el denunciado ante vosotros obtiene fácilmente prestigio y se asegura la inmortalidad, y que vuestro voto secreto es distinto de vuestro escándalo, he aquí lo que trae la desconfianza y la ira. En efecto, ¡oh atenienses!, dentro de la comunidad política tenemos que ser justos unos con otros: los ricos, considerando que están seguros sus medios de vida sin temor a perderlos, y en los momentos de peligro, ofreciendo su fortuna al común para la salvación de la Patria; y los otros, considerando bienes comunes los que lo son ciertamente, y tomando la parte que les corresponda, pero respetando como bien privado lo perteneciente a cada cual. De este modo una ciudad, incluso pequeña, llega a ser grande; y la grande se salva. Lo que debe decirse respecto de los deberes de unos para con otros, probablemente es esto; y para que tenga estado legal, es necesario rectificar las cosas.

»Las causas de la situación y de los desórdenes actuales son muchas y antiguas; y si me queréis escuchar, estoy dispuesto a decíros las. Vosotros, ¡oh atenienses!, os habéis apartado del principio fundamental que os legaron vuestros antepasados: ser los primeros en Grecia, tener un ejército en pie para auxiliar a todas las víctimas de atropellos. Quienes dirigen la política os han dicho que es tarea penosa y dispendio inútil, en tanto que vivir tranquilo y no cumplir con ningún deber, y por el contrario abandonarlo todo, cosa a cosa, y dejar que los demás se apoderen de ello, a vuestros ojos es la condición de una maravillosa felicidad y de una gran seguridad. A consecuencia de esto otro, po-

niéndose en el lugar en donde teniais que poneros en fila vosotros, se ha hecho próspero, poderoso y dueño de muchas cosas; y esto es lógico porque la situación de prestigio, de grandeza y de esplendor de que habían dispuesto siempre las Repúblicas más considerables, cuando a los lacedemonios la fortuna les volvió la espalda y los tebanos estuvieron ocupados con la guerra de Fócida, Filipo, por negligencia nuestra, la encontró desguarnecida y la hizo suya. Y por esos mismos ha podido hacerse temer de los otros y disponer de numerosos aliados y de una considerable fuerza, en tanto que todos los griegos hállanse ya en tantas y tales dificultades, que no resulta fácil aconsejar lo que es conveniente. Pero a pesar de que, a mi juicio, ¡oh atenienses!, la situación actual es para todo el mundo espantosa, nadie está en tan grave peligro como vosotros, no sólo porque sois el principal objeto de las maquinaciones de Filipo, sino porque entre todos sois los más inactivos. Ya que, vista la abundancia de mercancías y la brillantez existente en nuestro mercado, os hacéis la ilusión de que la República no está en ningún mal paso. Os equivocáis de manera indigna: caso de que se tratara de un mercado o de una feria podría juzgarse, a través de esos signos, si andan bien o mal; pero una ciudad que todo aquel que se ha propuesto dominar a Grecia ha creído que sería la única que se le opondría y baluarte de las libertades de todos, ¡por Zeus!, no puede juzgarse por las mercancías si anda bien, sino si confía en la buena voluntad de sus aliados y si es fuerte por las armas. Esto es lo que hay que examinar de nuestra República; y, entre vosotros, todo esto flaquea y anda mal.

»Os daríais cuenta si os fijarais en ello. ¿En qué época ha aparecido más turbia la situación de Grecia? No puede negarse que jamás como ahora. En efecto, hasta aquí Grecia estaba siempre dividida entre dos potencias: los lacedemonios y vosotros, y los demás griegos obedecían unos a nosotros y otros a ellos. En cuanto al Rey, todos desconfiábamos de él por igual cuando se aislaban; mas al aliarse con quienes perdían en la guerra, hasta haber restablecido el equilibrio con el vencedor, obtenía su confianza a pesar de que después,

quienes habían sido por él salvados, le odiasen más que aquellos que desde el principio eran enemigos suyos. Pero hoy, para empezar, el Rey está en buenas relaciones con todos los griegos; aunque no tanto con nosotros caso de que no hagamos alguna rectificación. Después, en todas partes abundan las ansias de hegemonía, y todos se disputan para ser los primeros, si bien de hecho pierden esta posibilidad a causa de los celos y las desconfianzas mutuas y no hacia quien deberían ser dirigidas; y todo el mundo se ha quedado solo: argios, tebanos, lacedemonios, corintios, arcadios y nosotros. Y aunque la política griega esté dividida en tantos partidos y en tantos Estados soberanos, si debemos decir con franqueza la verdad, en parte alguna se ven unos Consejos y un Gobierno tan desentendidos de los negocios de Grecia como entre nosotros. Es natural; porque ni por amistad, ni por confianza, ni por temor, dialoga nadie con nosotros.

»La causa de esto, ¡oh atenienses!, no es una sola — porque entonces nos habría sido fácil corregirla —, sino muchos errores de todas clases que en todo tiempo se han cometido: para no detallarlos citaré solamente uno, al cual puede ser referido todo por entero — y os ruego que, si os digo francamente la verdad, no me guardéis por ello rencor —. Cada vez que se ha presentado una ocasión han sido vendidos nuestros intereses; vosotros habéis obtenido de ellos el ocio y la tranquilidad, y con la ilusión de tener ambas cosas no os habéis encolerizado con los culpables; y otros han cobrado salario. No es oportuno ahora investigar respecto a los demás puntos; pero en cuanto se trata de las relaciones con Filipo, surge inmediatamente alguien que afirma no debe hablarse sin sentido ni hacer propuestas de guerra, y seguidamente os muestra las ventajas de conservar la paz y las dificultades de mantener un gran ejército, y que «hay gente que quiere malgastar el dinero» y otros discursos también verídicos. Ahora bien, si alguien hay que deba ser persuadido de la necesidad de conservar la paz no sois precisamente vosotros, que, convencidos como estáis, no os movéis de aquí, sino a quien realiza actos de guerra; porque si él se convence, por vuestra parte todo está a

punto. Y debéis de pensar que lo duro no son los gastos efectuados para nuestra seguridad, sino lo que sufriremos en caso de que no nos decidamos a hacerlos; y eso de «malgastar el dinero» se evita hallando los medios de salvarnos y no abandonando nuestros intereses. Además, lo que me indigna también es esto: que, cuando se trata de dinero, les preocupe tanto a algunos de vosotros los despilfarros, teniendo en su mano prevenirlos y castigar a quienes os roban, y, en cambio, no les preocupa el hecho de que Filipo vaya robando sucesivamente a toda Grecia y lo vaya haciendo a fin de atacaros a vosotros.

»¿Por qué, pues, ¡oh atenienses!, puede violar tan abiertamente el derecho y apoderarse de ciudades sin que ninguno de estos hombres le dé nunca la culpa ni diga que hace la guerra, y, en cambio, quienes os aconsejan no permitirselo, no abandonárselo todo, sean acusados de hacerla? Porque la responsabilidad de los sufrimientos que surgirán de la guerra — ya que es inevitable, sí, es inevitable que la guerra dé origen a muchas penalidades — quieren atribuirla a los que, en vuestra defensa, creen daros los mejores consejos. Consideran, en efecto, que si vosotros, con un solo ánimo y un criterio único, os defendéis de Filipo, le venceréis y ellos quedarán sin paga, en tanto que si desde las primeras perturbaciones queréis buscar responsables y os disponéis a juzgar, ellos, acusando a estos hombres, conseguirán dos cosas: hacerse bien ver a vuestros ojos y cobrar de Filipo; y la pena que deberíais imponerles a ellos la impondréis a quienes han hablado en bien vuestro. He aquí las esperanzas de esos hombres y lo que han maquinado, a fin de acusar a algunos de querer hacer la guerra. Mas yo sé perfectamente que aunque en Atenas nadie haya propuesto hacerle la guerra, Filipo ocupa muchos territorios de nuestra República; actualmente ha enviado refuerzos a Cardia. Si a pesar de todo queremos nosotros que no parezca que nos hace la guerra, la más grande de las necesidades por su parte sería demostrarnos que nos la hace. Ya que niegan los agredidos, ¿qué debe hacer el agresor? Ahora, cuando nos ataca directamente, ¿qué diremos? Naturalmente él dirá que no es ningún acto de guerra, como

tampoco lo era contra los habitantes de Oreos tener soldados en su territorio; ni anteriormente contra los de Ferres tomar posiciones delante de las murallas; ni al principio contra los olintios, hasta que estuvo dentro de su propio territorio con un ejército. ¿Diremos también que provocan la guerra quienes nos invitan a defendernos? En este caso ya sólo nos queda la esclavitud; no hay ninguna otra posibilidad.

»Por otra parte, el riesgo no es lo mismo para vosotros que para algunos de los otros, ya que lo que quiere Filipo no es someter nuestra ciudad, sino destruirla totalmente. Porque sabe muy bien que vosotros, ni queréis ser esclavos ni, si quisierais, sabríais serlo, ya que estáis acostumbrados a mandar; y que, de tener ocasión, le daréis más trabajo que todos los demás hombres. Por eso no os ahorrará cosa alguna si os tiene alguna vez en su poder.

»La lucha, pues, será a muerte: es necesario que os deis cuenta de ello; y a quienes abiertamente se han vendido a Filipo debéis hacerlos morir a bastonazos. Porque no es posible vencer a los enemigos exteriores de la ciudad en tanto no hayáis castigado a los enemigos del interior; ya que, necesariamente, toparéis con éstos como con una barrera de escollos y no estaréis a tiempo de alcanzar a los demás. ¿De dónde suponéis, pues, proviene que Filipo os insulte — porque al menos me parece que no hace otra cosa — y en tanto favorece a los otros, por lo menos para engañarlos, a vosotros os amenace de buenas a primeras? Por ejemplo, dándoles mucho ha reducido a los tesalios a la situación actual; y nadie podrá decir de cuántos engaños ha hecho víctimas a los míseros olintios dándoles primero Potidea y tantas otras cosas después. Y ahora está ganándose a los tebanos, tras de entregarles Beocia y librarlos de una guerra larga y difícil. De manera que cada uno ha disfrutado de algo de lo que deseaba, y luego unos han sufrido lo que ha sido menester y los otros sufrirán lo que sea pertinente. En cuanto a vosotros, callo lo que ya os ha tomado anteriormente; pero en el mismo instante de firmar la paz, ¡cómo os ha engañado!, ¡cuántas cosas habéis perdido! La Fócida, las Termópilas, vuestras posesiones de Tra-

cia, Dorisco, Serrión, Cersobleptes! Y en la actualidad, ¿no ha ocupado ya la Cardia, cosa que él mismo confiesa?

»¿Por qué razones se comporta con ellos como he dicho, y con vosotros de manera tan diferente? Porque, entre todas las ciudades, la vuestra es la única donde se garantiza la inmunidad a quienes hablan en favor de los enemigos, la única donde se puede con seguridad cobrar por lo que se dice en la Asamblea, aunque hayáis sido despojados de lo que os pertenecía. En Olinto no dejó de ser peligroso manifestarse a favor de Filipo en tanto el pueblo olintio no disfrutó de su favor con lo que obtenía de Potidea; en Tesalia, manifestarse a favor de Filipo fué peligroso mientras los tesalios no hubieron gozado de su favor, con la expulsión por Filipo de los tiranos y el restablecimiento de sus derechos en la Anfictionía; en Tebas no dejó de ser peligroso hasta que les hubo devuelto Beocia y destruido a los focenses. Pero en Atenas, a pesar de que Filipo no sólo os ha tomado Anfípolis y el territorio de Cardia, sino que incluso ha convertido a Eubea en una avanzada contra vosotros y ahora está dirigiéndose hacia Bizancio, no hay peligro ninguno en hablar a su favor. He aquí por qué hay algunos de éstos que han pasado a ser poderosos desde su estado mendicante, y de obscuros y desacreditados a ser considerados y célebres; mientras que vosotros, al contrario, de la consideración pasáis a la obscuridad y del bienestar a la necesidad. Por lo menos estimo que la riqueza de la ciudad está constituida por los aliados, el crédito y la simpatía: cosas de las que vosotros estáis faltos. Y como no me hacéis caso y dejáis que de esta manera se os le lleven todo, él prospera y se hace temer de todos los griegos y bárbaros, mientras vosotros os quedáis aislados y humillados, con una espléndida abundancia en el mercado, sí, pero con un ridículo abastecimiento de lo necesario.

Observo que algunos de vuestros oradores no os aconsejan por igual según se trate de vuestros intereses o de los de ellos, ya que afirman que vosotros debéis estaros quietos por más daños que os infrinjan, en tanto que ellos no pueden estarse quietos a pesar de que no se les causa daño alguno. Asimismo, sin ánimo de ofen-

der, si alguien preguntara: «Dime, Aristómedes (3), si tan bien conoces — porque nadie ignora estas cosas — que la vida de los simples particulares es segura, descansada y libre de peligros, en tanto que la de los políticos es criticada, insegura y llena cada día de luchas y calamidades, ¿por qué no has escogido la tranquila y descansada en lugar de la peligrosa? ¿Qué responderías? Porque, aunque te dejásemos decir, igual que si fuera verdad, lo que más te correspondería responder, o sea que haces todo eso por deseo de honores y de gloria, me pregunto con qué derecho crees que, para obtenerlos, lo tienes que efectuar todo y soportar todas las dificultades y correr todos los peligros y aconsejas en cambio a la ciudad que renuncie a ello cobardemente. Porque vas a decirnos que es necesario que tú figures en Atenas, pero que Atenas no debe contar para nada en Grecia. Y por otra parte, tampoco veo que no exista riesgo para la ciudad en ocuparse en sus propios intereses y, en cambio, sí existe para ti caso de que no te entrometas más que otros; al contrario, me parece que los peores peligros han de ser causados por tu actividad y tu entrometimiento y, a la ciudad, por su inacción. Claro es que, ¡por Zeus!, disfrutas la gloria de tu abuelo y de tu padre y sería vergonzoso que en ti se extinguiese, mientras que nuestra ciudad tiene una ascendencia oscura y despreciable. Pero no es así: tu padre era un ladrón, caso de que se te pareciese, mientras que los antepasados de nuestra ciudad son conocidos de todos los griegos por deberse a ellos, y por dos veces, la salvación de los peligros más graves.» Lo cierto es que hay gente que no tiene el mismo sentido de la igualdad y de la política según actúe en interés propio o en el de la República; porque, ¿es igualdad que algunos recién salidos de la cárcel se desconozcan a sí mismos, y, en cambio, la ciudad que hasta ahora había marchado al frente de Grecia y tenido la primacía, haya caído en el desprestigio y la humillación?

»Aunque me queda todavía mucho que decir, y sobre muchos problemas, acabaré, porque me parece que no por falta de discurso, ni ahora ni nunca, las cosas van mal; sino cuando vosotros, después de haber escuchado cuál era vuestro deber y de haber reconocido lo justo

de los consejos que os daban, prestáis la misma atención a quienes os quieren anular y desviar, no porque no los conozcáis — ya que a primera vista sabéis perfectamente quién habla por un sueldo, quién hace política a favor de Filipo, y quién habla sinceramente para bien vuestro, sino para poder acusar a estos últimos, convertirlo todo en motivo de risas y de injurias y no hacer vosotros nada de lo necesario. Ésta es la verdad: esto es lo que os conviene, dicho sea con toda franqueza y por pura buena voluntad; no es un discurso adulador, lleno de peligros y engaños para enriquecer a quien lo pronuncia y poner los intereses de la República en manos del enemigo. Por lo tanto, o ponéis fin a estas costumbres, o a nadie acuséis de vuestra mala situación sino a vosotros mismos.»

N O T A S

(1) Refiérese a los sátrapas de la costa del Helesponto, los cuales empezaban preparativos de guerra contra Filipo justamente alarmados por sus avances.

(2) Se alude a Hermías, uno de los agentes de Filipo en Asia, el cual fué detenido por orden de Artajerjes Ocos.

(3) Político venal, según Dídimo.

POR LA CORONA

El Decreto de Ctesifonte y la denuncia de Esquines.
— *Después de la derrota de Queronea, los atenienses estaban convencidos de que Filipo avanzaría directamente hacia ellos; se hallaban preparados para la lucha y para resistir el asedio. Habían sido tomadas diversas medidas, políticas y militares; primero bajo la iniciativa de Hipérides y de Demóstenes después, recién regresado del ejército este último; tales medidas consistían en lo siguiente: movilización de los ciudadanos hasta la edad de sesenta años; amnistía en favor de los desterrados y de las personas privadas de sus derechos civiles; proyecto de enrolamiento de metecos y de esclavos; reparación de las fortificaciones. La "paz de Demades" hizo muy pronto inútiles estos preparativos y dió una mayor influencia a los partidarios de Macedonia. Sin embargo, los adversarios de ésta siguieron conservando la dirección de los asuntos públicos. Al día siguiente de la paz, Demóstenes había sido elegido para pronunciar la oración fúnebre de los soldados muertos en campaña (a finales de octubre de 338). Algunos meses después, en tanto que Licurgo tomaba la dirección general de las finanzas atenienses, Demóstenes estuvo encargado de la administración del fondo de espectáculos. Pensando que la paz era precaria y no dispensaba de tomar las medidas que fueren necesarias para la mayor seguridad de Atenas, Demóstenes instó en junio de 337 la reparación de las fortificaciones; fué nombrada una Comisión de diez miembros, uno por cada tribu: estaría encargada de la vigilancia de las obras. Su tribu, la Paiania nombró a Demóstenes. Pero se dió el caso de que el crédito de*

cien talentos concedido para las obras fué insuficiente; entonces Demóstenes entregó cien minas de su propio bolsillo, para que las obras continuaran.

Apoyándose en este hecho, Ctesifonte propuso que le fueran concedidos a Demóstenes un elogio y una corona, no sólo por haber hecho ese donativo, sino también "porque todos sus discursos y todos sus actos miraban al mayor bien del pueblo ateniense". La proclamación debía tener efecto con ocasión de las Grandes Dionisiacas — aproximadamente en marzo de 336 —, cuando fueran representadas las "tragedias nuevas".

Esta proposición de Ctesifonte fué objeto de un informe favorable por el Consejo. Pero Esquines formuló ante la Asamblea una denuncia por ilegalidad, denuncia que suspendía los efectos del Decreto hasta que se viera el juicio. Tres eran los fundamentos de derecho invicados por Esquines: una ley que impedía recompensar a un magistrado sujeto a rendición de cuentas y que todavía no la hubiese efectuado — Demóstenes no había rendido cuentas como comisario en las fortificaciones ni como comisario en el teórico —; otra ley que vedaba su proclamación en el teatro; y finalmente, una tercera que prohibía introducir "actas falsas" en los archivos del Estado; si debía creerse a Esquines, el Decreto de Ctesifonte era "falso", porque en él mismo se declaraba buena una política que había sido desastrosa para el Estado. Desde luego, esto era una interpretación sofisticada, pero también era la única que permitía a Esquines someter a juicio toda la política de Demóstenes (en realidad éste era el meollo de la cuestión debatida con su denuncia). Así lo comprendió Demóstenes; y aun cuando Ctesifonte fuese el único acusado, nuestro orador, al contestar a Esquines, desempeñó el papel más importante en la defensa.

El proceso. — No obstante, el proceso no se vió ante los jueces hasta transcurridos seis años. Podríase suponer que la muerte de Filipo (ocurrída, por asesinato, en el verano de 336), y la agitación consiguiente en Grecia, hicieron pensar a Esquines que el momento era poco o nada favorable. Pero Esquines tampoco intervino cuando Demóstenes rindió sus cuentas por los dos cargos que había desempeñado. En todo caso, ninguna de las par-

tes — cuando se vió el proceso —, acusó a la otra de haber retrasado innecesariamente el proceso.

De todos modos, se ignora por qué razones el proceso no se vió hasta el verano del 330. La derrota de los espartanos en Megalópolis (octubre de 331) tal vez animara a los partidarios de Macedonia. Sin embargo, incluso en esta vana tentativa espartana y en el alejamiento de Alejandro, los adversarios de Macedonia hallaron motivos de acción: hacia principios de 330 tuvo efecto el proceso en donde Leócrates, acusado por Licurgo, únicamente había podido ser salvado por la división exacta de los votos. Los comentarios afirman que no es posible saber si consideraciones de política interior o circunstancias pasajeras hicieron creer a Esquines que la ocasión era buena para acabar con Demóstenes.

En todo caso, la fecha en que se efectuó el proceso puede ser determinada con algunas semanas de aproximación. Fué al principio del arcontado de Aristofón (que empezaba en junio de 330), poco antes de los Juegos Píticos (que se habrían celebrado en septiembre), cuando el resultado de la batalla de Arbeles era conocido, pero todavía se ignoraba la suerte de Darío (asesinado en julio). Fué, pues, en julio o agosto de 330 cuando se vió el proceso.

El asunto pertenecía a aquel grupo para el cual podía disponerse de una jornada entera. Demóstenes intervenía como defensor de Ctesifonte; pero siendo moralmente el verdadero acusado, es él quien en el fondo pleiteaba. En caso de veredicto favorable al acusador, tendrá efecto un segundo proceso, a fin de que los jueces pudieran escoger entonces la clase de pena que debería ser impuesta al acusado. Este segundo proceso no se celebró, pues Ctesifonte fué absuelto. Esquines no obtuvo el mínimo legal de los votos (la quinta parte); en semejante caso, el actor que sucumbiera venía castigado con una sanción de mil dracmas y una atimia parcial (o sea prohibición de intentar acciones de igual orden). La sanción pecuniaria era sin duda poca cosa para Esquines, mas la atimia le dejaba indefenso en presencia de sus adversarios. Por este motivo, y creyendo acabado su papel político, prefirió abandonar Atenas (la expresión "exilio" es impropia, y apócrifas las anécdotas que corren

acerca de este punto) y se estableció en Rodas y Samos, donde enseñó elocuencia.

La defensa y el discurso. — *Gracias a Aristóteles tenemos noticia clara del funcionamiento de un tribunal griego, y se puede calcular por aproximación de cuánto tiempo disponía cada parte para hacer uso de la palabra. De todo ello resulta que el discurso Por la Corona, sin tener en cuenta la deposición de Ctesifonte, que forzosamente debería ser corta, rebasó el tiempo legal de que podía disponer la defensa. Así, pues, los críticos opinan que fué arreglado con miras a su publicación.*

Es evidente que a Demóstenes no le bastaba con haber vencido a su adversario y haber rechazado su ataque. Dos políticas habíanse enfrentado, una vez más, en el curso del debate. Para asegurar el duradero triunfo de sus concepciones era necesario prolongar su efecto entre las masas y la opinión pública. Demóstenes debía publicar su discurso. Durante el largo período transcurrido entre la deposición de la denuncia y la vista, había tenido posibilidad de preparar su alegato y podido informarse sobre los principales puntos y medios invocados por Esquines. Pero en la audiencia se produjeron nuevas argumentaciones, y el discurso de Demóstenes señala un conocimiento demasiado preciso de ciertos detalles para que no pueda admitirse que ha sido después del proceso cuando su discurso fué escrito. Por otra parte las necesidades de la propaganda política imponían una llamada a ciertos desarrollos más generales, a discusiones más históricas que jurídicas, trazos todos que, sin ser excluidos de un alegato real, podían ser mayormente acusados en un discurso publicado.

Sin embargo, estos arreglos no debieron de alterar sensiblemente el carácter original del alegato. De la diversidad ofrecida por el discurso Por la Corona, no hay razón para concluir en la existencia de modificaciones profundas, ni sobre todo pretender hallar contradicciones en él. Desde el principio, el discurso fué esencialmente político; el mismo Esquines ponía a discusión el conjunto de la política demostina, y con ello había querido que también Demóstenes fuese juzgado. Es natural, pues, que el discurso Por la Corona sea, a la vez que una defensa jurídica, un discurso político.

Ese doble carácter se muestra en el tono, y sobre todo en los tonos, de Por la Corona. Tan pronto Demóstenes, según costumbre de los defensores, la emprende directamente contra su adversario, como le ataca con una extrema violencia así como a su familia; por su lado subraya su papel individual; tan pronto hace exposición de política general, como de polémicas contra anónimos; el orador se dirige menos a los jueces que al conjunto de los atenienses, y por encima de todos éstos, a la misma opinión griega. Los dos procedimientos quedan unidos uno al otro, a tal punto que a veces, en una misma exposición, Demóstenes se dirige a la vez a Esquines y al público.

El orador no podía dispensarse de responder a los motivos del derecho invocados por Esquines; pero lo hacía valientemente, y, como se dice, de una forma incompleta y accesoria. Tanto sobre la cuestión de la rendición de cuentas como sobre la de la proclamación en el teatro, su argumentación es débil y a veces hasta sofisticada. En realidad la proposición de Ctesifonte está conforme con las costumbres de su tiempo, pero en su forma era contraria a la letra de las leyes. Demóstenes no podía desde este punto de vista invocar precedentes para defenderla, algunos de los cuales no tenían relación directa con los debates. Si Demóstenes cita a veces el largo tiempo transcurrido entre los hechos incriminados y la fecha del proceso, no es para obtener algún argumento jurídico, sino un argumento moral: la prescripción tenía un valor muy limitado delante de los tribunales atenienses, y de todos modos este medio puramente jurídico hubiese sido muy mal visto por los jurados, pues les hubiera parecido que se quería limitar su soberanía.

El orador se abstiene asimismo de discutir el más débil de los argumentos de Esquines, es decir, aquel que invoca la "falsedad de los documentos". Y ello porque este argumento legal había permitido a Esquines someter a juicio la política de Demóstenes, lo que a éste le permitía igualmente trasladar el debate a su propio terreno, es decir, el de la política general. Desde entonces, dejando a un lado a Ctesifonte, Demóstenes pasa a ser el verdadero pleiteante. Presenta su defensa per-

sonal exponiendo sus actos y los verdaderos motivos; justifica su actitud desde 346 a 338, recordando su política de avisos y prevenciones, de vigilancia y acción, y rechaza toda responsabilidad en los acontecimientos que a pesar suyo sobrevinieron.

Pasando al contraataque, subraya las responsabilidades de Esquines y de sus aliados, hasta el punto de que los papeles están invertidos, es decir, que Esquines aparece como el verdadero acusado. El procedimiento es legítimo y usual en los procesos políticos. Pero éste es llevado a sus últimas consecuencias, de manera que transforma la defensa en un discurso político.

Demóstenes encuentra grandes ventajas en esta transposición. Los atenienses tenían muy poco espíritu jurídico y juzgaban más dictados por los sentimientos que por los textos. La Hélade estaba considerada como la delegación del pueblo soberano y como el equivalente de la Asamblea. Por esta táctica, Demóstenes solidarizaba a jueces y defensor y dejaba entender que la causa ya estaba juzgada de antemano. El veredicto probó que sus palabras eran ciertas.

Era, pues, a la vez útil para el orador y natural para los atenienses que el discurso Por la Corona expusiera, no sólo los actos políticos del orador, sino también los principios generales en que se había inspirado; muestra, pues, cuáles razones han dictado su actitud frente a los acontecimientos y frente a los poderes, ya materiales (Macedonia, Tebas), ya morales (Delfos). Su política fué panhelénica; sirvió a los intereses de los griegos, incluso a pesar de ellos. Pero sobre todo fué una política ateniense, conforme con la fe en las tradiciones, a los intereses y a la gloria de la ciudad; uníanse en ella el realismo y el idealismo: concordaban honor e intereses; esta política ha sido la mejor, por lo menos en el dominio de lo posible.

Es cuestión trivial e innecesaria discutir la sinceridad de Demóstenes; ésta por lo menos es probable, sobre todo visto que el orador se siente orgulloso incluso después de que los acontecimientos le han sido desfavorables.

Esta política no quiere aparecer como original: por prudencia y a fin de solidarizarse con su auditorio, De-

móstenes exagera incluso los precedentes. Su gran superioridad consiste en que su política ha sido activa y precisa, sobre todo si se la compara con la inexistencia de los planes de Esquines y de sus amigos. Isócrates, en lo llamamientos que dirigía al Rey de Macedonia, podía efectuar un juego inocente: por lo menos ofrecía un plan general. Esquines da la impresión de no haber contado más que con una generosidad unilateral y arbitraria de Filipo. Demóstenes ha querido que los atenienses tuvieran conciencia de que ellos formaban una nación, y que sacasen de ello consecuencias.

La disposición del discurso. — *El exordio da comienzo con una plegaria a los dioses, destinada esencialmente a justificar la intervención de Demóstenes y el plan que va a seguir (él declara que éste le es impuesto por las mismas acusaciones de Esquines; pero en realidad trastorna muy hábilmente el orden natural de las cuestiones).*

Pretendiendo entonces demostrar que los considerandos del Decreto de Ctesifonte son justificados y en manera alguna falsos, el orador expone todo cuanto se refiere a la paz del 364 y a sus consecuencias, se descarga de responsabilidad por estos acontecimientos y establece la de sus adversarios, particularmente la de Esquines.

Después de un corto desarrollo (53-59), en donde afirma que la cuestión principal jurídica no puede ser tratada más que tras de la cuestión de fondo, Demóstenes expone cuál ha sido su política desde 346 a 340, período de tregua o de guerra indirecta, y de guerra abierta entre Atenas y Macedonia más adelante (60-109).

Luego se presenta únicamente la discusión de las dos ilegalidades de forma que Esquines incriminaba en el Decreto (110-125). Como ya habían observado los antiguos oradores, Demóstenes, muy hábilmente, ha situado y disimulado la discusión del derecho, donde sentíase débil, en medio de la exposición política, que le era favorable. De hecho no invoca más que precedentes o recurre a analogías y distinciones forzadas.

Haciendo creer que ha terminado con el debate, introduce el desarrollo por el cual ataca (126-138) con extremada violencia a Esquines y a los suyos y vuelve contra su adversario la imputación de traición. Ese falso

epilogo disimula cuánto tiene de artificial la disposición del discurso y sirve de introducción a la nueva exposición histórica y política que seguirá.

Se presenta el asunto de Anfisa (139-159) como una traición consciente de Esquines y causa de la esclavitud de Grecia por Filipo.

Con el asunto de Anfisa, Demóstenes se trueca en acusador. Volviendo a su apología, justifica su actitud en la tercera guerra sagrada y particularmente en las relaciones con Tebas, que era lo que sus adversarios le reprochaban principalmente (160-198).

Justificando entonces el conjunto de su política (199-210), afirma el orador que era conforme a las tradiciones y al honor de Atenas, y que no representaba otra cosa que los sentimientos de sus compatriotas. Hay aquí el pasaje más célebre de Por la Corona, la llamada a todos aquellos que en el pasado han muerto por Atenas y por Grecia (207-208).

Exponiendo seguidamente y con mucha rapidez (211-226) el último periodo de la guerra, recuerda el orador lo que en ese momento obtuvo, es decir, no sólo la aprobación del pueblo, sino incluso, tácitamente, la aprobación del mismo Esquines.

Fomentando de nuevo su política general, muestra las ventajas de esto que ella ha proporcionado, los peligros suplementarios que ha aparentado y la opondrá a lo negativo de la política de sus adversarios (227-251).

Llegamos ahora a un punto neurálgico del discurso. Empieza con nuevos ataques personales y con un paralelismo entre la vida de sus oradores (252-284). De nuevo afirma Demóstenes que todo el pueblo ateniense ha sido siempre solidario de su política incluso después de la derrota, de la que no ha sido responsable (285-305). Oponiendo todavía su actitud a la de Esquines durante la guerra, y después de la paz de Demades, sigue afirmando que su política es la mejor y al mismo tiempo la más adaptada a las circunstancias, no sólo en el pasado, sino también en el porvenir (306-323).

Una peroración muy corta (324) acaba el discurso tal como ha empezado, es decir, con una oración a los dioses, concerniente ésta únicamente al interés general.

Los documentos apócrifos. — *En su discurso Por la Corona, Demóstenes manda que se lean un cierto número de documentos de diverso carácter: testimonios, decretos atenienses y extranjeros, correspondencia diplomática, obtenidos de los archivos. En la mayoría de los casos estos documentos han llegado hasta nosotros. De todos modos, presentan un carácter común: están insertos in extenso hasta la nota 187, omitiéndose en el resto del discurso.*

Estos documentos habían sido juzgados sospechosos por los eruditos de los siglos xvii y xviii. Hace más de cien años han sido reunidos por Droysen en Die Urkünden in der Demosthenischen Kranzede; y el carácter apócrifo de estos pretendidos documentos no puede ser puesto en duda a pesar de los esfuerzos realizados en sentido contrario.

SUMARIO DE LIBANIO. — Nuestro orador ha levantado para los atenienses una muralla más resistente y mejor que las fortificaciones ordinarias construidas por los brazos; su patriotismo y su elocuencia, como él mismo ha dicho: «No es con piedras ni ladrillos como he fortificado a Atenas pero sí con fuerzas importantes, las grandes alianzas, una del lado del mar y la otra de tierra.» Sin embargo, también ha dado al país concurso importante en la fortificación material. En efecto, estando las murallas de Atenas deterioradas en muchos puntos, se decidió que debían repararse y se eligieron diez hombres, uno de cada tribu, encargados solamente de la vigilancia; los gastos corrían a cargo del Estado. Nuestro orador fué uno de ellos; no limitó como los demás su servicio al solo cuidado y vigilancia; hizo realizar irreprochablemente el trabajo y contribuyó con su propio dinero al Estado. El Consejo le felicitó por este acto de devoción y recompensó su celo con una corona de oro, ya que los atenienses eran agradecidos con sus bienhechores. Fué Ctesifonte quien propuso coronar a Demóstenes con ocasión de las fiestas Dionisíacas, en el teatro de Dionisos, bajo la mirada de todos los griegos reunidos para estas fiestas, y hacer proclamar delante de ellos, por el heraldo, que el Estado acordaba dar una corona a Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, en razón de sus méritos y patriotismo. Desde todos los puntos de vista se trataba de un honor excepcional; así, pronto la envidia se cebó en él, y fué instada contra el Decreto una acción de ilegalidad. Esquines, enemigo de Demóstenes, intentó contra Ctesifonte un proceso de ilegalidad, diciendo que habiendo sido Demóstenes magistrado y no rendido sus cuentas, era responsable; que la Ley prohibía coronar a los magistrados responsables; por otra parte, invocó una ley en la que si el pueblo ateniense concede una corona, ésta debe ser proclamada por la Asamblea. Si hubiese sido el Consejo, en la sala del Consejo, y no en otra parte; no hacía falta más. Dijo también que el elogio concedido a Demóstenes era una mentira; que el orador no había realizado una buena política, que se había dejado corromper y sido causa de muchas desgracias para el Estado. He aquí el plan que se ha seguido.

Esquines, en su acusación, habla primeramente de la ley sobre los magistrados responsables, en segundo lugar de la ley sobre la proclamación, en tercer lugar de la cuestión política. Pide que Demóstenes observe también el mismo orden. Pero nuestro orador empieza por la cuestión política y llega al fin siguiendo así las reglas del arte; es necesario empezar y terminar por los argumentos más fuertes. Ha colocado en medio la cuestión de la legalidad; a la ley de los funcionarios responsables opone razonamientos; a la de las proclamaciones, otra ley o un fragmento de ley, la que dice que se acuerde la proclamación en el teatro si el pueblo o el Consejo así lo votan.

OTRO ARGUMENTO. — Los atenienses y los tebanos, en su guerra contra Filipo, fueron vencidos en Queronea, ciudad de Beocia. El macedonio, después de su victoria, puso una guarnición en Tebas y tuvo a la ciudad avasallada. Los atenienses, esperando que les ocurriera lo mismo y que el tirano rápidamente llegaría ante ellos, se preocuparon de reparar las fortificaciones que el tiempo había destruido; fueron designados comisarios de fortificaciones escogidos de cada tribu, y la tribu Paiania escogió para este servicio a nuestro orador. En el transcurso de los trabajos, necesitando más dinero del que había dado el Estado, nuestro orador lo puso del suyo, y en lugar de presentar la cuenta al Estado le hizo un regalo. Tomando esto como motivo un ciudadano, Ctesifonte, hizo al Consejo, a propósito de Demóstenes, la siguiente proposición: «Considerando que Demóstenes, hijo de Demóstenes, durante todo el curso de su vida muestra una gran devoción hacia el Estado; que ahora, en calidad de comisario de fortificaciones, y teniendo necesidad de dinero, ha pagado con el suyo y ha hecho con ello un regalo, por esos motivos, place al Consejo y al pueblo concederle una corona de oro en el teatro, cuando la representación de las «tragedias nuevas» (sin duda cuando la muchedumbre se reúne para asistir a un nuevo espectáculo). Habiendo sido sometida esta proposición al pueblo, Esquines se levantó para acusar a Ctesifonte, del cual era enemigo político; dijo que existían tres leyes contrarias a ese Decreto: una que prohibía coronar a un comisario responsable antes de que haya rendido cuentas; ahora bien, Demóstenes aun no las ha rendido como magistrado del fondo de los espectáculos y de las fortificaciones; la recompensa deberá esperar y quedar suspendida hasta que se le haya reconocido puro de todo reproche. En segundo lugar lee la ley que ordena coronar sobre el Pnyx, en la Asamblea, y critica a los ciudadanos que han aceptado que la corona de Demóstenes fuera proclamada en el teatro. La ley tercera comprende una investigación sobre toda la vida y la política de Demóstenes; prohíbe, en efecto, introducir documentos falsos en el Metroon, en donde se encuentran todos los archivos públicos. Ahora bien, dice él, Ctesifonte ha cometido una falta al afirmar la devoción y la actividad de Demóstenes; se comprueba más bien que ha sido hostil y malévolamente para la Patria. Pero

tomando esta ley, la tercera que utilizó como áncora de salvación, nuestro orador lanzó por los suelos a su adversario mediante un procedimiento muy hábil y temible para su acusador; ya que, con esto, pudo caer sobre su enemigo y abatirlo; en efecto, colocó las dos otras leyes en medio del discurso (sobre los magistrados responsables y sobre la proclamación) con una hábil estrategia «habiendo puesto los malos en medio»; utilizó en los extremos los argumentos más fuertes, sosteniendo a cada lado lo que otros tenían de vacilantes. Parece que organizó hábilmente su discurso y no mostró demasiada insolencia en su arte. Pareciendo que al principio pasa en silencio la cuestión de la legalidad, es de otro modo como trata este punto. Esquines había leído una ley acerca de los que introducen documentos falsos; en su respuesta nuestro orador encuentra ocasión de presentar su política, simulando tratar de la legalidad. Tal es el plan del discurso. El argumento más fuerte para Esquines es la legalidad; para nuestro orador, la justicia; para los dos, a título igual, la utilidad no es susceptible de una demostración evidente.

La denuncia había sido hecha cuando aún vivía Filipo; pero el discurso y el juicio datan de la época de Alejandro, su sucesor. En efecto, después de la muerte de Filipo, los tebanos, tomando valor de nuevo, expulsaron a la guarnición; Alejandro, juzgándose despreciado, destruyó a Tebas; después, arrepentido y lleno de vergüenza, dejó Grecia y marchó contra los bárbaros; los atenienses juzgaron que tenían una ocasión de hacer justicia con los traidores que habían perjudicado a Grecia, y el Tribunal se reunió.

«Ante todo, ¡oh atenienses!, ruego a todos los dioses y diosas que pueda contar en el curso de este proceso con tan buena voluntad de vuestra parte para conmigo como ha sido siempre la mía para con la ciudad y cada uno de vosotros; y después, que os inspiren en un principio que interesa sumamente a vuestra virtud y buena reputación, y es que no aceptéis la opinión del adversario acerca de cómo debéis oírme, pues esto sería realmente injusto, sino de las leyes y el juramento en cuyo texto, entre otras justas disposiciones, se estipula también que hay que escuchar imparcialmente a ambas partes. Esto significa, no sólo no tener ningún prejuicio y tratar a los dos con la misma benevolencia, sino asimismo permitir que cada uno de los adversarios siga en su defensa la disposición que haya elegido y adoptado.

»Muchas son las razones por las que en esta contienda me hallo en situación de inferioridad con respecto a Esquines, pero sobre todo hay dos, ¡oh atenienses!, que

tienen gran importancia: primero, que no ludo en igualdad de condiciones, porque no es lo mismo para mí perder ahora vuestro favor que para él no ganar la causa. Antes bien, yo... No quiero decir cosas desagradables al empezar mi oración, pero éste acusa sin riesgo alguno.

»Y segundo, la propensión, innata en todos los hombres, a oír de buena gana las injurias y acusaciones y molestarse contra los que se alaban a sí mismos. Pues bien, de estos dos, el papel agradable le ha tocado a él, y el que molesta a casi todo el mundo me ha quedado reservado a mí. Si para evitarlo omito lo que he hecho, parecerá que no puedo responder a las acusaciones ni demostrar por qué creo que merezco ser honrado; y si paso a mis actividades anteriores y la política que he seguido, me veré forzado a hablar muchas veces de mí. Intentaré pues, hacerlo con la máxima discreción posible; y si la misma naturaleza del discurso me obliga a decir algo, justo es que la culpa de ello recaiga sobre este que ha provocado un juicio semejante.

»Creo, ¡oh atenienses!, que todos vosotros reconoceréis que este proceso me afecta tanto a mí como a Ctesifonte, y que no requiere menor celo por mi parte. Porque toda pérdida es triste y dolorosa, sobre todo si le ocurre a uno por causa de un enemigo, pero más que ninguna la de vuestro favor y afecto, por lo mismo que al obtenerlos es el mayor bien. Y puesto que son ellos los que están en juego en el presente debate, pido y suplico a todos vosotros por igual que me oigáis defenderme de las acusaciones como es justo y ordenan las leyes; que Solón (1), el que las promulgó en un principio, persona bien dispuesta hacia vosotros y democrática, no creyó debieran tener tanta fuerza de tales únicamente mediante su texto, sino también en virtud del juramento prestado por los jueces; no porque desconfiase de vosotros, según creo, sino comprendiendo que no sería posible al acusado vencer las inculpaciones o calumnias que tanta fuerza dan al acusador, por ser el primero en hablar, si cada uno de vosotros, los jueces, no acogiese también favorablemente, obligado por el respeto divino, los alegatos del que habla el último, pudiendo así dictar su sentencia en la causa después de haber sido oyente desapasionado e imparcial de ambos contendientes.

Y ya que, al parecer, estoy a punto de dar cuenta de toda mi vida privada y política, quiero de nuevo invocar a los dioses y rogarles ante vosotros, primero, que encuentre tan buena voluntad como ha sido la mía para con la ciudad, y además, que os concedan a toños vosotros el juzgar en este proceso de manera provechosa para el honor nacional y la conciencia de cada uno.

»Si Esquines se hubiera limitado a exponer los motivos de su acusación, yo también habría comenzado por exponer los motivos de su acusación; pero como dedicó medio discurso a extenderse en digresiones y multitud de acusaciones calumniosas para mí, creo necesario y justo a un tiempo, ¡oh atenienses!, decir ante todo breves palabras sobre estos puntos, no sea que alguno de vosotros, influido por manifestaciones ajenas al proceso, escuche con prejuicios desfavorables mi defensa.

»Pues bien, en cuanto a todos sus dicitos y calumnias acerca de mi vida particular, ved qué sencillo y razonablemente me expreso. Si os consta que soy tal cual él me ha descrito en su diatriba — y a fe que no he vivido sino entre vosotros —, no escuchéis siquiera mi voz, por muy excelente que haya podido ser mi política anterior, antes bien, levantaos y concénadme ahora mismo. Pero si sabéis que soy mucho mejor e hijo de mejores que él (2) y os halláis convencidos y de acuerdo en que no somos yo ni los míos de peor condición que ningún ciudadano de tipo medio, por no decir otra cosa que pueña ofender, no creáis tampoco a éste en los demás extremos, pues es evidente que en todos habrá inventado de igual modo, y demostradme asimismo ahora la estimación con que me habéis honrado durante toña mi vida y en el curso de los muchos procesos de otras épocas. Eres muy inteligente, Esquines, pero en esto has estado muy inocente al pensar que yo iba a abandonar la defensa de mi política y administración para dedicarme a tus insultos. No, no haré tal; no soy tan estúpido. Lo que haré es examinar tus falsas imputaciones y calumnias acerca de mi vida pública; y en cuanto a ese tan abundante aluvión de improperios, me ocuparé en él más tarde si éstos me lo permiten.

»Muchos son, ciertamente, los delitos que me impu-

tan, y algunos los que la Ley sanciona con las más graves y duras penas; pero la elección de este causa precisamente revela afán de dañar a un enemigo, ofender, insultar y causar todos los males semejantes, pero denunciarme, si mi actuación le parecía merecedora de no permite a la ciudad, ni mucho menos, castigarme con la pena que merecería de ser ciertos los delitos de que se me ha acusado. Porque querer impedir que me presente ante el pueblo para hablar en público, aunque se haga por motivos de enemistad y envidia, eso no está bien, ¡por los dioses!, ni es justo ni democrático, ¡oh atenienses!, como lo sería recurrir, en el momento mismo del delito, a las penas que me impone la Ley si me hubiese visto cometer tales crímenes contra la ciudad y como los que ahora exponía tan teatralmente, y denuncia, haciéndome con ello comparecer ante vosotros en un juicio, o acusarme de ilegalidad si me hubiera visto proponer algo ilegal. Porque no es de suponer que quien se permite acusar a Ctesifonte para hacerme daño a mí, no me hubiese acusado directamente de haber sabido que iba a lograr mi condena. Y si me veía cometer contra vosotros algún delito de los que hace poco enumeraba calumniosamente, o cualquier otro no citado, para todos hay leyes, procesos y sentencias que traen consigo penas graves y duras y pudo usar de todos estos medios; y si a los ojos de todos se hubiera comportado de ese modo, empleando dichos procedimientos contra mí, estaría de acuerdo con la acusación su conducta pasada. Pero, al contrario, saliéndose de las vías rectas y legales, y después de no haber querido ponerme en evidencia recién ocurridos los acontecimientos, al cabo de tantos años nos declama su amasijo de inculpaciones, chocarrerías y vituperios (3). Además, me acusa a mí, pero procesa a éste; hace de su enemistad contra mí bandera del proceso, y mientras jamás se ha enfrentado conmigo para solventar nuestras diferencias, intenta ante todo el mundo privar a otro de sus derechos civiles. De modo, ¡oh atenienses!, que, aparte todos los demás argumentos que pueden aducirse en pro de Ctesifonte, hay uno que me parece de los más razonables, y es que lo decoroso sería que nosotros, frente a frente, nos ajustáramos las cuentas de

nuestra mutua animosidad y no que huyamos de luchar el uno contra el otro y busquemos un tercero a quien poder perjudicar; pues eso es ya el colmo de la injusticia.

»Esto bastaría para demostrar que todas sus acusaciones son igualmente contrarias a toda verdad y justicia; pero quiero examinarlas una por una, sobre todo cuantas calumnias me ha dirigido con motivo de la paz y la embajada, atribuyéndome a mí lo que él llevó a cabo junto con Filócrates. Es necesario, ¡oh atenienses!, y oportuno al mismo tiempo, recordar cuál era la situación en aquella época, para que consideréis cada hecho de acuerdo con las circunstancias que lo rodearon. Comenzada la guerra focense, y no por mi causa, pues entonces aún no me ocupaba yo en política, en primer lugar era tal vuestra disposición de ánimo, que deseabais que venciesen los focenses, a pesar de que os dabais cuenta de lo injusto de su causa y os regocijabais con cualquier mal que pudiera sucederle a los tebanos, irritados contra ellos no sin razón ni injustamente; ya que, después de su victoria de Leuctra, no procedieron con mesura. Además, el Peloponeso estaba dividido; ni los que odiaban a los lacedemonios (4) tenían fuerza suficiente para derrotarlos, ni los gobernantes que antes gobernaban gracias a ella eran ya dueños de los Estados; tanto en estos pueblos como en todos los demás imperaban la discordia, la confusión y el desorden (5). Filipo, que lo comprobaba, pues no era difícil observarlo, dió cónsero a los traidores de cada pueblo, y así, aprovechándose de los errores y falta de visión de los demás, hacía sus preparativos y se encumbraba por encima de todos. Pero cuando se hizo evidente para cualquiera que los tebanos, tan orgullosos entonces cuanto ahora infortunados, iban a verse, agotados por la longitud de la guerra, en la necesidad de recurrir a vosotros, Filipo, para que tal no sucediera ni se uniesen ambas ciudades, os ofreció la paz y a ellos auxilio.

»¿De qué se valió para encerraros en una trampa, por así decirlo, dejándoos contentos y engañados? En lo que se refiere a los demás griegos, lo que podemos llamar ruindad o ceguera, o las dos cosas a la vez; y

cuando vosotros hacíais una larga e ininterrumpida guerra, y, como los hechos lo han mostrado, en interés de todos, ellos no os ayudaron ni con su dinero ni con sus personas. Así, justa y lógicamente irritados contra ellos, habéis gustosamente escuchado a Filipo. Así pues, la paz que entonces se acordó se hizo por estos motivos y no por mi causa, como pretende este individuo; pero si se examina con toda justicia esta cuestión, resultarán responsables de la situación presente los crímenes y la venalidad de esta gente, una vez concluida aquélla. Preciso y expongo todo esto en interés de la verdad. Si, efectivamente, se juzga de una manera absoluta que ha habido falta en tales circunstancias, evidentemente nada de ello me concierne. Quien primero habló de la paz e hizo mención de ella fué el actor Aristodemo. Quien le siguió y redactó el proyecto de decreto y se vendió por esto, de acuerdo con este individuo, es Filócrates de Agnonte; tu cómplice, Esquines, no es el mío; quienes le han apoyado, por las razones que fueren (de momento dejo esto), son Eubulo y Kefisofón (6). Pero yo no he tomado parte en nada de eso. No obstante, siendo tales los hechos y su exposición de acuerdo con la estricta verdad, Esquines ha llegado a tal punto de impudicia que ha tenido valor para decir que era yo, al no estar contento de ser responsable de esa paz, quien había impedido a nuestro país el concluir un acuerdo con el Consejo común de los griegos. Y entonces, tú... ¿Qué podría decirse para llamarte por tu verdadero nombre? ¿Se ha dado una circunstancia en la cual, hallándome en tu presencia, al intentar yo privar al Estado de un acuerdo de esta clase que has expuesto, tú hayas mostrado indignación o hayas subido a la tribuna para exponer todo aquello de que ahora me acusas? Pues bien, si yo hubiera vencido a Filipo la posibilidad de impedir la unión de los griegos, te quedaba la posibilidad de gritar, protestar, exponer los hechos a los ciudadanos aquí reunidos. Ahora bien, jamás has hecho tal cosa, ni nadie ha oído semejantes frases. Es muy natural: no había entonces ninguna embajada nuestra a ningún Estado griego; desde hacía tiempo estaban todos descubiertos, y este individuo nada bueno dijo acerca de este punto.

»Por otra parte sus mentiras son un grave insulto para el Estado. En efecto, si al mismo tiempo que invitáis a los griegos para que hagan la guerra junto a vosotros enviáis separadamente embajadores para tratar de la paz con Filipo, esto sería obrar de la misma forma que Eurybate (7), es decir, no seguir una conducta digna de nuestro país ni de personas respetables. Pero esto no ha ocurrido; no, esto no ha ocurrido. ¿Cuáles hubieran sido vuestras intenciones al convocar a los griegos en tales circunstancias? ¿Hacer la paz? ¡Pero si todos gozaban ya de ella! ¿Hacer la guerra? ¡Pero si incluso vosotros deliberáis sobre la paz! Así pues, puede comprobarse que no he sido yo el instigador ni el responsable de la paz primitiva (8), y no se prueba que sea verdad ninguna de las cosas de que, mentirosamente, se me ha acusado.

»Examinemos, pues, la conducta que adoptó cada uno de nosotros dos cuando Atenas hubo concluido la paz. Después de esto sabréis quién sostenía a Filipo en el problema de la paz y quién obraba en interés vuestro y sólo buscaba ventajas para el Estado. Yo propuse, en mi calidad de consejero, que se embarcasen cuanto antes los embajadores en dirección al lugar en que supieran que se hallaba Filipo y que recibiesen allí su juramento. Pero éstos se negaron a hacerlo a pesar de mi proposición. ¿Cuál era la importancia de ésta, ¡oh atenienses! Os lo voy a indicar. A Filipo le interesaba que fuese lo más largo posible el intervalo entre los dos juramentos, y a vosotros tocó lo contrario. ¿Por qué? Porque vosotros, no ya desde el día en que jurasteis, sino desde que empezasteis a esperar que se firmaría la paz, suspendisteis todo preparativo de guerra, que era lo que él venía procurando con sumo interés durante todo el tiempo, porque pensaba, y con razón, que todo aquello que arrebataste a la ciudad antes de la prestación del juramento era presa segura, pues nadie iba a romper el tratado por tan poca cosa. Eso lo preveía y calculaba yo, ¡oh atenienses!, al redactar la proposición en que recomendaba marchar con rumbo al punto en que se hallase Filipo y tomarle lo antes posible juramento, mientras poseían aún los tracios, vuestros aliados, las plazas de que poco antes se bur-

laba ése (se refiere a Esquines), Serrión, Mitene y Ergiasce; así no se habría adelantado Filipo a tomar las posiciones más ventajosas para hacerse dueño de Tracia, ni habría adquirido tan gran cantidad de dinero y de soldados con los que podría lograr sin dificultad sus restantes objetivos.

»Ahora bien, Esquines no habla de ese Decreto; no lo manda leer. Pero sí, en tanto que miembro del Consejo, he creído necesario introducir a los embajadores delante del pueblo; soy por ello objeto de sus calumnias. Mas, ¿qué debo hacer? ¿Proponer que no introduzcan a las personas venidas precisamente para hablarlos? ¿O bien ordenar al administrador del teatro que no les reserve plazas? Si esta proposición hubiera sido hecha, ellos hubiesen asistido a la representación en la parte correspondiente a los dos óbolos. ¿Debiera haber protegido todos los pequeños intereses del Estado, después de haber vendido el conjunto, como han hecho esos hombres? Evidentemente no. Para leerlo, tomo este Decreto que Esquines, el cual lo conoce muy bien, ha pasado en silencio. (*Lee.*)

DECRETO

«Bajo el arcontado de Mnesifilo (9), el día treinta de Hecatombeón, ejerciendo la pritanía la tribu Pandionis, Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, ha propuesto: Considerando que Filipo, después de haber mandado embajadores a propósito de la paz, ha concluido una convención de acuerdo placentera al Consejo y al pueblo atenienses; a fin de que la paz votada en la primera asamblea llegue a ser definitiva, se escogerá a partir de ahora, de entre los atenienses, a cinco embajadores; los embajadores elegidos partirán sin retraso alguno en dirección al lugar donde sepan que mora Filipo, con la mayor rapidez posible cambiarán los juramentos con él según la convención de acuerdo hecha por él con el

pueblo ateniense, comprendidos los aliados de ambas partes. Como embajadores han sido designados: Eubulo de Anaflystos, Esquines de Cotokidai, Kefisofón de Rhamnonte, Demócrates de Pyla, Cleón de Cotokidai.»

»Al proponer yo esto, lo hacía en busca de mayor ventaja para el Estado y no para Filipo; pero esos excelentes embajadores se están en Macedonia inactivos durante tres meses enteros (10), hasta que regresó Filipo de Tracia después de haberlo conquistado todo, cuando les habría sido posible llegar al Helesponto en diez días, o tal vez en tres o cuatro, y salvar aquellos territorios recibiendo el juramento antes de que aquél los hubiera conquistado. Pues no los habría atacado estando allí presentes nosotros, o bien no le habríamos admitido el juramento, de modo que no hubiera logrado la paz ni conseguido ambas cosas: la paz y los territorios.

»Ése fué, pues, en el asunto de la embajada, el primer robo de Filipo y el primer acto de venalidad de esos criminales. Reconozco que entonces, ahora y siempre he hecho la guerra a esto y estoy en desacuerdo con ellos. Pero observad la nueva bribonada que inmediatamente siguió y que todavía fué mayor que las otras. Cuando Filipo juró la paz después de haberse apoderado de la Tracia, gracias a esas personas que no habían obedecido a mi Decreto, todavía consiguió entre ellos el modo de impedir que partiéramos de Macedonia en tanto que él preparaba su expedición contra la Fócida, y ello para evitar que si nosotros anunciáramos aquí que iba a hacer avanzar su ejército y preparaba esta expedición, no le saliese al paso vosotros y, llegando con una flota a las Termópilas, como en otro tiempo hicisteis (11), barrieseis la región; trató, al contrario, de que en el momento mismo en que escuchaseis nuestra relación, hubiese franqueado ya las Termópilas y nada pudieseis hacer entonces vosotros. Pero Filipo sentíase muy angustiado por el temor de que, incluso una vez hubiera él adquirido esas ventajas, se le malograra el asunto si sostuvierais vosotros una expedición antes de la derrota de los focenses; en consecuencia tomó a su servicio a este repugnante individuo, ya no de acuerdo

con los demás embajadores, sino personal y aisladamente, a fin de que os dijera y os comunicase lo que ha sido causa del desastre total. Os ruego, ¡oh atenienses!, y os suplico, que os acordéis de que, si Esquines no hubiera presentado ninguna acusación extraña a su denuncia (12), yo no hubiese hecho ninguna explicación extraña a la cuestión; pero que puesto que él ha utilizado a la vez todas las críticas y todas las calumnias, me veo forzado a responder también con unas pocas palabras a cada una de sus acusaciones. ¿Cuáles fueron entonces los discursos pronunciados por éste, causa de que todo se perdiera? Que no había que alborotarse porque Filipo se hubiera presentado aquende las Termópilas, porque tendríais cuanto quisieseis con tal de conservar la calma, y que dos o tres días más tarde podríais decir que había hecho amistad con aquellos contra los que marchaba en son de guerra (los focenses) y, al contrario, enemistado con sus amigos de entonces (los tebanos). Añadió con muy solemnes sentencias que no son las palabras las que dan firmeza a las alianzas, sino la comunidad de intereses, y a Filipo, los focenses y vosotros os interesaba, a todos por igual, veros libres de la insolencia y orgullo intolerables de los tebanos. Algunos oían con gusto estas palabras, por la animadversión existente entonces contra este último pueblo. Pero, ¿qué sucedió en seguida, no mucho tiempo después de tales hechos? Que los focenses sucumbieron y sus ciudades fueron arrasadas; que vosotros, inactivos por consejo de éste, hubisteis de evacuar (13) poco después los campos; que este individuo recibió dinero en pago. Y que además la ciudad se granjeó la hostilidad de tebanos y tesalios, mientras él obtenía de Filipo el agradecimiento por su actuación. Para mostrar que ello es así, léaseme el Decreto de Calístenes (14) y la carta de Filipo, ya que ambos documentos os harán evidente esto. (*Lee.*)

DECRETO

«Bajo el arcontado de Mnesífilo, asamblea extraordinaria convocada por los estrategos

bajo aviso de los pritanos y del Consejo, el día 20 de Maimacterión. Proposición de Calistenes de Falera, hijo de Eteónicos: Ningún ateniense, bajo ningún pretexto, dormirá en el campo, sino en la ciudad y en el Pireo, salvo aquellos que han sido destacados en las fortalezas; cada uno de ellos conservará la posición que le ha sido asignada, sin abandonarla ni de noche ni de día. Quien desobedezca el presente decreto incurrirá en la pena prevista para la traición, a menos que pruebe haya sido debido a un caso de fuerza mayor; de esta fuerza mayor serán jueces el estratego de los hoplitas, el director de la administración y el secretario del Consejo. Lo más pronto posible se recogerá todo lo que haya en el campo a una distancia de 120 estadios y se almacenará en la ciudad o en el Pireo, más allá de 120 estadios de Eleusis, File, Afidna, Rhamnonte y Sunión. Proposición de Calistenes de File-ra (14).»

»¿Y con estas esperanzas hacíais la paz, o bien era esto lo que os prometía este asalariado?

»Lee, pues, la carta que nos remitió Filipo después de esto:

CARTA

«Filipo, rey de Macedonia, al Consejo y al pueblo atenienses, salud. Sabed que hemos avanzado más allá de las Termópilas y hemos sometido la Fócida; que hemos puesto guarnición en las ciudades que se han unido a nosotros voluntariamente; las que no han obedecido han sido conquistadas a la fuerza, esclavizadas y arrasadas. Sabiendo que os preparáis para llevarles socorro, os escribo para que no os sorprendáis a propósito de esto; pues me parece que en el orden de la política general vosotros no hacéis nada de lo que es conve-

niente después de haber concluído con Nos la paz, haciendo salir tropas contra Nos, y esto después de que los focenses no han sido comprendidos en nuestro común acuerdo. Así pues, si no respetáis la convención, nada ganaréis con ello, sino sufrir los primeros daños.»

»Comprendéis cómo, en la carta que os ha dirigido, muestra él, clara y distintamente, corrigiéndose a sus aliados: «Yo he obrado así a pesar de la oposición y el malhumor de los atenienses; así pues, tebanos y tesalios, si sois razonables, veréis en ellos a los enemigos y tendréis confianza en mí.» No escribe en estos términos, pero esto es lo que quiere indicar. A continuación de esto partió después de haberles subyugado hasta tal punto que ellos no lo preveían ni se daban absolutamente cuenta del porvenir y le han dejado apoderarse de esto; a consecuencia de lo cual esos desgraciados están presos en sus presentes calamidades. Ahora bien, su cómplice y aliado, a fin de obtener confianza, éste que ha hecho aquí una relación falsa y ha abusado de vosotros, este individuo, es quien gime ahora por los sufrimientos de los tebanos, quien expone cuán dignos de lástima son, cuando él mismo es responsable de todo esto y de las desgracias de la Fócida y de todo cuanto los griegos han sufrido. Evidentemente eres tú quien sufres por todo lo que ha ocurrido. Esquines, tú que experimentas piedad por los tebanos, tú que posees propiedades (16) en Beocia y haces cultivar las tierras por los tebanos; y soy yo quien me alegro de esto, yo, cuya extradición ha sido inmediatamente pedida por el autor de esos actos.

»Pero yo me he dejado arrastrar a una ampliación que tal vez sea mejor hacer dentro de un momento. Retorno, pues, a mi demostración de que los crímenes de estas personas son los que fueron causa de la situación presente.

»Después de que fuisteis engañados por Filipo, gracias a estas personas que durante sus embajadas se habían puesto a su servicio y no habían hecho otra cosa que daros mentirosas relaciones, ¿qué ocurrió luego que los desgraciados focenses hubieron sido engañados

y destruidas sus ciudades? Los desagradables tesalios y los estúpidos tebanos veían en Filipo a un amigo, un bienhechor, un salvador; para ellos Filipo lo era todo; si uno quería decir otra cosa, ellos ni tan siquiera le escuchaban una palabra. Y a pesar de todo, vosotros, que observabais con desconfianza e irritación lo que estaba ocurriendo, guardabais la paz, pues otra cosa no podíais hacer. Y los demás griegos, tan molestos como vosotros, cuyas esperanzas habían sido defraudadas, estaban contentos con observar la paz en el mismo momento en que ellos hacía ya cierto tiempo que sentíanse en cierto aspecto atacados.

»En efecto, en el momento en que Filipo lo recorría todo y sometía a los ilirios y los tribalios (17), y también a ciertos griegos, cuando reunía bajo su mando a muchos ejércitos, cuando desde las ciudades griegas muchas personas iban allá abajo gracias a la libertad dada por la paz, y se dejaban corromper (y este individuo era uno de ellos), todos estos individuos contra quienes Filipo hacía tales preparativos fueron atacados entonces. Si ellos no se daban cuenta de esto, es un problema que no me concierne.

»Yo, por mi parte, predecía y protestaba continuamente, tanto ante vosotros (*Segunda y Tercera Filípicas, Sobre el Quersoneso*) como en todas partes a donde era enviado (al Peloponeso, en los años 344 y 342); pero en las ciudades el mal hacía estragos, pues mientras los unos se dejaban corromper y sobornar con dinero en su actuación política, los particulares y el pueblo no prevenían nada; además estaban encandilados por el bienestar y la tranquilidad de su vida diaria, y todos en común se hallaban en tal estado de ánimo que cada cual, aunque persuadidos de que la catástrofe vendría, se imaginaba que a él no llegaría a alcanzarle y que, entre los sufrimientos de los demás, sus asuntos seguirían marchando perfectamente y conforme a su deseo. Mas después ocurrió, según creo, que los pueblos perdieron su libertad en pago de aquella incuria tan grande e inoportuna, y los políticos, que creían poder vender a todos menos a sí mismos, comprobaron que habían sido las primeras víctimas de su propia traición; porque en vez de los títulos de amigos y huéspedes que

antes recibían, hoy se oyen llamar aculadores, impíos y otros calificativos que les cuadran. Y es que nadie, ¡oh atenienses!, paga dinero al traidor buscando la conveniencia de éste, ni, una vez dueño de lo comprado, recurre ya al traidor como consejero en lo sucesivo: porque si así fuera, no habría persona más afortunada que el traidor. Pero no es así. ¿De dónde? ¡Ni mucho menos! Al contrario, cuando el que intenta dominar se ha adueñado de la situación y con ella también de quien le ha facilitado el dominio, entonces es cuando le odia, desconfía de él y le desprecia, porque conoce su perversidad. Y ved. Porque, aunque haya pasado ya el momento de obrar, siempre es ocasión oportuna para que los sensatos aprendan esta clase de ejemplos. A Lástenes (18) se le llamó amigo hasta que entregó Olinto. A Timolao, hasta que perdió a Tebas. A Simo el lariseo, hasta que puso Tesalia a los pies de Filipo. Pero después el mundo entero está lleno de desterrados, ultrajados y gente que no hay mal que no tenga que soportar. ¿Qué pasó con Arítrato en Sición, qué con Perilo en Megara? ¿No están por tierra? Todos estos casos demuestran con entera claridad que el ciudadano que más celo despliegue en la defensa de su Patria y más se oponga a esta gente, ése es quien os proporciona oportunidades a vosotros, Esquines, los traidores y mercenarios; si estáis sanos y salvos y asalariados, es gracias a la mayoría de estos aquí presentes (19) y a quienes combaten vuestros designios, pues si por vosotros fuera, hace ya tiempo que estaríais perdidos.

»Aunque podría decir mucho todavía acerca de los acontecimientos de entonces, creo que he hablado ya incluso más de la cuenta acerca de ellos. Y el culpable es éste, que ha vertido sobre mí una especie de rociada de sus propias maldades y perfidias, de la que estaba obligado a defenderme ante los más jóvenes que aquellos sucesos.

»Pero quizá os estáis aburriendo los que ya conocíais, antes de que yo dijera nada, las actividades mercenarias desarrolladas entonces por éste. Él las llama, empero, amistad y hospitalidad, y hace un momento decía, si mal no recuerdo, en su discurso, *el que me echa en cara la amistad de Alejandro...* ¿Yo reprocharte

a ti la amistad de Alejandro? ¿Dónde la has conseguido, y con qué títulos? Jamás te llamaré huésped de Filipo ni amigo de Alejandro, no soy tan necio; a no ser que se deba llamar amigos y huéspedes de sus patronos a los segadores o a los que hacen cualquier cosa a jornal. Lo que te llamo es mercenario, de Filipo antes, y de Alejandro ahora, y como yo todos éstos. Si no lo crees, pregúntales, o mejor, yo lo haré por ti. ¿Qué os parece, ¡oh atenienses!? ¿Esquines es mercenario o huésped?

»Ya oyes lo que dicen.

»Quiero justificarme ahora a propósito de los hechos mismos de la denuncia y poner de relieve mis propios actos, a fin de que Esquines, aun cuando lo sepa, comprenda por qué afirmo aún que merezco y debo obtener las recompensas previstas en el proyecto del Consejo y hasta otras mucho mayores. Toma y lee el texto mismo de la denuncia.

TEXTO DE LA DENUNCIA

«Bajo el arcontado de Cahrondas (20), el G de Elafebolión, Esquines de Cotokiçai, hijo de Atrometos, ha cursado ante el arconte una denuncia de ilegalidad contra Ctesifonte de Anaflistos, hijo de Leóstenes, a causa de haber propuesto un decreto ilegal, ya que mediante él hacía conceder una corona de oro a Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, por razón de sus méritos y del interés que no cesa de manifestar para todos los griegos y para el pueblo ateniense, a causa de su valor, y daño que sin cesar obra y habla para mayor bien del pueblo y pone toda toda su actividad en hacer todo el bien que le es posible; afirmaciones mentirosas e ilegales todas, ya que las leyes prohíben, primeramente, introducir falsedades en los actos públicos; luego, coronar al ciudadano sometido a rendición de cuentas (pues Demóstenes es comisario en las fortifica-

ciones y está propuesto para los fondos de los espectáculos) y porque, por otra parte, las leyes ordenan que la corona se proclame, no en el teatro cuando tengan efecto las Dionisiacas, durante la representación de nuevas tragedias, sino, caso de que la corona sea concedida por el Consejo, en la Sala del Consejo, y si es concedida por el Estado, en la Asamblea. Pena propuesta: 50 talentos de multa. Testigos instrumentales: Quefisofonte de Ramonte, hijo de Quefisofonte; Cleón de Cotokidai, hijo de Cleón.»

»Tales son, atenienses, las cosas que persiguen con su decreto. Por mi parte creo que mi defensa será completamente justa; pues adoptaré el mismo orden que el de la denuncia, a fin de poder hablaros sucesivamente de cada punto, y así no omitiré a conciencia nada. Por haber escrito que yo, incesantemente hablo y actúo para mayor bien del pueblo y que pongo toda mi actividad en hacer cuanto bien me es posible y concederme un elogio por este motivo, es en mis actos políticos donde se encuentra el medio de juzgar sobre ello, y es mediante su examen como se hallará si Ctesifonte, al escribir a propósito de mí, ha dicho lo conveniente o ha mentido. En lo que se refiere a no haber añadido coronar *cuando él haya rendido cuentas* y haber ordenado que la corona se proclamara en el teatro, pretendo que esto también se refiere a mi conducta política, ya sea que merezca la corona y la proclamación ante los ciudadanos aquí reunidos, ya sea en el caso contrario; sin embargo, me parece que tengo que mostrar también (21) las leyes que permitían a Ctesifonte hacer esa proposición. De esta manera justa y sencilla, ¡oh atenienses!, he decidido presentar la defensa. Voy a referirme a mi misma conducta. Y que nañe vaya a creer que mi discurso se aparta de la acusación si me ocupo en acciones y discursos referentes a los asuntos de Grecia. Pues él es quien, en el Decreto, ataca la afirmación según la cual hablo y actúo con el mejor deseo; quien ha escrito que esto no es verdad es quien ha hecho necesarios y unido a la acusación los alegatos concernien-

tes al conjunto de mi política. Y además, existiendo diversos métodos en política, he escogido aquel que mejor interesa a los asuntos de Grecia, de manera que tengo el derecho de recurrir a éste para mi demostración.

»Dejaré lo que Filipo había conquistado antes de que yo actuara en política o hablase en público, porque tampoco creo que tenga que ver conmigo nada de aquello. Voy, pues, a citar y dar cuenta de sus fracasos a partir del día en que comenzó mi actuación, pero no sin decir antes breves palabras.

»Filipo tenía a su favor, ¡oh atenienses!, una ventaja. En efecto, invadió por entonces los pueblos de Grecia, pero no algunos, sino absolutamente todos, una plaga de hombres traidores, venales e impíos como nadie recuerda haber visto otra jamás. Filipo los tomó en calidad de aliados y auxiliares, y empeoró aún más la situación de los helenos, que ya antes se hallaban mal avenidos y en mutuo desacuerdo; a unos les engañaba, a otros les prometía, a otros les seducía por todos los medios, y de ese modo los iba dividiendo en muchas fracciones, cuando hubiese sido una sola la conveniencia de todos: el impedirle que se engrandeciera.

»Cuando todos los griegos se encontraban en tal estado e ignoraban aún el peligro que se fraguaba y crecía, precisa considerar, ¡oh atenienses!, qué norma de conducta y actuación debió haber elegido la ciudad y tomarme cuenta de aquellos hechos a mí, pues fui yo quien adoptó esa actitud política.

»¿Hubiera sido necesario acaso, Esquines, que nuestro país renunciara a nuestra dignidad y merecimientos, ayudar a Filipo, en las filas de los tesalos y dólopes, a conquistar la hegemonía de los helenos y anular así las hazañas y derechos de nuestros antepasados? ¿O no obrar así, porque sería verdaderamente innoble, pero sí contemplar con indiferencia lo que suponíamos que, si nadie lo estorbaba, ocurriría fatalmente, y lo que, según parece, estaba previsto desde largo tiempo atrás? Pues bien, aun ahora me gustaría preguntar a quien más acerbamente censure al pasado, en qué bando habría preferido ver figurar a la ciudad: ¿en el de los cómplices de las desgracias y vergüenzas que recayeron sobre los helenos, entre los que citaríamos a los tesalos

y sus secuaces, o en el de los que toleraron aquellos sucesos por esperar ventajas propias, entre los que podríamos citar a los arcadios, mesenios y argivos? Y sin embargo, muchos de éstos, o mejor dicho, todos han salido del trance peor que nosotros. En efecto, si, una vez vencedor (22), Filipo se hubiese retirado en seguida y mantenídose en paz en lo sucesivo, sin dañar a ninguno de sus propios aliados ni de los demás helenos, habría algún motivo para reprochar y acusar a los que se opusieron a sus actividades. Pero si los privó a todos por igual de dignidad, poder y libertad, y, lo que es más, también de su forma de gobierno en cuantos casos pudo, ¿cómo no reconocer que fuisteis vosotros los que adoptasteis la más honrosa resolución de todas al seguir mi consejo?

»Pero volvamos a aquella época. ¿Cuál era, Esquines, el deber de la ciudad, que veía cómo Filipo aspiraba al mando y tiranía de los helenos? ¿Y qué era lo que tenía que decir y proponer un consejero, un ateniense — punto éste de máxima importancia —, que sabía que desde el origen de los tiempos hasta el día en que yo subí a la tribuna mi patria había luchado siempre por la supremacía, el honor y la gloria y había sacrificado más dinero y hombres por amor propio o en aras del bien común que cada uno de los demás griegos en defensa de sus propios intereses; y que veía al propio Filipo, contra quien luchábamos, con un ojo vaciado, la clavícula rota, una mano y una pierna lisiadas (23), perdiendo gustoso, en su lucha por el poder y la hegemonía, cualquiera de sus miembros que quisiera la suerte arrebatarse, con tal de vivir honorable y gloriosamente con el resto de su cuerpo? Y no creo que nadie se atreva a decir que era natural que se ciese en un hombre criado en Pela, lugar, entonces al menos, oscuro y pequeño, tal grandeza de ánimo como para aspirar a la hegemonía helénica y trazar planes acerca de aquella, ni en vosotros, atenienses, a quienes discursos y monumentos atestiguan todos los días la virtud de vuestros antepasados, tal degradación que voluntariamente y sin resistencia hubieseis hecho entrega de vuestra libertad a Filipo. Nadie podría decirlo así.

»No quedaba, pues, más solución, y era a la vez ne-

cesario, que defenderos con justicia ante todos los actos con que aquél os perjudicaba. Es lo que hacíais desde el primer momento, según la razón y el deber; a esto yo también contribuía mediante mis consejos y mis proposiciones en el tiempo en que yo actuaba en la política, lo reconozco. Pero, ¿qué podía hacer yo? Te pongo ahora esta cuestión, dejando de lado todo lo demás. Anfípolis, Pidna, Poticea, Haloneso (24); nada de esto recuerdo. Serrión, Doriscos, el saqueo de Peparetos (25), todas las injusticias sufridas por nuestro país; tampoco sé si han llegado a suceder. Y sin embargo, has pretendido que hablando de esto yo había sembrado el ocio entre los ciudadanos aquí reunidos cuando los decretos sobre estas cuestiones son de Eubulo, de Aristofón, de Diópites, ¡no míos! ¡Oh, hombre que fácilmente cices cuanto quieres! Sin embargo, incluso tampoco hablaré de esto. Pero ese hombre de allá, que se apropió Eubea y ha hecho de ella base de operaciones contra Atica, que probaba una tentativa sobre Megara, que se apoderaba de Oreos, que destruía Portmos, que establecía como tirano a Oreos y Filístedes, y en Eretria a Clítarcos, que sometía el Helesponto a su poder, que asediaba a Bizancio, que aniquilaba ciertas ciudades griegas, que reunía a los proscritos en otras, ¿violaba la justicia y los tratados, rompía la paz, sí o no, al hacer esto? ¿Era necesario, sí o no, que surgiera algún griego que le impidiera realizar eso? Si no hacía falta, si era necesario ver a Grecia convertirse, como se dice, en presa de los mesenios, cuando los atenienses vivían y existían, al hablar de esto me habré mezclado en cosas que no me concernían: nuestro pueblo, que me ha escuchado, se mezclaba en lo que no le concierne; que todo lo que se ha realizado, ya sean crímenes y faltas, me sea imputado. Pero si es preciso que alguien aparezca a fin de impedir tales cosas, ¿quién es necesario que sea éste sino el pueblo ateniense? He aquí, pues, la política que yo hacía; viendo cómo ese hombre buscaba esclavizar al mundo entero, me oponía y no cesaba de advertiros y aconsejaros que nos os abandonaseis a él. Y he aquí que ha sido Filipo quien ha roto la paz apresando nuestros barcos (26), no nuestro país, Esquines. (*Al escribirlo.*) Tráete los mismos decretos y la carta de Filipo y

léelos seguidamente. Ellos muestran claramente lo ocurrido y quién es responsable de ello.

DECRETO

«Bajo el arcontado de Neoples, en el mes de Beodromión. Asamblea extraordinaria convocada por los estrategos; proposición de Eubulo de Copros, hijo de Mnesiteos: Considerando que los estrategos han explicado a la Asamblea que el novarca Laodamas y los veinte barcos mandados con él para conducir el trigo al Helesponto fueron llevados a Macedonia por el estratego Aminthas, enviado por Filipo y retenidos por él, los pritanos y los estrategos tomaron medidas para que el Consejo se reuniese y fueran designados los embajadores para ir al encuentro de Filipo. Éstos, a su llegada, se entrevistaron con Filipo, a fin de que pusiera en libertad a los barcos y soldados. Si Aminthas ha realizado esto por ignorancia, dirán ellos que el pueblo no le guarda ningún rencor; si han sorprendido a Laodamas cometiendo un error contrario a sus instrucciones, ellos dirán que los atenienses, después de una investigación, infligirán a éste una sanción proporcionada a su negligencia; si nada hay y sólo se trata de un desconocimiento del derecho, cometido a título personal, por el que ha ordenado la expedición o por quien la ha efectuado, ellos hablarán asimismo a fin de que el pueblo se dé cuenta y delibere sobre lo que es necesario efectuar.»

»Este Decreto ha sido redactado por Eubulo, no por mí; el siguiente, por Aristofón; luego fué Hegesipo; después, otra vez, Aristofón; más tarde, Filócrates; posteriormente, Kepisofón; luego, todos. Mío nada hay sobre esta cuestión. (*Lee.*)

DECRETOS

«Bajo el arcontado de Neocles, el 30 de Boedromión, según opinión del Consejo, los pritanos y los estrategos han puesto a deliberación las decisiones que ellos traen de la Asamblea, a saber, que el pueblo ha decidido elegir a los embajadores que deben enviarse a Filipo, a fin de recuperar los barcos, y darles instrucciones conformes con los Decretos de la Asamblea. Han sido designados: Kepisofón de Anaflistos, hijo de Cleón; Demócritos de Anagironte, hijo de Demofón; Policritos de Cotokidai, hijo de Apemantos, pritanio de la tribu Hipotóntide. Proposición del proedra Aristofón de Colitos.»

»De la misma manera que nuestro estos Decretos, enseña tú también, Esquines, qué Decreto he propuesto que me haga responsable de la guerra. Tú no podrás; ya que he aquí que ni Filipo mismo me acusa de la guerra, en tanto que acusa a otros. Lee la misma carta de Filipo.

CARTA

«Filipo (27) Rey de Macedonia, al Consejo y al pueblo ateniense, salud. Vuestros embajadores, Kepisofón, Demócritos y Policritos se me han presentado y me han pedido que yo dejara en libertad a los barcos en los que Leodamas estaba embarcado. En conjunto me parecéis muy simples si creéis que ignoro que estos barcos han sido mandados bajo pretexto de enviar trigo desde el Helesponto a Lebnos, pero en realidad han sido enviados para socorrer a Selindria, a la que estoy asediando y que no está comprendida en el Tratado de amistad concluido entre nosotros. Estas instrucciones han sido dadas al convoy sin el consentimiento

del pueblo ateniense, por ciertos magistrados y otras personas que, aunque actualmente son simples particulares, quieren por todos los medios que el pueblo abandone la amistad que tiene conmigo y recomience la guerra y se esfuerzan en realizar esto más que en socorrer a Selindria. Se figuran que tales actos redundarán en provecho para ellos. Por mi parte creo que esto no está en vuestro interés ni en el mío. Por lo cual dejo en libertad a vuestro favor los barcos retenidos por nosotros; y en adelante, si queréis prohibir a vuestros cónsules que hagan una política malevolente y si los castigáis, también me esforzaré en conservar la paz. Sed felices.»

»Ni aquí ni en parte alguna está escrito el nombre de Demóstenes, ni hay ninguna imputación contra mí. ¿Por qué, pues, mientras habla de otros, no menciona él lo que yo haya realizado? Porque habría mencionado sus propios errores si hubiera escrito alguna cosa respecto a mí: ya que ha sido a ellos a quienes me he opuesto y atacado. Primeramente propuse la embajada enviada al Peloponeso (28), cuando por primera vez él estaba infiltrándose. Después la de Eubea, cuando Filipo la atacaba: luego la expedición de Oreos (no va una embajada) y la de Eretria, cuando instituyó tiranos en estas ciudades. Luego he mandado enviar todas las expediciones que han salvado al Quersoneso, a Bizancio y a todos los aliados. Esto os reportaba a vosotros cuanto hay de más bello: elogios, gloria, honores, coronas y el reconocimiento de quienes salían beneficiados; y para aquellas víctimas que entonces os escucharon, resultó ser su salvación; para quienes no os hicieron caso, el frecuente recuerdo de lo que habíais predicho y el pensamiento de que vosotros, no sólo os habíais sacrificado por ellos, sino que os habíais manifestado como hombres inteligentes y adivinos, ya que todo cuanto habíais predicho ha ocurrido.

»Por otra parte, si Filistedes dió mucho dinero para conservar Oreos. Clitarkos dió también mucho para conservar Eretria. Filipo lo ha entregado abundante asimis-

mo a fin de disponer de estos lugares contra vosotros, para no ser denunciado por el resto de sus actos y para que nadie examinara en ninguna ocasión sus acciones injustas; ésa es cosa que nadie ignora, y tú menos que nadie. Ya que los embajadores de Clitarkos y de Filistedes, a su llegada aquí, se hospedaron en tu casa, Esquines, y los trataste muy bien. El Estado, que los miraba como a enemigos que no hablan más que de cosas injustas y sin interés, los expulsó; pero ellos eran tus amigos. Así pues, nada ha sido hecho de lo que tú dices, hombre que me calumnias y pretendes que me calle cuando recibo dinero y que grite cuando lo gasto (29). Esto no es lo que haces: gritas cuando tienes dinero y jamás te detendrás a menos que los jueces aquí presentes lo hagan. En semejante ocasión me concedisteis una corona: Aristónicos utilizó en su Decreto los mismos términos que Ctesifonte, aquí presente, en el Decreto del cual ahora se está hablando; la corona fué proclamada en el teatro; la décima proclamación de que yo era objeto; y Esquines, que estaba presente, no protestó ni citó ante la justicia al autor de la proposición. (*A! escribano.*) Toma además, a fin de leerlo, este Decreto:

DECRETO

«Bajo el arcontado de Cairondas, hijo de Hegemenon, el 25 de Gamelión, teniendo la pritanía la tribu Leontis, proposición de Aristónico de Phrarrhoi: Considerando que Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, ha rendido muy buenos servicios al pueblo ateniense, por sus decretos en otros tiempos y en las circunstancias presentes, ha llevado socorro a nuestros aliados, ha libertado a ciertas ciudades de Eubea; que tiene una devoción incesante por el pueblo ateniense; que habla y actúa tanto como puede para el bien de los mismos atenienses y de los otros griegos, place al Consejo y al Pueblo atenienses conceder a Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, un elogio y una corona

de oro y hacer proclamar la corona en el teatro cuando las Dionisiacas, en el momento de la representación de las nuevas tragedias. La proclamación de la corona será hecha bajo el cuidado de la tribu Protania y de la Agonotete. Proposición de Aristónico de Phorrhoi.»

»¿Hay entre vosotros alguien que observe en este Decreto una vergüenza, una burla o un ridículo inferido al Estado? Lo que ocurrirá, dice este individuo (30), caso de que yo sea coronado. Y por tanto, cuando los hechos son recientes y conocidos de todos, es entonces, caso de que sean buenos, cuando provocan el reconocimiento; en caso contrario, el castigo. Bien se nota, pues entonces obtuve el reconocimiento y no castigo alguno.

»Así pues, hasta el mismo momento en que esto ocurrió, se ha reconocido que todos mis actos eran ventajosos para el Estado, dado que mis discursos y mis proposiciones triunfaban cuando deliberabais vosotros, que mis proposiciones eran ejecutadas y le valían coronas al Estado, a mí mismo y a todos; y que habéis ofrecido sacrificios y procesiones a los dioses, por considerar esos actos como óptimos.

»Una vez expulsado de Eubea Filippo (31), mediante vuestras armas y por mi política y mis decretos, buscaba él otra forma de ofensiva contra nuestro país. Viendo que, más que ningún otro pueblo utilizábamos el trigo importado (32), quiso apoderarse de nuestra ruta del trigo; avanzando por la Tracia, como los bizantinos eran sus aliados, les pidió en principio que participaran en la guerra contra vosotros; después, como rehusaran y dijese (lo que era cierto) que ellos no habían hecho una alianza para esto, estableció trincheras alrededor de su ciudad y la asedió. Frente a esta situación no preguntaré qué debíais hacer, ya que todo el mundo lo observa. Pero, ¿quién llevó socorros a los bizantinos y les salvó? ¿Quién impidió que el Helesponto pasara en estos momentos a manos extranjeras? Vosotros, atenienses, y cuando digo vosotros, digo nuestro país. Mas, ¿quién habló para nuestro país, propuso, actuó, y en una palabra, fatigóse en la acción (33)? Yo. Pero cuán útil ha sido esto para todo el mundo no debéis saberlo mediante mis dis-

cursos, ya que vosotros lo habéis comprobado por los hechos. La guerra que entonces se desarrolló (para no hablar de la imponente gloria que trajo consigo), os hacía vivir con mucha mayor abundancia y a un precio mejor que la paz actual, que estos individuos observan en detrimento de su Patria, estas prudentes personas, en sus esperanzas en el porvenir. Pueden contemplar ellos sus esperanzas, aprovecharse de lo que vosotros pedís a los dioses, vosotros que deseáis el mayor bien, y no haceros partícipar de la suerte que ellos mismos han escogido. (*Al escribano.*) Lee las coronas otorgadas en esta ocasión a nuestro país por Bizancio y Perinto.

DECRETO DE LOS BIZANTINOS

«Bajo el hieromnemón (34) Bosporichos, proposición de Damagetos en la Asamblea, apoyada por una decisión del Consejo: Considerando que el pueblo ateniense, en el pasado, no ha cesado de demostrar su devoción a los bizantinos y a sus aliados y parientes los perintios, a los que ha rendido muchos servicios; que, en las circunstancias actuales, cuando Filipo de Macedonia había dirigido una expedición contra el país y la ciudad para destruir Bizancio y Perinto, cuando incendiaba el campo y cortaba los árboles, el pueblo ateniense ha venido en nuestro socorro con ciento veinte barcos de trigo, proyectiles y hoplitas que nos han permitido escapar de esos grandes peligros y restablecer la constitución (35) de nuestros padres, y las leyes y las tumbas; place al pueblo de Bizancio y de Perinto dar a los atenienses el derecho de casamiento, el derecho de ciudadanía, el derecho de adquirir tierras y casas, lugar de honor en los juegos, acceso delante del Consejo y del pueblo inmediatamente después de las cuestiones religiosas, y para los atenienses que quisieren vivir en la ciudad, la exención de todas las liturgias — levantar en el Bosporeion tres estatuas de dieciséis codos, re-

presentando al pueblo ateniense coronado por el pueblo de Bizancio y de Perinto —; enviar comisiones a las grandes fiestas griegas, juegos ístmicos, nemeos, olímpicos, y píticos; y hacer proclamar las dos coronas otorgadas por nosotros al pueblo ateniense; esto a fin de que los griegos conozcan los méritos de los atenienses y el reconocimiento de Bizancio y de Perinto.»

»Lee también las coronas otorgadas por los habitantes del Quersoneso:

DECRETO DE LOS HABITANTES
DEL QUERSONESO

«Los habitantes (36) de las ciudades del Quersoneso, Sestos, Eleonte, Maditos, Alopeconesos, otorgan al Consejo y al pueblo atenienses una corona de oro de sesenta talentos y elevan un altar al reconocimiento y al pueblo ateniense, ya que éste ha sido causa de los mayores bienes para los habitantes del Quersoneso, arrancándolos de la dominación de Filipo y devolviéndoles su patria, sus leyes, sus libertades y sus santuarios. Y, en el futuro, el pueblo no dejará de testimoniar reconocimiento y hacer todo el bien que pueda. Esto ha sido votado en la Sala del Consejo Federal.»

»Así pues, mi plan y mi política no sólo han dado por resultado que el Quersoneso (37) y Bizancio fueran salvados, que Filipo se viera privado de someter el Hellesponto, que nuestro país se haya cubierto de honor, más aún, ha mostrado al mundo entero la nobleza de nuestra ciudad y la perfidia de Filipo. En efecto, éste, que todos sabían aliado de los bizantinos, dejó ver después cómo les asediaba. ¿Puede existir nada más vergonzoso o más sacrílego? Vosotros, que hubieseis tenido muchas razones para hacer a los bizantinos justos reproches por sus errores en relación con el pasado, habéis mostrado no sólo que no les guardáis rencor y no abando-

náis a los oprimidos, sino que incluso los salváis; lo que os ha valido por todas partes gloria y simpatía. Y por otra parte, todos saben que habéis coronado ya a otros hombres políticos. Pero hombre gracias al cual nuestra ciudad haya recibido coronas (quiero referirme a un consejero y un orador) exceptuado yo, nadie podría citar uno.

»Por las calumnias que Esquines ha proferido contra los habitantes de Eubea y de Bizancio, recordando lo que os habían podido hacer de desagradable, yo intento demostrar no sólo el hecho de que son falsas (aunque creo que esto de sobra lo sabéis), sino que aun cuando fueran totalmente verdaderas, sería útil sacar partiço de los acontecimientos como yo lo he efectuado; por esto voy a exponeros en pocas palabras una o dos buenas acciones realizadas en esta época por nuestro país, ya que un hombre tomado aisladamente y una ciudad en su conjunto deben esforzarse siempre en imitar las más bellas gestas de su pasaço. Vosotros, pues, ¡oh atenienses!, cuando los lacedemonios eran dueños de la tierra y del mar y tenían sus guarniciones en todos los alrededores del Ática: Eubea, Tanagra, toda la Beocia, Megara, Egina, Ceos y las otras islas; cuando en aquel entonces nuestra ciudad no poseía ni flota ni fortificaciones, vosotros avanzasteis hasta Haliarte (38), y, algunos días más tarde, hasta Corinto, a pesar de que los atenienses de entonces tuviesen mucho que reprochar de los corintios y tebanos por su conducta en la guerra decélica; pero no lo hicieron, lejos de esto. Y sin embargo, entonces, en esos dos casos, Esquines, no obraban ellos así para defender a bienhechores y lo que hicieron no carecía de riesgos; pero esto no era para ellos una razón para abandonar a quienes les habían pedido socorro; aceptaron lanzarse a los peligros por la gloria y el honor, resolución noble y lógica. En efecto, para todo el mundo, el resultado de la vida es la muerte, incluso si enferma y se encierra en una habitación; pero los valientes emprenden siempre sus acciones fijando su miraça en la esperanza del éxito y soportando con grandeza de espíritu todo lo que la Divinidad les otorgue. De este modo procedieron vuestros antepasados, así obrasteis vosotros, por lo menos los ancianos: los lacedemonios no

eran ni vuestros amigos ni vuestros bienhechores. Habían tratado injustamente a nuestro país en varias ocasiones graves; pero cuando los tebanos, después de su victoria en Leuctra, intentaban destruirlos, vosotros os opusisteis a ello sin temer mucho la fuerza y la reputación que tenían entonces los tebanos y sin calcular lo que habían hecho estos hombres por los que ibais a correr peligros. Demostrasteis así a todos los griegos que, a pesar de que alguno haya obrado mal contra vosotros, sabéis conservar la cólera para otras circunstancias, pero que si un gran peligro amenaza su integridad y su libertad, vosotros no le guardáis rencor ni se lo tenéis en cuenta.

»No es éste el único caso en que habéis sabido demostrar ese estado de ánimo; en otra ocasión, cuando los tebanos intentaban apoderarse de Eubea, no permanecisteis indiferentes a ello; no os acordasteis de las injusticias cometidas a expensas vuestras por Themison y Teodoros a propósito de Oropos (39); acudisteis en su socorro, cuando la ciudad encontró por vez primera los trierarcas voluntarios de los que yo formaba parte. Pero no ha llegado aún el momento de hablar de esto. Fuisteis nobles al salvar la isla, más nobles aun cuando, ya convirtiéds en dueños de personas y ciudades, las habéis rendido conforme a la justicia a los mismos que habían actuado contra vosotros. Podría citaros miles de casos parecidos; pero los paso en silencio; batallas navales, salidas por tierra, expediciones antiguas y contemporáneas, las cuales han sido realizadas por nuestro país para la salvación y la libertad de los demás griegos. Y entonces yo, que en circunstancias tan numerosas y tan graves había observado que nuestra ciudad aceptaba combatir por los intereses de los demás, cuando de la deliberación dependía la suerte de éstas, ¿qué debía decirles o aconsejarles? ¿Guardar rencor, ¡por Zeus!, a los que pedían ser salvados, y buscar pretextos para abandonarlos? Y ¿quién no hubiera tenido razón de condenarme a muerte si hubiese yo buscado empañar, aunque sólo fuese con palabras, alguna de las glorias de la ciudad? Ya que por el acto solo, sé bien que no lo habríais hecho. Si lo hubieseis querido, ¿qué era lo que os lo impedía? ¿No gozabais de libertad? ¿No teníais individuos para deciroslo?

»Voy a referirme ahora a la política que practiqué después de esto.

»Fijaos una vez más en lo que en este caso era lo mejor para el Estado. Comprobando, ¡oh atenienses!, que nuestra marina se hallaba en peligro, que los ricos estaban exentos de cargas y que los ciudadanos de poca fortuna iban perdiendo lo que tenían, por todo esto hice votar una ley (40), con la que forcé a los ricos a cumplir con su deber, mientras que ponía fin a las injusticias cometidas con los pobres y obtenía que los preparativos se emprendieran en un buen momento, cosa muy útil para el Estado. Acusado por todo esto, me presenté ante vosotros para ese proceso; fuí liberado y mi acusador no obtuvo ni el minimum de votos legal. Sin embargo, ¿qué suma creéis que me ofrecían los jefes de las simonías, o los segundos, o los terceros, para que yo no propusiera esa ley, o si no que la dejase correr en el momento de la oposición? Una suma tal, ¡oh atenienses!, que no oso decíroslo. Y tenían sus razones para proceder de este modo. Ya que las leyes precedentes les hacían pagar su liturgia por grupos de dieciséis, gastando poco o casi nada y aplastando a los ciudadanos apurados; pero mi ley hacía que cada uno diera una parte proporcional a su fortuna, y se vió de pronto trierarca de dos buques al hombre que anteriormente contribuía por uno solo con una dieciseisava parte; ya que no se nombraban trierarcas, sino contribuyentes. Por lo tanto, para hacer abolir esta ley y poder evitar estar obligados a hacer lo que era su deber, no había nada que no ofrecieran. Léeme en primer lugar el Decreto en virtud del cual debí presentarme al proceso; después las listas (de los trierarcas), la que resulta de la ley precedente y la que es resultado de la mía. (*Lee.*)

DECRETO

«Bajo el arcontado de Policles, el 16 de Beodromión, ejerciendo la pritanía la tribu Hipontotis, Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, ha presentado una ley sobre la trierar-

quía, contraria a la ley preceñente que organizaba los sindicatos de trierarcas; la ley ha sido votada por el Consejo y por el pueblo. Patrocles de Plya ha introducido una acción de ilegalidad contra Demóstenes, y no habiendo obtenido el mínimum legal de votos ha pagado las 500 dracmas.»

»Lee ahora esta hermosa lista.

LISTA

«Los trierarcas serán llamados en grupos de dieciséis para una triera; serán escogidos en los sindicatos de compañías de 25 a 40 años, y participarán en el gasto por partes iguales.»

»Da a conocer ahora la lista que resulta de mi ley.

LISTA

«Se escogerán los trierarcas para una triera, después de la valoración de su fortuna, a partir de diez talentos; si la fortuna se valora en una suma más elevada, la liturgia irá proporcionalmente hasta los tres barcos y un buque de servicio. Según la misma proporción la liturgia incumbirá también a los de fortuna inferior a diez talentos, siendo éstos reunidos en sindicatos para llegar a los diez talentos.»

»¿Os parece que he prestado un débil apoyo a los pobres o que los ricos han querido pagar poco para no cumplir con su deber? No es sólo el no haber cedido en este punto lo que me enorgullece ni el haber sido absuelto después de haber sido acusado, sino el haber hecho adoptar una ley útil y de haberlo probado mediante los hechos. En efecto, durante toda la guerra, las expedicio-

nes navales se hicieron basándose en mi ley; ya que ningún trierarca os presentó jamás un grupo de súplicas por creerse víctima de una injusticia, ninguno fué a refugiarse en el santuario de Atermis Mounichia (41), ninguno fué encarcelado por los comisarios en las expediciones, ninguna triera fué abandonada en el extranjero y perdida por el Estado o fué considerada no apta para hacerse a la mar.

»Ahora bien, bajo las leyes precedentes se producía todo esto. La razón es que la liturgia recaía sobre los pobres; había pues muchas imposibilidades. Yo he hecho pasar la trierarquía de gentes sin recursos sobre gentes acomodadas, ya que todo lo que debía hacerse se ha hecho. He aquí, pues, por qué me considero digno de elogio, por qué he adoptado en todo momento una política que producía a la vez gloria para la ciudad, honores y poder; no hay en mi conducta política ningún rasgo de envidia, de tristeza o de ruindad, ninguna bajeza, nada que sea indigno de nuestro país. Puede verse que yo he mantenido el mismo estado de espíritu en mi política, con miras a nuestra ciudad y a mi política griega; en la ciudad no he preferido los derechos de los ricos a la mayoría; en los asuntos griegos no he acogido los presentes ni la hospitalidad de Filipo en detrimento del interés común de los griegos.

»Creo que me falta hablar de la proclamación y de la rendición de cuentas; ya que a pesar de que he procedido de la manera mejor y que en cualquier circunstancia estoy lleno de devoción y de celo para rendiros servicios, creo tener suficientemente demostrado lo que acabo de deciros.

»Por otra parte, dejo a un lado lo más importante de mis actos políticos, ya que juzgo que debo exponer a continuación todos los argumentos sobre la cuestión misma de la ilegalidad, pues sé que, aun cuando no dijera nada sobre el resto de mi política, la conciencia de cada uno de vosotros me sería adicta.

»De las razones tan embarulladas y prolijas que éste daba acerca de las leyes adjuntas, no creo, ¡por los dioses!, que hayáis entendido ninguna, ni yo mismo he podido hacerme cargo de la mayor parte. Voy a tratar del aspecto legal de la manera más breve y sencilla.

»Tan lejos estoy de creerme exento de rençción de cuentas, como éste afirmaba ha poco calumniosamente, que me reconozco a ser toda la vida responsable del dinero que he manejado durante mi actuación política entre vosotros. Pero, por el contrario, afirma que ni por un solo día puede hacerme responder çel dinero que he donado al pueblo de mi bolsillo y con declaración previa. Ésta era imprescindible para dejar bien sentado que esa cantidad debía ser considerada como donativo. ¿Oyes, Esquines? Ni a mí ni a ningún otro, aunque se dé la circunstancia de que sea uno de los nueve arcontes. Porque, ¿qué ley hay tan sumamente injusta e inhumana que al que ha dado lo suyo, con un acto de filantropía y liberalidad, le prive del agradecimiento que se le çebe y lo haga comparecer ante los sicofantes para que éstos le tomen cuenta del dinero que dió? Ninguna. Y si él dice que sí, muéstrela, que yo le daré la razón y me callaré. Pero no la hay, ¡oh atenienses!; es éste quien me calumnia porque regalé el dinero estando entonces encargado del fondo de espectáculos, y dice: «Ctesifonte lo propuso para un honor, a pesar de que tenía que rendir cuentas.» Si me propuso, pero no por nada de aquello de que tenía que responder, sino por lo que doné (42), ¡oh sicofante! «Pero también eres comisario de fortificaciones.» Pues por eso precisamente se me quiere honrar, y con razón, porque compensé de mi bolsillo el déficit sin cargarlo en cuenta. Pues bien, las cuentas necesitan de comprobantes y çe quien las revise; pero los donativos es justo que obtengan agradecimiento y alabanzas, razón por la cual presentó Ctesifonte la propuesta a mi favor. Que esta definición está conforme, no sólo con las leyes, sino con vuestras costumbres, lo demostraré fácilmente con muchos ejemplos. En primer lugar, Nausicles era estratego cuando fué coronado muchas veces por el pueblo, porque había sacrificado su fortuna personal. Después, cuando Diotimos, y otra vez Caridemos, dieron escudos y fueron coronados; más tarde, Neoptolemo, aquí presente, era inspector de diversos trabajos cuando fué honrado por sus dones voluntarios. Ya que, en efecto, sería lamentable que un magistrado cualquiera estuviese impedido por su función de dar sus bienes al Estado o sometido a rendir cuentas de sus dones, en lugar de

recibir el reconocimiento. Para demostrar que es la pura verdad lo que digo, léeme los Decretos en honor de esas personas, tomando el mismo texto. (*Lee.*)

DECRETO

«Arcontado de Demónicos de Plya, el 26 de Beodromión, con la noticia del Consejo y del pueblo, Calias de Prearroi ha propuesto, lo que parece bien al Consejo y al pueblo, coronar a Nausicles, estratego de los hoplitas, porque ços mil hoplitas atenienses se encuentran en Imbros para sostener a los atenienses establecidos en la isla, y como las tempestades impidieron a Filón, elegido director de la administración financiera, hacerse a la mar y distribuir el dinero entre los hoplitas, Nausicles les ofreció sus propios bienes sin recaudarlos entre el pueblo. Se proclamará la corona en las Dionisiácas, en la representación çe las tragedias nuevas.»

SEGUNDO DECRETO

«Proposición de Calias de Prearroi, bajo la proposición de los pritanos después de la noticia del Consejo: Considerando que Caridemos, que mandaba a los hoplitas, enviado a Salamina, y Diotimos, comancante de la caballería, después que en la batalla cerca del río algunos soldados fueron despojados de su armamento por los enemigos, han armado a los circunscritos con 800 escudos de sus propios bolsillos; place al Consejo y al pueblo otorgar a Caridemos y a Diotimos una corona çe oro y hacer la proclamación en las grandes Panateneas cuando el concurso de gimnasia y en las Dionisiácas cuando la representación de las tragedias nuevas; el cuidado de la proclamación estará a cargo de los tesmotetes, pritanos y agonotetes.»

»Cada uno de éstos, Esquines, debe rendir cuentas de la magistratura que ejercía, no de los hechos que le valieron una corona. Pues yo igual, ya que sin duda tengo los mismos derechos que los otros, por los mismos actos. He hecho un don: recibí un elogio por esto, sin tener en cuenta lo que he dado. He ejercido una magistratura; sí, y he rendido cuentas, pero no de los dones que he hecho.

»Sí, ¡por Zeus!, pero he traicionado los deberes de mi cargo. Y ¿entonces por qué tú, que estabas allí cuando los auditores de cuentas introducían mi asunto, no me acusabas?

»Para haceros ver que Esquines mismo atestigua que he sido coronado por hechos de los que no he rendido cuentas, toma y lee enteramente el Decreto propuesto en mi honor.

Gracias a los mismos puntos que en el proyecto no han sido incriminados podrá verse que en su denuncia obra como un sicofante. (*Lee.*)

DECRETO

«Bajo el arcontado de Euticles, el 22 de Pyanepsión, ejerciendo la pritanía la tribu Oineis, proposición de Ctesifonte de Anaflistos, hijo de Leóstene: Considerando que Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, siendo comisario en la reparación de las murallas, ha adelantado de sus propios recursos tres talentos para este trabajo y ha hecho de ello con al pueblo; que, nombrado comisario del fondo de espectáculos, ha dado a los teóricos de las tribus cien minas para los sacrificios; piace al Consejo y al pueblo ateniense acordar un elogio a Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes, por el mérito y la honradez de que no ha cesado nunca de dar pruebas en toda ocasión, a la vista del pueblo ateniense, concederle una corona de oro y hacerla proclamar en el teatro en ocasión de las Dionisiacas, en la representación de las tra-

gedias nuevas. Cuidar de la proclamación incumbirá al agonoteta.»

»He aquí, pues, lo que he dado y que no has mencionado en tu denuncia; pero, en cambio, lo que el Consejo quiere que se me dé, eso es lo que atacas. Reconoce que es legal aceptar lo que se ofrece y persigue como ilegal el reconocimiento que por ello se demuestra. El hombre perverso, detestado de los dioses y en realidad envidioso, ¿quién podría encarnarlo en nombre de los dioses? ¿No sería tal vez un individuo como éste?

»Por otra parte, en lo referente a la proclamación en el teatro, dejo de lado el hecho de que mil personas han sido allí mil veces proclamadas, e incluso yo anteriormente muchas veces. Pero, ¡por los dioses!, ¿eres tan tonto y tan poco inteligente, Esquines, que no puedas calcular que si la corona provoca la misma admiración para el beneficiario en cualquier lugar que sea proclamado, es por el interés de los que la otorgan por lo que la proclamación se efectúa en el teatro? Ya que todos los auditores son incitados a otorgar un servicio al Estado y dan a las gentes reconocidas un elogio más grande que al que ha sido coronado. Éste es el motivo por el que el Estado ha redactado esta ley. Tómala y léela.

LEY

«Todos aquellos que los demos coronen, tendrán su corona proclamada cada uno en su propio demo, a menos que algunos sean coronados por el pueblo ateniense o por el Consejo. Para éstos podrá hacerse en el teatro en la época de las Dionisiacas...»

»Tú oyes, Esquines, cómo la ley dice explícitamente: «Exceptuado para aquellos que son objeto del voto del pueblo o del Consejo, que éstos sean proclamados...» ¿Por qué, pues, desgraciado, haces el sicofante? ¿Por qué haces discursos? ¿Por qué no te das por esto el eléboro? No te da vergüenza intervenir, incluso en un proceso, por

envidia, y no por un delito de modificar las leyes, suprimir parte de ciertas ventajas que es un deber leer enteramente a los jueces que han jurado votar según las leyes. Y entonces, cuando obras así, dices cuáles deben ser las cualidades del demócrata, como si fuera una estatua encomendada de un cuaderno de cargos y que cuando se te entregara no fuera conforme a esto, o bien como si se reconociese a los demócratas por la palabra y no por sus actos o su política. Y gritas empleando como en Carnaval términos prohibidos, expresiones que se aplican a ti y a tu familia, pero no a mí. Sin embargo, unas palabras más aún, ¡oh atenienses! A mi entender, la acusación difiere de la injuria en que la acusación implica faltas cuya pena ha sido fijada por las leyes, y la injuria, calumnias que los enemigos dirigen siguiendo su propio modo de ser. Siempre he creído que si nuestros antepasados han formado los tribunales aquí presentes, no ha sido para reunirnos a fin de extendernos e injuriarnos en términos prohibidos a propósito de nuestra vida privada, sino para que confundamos al hombre que ha cometido un crimen contra el Estado. Ahora bien, Esquines, que sabe esto tan bien como yo, ha decidido actuar como en un Carnaval en lugar de acusar. Sin embargo, allí, tampoco allí, tiene el derecho de retirarse sin tener lo que merece. Llegaremos pronto a esto, después de haberle formulado una sola pregunta: ¿Se te debe llamar, Esquines, enemigo del Estado o enemigo mío? Mío, evidentemente. Y entonces, allí donde me podrías hacer castigar conforme a las leyes, caso de que fuera culpable, te eclipsas cuando de rendir cuentas se trata, citando las acusaciones públicas en otros procesos. Pero allí donde no corro ningún peligro de ser sancionado por toda clase de razones, a causa de las leyes, del tiempo transcurrido, de la prescripción, del hecho de que muy a menudo he sido juzgado sobre todos estos puntos, del hecho que jamás me hayas convencido de injusticia hacia vosotros, allí donde el Estado tiene necesariamente una parte más o menos grande en la gloria de los actos públicos, ¿es allí donde te presentas ante la justicia? Ten cuidado de no ser el enemigo real de los ciudadanos aquí presentes, más que ser el mío.

»Ya, pues, que todos habéis visto claro cuál es el voto

que exigen la Religión y la Justicia, y ya que, según parece, aunque no soy amigo de insultos, me veo obligado, por causa de las calumnias que éste me ha dirigido, a responder a sus muchas y mendaces palabras con lo más absolutamente imprescindible acerca de su persona, y a mostrar quién es y de quién procede el hombre que con tanta ligereza comienza a injuriar y se permite censurar algunos conceptos, cuando él mismo ha dicho cosas que no hay ningún hombre sensato que no hubiera tenido reparo en decir... En efecto, aun cuando fuera mi acusador el propio Eaco, o Minos, o Radamanto, y no un charlatán, desecho de la plaza pública, miserable chupatintas, no creo que ninguno de ellos hubiera hablado de tal modo ni empleado expresiones tan cargantes, gritando como en las tragedias: «¡oh Tierra, y Sol, y virtud!», y cosas semejantes, y luego invocando la «inteligencia y educación, por las cuales se distingue lo bueno y lo malo (43)». Porque eso es lo que habéis oído decir. Pero, ¿qué tenéis que ver, saco de inmundicia, tú ni los tuyos, con la virtud? ¿Cómo vas a distinguir lo bueno de lo que no lo es? ¿Dónde lo has aprendido y qué motivos tienes para ello? ¿Con qué derecho puedes nombrar siquiera la educación? Nadie de los que realmente han gozado de ella se atrevería a decir de sí mismo nada semejante; antes bien, hasta se ruborizaría al oír hablar de ello a otro; mas los que, como tú, no la poseen y fingen estúpidamente haberla recibido, logran molestar al auditorio con sus palabras, pero no que se les crea tales como quieren ser. Aunque no me faltan cosas que decir de ti y de tu familia, no sé cuál citar primero. ¿Acaso como tu padre, Tromes (44), servía, con grandes grilletes en los pies y horca al cuello, en casa de Elpias, el que enseñaba las letras junto al templo de Teseo? ¿O como tu madre, que... se casaba a la luz del día en el tugurio de junto al Calamita, te crió hermosa estatua y tritagonista insigne? Esto lo saben todos aunque yo no lo diga. Entonces, ¿cómo el cómitre Formión, siervo de Dión el freario, la hizo cesar en aquel honesto menester? Pero temo, ¡por Zeus y por los dioses!, que, al decir de ti lo que te atañe, parezca proferir palabras indignas de mí. Dejaré, pues, esto y empezaré por su vida pasada; ante todo, no procedía de gentes cualesquiera, sino... de las

que el pueblo maldice (45). Muy tarde ya... tarde digo. Ayer o anteayer, se hizo a la vez orador y ateniense, y, añadiendo dos sílabas, convirtió a su padre de Tromes en Atrometo, y a su madre, muy pomposamente, en Glauco-tea, cuando todos saben que la llamaban Empusa (46), mote que le pusieron sin duda alguna porque todo lo hacía y lo sufría y en todo se convertía. ¿Por qué otra causa iba a ser? Sin embargo, eres tan desgraciado y malo por naturaleza que, convertido gracias a éstos de siervo en hombre libre, de mendigo en acaudalado, no sólo no les demuestras gratitud, sino que, a sueldo de otro, actúas políticamente contra ellos.

»Dejaré a un lado los hechos en que cabe alguna duda acerca de si habló en beneficio de la ciudad, para ocuparme de aquellos en que se demostró con evidencia que obraba en favor de sus enemigos.

»¿Quién no conoce a Antifón, el hombre excluido de su demo (47), que vino a Atenas para ejecutar la promesa hecha a Filipo de incendiar los arsenales? Yo lo había sorprendido oculto en el Pireo y lo había presentado a la Asamblea; pero este individuo, celoso, gritó y aulló que en un régimen democrático causaba yo un escándalo ultrajando a los ciudadanos desgraciados y entrado sin decreto en una casa, cosa que hizo que lo pusierais en libertad. Si el Consejo del Areópago, puesto al corriente del suceso y viendo que vuestra ceguera era considerable, no hubiese hecho buscar y detener a ese individuo para ponerlo ante vosotros, un hombre tal os habría sido arrancado, habría esquivado el castigo y habría sido enviado al extranjero por este buen orador. De hecho, vosotros le habéis condenado a la tortura y a la ejecución, como hubiera debido serlo igualmente Esquines. Así pues, el Consejo del Areópago, que conocía la conducta de Esquines en esas circunstancias, cuando hubisteis elegido a éste para abogado en el santuario de Delos (48), con la misma ceguera que os hacía sacrificar los intereses públicos, el Consejo, como vosotros habíais pedido su colaboración dándole plenos poderes, excluyó inmediatamente a este individuo y como orador designó a Hipérides. Para demostrar que se trata de la pura verdad, llámame a los testigos de los hechos.

TESTIGOS

«En nombre de todos, testimonio en favor de Demóstenes traído por Calias de Soumión, Zenón de Plya, Cleón de Falere y Demónicos de Maratón: un día que el pueblo había nombrado a Esquines abogado cerca de los anfictionicos para los trabajos en el santuario de Delos, nosotros, reunidos en consejo, hemos juzgado que Hipérides era más digno de hablar en nombre del Estado. Y ha sido Hipérides el enviado en misión.»

»Así pues, el Consejo, quitando la palabra a este individuo y confiando la misión a otro, hace ver que Esquines es un traidor y tratado como enemigo vuestro.

»He aquí, pues, un acto político debido a este intrépido hombre, parecido, ¿no es cierto?, a los que él me reprocha. Acordaos de ello un instante. Cuando Filipo envió a Fitón de Bizancio y con él a los embajadores de todos sus aliados, para deshonar a nuestro país y mostrar su injusticia, entonces yo, cuando Fitón desplegaba su auzacia y lanzaba sus manifestaciones contra vosotros, no me batí en retirada, sino que me levanté para responder; no abandoné los derechos de nuestro país, probé tan claramente la injusticia de Filipo, que sus propios aliados se levantaron para convenir en ello. Y este individuo sostenía a Fitón y atestiguaba contra su Patria con un falso testimonio.

»Esto no le basta. Otra vez, más tarde, fué sorprendido en una conversación con Anaxinos (49) el espía, en la casa de Traxón. Ahora bien, cualquiera que se entrevistó a solas con el enviado del enemigo, por naturaleza, este hombre es espía y contrario de su patria. Para demostrar que he dicho la verdad, llámame a los testigos de estos hechos.

TESTIGOS

«Telédemos, hijo de Cleón, Hipérides, hijo de Callaischros, Nicómaco, hijo de Diofanto,

atestiguan en favor de Demóstenes y han afirmado bajo juramento delante de los estrategos, que saben que Esquines de Cotokidai, hijo de Atrometro, se encontraba ñe noche en la casa de Traxón y deliberaba con Anaxinos, que fué juzgado como espía de Filipo. Estos testimonios han sido dados bajo el arcontado de Nikias el tres de Hecatombón.»

»Y dejo ñe decir muchísimas cosas más. En efecto, me ocurre lo siguiente: Yo podría citar también ahora otras muchas acciones con que se demostró que éste ayudaba al enemigo en aquel tiempo, mientras me perseguía a mí; pero no soléis guardar memoria exacta de estos asuntos ni provocan vuestra cólera como debían; antes bien, por un defecto de carácter, tenéis concedida amplia libertađ para todo el que quiera poner calumniosas zancadillas a quien os aconseje medidas necesarias, y sacrificáis así el bien de la Patria por el placer y la diversión de escuchar inventivas. De manera que es más cómodo y seguro actuar siempre como mercenario al servicio del enemigo que comportarse como un buen ciudadano erigido en vuestro ñefensor. (Nuevamente, como en otras ocasiones anteriores, el verbo audaz de nuestro orador fustiga sin piedad arrojando tristes verdades al rostro de sus oyentes; pero mientras otras veces el político ha gozado de la libertad de acción y de palabra que le daba su acertada gestión de los negocios públicos, en el presente discurso hallamos con extrañeza a un gobernante derrotado, que comparece ante el pueblo para obtener de él la sanción definitiva de su conducta, y, sin embargo, no piensa ni por un momento en adularle, lo cual es muestra evidente del inmenso influjo que, incluso en la desgracia, seguía ejerciendo su personalidad; ya que, como dice Augusto Guillermo Schlegel, «jamás un soberano, como lo era el pueblo ateniense, se ha dejado decir de mejor humor las más crudas verdades».)

»Ya el actuar en franca asociación con Filipo, aun antes de la guerra, era cosa terrible, ¡oh Tierra y dioses! ¿cómo no? contra la Patria. Perdonadle, si queréis, perdonádselo. Pero una vez que nos habían arrebatado descaradamente los barcos y pillado el Quersoneso, en

marcha el hombre contra el Ática, cuando ya no cabía duda de los hechos ni de que estábamos en guerra, ¿qué hizo jamás por vosotros este malévolo comeyambos? Nada podría demostrar, ni existe una sola propuesta, importante o no, que haya presentado Esquines en interés de la ciudad. Y si alega que sí, que la enseñe ahora, en mi agua; pero no existe ninguna. Pues bien, es forzosa una de dos: o no propuso medidas frente a las mías por no poder objetar nada entonces a mi actuación, u obraba en favor del enemigo y por ello no os sometió proposiciones mejores que aquéllas.

»¿Es que del mismo modo que se abstenía de redactar las proposiciones, se abstenía de hablar cuando se trataba de hacer el mal? Al contrario, ningún otro podía hablar. Y aun, en sus otros actos el país podía soportarlos, a lo que parece, y él mantenerse en la sombra. Pero él ha añadido la acción, atenienses, que ha llegado al colmo en sus acciones anteriores; y a esto ha consagrado la mayor parte del discurso, exponiendo las decisiones respecto a los locrenses de Anfisa para deformar la verdad. ¿Por qué? Jamás te alabas de lo que has hecho allá abajo; ya no podrás hablar por esto.

»Yo incovo en vuestra presencia, ¡oh atenienses!, a todos los dioses y diosas que reinan sobre la tierra de Ática. Y a Apolo Pitio, que es el dios ancestral de nuestro país, y yo pido a todos si os digo la verdad; y si la he dicho delante del pueblo tan pronto he visto a este sacrilego mezclarse en este trabajo (lo he reconocido en seguida), dadme felicidad y salud; pero si por odio o por celos personales aporto contra este individuo una falsa imputación, pido que me impidáis gozar de ningún bien.

»¿Por qué he lanzado esta imprecación y alzado tanto la voz? Es que teniendo a mi disposición en los archivos del Estado documentos que me permitirán una demostración clara, a pesar de que sé que recordaréis los acontecimientos, temo que este individuo sea juzgado demasiado débil para el daño que ha cometido, cosa que ya otras veces ha ocurrido; por ejemplo, cuando causó la pérdida de los desgraciados focenses por el falso informe que él hizo aquí. En efecto, la guerra de Anfisa, que permitió a Filipo entrar en Elatea y que hizo escoger

como jefe de los anfictiónicos al hombre que ha revuelto Grecia entera, este individuo es quien la maquinó y él únicamente es responsable de todas esas desgracias. Y entonces, cuando al principio yo protestaba y gritaba en la Asamblea (50): *Tú introduces la guerra en Ática, Esquines, una guerra anfictiónica*, los que habían sido especialmente convocados para formar parte del Tribunal me impedían hablar mientras que los demás sorprendíanse y suponían que, por odio personal, formulaba contra él una imputación sin fundamento. De qué especie era ese asunto, atenienses, y para qué fin fué preparado, cómo fué ejecutado, escuchadlo ahora, ya que entonces se os impidió; veréis que el asunto fué bien montado, sacaréis un gran provecho para la historia de los asuntos públicos, y os daréis cuenta de cuán grande es la habilidad de Filipo.

»Filipo no puede encontrar fin ni liberación de su guerra contra nosotros mientras no haga de los tebanos y los tesalios enemigos de nuestro país. Aunque nuestros estrategos conduzcan de una manera deplorable la guerra contra él, sin embargo, sufre mil males del mismo hecho de las hostilidades y los corsarios (51), ya que no puede exportar productos de su país ni importar lo que le hace falta. No os aventajaría a vosotros por mar, y sería incapaz de llevar la guerra contra Ática si los tesalios no le siguieran y los tebanos no le dejasen pasar. El resultado es que, a pesar de la forma como son llevadas las operaciones por los estrategos que enviáis — dejo aparte este punto —, sufre mucho por la naturaleza misma de los lugares y los recursos propios de los dos partidos. Si para satisfacer su oño particular intentara persuadir, ya a los tebanos, ya a los tesalios de marchar contra vosotros, nadie, piensa, le tomaría en serio; pero si, bajo el pretexto de asuntos relacionados con estos pueblos, se hace nombrar jefe, tendrá, así lo espera, más facilidades para separar a unos y persuadir a los otros. ¿Y entonces? Él se encarga (ved con qué habilidad) de provocar una guerra tocante a los anfictiones, y turbulencias en el momento de la Asamblea anfictiónica; ya que para arreglar todo esto, pronto habrá, piensa, necesidad de él. Ahora bien, si el asunto fuese introducido por un hieromnemón enviado ya por él (52), ya por los aliados, las

sospechas, cree, se despertarían; los tebanos, los tesalios y todo el mundo se mantendría vigilante. Pero si el que hace esto es un ateniense, enviado por sus adversarios, le será muy fácil permanecer en la sombra. Esto es lo que ocurrió. ¿De qué modo lo ejecutó? Tomó a este individuo a sueldo. Nació, me imagino, preveía el asunto ni estaba ojo avizor (es lo corriente entre vosotros). Este individuo fué propuesto como pilágora (53), elegido por tres o cuatro votos y proclamado. Cuando llegó cerca de los anfictions con el prestigio de Atenas, dejó de laço y olvidó todo para intentar ejecutar aquello por lo cual había recibido un salario: inventó y expuso discursos especiales y leyendas de las cuales resultaba que había sido consagrada la región de Cirrea; trataron con hombres que eran ignorantes en el arte de la elocuencia, los hieromnemos, les dicitó a votar una inspección de la región que los anficios cultivaban, porque decían ellos que les pertenecía, pero que él, Esquines, pretendía convertirlo en territorio sagrado. Los locrienses no intentaron hacernos ningún proceso y no hicieron nada de lo que él pretendía ahora, o miente. Vais a reconocerlo. Era evidentemente imposible a los locrenses dirimir un proceso contra nuestro país sin habernos citado previamente. ¿Quién, pues, nos había citado? ¿Bajo qué magistrado? Di el hombre que sepas, muéstralo. No podrás. Es un pretexto vano y engañoso del que estás abusando. Como los anfictions inspeccionasen el país según las indicaciones de Esquines, los locrenses cayeron sobre ellos, estuvieron a punto de batirlos a toños, y levantaron incluso a algunos hieromnemos. Una vez que estos desórdenes hubieron provocado quejas y una guerra contra los anficios, seguidamente Cottipos condujo una armada, propiamente anfictiónica; pero como no había venido, y los otros sí, aunque nada hacían aquellos tesalios y oriundos de otras ciudades que estaban desde hacía tiempo miserablemente preparados para esto, en la próxima sesión lograron elegir con gran rapidez a Filippo como jefe.

»Y ellos habían hallado buenos pretextos; era necesario, decían, o bien nutrir con contribuciones personales, mantener mercenarios e infligir multas a los insumisos, o bien tomar a Filippo como jefe. ¿A qué extenderme más? Después de esto Filippo fué nombrado jefe. En se-

guida éste concentró sus fuerzas, avanzó con dirección a la Cirrea; y dando buenos días a los cirreos y locros, ocupó Elatea (54). Si ante este espectáculo los tebanos no hubiesen cambiado rápidamente de opinión para ponerse a nuestro lado, todo esto hubiera sido como un torrente que se hubiese abatido sobre Atenas. Pero por lo atropellado del ataque los tebanos lo pararon; sobre todo, ¡oh atenienses!, gracias al favor de algún dios que os cuida, y además, en lo que esto dependa de un solo hombre, igualmente gracias a mí. Dame esos Decretos y la fecha en que cada uno de ellos ha sido hecho, para que sepáis qué trastornos ha causado esta cabeza sacrilega sin haber sido castigada. Léeme los decretos (55).

DECRETO DE LOS ANFICIONES

«Bajo Clienágoras, en la sesión de Primavera, decisión de los pilágoras, de los representantes de los anficiones y de la Federación Anfictiónica: Considerando que los anfisios penetran en el territorio sagrado y siembran, y se lo reparten para pastos, los pilágoras y los representantes recorrerán todo ese territorio, marcarán los límites mediante estelas y prohibirán en lo sucesivo que los anfisios penetren en él.»

SEGUNDO DECRETO

«Bajo Cleinágoras, en la sesión de Primavera, decisión de los pilágoras, de los representantes de los anficiones, y de la Federación Anfictiónica: Considerando que los anfisios se han repartido el territorio sagrado, lo cultivan y tienen en él rebaños; que como se les impediría obrar así recurrieron a las armas, han dificultado con violencia la acción del Consejo común de los griegos y han herido incluso a algunos de sus miembros, el estratego elegido por los

anficciones, Cotipos el arcadio, irá como embajador a Filipo de Macedonia y le pedirá que lleve socorros a Apolonio y a los anficciones, a fin de evitar que los impíos de Anfisa traten insolentemente al dios, y le anunciará que los griegos miembros del Consejo anficciónico lo escogen como general soberano.»

»Lee también la fecha en que esto se produjo; ya que es la misma en que Esquines era pilágora. (*Lee.*)

Fecha

(Arcontado de Manesiteides, 16 Antesterión)

»Dame, pues, la carta que en el momento de la negativa de los tebanos envió Filipo a sus aliados del Peloponeso; veréis claramente cómo disimula los motivos de los acontecimientos, su acción dirigida contra Grecia, los tebanos y vosotros mismos, y que pretende actuar según el interés común y las decisiones de los anficciones. Ahora bien, quien le había procurado el punto de partida y el pretexto era este individuo. (*Lee.*)

CARTA

«Filipo (56), Rey de Macedonia, a los demiurgos y a los representantes de sus aliados del Peloponeso y a sus demás aliados, salud. Considerando que los locrenses Ozoles, habitantes de Anfisa, trataron de una manera insolente el santuario de Apolo en Delfos, que penetraron con las armas en el territorio sagrado y se llevaron botín, quiero ayudar a los dioses con vuestro concurso, rechazar a los que no obedecen las leyes de piedad establecidas entre los hombres. Así pues, presentaos en armas en la Fócida, con víveres para cuarenta días, el actual

mes Loos, según nuestro calendario, Boedromión, siguiendo el calendario ateniense, Panemos, según el corintio. Castigaremos a todos cuantos no se presentaren con todas sus fuerzas, con sanciones establecidas por nosotros en la Confederación federal. Sed felices.»

»Observad cómo evita hablar de sus motivos personales y recurre a los motivos aducidos por los anfictiones. ¿Quién lo ayudó a preparar esto? ¿Quién le ofreció estos motivos? ¿Quién es el principal responsable de las desgracias que han llegado? ¿No es este individuo? No digáis en vuestros paseos, ¡oh atenienses!, que tal suerte ha sido infligida a la fuerza por un solo hombre. No por uno solo, sino por muchos malvados establecidos en cada país (57). ¡Oh Tierra y dioses! Esquines es uno de ellos: y si es necesario decir la verdad sin tomar precauciones, no vacilaré en llamarle la calamidad común a todo lo que después ha muerto, hombres, países y ciudades, ya que quien ha sembrado la semilla es responsable de la planta (58). Y me asombra que en cuanto lo veis no le volváis horrorizados la espalda. Verdad es que parece como si hubiera en vosotros una nube espesa, colocada delante de la verdad.

»En lo tocante a los actos realizados por este individuo para desgracia de la Patria, me veo obligado a hablar de la política que he seguido al oponerme a ello. Vosotros tenéis muchas razones para oírme hablar de eso, en especial ésta: es vergonzoso, ¡oh atenienses!, que yo haya soportado la realidad de los trabajos por vosotros realizados, en tanto que vosotros no me aceptabais ni su relación. Observo que los tebanos, y vosotros también si es necesario, incitáos por los partidarios de Filipo y quienes están vendidos a él en los dos países, olvidabais lo que para los dos es temible, pedíais muchas precauciones; mientras Filipo iba creciendo, no tomabais ninguna precaución y estabais prontos a escabulliros; yo no cesaba de vigilar para que esto no se produjera. No era sólo mi opinión lo que me hacía pensar que esta conducta mía era útil. Sabía que Aristofón, y además Eubulo, habían cesado sin cesar obtener esta amistad y que ellos habían estado siempre de acuerdo

sobre este punto, cuando precisamente ellos oponíanse a menudo uno a otro sobre otros puntos. Cuando vivían, gran bribón, tú les seguías adulador; ahora que están muertos, les acusas sin vacilar, ya que los reproches que me has dirigido (59) a propósito de los tebanos, son más bien acusaciones contra aquéllos que contra mí, puesto que ellos aprobaron esa alianza mucho antes que yo. Me remito al punto siguiente: como este individuo había provocado en Anfisa la guerra que los otros, sus cómplices, habían creado de acuerdo con él, el odio contra los tebanos, el resultado de todo ello fué que Filipo avanzó contra nosotros, objetivo para el cual esos individuos creaban conflictos entre las ciudades; y si no nos hubiéramos dado cuenta un poco antes, no habríamos podido ni despertar siquiera, de tal manera esa gente había dispuesto las cosas. Escuchar estos decretos y respuestas os hará conocer la situación en que estabais vosotros, unos enfrente de otros. (*Al escribano.*) Tómalos y léelos.

DECRETO

«Bajo el arcontado de Herópitos, el 25 de Elafebolión, bajo la pritanía de la tribu Ereceis, y bajo convocatoria del Consejo de los estrategos: Considerando que Filipo se ha apoderado de ciertas ciudades vecinas y que ha arrasado otras y que, en resumen, se apresta en Ática sin respetar el acuerdo concluído con nosotros; que viola los juramentos y la paz, y transgrede los mutuos compromisos. Place al Consejo y al pueblo mandarle embajadores para negociar con él e invitarle, antes que nada, a la observancia del acuerdo y de los tratados concluídos con nosotros; en caso contrario, dará a nuestra ciudad el tiempo para deliberar y concluir una tregua hasta el mes de Targelio. Han sido designados dentro del Consejo: Simos de Anagironte, Eutidemos de File, Boulagoras de Alopeke.»

SEGUNDO DECRETO

«Bajo el arcontado de Herópitos el día 29 cē Munichio, bajo convocatoria del Polemarca: Considerando que Filipo ambiciona revolver a los tebanos contra nosotros y está presto a presentarse con todo su ejército en la vecindad inmediata de Ática violando así los acuerdos realizados con nosotros, place al Consejo y al pueblo enviarle un heraldo y embajadores para solicitarle concluir una tregua, a fin de que el pueblo delibere en la medida de lo posible; ya que éste ha decidido ahora no intervenir en caso de una actitud moderada de Filipo. Han sido designados dentro del Consejo: Nearcos, hijo de Sosínomos, y Polícrates, hijo de Eupifrón; y como heraldo, escogido entre el pueblo, Eunomos de Anaflictos.»

»Lee también las respuestas: (60).

RESPUESTA A LOS ATENIENSES

«Filipo, Rey de Macedonia, al Consejo y al pueblo ateniense, salud. La actitud que, desde principio sostenéis en lo que a mí se refiere, no me es desconocida, como tampoco la actividad que demostráis en el deseo de aproximar a vosotros a los tesalios, los tebanos y también a los beocios. Como estos pueblos son más prudentes, rehusan hacer depender su actitud de la vuestra y se atienen sólo a su interés; pero ahora me habéis enviado embajadores y un heraldo os acordáis de los tratados y solicitáis una tregua, cuando nosotros no os hemos hecho ningún daño; no obstante, yo, después de haber escuchado a los embajadores acepto esta invitación y estoy dispuesto a concluir una tre-

gua en el caso de que separéis de vosotros a quienes os dan malos consejos y les castigéis con la pérdida que merezcan. Portaos bien (61).»

RESPUESTA A LOS TEBANOS

«Filipo, Rey de Macedonia, al Consejo y al pueblo tebanos, salud. He recibido la carta mediante la cual renováis el acuerdo y la paz conmigo. Sé, no obstante, que los atenienses despliegan cerca de vosotros una gran actividad, llevados del deseo de veros acceder a sus invitaciones. Antes yo os acusaba de estar próximos a ceder a las esperanzas que ellos os ofrecían, de uniros a su actitud. Pero ahora reconozco que os gusta más buscar la manera de conservar la paz con nosotros que seguir la opinión de otros; estoy contento y os alabo por ello por muchas razones. Principalmente porque habéis tomado sobre este punto una decisión más segura y por el hecho de que sentís devoción hacia nosotros. Esto, así lo espero, no tendrá poca importancia para vosotros si os mantenéis en estas disposiciones. Portaos bien.»

»Después de haber excitado así, una contra otra, a las ciudades, por intermedio de esas personas, animado por esos decretos y esas respuestas, Filipo había llegado con sus fuerzas; ocupó Elatea pensando que, aun en el caso de que algo ocurriera, los tebanos y nosotros no nos pondríamos de acuerdo todavía. Por otra parte vosotros conocéis todo el enloquecimiento que hubo entonces en Atenas. Escuchad, sin embargo, algunas palabras, justamente las necesarias.

»Era ya tarde, y llegó un hombre para anunciar a los pritanos que Elatea había sido ocupada. En seguida se levantaron, interrumpiendo su cena (62), y mientras unos echaban a los de los puestos de la plaza y prendían fuego a los mimbres, los otros se iban a buscar a los estrategos y llamaban al trompeta. En la ciudad todo era

confusión. Al día siguiente, al salir el sol, los pritanos convocaron al Consejo, vosotros os dirigisteis a la Asamblea y, antes de que aquél hubiese terminado de deliberar y tomado resoluciones previas, todo el mundo estaba allá arriba sentado.

»Llegó luego el Consejo, anunciaron los pritanos lo que les había sido comunicado, introdujeron al mensajero y habló éste, y después preguntó el heraldo: «¿Quién quiere hablar?» Y no se presentaba nadie.

»Aunque el heraldo lo repitió varias veces, siguió sin levantarse nadie, a pesar de que se hallaban presentes todos los estrategos y todos los políticos, y a pesar de que la Patria llamaba a quien quisiera hablar para salvarla. Porque las palabras que según la Ley pronuncia el heraldo, es justo considerarlas como la voz de la Patria común. Sin embargo, si hubiera sido preciso que se presentasen los que querían la salvación de la ciudad, todos vosotros os habríais alzado y dirigido a la tribuna, porque sé que todos deseabais que se salvara; si hubiesen hecho falta los más acaudalados, se habrían presentado los Trescientos y si se hubieran requerido personas ricas y patriotas a un tiempo, hubiesen acudido los que después se desprendieron de aquellos grandes conativos; rasgo que les fué posible tanto por su riqueza como por su buena voluntad.

»Mas, según parece, la ocasión requería a un hombre no sólo opulento y buen ciudadano, sino también enterado del desarrollo de los hechos desde un principio y que hubiera reflexionado rectamente acerca de los motivos y fines de Filipo. Porque quien no conociese ni hubiera estudiado cuidadosamente la situación desde tiempos atrás, no por ser rico ni patriota iba a saber mejor qué era necesario hacer o poder aconsejarlos. Pues bien, el que demostró aquel día hallarse en tales condiciones fui yo; me presenté y os dije las siguientes palabras, que os ruego me escuchéis con atención por dos razones: en primer lugar, para que veáis cómo fui yo el único de los oradores y políticos que no abandoné en los peligros el lugar en que me había apostado mi amor patrio, antes bien, se me vió allí, hablando y proponiendo lo que convenía hacer para defenderos en instante tan crítico; y en segundo lugar, para que sólo con dedicar un poco de

tiempo a escucharme, conozcáis mucho mejor en lo sucesivo toda nuestra política.

»He aquí, pues, lo que yo dije (63): «Toços los que están enloquecidos creyendo que los tebanos han admitido a Filipo, desconocen a mi entender la situación presente, ya que si así fuera, oiríamos decir que no está en Elatea, sino encima ya de nuestras fronteras. Por otra parte, que él ha venido para tener a Tebas a su disposición lo sé con certeza. Cuál es la situación, çícen aún, aprendedla de mí. Filipo se ha reconciliado ya con todos los tebanos, a los que ha podido ganar a precio de oro, o bien engañar; pero aquellos que, desde un principio, le han presentado obstáculos y que aún hoy se oponen a él, çe ningún modo ha podido persuadirlos. ¿Cuál es su fin, y por qué motivos ha ocupado Elatea? Quiere demostrar sus fuerzas y disponer su armada en la vecindad para excitar la audacia de sus amigos y asustar a los que se le oponen, a fin de que el miedo les haga acceder a lo que ahora rechazan, o bien que sean obligaços a ello por la fuerza. Pues si en este momento, digo, decidimos acordarnos de lo que los tebanos hayan podido hacernos de desagradable (64) y desconfiar çe ellos juzgándolos del partido enemigo, en primer lugar haremos lo que Filipo desea, y después, temo que sus adversarios actuales los acojan, que todos tomen unánimemente el partido de Filipo y que los dos Estaços marchen contra Ática. Pero si me escucháis en lugar de criticar el objeto de mi discurso, creo que os parecerá que empleo un lenguaje oportuno y que podría apartar de nuestro país el peligro de que está amenazado.

»¿Qué es, pues, lo que yo juzgo necesario? En primer lugar, disminuir nuestros temores presentes; después, cambiar de dirección y ayudar a los tebanos (ya que ellos están más cerca que nosotros del peligro). Luego hacer marchar hacia Eleusis a los hombres disponibles (65) y a la caballería y demostrar a todo el mundo que vosotros salís en persona, con las armas, a fin de que vuestros partidarios de Tebas tengan igual libertad para hablar de justicia cuancò ellos sepan que si las gentes que quieren vender la Patria a Filipo tienen en Elatea un ejército para sostenerlos, los que quieren combatir por la libertad os encuentran también a su disposición y

que vosotros los sostendréis en su marcha contra aquéllos. Después aconsejo la elección de diez embajadores, a los que se darán plenos poderes para fijar de acuerdo con los estrategos la fecha de su salida para Tebas, y la demostración militar. Una vez hayan llegado a Tebas, ¿cuáles son los consejos que doy para su conducta? Prestadme sobre este punto mucha atención. No pedir nada a los tebanos (sería vergonzoso en estas circunstancias), prometerles nuestra ayuda si la desean, juzgando que están en una situación extremadamente crítica y que nosotros prevenimos el futuro mejor que ellos. De manera que si ellos aceptan nuestro ofrecimiento, habremos efectuado lo que queríamos y lo que es digno de nuestro país; y si por casualidad no llegamos a este resultado, no tendrán que reprocharse más que a ellos mismos, ya que nosotros no habremos hecho nada vergonzoso ni de baja clase.»

»Después de pronunciar estas palabras y otras parecidas, descendí de la tribuna. Todos se mostraron de acuerdo, sin que nadie tuviese nada que objetar. Pero no me limité a hablar sin proponer, ni a proponer sin tomar parte en la embajada, ni a ser embajador sin poder convencer a los tebanos, sino que lo hice todo, desde el principio al fin, entregándome por entero a vuestro servicio frente a los peligros que cercaban a la República. *(Al escribano.)* Léeme el decreto que se aprobó entonces. ¿Qué quieres, pues, que diga, Esquines? ¿Quién fuiste tú y quién fuí yo en aquel día? Yo un Bátalo (66), sobrenombre que me darías con intención injuriosa y ofensiva, y tú, no ya un héroe cualquiera, sino uno de los del teatro, Cresifontes, o Creonte, o Enómao, cuyo papel destrozaste de mala manera en Colito. Pues bien, entonces yo, Bátalo de Paiania, contraí mayores méritos para con la Patria que tú, Enómao Cotócida, que no serviste para nada útil en tanto yo cumplía con todos los deberes del buen ciudadano. *(Nuevamente al escriba):* Lee el Decreto.

DECRETO DE DEMÓSTENES

«Bajo el arcontado de Nausicles (67), ejerciendo la pritanía la tribu Aiantis, el 16 de

Skiropori6n, proposici6n de Dem6stenes de Paiania, hijo de Dem6stenes: Considerando que Filipo de Macedonia ha violado en el pasado abiertamente el tratado de paz concluido con el pueblo ateniense; que ha olvidado los juramentos y las reglas de justicia admitidas para todos los griegos; que se apodera de ciudades que no le pertenecen; que ha tomado a viva fuerza algunas ciudades pertenecientes a los atenienses, sin haber partido antes ninguna provocaci6n por parte de estos pueblos, y que en la actualidad va desarrollando cada vez m6s violencia y crueldad; que pone guarniciones en ciertas ciudades griegas, derroca las constituciones creando otras diferentes; estableciendo en ciertos lugares, en lugar de griegos, a b6rbaros que enloquecen a los pies del santuario y de las tumbas; se mueve, por otra parte, conforme a las costumbres de su pa6s y de su propio car6cter, aprovechando hasta la saciedad su fuerza actual, olvidando que su principio es humilde. Mientras el pueblo ateniense vi6 c6mo se apoderaba de ciudades b6rbaras que le pertenecian pensaba que estas insolencias tenian poca importancia; pero al ver c6mo ultrajaba a las ciudades griegas y destruia otras, juzg6 escandaloso e indigno de la gloria de sus antepasados dejar que los griegos fuesen reducidos a la esclavitud. Esta es la raz6n por la cual el Consejo y el pueblo ateniense han decidido lo que sigue: Se har6n rogativas y sacrificios a los dioses y a los h6roes soberanos de la ciudad y de la tierra atenienses; se evocar6 el valor de los antepasados porque ellos supieron guardar mejor la libertad de los griegos que su propia patria; se har6n a la mar doscientos barcos, y el convoy partir6 hacia las Term6pilas; el estratego y el hiparco llevar6n las fuerzas de a pie y a caballo a Eleusis. Se enviar6n embajadores a los dem6s griegos, ante todo a los tebanos, porque Filipo est6 muy cerca de su pa6s. Se invitar6 a los tebanos a no temer a Filipo y a man-

tenerse firmes por su libertad y la de los demás griegos; se les dirá que el pueblo ateniense, sin rencor por las diferencias que hayan podido tener las dos ciudades, los sostendrá con armas y dinero; ya que sabe que si es bueno para ellos, entre los griegos, disputarse la hegemonía, obedecer a un hombre de otra raza y privarse con ello de la hegemonía es indigno de la gloria de los griegos y de las virtudes de los antepasados. Por otra parte, el pueblo ateniense no juzga al pueblo tebano extranjero ni por la sangre ni por la raza. Recuerda también los servicios hechos por sus antepasados a los de los tebanos. Han recogido en su patria a los heracles, que los peloponenses querían despojar, y han triunfado por las armas sobre los que querían marchar contra los descendientes de Filipo; hemos acogido a Egipto y a sus compañeros de exilio; y hemos hecho otros muchos actos de benevolencia y de gloria en favor de los tebanos. Por lo que ahora el pueblo ateniense no abandona los intereses de los tebanos y de los demás griegos. Se concluirá una alianza; se acordará el derecho de casamiento recíproco y se cambiarán juramentos. Embajadores: Demóstenes de Paiania, hijo de Demóstenes. Hypérides, de Sfetos, hijo de Ceandros. Mnesitoides de Frearrooi, hijo de Antifanes. Demócrates de Plya, hijo de Sofilos. Clalaíscros de Cotokidai, hijo de Diotmos.»

»Aquél fué el principio y primer fundamento de las nuevas relaciones con Tebas, mientras antes habían reinado el odio, la enemistad y la desconfianza entre ambas ciudades por culpa de estos individuos.

»El Decreto hizo que se alejara «como un nubarrón», el peligro que se cernía sobre la ciudad. El buen ciudadano estaba, pues, obligado a manifestar entonces públicamente su opinión, si se le ocurría algo más acertado que aquello, y no ahora a censurarlo. Porque consejero (68) y sicofante, que por lo demás no se parecen absolutamente en nada, difieren entre sí sobre todo en lo

siguiente: el primero opina antes de los hechos, y con ello se expone a merced de la Fortuna y los eventos, y se hace responsable ante los que siguen su consejo o ante cualquier otro ciudadano. El otro, en cambio, calla cuando debería hablar, y si sucede algo desfavorable, basa en ello sus calumnias. Aquél era, como digo, el momento del hombre amante de su ciudad y de las palabras juiciosas. Por mi parte, llego a tal punto en mis concesiones, que si se me puec'e indicar, incluso ahora, algo mejor, o simplemente distinto, que pudo acordarse en vez de lo que yo propuse, reconoceré haber errado. En efecto, si hay alguna medida que alguien vea que habría sido conveniente adoptar entonces, yo mismo confieso que no debió haberseme pasado por alto; pero si no la hay ni la había, ni nadie podría demostrarla ni aun en el día de hoy, ¿qué podría hacer el consejero sino elegir el mejor partido entre los que se presentaban y resultaban viables? Pues eso es lo que hice, Esquines, cuando el heraldo preguntaba: «¿Quién quiere hablar?», pero no «¿Quién quiere censurar las actuaciones pasadas?», ni «¿Quién quiere garantizar el porvenir?»

»Y mientras tú entonces te quedabas sentado en las asambleas sin despegar los labios, era yo quien subía a la tribuna y tomaba la palabra. Pero ya que no entonces, muéstranoslo ahora: di, ¿qué palabras omití de las que debían pronunciarse, qué ocasión ventajosa para la ciudad desperdicié, qué alianza, qué empresa a la que fuese necesario conducir a éstos?

»Además, los hechos pasados los abandona siempre todo el mundo y nadie entabla jamás debate acerca de ellos. Son el porvenir y el presente los que requieren un consejero firme en su puesto.

»Entonces nos amenazaban unos peligros, según parecía, y otros eran ya una realidad; pues bien, consid'era cuál fué mi actuación política en tales momentos y no me acuses por el resultado final. El éxito de todas las cosas depende de la voluntad divina; pero la conducta del consejero es la única que pone de relieve su modo de ser. No consideres, pues, falta mía la circunstancia de que Filipo venciera en la batalla, porque la decisión de ésta se hallaba en manos de la Divinidad, no en las mías. Mas si crees que no tomé todas las medidas posi-

bles en lo humano, o que no obré recta y diligentemente desplegando una actividad superior a mis fuerzas, o que mi actuación no fué honrosa, digna de la ciudad y necesaria, demuéstrelame ante todo, y después puedes acusarme. Si sobrevino un huracán o tempestad de violencia superior, no sólo a nuestro poder, sino al de todos los helenos, ¿qué se podía hacer? Es como si a un armador, que ha tomado toda clase de disposiciones para la seguridad de su nave, con las que creía poder hacer frente a cualquier peligro, se ve sorprendido por una tormenta que le avería o inutiliza el navío, se le echase la culpa del naufragio. «Yo no pilotaba el barco», diría. Pues tampoco yo mandaba el ejército ni era dueño de la Fortuna, sino ella de todo. Razona, pues, Esquines, y considera: si aun luchando con los tebanos quiso tal resultado el Destino, ¿qué habría sido de esperar si ni siquiera los hubiésemos tenido como aliados nosotros, sino Filipo. de lo que éste intentó en todos los tonos persuadirles? Si habiéndose dado la batalla a tres días de camino del Ática fué tal el peligro y el pánico en la ciudad, ¿qué es de pensar que habría ocurrido si la misma catástrofe se hubiese producido dentro del país? ¿No te das cuenta de que así un día, dos, tres días de demora permitieron detenerse, concentrarse, tomar aliento adoptar en fin muchas otras medidas para la seguridad de la ciudad? ¿Y en caso contrario...? No quiero hablar de lo que no ocurrió por misericordia de algún dios y porque la ciudad se defendió con esa misma alianza que tú censuras.

»Todos estos argumentos, al menos la mayor parte, los expongo para vosotros, jueces, y para los asistentes que afuera escuchan; ya que para este individuo repugnante son suficientes algunas palabras breves y claras. Si el porvenir era evidente para ti. Esquines, para ti sólo entre todos, cuando la ciudad deliberaba acerca de ese individuo, era entonces cuando debiste advertir. Si no sabías nada entonces, eras responsable de la misma ignorancia que los demás. Así pues, ¿cómo me acusas de esto cuando yo no te acuso? Ya que en los mismos acontecimientos de que estoy hablando (y aun no trato de otros), yo he sido un ciudadano tan superior a ti que me he ofrecido para lo que parecía útil a todos, sin va-

cilar ante ningún riesgo personal, sin tener en cuenta nada, mientras tú no has hecho mejores proposiciones que las mías (ya que entonces éstas no se hubieran adoptado), y no te has mostrado útil en nada para la ejecución de ellas; la experiencia ha reconocido que en el mismo momento que Aristócrates en Naxos y Aristóleos en Tasos, los enemigos irreconciliables de nuestro país, ponen en juego a los enemigos de Atenas es cuando Esquines acusa a Demóstenes.

»Ahora bien, cuando uno se aprovecha de las desgracias de los griegos para alcanzar reputación, merece más pronto morir que acusar a otro; cualquiera que haya sacado iguales ventajas que los enemigos de su país no puede ser devoto a su Patria. Tú te das a conocer con tu vida, con tus acciones, con tu política e incluso con tu alejamiento de la política. ¿Haces alguna cosa que parezca sernos útil? Esquines mudo, ¿hay algún obstáculo y ocurre lo que parece que no debería haber llegado? Esquines está presente. Ocurre lo mismo con las fracturas y los esguinces del cuerpo, que se revelan sobre todo cuando el cuerpo está aquejado de algún mal.

»Y ya que tanto insiste acerca de lo sucedido, voy a permitirme una especie de paradoja. Que nadie, ¡por Zeus y los dioses!, se extrañe de mi aparente exageración; antes bien, escuchad con benevolencia lo que voy a decir.

»Incluso en el caso de que todos hubiesen previsto y sabido de antemano que tú, que ni abriste la boca, hubieses chillado y vociferado advirtiéndolo y protestando, ni aun así debía haber renunciado la ciudad a la empresa, si en algo le preocupaban el honor, los antepasados y el porvenir de su posteridad. Ahora parece haber fracasado de su cometido, cosa común a todos los hombres cuando tal es la voluntad divina. Pero, en caso contrario, si después de aspirar a la hegemonía helénica, hubiese cedido este privilegio a Filippo, se le habría acusado de traición para con todos. Y de haber renunciado sin lucha a aquello por lo cual no hay peligro que no hayan afrontado nuestros mayores, ¿quién no te habría escupido con desprecio? Sí, a ti; no a la ciudad ni a mí. ¿Con qué ojos, ¡por Zeus!, miraríamos a los hombres que llegasen a la ciudad si, habiendo terminado todo como

en realidad terminó, con el nombramiento de Filipo como jefe y señor de todos, se hubiesen encargado otros pueblos y no nosotros de procurar impedir que tal cosa sucediera, y eso cuando jamás en el curso de la Historia ha preferido la República la seguridad con infamia a los peligros en defensa del honor?

»¿Quién de los helenos o de los bárbaros no sabe que tanto los tebanos como los lacedemonios, que llegaron a ser una gran potencia antes que aquéllos, o el Rey de Persia, habrían permitido con sumo gusto y agradecimiento que la ciudad tomara cuanto quisiese, conservando lo suyo, con tal de obedecer las órdenes y dejar a otro la hegemonía de los helenos? Pero, según parece, esa forma de proceder no respondía a la tradición ni al carácter de los atenienses, ni la consideraban tolerable, ni jamás, desde los más remotos tiempos, pudo nadie persuadir a la ciudad para que, unida a los pueblos poderosos pero que proceden con injusticia, sirviera sin peligro; al contrario, toda su vida la ha pasado en continuo riesgo y lucha por la supremacía, el honor y la gloria. Juzgáis esta conducta tan noble y tan conforme a vuestro carácter, que alabáis a vuestros antepasados que obraron de este modo. Y tenéis razón. ¿Quién no admira, en efecto, el coraje de esos hombres que aceptaron abandonar su país y su ciudad, que montaron en sus trieras para no obedecer órdenes, que eligieron por estratego a Temístocles, el cual les dió su consejo, y lapidó a Kirsilos (69) que había recibido orden de obedecer a la intimidación (y no a él sólo, sino también a su mujer, lapidada por las vuestras)? Los atenienses de entonces no buscaban orador o estratego que les procurase una servidumbre honrosa; no se juzgaban dignos de vivir si no les era permitido hacerlo en plena libertad. Cada uno de ellos pensaba que no había nacido sólo para su padre, sino para su patria. ¿Cuál es la diferencia? El que cree sólo haber nacido para sus padres, espera la muerte fijada por el Destino y lo que viene por azar; el que se cree nacido incluso para su patria, para no verla en la esclavitud, aceptará morir y juzgará más temibles que la muerte los ultrajes y el deshonor que se deben soportar en un país esclavo.

»Si dijera que soy yo quien os ha inspirado los sen-

timientos dignos de vuestros antepasados, no existiría persona que pudiera censurarme. Mas yo pruebo que estas resoluciones os pertenecen; que, antes que yo, nuestro país tenía ya estos sentimientos; sin embargo, digo que tengo una parte en la ejecución de cada uno de esos actos. Pero Esquines, que acusa al conjunto de mi política y que os pide que os mostréis severos conmigo, al tenerme por responsable de las desgracias que han sucedido a nuestro país, si actualmente intenta privarme de un honor, os privará a vosotros de elogios para el porvenir. Si, en efecto, juzgando que mi política no ha sido la mejor, os pronunciáis contra Ctesifonte, parecerá que habéis cometido un error y no sufriréis los efectos de la ceguera de la Fortuna. Pero es imposible, sí, imposible que hayáis cometido un error, atenienses, tomando sobre vuestros hombros el peligro para la libertad y la salvación de todos; no por aquellos de nuestros antepasados (70) que arrojaron peligros en Maratón, por los que se alinearon en Platea, por los que combatieron en Salamina y Artemisión, por muchos otros héroes que yacen en los monumentos públicos, que la ciudad ha juzgado dignos de igual honor y sepultura, Esquines (y no sólo quienes habían triunfado, o habían alcanzado algún beneficio). Era de justicia; ya que el deber de héroes todos lo han cumplido; en cuanto a la suerte, cada cual ha tenido aquella que la Divinidad le ha querido conceder.

»Y entonces, maldita máquina de escribir, en tu deseo de privarme de honores y de los buenos deseos de mis ciudadanos, hablas aquí de trofeos, de batallas, de antiguas hazañas. ¿Qué hay en ello que sea necesario para el presente debate? Pero yo, ¡oh actor de tercer orden!, yo que aconsejo al país para que ocupe el primer lugar, ¿de quién debo tomar los sentimientos para subir a la tribuna? ¿Acaso de un hombre que hablara de manera indigna de esas hazañas? En este caso yo hubiera merecido la muerte, ya que vosotros tampoco, ciudadanos de Atenas, debéis juzgar con el mismo estado de espíritu las causas privadas que las públicas: para los contratos de la vida cotidiana es necesario contemplar las leyes y los actos particulares, mas para las cuestiones públicas es necesario considerar el prestigio de nuestros antepasados. Cada uno

de vosotros debe pensar en lo que recibe cuando entra para juzgar un proceso público con su bastón (71) y su ficha de juez del honor nacional, si por lo menos creéis que se debe proceder conforme lo hicieron nuestros antepasados.

»Pero al dejarme arrastrar a hablar de lo que hicieron nuestros antepasados, he omitido decretos y actos; voy, pues, a volver al punto de partida.

»A nuestra llegada a Tebas encontramos a los embajadores de Filipo, de los tesalios y de los aliados de éstos, y también el temor de nuestros amigos y la audacia en los de Filipo. Para demostrar que no es solamente ahora, y por interés personal, que digo esto, léeme la carta que nosotros, los embajadores, enviamos seguidamente. Y sin embargo, este individuo lleva a tal extremo los procedimientos del sicofante, que si se hizo algo que resultó oportuno, fueron las circunstancias y no yo, pretende él, su causa. Y yo, el orador y el consejero, a su juicio, no desempeñé ningún papel en lo que se hizo mediante discursos y deliberaciones y soy la única causa de los desastres que le sucedieron al ejército y en las operaciones estratégicas. ¿Podría existir un sicofante que fuese más digno de maldiciones? (*Al escribano.*) Lee la carta.

CARTA

»Cuando los tebanos hubieron reunido su Asamblea, se introdujo en primer lugar a los embajadores de nuestros adversarios, ya que ellos tenían carácter de aliados (72); subieron a la tribuna, y en sus discursos hicieron grandes elogios de Filipo, un largo informe contra vosotros, recordando cosas que jamás habíais hecho contra los tebanos. En resumen, pedían a los tebanos que pagasen los beneficios que habían recibido de Filipo y se vengaran de las injusticias cometidas por vosotros, a su voluntad, ya sea dejando pasar a vuestros adversarios para que marcharan contra vosotros, ya sea participando en la invasión del Ática; y mostraban que (según lo que ellos creían) por sus consejos, los rebaños, esclavos y otros bienes de Ática pasarían a Beocia (73), mientras los dis-

cursos que nos atribuían por adelantado harían devastar por la guerra todo cuanto se encontrara en Beocia. Añadieron a estas cosas aún otras muchas que tendían al mismo fin. Nuestra respuesta, daría mi vida entera por repetirla; pero temo que, habiendo pasado las circunstancias, creáis que los acontecimientos han desaparecido como en un diluvio y juzguéis vanos y enojosos los discursos que a esto se refieran. En todo caso, escuchad aquello de que nosotros persuadimos a los tebanos y lo que éstos respondieron. Toma esto y lee.

RESPUESTA DE LOS TEBANOS

»Después de esto, los tebanos os han llamado y os han hecho acudir. Salisteis del Ática y fuisteis a socorrerlos. Para dejar a un lado los hechos intermedios, os acogieron hasta tal punto que, encontrándose fuera de Tebas los hoplitas y sus jinetes recibieron a nuestro ejército en sus casas y dentro de la ciudad y cerca de sus niños, de sus mujeres y de lo que les era más querido. Este día los tebanos hicieron conocer al mundo tres elogios que os concedían, los más bellos de todos: uno a vuestro valor, otro a vuestra justicia y otro a vuestra virtud. Al escoger el luchar a vuestro lado antes que en contra vuestra, han reconocido que erais más intrépidos que Filipo y que vuestras pretensiones eran más justas; y al remitiros lo que entre ellos, y en todas partes, mejor se guarda, las mujeres y los niños, han demostrado que tenían confianza en vuestra virtud. En todo esto, ¡oh atenienses!, está claro que ellos habían visto con rectitud, al menos en lo que concierne a vosotros. Ya que una vez hubo entrado en la ciudad el ejército, nadie os dirigió un reproche, ni siquiera injustificado; ¡tan grande fué la virtud de que ¿isteis prueba! Colocados dos veces a su lado en las primeras batallas (74), la del río y la de invierno, os mostrasteis no sólo irreprochables, sino también extraordinarios por vuestro orden, vuestra preparación y vuestro ardor. Lo que provocó entre ellos grandes elogios para vosotros, y entre vosotros sacrificios y procesiones a los dioses. En cuanto a mí se refiere, gustosamente pregun-

taría a Esquines si en el momento en que esto ocurría y la ciudad estaba llena de espíritu de emulación, de alegría y de alabanzas se asociaba él a los sacrificios y a la satisfacción de la mayoría; o bien si se quedaba en su casa pesaroso, lamentándose, irritado ante la satisfacción pública. Si estaba presente y se hacía notar en medio de los otros, ¿no obrará ahora de manera escandalosa, o más bien sacrílega, cuando, habiendo puesto él mismo a los dioses por testigos de la bondad de sus actos, pretencé que vosotros, que habéis jurado por los dioses, votéis que esos actos no eran buenos? Si no estaba presente, ¿no merecerá mil veces la muerte, ya que sufría al contemplar lo que causaba alegría a los otros? (*Al escribano.*) Léeme también esos decretos.

DECRETOS SOBRE LOS SACRIFICIOS

»Así pues, nosotros hacíamos entonces sacrificios, en tanto que los tebanos creíanse deudores de su salvación a nosotros; la situación había dado una vuelta para las personas que, a causa de esos individuos, parecían tener pronto necesidad de socorro, de manera que ellos mismos llevaban socorros a otros gracias al hecho de que os habíais dejado persuadir por mí. Pero de todas maneras, mediante las cartas que Filipo enviaba al Peloponeso, vais a daros cuenta del tono que empleaba y de lo que ocurrió tras esto. (*Al escribano.*) Coge las cartas y léelas a fin de que sepáis mis viajes en todos sentidos, mis fatigas y mis numerosos Decretos, de los que Esquines siempre se ha burlado, y cuáles han sido sus resultados.

»Sin embargo, hay entre vosotros y antes que yo, ¡oh atenienses!, muchos oradores célebres e importantes: el ilustre Calístratos, Aristofón, Quéfalos, Trasíbulo, y mil otros; no obstante, jamás ninguno de ellos se ha consagrado al Estado por cualquier tarea y sin interrupción; uno escribía decretos, pero no salía en embajada; otro iba en embajada, pero no escribía decretos. Cada uno se concedía algún descanso y, en caso de incidente, alguna escapatoria. «*Y bien* — exclamará alguien —, ¿tienes tanta fuerza y audacia que puedas hacerlo todo por ti

solo?» No es esto lo que yo digo; pero estaba tan convencido (75) de la importancia del peligro que había sorprendido a nuestro país, que me parecía que este convencimiento no me dejaba ningún lugar ni ningún cuidado para mi seguridad personal, y que uno debiera sentirse muy contento si alguien dejaba que nada escapara y hacía todo lo que era necesario para ello. En lo que a mí se refiere, estaba convencido, tal vez tontamente, pero convencido a pesar de todo, de que ningún autor de proposiciones, ningún hombre de acción, ningún embajador, podía escribir, actuar, negociar con mayor actividad y sentido de la justicia que yo. Por esta razón me colocaba en todos los lugares. Lee las cartas de Filipo.

CARTAS

»He aquí, pues, la situación en que mi política ha colocado a Filipo; he aquí el tono que tomaba cuando anteriormente pronunciaba discursos alocaces. Por todo esto, justo sería que los ciudadanos aquí presentes me otorgasen una corona; y tú que aquí estás, no te oponías cuando Diónidas (76), que hizo la denuncia, no obtuvo ni el mínimum legal de votos. (*Al escribano.*) Léeme estos Decretos que han sido acordados y no habían incluso motivado denuncia alguna por parte de este individuo.

DECRETOS

»Estos decretos, ¡oh atenienses!, comprenden las mismas palabras y los mismos términos que los que anteriormente Aristofánicos había propuesto y que, en el caso actual, ha propuesto Ctesifonte, que está ante vosotros. A éstos, Esquines, no los has atacado ni se ha unido como acusador a quien se lamentaba. Y por lo tanto, tendría mayores razones para perseguir en aquel tiempo a Demmomeles, el autor de esta proposición, y a Hipérides, si al menos su acusación actual contra mí es verídica. que para acusar al hombre que veis aquí. ¿Por qué? La

razón es que este hombre aquí presente puede acusar a esas decisiones judiciales, mientras que Esquines no puede acusar lo que en un tiempo realizó, ya que las Leyes prohíben acusar sobre hechos de esta clase y otros argumentos. Otras veces, por el contrario, la cuestión habría sido juzgada por ella misma, sin referirse a hechos pasados. Pero entonces era imposible, me imagino, escoger para calumniar, como se hace ahora, entre tantas fechas antiguas, viejos Decretos de los que nunca podría creerse que se hablara hoy; trastornar la cronología y substituir, para los acontecimientos, con falsos motivos a los verdaderos, a fin de poder decir alguna cosa. Era entonces imposible; apoyándose sobre la verdad, al lado de los mismos acontecimientos, cuando aún los recordáis y casi puede decirse que tenéis la mano en ellos, es como todos los discursos son pronunciados. Éste es el motivo por el que ha evitado las demostraciones contemporáneas de los acontecimientos y viene ahora, figurándose, según creo, que hacéis un concurso de oradores en lugar de una investigación sobre hechos políticos, y que el veredicto recaerá sobre los discursos, no sobre el interés del Estado.

»Después él se hace el sofista: conviene, pretende, que no tengáis en cuenta la opinión que, viniendo de vosotros, tenéis sobre nosotros; cuando calculáis figurándoos que alguien retiene un excedente, si les apretamos apuran la cuenta y no queda ningún excedente, abandonáis vuestra opinión; por lo mismo convendría que ahora os rindiéis a la evidencia del razonamiento. Ved lo frágil que es, naturalmente, todo lo que no se hace según justicia. En efecto, precisamente con este hábil ejemplo ha reconocido que ahora por lo menos nosotros hablamos, yo por la Patria y él por Filipo, ya que él no buscaría cambiar vuestra convicción si ésta no fuera ya la opinión que tenéis establecida sobre cada uno de nosotros. Por otra parte, que su lenguaje no está conforme con la justicia cuando pide que cambiéis de opinión, voy a demostrarlo fácilmente recordándoos cada hecho en pocas palabras, a la vez que hallo entre quienes me escucháis, al mismo tiempo, inspectores y testigos. Pues mi política, que este individuo acusa, ha hecho que los tebanos, en lugar de acompañar a Filipo en la invasión de nuestro país, como todo el mundo creía, se colocaran a vuestro lado y lo

detuvieran; en lugar de que la guerra pasara al Ática, se desarrolló a setecientos estadios de nuestra ciudad, en las fronteras de Beocia; en lugar de que los corsarios nos pillasen a la salida de Eubea, el Ática ha conocido durante toda la guerra la paz por el lado del mar; en lugar de que Filippo fuese el dueño del Helesponto, con la toma de Bizancio, los bizantinos han combatido contra él a nuestro lado: ¿La cuenta de los hechos te parece comparable a una cuenta de tantos? ¿O bien debe hacerse de esto tabla rasa en lugar de conservar los medios para un recuerdo eterno? Y no añado más, únicamente que de la crueldad que puede observarse allí donde de un solo golpe Filippo se hizo el dueño, a otros es a quienes les ha llegado el turno de hacer su experiencia, en tanto que de la humanidad de que hipócritamente se disfrazaba para el desarrollo de sus asuntos, sois vosotros (y lo habéis hecho bien) quienes habéis recogido los frutos. Pero de esto dejo. Y por otra parte, no vacilaré en deciros que quien quisiera examinar con justicia, sin hacer el sicofante, quien fuera orador, no lanzaría una acusación como la tuya de hace un instante, imaginando ejemplos, parodiando expresiones y actitudes, que temía la suerte de Grecia, que he empleado esta expresión y no otra, que he alargado el brazo por aquí y no por allá; apoyándose sobre los mismos hechos, examinaría qué recursos y qué fuerzas tenía nuestra ciudad cuando llegué a ocupar cargos, lo que he aportado con mi actividad y cuál era la situación de nuestros adversarios. Después, si he debilitado nuestras fuerzas, mostraría que es una falta mía; si las he acrecentado considerablemente, no haría falta el sicofante. Ya que tú has ocultado esto, lo haré yo. Comprobad si la justicia está en mi discurso.

»Como fuerzas, nuestro país tenía a los habitantes de las islas, aunque no a todos, pero sí a los más débiles (ni Quío ni Rodas ni Corcira estaban con nosotros); como contribuciones en dinero, alrededor de unos cuarenta y cinco talentos, y aun dados por anticipado; como hoplitas, como jinetes, fuera de nuestros contingentes, a nadie. Y lo más peligroso y a la vez más favorable a nuestros enemigos, era que esa gente había llevado a todos nuestros vecinos los megarios, tebanos y eubeos más cerca del odio que de la amistad. Tal era, pues, la situación inicial

de nuestro país y nadie podría argüir nada en contra de esto. La situación de Filipo, contra quien nosotros luchamos, examinadla: en primer lugar, únicamente él mandaba, era el dueño absoluto de los que le seguían (lo que es muy importante para llevar una guerra); después, esas gentes tenían siempre las armas en la mano; luego tenía dinero en abundancia, y hacía lo que quería sin anunciarlo en los Decretos, sin deliberar públicamente, sin ser arrastrado por los sicofantes, sin incurrir en acusaciones de ilegalidad, sin dar cuentas a nadie, absolutamente solo, dueño, jefe y soberano de todo. Y yo, que tomé partido contra él (he aquí lo que es justo examinar), ¿de qué era dueño? De nada. En efecto, desde un principio, la facultad misma de hablar al pueblo era el único derecho que tenía, vosotros la concedisteis a los partidarios de Filipo en mayor medida que a mí, y cada vez que ellos me superaban (cosa frecuente, sea el motivo que fuere en cada caso), os separabais luego de haber deliberado en interés de vuestros enemigos. Sin embargo, yo, con tales desventajas, os logré como aliados a Eubea, Acaya, Corinto, Tebas, Megara, Léucada, Corcira, lo que os ha hecho reunir quince mil mercenarios y dos mil jinetes, sin contar las fuerzas nacionales; y respecto al dinero, he obtenido las contribuciones más fuertes que ha sido posible. Y ya que hablas, Esquines, de reivindicaciones respecto a Tebas, Bizancio y Eubea, y que discutes ahora sobre la igualdad de los derechos, desde el principio desconoces que de estas trieras que en otro tiempo han combatió por Grecia y que eran trescientas en total, nuestro país había sufragado los gastos de doscientas; agradeciendo a los dioses que, en el peligro común que amenazaba a Grecia, él sólo había procurado dos veces más que los otros para la salvación de todos. Después de esto, dirige vanas lisonjas a los ciudadanos, para hacer el sicofante a mis expensas. Porque ahora es cuando dices lo que se debería haber hecho, mientras que en otro tiempo, residiendo en Atenas, presente en las Asambleas, no proponías nada, al menos cuando las circunstancias lo toleraban, en medio de las cuales era necesario no hacer todo lo que queríamos, sino aceptar lo que permitían los acontecimientos. Ya que el subastador, que hubiera acogido rápidamente lo que

nosotros habríamos propuesto y les habría dado dinero, estaba preparado hacía tiempo.

»Pero ya que ahora se me acusa de lo que ha pasado, si entonces yo hubiera discutido minuciosamente sobre estos puntos y si entonces los Estados en cuestión estaban repartidos para asociarse a Filipo, si éste se había convertido en dueño, a la vez que de Eubea, de Tebas, de Bizancio, ¿qué creéis que dirían actualmente de esto los impíos? Que estas gentes han sido cazadas, cuanto querían estar al lado nuestro, y además: «Filipo, gracias a los bizantinos, ha sido el dueño del Helesponto y es el árbitro de la ruta del trigo hacia Grecia gracias a los tebanos; una pesada guerra ha sido llevada a las fronteras del Ática; el mar está bloqueado por los corsarios que salen de Eubea.» ¿No sería esto lo que dirían, y aun otras muchas cosas? Es siempre cosa viciosa, ¡oh atenienses!, hacer el sicofante; sí, viciosa, envidiosa y mezquina; además, por naturaleza, este hombre es un zorro que, desde el principio, nunca ha hecho nada bueno y generoso, un mono trágico, un onocrotalio campesino, una falsa moneda de orador. ¿En qué tu elocuencia ha servido a la Patria? Es como si un médico, al visitar a sus clientes enfermos, no les indicase ni recetase ningún remedio para sus males, y muerto alguno de ellos, al celebrarse las honras fúnebres, siguiera el cortejo hasta el sepulcro enumerando: «Si el hombre hubiera hecho tal cosa o tal otra, no habría muerto.» «¡Estúpido! ¿Y es ahora cuando lo dices?»

»Y en cuanto a la derrota que mencionas ufanamente cuando debías, maldito, deplorarla, reconoceréis que no la ha sufrido la ciudad por ninguna falta imputable a mí. Considerad del siguiente modo: Jamás de ningún lugar adonde hube sido enviado por vosotros como embajador regresé derrotado por los legados de Filipo; ni de Tesalia, ni de Ambracia, ni de Illiria, ni de junto a los Reyes de Tracia, ni de Bizancio, ni de ninguna otra parte, ni en fin, tampoco de Tebas, sino que dondequiera que sus embajadores resultaron vencidos por mi palabra, allá iba él con su ejército para imponerse por la fuerza. Eso es lo que me reprochas, y no te da vergüenza mostrarme de mí a causa de mi debilidad, mientras por otra parte querías que yo, un hombre solo, y sin más armas

que la palabra, hubiera triunfado del poder de un Filipo. Porque, ¿de qué otros medios era dueño yo? Ni del alma de cada uno, ni de la fortuna de los combatientes, ni del mando militar de que me pides cuentas. ¡Tanta es tu mala intención!

»Ahora bien, examinad detenidamente todas las actividades de que puede ser responsable un orador; no me opongo. ¿Cuáles son éstas? Observar el principio de los acontecimientos, prever su desarrollo y advertir a los demás. Esto lo he hecho yo. Y también evitar en lo posible las constantes demoras y vacilaciones, ignorancias y rivalidades, que son vicios fatales e inherentes a todas las Repúblicas; y, en cambio, promover la unión y concordia y excitar al cumplimiento de un deber. Asimismo he hecho todo esto, y no temo que nadie pueda jamás descubrir algún caso en que lo haya descuidado. En efecto, si se hubiera preguntado a cualquiera cuál fué el principal medio de que se valió Filipo para poder lograr sus fines, todos dirían que su ejército y las dádivas con que sobornaba a los políticos. Pues bien, de las fuerzas militares yo no era el dueño ni el jefe, de manera que no me incumbe el car cuenta de lo realizado en este aspecto. Y en lo tocante a la corrupción con dinero, soy el vencedor de Filipo. Porque, así como el que intenta comprar, si lo logra, vence al que recibe dinero, del mismo modo quien no lo ha tomado ni admitido el soborno es el vencedor del que lo ha querido seducir. Por consiguiente, en cuanto de mí depende, la ciudad está imbatida.

»Dada la manera como he contribuído a dar a Ctesifonte el derecho de hacer esta proposición a propósito de mí, he aquí, pues, aparte otras muchas razones, juntamente con otros motivos análogos, lo que hay todavía. En cuanto a vuestra contribución, voy a exponerla ahora. Inmediatamente después de la batalla, el pueblo que conocía y había visto todos mis actos, incluso colocado en medio de los peligros y de los temores, cuando hasta un error de la mayoría a propósito de mí no hubiera sido sorprendente, el pueblo, digo, votaba rápidamente mis proposiciones concernientes a la salud del Estado y todo aquello que para la defensa se realizaba, el reparto de las guarcías, las trincheras, las sumas previstas

para las fortificaciones; todo estaba regulado en mis Decretos; después, cuando el pueblo tuvo que elegir entre todos un comisario para el avituallamiento, me designó a mí con las manos levantadas. Luego, de esto, aquellos cuya tarea consistía en causarme daño, coligáronse entre sí para ello; elevaron denuncias contra mí, acciones picando cuentas, acusaciones de alta traición, en fin, todo, sin que de todos modos obraran por sí mismos, sino por mediación de personas que ellos creían más difíciles de desenmascarar (evidentemente sabéis y os acordaréis de ello, que, en los primeros tiempos, caña día estaba yo citado ante la justicia; nada hubo, ni la ceguera de Sosiscles, ni el chantaje de Filócrates, ni la furiosa locura de Diondas y Demmenlantes, ni ninguna otra cosa fué dejada de utilizar por ellos contra mí). En todos estos asuntos, y ante todo gracias a los cioses, y después gracias a vosotros y a los demás atenienses, resulté salvo. Y era de justicia; ya que un acto de esta especie se halla de acuerdo con la verdad en interés de los jueces que han prestado juramento y decidido conforme a este juramento. Así pues, cuando fuí perseguido por alta traición, cuando me absolvisteis y no disteis a los acusadores el minimum legal de votos, votasteis que mi acción era la mejor. Cuando yo salía indemne de las cencenurias, demostrábase con ello que mis proposiciones y mis discursos estaban de acuerdo con las Leyes. Cuando vosotros refrendabais mis cuentas, al mismo tiempo reconociais que yo había procedido de una manera justa y sin dejarme corromper. Siendo esto así, ¿qué nombre conveniente, qué nombre justo podía dar Ctesifonte a mis acciones, sino aquel que él observaba dado por el pueblo, por los jueces que habían prestado juramento, por la verdad que le garantizaba ante todos?

»«Sí — dice Esquines —, pero es un honor para Kefalos el no haber sido nunca objeto de acusación.» Sí, y también, ¡por Zeus!, una suerte. Pero, ¿es ésta una razón suficiente para dirigir reproches a un hombre que, habiendo sido acusado frecuentemente, nunca ha sido condenado? Y por otra parte, frente a Esquines, ¡oh atenienses!, puedo también deciros de mí mismo en qué consiste el honor de Kefalos, ya que él nunca ha intentado procesarme, jamás me ha perseguido, de

manera que por los hechos soy reconocido como tan buen ciudadano como Kefalos.

»Desde cualquier punto de vista puede uno darse cuenta del celoso odio y la ininteligencia de Esquines, pero sobre todo por lo que éste ha dicho acerca de mi destino.

»Opino que, en general, es un insensato quien, siendo hombre, echa en cara a otro su fortuna. Porque si incluso el que por más feliz se tenga y más persuadido esté de su buena suerte ignora si ésta continuará hasta la noche siguiente, ¿cómo va a ser posible hablar de ella o reprochársela a otro? Mas ya que Esquines se ha expresado con arrogancia en este punto, como en muchos otros, reflexionad, ¡oh atenienses!, y observad cuánto más sinceras y humanas que las suyas van a ser mis palabras acerca de la Fortuna.

»Yo considero feliz el destino de nuestra ciudad, y sé que así os lo ha dicho en el oráculo el Zeus de Dodona, pero desfavorable y funesto es el que ahora pesa sobre todos los hombres. Porque, ¿cuál de los helenos y los bárbaros no ha sufrido hasta el presente grandes calamidades? El haber adoptado el partido más honroso, y que nuestra situación sea mejor que la de los helenos que creyeron asegurarse la prosperidad abandonándonos, es para mí una muestra de la buena fortuna de la ciudad. Y si hemos experimentado fracasos y no nos ha salido todo como deseábamos, creo que en este punto la ciudad ha participado de la porción que nos estaba reservada en la suerte común de los humanos. Y en lo que concierne a mi fortuna particular, como a la de cada uno de vosotros, no me parece justo que se opine acerca de ella sino después de haber examinado nuestras circunstancias personales. Tal es mi opinión sobre la fortuna; opinión sencilla y razonable según creo y me figuro que también lo creéis vosotros. En cambio, él dice que mi destino particular ha determinado el de la Patria en general, ¡el mío, humilde e insignificante; el suyo, insigne y glorioso! ¿Cómo es posible que esto suceda?

»Pues bien, Esquines, si estás absolutamente dispuesto a pasar revista a mi fortuna, compárala con la tuya, y si descubres que la mía es mejor, cesa de insultarme

con ella. Examínala, digo, desde el principio; pero que nadie, ¡por Zeus!, me acuse de indelicadeza alguna. Yo reconozco que no tiene sentido alguno quien injuria a la pobreza ni el que, habiéndose criado en la opulencia, se vanagloria de ello; pero las palabras malévolas y calumniosas de este malvado, me obligan a recurrir a argumentos que emplearé con la máxima sobriedad que el tema me permita.

»A mí me tocó en suerte, Esquines, asistir siendo niño a la escuela correspondiente, disfrutar de medios que permiten no cometer ninguna bajeza por necesidad y, una vez salido de la niñez, seguir un género de vida conforme con mi educación; ser corego, trierarca y contribuyente, sin dejar de prestar ningún servicio de carácter público o privado, antes bien, siendo útil a la comunidad y a los míos. Cuando decidí dedicarme a la política, elegí tal norma de conducta en ella, que fui coronado varias veces, tanto por la Patria como por muchos de los helenos, y ni siquiera vosotros, mis enemigos, osasteis afirmar que mi corportamiento no era digno. Tal ha sido el destino que me ha acompañado siempre; mucho más podría decir, pero lo dejo aquí, no sea que a alguien le moleste mi jactancia.

»Y tú, el jactancioso, el que desprecia a los demás, escucha, en cambio, cuál ha sido tu fortuna. De niño te criaste en la mayor miseria, siempre con tu madre de guardia en la escuela, moliendo la tinta, fregando los bancos, barrienc'o el aula, desempeñando, en fin, menesteres propios de esclavo no de hijo de un ciudadano libre. Llegado a la mayor edad, cuando tu madre celebraba sus ceremonias, leías en los libros y le ayudabas en todo lo demás; por la noche revestías a los asistentes con la piel de cervato, les escanciabas, purificabas a los iniciados, les frotabas con arcilla y salvado y, haciéndoles levantarse después de la purificación, les invitabas a repetir: «Huí del mal; encontré el bien.» Te vanagloriabas también de que nadie había lanzado jamás alaric'os rituales tan potentes, y a fe que te creo, porque, ¿no pensáis que quien aquí chilla de tal modo, aullaría allí de manera brillantísima?; durante el día guiabas por las calles aquellas lucidas comitivas de coronados con hinojo y álamo blanco, oprimiendo en-

tre tus manos y alzando sobre la cabeza las serpientes parias y gritando: *evoé saboi* o danzando al son del *hyés attés, attés hyés*; eras honrado por las viejecillas con los títulos de director de coro, jefe de cortejo, portador de la hiedra, criba mística y otros semejantes, y recibías en pago a tus servicios pasteles de vino, rosquillas y melcochas; ¿quién no se consideraría con ello realmente feliz por sí mismo y por su destino? Una vez que fuiste inscrito entre los ciudadanos — por el procedimiento que fuera, que eso lo dejo, pero, en fin, fuiste inscrito —, elegiste en seguida la más honorable profesión, la de escribiente al servicio de magistrados subalternos, y cuando al fin dejaste también este empleo después de haberte dedicado a todo lo que criticas en los demás, tu vida posterior no desdijo, ¡por Zeus!, de la pasada, pues te pusiste a sueldo de aquellos actores llamados «los gimientes». Sí, Milo y Sócrates, para representar terceros papeles, mientras cosechabas, como un frutero, higos, uvas y aceitunas de los campos ajenos y sacabas más de ellos que de las funciones teatrales en que luchabais en defensa de vuestra propia vida. En efecto, había guerra abierta y sin cuartel entre vosotros y los espectadores, de los que tienes recibidos tantos golpes que con razón motejan de cobardes a quienes no se han expuesto a tales peligros. Pero, en fin, dejando de lado aquello, que podría creerse motivado por la pobreza, voy ahora a acusarte por cuanto se refiere exclusivamente a tu manera de ser. Elegiste tal línea de conducta a partir del día en que se te ocurrió actuar en la línea de política, que te permitió en los períodos de prosperidad de la Patria vivir la vida de una liebre, temiendo y temblando y esperando siempre golpes por aquello de que te reconocías culpable, mientras en las malas épocas de los demás te mostrabas arrogante ante todos. Pues bien, aquel a quien levanta el ánimo la muerte de mil conciudadanos, ¿qué castigo merece a manos de los supervivientes? Aunque me sería posible decir muchas cosas más de éste, me las callaré; pues no me parece conveniente descubrir sin más ni más todo lo torpe e innoble que podría mostraros en su persona, sino únicamente aquello que pueda mentar sin desdoro.

»Examina, pues, tranquilamente la cuestión, y sin acalorarte, ambos destinos, Esquinas, el tuyo y el mío; y después pregunta a éstos cuál de los dos hubiese preferido cada uno de ellos; tú enseñabas yo iba a la escuela; tú iniciabas en los misterios, yo era iniciado; tú eras escriba, yo miembro de la Asamblea. Tú actor de tercer orden, yo espectador. Tú fracasabas, yo silbaba. Has actuado siempre en política a favor de los enemigos, yo de la Patria. Y dejando otras consideraciones, hoy mismo se examina si yo merezco una corona, reconociendo todos que no he cometido el menor delito; y tú has de pasar por sicofante, mientras se decide si vas a seguir siéndolo en adelante o tener que dejarlo ya si no consigues la quinta parte de los sufragios. ¡Magnífica, ¿no lo ves?, es la fortuna con que has vivido! ¡Y me echas en cara la mía!

»Ea, voy a leerlos los testimonios de los servicios públicos que he prestado. Lee tú también en respuesta los versos que destrozabas: «Venga los antros de los muertos, las puertas de las tinieblas»; o bien: «Sabes que no por gusto te doy malas noticias», o, por malo, «...castíguenme en primer lugar los dioses y luego todos éstos, por ser mal ciudadano y mal tritagonista.» (*Al escribirlo.*) Lee los testimonios.

TESTIMONIOS

»He aquí, pues, lo que yo he sido frente al Estado. En las relaciones privadas, no todos lo sabéis, soy acogedor, humano, presto socorro al necesitado, pero me callo, sin decir nada de esto ni suministrar ningún testimonio, sobre las personas que he rescatado del enemigo, sobre aquellos a quienes he ayudado a cõtar a sus hijos o sobre cualquier otra cosa. En efecto, he aquí mi opinión: pienso que el obligado debe guardar un eterno recuerdo, pero el bienhechor debe olvidar inmediatamente si quiere proceder como un hombre honesto y el otro no obrar como un espíritu mezquino. Recordar las propias obras cõ bien y hablar de ellas es casi igual que injuriar. Yo nada de esto haré ni me dejaré arras-

trar a efectuarlo; la opinión que se tiene de mí a este respecto me es suficiente.

»Ahora quiero, dejando los asuntos particulares, decir algo más de la política en general. Si puedes citarme, Esquines, a algunos, sea griego o bárbaro, de los hombres que habitan bajo este sol, a quien no haya afectado en naça la hegemonía primero de Filipo y luego de Alejandro, sea, concedo que mi fortuna o infortunio, como quieras llamarlo, ha sido culpable de todo. Pero si muchos de los que jamás ni me han visto ni siquiera oído mi voz, han sufrido grandes y terribles males, y no sólo individuos, sino ciudades y pueblos enteros, ¿cuánto más justo y verdadero es considerar que la culpa la ha tenido la suerte común, por lo que se ve, de todos los hombres, y un encadenamiento de circunstancias desdichadas y adversas?

»Pero tú, desentiéndote de ello, me acusas por mi actuación política en esta ciudad, aun sabiendo que, si no en su totalidad, en parte tu acusación calumniosa recae sobre toços y especialmente sobre ti mismo. Pues si yo hubiera adoptado decisiones políticas por mi cuenta, en calidad de gobernante autocrático, podríais acusarme justamente vosotros los demás oradores. Pero si asistíais a todas las asambleas y la ciudad sometía siempre a deliberación común sus intereses, y a todos les parecían las mejores mis propuestas y particularmente a ti — pues no sería por amistad por lo que me cedías las esperanzas, popularidad y gloria que me daba entonces mi actuación, sino, evidentemente, porque te veías derrotado por la verdad y no se te ocurría nada mejor —, siendo así, ¿no es una injusticia y enormidad lo que cometes al reprocharme ahora las propuestas que no pudiste entonces mejorar con otras?

»En todos los demás pueblos, siempre he visto establecida para casos semejantes la siguiente norma: ¿Delinque alguien a sabiendas? ¡Indignación y castigo contra él! ¿Ha delinquirido sin querer? ¡Perdón para él, no castigo! ¿No ha cometido crimen ni falta alguna, se ha prestado a hacer lo que todos creían necesario y ha fracasado en todo? No es justo insultarle ni echarsele en cara, sino compartir su dolor.

»Estas normas de conducta no sólo aparecen escritas

en los preceptos legales, sino fijadas por la misma Naturaleza, como leyes naturales, en el alma de točos. Pero Esquines sobrepasa de tal modo a los demás mortales en espíritu de iniquidad y calumnia, que me acusa incluso de aquello a lo que él mismo ha denominado desgracia. Por otro lado, como si él mismo hubiera utilizado en todo el discurso franqueza y patriotismo, os decía que me cuidaseis y me observaseis, pues así evitaríais que yo os engañase; me llamaba hombre hábil, mago, sofista, etc., y como si por tomar la delantera y decir de los otros lo que se aplica a uno mismo la realidad fuera aquélla, y como si los oyentes no fuesen a examinar más que lo que de éste oían, hablaba así. Yo sé bien que mi habilidad oratoria vale esta palabra; y sin embargo, compruebo con frecuencia que la habilidad del orador depende de su auditorio; pues según la acogida que vosotros hacéis a cada cual y la simpatía que le testimoniáis, el orador pasa por inteligente. En todo caso, si tengo alguna experiencia en este dominio, hallaréis todos que se ha reconocido que esta habilidad ha obrado siempre en vuestro interés en los asuntos públicos, jamás contra vosotros, ni incluso tampoco mis actos privados. Pero la de este individuo es lo contrario; no sólo de hecho habla en favor del enemigo, sino que también habla en contra de cualquiera que le haya presentado el menor obstáculo, ya que no la utiliza conforme a la justicia o a los intereses del Estado. En efecto, el buen ciudadano no debe pedir a los jueces reunidos para un Consejo público el mantener su cólera o su odio o cualquier sentimiento de esta clase; no debe presentarse ante vosotros para satisfacerlo; no debe ante todo poseerlos en su alma; en caso de necesidad, mantenerlos dentro de los límites de la calma y la moderación. ¿En qué caso el orador y el hombre político deben dar prueba de vehemencia? En caso de que los intereses generales del Estado estén en peligro, en caso de que el pueblo tenga trabajo con sus enemigos, únicamente en este caso. He aquí, pues, el papel de un ciudadano generoso y honrado. Pero cuando se ha creído bueno no atacarme por ninguna falta pública (ni, añadiría yo, por falta privada), ni va en interés del Estado ni en

el propio interés presentarse, luego de haberse montado todas las piezas, con una acusación concerniente a la corona y a un elogio, y consagrar a un discurso un tiempo tan largo, es la prueba más clara de un odio privado, de celos y bajeza de alma, ni de ningún sentimiento honesto, y haber descuidado incluso atacarme a mí para emprenderlas ahora con este hombre aquí presente, es el colmo de la maldad.

»Esto me hace creer, Esquines, que has querido dar una muestra de tu elocuencia y de tus vocalizaciones y no el hacer castigar una falta cualquiera. Pero no es la elocuencia del orador, Esquines, lo que es cosa preciosa, ni la elección de la voz; es el hecho de ostentar los mismos ideales que la mayoría, amar a los que aman a la Patria o detestar a los que la destestan. Quien posee este estado de espíritu hablará siempre con devoción; quien lisonjea precisamente a las personas de las cuales vendrá un peligro para el país, no forma parte de la opinión de la mayoría ni espera su salvación del mismo modo. Lo contrario es lo que hago (¿lo ves?), ya que he adoptado el mismo interés que los ciudadanos aquí presentes, sin preocuparme nada especial ni particular. ¿Acaso también has hecho esto? ¿De qué modo? Una vez terminada la embajada partiste como embajador cerca de Filipo, que era entonces la causa de las desgracias ocurridas a nuestro país, y esto en tanto que delante de la gente siempre habías renunciado a su servicio. ¿Cuál es, pues, el hombre que engaña a la ciudad? ¿No es quien dice lo que no cree? ¿Contra quién pronuncia el heraldo tantas imprecaciones? ¿No es contra un hombre de esta clase? ¿Qué crimen más grave puede imputarse a un orador que no creer lo que dice? Ahora bien, se ha descubierto que eres de esta clase. ¡Y después abres la boca e intentas mirar a la cara de los ciudadanos aquí presentes! ¿Crees que ellos no saben quién eres? O bien, ¿que están tan profundamente dormidos que han olvidado los discursos que pronunciabas durante la guerra, cuando jurabas con grandes maldiciones que no existía ninguna clase de relación entre Filipo y tú, que era por causa de mi enemistad personal por lo que yo lanzaba esta acusación y que esta imputación era falsa? Tan pronto

como se tuvieron noticias de la batalla, sin preocuparte más de esto, inmediatamente confesabas estar en relaciones de amistad y de hospitalidad con Filipo, aplicando esos títulos a tu papel de asalariado. ¿Había una razón de igualdad o de justicia que hacía de Filipo un huésped, un amigo o un conocido de Esquines, hijo de Glaucotea la que tocaba el tamboril? Yo no lo veo; te vendiste para traicionar los intereses de los ciudadanos aquí presentes. A pesar de esto, cuando tú mismo te has convencido claramente de tu traición, cuando tú mismo te has denunciado al ocurrir estos acontecimientos, es a mí a quien injurias y a quien reprochas esos hechos de los que puedes encontrar sin embargo mayores responsables en cualquier parte.

»Muchas, grandes y honrosas, Esquines, son las empresas que la República ha acometido y realizado gracias a mí y de las cuales ella no se olvida. Demostración: al elegir el pueblo, recientes aún los acontecimientos, un orador que hiciera el elogio de los muertos, no te votó a ti, que habías sido propuesto, a pesar de tu buena voz; ni a Démades, que acababa de concertar la paz; ni a Hegemón ni a ningún otro de los vuestros, sino a mí. Y cuando pedisteis la palabra Pitocles y tú, y comenzasteis a insultarme y a acusarme dura e impudicamente, ¡oh Zeus y los dioses!, lo mismo que ahora tú, todavía me votaron más decididamente. El porqué no lo ignoras, pero te lo diré también: porque conocían perfectamente ambas cosas, la buena voluntad y celo con que yo actuaba en política y vuestra perversidad: pues lo que bajo juramento habíais negado cuando las cosas andaban bien, lo habéis confesado en el momento en que nuestro país ha sufrido un fracaso. Así pues, piensan entonces que las personas que habían encontrado en las desgracias públicas una seguridad para sus sentimientos, eran desde mucho tiempo antes enemigos, pero desde entonces eran nuestros enemigos declarados. Luego, decíanse, era conveniente que el orador encargado de pronunciar la oración fúnebre de los muertos y de ensalzar su valor no hubiese compartido el techo (77), ni los sacrificios de sus adversarios, que no hubiese participado allí abajo con los autores de la matanza en una fiesta con ocasión de las desgra-

cias de los griegos, antes de venir a hacerse honrar aquí; que su voz no desempeñara la comedia de las lágrimas sobre la suerte de los muertos, sino que su alma compartiera nuestro dolor. ¡Esta simpatía la observaban ellos en sí mismos y en mí, pero no en vosotros, no! Por esto ellos me han elegido y no a ti. Por otra parte, el pueblo no estuvo solo obrando así, en tanto que los padres y los hermanos de los muertos, nombrados entonces por el pueblo para ocuparse en los funerales hubiesen adoptado una actitud distinta. Ellos debían efectuar la comida fúnebre en casa del pariente más próximo de los muertos, como es costumbre en nuestro caso; ahora bien, ellos lo hicieron en mi casa. Y tuvieron razón: si por el nacimiento cada uno de éstos, individualmente, estaba más cerca que yo de cada muerto, de entre todos a la vez ninguno lo estaba más que yo; pues el hombre que había hecho más por su salud y por su interés, así como por su éxito, cuando ellos tuvieron la suerte que jamás hubieran debido tener, ése participaba más vivamente en el duelo de todos los muertos. (*Al escribano.*) Léele este epigrama que la ciudad acordó oficialmente grabar sobre su tumba; de esta manera sabrás, Esquines, una vez leído ese texto, que eres un ignorante, un sicofante, un sacrilego. Lee (78).

INSCRIPCIÓN

«Estos aquí presentes se pusieron en orden de combate, y por su parte apartaron de ella los ultrajes del enemigo. En la batalla no salvaron su vida de la muerte ni de sus temores; tomaron a Hades como árbitro de los dos partidos, para la causa de los griegos, a fin de impedir que éstos soportaran el yugo y fueran encerrados en el ultraje de la odiosa esclavitud. La tierra patria guarda en su seno los cuerpos de las víctimas de tantas pruebas, ya que es para los mortales la decisión de Zeus: de los dioses depende que no se cometa ninguna

falta y que se alcance el éxito en toda la vida; pero Zeus no ha dado al hombre la posibilidad de escapar a su destino.»

»¿Comprendes, Esquines? Está en el mismo texto: «De los dioses depende que no se cometa ninguna falta y que se alcance el éxito en toda la vida.» No atribuye al consejero el poder de ordenar el éxito en los combates, sino a los dioses. ¿Por qué, pues, maldito, me injurias a ese propósito y dices cosas que los dioses, sospecho yo, harán caer sobre tu cabeza y sobre la de los tuyos?

»Atenienses, entre las numerosas y mentirosas acusaciones que él ha lanzado, la que más me ha sorprendido es cuando, acordándose de lo que ocurrió entonces a nuestro país, no ha mostrado los sentimientos de un patriota ni de un ciudadano cabal, pues no ha llorado ni experimentado ninguna emoción de esta clase; por el contrario, elevaba con alegría la voz; evidentemente se figuraba acusarme, pero él mostraba por esa muestra que las penas del pasado no le afectaban de la misma forma en que lo hacen a los otros. Ahora bien, el hombre que pretende ser respetuoso con las Leyes y la constitución (como actualmente afirma) debe, a falta de otra cosa, tener las mismas penas y las mismas alegrías que la mayoría y no situarse, por sus preferencias políticas, en el partido de los enemigos. Sin embargo, esto es lo que has efectuado, según puede verse actualmente, cuando pretendes que yo soy la causa de todo y quien ha hecho caer a nuestro país en estas dificultades, en tanto que esto no es ni mi política ni mis preferencias, las cuales os condujeron a socorrer a los griegos por vez primera: pues si me concedéis que soy yo quien ha hecho que os opusierais al Imperio que se establecía en detrimento de los griegos, me concederéis entonces una recompensa superior a todas aquellas que vosotros habéis concedido a los demás. Pero yo no diré esto (pues entonces sería culpable ante vosotros), y vosotros, bien lo sabéis, no me lo permitiríais. Si este individuo obrara según la justicia, no intentaría, a fin de satisfacer su odio contra mí, calumniar a la más grande de vuestras glorias.

»Mas, ¿para qué criticar esto, ya que sus otras mentirosas acusaciones son aún más miserables? El hombre que me acusa de simpatía hacia Filipo, ¡oh Tierra y dioses!, ¿no es él algo que me abstendré de deciros? Y sin embargo, por Heracles y todos los dioses, si fuera necesario examinar — apartando del debate toda mentira y todo lenguaje inspirado por el odio —, ¿cuales son aquellos sobre cuya cabeza, con toda lógica y justicia, todo el mundo haría caer la responsabilidad de los acontecimientos? Encontraríais que son, en cada ciudad, los semejantes a este individuo y no los que a mí se parecen. Cuando la situación de Filipo era débil y verdaderamente pequeña, cuando nosotros dábamos numerosas advertencias y vosotros exhortasteis e indicasteis los medios de proceder de la mejor manera posible, estas personas, a fin de satisfacer su avidez personal, sacrificaban el interés común, engañaban y corrompían, cada uno de ellos a sus propios conciudadanos, hasta el momento en que hicieron de ellos unos esclavos: en Tesalia eran (79) Daochos, Kineas, Thraidos; en Arcadia, Kerkiças, Hierónimos, Eucámpidas; en Argos, Myrtis, Teledamos, Mnaseas; en la Élida, Euxiteos, Cleótimos, Aristaichmos; en Mesena, Neón y Trasilocos, hijo de Filiades el enemigo de los dioses; en Sicione, Aristratos, Epícharés; en Corinto, Deinarcos, Demaretos; en Megara, Ptoiodoros, Helixos, Pertilos; en Tebas, Timolaos, Teogeitón, Anemoitas; en Eubea, Hiparcos, Cleitarcos, Sosístratos. El día no sería suficiente para nombrar a todos los traicóres. Todas estas gentes, ¡oh atenienses!, son, cada uno en su patria, hombres de los mismos rasgos que Esquines y sus amigos, hombres impuros, aduladores, plaga del mundo, autores de la mutilación de su propia patria, gentes que hicieron desde el principio el regalo de la libertad a Filipo y ahora a Alejandro, que toman como medida de la felicidad su vientre y sus partidas vergonzosas, que han tirado a la basura la libertad y el privilegio de no tener ningún dueño, lo que era para los griegos de otras épocas la definición y la misma ley del bien.

»En esta conspiración y en esta perversidad tan vergonzosas y tan escandalosas, primeramente, ¡oh atenienses! (para hablar seriamente), en esta traición de la

libertad de los griegos, nuestro país, a juicio de todos, gracias a mi política, ninguna responsabilidad tiene, ni yo a vuestros ojos. Y tú me preguntas, ¿por qué mérito reclamo honores? Pues bien, te lo diré: en Grecia todos los hombres políticos estaban corrompidos, empezando por ti (por Filipo en principio, hoy por Alejandro). Pero a mí, ni la ocasión, ni la amabilidad de las palabras, ni la grandeza de las promesas, ni la esperanza, ni el temor, ni ninguna otra cosa, me ha hecho traicionar lo que estimaba era justo y útil para mi patria; ni en todos los consejos que he dado a los ciudadanos aquí presentes les he recomendado actuar como vosotros, parecidos a una balanza que se inclina del lado de la ganancia; con alma recta, justa, inasequible a la corrupción, he tomado la iniciativa en las más grandes acciones de mi época y en toda ella mi política ha sido sana y justa. He aquí por qué reclamo honores. En cuanto a estos trabajos de fortificaciones y de trincheras que criticas, juzgo que merecen elogio y reconocimiento; es evidente, sin embargo, que los coloco en un lugar mucho más retrasado en mi política. No he fortificado nuestra ciudad a base de piedras y ladrillos, y no es de esta acción de la que más me enorgullezco. Mis trabajos de fortificación, si quieres examinarlos con justicia, encontrarás que son las armas, los estadios, las posiciones, los puertos, los barcos, los caballos y gentes para defender a nuestros conciudadanos. He aquí las murallas que he levantado frente al Ática, tanto como sea posible calcularlo en un cálculo humano; he aquí por qué he fortificado el territorio y no el cerco del Pireo y de la ciudad. Y no he sido vencido tampoco por los cálculos de Filipo (¡tanto me da!) ni por sus preparativos, pero los generales de los aliados (80) y sus fuerzas lo han sido por la suerte. ¿Cómo demostrarlo? Clara y manifiestamente.

»Reflexionad. ¿Qué debía hacer el hombre político, el ciudadano devoto que ponía toda su previsión, su celo, su espíritu de justicia al servicio de la Patria? ¿No debía erigir a Eubea, por el lado del mar, como una muralla para Ática, igual como del lado de tierra la Beocia, y del lado del Peloponeso nuestros vecinos en esta dirección? ¿No debía prevenir y tomar medidas

para que nuestros convoyes de trigo llegasen hasta el Pireo, pasando sólo por países amigos? ¿Conservar (81), enviando socorros, haciendo discursos y proposiciones, todo lo que ya teníamos adquirido: Proconeso, Quersoneso, Ténedos? ¿Obrar de manera que el resto nos fuera favorable y aliado: Bizancio, Abisos, Eubea? ¿Suprimir las principales fuerzas del enemigo y añadir a las de nuestro país las que le faltaban? Pues todo esto ha sido hecho gracias a mi política y a mis Decretos. ¡Oh atenienses!, el que quiera examinar estos actos sin malevolencia celosa, encontrará que la concepción era justa y que la ejecución fué hecha con toña lealtad; que el momento favorable para cada uno de ellos no ha sido ni olvidado, ni desconocido, ni abandonado por mí; que no ha sido omitido nada en lo que respecta a fuerzas, aun siendo hechas por un hombre aislado. Si la potencia de una divinidad o de la Fortuna, o la impericia de los generales, o la maldad vuestra que traiciona a vuestras ciudades, o todo esto reunido, ha estropeado el conjunto de la situación hasta que ella ha cambiado completamente, ¿en qué podéis acusar a Demóstenes? Si, igual que yo entre vosotros ocupaba mi lugar, se hubiera encontrado en cada ciudad griega un hombre, sólo uno en Tesalia, sólo uno en Arcadia, sólo uno que estuviese animado de iguales sentimientos que yo, ningún griego, ni fuera ni dentro de las Termópilas, hubiese sufrido las desgracias de ahora; todos libres, independientes, en plena seguridad, sin peligro, en completa felicidad, habitarían sus patrias, y por tantos beneficios os estarían agradecidos, al igual que a los otros griegos, gracias a mí. Para haceros constar que mis palabras están por debajo de los hechos, porque desconfío de los celos, coge esto; léelo y haz conocer el número de socorros que han resultado de mis Decretos.

NÚMERO DE SOCORROS

»Ésta y otras cosas parecidas deben hacer los buenos ciudadanos, Esquines; en caso de éxito habrías sido muy grande (y debo hacer constar que a justo título); pero

ya que las cosas han ocurrido de otra manera, os queña por lo menos la gloria de que nadie se compadece de nuestro país y de su ideal, y se atribuye a la suerte que así ha decidido los acontecimientos. Pero, ¡por Zeus!, no es necesario considerarse extraño a los intereses del Estado y ponerse a sueldo de lo enemigos, preparar las ocasiones favorables para el enemigo, en lugar de las que servirían a la Patria, atacar furiosamente al hombre que ha decidido actuar, con proposiciones y discursos, de manera digna a nuestra ciudad y atenerse a su conducta; cuando alguien os ha molestado personalmente, acordarse de ello y acechar la ocasión propicia, no demostrar todavía una tranquilidad injusta y solapada (82) como frecuentemente haces.

»Existe, en efecto, una tranquilidad justa y útil a la ciudad: la que vosotros, que sois la mayoría, practicáis sin pensarlo. Pero no es esta tranquilidad la que practica este individuo; hace mucho más. Se mantiene separado de la política cuando le conviene (y frecuentemente le conviene), acecha el momento en que estáis cansados de oír al que habla sin interrupción, o el momento debido a la Fortuna o a cualquier otro disgusto (son numerosos los accidentes humanos); y entonces, en esa ocasión, sale de su tranquilidad, y como un vendaval súbito, aparece como orador; ha trabajado su voz, ha coleccionado expresiones y parrafadas; con voz clara y sin tomar aliento emprende esos discursos, que no reportan ningún provecho ni la posesión de ningún bien, sino la desgracia para un ciudadano y la vergüenza para la colectividad. Y por lo tanto, de esta preparación y de este oficio, Esquines, si provenía de un alma justa y que tenía por ideal el interés de su patria, los frutos deberían ser nobles y útiles para todos; serían alianzas de Estados, fuentes de dinero, organización de un mercado, establecimiento de leyes útiles, en fin, todo ello obstáculos a los enemigos declarados. De todo esto ya se hizo examen en épocas antiguas, y el período que acaba de desarrollarse ha dado suficientes medios a un hombre honesto para mostrarse de este modo; en tales circunstancias nunca se te ha visto ni en primera fila, ni en segunda, ni en tercera, ni en cuarta, ni en quinta, ni en sexta, ni en ninguna fila, cuando del engran-

decimiento de la Patria se trataba. ¿Qué alianzas has procurado a nuestro país? ¿Qué socorros? ¿Qué adquisición de abnegación o de gloria? ¿Qué embajada, qué servicio ha merecido el honor de nuestro país? ¿Qué trabajo ha tenido éxito, de los que has estado encargado, ya en el interior de los griegos, ya en el extranjero? ¿Dónde hay trieras? ¿Tratados? ¿Arsenales marítimos? ¿Una reparación de las murallas? ¿La caballería? ¿En qué ocasión has sido útil? ¿Qué socorros en dinero has dado, buen ciudadano, a los ricos o a los pobres? No, nada. «Pero, amigo mío, no hay nada de todo esto, hay por lo menos la devoción y la actividad.» ¿Dónde? ¿Cuándo? Tú el más criminal de los hombres, incluso cuando los que nunca habían dicho una palabra en la tribuna hacían dones voluntarios para la salvación pública; cuando hasta Aristónicos daba dinero para recobrar sus derechos de ciudadano, incluso entonces, no te presentaste ni diste nada. No era por pobreza (¿pues cómo?), ya que habías heredado la fortuna de Filón, tu cuñado, que ascendía a más de quinientos talentos, y habías recibido dos talentos como regalo del jefe de las simmorias, en recompensa por lo que habías intentado al sabotear la Ley de las trierarquías. Mas para no ir de desarrollo en desarrollo y separarme de la cuestión presente, dejaré esto. Por otro lado, que no es la necesidad lo que te ha impedido dar algo, he aquí lo que claramente lo prueba: tenías mucho cuidado en que ninguno de tus actos fuese contrario a las personas para quienes desarrollabas tu política. ¿Mostrastes muchos bríos en aquellas circunstancias? ¿Cuándo has brillado? Cuando fué necesario actuar contra los ciudadanos aquí presentes, entonces sí brillastes por tu bonita voz y por tu memoria, como excelente comediante, en el papel del Teocrines de tragedia.

»Por último has mencionado a los varones virtuosos de otras épocas. Y haces bien. Pero no es justo, ¡oh atenienses!, aprovecharse de vuestra veneración de los difuntos para comparar y poner en parangón con ellos a quien, como yo, pertenece a vuestra época. Porque, ¿quién es el hombre que no sabe que todos los vivos son objeto de más o menos envidias, mientras los muertos no son odiados ni aun por sus enemigos? Siendo así

por ley natural, ¿debo ahora ser juzgado y considerado en comparación con los que vivieron antes que yo? En modo alguno. Ni es justo ni equitativo, Esquines; si acaso, contigo o con cualquiera de nuestros contemporáneos que opine como tú.

»Y considera lo siguiente: ¿Qué es mejor y más digno de la ciudad? ¿No agradecer y censurar los servicios que se le prestan en la época presente, porque los de los mayores hayan sido inmensos, superiores a toda ponderación, o bien otorgar los honores y recompensas que merece todo aquel que obra con buena voluntad?

»Es más, si puede decirse así, mi gestión y tendencia políticas resultan, si se las considera, iguales y encaminadas al mismo fin que las de los hombres antaño ensalzados, y las tuyas, iguales que las de quienes los calumniaban. Pues es evidente que también en aquellos tiempos había personas que, para desacreditar a sus coetáneos, elogiaban a los anteriores a ellos, comportándose así de manera infame igual que tú. Además, ¿dices que en nada me parezco a aquéllos? Y tú, ¿te pareces, Esquines? ¿A tu hermano? ¿Y algún otro de los políticos de ahora? Por mi parte afirmo que ninguno. Pero, amigo mío (por no decirte otra cosa), es con los vivos con quienes debes comparar a los vivos y con sus contemporáneos, como se suele hacer con todos los demás: poetas, coro y luchadores. No porque Filemón (83) tuviera menos fuerza que Glauco el caristio y algún otro atleta de los tiempos antiguos, salió sin corona de Olimpia, sino que, como fué quien mejor luchó de los que entraron en liza con él, fué coronado y proclamado vencedor. Pues bien, examínate tú también en comparación con los políticos de ahora, contigo, con el que quieras de entre todos. No cedo ante nadie. Pues cuando era el momento de decidir lo más conveniente para la ciudad, y había certamen público y abierto a todos, en que se disputaba el premio al patriotismo, fuí yo quien demostré que hablaba mejor, y la norma política general fué la que dictaban mis decretos, leyes y embajadas, sin la menor intervención por vuestra parte excepto para poner trabas a mis actividades.

»Y cuando ocurrió lo que jamás debió haber ocurrido, y se pasa revista no de consejeros, sino de gente

que obedeciera las órdenes, ¿puesta a asalariarse contra la Patria y adular al extranjero, entonces tú y cada uno de éstos formasteis en vuestro puesto como arrogantes y soberbios jinetes a caballo en una parada, mientras yo quedaba oscurecido, lo reconozco, pero inspirado por mejores sentimientos para con el pueblo que vosotros.

»Dos son, ¡oh atenienses!, las cualidades que debe poseer por naturaleza un ciudadano de tipo medio — porque calificándome de esta suerte no molestaré al auditorio —. En las épocas de normalidad debe aspirar constantemente a conservar el honor y preeminencia de la ciudad, y en toda ocasión o acontecimiento ha de demostrar celo patriótico. Estas virtudes dependen de la naturaleza de cada cual, mas no así el poder y la fuerza. Pues bien, comprobaréis fácilmente que jamás he dejado de practicarlas. Ved: se reclamó mi extradición (84), fui procesado ante el Tribunal anfictionico, amenazado, denunciado; se azuzó contra mí como a fieras a esos villanos, y, sin embargo, jamás hasta la fecha he dejado de mostrar mi amor a la Patria, pues desde el primer día elegí el camino más recto y justo para mi actuación pública, defendiendo, acrecentando y velando con honor el poder y la gloria de la ciudad.

»Yo no me paseo por el ágora resplandeciente de júbilo ante las victorias de los demás, ni estrecho la mano ni doy buenas noticias a quienes, a lo que creo, las transmiten allá abajo, ni me asusto, suspiro o miro al suelo al oír hablar de los éxitos de la ciudad, cual esos impíos que difaman a su país como si, al hacerlo, no se difamasen a sí mismos haciendo esto; que tienen los ojos puestos en el extranjero y, cuando se ha producido un triunfo de otros a costa de los helenos, se felicitan y afirman que hay que montar guardia para que tal estado de cosas se mantenga eternamente. ¡Que ninguno de vosotros, oh dioses todos, lo permita jamás! Al contrario, infundidles mejor espíritu y más sanas disposiciones; pero si su mal es incurable, haced que parezcan malditos y abandonados en tierra y mar, y a nosotros, los demás, concedednos pronta liberación de los peligros que nos amenazan y la salvación en la seguridad.»

NOTAS

(1) Tradicional alusión al recuerdo del «fundador de la Democracia» que Esquines había ya invocado contra Demóstenes.

(2) Demóstenes prepara los ataques personales contra Esquines y su familia.

(3) Alusión a la antigua profesión de comediante de Esquines.

(4) Sobre todo los mesenios, arcadios y argios.

(5) Expresión muy semejante a aquella con la cual Xenofonte caracteriza el estado de Grecia después de la batalla de Mantinea.

(6) Sin duda Kefisofón de Paiania, mencionado por Esquines y Demóstenes.

(7) Tipo proverbial de traidor.

(8) La que resultaba de la letra de las estipulaciones, pues su aplicación aumenta las decepciones de Atenas.

(9) Decreto apócrifo: la fecha lleva error de tres meses; la embajada comprendía cinco miembros (en lugar de diez), e incluso omite a Demóstenes; su misión no era la de intercambiar los juramentos, sino recibir los de Filipo (pues los atenienses habían prestado juramento ante los embajadores de Filipo).

(10) Exageración oratoria; Demóstenes da la misma cantidad de tiempo para todo el viaje (Embajada, 57).

(11) En 353, después de haber derrotado Filipo a los focenses de Onomarcos, en las cercanías del Golfo de Pagases; pero había renunciado a su empresa por estar el paso ocupado por 5.000 hoplitas y 400 jinetes atenienses sostenidos por 1.000 lacedemonios y 3.000 aqueos.

(12) Demóstenes pretende lo mismo, ya que Esquines ha recurrido a imputaciones sin relación con la cuestión.

(13) Pánico en Atenas con ocasión de la capitulación de los focenses.

(14) Su extradición fué insistentemente solicitada más tarde por Alejandro.

(15) El Decreto es apócrifo y está plagado de errores formales.

(16) Esquines había sido acusado de adquirir tierras en Olinto.

(17) La expedición contra los ilirios tuvo efecto en 344; contra los tribalios, en 336. Los griegos de que se trata, probablemente pertenecen a Eubea o Cardia.

(18) Lástenes entregó con Eutícrates la caballería olíntica a Filipo. Estaba en desgracia desde 341. Timolaos, poco conocido, todavía es mencionado en 295; Eidinos y Simos, tal vez fueron, según Harpócrates, adversarios de los tiranos de Feres y llegaron al poder en 344 con motivo de la reorganización de la Tesalia. Aristarco, tirano de Sicione desde 360, fué sostenido por Filipo hacia 344, pero destronado a continuación.

(19) Demóstenes se declaró, a partir de ahora, seguro del veredicto.

(20) En realidad el arconte de 377-376 era Firmicos, el mismo error figura en Plutarco.

(21) Notando Demóstenes lo débil de su posición jurídica y la fuerza de su argumentación política, deja como accesorio lo que ante un tribunal moderno parecería más necesario. Pero los atenienses y el mismo Esquines estaban plenamente convencidos de que se debatía la misma línea política de Demóstenes.

(22) Alude a Queronea, cuya guerra empezó en 340 y fué la única cuyo origen puede pretenderse en la política de Demóstenes; éste ha recordado que el principio de la guerra de Fócida era anterior a su iniciación política.

(23) Las heridas de Filipo fueron pronto un lugar común entre los oradores y los historiadores. Filipo perdió el ojo derecho en Metone el año 353, fué herido en la clavícula derecha en Iliria en el año 344, y luego en la mano y en el muslo en los Tribalos en el año 339.

(24) Según derecho, las cuestiones concernientes a Anfipolis, Pidna y Potidea (ocupadas por Filipo en 357-356) estaban reguladas después de la paz de 346; pero la propaganda ateniense poníalas incesantemente como tema de discusión. La pequeña isla de Haloneso, antigua posesión ateniense, parece que fué ocupada por Filipo a los piratas poco antes del 342.

(25) Serrión y Doricos, en Tracia, fueron ocupadas por Filipo en el 346, antes de pactar los juramentos. La isla de Papparetos fué saqueada por el macedonio Alkino en el verano de 340, en represalia de un ataque contra el Haloneso.

(26) En septiembre de 340, Filipo aprovechando una ausencia del estratega ateniense Cares, apresó por lo menos 180 barcos mercantes atenienses procedentes de Pont-Euxon cargados de trigo y de pieles y que esperaban en Hierón, a la entrada del Bósforo, el momento de formar el convoy. Los documentos apócrifos hablan equivocadamente de buques de guerra.

(27) Esta carta tampoco es auténtica. Ni menciona ningún nombre cuando, según el mismo Demóstenes, Filipo encomiaba en ella nominalmente a algunos oradores.

(28) La embajada al Peloponeso, sin duda alguna debe ser la del 343; la de Eubea debe situarse en las mismas fechas; en 341 una expedición ateniense ayudó a expulsar de Oreos y de Eretria a los tiranos sometidos por Filipo. Por «expedición del Quersoneso» tal vez Demóstenes alude a las medidas tomadas en la primavera del 340, cuando Filipo hizo que su ejército cruzara el Quersoneso a fin de poder asediar Perinto.

(29) Demóstenes tal vez fuera pagado por los eubeos, calias y taurotenos.

(30) Demóstenes pudo conocer este argumento durante el período que separa la entrega de la denuncia y el proceso efectivo; o bien ha añadido la frase con miras a la publicación.

(31) En la primavera del 341, Filipo hizo propaganda a fin de que se interviniera en Eubea. La expedición dirigida por Kefisofón, y después por Foción, tuvo efecto algunas semanas más tarde.

(32) Igual afirmación hállase en *Contra Leptimos* (31). En ella Demóstenes habla de 800.000 medimnas importadas anual-

mente y cuya mitad provenía del Bósforo Cimerio. Sin embargo, GUERNET da como relativamente baja esta cifra.)

(33) En el año 341, los atenienses odiaban todavía a Bizancio a causa de su defección en la *Guerra Social*. Demóstenes intentaba persuadirles de que les interesaba olvidar sus agravios.

(34) El redactor de este documento apócrifo ha creído que se trataba de un Decreto dictado en común por Bizancio y Perinto. Las dos ciudades eran independientes y en realidad hubo dos Decretos distintos. En efecto, los atenienses enviaron en 340-339 dos expediciones en socorro de Bizancio: la primera mandada por Cares, y la segunda, más importante, por Foción y Keñsofón.

(35) Error. En este momento Bizancio no estaba sometida a Filipo; el autor, sin duda alguna, ha sido influido por las expresiones generales que Demóstenes emplea particularmente en el punto 65.

(36) La fórmula no queda clara. ¿Se trata de colonias atenienses establecidas en el Quersoneso, o de ciudades autónomas que formaban Confederación?

(37) Demóstenes vuelve a seguir aquí el orden cronológico (la intervención en el Quersoneso data del 342, si no del 343), en tanto que hasta ahora había hecho leer los Decretos teniendo en cuenta el orden de importancia de las citas.

(38) En el año 395; pero Demóstenes reduce la duración de la campaña.

(39) Temisión de Eritrea se había apoderado de Oropos en 366 y lo había entregado a los tebanos; la expedición ateniense data de 357.

(40) Sin duda esta ley fué votada en 340, víspera de la ruptura oficial de la paz de Filócrates; Demóstenes vigiló su aplicación en su calidad de «intendente de la marina»; naturalmente, sus adversarios han pretendido siempre que la ley de que se trata fué inoperante.

(41) El trierarca que desfalleciera podía ser encarcelado por uno de los diez «comisarios en la expedición», a menos que se refugiara en el santuario de Artemisa en Munichia y que obtuviese del pueblo autorización para hacer revisar su situación.

(42) Parece que fueron 100 minas.

(43) Es la misma peroración de Esquines.

(44) Demóstenes se muestra menos violento en lo tocante a los padres de Esquines, a la vez que para evitar un desmentimiento (Otrimetrís vivía todavía en el año 343); y, dado que la lucha era menos antigua, era también menos encarnizada.

(45) Al principio de cada Asamblea, el heraldo maldecía solemnemente a los traidores y a los malos consejeros.

(46) Monstruo femenino que adopta formas diversas.

(47) Evidentemente con motivo de la revisión general de las listas cívicas que se efectuó en los años 346-345.

(48) Atenas tuvo que pleitar ante los anfitriones contra Delos, que pretendía que la guerra quitaba a los atenienses la administración del santuario. Ganaron el pleito los atenienses.

(49) El proceso de Anaxinos de Oreos parece que tuvo efecto en la primavera del 340; naturalmente, Esquines da del asunto una versión distinta.

(50) Cuando Esquines rindió cuentas de las gestiones que había realizado en Delfos en 330, su actitud fué aprobada al principio, pero Demóstenes obtuvo seguidamente que Atenas rehusara asociarse a las medidas tomadas por la mayoría de la Anfictionía contra los locrios.

(51) Ya en 343 Demóstenes juzgaba igual que en 347 la situación de Filipo.

(52) Desde 346 los dos votos poseídos antes por los focenses habían sido atribuidos, a título personal, al Rey de Macedonia.

(53) Los pilágoras eran elegidos, en tanto que el hieromnómón al que estaban adjuntos era designado por suertes.

(54) La toma de Elatea se sitúa a principios del otoño de 339.

(55) Los dos decretos son apócrifos. El autor ignora los hieromnemos y concede los primeros papeles a sus adjuntos los pilágoras.

(56) La carta presenta fórmulas inusitadas en tiempo de Filipo II. La crítica ha observado que más bien se parece a los que emplea Filipo V, lo que sería indicio de que la falsedad era posterior al siglo III.

(57) La alusión prepara la lista de los traidores que Demóstenes exhibirá más adelante.

(58) Imitado casi textualmente por Cicerón.

(59) En realidad Esquines reprochaba menos a Demóstenes el hecho mismo de la alianza (que él decía fué impuesta a Tebas por las circunstancias) que las concesiones hechas por Atenas en esta ocasión.

(60) Las *Respuestas*, al igual que los *Decretos*, son apócrifas y no concuerdan con el texto de Demóstenes.

(61) El argumento recuerda el tono de la carta de Filipo enviada en 340 antes de la declaración de guerra.

(62) Los prítanos que formaban la sección permanente en el Consejo hacían sus comidas en la Tholos al ejercer sus funciones.

(63) Resumen muy sistemático del discurso que Demóstenes ha casi improvisado, bien que ya lo hubiera previsto con tiempo; la necesidad de una acción común de Tebas y Atenas.

(64) Atenúa las decepciones que la política tebana había causado a Atenas después de Leuctra y durante la guerra focense.

(65) Textualmente, los hombres de edad para combatir; en principio los hombres de dieciocho a sesenta años.

(66) Sobrenombre cuyo sentido ha sido siempre obscuro y que parece designarle como afeminado.

(67) El documento es apócrifo. Son erróneos el nombre del arconte, el número de los embajadores, la organización militar. Parecido a un discurso de Aelio Aristides. ¿Habrá éste inspirado el Decreto, o se da el caso de una fuente común?

(68) Desarrollo de tipo general, destinado a preparar el ataque personal.

(69) Heródoto coloca el mismo episodio en el momento de la segunda invasión del Ática.

(70) Este pasaje es el más célebre del presente discurso.

(71) El bastón, de color variado, indicaba el Tribunal al que pertenecía el juez; la ficha le era entregada a éste en el momento de ingresar en el Tribunal.

(72) El conflicto entre Tebas y Filipo a propósito de Nicosia no había, pues, acabado «jurídicamente» con la alianza.

(73) Esto era hacer brillar ante los ojos de los tebanos la perspectiva de unas ganancias parecidas a las que obtuvieron durante la guerra del Peloponeso.

(74) Combates secundarios librados durante el invierno de 339/8, sin duda en el alto valle de la Cefisa beocia.

(75) Demóstenes responde aquí al reproche de «Oligarca» que Esquines y otros le dirigían.

(76) El Decreto había sido propuesto a principios del 338, por Demómeles, primo de Demóstenes, y defendido ante el Tribunal por Hipérides, quien tal vez lo había propuesto.

(77) Demóstenes traslada al dominio público las reglas religiosas impuestas a las causas de homicidio.

(78) Aunque falten tres de los mejores manuscritos, este epigrama es evidentemente auténtico. Existe otro epitafio en verso, de los muertos de Queronea, cuyo fragmento ha sido encontrado cerca de Olimpia.

(79) Entre estos personajes, algunos de ellos desconocidos, ciertos textos antiguos citan a otros.

(80) El mando en tierra pertenecía a los tebanos, y fué la derrota de su ala derecha lo que decidió la batalla.

(81) Demóstenes, que primero ha hablado de las posiciones estratégicas, cita rápidamente la acción diplomática que las ha asegurado (de ahí la doble mención de Eubea). Pero aquí se interesa antes que nada por la «ruta del trigo».

(82) Demóstenes precisa el ataque contra el silencio de Esquines, ataque ya preparado en un párrafo anterior.

(83) Filemón sería un pugilista contemporáneo de Demóstenes.

(84) La extradición de Demóstenes fué solicitada por Alejandro en el año 335; luego renunció a ella a petición de Demades.

APÉNDICE: CARTA DE FILIPO
Y RESPUESTA A FILIPO

COMENTARIO

La Carta de Filipo y la Respuesta a la Carta de Filipo, que siguen, son apócrifas al decir de los exegetas, bien que figuren entre los escritos de Demóstenes que han llegado hasta nosotros. En lo referente a la Carta de Filipo, el mismo Comentario de Didimo da argumentos para confirmar la opinión, expuesta ya por algunos críticos, en el sentido de que no es auténtica, sino que se trata de un arreglo posterior efectuado por algún desconocido retórico sobre una carta auténtica.

Por otra parte una primera lectura hace sospechar ya la no autenticidad de la Respuesta a la Carta de Filipo. En primer lugar, no contesta a ninguno de los puntos de la misma, la cual únicamente cita a fin de señalar la improcedencia e insolvencia del tono; por otra parte, tampoco tiene un estilo vehemente y apasionado como es propio de los discursos de Demóstenes, sino que, por el contrario, mantiene un tono casi académico, sin dejar de repetir y aun atenuar en ciertos momentos una muchedumbre de pasajes de otros discursos, en especial los de la Segunda Olintíaca. Didimo confirma también esta opinión al transmitirnos la de algunos críticos antiguos, quienes afirman que este discurso había sido compuesto, a base de algunos pasajes de Demóstenes, por Anaxímenes de Lampsaco, historiador.

Se fija la coyuntura en que se produjo la carta de Filipo a los atenienses y la respuesta de Demóstenes, según el comentario de Didimo, en 300-339, bajo el arcontado de Teofrasto, cuando los atenienses, a propuesta

del Decreto de Demóstenes incluido en su respuesta, fué declarada la guerra a Filipo. Esta guerra fué declarada porque el Rey de los macedonios, después de repeler un ataque en Perinto, intentó el asedio de Bizancio, unida entonces a Atenas — a pesar de la tradicional tirantez de relaciones entre Atenas y Bizancio —, gracias a que en 340, a propuesta de Demóstenes, fué mandada una embajada a esta última ciudad. Les interesaba a los atenienses mantener libre y expedita la vía marítima hacia los puertos del mar Negro donde se aprovisionaban de cereales. Por eso ante la política de expansión seguida por Filipo hacia los estrechos, cosa que les intranquilizaba porque representaba el fin de su supremacía marítima y podía afectar a su ruta "del trigo", firmaron el referido tratado de alianza con Bizancio, una de las posiciones claves de dichos estrechos.

CARTA DE FILIPO

«Filipo al Consejo y al pueblo de Atenas, salud. Visto que a pesar de haber mandado frecuentemente embajadas para que nos atuviéramos a los juramentos y a los pactos, ningún caso habéis hecho de las mismas, he creído necesario tener que poner en vuestro conocimiento cuáles son los daños de que creo haber sido víctima. No os sorprenda la extensión de esta carta, ya que muchos son mis agravios y es necesario que los relate todos en forma muy clara.

»En primer lugar, cuando de mi territorio fué rapado el heralco Nicias, en vez de castigar esta violación del derecho, retuvisteis en prisión, por espacio de diez meses, a la víctima, y las cartas que por encargo mío llevaba fueron leídas en la tribuna. Luego, cuando los tasio daban refugio a las galeras bizantinas y a todos los piratas que lo solicitaban, ningún cuidado tuvisteis por ello, a pesar de que los pactos decían explícitamente que proceder en forma semejante era un acto de hostilidad. Además, aproximadamente en la misma época, Diópites, a la vez que invadía mi territorio, redujo a Crobile y Tirístasis a la esclavitud, saqueó la región fronteriza de Tracia y, por último, llevado de su desprecio al derecho, llegó a apoderarse de un anfiloco enviado para negociar el rescate de los prisioneros, y después de infligirle los peores tratos, pidió por él un rescate de nueve talentos; todas estas cosas las realizó con la aprobación del pueblo (1). Sin embargo, atropellar a un heraldo y a unos embajadores está considerado

en todo el mundo como una impiedad y especialmente por vosotros; por lo menos cuando los megareses mataron a Antemócrito, el pueblo llegó a excluirlos de los misterios y levantó una estatua delante de las puertas, en memoria de ese crimen. Pues bien, ¿no es sorprendente que después de haber mostrado tanto odio hacia los culpables cuando las víctimas erais vosotros, queráis hacer abiertamente ahora aquello mismo? Además, vuestro general Calias se ha apoderado de todas las ciudades del golfo Pagasítico, que habíais jurado respetar y que son aliadas mías; y todos cuantos navegaban rumbo a Macedonia eran vendidos por él, ya que les juzgaba enemigos. Y vosotros le habéis otorgado vuestros votos de elogio en virtud de semejante cosa. De forma que no sé qué más puede ocurrir ya, si convenís que estáis en guerra conmigo, ya que, cuando abiertamente estábamos en conflicto, mandabais corsarios, vendíais todos cuantos hacían rumbo hacia nuestro país, ayudabais a mis adversarios y devastabais mi territorio.

»Aparte esto, habéis llegado ya tan lejos en vuestro desprecio del derecho y en vuestra hostilidad, que habéis enviado embajadores al Rey de Persia, a fin de decirle a que me haga la guerra. Esto sí es sorprendente. Antes de que se hubiera apoderado de Egipto y de Fenicia, decretasteis que, si intentaba nada nuevo, me llamaríais a las armas, juntamente con los demás griegos, a fin de combatirle: y en estos momentos es tan fuerte el odio que sentís hacia mí, que con él negociáis una alianza. Vuestros padres, por lo que tengo entendido, reprochaban a los Pisistrátidas el haber azuzado al persa contra los griegos; pero vosotros no os avergonzáis de efectuar aquello mismo de lo que acusáis continuamente a los tiranos.

»Además de todo lo dicho, me conmináis, por vuestros Decretos, a permitir que, dado que son atenienses, Teres y Cersobleptes reinen en Tracia. Mas yo estoy enterado de que no figuran en nuestro tratado de paz ni están inscritos en las estelas ni son atenienses, sino que Teres hacía campaña contra vosotros a mi lado, y Cersobleptes estaba deseoso de prestar juramento ante mis embajadores en su nombre particular, cosa que le fué impedida por vuestros generales, los cuales le amenaza-

ron con declararle enemigo de Atenas. Pues bien, ¿es equitativo o justo que le declaréis enemigo de vuestra República cuando os convenga a vosotros, y cuando queráis asumir el papel de sicofantes conmigo lo reconocáis como conciudadano vuestro? ¿Y qué, tras la muerte de Sitalces, a quien habíais concedido la ciudadanía, hayáis hecho súbita amistad con su asesino y nos hagáis hoy la guerra a nosotros por Cersobleptes? Como si no supierais perfectamente que entre quienes reciben favores de esta clase nadie hay que se preocupe por vuestras leyes y decretos. Igualmente, y dejando de lado otros casos a fin de no citar más que los mayormente destacados, habéis otorgado la ciudadanía a Evágoras de Chipre, Dionisio de Siracusa y a sus descendientes. Pues bien, si convencéis a quienes expulsaron a uno y a otro para que les devuelvan el poder que les quitaron, os dejo quedaros con la parte de Tracia donde reinaban Teres y Cersobleptes. Mas si creéis que ni siquiera hay necesidad de mencionarles estos nombres y me molestáis en cambio a mí, ¿cómo no voy a tener derecho para defenderme?

»Sobre estos diversos puntos, pues, y a pesar de que me queda mucho que decir en justicia, prefiero no insistir. En cuanto a los cardianos, declaro que les presté socorro porque soy aliado suyo desde tiempos anteriores a la paz, y dado que vosotros no os habéis sometido a arbitraje a pesar de que yo lo haya solicitado muchísimas veces y no pocas ellos. Por consiguiente, ¿no iba a ser yo el más vil de los hombres si abandonara a mis aliados e hiciera más caso de vosotros, que me molestáis en todas formas, que de ellos, que siguen siendo amigos míos seguros?

»Si he de decirlo todo, en estos momentos habéis llegado a tener tanta ambición, que si antes sólo me hacíais los reproches que acabo de mencionar, dado que los paparetios afirmaban haber sido maltratados, habéis ordenado a vuestro general que me exigiera reparaciones en nombre de ellos, a quienes había impuesto yo un castigo más leve del que correspondía, por cuanto, en plena paz, se apoderaron del Haloneso y no me devolvieron ni el territorio ni la guarnición a pesar de mis reclamaciones reiteradas. Mas vosotros habéis cerrado

los ojos a las ofensas de los paparetios contra mí, y en cambio estáis muy bien enterados del castigo que les he impuesto. De todos modos, no he tomado la isla ni a ellos ni a vosotros, sino al pirata Sostrato. Pero si en este momento pretendéis haber sido vosotros quien dió la isla a Sostrato, reconoceréis utilizar los servicios de los piratas; y si él se ha apoderado de ella a pesar vuestro, ¿qué daño puede causaros el que yo la haya tomado y garantice que es un lugar seguro para los navegantes? Cuando yo demostraba tanta simpatía por vuestra República y os daba esa isla, vuestros oradores no os permitían aceptarla y os aconsejaban exigirla, a fin de que yo, caso de que ditiñera esta conminación, reconociese que usurpaba un territorio ajeno, y caso de no ceder la plaza, me hiciera sospechoso para el pueblo. Y a pesar de que os lo he propuesto muchas veces, dado que vosotros no hacíais ningún caso, los paparetios tomaron la isla. ¿Qué tenía que hacer yo entonces? ¿Dejar de exigir reparaciones a quienes habían violado los juramentos? ¿Dejar sin castigo a quienes demostraban una insolencia tan abusiva? Además, si la isla era de los paparetios, ¿con qué derecho la reclamabais los atenienses? Y caso de ser vuestra, ¿cómo no os mostrabais indignados contra esos acaparadores de territorios ajenos?

»Nuestra enemistad ha llegado a un punto tal que, cuando deseaba enviar mi flota a través del Helesponto, he tenido necesidad de hacerla marchar en convoy a través del Quersoneso, mediante un ejército, porque vuestros campesinos, de acuerdo con la propuesta de Polícrates, nos trataban como si fuéramos enemigos y vosotros aprobabais decretos en igual sentido, y vuestro general solicitaba la ayuda de los bizantinos y ponía en conocimiento de todo el mundo que le dabais órdenes de hacerme la guerra si encontraba ocasión para ello. A pesar de este trato, me he abstenido de atacar no sólo a vuestra ciudad, sino tampoco a vuestras galeras ni a vuestro territorio, cuando podía apoderarme de la mayor parte o de todo, y jamás he cesado de invitaros a un arbitraje sobre nuestros mutuos agravios.

»Pero lo que me parece más ilógico de todo es que cuando en nombre de todos mis aliados os he mandado embajadores para que me sirvieran de testimonio, y

cuando estaba dispuesto a concluir con vosotros unos acuerdos justos en favor de los griegos, no habéis querido acoger las propuestas de los enviaños, siendo así que podíais, o bien librar de peligros a quienes sospechan daños de mi parte, o hacerme quedar públicamente como el hombre más ruín del mundo. Los intereses del pueblo eran éstos, aunque no aprovechaban a los oradores: porque quienes conocen vuestra política aseguran que la guerra representa la paz para los oradores, y la paz, la guerra; ya que, o bien aliándose con los generales, o haciéndoles denuncias, siempre cobran por ello alguna cosa, sin contar que insultando desde la tribuna a los ciudadanos más prestigiosos o a los extranjeros más célebres, ganan delante de la gente una gran fama de amigos del pueblo.

»Claro está que me sería fácil poner fin a su maledicencia con poquísimos gastos, y hacerme cubrir de elogios por ellos; pero me causara bochorno que se me viera comprar a esa gente vuestra benevolencia, a unos hombres que además tienen la audacia de intentar disputarnos Anfípolis, sobre la cual pienso alegar derechos más superiores que los de los contrincantes. En efecto, si debe pertenecer a quienes la dominaron desde el principio, ¿cómo no nos correspondería legítimamente desde el momento que mi antepasado Alejandro fué el primero que ocupó aquel lugar, y que con todo lo que él mismo obtuvo y el rescate de los prisioneros medas consagró una estatua de oro a Delfos? (2). Y si se discuten esos títulos y se quiere que pertenezca a quienes la han dominado posteriormente, el derecho está asimismo a mi lado, ya que, después de expugnar a quienes os habían echado de allí, los colonos establecidos por los lacedemonios, me apoderé de la plaza. De todos modos, tocos habitamos las ciudades, o bien porque nuestros antepasados nos las dejaron, o bien porque nos hemos señoreado de ellas mediante la guerra. Y vosotros, que ni fuisteis los primeros en ocupar Anfípolis ni la poseéis ahora y que habéis habitado aquel territorio menos espacio de tiempo que ninguno, reivindicáis la ciudad a pesar de haber contraído con nosotros el más formal de los compromisos. Porque las numerosas veces que os he escrito a propósito de esa ciudad, habéis reconocido que

yo la poseía legítimamente, dado que habiais firmado la paz conmigo cuando yo la estaba ocupando y después hemos contraído una alianza en las mismas circunstancias. De todos modos, ¿qué otra posesión podía hallarse más segura que ésta, que nos ha sido dejada desde el primer momento por nuestros antepasados, que luego ha vuelto a ser mía mediante un acto de guerra y, en tercer lugar, me ha sido reconocida por vosotros, tan acostumbrados a disputar incluso lo que no os pertenece?

»Así pues, mis agravios son éstos. Pero como os adelantáis a atacar y, gracias a mi prudencia, sois más atrevidos en vuestros actos y me causáis todo el daño que podéis, me defenderé según mi derecho y, poniendo a los dioses como testigos, tomaré respecto de vosotros mis decisiones.»

N O T A S

(1) Es el mismo Diópites mencionado en *Sobre la cuestión del Quersoneso*.

(2) Filipo quiere poner de relieve su helenismo refiriéndose a la lucha de su antepasado contra los medas y a la ofrenda de una estatua de oro a Delfos.

RESPUESTA A FILIPO

SUMARIO DE LIBANIO. — Filippo había dirigido una carta a los atenienses acusándoles, a la vez que les declaraba formalmente la guerra. En estos momentos el orador no trata ya de persuadir a los atenienses para que la emprendan, pues éstos se ven forzados a ella, sino que los tranquiliza con respecto al peligro, asegurándoles que el macedonio es fácil de vencer.

«Para todo el mundo aparece claro que Filippo no había concluido la paz con nosotros, ¡oh atenienses!, sino que había demorado la guerra. Ya que a partir del momento en que entregó a los farsalios Halos, que dispuso de la Fócida y sometió la Tracia entera, creando razones que no existían e inventando pretextos no justificados, hacía tiempo en realidad que estaba en guerra con nuestra República. En estos momentos, ni hemos de asustarnos ante su fuerza ni nos tenemos que aprestar contra él en forma cobarde, sino al contrario, sin ahorrar ni hombres ni dinero ni barcos; en una palabra, con todos nuestros medios, hemos de lanzarnos a la guerra como intentaré demostraros.

»En primer lugar, ¡oh atenienses!, es justo que sean los dioses nuestros máximos aliados y valedores, ya que él, faltando a la fe, ha roto injustamente la paz. Luego, lo que lo ha hecho importante hasta hoy, los continuos engaños, las promesas de magníficos favores, todo eso está ya gastado por completo, y los perintios, los bizantinos y sus aliados saben que va a portarse con ellos de la misma forma que antes lo hizo con los olintios; y los

tesalios no ignoran que quiere ser el dueño y no la cabeza de una Confederación, y los tebanos desconfían al observar que mantiene una guarnición en Nicea, que se ha introducido en la Anfictionía, que se atrae a los embajadores del Peloponeso y desvía hacia él las alianzas tebanas. De manera que quienes antes eran amigos suyos, le hacen unos una guerra sin recompensa y los otros ningún deseo experimentan ya de combatir a su lado, y todo el mundo le inspira sospechas y oye hablar mal de todo el mundo. Además — y no es poco —, los sátrapas que gobiernan Asia, que no hace mucho enviaron mercenarios extranjeros para impeñarle que expugnara Perinto, y que ahora le son hostiles y se hallan próximos al peligro, caso de que ataque a Bizancio, no solamente se apresurarán a tomar personalmente parte en la guerra, sino que decidirán al Rey de Persia a que nos conceda subsidios: tiene mayores riquezas que todos los demás juntos, y puede ejercer tanta influencia en las cosas de aquí que ya en otro tiempo, cuando estábamos en guerra con los lacedemonios, obtenía la victoria el bando hacia el cual se inclinaba, y actualmente, si viene con nosotros, destrozará fácilmente las fuerzas de Filipo.

»Además de estas tan poderosas razones, si no puedo ocultar que nos ha tomado en plena paz plazas fuertes, puertos y otras posiciones ventajosas para la guerra, observo que cuando la base de una unión es la buena voluntad y son los mismos los intereses de todos cuantos toman parte en una guerra, la coalición se mantiene fuerte y sólida; mientras que cuando, nacida del espíritu de agresión y de la ambición, se sostiene a base de engaños y violencias, como exactamente ocurre en este caso, un pequeño pretexto o el menor choque la hacen flaquear rápidamente y la rompen. Y pensando en ello, a menudo llego a la conclusión de que no solamente, ¡oh atenienses!, han llegado los aliados de Filipo a desconfiar de él y a sentirse descontentos, sino que incluso dentro de su propio reino no existen la armonía ni el buen acuerdo que se supone. Efectivamente, en conjunto, la potencia macedónica tiene cierto peso y cierta utilidad en concepto auxiliar, pero sola y en sí misma es débil y perfectamente desdeñable a la vista de em-

presas de un volumen semejante. Además, ese hombre, con sus guerras, sus expediciones y todas esas cosas que parecen haberlo hecho tan fuerte, la ha hecho todavía más insegura. No creáis, ¡oh atenienses!, que Filipo y quienes le están sometiéndose se alegren por las mismas causas; por el contrario, tenéis que pensar que la gloria es su aspiración, más la de los otros es la seguridad, y que él no puede conseguir sin peligro alguno cuanto desea, en tanto que los demás ninguna necesidad tienen de dejar hijos, padres y esposas en casa para ir de mal en peor y arriesgarse cada día en provecho de aquél.

»Así es posible imaginarse cuál es el estado de ánimo de la mayoría de los macedonios respecto a Filipo. Y los compañeros que le rodean y los jefes de los mercenarios, aun cuando observéis que tienen fama de valerosos, sufren más inquietudes que los hombres oscuros. Ya que a éstos solamente les amenaza el peligro del enemigo, pero aquéllos temen más a los aduladores y calumniadores que a las batallas. Y con la ayuda de todos, combaten unos contra un frente enemigo, mientras que los otros participan no solamente, y no poco, en las pruebas de la guerra, sino que, por la cuenta que les tiene, temen el humor del Rey. Además, si alguien de la muchedumbre comete alguna falta, recibe un castigo adecuado; pero ellos, cuanto mayores éxitos obtienen, más apóstrofes y vituperios reciben contra toda justicia. Y si bien se observa, nada tiene esto de sorprendente, ya que quienes han tratado a ese hombre aseguran que es tan vanidoso, que en su deseo de atribuirse las más hermosas gestas experimenta mayor malicia hacia los generales y jefes que han realizado algo digno de elogio que hacia quienes han fracasado por completo.

»Pues si las cosas son de esta manera, ¿cómo es que hace tanto tiempo que le son fieles? Porque el éxito presente, atenienses, obscurece todo lo demás. Sí, los éxitos son excelentes para disimular y cubrir las faltas de los hombres; pero si hay un tropiezo, todo queda al descubierto. Pasa lo mismo con nuestro cuerpo: mientras un hombre goza de buena salud, no se da cuenta de los defectos de cada uno de sus órganos, pero cuando está enfermo, todo se le remueve: fracturas, torceduras

y todo aquello que no esté completamente sano. E igual ocurre en las realezas y en todas las formas del poder; mientras obtienen éxitos en la guerra, el pueblo no les encuentra defectos; pero cuando tropiezan — lo que es lógico que le ocurra ahora a ese hombre, ya que lleva a costas una carga demasiado grande para él —, todos los inconvenientes aparecen a la vista de todo el mundo.

»Ahora bien, si alguno de vosotros, ¡oh atenienses!, observando la buena suerte de Filipo, le considera un adversario temible y difícil de combatir, razona como hombre de buen juicio, porque la suerte tiene gran peso, mejor dicho lo es todo en las empresas de los hombres. Empero, en muchos aspectos, nuestra suerte podría ser preferida a la suya. Porque nuestra prosperidad la hemos heredado de nuestros antepasados y tiene muchos más años, no solamente que Filipo, sino, para decirlo en pocas palabras, que todos los reyes que ha tenido Macedonia. Y estos reyes han pagado a los atenienses tributo, en tanto que nuestra ciudad nunca lo ha pagado a nadie. Además, nosotros tenemos muchos más títulos en favor de la benevolencia de los dioses, pues le somos superiores en piedad y en sentido de justicia. Entonces, ¿cómo puede ser que, en la guerra pasada, tuviera más éxito que nosotros? Helo aquí, ¡oh atenienses! — ya que os quiero hablar con franqueza —: porque él efectúa personalmente sus campañas y sufre fatigas, y no deja perder ocasión ni desaprovecha ninguna época del año, mientras que nosotros — hay que confesar la verdad — estamos aquí sin hacer nada, retrasando las cosas, votando decretos y preguntando en medio de la calle qué hay de nuevo. ¿Qué cosa más nueva puede haber que el hecho de que un macedonio menosprecie a los atenienses y tenga valor para mandar cartas como la que acabáis de escuchar? Además, él mantiene soldados y, ¡por Zeus!, que entre éstos pueden ser contados algunos de nuestros oradores, los cuales, habituados a llevarse a casa los presentes de Filipo, no tienen vergüenza de vivir para él y no se dan cuenta de que están vendiendo a un precio insignificante la Patria y todo cuanto poseen. Y nosotros mientras tanto, ni intentamos crear disensiones entre ellos, ni queremos alquilar mercenarios, ni tenemos valor para servir personal-

mente. Por lo que no es extraño que en la guerra pasada obtuvieran alguna ventaja sobre nosotros; más bien sorprende que nosotros, sin hacer nada de cuanto efectúan quienes llevan a cabo una guerra, creamos poder vencer a un hombre que hace todo cuanto debe hacer, a quienes están decididos a imponerse.

»Es necesario, ¡oh atenienses!, que nos penetremos muy bien de todo esto y nos hagamos la idea de que ya no nos es posible decir que estamos en paz — desde el momento en que Filipo nos ha declarado la guerra y han empezado las hostilidades —, ni ahorremos gastos tanto públicos como privados y nos pongamos todos en campaña tan pronto llegue el momento oportuno, con ardor, concediéndonos mejores generales que los anteriores. Ninguno de vosotros suponga que por manos de quienes han arruinado la República sea posible recobrarla y mejorarla. Y no creáis tampoco que si vosotros seguís siendo tan negligentes como antes, otros combatirán en vuestro interés de buen grado: al contrario, pensad cuán vergonzoso es que vuestros padres se expusieran a tan graves peligros para combatir a los lacedemonios y vosotros no estéis dispuestos a defender enérgicamente aquello que nos dejaron después de haberlo adquirido legítimamente. Que no se diga que un hombre salido de Macedonia es tan amante del peligro que se deja llenar de heridas combatiendo a sus enemigos y en cambio hay atenienses que, a pesar de su traición de no obedecer a nadie y de vencer a todos en la guerra, por descuido o pereza olvidan las hazañas de sus antepasados y los intereses de la Patria.

»Para no extenderme más, afirmo que todos debemos prepararnos para la guerra y hacer una llamada a los griegos, no con palabras, sino con obras, con miras a obtener su alianza. Porque son inútiles todos los discursos del mundo si no participan de la acción; y los pronunciamientos en nombre de nuestra ciudad lo son tanto más, ya que de nosotros se dice que los hacemos con mayor facilidad que los demás griegos.»

ÍNDICE

BIBLIOTECA DE MEXICO

Demóstenes: Su mundo, su vida, su política, su oratoria, por Montserrat Corominas y Esteban Molist Pol v

DISCURSOS POLÍTICOS

EN PRO DE LAS SIMMORIAS.	1
EN PRO DE LOS MEGALOPOLITAS	17
EN PRO DE LA LIBERTAD DE LOS RODIOS.	29
PRIMERA FILÍPICA	43
PRIMERA OLINTÍACA	63
SEGUNDA OLINTÍACA	79
TERCERA OLINTÍACA	91
SOBRE LA PAZ	105
SEGUNDA FILÍPICA	119
SOBRE LAS PREVARICACIONES DE LA EMBAJADA	135
SOBRE LA CUESTIÓN DEL QUERSONESO	237
TERCERA FILÍPICA	255
CUARTA FILÍPICA	277
POR LA CORONA	299

APÉNDICE: CARTA A FILIPO Y RESPUESTA A FILIPO

<i>Comentario</i>	407
CARTA A FILIPO	409
RESPUESTA A FILIPO	415

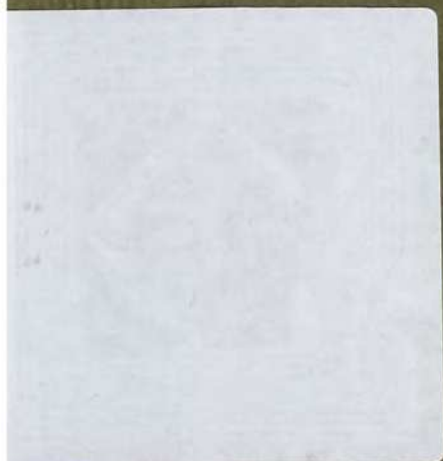
MAESTRAS *


O
B
R
A
S



MAESTRAS *

* O B R A S



 **CONACULTA**
BIBLIOTECA DE MÉXICO
"JOSÉ VASCONCELOS"